PLUTARCO

VIDAS PARALELAS

VOL. VII

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 379

Plutarco

VIDAS PARALELAS

VII

DEMETRIO-ANTONIO
DIÓN-BRUTO
ARATO-ARTAJERJES-GALBA-OTÓN

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN PABLO SÁNCHEZ HERNÁNDEZ
Y MARTA GONZÁLEZ GONZÁLEZ



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE *(Demetrio-Antonio)*, JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA *(Dión-Bruto)* y JORGE CANO CUENCA *(Arato-Artajerjes-Galba-Otón)*.



López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.
www.rbalibros.com

La introducción, traducción y notas de *Demetrio-Antonio* y de *Arato-Artajerjes-Galba-Otón* han sido realizadas por JUAN PABLO SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, y las de *Dión-Bruto*, por MARTA GONZÁLEZ GONZÁLEZ.

Depósito legal: M-23031-2009

ISBN 978-84-249-1795-1 Obra completa
ISBN 978-84-249-3597-9 Tomo VII

Impreso en España. *Printed in Spain.*

Impreso en Top Printer Plus

DEMETRIO-ANTONIO

INTRODUCCIÓN

LAS BIOGRAFÍAS DE DEMETRIO Y ANTONIO

La *Vida de Demetrio* y la *Vida de Antonio* se suelen situar convencionalmente en torno al año 116 a. C. (es decir, en la producción última de Plutarco[1]) y ofrecen una singularidad dentro del conjunto de hombres ilustres (singularidad que comparten, en cierta medida, con la *Vida de Alcibíades* y la *Vida de Coriolano*, del mismo período): se alejan, en cierto modo, del interés pedagógico de Plutarco por recrear vidas edificantes, cuyo ejemplo moral ejerza de revulsivo al lector, estimulando, con ello, los nobles sentimientos innatos del alma humana, y nos ofrece, en cambio, dos ejemplos de lo que se debe evitar.

Demetrio Poliorceta y Marco Antonio son, en efecto, dos contraejemplos, pero no porque su perfil carezca de trazos positivos, ya que ambos «testimonian el dicho de Platón de que

---

[1] Para las circunstancias personales de Plutarco y la cronología absoluta de las cuarenta y ocho biografías que escribió Plutarco (la serie de *Vidas paralelas*, más las cuatro biografías sueltas de Arato, Artajerjes, Galba y Otón), algo difícil de determinar, remitimos a las indicaciones del primer volumen de la serie. *Cf.* A. Pérez Jiménez, *Vidas Paralelas I. Teseo-Rómulo, Licurgo-Numa* (BCG n.° 77), Gredos, Madrid, 1985, págs. 1-19 y 78-85. También sobre la cronología, *cf.* C. P. Jones, *Plutarch and Rome*, págs. 72-80.

las naturalezas sublimes sacan a la luz tanto grandes defectos como grandes virtudes *(Demetr.* 1)». Aunque sucumben por su incapacidad de seguir el buen camino, sus vidas tienen comienzos prometedores, poseen virtudes personales y unas capacidades militares que les hacen destacar entre sus contemporáneos. Lo que les hunde, en realidad, es su incapacidad de discernir entre el vicio y la virtud, y la debilidad que esa falta de juicio supone, se revela especialmente por los manejos de los aduladores que los rodean. Estas biografías son, por tanto, una aplicación práctica de la principal reflexión más abstracta de su prólogo: la necesidad de aplicar la razón a los variados estímulos sensoriales, para que el resultado moralmente adecuado de una crítica reflexiva (la clara diferencia entre el bien y el mal) ejerza una atracción y un impulso tendente a la emulación de los válidos ejemplos que prevalezcan en ese juicio[2].

Estas dos biografías, además, son de las que mejor se adaptan al plan general de las *Vidas Paralelas* de oponer un personaje griego a otro romano. La experiencia vital de cada uno de estos dos personajes ofrece, en efecto, multitud de similitudes, que, en buena parte, son explotadas conscientemente por Plutarco; pero, en otros casos, acuden insospechadamente a la mente del lector a medida que se recrea en la existencia de estos dos personajes. Los dos, por ejemplo, pertenecen a períodos históricos especialmente agitados o de transición: en el caso de Demetrio Poliorceta, se trata de la encarnizada lucha entre los diádocos y sus sucesores por el gran imperio de Alejandro Magno, hasta que se consolidan varias dinastías en el Oriente helenizado (los Tolomeos en Egipto, los Seléucidas y los Atálidas en Asia, los Antigónidas en Macedonia, etc.); y, en el caso de M. Antonio, se trata precisamente del fin de esos reinos he-

[2] Compárese el contenido del prólogo de la *Vida de Demetrio* con PLUTARCO, *Per.* 1-2 y *Aem.* 1.

lenísticos (con la conquista del Egipto tolemaico y la muerte de Cleopatra VII) ante el empuje del poder de una agonizante Roma republicana, que entrará, sin embargo, en una próspera nueva etapa imperial de la mano de Octavio Augusto.

Demetrio y Antonio crecen a la sombra de dos grandes personalidades, que, en el relato de Plutarco, aparecen al final de su carrera, pero que han luchado largamente por ver cumplidas sus ambiciones políticas en ese mundo en el que traiciones, asesinatos y reinados efímeros se habían convertido en moneda común: Antígono el Tuerto y Julio César. Demetrio, como hijo legítimo de Antígono y compañero en la lucha, intentará recomponer el gran imperio de su padre cuando, tras la derrota de Ipso, sólo queden escasas posiciones en Grecia y Asia Menor y una débil escuadra naval. Antonio igualmente se convierte en el personaje del momento a la muerte de Julio César, centro de todas las miradas de Roma al pronunciar el elogio fúnebre del dictador y, sin duda, viene confirmado como su heredero político cuando Calpurnia, la mujer del fallecido, le hace entrega de las posesiones de su esposo y de los legajos que contenían sus disposiciones y sus planes futuros. Pero pronto se echará en falta la controladora presencia de Antígono y Julio César que, como buenos mentores, aprovechaban las virtudes militares de sus protegidos y sabían controlar los vicios de éstos. A su muerte, este digno equilibrio se rompe en beneficio de unos defectos que se hacen cada vez más patentes con cada fracaso militar.

En este sentido, un defecto común en ambos personajes (o, por lo menos, el que más destacaron sus enemigos políticos) es su, por así decirlo, decidido «asianismo», entendido como esa particular querencia por una vida regalada y dispendiosa que degeneraba en esa morbidez con la que, desde ciertos prejuicios, se tachaba a todo lo que venía de Oriente. Pero no hay que olvidar que tanto Demetrio Poliorceta como Marco Antonio ac-

tuaban atraídos por el prestigio de la tradición cultural helena, la cual tenía en la Atenas clásica y sus monumentos su principal baluarte. No es de extrañar que Demetrio y Antonio dejaran constancia de su paso por esta última ciudad y aceptaran de buen grado los homenajes que allí recibieron, especialmente si los vemos como una consagración de su poder en el entorno político-cultural del Oriente heleno.

En paralelo, igualmente, discurren las vidas privadas de Demetrio y Antonio, especialmente en lo concerniente a su relación con las mujeres que dominaron su existencia. El carácter de estos varones pivota entre la digna y contenida nobleza de la esposa-madre, que encuentran Demetrio y Antonio respectivamente en Fila y en Fulvia y Octavia (pero a las que apenas logran contentar con sus chocarrerías), y las zalameras astucias de la amante-confidente, que poseen Lamia y Cleopatra y que los precipitan en su caída. Aunque Plutarco hace caer la balanza del lado de las pasiones bajas, aumentando la lista de amantes con una cohorte de concubinas y segundas y terceras esposas (Antonio sólo se casaba una vez que se divorciaba de sus esposas o éstas morían, pero Demetrio era menos escrupuloso), lo cierto es que la presencia de Fila, Fulvia y Octavia es otro elemento de control para el personaje, cuyos beneficios comprobamos cuando éstas también se esfuman de la vida de Antonio y Demetrio.

En su intento de ofrecer dos contraejemplos morales en estos dos personajes, Plutarco deja mucho más de lado el relato histórico objetivo de sus empresas militares y se centra más en la evolución del antihéroe desde sus triunfos, aupado entre muestras de adulación, hasta su desdichada caída final, abandonado por todos. Así Plutarco conforma un variado y entretenido relato, plagado de anécdotas familiares, intimidades de alcoba y situaciones chistosas de una vital cotidianidad, junto a patéticas muertes y multitudinarios funerales que, aun siendo nobles y aparentes, contrastan con el inconsciente y alegre dis-

frute de la vida de quien se sabía en la cima de la gloria y la creía eterna. Las *Vidas de Demetrio y de Antonio*, vistos como paradigmas de la teatral desmesura, nos ofrecen un continuo y grandioso espectáculo en las celebraciones en torno a Demetrio por parte de la lisonjera Atenas, o en la entrada triunfal de Cleopatra en Tarso y su envolvente sensualidad, o en la lánguida informalidad de la «Vida Inimitable» de la corte de Alejandría; y tan solemnes son las exequias de Demetrio cómo patético es el último adiós que se dirigen Cleopatra y Antonio, en una perdurable estampa que los consagra más como amantes que como soberanos.

La cultura literaria de Plutarco igualmente se adapta a la teatralidad de los caracteres que retrata en estas dos vidas. No en vano, éstas incluyen citas de los *Caballeros* de Aristófanes *(Demetr.* 12) de *Edipo Rey* y *Edipo en Colono* de Sófocles *(Demetr.* 46 y *Ant.* 24) o de las *Fenicias* y de las *Bacantes* de Eurípides *(Demetr.* 14 y 46), y de otras obras de estos autores que formaban parte de un canon literario que, al parecer, todo hombre culto debía conocer en la época. En esta obra de madurez, Plutarco echa mano, pues, de todos sus recursos para introducirnos, con la fuerza de la palabra, en un manjar para todos los sentidos que sedujo particularmente, con sus posibilidades escénicas, a autores teatrales de la talla de Shakespeare en su obra *Antony and Cleopatra*.

Las *Vidas de Demetrio y Antonio* ocupan, pues, un puesto singular dentro de la producción plutarquea, no sólo por la feliz concordancia de caracteres que se pretende retratar o por la originalidad de presentar a dos personajes cuya vida constituye un ejemplo a no imitar, sino también por el certero ejercicio de estilo, con el que supo acompasar la descripción de la desmesura de sus héroes con un relato ingenioso, variado y exuberante de detalles. Con todo, y una vez determinada la relevancia de estas dos vidas, creemos necesario continuar, en nuestra introducción,

con un apunte sobre el contexto histórico en el que se desarrolla estas vidas, la relevancia de estos personajes y sus actuaciones en la historia de Grecia y Roma y el valor del relato de Plutarco como fuente histórica (y como fuente de fuentes).

DEMETRIO

Como hemos dicho al principio, el contexto en el que se desarrolla la vida de Demetrio Poliorceta es el de las luchas de los diádocos por legitimar su poder como sucesores de Alejandro Magno tras su muerte en el 323 a. C. Entre los candidatos en liza, Antígono el Tuerto quizá destaca menos frente a, en un principio, Tolomeo I y la estable dinastía lágida en la floreciente Alejandría. Poseemos, en efecto, fuentes incompletas y, a menudo, confusas precisamente para el período helenístico, en general, y para Antígono y los antigónidas, en particular. Pero la larga carrera de Antígono, que comienza como general curtido en la corte de Filipo II de Macedonia y en las campañas de Alejandro Magno, llega a su cenit a la muerte del gran conquistador y la subsiguiente lucha por proclamarse su heredero. Las fuentes directas (inscripciones y monedas, principalmente) nos revelan cómo Antígono intentó imponerse desde Frigia sobre otros territorios con una hábil política, la cual combinaba enfrentamientos armados con sus enemigos con meditadas larguezas a favor de escogidas ciudades de Grecia y Asia Menor, donde publicitaba su imagen como filoheleno y digno sucesor de Alejandro. Incluso fundó una ciudad con su nombre, Antigoneia en Orontes (muy cerca de la moderna ciudad turca de Antakya), con una corte de artistas que pudiera presentarse como un digno escaparate de su poder, pero que constituía una importante mejor base marítima para controlar sus posiciones en el Mediterráneo.

En sus proyectos imperiales contó, en todo momento, con el apoyo de su hijo Demetrio, que tenía la juventud y la osadía para ser la mano ejecutora de los proyectos del anciano Antígono. Nuestro autor subraya claramente la estrecha relación entre padre e hijo, lo que resultaba extraño en un tiempo en el que los grandes dinastas sucumbían precisamente a manos de aquellos en quienes más debían confiar: sus propias familias. Sin embargo, en esa lucha se encontró con la oposición de reyes más hábiles como Tolomeo I Soter, pertrechado en su sólido baluarte de Alejandría en Egipto, y una generación más joven y audaz, representada en Casandro de Macedonia o Pirro de Epiro, que vencieron al ya anciano Antígono en el 301 a. C. en la batalla de Ipso.

La lectura de la *Vida de Demetrio* de Plutarco nos revela igualmente la importancia de Grecia y, en concreto, Atenas en ese contexto inestable, derivado del enfrentamiento entre los distintos generales por el legado de Alejandro Magno. Su lucha contra el bárbaro reino macedonio, sostenida casi en nombre de toda Grecia, continúa, aun después de haber salido derrotado de la batalla de Queronea en el 328 a. C., calificada como «el desastre que fue el comienzo del infortunio de todos los griegos[3]»: tras la muerte de Alejandro Magno, el general Leóstenes dirige un contingente griego contra Antípatro, el designado como sátrapa de Europa, en la llamada guerra lamíaca *(cf. Demetr.* 8[4]); después, seguirá la lucha, encabezada por héroes nacionales como Olimpiodoro, contra las tiranías de Demetrio de Falero y Lácares, promovidas por Casandro, el hijo de Antípatro *(cf. Demetr.* 9); también vivirá los abusos de Demetrio Poliorceta (su

[3] *Cf.* Pausanias, I 25, 3.

[4] En realidad, Leóstenes era un antiguo general de Alejandro Magno al mando de un ejército de mercenarios, que se apoyó en Atenas para conseguir el poder en Europa y logró sitiar a Antípatro en la ciudad de Lamia, aunque acabó fracasando en su empresa. La visión de la guerra lamíaca como gesta panhelénica proviene de la propaganda oficial de Atenas.

otrora libertador con su padre Antígono el Tuerto; *cf. Demetr.* 23-26); y, así, se sucederán distintos episodios de rebelión y sumisión, hasta que finalmente, Antígono II (Gonatas), el hijo de Demetrio Poliorceta, acabe con la libertad democrática tras derrotar a Atenas en la guerra cremonídea[5].

Pero en su esfuerzo por liberarse del yugo bárbaro, Atenas disfruta de la ayuda de las nuevas potencias surgidas en el Egipto lágida, el Asia seléucida y la Frigia antigónida, las cuales prestan sus ejércitos a Atenas como estrategia para, primero, minar el poder de Macedonia y luego, realmente, hacerse con el dominio en el Mediterráneo. Los reyes helenísticos serán considerados por los atenienses como sus «piadosos evérgetas», en parte por su alianza con el mundo ateniense en la resistencia contra el peligro bárbaro, pero sobre todo por el apoyo al engrandecimiento de la ciudad y sus monumentos clásicos (el Partenón y el Ágora) y la veneración por sus tradiciones culturales, que no dudan en introducir en sus cortes (con especial éxito en la corte tolemaica). Además de la ayuda militar prestada, enriquecerán Atenas con imágenes de su regio poder, pero en una supuesta señal de continuidad y protección de los valores democráticos que representaban, presentándose, de esta forma, ante el pueblo ateniense no como dominadores de la democracia, sino como defensores del helenismo.

Así pues, Atenas y Grecia sobreviven en época helenística apoyadas por la resonante gloria de su pasado, que tienen en cuenta no sólo Antígono el Tuerto, sino también los representantes de las otras dinastías. En ese sentido, entendemos mucho mejor el enunciado de los planes de Antígono el Tuerto para

[5] Un decreto ateniense en honor a Calias de Esfetos, participante en la revuelta de Atenas, que narra el curso de los acontecimientos y menciona la participación de una tropa de mercenarios de Tolomeo en Andros, así como la aportación de víveres para la ciudad, gracias a la embajada de Calias.

Grecia y el interés de invertir sus riquezas en Grecia para ser «merecedores de su reconocimiento y sus honores», y especialmente en Atenas, porque, esta ciudad «como faro de la ecúmene» (tal como la llama Plutarco en este capítulo), «rápidamente iluminaría a la humanidad con la gloria de sus gestas». Pero los honores divinos *(Demetr.* 10), el título de reyes *(Demetr.* 18), o reconocimientos tales como la imposición del nombre a una tribu, a una fiesta *(Demetr.* 12) o a una ciudad *(Demetr.* 53), entre otros gestos de pleitesía que los griegos realizan en honor de Antígono y Demetrio, no son únicos, sino que se irán repitiendo con los distintos reyes helenísticos que se sucedan, aunque sean demandados a Atenas y al resto de ciudades griegas con una menor insolencia[6].

Por esta razón, el panorama cultural en Atenas no resulta tan decadente, a pesar de las circunstancias. Plutarco testimonia en la *Vida de Demetrio* cómo aún se celebran, recuperando en lo posible la solemnidad y pompa de antaño, las fiestas Panateneas (aunque la procesión se vea interrumpida por una granizada), los misterios eleusinos (participando Demetrio Poliorceta como iniciado privilegiado) y, sobre todo, las Grandes Dionisias, que reciben el nombre de *Demetrias (Demetr.* 12), en honor al libertador Demetrio Poliorceta. Y en ellas la tradicional libertad de palabra de la democracia ateniense aún parece que se mantiene con la pluma los autores cómicos de la Comedia Media. Destaca especialmente Filípides, que criticó el paso de Deme-

[6] Además de las efímeras tribus atenienses de *Demetrias* y *Antigonias*, también sabemos que existieron las tribus *Tolemaida*, *Apolónida* y *Atálida*, en reconocimiento oficial de la dinastía lágida (Egipto), seléucida (Asia) y atálida (Pérgamo). Y como testimonio patente de esa reverencia continuada por Atenas en época helenística aún pueden contemplarse los restos de algunos monumentos, como la reconstruida estoa del rey Átalo II (que alberga en la actualidad el Museo del Ágora), la de Eumenes II en las faldas de la Acrópolis, o la conocida tumba de Antíoco de Comágene en la colina del Museo.

trio por Atenas y los excesivos honores que se le rindieron; de sus obras nuestro autor incluye algunos fragmentos *(Demetr.* 12 y 26).

Pero la *Vida de Demetrio* no sólo es importante por las citas de Filípides, sino por el valor fundamental que tiene para el estudio de los primeros años de la época helenística, especialmente entre la batalla de Ipso del 301 a. C. y la muerte de Demetrio Poliorceta en el 282 a. C., período para el que carecemos de un relato continuado y preciso (los libros XIX y XX de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro Sículo se conservan parcialmente). Plutarco sorprende, en este punto, no sólo al combinar fuentes de diverso tipo, fuentes directas (inscripciones) como indirectas, tanto en verso como en prosa, sino también al dar cobijo a voces muy dispares: Plutarco cita a Demócares de Leucónoe *(FGrHist.* 75), sobrino de Demóstenes y principal exponente de los valores democráticos en Atenas, pero también cita a Filípides de Atenas, un comediógrafo que acaba en la corte de Lisímaco de Tracia y que ridiculiza a Demetrio, y a Jerónimo de Cardia *(FGrHist.* 154), un importante historiador que, tras la destrucción de su ciudad natal precisamente por orden de Lisímaco, se traslada a la corte de Antígono y, lógicamente, es más proclive a dar una versión de los hechos favorable a su patrono y sus antepasados. Además de estos autores, Plutarco cita igualmente otros historiadores del siglo III a. C., cuya obra no se conserva, como Duris de Samos *(FGrHist.* 76), discípulo del igualmente historiador Teofrasto, y Filarco de Atenas *(FGrHist.* 81), ambos representantes de la llamada «historiografía trágica» de época helenística que tanto criticaría Polibio en el siglo II a. C.

Y trágico, efectivamente, resulta ser el destino de Demetrio Poliorceta, que repetidas veces se enfrenta a lo largo de su vida a una suerte voluble que tan pronto le encumbra como le hunde en la más acuciante necesidad. Plutarco se recrea precisamente en la reacción de Demetrio ante su cambiante fortuna, contrastando

con igual mirada crítica la fulminante respuesta de su visceral soberbia, en los momentos tensos de la batalla, con la asombrosa indulgencia con la que se deja arrastrar por sus vicios, en sus (escasos) momentos de holgura. Pero a medida que pasan los años, sus logros son menos esplendorosos y sus fracasos son cada vez más estrepitosos, hasta el punto de sucumbir en su calamitoso final, como prisionero de Seleuco I, cuando ya no es más que una sombra de sí mismo y de sus anacrónicas ambiciones.

Estructura de la *Vida de Demetrio*:

a) Introducción, 1.
b) Nacimiento y juventud de Demetrio.
Físico y carácter, 2.
Relación con sus familiares (Antígono), 3.
Relación con sus amigos (Mitrídates), 4.
c) Primeras empresas militares.
Campaña en Siria. Derrota en Siria ante Tolomeo I, 5.
Victoria en Siria ante Ciles, 6.
Campaña contra los Nabateos. Campaña en Asia Menor, 7.
d) Atenas.
Campaña de conquista, 8-10.
Honores desmesurados de los atenienses (Estraticles, Filípides, Dramoclides), 11-13.
Demetrio y las mujeres (Fila, Eurídice, etc.), 14.
e) Campaña de Chipre.
Enfrentamiento con Tolomeo I, 15-16.
Demetrio y Antígono proclamados reyes, 17-18.
f) Retrato de Demetrio adulto.
Vicios y excesos, 19.
Demetrio y la poliorcética, 20.
g) Campaña en Rodas, 21-22.

ANTONIO

> Nos cuentan que estando (César) en Hispania, mientras desocupado leía una de las historias de Alejandro Magno, se quedó absorto largo tiempo hasta que empezó a llorar. Sus amigos, asombrados, le preguntaron por qué lloraba, y él contestó: «¿No os parece que es para llorar que Alejandro, a mi edad, fuera ya el rey de tantos pueblos, y que yo todavía no haya hecho nada brillante[7]?».

Como vemos en este texto, la fama de Alejandro Magno y su imperio es el modelo para Julio César, el mentor de M. Antonio en sus primeros años. Siglos después de la gran campaña del conquistador macedonio, cuando César busque, con el sometimiento de las Galias, acrecentar su prestigio y popularidad en Roma, se inspirará en este ejemplo para llegar a alcanzar un poder autocrático.

En cierto modo, el contexto en el que viven César y Marco Antonio resulta parecido al de Antígono y su hijo Demetrio. Si en época helenística nos encontrábamos con una encarnizada lucha armada para acceder al poder autocrático y universal de Alejandro, también en los últimos años de la República vivimos una progresiva acumulación de poder personal con una fuerte base militar, hasta llegar al principado de Augusto. Y si en la época de los diádocos nos encontramos con los grandes nombres de Antígono el Tuerto, Tolomeo I Soter, Seleuco y Casandro, en los convulsos años del final de la República romana, la galería de personajes en liza no es menos notable. Así Sila, Mario, Craso, Pompeyo y Julio César y sus respectivas campañas en el Mediterráneo, son la antesala de las grandes figuras centrales en esta biografía plutarquea: M. Antonio, y sus aliados orientales (la egipcia Cleopatra VII entre ellos), y Octavio Augusto, con sus apoyos en Occidente.

---

[7] PLUTARCO, *Cés.* 11.

El escenario en el que se suceden las peripecias vitales de Antonio vuelve a ser tan amplio como en la *Vida de Demetrio.* El poder de Roma se había acrecentado progresivamente, no sólo con la conquista de Grecia (tras la destrucción de Corinto en el año 146 a. C.), sino especialmente tras la muerte de Átalo III Filométor, último rey de Pérgamo, que legó a Roma, su antigua aliada, su próspero reino, en el que se incluían buena parte de las ciudades jonias. La riqueza de Asia tiene como consecuencia la atracción de una amplia población civil de *publicani* (recaudadores de impuestos) y de *negotiatores* (comerciantes) repartidos por las principales ciudades del reino, que se dedican a explotarla económicamente; así que cuando el orador Hibreas lance su discurso ante Marco Antonio reprochando su inclemente manera de esquilmar a la provincia *(Ant.* 24), ya sabía de las arbitrariedades romanas en Asia Menor.

Como hemos dicho, durante el fin de la República los generales buscaron fortalecer su prestigio y su poder ante Roma con triunfales campañas militares, ejércitos leales y la sumisa alianza de los territorios sometidos, pero no sólo en Occidente, como César, sino también en Oriente. En algunos casos, la estrategia no ofrecía los resultados esperados: es el caso de las campañas de Craso y de Marco Antonio *(Ant.* 37-52) contra el lejano imperio parto, que se saldan con la derrota (y con la muerte, además, en el caso del primero). Otro fue el caso de Sila y, sobre todo, de Pompeyo, que salieron fortalecidos de sus respectivos enfrentamientos con la amenaza más cercana que supuso el rey Mitrídates V del Ponto para Grecia y Asia Menor. De hecho, tras la muerte de este último en el 63 a. C., Pompeyo (apodado el Grande por sus triunfos) fue el principal responsable de la reorganización administrativa del Oriente con una política de fundaciones e instauración de nuevas dinastías favorables a Roma y la creación de estados-tapón, y es en Egipto donde acaba, tras la derrota ante César en Farsalia

(Grecia[8]). César hará uso de su proverbial clemencia con las ciudades que se habían aliado a Pompeyo, pero Bruto y Casio, tras el tiranicidio, prepararán en Asia Menor lo que será su enfrentamiento decisivo con Octavio y Marco Antonio en Filipos, en Macedonia *(Ant.* 22[9]).

Así pues, la lectura de la *Vida de Antonio* nos permite comprobar cómo el mundo griego, con las amplias fronteras conseguidas con el prestigio de su legado cultural, vive este enfrentamiento entre generales, se implica en él. No extraña pues que también sea en Oriente donde Antonio busque aliados, visitando Atenas y las ciudades griegas de Asia Menor y uniéndose a la reina Cleopatra de Egipto, antes de enfrentarse en suelo griego a Octavio en Accio, en la costa de Ambracia. Está claro, en cada caso, cuál es el protagonismo que Asia tiene por su riqueza y el poder de las casas reinantes allí, y el papel subsidiario de Grecia como campo de batalla donde se miden las fuerzas de los contrincantes. La derrota de Marco Antonio fue en realidad una gran derrota para Oriente frente a Occidente. Atenas, por supuesto, vuelve a recibir el sentido homenaje de Antonio por su legado cultural, hasta el punto de que éste ruegue, tras su derrota, la gracia de vivir como ciudadano particular en esa ciudad. Pero cuando se trata de buscar apoyo militar, Antonio se refugia en la corte alejandrina de Cleopatra VII, acude a las ciudades griegas de Asia Menor, para que contribuyan con sus impuestos a su causa, y convoca a los reinos semihelenizados de Oriente, para que se asocien a él.

---

[8] Pompeyo se enfrenta a César con la ayuda de Laconia, Beocia, Atenas y las islas del Egeo y un contingente numeroso formado por tracios, helespontios, bitinios, frigios, gálatas, panfilios, pisidios, paflagonios, cilicios, sirios, fenicios, hebreos, árabes, chipriotas, rodios y cretenses, etc., a los que había favorecido tras las guerras mitridáticas. *Cf.* APIANO, *Mith.* CXV-CXIX y *BC* II 70-71.

[9] Sobre la batalla de Filipos y la enumeración de los aliados orientales de Bruto y Casio, *cf.* APIANO, *BC* IV 60-82, 105-136.

Entre las fuentes griegas destaca el historiador Q. Delio *(Ant.* 59) del que nuestro autor extrae la narración de la campaña de Antonio en Partia y sigue siendo una fuente importante para la batalla de Accio. Para los sucesos posteriores Plutarco cita como fuente al greco-egipcio Olimpo *(FGrHist.* 198. *Cf. Ant.* 82) que fue médico de Cleopatra VII y que sirve de base para el relato de la muerte de la soberana. También hay que tener en cuenta, aunque sea dudosa como fuente para la *Vida de Antonio*, la perdida obra de Timágenes de Alejandría (*FGrHist.* 88), del que nuestro autor *(Ant.* 72) comenta que fue el que presentó a Antonio a Alexas de Laodicea.

Las principales fuentes latinas que estaban a disposición de nuestro autor[10] ofrecían una versión poco favorable a Antonio. Entre ellas se encuentran las *Filípicas*[11] de Cicerón (citadas en *Ant.* 6 y 9), una serie de discursos dirigidos contra Antonio y del que derivan noticias de la vida íntima de este personaje, como sus bizarrías en la camarilla de Clodio, su relación con la hetera Citéride *(Ant.* 9), las bromas que le gastaba a su mujer Fulvia *(Ant.* 10) o la compra de la casa de Pompeyo el Grande *(Ant.* 10). También Plutarco cita las *Memorias* de Augusto *(De vita sua. Cf. Ant.* 22 y 68) en el que se desarrollan los principales motivos de la propaganda contra Antonio, su relación con Cleopatra y sus disipadas costumbres. Sin embargo, no acepta la desfavorable imagen de Antonio y Cleopatra en la obra del historiador Calvisio Sabino *(Ant.* 58-59) y mitiga esa imagen predominantemente negativa con la consulta de la obra histórica de Asinio Polión *(Ant.* 9), un historiador que formó parte de la corte de Antonio.

---

[10] Sobre el uso directo o indirecto (a través de traducciones al griego, resúmenes, excerpta, etc.) de las fuentes latinas, *cf.* C. P. JONES, *Plutarch and Rome*, Clarendon Press, Oxford, 1971, págs. 81-87.

[11] Llamadas así en recuerdo de las *Filípicas* que escribió el orador griego Demóstenes (el modelo de Cicerón) contra Filipo II de Macedonia y sus planes para Grecia.

Por último, también Plutarco echa mano de fuentes orales para estos sucesos que narra y que no se encuentran tan lejanos en el tiempo. Así, la narración del médico Filotas en la corte de Cleopatra en Alejandría deriva de una historia que escuchó Plutarco a su abuelo *(Ant.* 28), y los detalles en los que abunda Plutarco sobre los abusos que cometió Antonio en Beocia derivan de un relato de su bisabuelo Nicarco *(Ant.* 68).

Estructura de la *Vida de Antonio*:

a) Nacimiento y juventud de Antonio.
   Carácter del abuelo, el padre y la madre Julia, 1.
   Relaciones con Curión y Clodio, 2.
b) Primeras empresas militares.
   Campaña de Gabinio en Siria y Egipto, 3.
   Popularidad de Antonio entre los soldados, 4.
   Antonio y su colaboración en las campañas de César en Italia, Hispania, Epiro y en Farsalia (Grecia) en la guerra civil, 5-8.
c) Dictadura de César.
   César dirime las disputas en Italia de Antonio y Dolabela, 9-11.
   Las *Lupercalia*, 12.
   Los Idus de Marzo, 13.
d) Antonio, vengador de César.
   Antonio se hace cargo de la herencia de César, 14-15.
   Llegada a Roma de Octavio Augusto y enfrentamiento con Antonio en Módena, 16-17.
   Vuelta de Antonio y triunvirato, con proscripciones, 18-20.
   Campaña contra los tiranicidas en Filipos, 21-22.
e) Antonio en Oriente.
   Honras divinas de Antonio en Grecia y Asia Menor, 22-24.

Batalla de Accio, derrota y huida de Antonio, 65-68.

j) Campaña de Egipto.

Cleopatra en Alejandría y Antonio en Paretonio y Faros como un nuevo Timón, 69-70.

Vuelta de Antonio a Alejandría y acercamientos diplomáticos a Octavio, 71-73.

Asedio de Alejandría, huida de Cleopatra y defección del ejército, 74-76.

k) Muerte de Antonio y Cleopatra.

Antonio se suicida y agoniza en brazos de Cleopatra, 77.

Cleopatra se entrevista con Octavio desde su refugio, 78-79.

Entrada de Octavio en Alejandría, captura de Cleopatra y muerte de Antilo y Cesarión, 80-81.

Cleopatra, prisionera, 82-83.

Lamento ante la tumba de Antonio, 84.

Muerte de Cleopatra, 85-86.

Descendencia de Antonio, 87.

NUESTRA TRADUCCIÓN

El texto base de la traducción es la edición teubneriana de Ziegler *(Plutarchi Vitae Parallelae* III, 1, etc.) de 1996, con la consulta igualmente de las ediciones bilingües francesa, italiana e inglesa para el texto y las notas. Nuestra traducción respeta en la medida de lo posible los giros de Plutarco, pero se renuncia, para mayor claridad, a reflejar en la traducción el gusto de nuestro autor por los períodos en exceso largos, los cuales caracterizan el estilo narrativo y discursivo de Plutarco, especialmente en el caso de las *Vidas*, en sus prólogos. La concatenación de subordinadas de participio e infinitivo, giros preposicionales, partículas, que permiten a nuestro autor el presentar

condensadamente gran cantidad de información, se han sustituido por párrafos más breves en los que los matices vienen expresados mediante partículas coordinantes, adverbios y otras locuciones temporales, causales, consecutivas, modales, etc. La traducción de los fragmentos poéticos se integran en el texto cuando son breves menciones. En el caso de los fragmentos más extensos, se marcan en el texto original de manera separada y en cursiva. La traducción que se ofrece es rítmica, intentando, en la mayor parte de los casos, respetar la dicción y las formas poéticas del original. Otro tanto se hace con el texto literal de inscripciones cuya lectura incluye Plutarco en el texto.

Respecto a las notas a la traducción, tratan de no ser excesivas. En su mayor parte, se limitan a completar la lectura de Plutarco con los detalles que nos aportan el resto de fuentes directas e indirectas sobre los hechos que se narran y los personajes que se mencionan y, en algún caso, plantean las dificultades que presenta el texto original y se discute la opción de traducción que ha tomado el traductor. No suele citarse en las notas (salvo en los casos necesarios) artículos y monografías, aunque se ofrece en la introducción una bibliografía que resultará útil en el caso de que el lector desee consultar otras ediciones y traducciones o profundizar en el contexto histórico de cada relato.

TABLAS CRONOLÓGICAS

Vida de Demetrio

336 a. C.	Nacimiento de Demetrio Poliorceta.
321-320 a. C.	Matrimonio con Fila, la hija de Antípatro.
314-313 a. C.	Batalla de Demetrio y Tolomeo I en Siria/ Palestina.
	Derrota de Demetrio.
312 a. C.	Batalla de Demetrio y Tolomeo I en Gaza.
	Derrota de Tolomeo I.
	Campaña contra los nabateos.
311 a. C.	Conquista de Babilonia.
310 a. C.	Liberación de Halicarnaso.
307 a. C.	Liberación del Pireo, Mégara, Muniquia y Atenas.
	Honras divinas a Demetrio y Antígono.
	Matrimonio con Eurídice.
306 a. C.	Campaña de Chipre y Egipto.
305 a. C.	Asedio de Rodas.
304 a. C.	Vuelta a Grecia y campaña contra Macedonia.
	Nuevos honores divinos en Atenas.
303 a. C.	Campaña en el Peloponeso. Matrimonio con Deidamía, hermana de Pirro de Epiro.

302 a. C.	Gloria en Grecia: reconstrucción de la Liga de Corinto, iniciación de Demetrio en los misterios de Eleusis.
301 a. C.	Batalla de Ipso y muerte de Antígono.
300 a. C.	Vuelta de Demetrio a Grecia. Lucha en Tracia.
299 a. C.	Matrimonio de la hija de Demetrio y Seleuco I. Conquista de Cilicia.
297 a. C.	Conquista de Samaria, territorio seléucida.
296 a. C.	Campaña en Atenas y Mesene.
295 a. C.	Nueva campaña contra Atenas.
294 a. C.	Conquista de Atenas y Esparta. Se hace con el trono de Macedonia.
293 a. C.	Campaña en Tebas.
293 a. C.	Campaña contra Lisímaco de Tracia. Nuevo asedio de Tebas ante su rebelión.
291 a. C.	Conquista de Tebas.
290 a. C.	Matrimonio con Lanasa, hija de Agatocles.
289 a. C.	Campaña en Etolia y Epiro.
288 a. C.	Derrota de Demetrio ante una coalición de reyes. Liberación de Tebas.
287 a. C.	Rebelión de Atenas y asedio.
286 a. C.	Matrimonio con Ptolemáis en Éfeso. Campaña en Caria y Lidia contra Lisímaco.
284 a. C.	Combate contra Seleuco I y derrota.
282 a. C.	Muerte de Demetrio como prisionero de Seleuco I.

Vida de Antonio

83 a. C.	Nacimiento de Antonio.
65 a. C.	Juventud disoluta de Antonio con la camarilla de Curión y Clodio.

57-55 a. C.	Participación de Antonio en la expedición de Gabinio en Palestina y Egipto.
51 a. C.	Antonio *quaestor.*
50 a. C.	Antonio *augur* y *tribunus.*
49 a. C.	Expulsión de Antonio del Senado. Entrada en las filas de César. César parte a la guerra contra Pompeyo en Hispania. Antonio *magister equituum* en Italia.
48 a. C.	Antonio parte a Farsalia al lado de César. Derrota de Pompeyo.
46 a. C.	Divorcio de Antonia, su primera esposa. Matrimonio con Fulvia.
44 a. C.	Antonio *consul.* Asesinato de César. Campaña de Marco Antonio contra Bruto en Módena.
43 a. C.	Derrota de Antonio en Módena y huida a Galia. 2.° triunvirato (Lépido, Antonio y Octavio). Etapa de proscripciones.
42 a. C.	Batalla de Filipos. Derrota de Bruto y Casio.
41 a. C.	Visita a Éfeso. Antonio Nuevo Dioniso.
40 a. C.	Muerte de Fulvia y matrimonio con Octavia. Firma del tratado de Bríndisi entre Antonio y Octavio.
39 a. C.	Firma del tratado de Miseno con Sexto Pompeyo.
38 a. C.	Antonio y Octavia en Atenas.
37 a. C.	Nueva estancia con Cleopatra. Reconocimiento de los gemelos Helios y Selene.
36 a. C.	Expedición contra Partia.
35 a. C.	Encuentro de Antonio y Cleopatra en Fenicia.
34 a. C.	Captura del rey armenio Artavasdes. Celebración del triunfo en Alejandría.

32 a. C. Divorcio de Octavia.
Octavio declara la guerra a Cleopatra.
31 a. C. Batalla de Actium.
30 a. C. Conquista de Egipto. Muerte de Antonio y Cleopatra.

BIBLIOGRAFÍA

a) Ediciones, traducciones y comentarios

O. Andrei, R. Scuderi, *Plutarco, Vite parallele: Demetrio-Antonio, intr., trad. e note*, Fondazione Lorenzo Valla, Milán, 1989.

R. Flacelière, *Plutarque, Vies. Tome XIII: Démétrios-Antoine, texte établie et traduit*, Les Belles Lettres, París, 1977.

J. F. Martos Montiel, *Plutarco. Vidas Paralelas. Demetrio-Antonio,* Alianza Editorial, Madrid, 2007.

C. B. R. Pelling, *Plutarch. Life of Anthony*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

B. Perrin, *Plutarch's Lives, t. IX*, Cambridge University Press, Cambridge, Mass.-Londres, 1969.

A. Ranz de Romanillos, *Vidas Paralelas, Tom. IV (Foción y Catón el Menor, Agis y Cleomenes, Tiberio y Cayo Graco, Demóstenes y Cicerón, Demetrio y Antonio, Dión y Bruto, Artajerjes, Arato, Galba y Otón)*, Iberia, Barcelona, 1944.

C. Riba, *Vides Paral·leles, vol. III, part 1a, Demetri i Antoni*, Fundació Bernat Metge, Barcelona, 1929.

K. Ziegler, *Plutarch, Grosse Griechen und Römer, Band V (Alexander und Caesar, Sertorius und Eumenes, Demetrius und Antonius)*, Artemis-Verlag Zürich-Stuttgart, 1955.

—, Cl. Lindskorg, *Plutarchi Vitae Parallelae 3, 1. ed. correctiorem cum addendis cur. Hans Gärtner*, Teubner, Stuttgart-Leipzig, 1996.

b) Monografías y obras generales

1. *Demetrio*

P. Briant, *Antigone le Borgne. Les debuts de sa carrière et les problemes de l'assemblée macédonienne*, Les Belles Lettres, París, 1973.

R. A. Billows, *Antigonos the One Eyed and the Creation of the Hellenistic State*, University of California Press, Berkeley, 1990.

W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens*, Macmillan, Londres, 1911.

R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes*, De Boccard, París, 1937.

C. Franco, *Il regno di Lisimaco: strutture amministrative rapporti con le città*, Giardini, Pisa, 1993.

P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria (vols. I-II)*, Clarendon Press, Oxford, 1972.

J. D. Grainger, *Seleukos Nikator: Constructing a Hellenistic kingdom*, Routledge, Londres, 1990.

P. Green, *Alexander to Actium. The Hellenistic Age*, Thames and Hudson, Londres, 1990.

Chr. Habicht, *Untersuchungen zur politischen Geschichte Athens im 3. jahrhundert v. Chr.*, Beck, Munich, 1979.

J. Hornblower, *Hieronymus of Cardia*, Oxford University Press, Oxford, 1981.

R. B. Kebric, *In the Shadow of Macedon: Duris of Samos (Historia Einzelschriften, 29)*, Steiner, Wiesbaden, 1977.

G. F. Landucci, *Lisimaco di Tracia nella prospettiva del primo ellenismo*, Jaca Book, Milán, 1992.

P. Levêque, *Pyrrhos*, De Boccard, París, 1957.

H. S. LUND, *Lysimachus: a study in early Hellenistic Kingship*, Routledge, Londres-Nueva York, 1992.
G. MARASCO, *Democare di Leuconoe. Politica e cultura in Atene fra IV e III sec. a.C. (coll. Studi e Testi, 4)*, Università di Firenze, Florencia, 1984.
A. MASTROCINQUE, *La Caria e la Ionia meridionale in epoca ellenistica*, L'Erma di Brestchneider, Roma, 1979.
E. MANNI, *Demetrio Poliorcete*, Signorelli, Roma, 1951.
O. MÜLLER, *Antigonos Monophthalmos und «Das Jahre der Könige»*, Habelt, Bonn, 1973.
E. T. NEWELL, *The Coinage of Demetrius Poliorcetes*, Oxford University Press, Oxford, 1923.
P. PÉDECH, *Trois historiens méconnus. Théopompe, Duris, Phylarque*, Les Belles Lettres, París, 1989.
W. W. TARN, *Antigonos Gonatas*, Clarendon Press, Oxford, 1913.
C. WEHRLI, *Antigone et Démetrios*, Droz, Ginebra, 1968.

2. *Antonio*

M. G. ANGELLI BERTINELLI, *Roma e l'Oriente. Strategia, economia, società e cultura nelle relazioni politiche fra Roma Giudea e l'Iran*, L'Erma di Brestchneider, Roma, 1979.
I. BECHERM, *Das Bild der Kleopatra in der Griechischen und Lateinischen Literatur*, Akademie-Verlag, Berlín, 1966.
H. BENGSTON, *Marcus Antonius: Triumvir und Herrscher des Orients*, Beck, Munich, 1977.
G. W. BOWERSOCK, *Augustus and the Greek World*, Clarendon Press, Oxford, 1969.
J. M. CARTER, *The Battle of Actium. The Rise and Triumph of Augustus Caesar*, Hamilton, Londres, 1970.
F. CHAMOUX, *Marc Antoine, dernier prince de l'Orient grec*, Arthaud, París, 1986.

N. C. Debevoise, *A Political History of Parthia*, University of Chicago Press, Chicago, 1938.

P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria (vols. I-II)*, Clarendon Press, Oxford, 1972.

M. Grant, *Cleopatra*, Phoenix Press, Londres, 1974.

E. G. Huzar, *Mark Anthony. A Biography*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1978.

J. Lindsay, *Marc Anthony: his World and his Contemporaries*, Dutton & C., Nueva York, 1937.

D. Magie, *Roman Rule in Asia Minor to the End of the Third Centtury after Christ (vols. I-II)*, Princeton University Press, Princeton-Nueva Jersey, 1950.

P. M. Martin, *Antoine et Cléopâtre: la fin d'un rêve*, Albin Michel, París, 1990.

A. Roberts, *Mark Anthony. His Life and Times*, Malvern, Upton upon-Severn, 1988.

J. M. Roddaz, *Marcus Agrippa*, École Française de Rome, Roma, 1984.

R. F. Rossi, *Marco Antonio nella lotta politica della tarda repubblica romana*, Istituto di Storia Antica, Università di Trieste, Trieste, 1959.

A. N. Sherwin-white, *Roman Foreign Policy in the East 168 B. C. to A. D. 1*, Ducksworth, Londres, 1984.

R. Syme, *The Roman Revolution*, Clarendon Press, Oxford, 1952².

H. Volkman, *Kleopatra. Politik und Propaganda*, Oldenburg, Munich, 1953.

A. Weigall, *The Life and Times of Marc Anthony*, Butterworth, Londres, 1931.

DEMETRIO

Quienes principalmente han defendido que hay que poner 1
en relación las artes con los sentidos creo que se han basado especialmente en la capacidad de discernir que, tanto unas como otras, poseen. En efecto, gracias a esa facultad, estamos capacitados por naturaleza a distinguir los opuestos en cada cuestión; pero, en mi opinión, hasta ahí llega el parecido, porque se diferencian en el resultado final de ese juicio.

Por un lado, los sentidos no tienen la función de establecer 2
una distinción entre el blanco y el negro, entre lo dulce y lo amargo, entre lo suave y blando y lo duro y resistente, sino que su labor consiste en ponerse en movimiento ante cualquier estímulo exterior que le llegue y, una vez excitado, transmitir al
pensamiento qué nos ha pasado. Las artes, en cambio, con ayu- 3
da de la razón, se ocupan de discernir y aprehender lo que les es propio, mientras que evitan y descartan lo que les es ajeno; es decir, analizan lo que concierne a la materia que tratan en sus cualidades intrínsecas, mientras que lo que les resulta extraño lo tratan, sí, pero de manera incidental y para evitarlo. Eso es lo que ocurre, por ejemplo, en el caso de la medicina, cuando examina el concepto de enfermedad, o en el caso de la armonía, cuando se ocupa de la desarmonía, pero con el objeto de conseguir el efecto contrario.

4 Las más perfectas de todas las artes, a saber, la discreción, la justicia y la prudencia, no han de destacar sólo lo bello, lo justo y lo útil, sino también se debe discernir lo punible, lo injusto y malvado; y, además, porque no alabamos una virtud sin tacha que se honra en desconocer la maldad, sino que creemos que es una necedad imperdonable desconocer los principios que más
5 importa tener presentes para actuar rectamente.

Los espartanos antaño, en el transcurso de sus festividades, obligaban a los hilotas a beber vino puro en gran cantidad y luego los introducían en los banquetes para mostrarles a los jóvenes qué acarreaba la embriaguez[1]. Pues bien, aunque nosotros no creemos que la enmienda a través de la denigración de otras personas sea un proceder humano ni cívico, aun así, no estará mal que, entre las muestras de nuestras *Vidas*, metamos una o dos parejas de vidas de personalidades que no tuvieron un comportamiento ejemplar y que fueron célebres por el perjuicio que causaron por la desmesura de su poder y de sus ambiciones.

No está en mi deseo, ¡por Zeus!, el distraer al lector con un relato lleno de curiosidades, sino que procederemos como Is-
6 menias el tebano[2] que, para mostrar a sus alumnos quiénes eran buenos y malos flautistas, solía decir: «¡Tienes que tocar de esta manera!» o, a su vez, «¡Así no se debe tocar!»; o como Antigénidas[3], que veía bien que los jóvenes escuchasen a los buenos flautistas, aunque también consideraba oportuno que tuviesen constancia de la existencia de flautistas malos. De la misma manera nosotros creemos que seremos más benévolos jueces e imitadores de las vidas de los hombres preclaros, si alguna no-

[1] *Cf.* también esta historia en PLUT., *Lic.* 28.

[2] El flautista Ismenias es, probablemente, el hijo de otro Ismenias, beotarca en el año 382 a. C. *Cf.* PLUT., *Per.* 1; que también menciona a este personaje.

[3] El flautista Antigénidas vivió en época de Alejandro Magno. *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 193F.

ción histórica tenemos de las vidas de aquellos que son despreciables y dieron un mal ejemplo.

Así pues, este libro contendrá las vidas de Demetrio Poliorceta y del general Antonio, hombres que testimonian el dicho
de Platón de que las naturalezas sublimes sacan a la luz tanto 7
grandes defectos como grandes virtudes[4]. Siendo ambos en la
misma medida lujuriosos, dados al vino, expertos generales, 8
derrochadores, desprendidos y soberbios, también tuvieron un
semejante destino final. Así, no sólo durante su vida obtuvieron
grandes éxitos, sino que también sufrieron importantes derrotas, pues fue muchísimo lo que conquistaron como muchísimo
lo que perdieron, cayendo de forma inesperada para, de nuevo,
insospechadamente reponerse; y, al final, incluso uno acabó
prisionero en manos de sus enemigos y el otro estuvo a punto
de que le pasara lo mismo.

Antígono[5] tuvo dos hijos con Estratónice, la hija de Corra- 2

---

[4] Esta máxima de PLATÓN (*cf. República* VI, 491a; *Critias* 44d; *Gorgias* 525e; *Hipias Menor* 375e) aparece referida en muchas otras *Vidas* y forma parte del bagaje cultural al que echa mano nuestro autor con frecuencia. *Cf.* PLUT., *Tem.* 2; *Nic.* 9; *Cor.* 1.

[5] Se refiere a Antígono I apodado «el Tuerto» (*Monóphthalmos*) por su defecto físico. Intentaba disimularlo haciéndose retratar por escultores y pintores siempre de perfil. *Cf.* PLIN., *Historia Natural* XXXV 90 y 96 (que nombra a Protógenes de Cauno y Apeles, como pintores de corte); QUINT., *Inst. Orat.* II 13, 12. Antígono mandó matar a un miembro de su corte, porque, en el transcurso de una cena, se atrevió a referirse a él como el «Cíclope». *Cf.* PLUT., *Sobre la educación de los hijos* 14. Empezó como oficial de Filipo y de Alejandro Magno, pero se convirtió en uno de los más poderosos diádocos y llegó a constituir un gran reino en Asia, desde donde intenta extender su poder por las islas y Grecia. Su personalidad, menos tratada en nuestro autor, sin embargo da muestras de ingenio y perspicacia, propia de una personalidad que hizo una importante política de fundación de ciudades en Asia Menor y de beneficios a las ciudades griegas. Sobre la carrera de Antígono el Tuerto. *Cf.* P. BRIANT, *Antigone le Borgne. Les debuts de sa carrière et les problemes de l'assemblée macédonienne*, Les Belles Lettres, París, 1973; C. WEHRLI, *Antigone et Déme-*

go[6,7]. A uno lo llamó Demetrio, por su hermano, y al otro Filipo[8], por su padre. Esto es lo que refieren la mayoría de los autores sobre esta cuestión. Algunos, en cambio, dicen que Demetrio no era hijo, sino sobrino de Antígono y que, cuando Demetrio era tan sólo un niño, se murió su padre y la madre se casó enseguida con Antígono, por lo que fue considerado hijo
2 de Antígono. Por lo demás, Filipo, que no era muchos años más joven que Demetrio, murió.

Demetrio, aun siendo alto, era más pequeño de estatura que su padre[9], pero los rasgos y la belleza de su rostro eran tan admirables y extraordinarios que ningún escritor o retratista logró retratarlo de manera fiel. Y, en efecto, su aspecto físico a la vez transmitía candor y gravedad, gracia y terror, combinándose en él una juventud intrépida con un cierto porte heroico y una ma-

---

trios, Droz, Ginebra, 1968; R. A. BILLOWS, *Antigonos the One Eyed and the Creation of the Hellenistic State*, University of California Press, Berkeley, 1990. Después de él reinaron con el mismo nombre en Pella Antígono II Gonatas y Antígono III Dosón.

6 Esta Estratónice (353-301 a. C.) no hay que confundirla con su nieta, del mismo nombre, que luego se mencionará en los capítulos siguientes.

7 No se sabe nada de este hombre, aunque tiene un nombre macedonio.

8 Nacido en el año 330 a. C. (seis años más joven que su hermano Demetrio, que nació en el año 306 a. C.) murió muy joven, en el 306 a. C. y fue enterrado en Antigoneia en Orontes. Acompañó a su padre en sus campañas militares entre el 314 y el 311 a. C. *(cf.* capítulo 23 y la nota). El pueblo ateniense le concedió una corona de 50 dracmas en el 311 a. C., en relación con el filohelenismo de su padre. *Cf. OGIS* 6, 30. CICERÓN *(cf. Sobre los deberes* II 48) comenta que Antígono escribió unas cartas *(Epístolas a Filipo)*, consignando así por escrito sus consejos. No hay que confundir este Filipo con Filipo Fénix (mencionado en DIOD., XX 19, 2-5, y de nuevo, erróneamente, en 73, 1), gobernador rebelde del Helesponto, que fue derrotado por Antígono.

9 Acerca de la belleza, la gentileza, la gracia, la distinción de Demetrio, a la que va a hacer referencia nuestro autor, *cf.* también DIOD., XIX 69, 1-3; 81, 4-85, 5; XX 92, 3; y E. T. NEWELL, *The Coinage of Demetrius Poliorcetes*, Londres, 1923.

jestad regia difícil de reflejar. Así pues, su carácter se antojaba 3
inquietante a la vez que resultaba atrayente a la gente. Es ver-
dad que era muy agradable de trato y, cuando se encontraba in-
merso en banquetes, era incluso más disoluto que los propios
reyes en su lujoso régimen de vida; pero, ahora bien, cuando
llegaba la hora de actuar, se ocupaba de sus negocios con un
enérgico y un perseverante empeño. Por ello, el dios al que más
veneraba de todos era Dioniso, porque era el más poderoso en
la guerra, pero también era capaz de salir de la batalla para su-
mergirse en los goces y placeres de la paz[10].

Era también especialmente cercano a su progenitor pero, si 3
tenemos en consideración ese respeto que sentía por su madre,
parece que honraba lealmente a su padre y que en su amor esta-
ba más motivado por un sincero afecto que por una reverencia
servil a su poder. Una vez, mientras Antígono estaba ocupado
atendiendo una embajada, Demetrio se presentó de vuelta de 2
una cacería, se acercó a su padre y, tras besarlo, se sentó a su
lado armado como estaba con sus venablos. Antígono, enton-
ces, mientras los embajadores se alejaban tras haber recibido
sus comunicados, se dirigió a ellos en voz alta y les dijo: «Se-
ñores, también, de mi parte, informen de cómo nos portamos el
uno con el otro»; como diciendo que la armonía y la confianza
en las relaciones paterno-filiales son la base de la estabilidad
del poder y una demostración patente de su vigor.

La verdad es que es cierto que el poder es tan difícil de com- 3
partir y está tan lleno de desconfianza y de recelo, que podía
sentirse satisfecho Antígono, el más poderoso y más anciano de
los herederos de Alejandro, de no tener que temer a su hijo y
de incluso dejarlo avanzar, mientras acudía armado con una

[10] Sobre la devoción de Demetrio por el dios Dioniso, *cf.* Diod., XX 92, 4. Como militar, de Dioniso se cuenta que conquistó toda la India. *Cf.* Plut., *Charlas de sobremesa* V 6, 680B.

4 lanza a su encuentro. Es más, se puede decir que fue el único que mantuvo su linaje limpio de ese pecado a través de muchas
5 generaciones, pues Filipo fue el único de la dinastía antigónida que mató a su hijo[11]. Al contrario, en casi todas las casas reales se dan numerosos casos de muertes de madres, mujeres e hijos; y en cuanto a la muerte de los hermanos, esto lo consideraban ellos de la misma manera que los geómetras concebían sus postulados: un mal común, pero aceptado como necesario para mantener a salvo al rey[12].

4 Lo cierto es que Demetrio, al principio, tenía un carácter bondadoso propio de un amigo cabal, como puede constatarse con este ejemplo: Mitrídates, el hijo de Ariobarzanes[13], era compañero íntimo suyo desde la más tierna infancia y frecuentaba la corte de Antígono, sin ser, por ello, tachado de intrigante, ni dar la impresión de serlo[14]. Sin embargo, Antígono empe-

[11] Filipo V, instigado por su hijo menor, Perseo, hizo matar en el año 180 a. C. a su hijo mayor, Demetrio, que había estado en Roma en calidad de rehén y se sospechaba que tenía alguna alianza secreta con ella. *Cf.* Plut., *Arat.* 54; *Em.* 8; y también Pol., XXIII 7; Diod., XXIX 25; Liv., XL 20-24.

[12] *Cf.* Plut., *Pirro* 9. Por ejemplo, Lisímaco de Tracia mandó matar a su hijo Agatocles, acusado de intentar seducir a la esposa de su padre, Arsínoe *(cf.* Estrab., XIII 623; Paus., I 10, 3-4); Tolomeo II Filadelfo mató a su hermano, que se rebeló contra él en la Cirenaica *(cf.* Paus., I 7, 1).

[13] Se refiere a Mitrídates Ctistes, fundador de la dinastía del reino del Ponto y que probablemente participó en la lucha de Eumenes contra Antígono *(cf.* Diod., XIX 40, 2) antes de pasarse al bando de Antígono. Tras la fuga que narra Plutarco y aprovechando la catástrofe de Ipso en el 301 a. C., Mitrídates tomó posesión de los dominios de un tío suyo sobre el territorio de Cío y Misia y amplió esos propios dominios. En su momento de gloria, logró conquistar parte de la Capadocia y la Paflagonia, a expensas de Seleuco y Tolomeo. Murió en el 266 a. C. a la edad de ochenta y cuatro años. *Cf. FGrHist* 154 F7 (Jerónimo de Cardia); 434 F 9, 4 (Memnón), 740 F14 (Apolonio); Diod., XX 111, 4; Estrab., XIX 562; Polieno, VII 29, 2.

[14] Una de las virtudes de Antígono y Demetrio Poliorceta fue la de aprovechar cualquier tipo de alianza posible a través de pactos de familia, matrimo-

zó a albergar sospechas contra él después de haber tenido este 2
sueño: Antígono tuvo una visión en la que iba por una gran y
ancha llanura, mientras esparcía una especie de oro en polvo, y
que de esa semilla primero se desarrollaba una mies dorada,
pero poco después, al volver, no creía ver más que paja cortada.
Turbado y angustiado por este sueño, escuchó a algunos co- 3
mentar que Mitrídates se disponía a ir al Ponto Euxino, después
de haber segado la mies dorada. Inquieto aún más por esta noti-
cia contó a su hijo su sueño, bajo juramento de guardar silencio,
y le dijo que estaba decidido a desembarazarse totalmente de
este hombre dándole muerte. 4

Demetrio, por su parte, en cuanto escuchó esto, sintió un hondo pesar, mas, con todo, cuando el joven Mitrídates acudió a su lado, como tenía por costumbre, para pasar el rato juntos, Demetrio no se atrevió a hablar ni a decir ni una sola palabra por respeto a su juramento. Sin embargo, en cuanto se retiraron un poco de los amigos, para estar así a solas el uno con el otro, escribió en la tierra con la punta de su lanza lo siguiente, para que el otro lo viera: «Huye Mitrídates». Aquél, en cuanto lo hubo leído, salió a toda prisa de noche para la Capadocia[15]. No tardó mucho tiempo en que el destino hiciera comprender a An-
tígono el verdadero sentido de su visión nocturna: Mitrídates 5

---

nios o rehenes en la corte. Por ejemplo, el hijo de Cratero y de Fila, la que sería la mujer de Demetrio Poliorceta, se llamaba también Cratero y fue criado en la corte de Demetrio junto con el futuro Antígono II Gonatas. Este Cratero participó muy joven en la batalla de Ipsos, junto con Antígono el Tuerto y Demetrio. Luego, en la corte de Antígono II Gonatas, además de ser un destacado erudito y literato (hizo una compilación de decretos atenienses), gobernó Grecia. *Cf.* PLUT., *Pirro* 4; *FGrHist* 342 (CRATERO).

[15] La gran extensión de la Capadocia limitaba por el norte con el Ponto Euxino, con las provincias de Cilicia, al sur, Armenia, al este, y Licaonia y Galatia al oeste. Sin embargo, sólo la franja septentrional de toda extensión territorial, como veremos más tarde, será la base del reino de Mitrídates.

5 tomó posesión allí de una gran y próspera región[16] y dio comienzo con él la dinastía de los reyes del Ponto que no cesó de existir durante ocho generaciones hasta que fue desbancada por Roma[17]. Éstas son algunas de las trazas que demuestran que el carácter de Demetrio tendía a la justicia y a la moderación.

5 De la misma forma que en los elementos de Empédocles[18], en los que, como efecto de la discordia, surge la diferencia y el contraste entre un elemento y otro, especialmente en aquellos casos en los que se acercan hasta tocarse; así también la contigüidad de los territorios y el choque de intereses provocó entre los sucesores de Alejandro, de manera muy manifiesta, una tensión viva y continua en la que se consumían.

Ése fue especialmente el caso de Antígono con Tolomeo[19]: Antígono se encontraba en Frigia[20] y se enteró de que Tolomeo

---

[16] El mismo episodio de la fuga de Mitrídates en el año 302 a. C. aparece en una obra atribuida a Plutarco. *Cf.* PSEUD.-PLUT., *Máximas de reyes y generales* 183a; APIANO, *Mitríd.* 9. Quizá la fuente de esta historia sea JERÓNIMO DE CARDIA, cuya obra es una de las fuentes consultadas para confeccionar esta vida. *Cf. FGrHist.* 154 F3 (= APIANO, *Mitríd.* IX 27-28) y F7 (= PSEUD.-LUC., *Macrob.* XIII).

[17] Después de la muerte de Mitrídates VI Eupator en el año 63 a. C. y la creación de la provincia romana de Bitinia y el Ponto, su hijo Farnaces mantuvo durante un tiempo los territorios al norte del mar Negro hasta el año 47 a. C.

[18] Frag. Diels-Kranz I, 276-375, n.° 31.

[19] Se refiere a Tolomeo I (306 a. C.-285 a. C.), el hijo de Lago, de donde toma el nombre la dinastía lágida o de los Tolomeos. Había tomado posesión de la provincia de Egipto en el 323 a. C. Se autoproclamó rey entre los años 305-302 a. C., manteniéndose fuerte y estable en ese puesto. *Cf.* DIOD., XIX 69, 1-3; POL., V 67, 6-7; XXVIII 20, 7. En efecto, la historia de los sucesores de Alejandro (los diádocos, período que discurre entre los años 323-270 a. C.), hasta la estabilización de una serie de dinastías en territorios más o menos delimitados, es una continua sucesión de guerras, traiciones y pactos de familia entre las distintas casas reales.

[20] Frigia, junto con Panfilia y Cilicia eran las regiones de Asia Menor que habían sido otorgadas a Antígono, en el reparto de satrapías del 323 a. C., y será el núcleo primitivo de su reino, con su capital en la ciudad de Celenas.

saqueaba Siria desde Chipre e iba tomando las ciudades a la fuerza o voluntariamente, por lo que envió a su hijo. Demetrio 2
tenía entonces veintidós años de edad[21] y por primera vez se hacía responsable con plenos poderes de una expedición militar con importantes objetivos. Pero Demetrio era joven y sin experiencia[22] y tenía que vérselas con uno que ya estaba entrenado 3
en la palestra de Alejandro, curtido tras las muchas y grandes batallas que entablaba por su cuenta, y fue vencido fácilmente en la batalla de Gaza, a resultas de la cual ocho mil de sus hombres fueron hechos prisioneros y cinco mil murieron[23]. Demetrio perdió incluso su tienda de campaña, su dinero y todo cuanto 4
tenía de efectos personales.

Tolomeo se lo devolvió todo por mediación de sus amigos, a los que les hizo soltar un discurso lleno de nobleza y generosidad sobre cómo no se ha de luchar por todo a la vez, sino principalmente por la fama y el poder. Demetrio aguantó este dis- 5
curso, pero pidió a los dioses que no pasara mucho tiempo en deuda con Tolomeo por este favor, sino que le permitieran rápidamente pagarle con la misma moneda. Su reacción no fue la 6
propia de un joven que hubiera sido humillado al inicio de su carrera, sino la propia de un general experimentado que se adapta a los cambios de la fortuna: llamó a los hombres a filas,

[21] La campaña de Siria-Palestina fue llevada a cabo por Tolomeo I entre los años 314-312 a. C. y Demetrio había nacido en el año 336 a. C.

[22] Eso no es cierto. Demetrio había participado con anterioridad en unas campañas contra Eumenes, aunque no fuera como comandante en jefe y estuviera escoltado por cuatro consejeros que, con su experiencia, auxiliaban al joven. *Cf.* Plut., *Eum.* 18; Diod., XX 69, 1; Paus., I 6, 5. En ese momento histórico, Antígono trata de recomponer el imperio de Alejandro. Sus enemigos son Casandro, rey de Macedonia y Grecia, Lisímaco, rey de Tracia, y Tolomeo I que ocupaba Egipto, Chipre, algunas islas del Egeo y la costa sur de Caria y Licia.

[23] La batalla de Gaza tuvo lugar en el 312 a. C. Más detalles sobre la formación en Diod., XIX 80-84; Just., XV 1, 6-9.

dispuso sus armas, mantuvo sus posiciones en las ciudades que
tenía en su poder y fue preparando a los ejércitos que iba allí re-
clutando.

6 Antígono, en cuanto tuvo noticia de este enfrentamiento,
declaró que Tolomeo, aunque hubiera vencido a unos jóvenes
imberbes, ahora tendría que vérselas con hombres de verdad y,
como no quería ni atemperar ni oponerse a la determinación de
su hijo, no se opuso cuando éste le pidió luchar de nuevo él
2 solo, así que le dejo partir. Poco tiempo después llegó Ciles,
el estratego de Tolomeo[24], con un impresionante ejército para
3 expulsar de toda Siria a Demetrio, al que menospreciaba porque
había sido vencido anteriormente. Pero el otro cargó contra él
sin que se lo esperara, le aterrorizó, tomó posesión del campa-
4 mento con el propio general dentro, capturó a setenta mil sol-
dados vivos y se apoderó de numerosas riquezas[25].

Demetrio se regocijó de su victoria, no tanto por todo aque-
llo de lo que se había apoderado, sino por todo lo que podría de-
volver[26], y se regodeaba, no tanto por la fama adquirida y el di-
nero ganado, como por poder corresponder a ese noble gesto de
cortesía de Tolomeo. Sin embargo, esta decisión no la tomó por
5 iniciativa propia, sino que escribió a su padre, y en cuanto reci-
bió la respuesta con el beneplácito para proceder en esto como
creyera más conveniente, Demetrio mandó al propio Ciles y a
sus amigos con grandes dones. Con este golpe infligido en Si-
ria, Demetrio consiguió echar a Tolomeo de allí e hizo venir a

[24] El título de estratego en época helenística designa a funcionarios con atribuciones no sólo militares, sino también de carácter administrativo. Sobre la batalla, *cf.* Diod., XIX 95.

[25] Tras la victoria en Siria, Demetrio realiza un ataque junto a su padre, Antígono, que trae sus tropas desde Celenas y las une a las que tenía su hijo en Cilicia. Tolomeo, ante semejante despliegue de fuerzas, decide retirarse y refugiarse en Egipto. *Cf.* Diod., XIX 93, 1-6; Paus., I 6, 5.

[26] Se entiende que a Tolomeo.

Antígono desde Celenas[27], ansioso de ver a su hijo y contento, como estaba, por la victoria.

Después de esto, Demetrio fue enviado en una expedición con- 7
tra los árabes llamados nabateos, aceptando el riesgo de meterse en un territorio que no tenía agua, pero él impresionó a los bárbaros con su imperturbable templanza y se fue de nuevo del lugar, 2
tras hacerse con un importante botín y setecientos camellos[28].

Pero entonces Seleuco, que primero había sido expulsado de Babilonia por culpa de Antígono, pero después había recuperado el poder con sus propios medios y se mantenía firme[29], empezó una expedición de conquista de todas las poblaciones vecinas de la India y las provincias del Cáucaso. Demetrio esperó a encontrar desierta la Mesopotamia y, luego, atravesó sú- 3
bitamente el Éufrates hasta alcanzar Babilonia, se apoderó de una de sus ciudadelas (pues había allí dos) y, tras derrotar a la guarnición de Seleuco, colocó allí a siete mil de sus propios

---

[27] Ciudad de la Frigia occidental, centro de operaciones de Antígono y capital hasta la fundación de la ciudad de Antigonia en Orontes en el 306 a. C. Allí Antígono recibió de Demetrio una carta, con su ejército pasó por el Tauro y se dirigió al encuentro de su hijo. *Cf.* Diod., XIX 93, 4.

[28] Son los habitantes de la Arabia «Petrea», región que se encuentra entre Palestina y el mar Rojo y que lindaba con el reino de Seleuco, aliado de Tolomeo. La expedición se data entre los años 312-311 a. C. y no fue un éxito completo: Demetrio sólo consiguió como botín esos camellos como tributo, sin extender realmente su dominio sobre esta tribu. *Cf.* Diod., XIX 94-100, 2.

[29] Se refiere a Seleuco I, fundador de la dinastía de los seléucidas. Había sido nombrado sátrapa de Babilonia, tras el acuerdo de Triparadiso en el 323 a. C., y dominaba las regiones más orientales del antiguo imperio de Alejandro. Fue expulsado de Babilonia poco después por Antígono en el 315 a. C. y se refugió en la corte de Tolomeo. En el 311 a. C., tras la batalla de Gaza y la derrota de Demetrio, volvió de nuevo a ocupar Babilonia, aprovechando ventajosamente la debilidad de Antígono y su hijo. *Cf.* además del capítulo 5, Diod., XIX 90-92; Apiano, *Sir.* 273-274. Sobre la personalidad de Seleuco I, *cf.* J. D. Grainger, *Seleukos Nikator: Constructing a Hellenistic kingdom*, Rutledge, Londres, 1990.

4 hombres. Tras ordenar a sus soldados que se sirvieran y toma-
ran de la región cuanto pudieran coger y portar consigo, volvió
de nuevo al mar, pero dejó el reino de Seleuco más estabiliza-
do: parecía, en efecto, que, después de haberla devastado, se
alejaban dando a entender que no la querían incluir en sus do-
minios[30]. Además, por entonces, Tolomeo estaba asediando la
ciudad de Halicarnaso, mas Demetrio acudió rápidamente en su
5 ayuda y tomó la ciudad[31].

8 Esa ambición, que unió al padre y al hijo y los hizo célebres,
les inspiró el admirable proyecto de liberar Grecia[32] que enton-
2 ces se encontraba dominada por Casandro y por Tolomeo[33].
Ninguno de los otros reyes pretendió luchar por una causa tan

[30] Demetrio salió de la ciudad de Damas con 15.000 soldados y 4.000 caballeros en el 311 a. C. Patrocles, el general de Seleuco en Babilonia, abandonó la ciudad y dejó la defensa de dos guarniciones en las ciudadelas. Demetrio tomó una y dejó que un adjunto suyo, Arquelao, continuase el asedio con 5.000 soldados y 1.000 caballeros, mientras él volvía al Mediterráneo. *Cf.* Diod., XIX 100, 3-7.

[31] El asedio de la ciudad de Halicarnaso se produjo en el año 309 a. C., durante una campaña que hizo Tolomeo en la costa de Asia Menor, tras la cual se apoderó de Fasélide, Janto y Cauno en Licia. Sin embargo, antes se producen otros hechos importantes, como por ejemplo la paz que firmó Antígono con el resto de los diádocos en el año 311 a. C.: Casandro quedó al mando de Macedonia y sus dominios hasta la mayoría de edad de Alejandro IV, hijo legítimo de Alejandro Magno; Tolomeo se confirmó como regente de Egipto y Lisímaco, de Tracia; y, por último, Antígono se reservó el dominio de toda Asia, sin tener en cuenta a Seleuco, que quedó fuera del pacto. *Cf.* Diod., XIX 105. Sin embargo, rápidamente, con acciones como ésta, este acuerdo fue quebrantado.

[32] En realidad, su padre, en una famosa declaración en Tiro, en el 312 a. C., proclamó la libertad de todos los griegos, tanto de la propia Grecia como de Asia Menor. *Cf.* Diod., XIX 61, 1-4 y sobre todo *OGIS* 5 (carta de Antígono a los ciudadanos de Escepsis). En esa declaración además se vertían acusaciones contra Casandro y sus abusos de poder, con lo que, probablemente, la declaración de Tiro era una forma de minar el dominio de Casandro sobre Grecia.

[33] Cuando Demetrio entra en escena, dos reyes se reparten su influencia en Grecia: Tolomeo y Casandro. Casandro, el hijo de Antípatro, se había hecho

bien intencionada como ésta: en efecto, las riquezas que reunían sometiendo a los bárbaros las invertían en Grecia para ser merecedores de su reconocimiento y sus honores. En cuanto de- 3
cidieron iniciar una expedición a Atenas, uno de los amigos[34] de Antígono le aconsejó que si capturaban esa ciudad, era necesario que se aferrasen a ella, porque era el acceso para toda la Grecia; pero Antígono no le hizo caso, sino que contestó que lo que sí era una entrada segura y firme era el favor de ese pueblo y que Atenas, como faro de la ecúmene[35], rápidamente iluminaría a la humanidad con la gloria de sus gestas. 4

---

con el poder en Macedonia, tras haber desbancado a Poliperconte (el lugarteniente de confianza de su padre que había sido designado en su lugar) e intentaba ocupar el mayor territorio posible de Grecia. Tolomeo, que ocupaba las Cícladas desde el 308 a. C., inicia un ataque y conquista Corinto, Sición y Mégara e intenta ganarse a los tebanos y a los atenienses. Al ver amenazado Egipto por las tropas de Agatocles de Sicilia, Tolomeo firmó una apresurada paz con Casandro, para así poder ocuparse enteramente de ese conflicto, en virtud del cual mantuvo el dominio de Corinto y de Sición, pero perdió Mégara. *Cf.* DIOD., XX 37, 1-2; POLIEN., VIII 58, 2.

[34] El concepto de *philos* en las cortes helenísticas tiene un sentido concreto más cercano a la noción de miembro de la corte. En efecto, los principales reyes tenían en torno suyo un círculo, formado por familiares y nobles de confianza que le auxiliaban en sus empresas. A lo largo del relato de nuestro autor, vamos a ir descubriendo algunos detalles de esos cortesanos y sus carreras políticas.

[35] Esta frase referida a toda Grecia en boca de Antígono también aparece en PSEUD.-PLUT., *Máximas de reyes y generales* 182E-F. La posición central de Atenas, como símbolo del helenismo, será una política común promovida por las potencias helenísticas y los emperadores romanos (especialmente Adriano), lo que cambiará la morfología de los principales monumentos atenienses y el espacio urbano con la impronta de ese filohelenismo. Destaquemos, tan sólo, monumentos que aún podemos contemplar hoy, como la estoa de Eumenes, rey de Pérgamo, la tumba de Antíoco Filopapo de Comágene, en la colina del Museo, o el templo de Zeus acabado por Adriano y sede del *Panhellenion*, la asamblea de todos los griegos, fundada por este emperador.

Demetrio puso rumbo a Atenas con cinco mil talentos en monedas de plata[36] y una flota de doscientas cincuenta naves. Se encontraba, entonces, la ciudad regida por Demetrio de Falero, en nombre de Casandro[37], y protegida por una guarnición puesta en Muniquia[38]. Con un poco de buena suerte, así como
5 de prudencia, se presentó en el Pireo en verano, el veinticinco del mes de Targelión[39], sin que nadie se diera cuenta: tal fue así que, cuando su flota entera fue avistada, se dispusieron todos a recibir a las naves creyendo que eran de Tolomeo[40]. Cuando se dieron cuenta los comandantes de la guarnición, todos se aprestaron a auxiliar a las tropas con el lógico desorden cuando uno se ve en la coyuntura de defenderse de enemigos que han desembarcado inopinadamente; y, por ello, Demetrio se encontró
6 abiertas todas las salidas del puerto y entró. Ya en el interior, a la vista de todos, Demetrio hizo la señal desde la nave para que se guardara silencio y se mantuviera la calma. Ante su llegada

---

[36] Unos 130.980 kg de plata.

[37] Efectivamente Demetrio de Falero, un filósofo peripatético, discípulo de Teofrastro, había sido colocado en Atenas en el 317 a. C. al frente de un gobierno oligárquico comparsa. A pesar de la cierta prosperidad económica que gozó la ciudad durante su mandato, su gobierno fue impopular y en el 312 a. C. los atenienses protagonizaron una revuelta contra Casandro buscando precisamente el apoyo de Antígono. *Cf.* DIOD., XIX 78, 4. Demetrio de Falero es una figura filosófica de primer orden, del que, desgraciadamente, se conservan los restos de una autobiografía *(FGrHist.* 228 F3) y poco más.

[38] Muniquia es propiamente el nombre de una península cercana a Atenas, la localidad moderna de Castella *(cf. infra* 9) y otro de los puertos de Atenas, moderno Phanari, que se encontraba cerca del Pireo. Antípatro tomó posesión del lugar tras la guerra lamíaca y desde entonces ya estaba guarnecido por un destacamento macedonio. *Cf.* PLUT., *Foc.* 27-28.

[39] El desembarco de Demetrio debió producirse el 9 de junio en el año 307 a. C.

[40] Tolomeo era entonces aliado de Casandro en Grecia, como ya hemos dicho anteriormente.

anunció, por medio de un heraldo, que su padre le mandaba a él 7
en buena hora para liberar a los atenienses, desmantelar la guarnición y devolverles las leyes y su constitución ancestral[41].

Tras esta proclama, el pueblo depuso sus escudos, dejándo- 9
los a sus pies, y súbitamente se puso a aplaudir y a voz en grito pidieron a Demetrio que bajara, jaleándole como su salvador y
benefactor[42]. Demetrio de Falero y los suyos se vieron obligados 2
a acoger al vencedor y, aunque nada de lo que se anunciaba parecía seguro, de todas formas enviaron una embajada para pedir
su gracia[43]. Demetrio los recibió cortésmente y les envió a uno 3
de los amigos de su padre, al milesio Aristodemo[44]. Demetrio de

---

[41] Demetrio se propone restaurar el régimen democrático anterior a Demetrio de Falero, siendo ésta una estrategia para potenciar su imagen de filoheleno y, concretamente, de filoateniense. Esta misma imagen propagandística se encuentra en otros autores (Diod., XX 45, 1-4) y en las inscripciones de Atenas de 303-302 a. C. (*IG* II-III 498 = *SIG*^{3}, 342).

[42] Antes de Demetrio, Atenas había exaltado a Alejandro Magno en términos que casi le equiparaban a una divinidad. *Cf. FGrHist.* 566 F 155 (Filocoro) = Pol., XII 12b.

[43] En la que formaba parte, según algunas fuentes, el propio Demetrio de Falero. *Cf.* Diod., XX 45, 4.

[44] Aristodemo de Mileto es uno de los más importantes personajes de la corte de Antígono el Tuerto y de Demetrio, cuya actividad como hábil diplomático y eficaz general está ampliamente testimoniada por los textos y las inscripciones. Especialmente importante fue su papel entre el 315 y el 312 a. C. en el Peloponeso, en el contexto de los enfrentamientos de Antígono con la coalición formada por Tolomeo, Seleuco y Casandro. Aristodemo consiguió la alianza de la Liga Etolia, dominar un amplio territorio de Grecia que iba desde el sur de las Termópilas (excepto Atenas y algunas ciudades del Peloponeso, aún en manos de Poliperconte y su hijo Alejandro) y debilitar a Casandro en Macedonia. Actuó como embajador de Antígono en la paz, firmada en el 311 a. C. entre Casandro y el resto de los diádocos. Con Demetrio, participa en la liberación de Atenas y también participará en la batalla de Chipre (*cf.* capítulo 17), antes de volver a Mileto, su ciudad, donde es recibido con honores. *Cf.* Diod., XIX 57, 5 y 60, 1; 62, 5; 63, 3-64, 4; 66, 1-6; XX 53, 1-2, *OGIS* 5, 11 y 48; *IG* II^2 459; *I.Milet* 123, 11.

Falero temía más a los ciudadanos que a sus enemigos por el
cambio de régimen que se había producido, pero Demetrio sol-
ventó esta cuestión, en virtud de esta consideración que le inspi-
4 raba la fama y la virtud de ese hombre, dejándolo partir, con to-
das las garantías de seguridad, a Tebas, como él requería[45].

Sin embargo, él mismo declaró que no visitaría la ciudad
antes de que efectivamente fuera libre y hubiera expulsado las
guarniciones, así que, tras rodear Muniquia con una empaliza-
5 da y una fosa, puso rumbo a Mégara, que estaba ocupada por
las guarniciones dispuestas por Casandro[46]. Allí, se enteró de
que Cratesípolis[47], la viuda de Alejandro, el hijo de Polipercon-
te, se encontraba en Patrás y que ella tendría mucho gusto en
encontrarse con él. Como ella era renombrada por su belleza,
6 Demetrio, tras dejar su ejército en la Megáride, avanzó con al-
gunos soldados de infantería ligera, pero luego, apartándose de
ellos, plantó su tienda aparte para encontrarse discretamente

---

[45] Demetrio de Falero nunca volvió a Atenas: sobre él pesaba una condena de muerte, decretada por los atenienses, que afectaba incluso a otros secuaces suyos exiliados; aunque aquellos que permanecieron en Atenas se beneficiaron posteriormente de una amnistía. *Cf. FGrHist* 566 F66 (FILOCORO). Estuvo en Tebas sólo hasta 298-297 a. C., año en el que murió Casandro. Posteriormente fue acogido por Tolomeo en Egipto. *Cf.* DIOD., XX 45, 4; ESTRAB., IX 1, 20.

[46] La versión de DIODORO (XX 46, 3-4) coloca, en cambio, esta conquista de Mégara tras la toma de Muniquia y la entrada de Demetrio en Atenas. Probablemente, esta versión de los hechos remonte a FILOCORO *(FGrHist.* 566 F66), cuya versión, coincidente con la de PLUTARCO, está confirmada por el catálogo histórico del *Marmor Parium (FGrHist.* 239 B20-1).

[47] El conflicto entre Casandro y Alejandro Poliperconte por el trono de Macedonia se resolvió con el nombramiento de este último como estratego del Peloponeso. No hay que confundir este Alejandro con su hijo, con el mismo nombre que su padre, que será asesinado por los sicionios en el 315 a. C. en una revuelta ciudadana y que aparece nombrado en la *Vida de Arato.* La viuda de Alejandro, hijo de Poliperconte, Cratesípolis, había mantenido el poder de su marido en Sición y Corinto. *Cf.* DIOD., XIX 67, 1-2; XX 37, 1.

con esta mujer. Pero algunos de sus enemigos, nada más ente-
rarse, se lanzaron raudos en un improvisado ataque contra él y
él, aterrorizado, tomó una simple clámide y salió a toda prisa,
faltándole poco para que no le cogieran en la más vergonzosa 7
captura a causa de su intemperancia, aunque los enemigos se
fueron tras llevarse la tienda con las riquezas que había dentro. 8
Después, Demetrio se apoderó de Mégara y los soldados se
dispusieron a saquearla, pero los atenienses pidieron la gracia
para los megarenses con repetidos ruegos y luego, tras expulsar
la guarnición, Demetrio liberó la ciudad[48]. En ello estaba, cuan-
do mandó llamar al filósofo Estilpón[49], un hombre afamado por 9
su solitario y morigerado régimen de vida. Tras conducirlo a su
presencia, le preguntó si no había tomado alguien alguna de sus
posesiones. Entonces contestó Estilpón: «Nadie, que yo sepa,
se ha llevado nada de mi ciencia». Estaban sus criados robando 10
casi todo, cuando de nuevo Demetrio, como rasgo de deferen-
cia hacia él y en consideración a su dignidad, le dijo: «Os libe-
ro la ciudad, Estilpón». Y él dijo: «¡Qué razón tienes!: no me
has dejado a ninguno de mis esclavos».

A su regreso a Muniquia, donde dispuso su campamento, se **10**
apoderó de la guarnición y derribó la fortaleza. Después, acudió a la llamada de los atenienses, entró en la ciudad, reunió al pueblo, le devolvió su constitución y prometió que les haría llegar, a cuenta de las posesiones de su padre, ciento cincuenta mil medimnos[50] de trigo y una cantidad de madera especial para naves

[48] La liberación de Mégara se consiguió en el 306 a. C., un año después de la de Atenas. Al mando de las tropas de Demetrio estaba un amigo suyo, un tal Zoilo el beocio, hijo de Celeno. *Cf.* SIG^3 331.

[49] El filósofo Estilpón pertenecía a la escuela de Mégara. *Cf.* Plut., *Sobre la educación de los hijos* 5f; *Sobre la paz del alma* 475c. Uno de sus alumnos, Menedemo de Eretria, formó parte de la corte de Demetrio. *Cf.* Dióg. Laer., II 140-141.

[50] Una cantidad considerable. El medimno era una medida de capacidad ática que se correspondía a 52 litros.

2 para construir unas cien trieres[51]. Los atenienses recuperaron así la democracia después de quince años, desde la guerra lamíaca y la batalla de Cranón[52], durante los cuales estuvo instaurado nominalmente un gobierno oligárquico, pero que, en realidad, era una monarquía gobernada por los designios de Demetrio de Falero.

Pero los atenienses hicieron que Demetrio, que había sido extraordinariamente generoso en sus favores al pueblo, se hicie-
3 ra insoportable y odioso por los desmedidos honores que se le rindieron por decreto. Los atenienses fueron los primeros entre los hombres que proclamaron reyes a Demetrio y Antígono, aunque ellos rechazasen, por otra parte, ese nombre, pues era la única prerrogativa real que aún pertenecía a los descendientes de Filipo y Alejandro y que no había sido asumida ni compartida
4 por los demás[53]. También los atenienses fueron los únicos en proclamarlos con el título de «Dioses Salvadores[54]» y, además, abolieron el tradicional cargo de arconte epónimo y eligieron por votación cada año un sacerdote de los «Dioses Salvadores[55]»

---

[51] Todas estas ayudas, también en DIOD., XX 46, 4; *IG* II-III2 1492 = *SIG*^{3} 334.

[52] La guerra lamíaca tuvo lugar en el año 323 a. C., tras la muerte de Alejandro Magno, y fue una guerra que enfrentó a los griegos contra Antípatro, el general al frente de Macedonia. Antípatro se vio recluido en la ciudad de Lamia por Leóstenes, un antiguo general de Alejandro Magno, que se apoyó en Atenas, para poder dirigir a todos los griegos y desbancar del poder en Europa a Antípatro. Sin embargo, finalmente Leóstenes y los griegos fueron derrotados. La batalla de Cranón tuvo lugar poco después, en el 322 a. C., en Tesalia. Los atenienses fueron derrotados por Cratero, general de Antípatro de Macedonia; por tanto, la liberación de Atenas, según nuestro autor, se produciría en el año 307 a. C.

[53] El último descendiente directo de Alejandro Magno fue Alejandro IV que había sido eliminado, junto con su madre, por orden de Casandro. *Cf.* DIOD., XIX 105, 2; PAUS., IX 7, 2.

[54] Lo que está efectivamente confirmado por las inscripciones y por otros testimonios, como DIOD., XX 46, 2.

[55] Sin embargo, en las inscripciones de la época todavía aparece el arconte epónimo, lo que contradice las palabras de nuestro autor.

y esta fórmula encabezó por escrito los decretos y los documen- 5
tos oficiales. Pero, además, por votación igualmente, se decretó que se les tejiera su imagen, junto a los dioses, en el peplo[56] y consagraron el lugar en donde primero descendió Demetrio del
carro, elevando un altar dedicado a Demetrio *Catabaites*[57]. Por 6
último, añadieron dos tribus, la Demetriade y la Antigónida[58], y aumentaron los miembros de la asamblea a seiscientos, cuando tradicionalmente estaba compuesta de quinientos, ya que cada una de las tribus aportaba cincuenta.

Pero la más extravagante ocurrencia correspondió a Estrato- 11
cles[59]. Éste era, en efecto, el promotor de esas excesivas y tan

---

[56] El peplo al que se refiere al texto es el que se portaba en las Panateneas. Este honor era compartido con la propia diosa Atenea, cuyo peplo se tejía por las mujeres atenienses y se llevaba en procesión en las Panateneas. Para este episodio, *cf.* Diod., XX 46, 2.

[57] *Cf.* también Plut., *Sobre la fortuna o la virtud de Alejandro* 338 a. Este epíteto, que significa «el que desciende», era un epíteto que se atribuía especialmente a Zeus, en relación con los truenos y la lluvia.

[58] Además del mes instituido en el año 306 a. C., se erigieron altares y estatuas en su honor en Atenas (al lado de los tiranicidas Harmodio y Aristogitón) y en Delfos. *Cf.* Diod., XX 46, 1-2, Paus., X 10, 2; *IG* II/III^2 470. No fue el único rey que fue honrado por Atenas de esta manera tras una operación militar. Átalo I, durante la primera guerra macedónica (211-205 a. C.), acudió, como aliado de Roma, en ayuda de la Liga Aquea y Atenas, contra Filipo V de Macedonia. Átalo tomó con sus guarniciones la isla de Andros y de Egina y, desde allí, fue convocado por Atenas mediante embajadas y su presencia fue honrada con sacrificios y festivales extraordinarios, además de con la institución de una tribu con su nombre. Esta tribu aún existía en época romana, pues Pausanias, en el siglo II d. C., aún la nombra. *Cf.* Paus., I 5, 5 y 8, 1 (tribu Atálide); I 36, 5-6; Liv., XXVII 30, 11; XXXI 14, 6-11 y 15 (campaña de Átalo I en Grecia y embajadas de Atenas).

[59] Estratocles, ateniense del demo de Diomea primero, destacó, curiosamente, como defensor de la democracia ateniense y uno de los principales promotores de la guerra lamíaca, contra el dominio macedonio. Sin embargo, esto no impidió que luego se convirtiera, como vemos aquí, en uno de los principa-

ingeniosas adulaciones[60]. Pues bien, su idea fue la de decretar que los que fueran enviados de manera oficial ante Antígono y Demetrio, en vez de embajadores, fueran llamados *theoroi*[61], tal como se hacía con los píticos[62] o los que iban a Olimpia para realizar los sacrificios a favor de su patria de parte de sus ciu-
2 dades en las fiestas helénicas.

Este Estratocles era, ante todo, un caradura que se daba una gran vida de lujo, queriendo imitar, con su socarronería y su
3 desvergüenza, la carismática ascendencia que tuvo entre el pue-

---

les agentes del poder de Demetrio Poliorceta en Atenas, proponiendo multitud de decretos. *Cf.* DIOD., XX 46, 2 y *SIG*[3] 326, 328 y 347 (algunos de los decretos a su nombre).

[60] No siempre Demetrio y, especialmente, Antígono se sintieron cómodos ante tanta adulación y encontramos testimonios, recriminando esta actitud en los atenienses. *Cf.* ATEN., *Banquete de los eruditos* VI 62, 252f = *FGrHist*, 75, 1 (DEMÓCARES). También este reproche aparece en el caso de miembros de la corte de Antígono y Demetrio. *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 182 d-e (un joven orador, discípulo de Anaxímenes); 181 b-c.; *Isis y Osiris* 360c (el orador Teócrito de Quíos); PSEUD.-PLUT., *Máximas de reyes y generales* 182c (Hermódoto, poeta de corte). La impresión general es que Antígono era mucho más comedido y sabía controlar a su hijo, como arma para su proyecto político, mientras que Demetrio se dejó llevar por las muestras de adulación que se le tributaban.

[61] En ocasiones de las grandes fiestas panhelénicas, las ciudades enviaban delegaciones oficiales religiosas. Por tanto este honor concedido a Antígono y Demetrio era un claro reconocimiento de su divinidad («honras iguales a las de los dioses» son votadas por Sición en el 303 a. C., cuando fue refundada por Demetrio. *Cf.* DIOD., XX 102, 2). En esta práctica Alejandro Magno constituye un precedente, pues los griegos enviaron estas delegaciones en el año 323 a. C. ante la presencia del conquistador. *Cf.* ARRIAN., *Anáb.* VII 23, 2. Nuestro autor se refiere de manera exclusiva a los honores que se tributan a Antígono y Demetrio, pero también sabemos que las prostitutas, Leena y Lamia, y los generales Burico, Adimanto y Oxitémides recibieron igualmente honores divinos. *Cf.* ATEN., *Banquete de los eruditos* VI 62, 252f-253b = *FGrHist*, 75 F1 (DEMÓCARES).

[62] Es decir, los embajadores que están encargados de ir a Delfos.

blo el antiguo Cleón[63]. Frecuentaba la compañía de una hetera,
Filacion[64], y, en una ocasión en la que ella se vino del ágora de
comprar para la cena sesos y casquería, él salió con el comenta-
rio «¡Vaya! ¡Has comprado lo que los políticos usamos para ju- 4
gar a la pelota!». En la derrota de la flota ateniense en la batalla
de Amorgos[65], antes de que llegasen los mensajeros, se le ocu-
rrió salir coronado por el Cerámico[66], anunciando que habían
vencido, y decretó que se celebraran sacrificios por la buena 5
nueva y que se hiciera a cada tribu una ofrenda de carne. Pero,
poco después, se presentaron los que traían los restos de las na-
ves que habían sobrevivido a la batalla y el pueblo, airado, re-
clamó su presencia. Tras sofocar inmediatamente el revuelo
causado, dijo: «Ea, pero ¿qué mal ha habido, si habéis pasado
dos días estupendos?». Así era de descarado Estratocles.

Sin embargo, «siempre hay algo que es aún más caliente 12
que el fuego», como dice Aristófanes[67]; y, en efecto, hubo otro
adulador que logró superar a Estratocles en su bajeza: este otro
hizo decretar que, cuantas veces Demetrio viniera a Atenas,
fuera recibido con los honores de bienvenida propios de Demé-
ter y Dioniso[68] y que se desviara una cierta cantidad de dinero

---

63 *Cf.* Plut., *Nic.* 7-8; para encontrar una descripción muy parecida. El demagogo Cleón estuvo al frente del partido popular ateniense hasta su muerte en el 422 a. C.; pero siguió siendo uno de los principales objetivos de la crítica del comediógrafo Aristófanes.

64 También llamada de otra forma en Aten., *Banquete de los eruditos* XIII 596f.

65 En el 322 a. C., en el transcurso de la guerra lamíaca, en una batalla naval, Atenas perdió la isla de Amorgos y finalmente lo poco que quedaba de su imperio naval en el Egeo. *Cf.* Diod., XVIII 15, 4.

66 Zona del noroeste de Atenas donde se encuentran, todavía hoy, los restos del antiguo cementerio de Atenas, fuera de los muros de la ciudad.

67 *Caballeros* 382.

68 Es decir, un canto que también fue interpretado tras la batalla de Corcira y Léucade contra Pirro de Epiro. En ese recibimiento, en el año 290 a. C., los

de las arcas públicas para elevar una estatua en honor de aquel que estuviera por encima de todos en resplandor y suntuosidad en ese recibimiento. Como colofón, llamó Demetrion a uno de
2 los meses, el de Muniquia[69], llamó Demetrias[70] al último día de cada mes, consagró un templo a Demetrio y las fiestas Dionisias[71] cambiaron su nombre por el de Demetrias[72].

Pero la divinidad desaprobó la mayoría de estos honores:
3 primero, el peplo sagrado, sobre el que se había votado que se tejieran también las imágenes de Demetrio y Antígono junto a las de Atenea y Zeus, fue rasgado por en medio por una repentina tormenta, mientras iba siendo portado por el Cerámico[73]; después, el terreno en derredor de los altares de aquéllos se lle-
4 nó de una abundante cicuta, cuando precisamente no crece en ninguna otra parte de esta región; luego, el día en que se celebraban las Dionisias[74], se tuvo que anular la procesión ante el
5 terrible frío que se había declarado fuera de temporada; pues

atenienses cantaron un itífalo en honor de Demetrio, en el que se le llamaba hijo de Posidón y Afrodita. *Cf.* Aten., *Banquete de los eruditos* VI 253d-f (= *FGrHist* 76 F13; Duris de Samos) y Aten., *Banquete de los eruditos* VI 253 b-d (= *FGrHist.* 75 F2 Demócares de Leucónoe). Plut., *Pirro* 10 y 40 (expedición de Demetrio).

[69] *Cf. FGrHist* 328 F166 (Filocoro).

[70] *Cf.* Polemón F 7 Peller.

[71] Se trata de las más importantes fiestas anuales en honor a Dioniso, que se celebraban entre marzo y abril y eran el contexto en el que competían los más importantes poetas trágicos y cómicos de la época.

[72] Este dato es falso. Aunque se celebraron festivales en honor a Demetrio llamado Demetrias, instituidas en el año 294 a. C., las Dionisias siguieron celebrándose, conjuntamente con las primeras. *Cf. IG* II/III^2 649.

[73] El peplo se transportaba en un carro en forma de nave, tal como podemos comprobar en una inscripción en honor al cómico Filípides, *IG* II-III^2 657, 13-5 (= *SIG*^{3} 374 l, 13-5), que testimonia la reparación del carro en 299-298 a. C. a petición de este poeta cómico.

[74] Como hemos dicho, el festival de las Grandes Dionisias se celebraba en el mes de marzo, cuando se supone que hacía buen tiempo.

bien, cayó un granizo tan abundante que el frío consumió no sólo las cepas, sino también todas las higueras e incluso casi todo el trigo se pudrió cuando todavía estaba verde.

Filípides[75], enemigo de Estratocles, en una de sus comedias hizo alusión a esta circunstancia en estos versos: 6

Por su culpa el granizo abrasó nuestras viñas, 7
fue ese impío que el peplo rasgó por en medio,
pues honores divinos a un hombre rendisteis.
Esto y no la comedia arruinó la ciudad[76].

Este Filípides era amigo de Lisímaco[77], y obtuvo muchos beneficios para la ciudad de parte de este soberano, pues inclu- 8

[75] Sobre los beneficios que consiguió Atenas tras la intervención de Filípides, especialmente tras la batalla de Ipso en el 301 a. C., *cf.* *IG* II-III^2 657 (= *SIG*^{3} 374), en donde se detallan los pormenores: en concreto, se entregaron 10.000 medimnos de trigo a la ciudad, los soldados atenienses mercenarios en las tropas de Antígono fueron perdonados, liberados (si eran prisioneros de Lisímaco) o enterrados debidamente (si ya estaban muertos); y a Filípides se le concedió la victoria en las Dionisias de ese año, se le erigió una estatua en el teatro de Dioniso, y se le otorgó la *proedría* y la manutención en el pritaneo.

[76] *CAF* III A. Estas voces de condena también se escuchan en inscripciones, como aquél en honor de Demócares (conservado por PSEUD.-PLUT., X *Vida de los diez oradores* 851e) o en honor a Calias de Esfetos.

[77] Primera mención en esta vida del personaje de Lisímaco: empezó como miembro de la guardia personal de Alejandro Magno (en este contexto se insertaría el episodio del león, que cuenta Lisímaco en los capítulos siguientes), pero, tras la muerte de Alejandro Magno, fue nombrado sátrapa de Tracia y la costa noroccidental de Asia Menor. Se proclamó rey en el 305 a. C. Enemigo político de Antígono y Demetrio, participó en la batalla de Ipso y, desde el 295 a. C. al 285 a. C., su estrella fue en ascenso, con la incorporación a sus dominios de los territorios de Macedonia y Tesalia, pero murió en la batalla de Curupedion contra Seleuco I en el 281 a. C. En la obra de nuestro autor, así como en otras fuentes, Lisímaco se presenta como un rey torpe y orgulloso, aunque la bibliografía moderna tiende a destacar la personalidad de un hábil político y administrador.

so el rey consideraba un buen augurio el verlo a él o encontrárselo, cuando estaba dispuesto a emprender alguna acción militar u otra empresa. Por otra parte, Filípides gozaba de buena
9 fama por su bonhomía, al no ser inoportuno ni participar en esa intriga propia del mundo cortesano. Por ello, Lisímaco le tenía aprecio. Una vez le dijo: «Filípides, ¿con qué posesión mía podría yo recompensarte?»; y él contestó: «Con cualquier cosa que no sean tus secretos, mi señor». Así hemos comparado a este hombre, el hombre del estrado, con el otro, ese Estratocles que era un hombre de teatro.

13 A pesar de todo, la más singular de las honras que recibió Demetrio fue un decreto de Dramoclides de Esfeto[78] para pedir un oráculo a Demetrio sobre la consagración de unos escudos
2 en Delfos[79]. Reproduzco literalmente este decreto que reza así:

> A la buena fortuna. Ha decidido la ciudad elegir un varón del pueblo de los atenienses que, a su llegada ante Demetrio y tras hacer el sacrificio, pregunte a Demetrio Soter sobre la forma más pía, apropiada y más presta posible para realizar la erección de los monumentos. Lo que haga falta, el pueblo lo hará.

3 Así, con tanta bufonada, corrompieron el carácter de este hombre, que ya de por sí no estaba totalmente en sus cabales.

Cf. F. Landucci, *Lisimaco di Tracia nella prospettiva del primo ellenismo*, Milán, 1992, H. S. Lund, *Lysimachus: a study in early Hellenistic Kingship*, Routledge, Londres-Nueva York, 1992; C. Franco, *Il regno di Lisimaco: strutture amministrative rapporti con le città*, Giardini, Pisa, 1993.

[78] Dramoclides, como Estratocles, era de Esfeto y, como él, era un demagogo corrupto. *Cf.* Plut., *Consejos políticos* 798e; *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro* 338A.

[79] Probablemente se esté refiriendo a los escudos procedentes de las 1.200 armaduras que Demetrio envió a los atenienses tras su gran victoria en el 306 a. C. en Chipre.

Durante su estancia en Atenas, se casó con Eurídice. Ella 14
era una descendiente del antiguo Milcíades que se había casado
con Ofeles, el gobernante de Cirene, pero, tras la muerte de
aquél, se había vuelto a Atenas[80]. Los atenienses de nuevo con- 2
cibieron este matrimonio como una honorable distinción para
su ciudad, pero Demetrio era muy dado a concertar matrimo-
nios e incluso compartía su lecho con muchas mujeres.

Entre ellas, la de más soberana condición y dignidad era
Fila[81], gracias a que su padre era Antípatro[82], pero, especialmen-
te, por su anterior matrimonio con Cratero[83], el cual, de entre to-
dos los sucesores de Alejandro, gozó del distinguido aprecio de 3
los macedonios[84]. Al parecer, cuando todavía era joven Deme-

[80] *Euthidike* en DIOD., XX 40, 5. No se sabe mucho más de esta mujer que estaba emparentada con el héroe de la batalla de Maratón del 490 a. C. Esta mujer ateniense se había casado en el 309 a. C. con Ofeles, el gobernador de Cirene, colocado allí por Tolomeo I en el año 322 a. C.; pero Ofeles murió poco después en 308 a. C. a manos de Agatocles, el tirano de Siracusa. En el capítulo 53 se habla de un hijo nacido del matrimonio de Demetrio y Eurídice.

[81] Fila era la hija de Antípatro y hermana de Casandro y su primer marido fue Cratero. Cuando Demetrio se casó con ella, tenía tan sólo diecisite años, mientras que Fila era mayor con él. Su carácter equilibrado, prudente y reflexivo, en claro contraste con Demetrio, fue apreciado ya por su propio padre Antípatro, que la tuvo a su lado como consejera. *Cf.* DIOD., XIX 59, 3-6. Algunas fuentes hablan de la institución del culto a Fila Afrodita y la construcción de un templo en su honor en Atenas. *Cf.* ATEN., *Banquete de los eruditos* VI 254 a y 255c. Demetrio tuvo con ella a Antígono II Gonatas, el sucesor de Demetrio, y a Estratónice, que se casó con Seleuco, poco después de la batalla de Ipso.

[82] Antípatro fue designado rey de Macedonia, durante la expedición de Alejandro Magno a Asia Menor, y quedó como tal tras la muerte de este último.

[83] Cratero se casó con Fila en el 322 a. C. (*cf.* DIOD., XVIII 18, 7), pero murió en Cardia derrotado por Eumenes en el año 320 a. C. No hay que confundir a este Cratero con el hijo de Cratero y Fila, también llamado Cratero, que fue criado en la corte de Demetrio junto con el futuro Antígono II Gonatas, al que hemos hecho mención en una nota anterior.

[84] Cratero, en efecto, era uno de los más importantes generales de la corte

trio, su padre le convenció para que la tomara como esposa, aunque no fuera de su misma edad, sino mayor que él. Se dice que le susurró al oído ante su desgana este verso de Eurípides:

Debe casarse contra natura quien quiere ventajas[85].

Había cambiado lo de «debe someterse» por una palabra de
4 la misma medida[86]. Pero no debía ser tanto el respeto que le debía guardar Demetrio a Fila y las otras esposas[87], cuando se acostaba incesantemente con muchas heteras y mujeres libres, defecto que aumentó su mala reputación en comparación a los otros reyes de entonces.

15 El padre convocó a Demetrio para que luchara en Chipre contra Tolomeo[88], con la premisa de que era una orden que debía obedecer. Demetrio accedió de mala gana, ya que dejaba la guerra de Grecia que era para él más importante y prestigiosa e incluso envió dinero a Leónidas, el estratego de Tolomeo, que

---

de Alejandro Magno y pertenecía a una familia aristocrática de rancio abolengo en Macedonia. Sobre ese afecto, *cf.* PLUT., *Eum.* 6.

[85] *Fenicias* 395.

[86] Se refiere a la medida del verso. El verso de la tragedia en los parlamentos está escrito en trímetros yámbicos. Lo que hace nuestro autor es cambiar levemente el final del verso *(gametéon* por *douleutéon)*, respetando este mismo esquema cuantitativo (breve-larga-breve-larga, etc.).

[87] Entre las mujeres a las que se refiere Plutarco, se encuentran Deidamía, la hermana de Pirro de Epiro, que mencionará en el capítulo 25, y Tolemaida, la hija de Tolomeo, mencionada en el capítulo 32. No menciona nuestro autor, sin embargo, a Lanasa, la hija de Agatocles, que había sido anteriormente esposa de Pirro de Epiro. *Cf.* PLUT., *Pirro* 10.

[88] Chipre estaba en manos de Tolomeo I. Años antes, había emprendido una serie de campañas en Mediterráneo y conquistó esta isla, la isla de Cos y Andros y atacó la costa de Cilicia Traquea. En el caso de Chipre, eliminó al tirano local, Nicocles, y a toda su familia, acusados de colaborar con Antígono. *Cf.* DIOD., XX 19, 3; 21, 1-2; 27, 1-3; 37, 1-3.

estaba con una guarnición de Sición y Corinto[89], para que con-
sintiera en dejar libres esas ciudades. Pero el otro no aceptó ese
dinero y ante esa negativa, Demetrio se puso rápidamente en 2
marcha con el ejército que había conseguido reunir[90], navegó a
Chipre y logró una victoria fulminante, incluso aunque se unió
a la lucha Menelao, el hermano de Tolomeo. 3
El propio Tolomeo acudió, entonces, con un considerable
ejército terrestre y con una gran flota. Se intercambiaron algu-
nas amenazas y bravatas: Tolomeo invitaba a Demetrio a que
retirara sus naves antes de que fuera aplastado por todo su ejér-
cito allí reunido y Demetrio, por su parte, le contestaba que él
se alejaría si consentía en retirar las guarniciones de Sición y
Corinto. Este enfrentamiento provocaba mucha expectación, no
sólo entre los propios contendientes, sino también entre todos 4
los demás soberanos, ya que no estaba claro el resultado y no
sólo Chipre y Siria, sino todo el poder quedaría en manos de
quien venciera en la batalla.
El propio Tolomeo navegó con ciento cincuenta naves y or- 16
denó a Menelao que estuviera preparado con sesenta naves desde
Salamina[91], para atacar por detrás las naves de Demetrio y romper
su formación en el fragor del combate. Demetrio opuso sólo diez 2
(pues eran éstas las que bastaban para obstruir la navegación, de-
bido a lo estrecho del paso), luego formó su tropa de infantería,
tomando posiciones alrededor de todos los promontorios que se
cernían sobre el mar, y zarpó con ciento ochenta naves. 3

[89] Corinto y Sición habían sido entregadas por Cratesípolis a Tolomeo en el año 308 a. C.

[90] En Cilicia. *Cf.* Diod., XX 47, 1.

[91] Según otras fuentes, Tolomeo llegó a Cition, a 200 estadios de Salamina de Chipre con 140 naves de guerra y 200 naves de carga con 10.000 hombres. Al frente de las tropas estaría Menelao, el hermano de Tolomeo, y Leontisco. *Cf.* Diod., XX 47, 7; 49, 1-2; Just., XV 2, 6-7.

Fue tal la fuerza y el arrojo con que atacó, que Demetrio se impuso totalmente sobre Tolomeo y éste, viéndose vencido, tuvo que huir rápidamente con sólo ocho naves, pues éstas eran las únicas que se habían salvado de todas, ya que del resto de la flota, unas habían sido destruidas en la batalla naval y setenta las había tomado Demetrio con sus tripulantes: un montón de
4 criados, amigos y mujeres que estaban en las naves atracadas, incluso una gran cantidad de armas, riquezas y maquinaria de guerra, nada escapó a Demetrio, sino que él tomó todo y se lo llevó al campamento.

5 En este lote se encontraba la famosa Lamia, a la cual al principio se había buscado por su talento artístico —pues parece que tocaba la flauta de manera exquisita— pero que después llegó a deslumbrarlo con sus mañas eróticas[92]. Aunque ya esta-
6 ba su belleza en decadencia y todavía fuera entonces joven Demetrio, lo sedujo y lo sometió a su capricho y lo retuvo a su
7 lado, hasta tal punto que fue su único y verdadero amor, ya que sólo se dejaba querer por las otras mujeres.

Así pues, tras la batalla naval, ni Menelao se resistió, sino

[92] Son muchas las anécdotas que tienen como protagonista a esta prostituta. Se cuenta que Lamia gastaba el dinero de las arcas públicas de Atenas en perfumes y flores, que se vertían y lanzaban a su paso por la ciudad. *Cf.* Eliano, *Miscelánea Histórica* IX 8. Tal debía de ser la influencia de Lamia sobre Demetrio, que las fuentes afirman que era venerada como Lamia-Afrodita en Atenas, Tebas y, probablemente, en Sición (donde se había construido un pórtico en su honor). Sobre Lamia, de la que hablara nuestro autor en los capítulos 19, 24, 25 y 27; *cf. FGH* III p120 F15 (Polemón) Aten., *Banquete de los eruditos* VI 326b; XIII 577c-f. Se conserva una carta ficticia de Lamia dirigida a Demetrio, escrita por Alcifrón *(Alc.* 16), donde se admira de compartir lecho con «el terror de Macedonia, Grecia y Tracia», al que siempre ve «con sus guardias, tropas, embajadores y diademas» y le pide que, por favor, no olvide el banquete que le tiene preparado en honor a Afrodita. En otra carta *(Alc.* 17), la cortesana Leoncio pide consejo a Lamia para evitar el asedio del filósofo Epicuro: es tan tenaz con ella, como Demetrio Poliorceta lo es con las ciudades.

que rindió Salamina a Demetrio junto con las naves y la infan-
tería, mil doscientos caballos y doce mil soldados de infantería.
Pero Demetrio adornó esta, ya de por sí, deslumbrante y 17
hermosa victoria[93] con su noble criterio y su humanidad, pues
celebró por los muertos de los enemigos excepcionales exe-
quias y liberó a los prisioneros, y envió a los atenienses doce
mil armaduras procedentes de los despojos. 2
Después, envió ante la presencia de su padre como mensa-
jero de la victoria al milesio Aristodemo, que destacaba entre
todos sus cortesanos como el más consumado adulador[94], y que
entonces iba preparándose para ensalzar las hazañas de Deme-
trio superándose en sus exageradas lisonjas. Así, en cuanto lle-
gó de Chipre, no permitió que su barco tocara tierra, sino que, 3
al contrario, ordenó echar el ancla y que todos se mantuvieran
en las naves quietos, y él mismo, embarcándose en una nave,
fue solo al encuentro de su soberano. Mientras, Antígono, an-
sioso por saber el resultado de la batalla, le esperaba con ese ló-
gico estado de ánimo propio de los que sufren agónicamente
ante acontecimientos importantes. 4
Al enterarse Antígono de que él se acercaba, se puso más
nervioso que antes, apenas pudo ya contenerse en palacio y fue
enviando a los sirvientes y cortesanos, uno detrás de otro, a pre-
guntar a Aristodemo por lo que había pasado. Pero él no con- 5
testaba a nadie y lentamente avanzaba envuelto en un gran si-
lencio, con la cara tensa, mientras Antígono se martirizaba en
su interior sin poder apenas dominarse. Finalmente, el rey salió
a la puerta del palacio mientras ya el pueblo rodeaba multitudi-
nariamente a Aristodemo y acudía a toda prisa al palacio real.

---

[93] Narrada igualmente de manera pormenorizada en DIOD., XX 47, 1-2 y 7-8; 48, 1-52, 6.

[94] Ya hemos hablado de este personaje en el capítulo 9 y su papel como mediador en la liberación de Atenas.

Cuando Aristodemo llegó a su lado, extendió su mano diestra
6 y proclamó en voz alta[95]: «¡Salud, oh rey[96] Antígono, hemos vencido a Tolomeo en una batalla naval, hemos conquistado Chipre y hemos obtenido como prisioneros a ciento sesenta y ocho mil soldados!». Antígono contestó: «Salud a ti también, por Zeus, que así nos has torturado con tu silencio. Éste va a ser tu castigo: por tu buena nueva, también recibirás tu recompensa más tarde».

18 Después de esto, por primera vez la multitud aclamó a Antígono y a Demetrio como reyes. Los miembros de la corte enseguida coronaron a Antígono, a Demetrio su padre le envió
2 una diadema y le escribió una carta en la que lo llamaba rey. El pueblo de Egipto, ante las noticias que llegaban, también proclamaron a Tolomeo como rey, cuyo orgullo no parecía que se
3 hubiera visto menoscabado por la derrota. Esta práctica se extendió entre el resto de los diádocos por celo de unos y otros: en efecto, Lisímaco había empezado ya a llevar la diadema, y Seleuco, que ya antes era considerado entre los bárbaros como
4 rey, también empezó a serlo ante los griegos, al concederles audiencias[97]. Sin embargo, Casandro, aunque los otros le llama-

[95] Se entiende que para que todos lo oyeran y él se convirtiera en el protagonista de la función. Es muy interesante la inteligente respuesta de Antígono.

[96] Aunque Antígono y Demetrio ya habían sido divinizados, ésta es la primera proclamación en público que se hace de Antígono como rey, tras la victoria de Chipre, cuyas consecuencias vamos a ver analizadas en los párrafos siguientes.

[97] Parecido es el relato que aparece en otras fuentes sobre esta época. *Cf.* Just., XV 3, 10-13; Diod., XX 53, 2-4; Apiano, *Sir.* 54. Además de proclamarse como rey, Antígono intentó afirmar sus pretensiones de dominar el Mediterráneo con la fundación de la ciudad de Antigonia en Orontes (Siria). Antigonia, fundada en el 307 a. C., fue estratégicamente importante para la campaña de Chipre, pues permitía controlar el mar entre Siria, Egipto y las comunicaciones terrestres con Babilonia. Allí recibió Antígono la noticia de la victoria de Demetrio y es probable que allí se escenificara la oficial proclamación con los juegos atléticos y musicales que mencionan las fuentes. *Cf.* Diod., XX 47, 5-6; 53, 2; 73, 1; 108, 1.

ban rey y se referían a él por escrito como tal, él mismo encabezaba sus epístolas con las mismas fórmulas que tenía acos- 5
tumbrado a usar antes.

Este acto, en definitiva, no consistió sólo en un cambio en el nombre y en las formas, sino que también trastocó su alma y excitó las ambiciones de estos hombres, hasta el punto de asumir un orgullo y una solemnidad impostados en su modo de vida y en el trato con sus súbditos; como cuando los actores trágicos suben con su traje a escena, los cuales incluso también cambian 6
su paso, su voz, su modo de moverse y de dirigirse al público. Después de este cambio, los reyes fueron más severos en sus actos de justicia, retirando esa apariencia de contención ante sus súbditos, que los hacía más dulces y caritativos. ¡Tan gran- 7
de fue el cambio que operó en el mundo entero la sola palabra de un adulador!

Antígono, animado por los resultados de la campaña de Chi- 19
pre, mandó contra Tolomeo[98], acto seguido, un ejército cuya infantería comandaba él mismo, mientras Demetrio le seguía al mando de una gran flota de barcos. Medeo[99], un miembro de la

[98] Lo que pretende Antígono es invadir Egipto y apoderarse de él. Estamos en el año 306 a. C.

[99] Medeo de Larisa es otro de los grandes personajes de la corte de Antígono y su hijo Demetrio. Pertenecía a una de las importantes familias aristocráticas de Tesalia (su abuelo había sido dinasta de Larisa, pues Tesalia era dependiente de Macedonia, en el 394 a. C. *Cf.* Diod., XIV 82), fue amigo personal de Alejandro Magno y estuvo a su lado en campaña hasta los últimos días de éste. *Cf.* Arriano, *Anáb.* XXIV 4-XXV 1; Diod., XVII 117, 1; Plut., *Alej.* 75; Just., XII 13, 7. Tras la muerte de éste, se alió a Antígono, contra Casandro y Tolomeo, desde el año 313 a. C. en la guerra por el dominio de Grecia y el Egeo. *Cf.* Diod., XIX 69, 3; 77, 3-8; 77, 2; Just., XII 13, 7. En la corte de Demetrio, fue un importante general en la batalla de Chipre en el 306 a. C. antes de atacar poco después Egipto. *Cf.* Diod., XX 50, 3. Medeo, además, era un cortesano culto, pues fue el autor de una obra sobre la geografía de Armenia. *Cf. FGrHist* 129 (Medeo). Medeo y su hijo Oxitémides aparecen nombrados

corte de Antígono, tuvo una visión durante un sueño en la que
2 advirtió de qué manera iba a acabar esta campaña: en efecto, le pareció ver que el propio Antígono competía con todo su ejército en la doble carrera[100] y que llegaba a hacer el camino de ida muy rápidamente, pero poco después vio que le iban faltando las fuerzas poco a poco, para finalmente, débil y falto de aliento, avanzar a duras penas. Y así fue: Antígono tuvo que
3 volverse de Egipto derrotado, sin obtener ningún resultado y tras pasar muchas dificultades en tierra firme, a la vez que Demetrio, golpeado por un gran viento huracanado, corrió el riesgo de acabar en costas escarpadas y sin puertos, y perdió numerosas naves[101].

Antígono acababa de cumplir los ochenta años[102] y el tama-
4 ño y el peso de su cuerpo, más que propiamente su vejez, le dificultaban sus movimientos en la guerra. Por ello, se servía de su hijo, ya que, por su buena fortuna y su pericia, obtenía buenos resultados en las grandes empresas, por lo que toleraba su
5 vanidad y sus excesos, su derroche y su lujo, pues, en tiempos de paz, Demetrio se abandonaba y disfrutaba a su gusto de su tiempo libre de una manera descontrolada hasta reventar, pero
6 en la guerra, al igual que los que por naturaleza son prudentes, se atemperaba.

Se dice que Antígono, cuando la influencia de Lamia sobre Demetrio era ya patente para todos, le dijo sonriente a su hijo,

---

en una inscripción de Atenas, recibiendo todo tipo de honores por su colaboración en la liberación de Atenas. *Cf. IG* II-III[2] 498 = *SIG*[3] 342. Oxitémides acabó como uno de los principales integrantes de la corte de Demetrio. *Cf.* SIG3 343 DIOD., XXI 15; ATEN., *Banquete de los eruditos* VI 253a; XIII 578b.

[100] Carrera de ida y vuelta a lo largo del estadio.

[101] Sobre la campaña en Egipto en el año 306 a. C., *cf.* DIOD., XX 73-76; PAUS., I 6, 6.

[102] Poco después, murió en el año 301 a. C. a la edad de ochenta y un años, tal como testimonia JERÓNIMO DE CARDIA *(FGrHist* 154 F8), o a la edad de los ochenta y seis años, según el testimonio de PORFIRIO *(FGrHist* 260 32, 4).

cuando éste fue a besarle al venir del extranjero: «¿Hijo, crees 7
que estás dando un beso a Lamia?». Otra vez Demetrio, tras muchos días de banquete, le puso como excusa que se encontraba mal por el reuma, a lo que repuso Antígono: «Lo sabía, pero me
pregunto si es un reuma de Tasos o de Quíos[103]». Al enterarse de 8
que su hijo se encontraba mal de nuevo, fue a verlo y uno de sus bellos favoritos le abrió las puertas. Antígono entró y tras sentarse a su lado le tocó la mano. Demetrio le aseguró que justo
ahora se le acababa de ir la fiebre y le replicó su padre: «No te 9
preocupes, hijo, que precisamente me la he encontrado a la puerta, cuando se iba». ¡Con qué indulgencia toleraba estos extravíos
de Demetrio por los otros logros que obtenía!; pues es de sobra 10
conocido que los escitas[104], al beber y emborracharse, tienen que tensar las cuerdas de sus arcos para recobrar su valor relajado por el placer, pero Demetrio, en cambio, incluso aunque se entregara totalmente al placer de la bebida en ocasiones y luego, en otras, a asuntos serios, era capaz de mantener separadas ambas cosas y no era menos eficaz en los preparativos de la guerra.

Sí que era el mejor estratego, al parecer, para preparar un ejér- **20**
cito que para su puesta en marcha, puesto que quería que hubiera de sobra de todo lo que fuera necesario, y siempre insatisfecho de la magnificencia de sus embarcaciones y sus ingenios de guerra,
lo supervisaba todo enteramente con detenimiento. Era por natu- 2
raleza mañoso, pero él no había aplicado su ingenio para entretenerse en pasatiempos fútiles, como fue el caso de otros reyes que se ocuparon de tocar la flauta, de pintar o de ser escultores[105].

---

[103] Ambas islas eran famosas por la calidad de sus vinos. El chiste consiste en un juego de palabras basado en el doble sentido de *rheuma*, «reuma/corriente» (*scil.* de vino).

[104] Referencia vaga y general que engloba a todos aquellos pueblos que se encontraban en lo que es ahora Ucrania.

[105] Puede que se esté refiriendo a Antíoco IV Epifanés, concido por esta afición. *Cf.* Pol., XXVI 1, 2.

3 Por ejemplo, Aéropo el macedonio[106] se entretenía en cons-
truir pequeñas mesas o lamparitas, cuando le dejaban tiempo li-
bre; Átalo Filométor cultivaba hierbas medicinales, no sólo ja-
cinto y eléboro sino también cicuta, acónito y correhuela, y él
mismo lo sembraba en las posesiones reales, y tenía especial
cuidado en que su fruto y su jugo estuvieran en sazón al ser re-
4 colectados[107]; y los reyes partos[108] presumían de las puntas de
sus flechas que ellos moldeaban y afilaban con devoción. Pero,
en el caso de Demetrio, incluso ese acabado artesanal y la gran-
5 deza de la ejecución de sus obras eran las propias de un rey, y
mostraba en sus creaciones una amplitud de miras y una inteli-
gencia junto a una perfección técnica superior tales, que todo
parecía no sólo digno de un talento regio y de sus posibilidades
económicas, sino también de su propia mano. De esta manera,
6 con la magnificiencia de sus obras impresionó a sus amigos y con
la belleza de éstas cautivó a sus enemigos.

Esto se dice porque es verdad, no para adular, porque sus
naves de dieciséis remeros y las naves de quince remeros pro-
7 vocaban la admiración de los enemigos, cuando se insinuaban

---

[106] Aéropo II fue rey de Macedonia a comienzos del siglo IV a. C.

[107] Átalo III reinó poco tiempo (138-133 a. C.) y murió sin descendencia. Fue el último de los soberanos de la dinastía atálida de Pérgamo y su reino fue legado a Roma. Esa afición de Átalo III por las plantas y sus propiedades sanadoras está confirmada por otras fuentes: Plinio *(NH* XVIII 22) lo menciona como uno de los reyes que escribió un tratado sobre la agricultura. Es destacable que Nicandro de Colofón formara parte de la corte de Átalo III y que sus grandes obras sobre los tóxicos de origen vegetal *(Alexiphármaka)* y de origen animal *(Theriaká)* estuvieran dedicadas a este soberano.

[108] El imperio parto fue un pueblo que dominó grandes extensiones de Asia central hasta el noroeste del mar Negro. Fue uno de los grandes enemigos del Imperio Romano, especialmente en la disputa por la posesión de Armenia y otros reinos limítrofes, hasta que fueron sustituidos por los sármatas y su civilización se extinguió.

desde la costa mientras éstas surcaban el mar; y su *helépolis*[109]
era casi como un espectáculo más, como los propios asediados
están para atestiguarlo. Por ejemplo, Lisímaco, que era el ma- 8
yor enemigo de Demetrio de entre los reyes y ya se había en-
frentado a él en el asedio de Solos en Cilicia[110], le mandó llamar
para que le enseñara sus artilugios y las naves en el mar y, tras
la demostración, se alejó lleno de estupor. Los rodios, que lle- 9
vaban mucho tiempo siendo asediados por él, cuando acabaron
la guerra, le pidieron algunas de sus máquinas para tener así
ellos un recuerdo de su gran ejército y de la gran valentía que
mostraron ellos mismos.

Demetrio luchó contra los rodios, que eran aliados de To- 21
lomeo[111], y llevó a las murallas la más grande de sus torres de
asedio: la base era cuadrada, tenía cada uno de sus lados desde
abajo una altura de unos cuarenta y ocho codos de ancho por se-
senta codos de altura[112], y se enfilaba en punta gradualmente en
la parte de arriba. El interior estaba compartimentado en mu- 2
chas estancias y secciones hasta el techo, el cual se abría del

---

[109] La llamada *helépolis (scil.* «toma-ciudades») fue una torre de asedio utilizada por primera vez en la guerra de Demetrio contra Tolomeo en Salamina, Chipre, un año antes. *Cf.* Diod., XX 48. El autor de este ingenio, según otras fuentes, fue el ateniense Epicamo, personaje del que, por otra parte, no sabemos nada más. *Cf.* Vitrubio, X 164, Ateneo el Mecánico, 27, 2.

[110] Solos es una localidad costera que se encuentra en la costa sur de la moderna Turquía, en lo que era la antigua provincia romana de Cilicia, en las riberas del río Latmo. La zona de Cilicia estuvo ocupada por Demetrio y Antígono desde el 299 a. C.; pero no se sabe nada de esta batalla.

[111] La posición de la república de Rodas era estratégica en el Mediterráneo. Celosos de su independencia, intentaban ser neutrales en su trato con los diádocos, pero era reconocida su especial relación con Tolomeo. Ésta fue la razón del ataque de Demetrio. El asedio de Rodas duró dos años (305-304 a. C.). *Cf.* Diod., XX 82-8 y 91-100; *FGrHist*, 533 F2.

[112] Estas medidas equivalen respectivamente a unos 22 m de lado en la base por 40 m de altura.

lado de los enemigos, y había cavidades en cada una de las paredes para que por ellas salieran flechas por todas partes. Este ingenio armamentístico estaba enteramente lleno de todo tipo
3 de combatientes adiestrados y, como no oscilaba ni se desestabilizaba cuando se encontraba en movimiento, sino que se mantenía recto en su base y sin tambalearse, mientras avanzaba con un ruido intenso y un estruendo enorme, inspiraba a la par asombro y un cierto encanto en el alma y la visión de aquellos que lo
4 contemplaban.

Para esta batalla se habían traído incluso dos corazas de hierro de Chipre, cada una de ellas con cuarenta minas de peso[113]. El
5 artesano Zoilo[114], para mostrar la estabilidad y la resistencia de estas armaduras, pidió que se le arrojara un proyectil desde una catapulta a veinte pasos de distancia y, a pesar del fuerte impacto, la coraza resistió y apenas sufrió un leve rasguño como si fue-
6 ra de un estilete. El propio Demetrio llevaba una y la otra la llevaba Alcimo el epirota, un hombre valeroso y fuerte, que era el único que tenía una armadura completa de dos talentos[115], ya que los otros usaban una de un solo talento[116]. Este hombre, durante el asedio de Rodas, murió en las inmediaciones del teatro[117].

---

[113] Alrededor de 17 kg (una mina = 425 g).

[114] Una posible identificación de esta persona podría ser la de un tal Zoilo de Beocia, que es colocado al mando de la guarnición de Egóstena por Demetrio según reza una inscripción. *Cf.* *SIG*^{3} 331. Demetrio y Antígono supieron nutrir su corte de personajes expertos *(technîtai)* en los últimos avances en ingeniería militar: las fuentes (Vitrubio X 15, 2-6, Ateneo el Mecánico 21, 2) mencionan también, en la corte de Antígono y Demetrio, a un tal Hegétor de Bizancio, creador de manteletes en forma de tortuga, usados para defender posiciones en Rodas.

[115] Es decir, 51 kg (un talento = 25,5 kg).

[116] Es decir, 25 kg.

[117] Alcimo lideró junto con Mantias, otro hombre de confianza de Demetrio, un pequeño contingente de 1.500 hombres que se introdujo en el ágora de Rodas. Con ese frente abierto, los rodios estarían demasiado ocupados para

Sin embargo, ante la vigorosa resistencia de los rodios, De- 22
metrio no pudo conseguir ningún resultado de consideración; y,
es más, se sintió molesto especialmente con ellos porque envia-
ron a Tolomeo unas cartas que le había escrito su mujer, Fila, 2
junto con unos mantos y unos zapatos, tras interceptar el barco
que lo llevaba todo. En verdad, los rodios no imitaron esa cor-
tesía de los atenienses que, tras capturar a unos mensajeros du-
rante su enfrentamiento con Filipo, leyeron todas las cartas,
pero no abrieron la carta de Olimpia y, tal como estaba, se la de-
volvieron a él[118].

A pesar de todo, Demetrio, que estaba irritado por este pro- 3
ceder, no tuvo que esperar mucho para tener la ocasión de ha-
cérselo pagar a los rodios. Se encontraba con ellos el pintor Pro- 4
tógenes del Cauno[119], que estaba pintando un cuadro con el
tema de Yaliso[120] en uno de los suburbios, y cuando era poco lo
que quedaba para acabar la pintura, Demetrio la confiscó. Los 5
rodios enviaron un mensajero y le pidieron que respetara y que

---

defenderse de un segundo ataque de Demetrio. Sobre la muerte de Alcimo el epirota, *cf.* también Diod., XX 98, 9. Alcimo el epirota fue honrado por los atenienses en el 306 a. C. en uno de sus decretos, parcialmente conservado, aunque no sabemos qué tipo de honores recibió o qué utilidad tuvo su intervención en Chipre a favor de los atenienses. *Cf. IG* II-III^2 773.

[118] La anécdota se refiere a Filipo II de Macedonia y a su mujer. *Cf.* Plut., *Consejos políticos* 799e; Apuleyo, *Apol.* 86.

[119] Protógenes del Cauno fue un pintor del siglo IV a. C., procedente de esta ciudad de la costa caria en Asia Menor, que acabó sus días en la isla de Rodas. Sus obras se encontraban repartidas por todo el territorio griego, pero las más reconocidas se encontraban en Rodas y Atenas. Sobre esta anécdota, muy comentada en la Antigüedad clásica, *cf.* Plut., *Máximas de reyes y generales* 183A-B; Estrab., XIV 652, Eliano, *Miscelánea Histórica* XII 41.

[120] Yaliso fue el fundador de la ciudad rodia del mismo nombre. Probablemente el tema del cuadro no fuera un retrato alegórico, sino un tema de historia que narraba la fundación de la ciudad; de ahí la complejidad de la composición y el tiempo invertido para terminarlo.

no destruyera la obra. Él les contestó que antes quemaría las imá-
genes de su padre que tan espléndido trabajo. Se dice que Protó-
6 genes tardó siete años en terminar la pintura y también cuentan
que Apeles[121] quedó tan impresionado al ver esta obra, que se que-
dó sin habla, hasta que llegó a musitar: «¡Qué gran trabajo y qué
admirable creación!». Sin embargo añadió que, en verdad, le fal-
7 taba esa gracia que encumbraba hasta el cielo lo que él pintaba.
Desgraciadamente esta pintura fue pasto de las llamas en Roma,
junto con otras obras que se encontraban con ella[122].

8 Como los rodios oponían una tenaz resistencia en la guerra,
los atenienses acabaron aplacando a Demetrio, que sólo necesi-
taba de una excusa para cesar las hostilidades, haciendo que los
rodios fueran aliados de Demetrio y Antígono, aunque no con-
tra Tolomeo[123].

23 Los atenienses pidieron ayuda a Demetrio, pues Casandro
estaba asediando la ciudad, y él acudió con trescientas treinta
2 naves y numerosos soldados y no sólo expulsó del Ática a Ca-
sandro, sino que salió en su persecución hasta las Termópilas[124],
tomó posesión de Heraclea[125], que se entregó voluntariamente,
y pasaron a su bando sesenta mil macedonios[126]. También liber-

[121] Apeles es el famoso pintor de corte de Alejandro Magno.

[122] Plutarco se refiere al gran incendio de Roma durante el imperio de Nerón. El cuadro estuvo durante mucho tiempo en Rodas y Cicerón *(Orador* II 5) aún lo contempla allá. Fue trasladado a Roma en época imperial y, según Plinio el Viejo *(Historia Natural* XXVI 102), fue depositado en el templo de la Paz.

[123] *Cf.* Diod., XX 98-99.

[124] El único paso de acceso natural para el sur de Grecia, desde el norte, que se encontraba entre el monte Eta y el golfo Malíaco.

[125] Se trata de Heraclea Traquinia, ciudad vecina a las Termópilas, no lejos del golfo Malíaco.

[126] Demetrio, por tanto, conquistó una vasta zona de Grecia, con las excepciones señaladas por nuestro autor, y se dedicó a la reconstrucción de las ciudades sometidas. En el caso de Tebas (una ciudad sometida y arrasada por Casandro años antes) Demetrio Poliorceta invirtió las riquezas, conseguidas en la

tó a los griegos que se encontraban al sur de las Termópilas, proclamó a los beocios como sus aliados y conquistó Céncreas[127], 3
Fila, Panacto, dos fortalezas del Ática, pertrechadas por Casandro con sendas guarniciones, y, tras derribarlas todas, concedió su territorio a los atenienses[128].

Los atenienses, que en su día se habían desvivido por él y le 4
habían cubierto de honores, también esa vez encontraron nuevas y oportunas formas de adularlo. En efecto, decidiéron despejar el opistodomo[129] del Partenón y allí puso su residencia 5
Demetrio, como si fuese Atenea, por así decirlo, el que lo hubiera cobijado y le hospedase, aunque no fuera precisamente un huésped muy decente y discreto como para estar alojado en casa de una virgen. Por cierto que, una vez, su padre se enteró 6
de que su hermano Filipo estaba alojado en una casa con tres mujeres jóvenes, él no le dijo nada a su hijo, pero mandó llamar ante su presencia al encargado de asignar alojamientos y le dijo: «¿Tú, no me vas a sacar a mi hijo de tales angosturas?[130]».

Pero Demetrio, que debería haber respetado a Atenea, aunque 24
no fuera por otra cosa más que porque avergonzaba a una hermana mayor (pues esto es lo que quería que se dijera), tan deshonrados dejó a jóvenes y doncellas libres en la Acrópolis, que parecía el lugar incluso más santo, cuando se abandonaba al libertinaje 2
con esas prostitutas llamadas Críside, Lamia, Demo y Anticira[131].

---

campaña de Rodas, en la reconstrucción de la ciudad. *Cf.* DIOD., XX 100 5, 6; ATEN., *Banquete de los eruditos* VI 253b; *SIG*[3] 337.

[127] Uno de los puertos de Corinto, que se encontraba en el lado oriental. El occidental era el del Lequeo.

[128] En esa ocasión Demetrio también devolvió a los atenienses la ciudad de Óropo, también tomada de los beocios en manos de Macedonia. *Cf.* PAUS., I 35, 2.

[129] Cámara trasera de los templos griegos.

[130] Para esta anécdota, *cf.* también FRONTINO, *Estrat.* IV 1, 10.

[131] Se mencionan entre sus favoritas también el nombre de Manía y Leena. *Cf.* ATEN., *Banquete de los eruditos* XIII 578 b-e (= MACAÓN Gow fr. 14) y

No es conveniente abundar en detalles por respeto a la ciu-
3 dad. Sin embargo, no se debe pasar por alto la templanza y la virtud de Democles[132]. En efecto, aquél no era más que un muchacho recién entrado en la adolescencia, pero no se le había pasado por alto a Demetrio esa fama que se le atribuía por su
4 belleza, pues se le llamaba «Democles el bello». Pero, aunque lo intentó muchas veces, le hizo muchos ofrecimientos e incluso le amenazó, no consiguió nada. Cuando al final el joven ya evitaba acudir a la palestra y al gimnasio[133], Demetrio fue a buscarlo al baño privado donde él se lavaba. Aguardó la ocasión propicia y Demetrio fue hacia él en el momento en el que se encontraba solo y el chico, en cuanto comprobó la soledad
5 de su alrededor y el extremo peligro en el que se encontraba, descubrió la tapa de la caldera y se suicidó arrojándose al agua hirviendo, con la conciencia de que sufría una suerte injusta, pero demostrando una grandeza de ánimo digna de su patria y de su belleza.

6 No tuvo el mismo comportamiento Cleeneto, el hijo de Cleomedonte[134], que se vendió para librar a su padre de una multa impuesta de cincuenta talentos y, al hacerse públicas las cartas que le había enviado a Demetrio, no sólo él se cubrió de deshon-

---

XIII 579 a-c (= Macaón Gow fr. 145); y también, sobre Lamia, *cf.* Aten., *Banquete de los eruditos* XIII 577 d (= Macaón Gow fr. 13). Como se puede leer en estos fragmentos, el trato carnal de Demetrio con estas prostitutas era uno los blancos preferidos de las críticas, que sobre nuestro personaje vertían los cómicos de la época. Los fragmentos citados hacen referencias al mal olor del miembro viril de éste y a las proezas sexuales de Lamia, Manía y Leena en el lecho con él, de una manera absolutamente descarnada y procaz.

[132] Personaje que sólo menciona nuestro autor.

[133] Donde Demetrio Poliorceta tendría la costumbre de admirar su cuerpo. Como bien se sabe, era una costumbre griega y no resultaba extraño que los efebos se ejercitaran desnudos y que allí entablaran conversación con sus amantes.

[134] Descendiente del famoso demagogo Cleón.

ra, sino que toda la ciudad quedó conmocionada. Dispensaron
entonces a Cleomedonte de su multa y aprobaron una ley para 7
que ningún ciudadano enviara carta alguna a Demetrio. Pero
Demetrio, al enterarse, no se lo tomó a bien, más bien se enfa-
dó y, por miedo a su ira, los atenienses no sólo abolieron el de- 8
creto enseguida, sino que incluso mataron o exiliaron a aquellos
que lo habían propuesto y defendido. Entonces proclamaron 9
por votación que el pueblo de los atenienses aprobaría todo
cuanto ordenara el rey Demetrio y que esto sería santo ante los
dioses y ley ante los hombres. 10

Un honorable ciudadano dijo que Estratocles estaba loco
por proponer tales decretos y Demócares de Leucónoe[135] le res-
pondió: «Ciertamente estaría loco, si no hiciera esta locura[136]»;
pues es cierto que Estratocles conseguía muchas ventajas con 11
sus adulaciones. Demócares, considerado culpable por esta sola
frase, fue condenado al exilio. Tales cosas hicieron los atenienses
cuando creían que, en apariencia, se habían retirado las guarni-
ciones y gozaban de libertad.

Demetrio pasó al Peloponeso sin que ninguno de sus enemi- **25**
gos se resistiera a su encuentro, porque huían y abandonaban
las ciudades, y avanzó hasta conquistar la llamada Acte[137] y li-

---

[135] Se refiere a Demócares de Leucónoe, sobrino de Demóstenes. Orador, como su tío, fue luego un personaje de relevancia política en Atenas entre los años 287 a 270 a.C. y escribió una historia tomando como base esa experiencia. *Cf.* PLUT., *Demetr.* 30; PSEUD.-PLUT., *Vida de los diez oradores* 847D-E, CIC., *Brut.* 83. Sobre Demócares, el contexto político, su biografía y los fragmentos existentes de su obra, *cf.* G. MARASCO, *Democare di Leuconoe. Politica e cultura in Atene fra IV e III sec. a.C. (coll. Studi e Testi, 4)*, Università di Firenze, Florencia, 1984.

[136] La respuesta de Demócares refleja que Estratocles obra así no sólo por adulación, sino por miedo a Demetrio.

[137] Literalmente la llamada «la costa», es la designación que se utiliza por historiadores y geógrafos para hablar de la región oriental de la Argólide, en la

2 beró toda Arcadia con la excepción de Mantinea, Argos, Sición
y Corinto, a cuyos centinelas en las guarniciones les dio cien ta-
lentos[138]. Concretamente en Argos, se estaba festejando enton-
ces la fiesta de Hera[139], una celebración en la que participaban
3 todos los helenos, y allí se casó con Deidamía, la hija de Eáci-
das, rey de los molosos, y hermana de Pirro. Luego, por otro
lado, con el argumento de que los sicionios habitaban la ciudad
que estaba al lado de su verdadera ciudad, les convenció para
4 que se cambiaran al lugar donde ahora viven; y así, el nombre
de la ciudad pasó a ser, en vez de Sición, Demetrias[140]. Por últi-
mo, celebró una reunión de la Liga de Corinto en el istmo[141] y,
ante la presencia de los muchos varones que se habían allí reu-
5 nido, fue proclamado rey de los helenos, como antaño sucedió
con Filipo y con Alejandro.

Sin embargo, Demetrio se consideraba que era mejor que
6 aquéllos y en no poco, deslumbrado como estaba por la fortuna
que le sonreía y por el poder que había alcanzado. En efecto,
Alejandro no retiró sus títulos a ninguno de sus vasallos y él
mismo jamás tomó el título de «rey de reyes», aunque él mismo
hubiera concedido a muchos el privilegio de proclamarse reyes

---

que se encuentran ciudades como Epidauro, Trecén, Hermíone y otras. *Cf.* Pol., V 91, 8; Estrab., VIII 8, 5, pág. 389; Diod., XII 43, 1.

[138] Otras versiones en cambio insisten en que las conquistas se realizaron por la fuerza de las armas. *Cf.* Diod., XX 102-103 y Polieno, *Estrat.* IV 7, 3 y 8.

[139] En torno a junio o julio del año 303 a. C. Las fiestas eran en honor a Hera, la diosa más importante de la ciudad de Argos, cuyo santuario se encontraba extramuros.

[140] Sobre la Demetrias-Sición, la ciudad que vio nacer a Arato y que él liberó, *cf.* la nota correspondiente en la *Vida de Arato.*

[141] Nuestro autor recuerda aquí la famosa Liga de Corinto, que había sido fundada en los años 338-337 a. C. por Filipo II tras la batalla de Queronea. Fue reconstituida como tal en la primavera del año 302 a. C. y principalmente quedó en manos de Demetrio Poliorceta como un instrumento político-militar, para enfrentarse al rey macedonio Casandro. *Cf. IG* IV^2 68 III.

y ejercer como tales. Pero Demetrio no se tomaba en serio a 7
ninguno de ellos y se burlaba de los que llamaban reyes a cual-
quier otro que no fueran él y su padre, y escuchaba con agrado
a los que, en el convite, bebían a la salud del rey Demetrio, de
Seleuco, el comandante de los elefantes[142], de Tolomeo, el al-
mirante, de Lisímaco, el guardián del tesoro, y de Agatocles, el
gobernador de la isla de Sicilia[143].

Cuando este tipo de chanzas llegaban a oídos de los reyes,
los demás se reían de él, pero Lisímaco era el único que se soli-
viantaba porque Demetrio le consideraba un eunuco; ya que, en 9
efecto, la costumbre más extendida era que los eunucos fuesen
los que se ocupasen de guardar el tesoro[144]. El que más le de-
testaba de todos con diferencia, era Lisímaco y, de hecho, le za-
hería haciendo referencia a su relación con Lamia, diciendo que
ahora era la primera vez que veía a una ramera avanzar por la

---

[142] Seleuco, que había quedado al cargo de las provincias orientales, efectivamente, poseía en su ejército numerosos elefantes. Durante un cierto tiempo estuvo enfrentado con el rey indio Chandragupta, de la dinastía Maurya, por la posesión del valle del Indo. En un acuerdo de cesión de esos terrenos, Seleuco recibió, a cambio, los elefantes.

[143] Agatocles era tirano de Siracusa en Sicilia y extendió su poder por toda la isla desde el año 371 al 289 a. C.

[144] Una referencia algo curiosa y oscura, pues como se sabe, Lisímaco tuvo varios hijos, entre ellos, uno llamado Agatocles (*cf.* capítulo 31). Lisímaco era rey de vastos territorios, pero tenía un tesorero Filetero, que custodiaba su tesoro en la ciudad de Pérgamo y que, efectivamente, era un eunuco. Filetero traicionó a Lisímaco y se pasó al bando de Seleuco en la batalla de Curupedion que enfrentó a ambos soberanos. Posteriormente fundó el reino atálida de Pérgamo (283-263 a. C.) que legó Eumenes I (263-241 a. C.), un sobrino de su hermano menor, pues él, como eunuco, no podía tener hijos. Sobre Filetero y la dinastía atálida, *cf.* ESTRAB., XIII 4, 1-2, 623-624; LIV., XXXIII 2, 1-3; PAUS., I 10, 3-5. Teniendo en cuenta la mala idea de Demetrio, que poco después critica a Arsínoe, la esposa de Lisímaco que también le traicionó, puede que esté haciendo una referencia velada y retorcida a los miembros de la corte de Lisímaco y sus insidias, que perjudicaban a Lisímaco y le restaban fuerza.

escena en una tragedia[145], pero Demetrio le contestaba que su ramera era más recatada que esa «Penélope» suya[146].

26 De camino a Atenas, Demetrio les escribió a los atenienses una carta diciéndoles que quería que al punto se le admitiera en los misterios y se realizara a su llegada todo el rito de inicia-
2 ción, desde los pequeños misterios hasta alcanzar el rango de iniciado en la *epoptía*. Esto no era lícito ni se había hecho antes: los pequeños misterios se realizaban en el mes de *Antesterion* y los grandes en el mes de *Boedromion* y tenía que pasar al menos un año, desde el momento en que se hubieran celebrado los grandes misterios, para alcanzar el más alto grado de la iniciación, la *epoptía*, en Eleusis[147].

---

[145] Lisímaco está haciendo referencia a la dignidad que ha llegado a alcanzar una simple hetera en Atenas. En época clásica, en la época de mayor gloria del teatro ateniense, los actores y los miembros del coro eran varones ciudadanos atenienses (los actores profesionales aparecen en época posterior), que interpretaban todos los papeles, incluso los femeninos. Esa misma restricción se podría aplicar al público que asistía a las representaciones.

[146] La misma anécdota aparece en Filarco. *Cf.* Aten., *Banquete de los eruditos* VI 78 216b (= *FGrHist* 81 31; en referencia a los apodos de los reyes) y XIV 3 614e-615a (= *FGrHist* 81 12; en referencia a Lamia). Demetrio hace alusión a la mujer de Lisímaco, Arsínoe II, hija de Tolomeo I y de Berenice. No deja de haber una cierta ironía en esta imagen de la reina de Tracia como una niña-mujer paciente y fiel, mientras que su marido estaba en guerra con los otros reyes: cuando se casaron, Arsínoe, nacida en el 316 a. C., tendría poco más de veinte años, mientras que su marido, nacido el 360 a. C., ya tendría los cincuenta. Se cuenta que Arsínoe se enamoró de Agatocles, el hijo de Lisímaco y de Nicea (hija de Casandro), y que, rechazada, acusó a Agatocles ante su padre y éste lo mandó ejecutar. Además de Agatocles, fueron ejecutados todos los cortesanos que estaban a favor de él, así que, cuando Lisandra fue a la corte de Seleuco I, Lisímaco era un rey impopular. *Cf.* Estrab., XIII 623; Just., XVII 1, 1-12; Paus., I 10, 3-4.

[147] Hacían falta al menos dos años para poder estar admitido completamente en los misterios eleusinos. Los diversos grados de iniciación eran los siguientes: tras la iniciación, el postulante era admitido en las misterios menores

Sin embargo, tras la lectura de la carta, la única persona que 3
se atrevió a oponerse fue el daduco Pitodoro[148], pero no consi-
guió nada porque, a propuesta de Estratocles, se votó que lla-
marían y reconocerían como mes de *Antesterion* el *Muni-* 4
quion[149], y celebraron en honor de Demetrio los misterios en
Agra. Después, de nuevo el mes de *Antesterion*, que era el *Mu-*
niquion, se convirtió en el de *Boedromion* y celebraron el resto
del misterio, a la vez que Demetrio alcanzaba al más alto grado
de la iniciación[150]. A propósito de esto, Filípides atacó a Estra- 5
tocles con este verso:

El que redujo a un mes un año entero.

Y acerca de la tienda de campaña que se encontraba en el Partenón también dijo:

El que tomó la acrópolis sagrada en residencia.
e introdujo sus heteras en el Partenón[151]

Se dice que, de todas las irregularidades y ofensas a la ley de 27
todo tipo que se cometieron, los atenienses se lamentaron sobre

---

que se celebraban en Agra en el mes de febrero; después se celebraban los misterios mayores en Eleusis en el mes de septiembre; y, finalmente, un año después, se llegaba al grado más alto de la iniciación, la llamada *epoptía*.

[148] El daduco o «portador de la antorcha» era un sacerdote del culto eleusino de carácter hereditario. Algunas de las opiniones contrarias a Demetrio y que fueron vertidas por Pitodoro, se encuentran en las fuentes de nuestro autor. *Cf. FGrHist* 328 F69-70 (Filocoro).

[149] El mes de Muniquia era el de abril. Por tanto, se había pasado la fecha para la iniciación en Agra.

[150] Los atenienses aceptaron de buen grado esta anomalía, en consideración a los beneficios que habían conseguido los ciudadanos de parte de Demetrio. *Cf.* Diod., XX 110, 1.

[151] *Frag.* 25, Edmonds, IIIA, pág. 178.

todo de esta ocasión en la que tuvieron que recaudar y entregar
puntualmente doscientos cincuenta talentos, pues esta exacción
se hizo de manera urgente e inexcusable, pero en cuanto lo vio
todo ya reunido, Demetrio dio orden de que dieran este dinero
a Lamia y al resto de las heteras que le acompañaban a ella, para
2 que se compraran sus perfumes. Así, a los ciudadanos les resultó
molesta la afrenta, más que el pago en sí; como también las pala-
bras que les dirigió para exigirlo y, no tanto, el hecho. Pero algu-
nos dicen que esto les pasó a los tesalios, no a los atenienses.

3 Además de esto, la propia Lamia por su cuenta impuso una
contribución al pueblo para organizar un banquete para el rey
y tan famoso fue el banquete que organizó por su riqueza, que
4 fue descrito por Linceo de Samos[152]. Por ello, uno de los cómi-
cos, no sin razón, la llamó certeramente Lamia «Helépolis»[153].
Demócares de Solos[154] llamó al propio Demetrio el «Mito»,
5 porque tenía también a su Lamia[155]. Pero esta mujer, por la pa-
sión y el afecto que suscitaba, no sólo causaba los celos de las
esposas de Demetrio, sino que hasta los amigos de éste le en-
vidiaban. Así, por ejemplo, se presentaron algunos de ellos en
6 una embajada ante Lisímaco a los que aquél, en un momento

[152] El historiador Linceo de Samos era hermano del también historiador Duris de Samos. Compuso obras en prosa y también comedias. Entre esas obras se encuentran unas *Deipnetikaí epistolaí (Epístolas Conviviales)*, en las que hay una carta que contiene una descripción de ese suntuoso banquete ofrecido por Lamia a su amante Demetrio. *Cf.* ATEN., *Banquete de los eruditos* IV 128 a-b.

[153] Ésta es una alusión a la máquina «toma ciudades» que usaba Demetrio en los asedios.

[154] Es el único testimonio que tenemos de un tal Demócares de Solos. Es probable que Plutarco en realidad se refiera al de Atenas, al que ha nombrado en esta vida.

[155] Lamia era uno de esos seres monstruosos que vagaban en la noche, según la mitología popular (de ahí que se refieran a Demetrio por ese nombre de «Mito»), en busca de niños para chuparles la sangre.

de descanso, les mostró en las piernas y en los brazos las profundas cicatrices de las uñas de un león y les contó cómo había luchado contra aquella bestia, porque lo había encerrado Alejandro, el rey, con ella[156]. Ellos, entre risas, dijeron que tam- 7
bién su rey llevaba las marcas de una terrible fiera en su cuello: Lamia.

Es curioso que Demetrio, incapaz de soportar a duras penas 8
a Fila desde un principio, por no ser de la misma edad, se sometiera, en cambio, a Lamia y la amara tanto tiempo después 9
de que ella ya hubiera perdido todo su esplendor. Una vez a Demo, la apodada Manía[157], Demetrio le hizo esta pregunta en el banquete, mientras Lamia tocaba la flauta y él la escuchaba: 10
«¿Qué te parece?». «Vieja, mi señor[158]», contestó Demo. Y cuando se hubieron servido los postres, aquél repuso: «¿Ves cuántas cosas nos ha traído Lamia?»; a lo que respondió Demo: «¡Más cosas te enviaría mi madre, si quisieras acostarte 11
también con ella[159]!».

---

[156] La respuesta de la embajada de Demetrio es una nueva burla contra un caduco Lisímaco y sus pretensiones de recoger el testigo de Alejandro Magno. Lisímaco tenía muy a gala el haber sido capaz de vencer a ese león: Alejandro Magno le pidió que se enfrentara al león, porque Lisímaco había defendido a su maestro el filósofo Calístenes, cuando fue condenado por desacato. *Cf.* JUST., XV 3, 1-6. Este episodio del león, además, está ampliamente tratado por la tradición literaria. *Cf.* PAUS., I 9, 5; JUST., XV 3, 7-8, PLIN., *Historia Natural* VIII 21, 54. En las monedas acuñadas durante su reinado, Lisímaco aparece con frecuencia en compañía de esta fiera.

[157] «Pueblo» y «Locura» en griego. Clara referencia a la pasión que debía de despertar en el alma de Demetrio esta hetera, que, sin embargo, ofrecía sus servicios a cualquier persona de la ciudad, como parece sugerir su apodo.

[158] Demetrio, indudablemente, se está refiriendo a la habilidad de Lamia como flautista, pero la ambigüedad de la pregunta permite que se interprete de otra manera.

[159] Viniendo a decir: «Es ya tan vieja mi madre, que incluso pagaría por acostarse con alguien».

Se recuerda de Lamia también una crítica que hizo a la sen-
12 tencia dictada por Bocoris[160]. Una vez, hubo un egipcio enamorado de la hetera Tónide, que le pidió una desorbitada cantidad de
13 oro. Él creyó que en sueños se había unido a ella y sintió saciados sus deseos y Tónide le abrió un proceso para exigirle el pago de su sueldo. Bocoris, tras escuchar esta reclamación, mandó que el hombre metiera en una vasija la misma cantidad de dinero, contante y sonante, que le había pedido la hetera y que la agitara de un lado a otro, para que ella tuviera la sombra, en cuanto considera-
14 ba que la apariencia es la sombra de la realidad. No creía Lamia que ésta fuera una sentencia justa, porque la sombra no sació el deseo del dinero de la hetera, pero el sueño cesó la ardiente pasión del enamorado joven. Esto es lo que se cuenta de Lamia.

28 Pero ahora nuestro relato sobre las venturas y vicisitudes de este hombre, cuya vida narramos, va a pasar, por así decirlo, de la escena cómica a la trágica: al rebelarse todos los reyes contra
2 Antígono y reunir sus ejércitos en coalición, Demetrio tuvo que dejar Grecia y unirse en el momento álgido del combate a su padre, el cual ya de por sí estaba bastante más dispuesto para la lucha de lo que convenía a su edad, lo que hizo que Demetrio fuera más osado.

3 Antígono, por lo demás, parece que si hubiera hecho alguna pequeña concesión y hubiera controlado su excesiva ambición, habría conservado todo su patrimonio y también le habría lega-
4 do la soberanía a su hijo. Antígono era de fuerte carácter, altanero y brusco, no menos en las palabras como en sus modales y, por ello, incomodó y enfadó a muchos hombres poderosos que aún eran jóvenes[161]. Así, por ejemplo, decía que acabaría

[160] Rey de Egipto del siglo VIII a. C. cuya sabiduría y justicia eran proverbiales. *Cf.* Diod., I 45, 2; 65, 1; 79, 1-3; 94, 5. Plut., *Sobre la falsa vergüenza* 529e.

[161] Como Plutarco ha dicho en los capítulos anteriores, Antígono tenía ya más de ochenta años, pero sus contrincantes en la batalla de Ipso no eran todos

con la coalición que ellos habían formado de mutuo acuer- 5
do con una piedra o un rumor, como si se tratara de una bandada de pájaros que fueran rebuscando entre las semillas. Pero Antígono estaba al mando de más de ciento cincuenta mil soldados, 6
diez mil caballeros, setenta y cinco elefantes, mientras que sus enemigos tenían a su disposición ciento sesenta y cuatro mil soldados, a un ejército de caballeros que los superaba en más de quinientos, a cuatrocientos elefantes y a ciento veinte carros. 7

Sin embargo, a su llegada, sintió que sus esperanzas sufrían 8
un vuelco, aunque no su determinación. Acostumbraba a mostrarse arrogante y jactancioso en los combates, dirigía discursos agresivos con su gran voz; e incluso algunas veces, durante la refriega, insultaba o soltaba alguna gracia o, cuando tenía a sus enemigos a su merced, mostraba una cierta actitud desdeñosa y autocomplaciente. Sin embargo, en esa ocasión, se le vio pensativo y silencioso en todo momento, y mostró a su hijo a la 9
multitud y lo proclamó su sucesor.

De lo que todos se extrañaron fue del hecho de que Demetrio fuera el único que hubiera sido admitido con él en la tienda, ya que Antígono no tenía costumbre de tener audiencias privadas ni tan siquiera con él, sino que tomaba una decisión por su cuenta y, acto seguido, lo comunicaba abiertamente y hacía efectivas sus decisiones tras realizar ese anuncio. Se decía, por 10
ejemplo, que, cuando aún era Demetrio un muchacho, le preguntó cuándo iban a levantar el campamento[162], a lo que su pa-

especialmente más jóvenes que él: Lisímaco (360-281 a. C.) tenía cincuenta y nueve años, Tolomeo I Soter (360-283 a. C.) tenía cincuenta y nueve años y Seleuco I Nicátor (358-281 a. C.) tenía cincuenta y siete años. Todos ellos eran de la misma generación y algunos habían participado en las campañas de Alejandro Magno como generales. De los más jóvenes contrincantes de Antígono (si descontamos a Demetrio o a Pirro) era Casandro (350-297 a. C.), el rey de Macedonia, el hijo de Antípatro, que tenía cuarenta y nueve años.

[162] Es decir, preguntaba cuándo iban a retirarse.

dre le contestó enfadado: «¿Es que tienes miedo de ser el único que no haya escuchado la trompeta[163]?».

29 Hubo señales de mal augurio que asaltaban su mente y le ha-
2 cían vacilar; pues a Demetrio le pareció ver en sueños a Alejandro, resplandecientemente armado, que le preguntaba qué señal le daría para comenzar la batalla y que, al contestarle Demetrio «Zeus y la Victoria», entonces, el otro le contestaba: «Pues yo
3 me voy con los enemigos porque ellos me acogerán». Antígono cuando ya estaba la tropa en formación, al salir, tropezó de tal forma que cayó entero de boca y se hizo mucho daño. Al levantarse extendió las manos hacia el cielo y pidió la victoria a los dioses o una pronta muerte antes de sufrir una derrota.

En plena refriega[164] Demetrio, escoltado por sus mejores y
4 más numerosos caballeros, cargó contra Antíoco, el hijo de Seleuco[165], y luchó tan valerosamente que hasta puso en fuga a los
5 enemigos, pero perdió la ocasión de la victoria al iniciar una violenta y ansiosa persecución, pues ya no pudo volver para reunirse con la tropa de infantería de nuevo, ya que tenía a los elefantes en medio. Seleuco vio que se encontraba el cuerpo del ejército sin la protección de la caballería, pero no la atacó, sino que, con el simple amago de atacar, hizo que se atemorizara y continuó cabalgando rodeándolos y dándoles la oportunidad de
6 pasar al otro lado. Esto es lo que en efecto ocurrió: una gran parte de ellos se pasó rápidamente al bando contrario, el resto salió huyendo y, al abalanzarse en masa contra Antígono, un
7 miembro de su séquito le dijo: «Éstos vienen contra ti, mi rey»; y Antígono contestó: «¿Y a quién más van a venir a buscar sino

---

[163] La trompeta que anuncia el comienzo de la lucha.

[164] Plutarco está narrando la famosa batalla de Ipso del 301 a. C. Sin embargo la localización exacta del lugar, en Frigia, se desconoce.

[165] El futuro Antíoco I Soter era hijo de Seleuco y de Apama, la primera mujer de este rey, y fue nombrado corregente en el 294 o en el 293 a. C., hasta que sucedió a su padre en el 231 a. C., tras su muerte.

a mí?; pero Demetrio vendrá en mi ayuda». Mantuvo esta espe- 8
ranza hasta el final pero cayó herido por la gran cantidad de lanzas que se lanzaron contra él, mientras buscaba con la mirada a su hijo. Todos sus amigos y criados le abandonaron, sólo quedó ante el cadáver Torax, de Larisa[166].

Así, una vez finalizada la batalla, los reyes vencedores se re- 30
partieron en partes todo el poder que habían ostentado Antígono y Demetrio, como si estuvieran cortando un gran cuerpo, y se distribuyeron sus respectivas provincias, añadiéndolas a las
que ellos poseían antes[167]. 2

Demetrio huyó con cinco mil soldados de infantería y cuatro mil caballeros y volvió a toda prisa a Éfeso[168]. Todos creían que, falto de dinero, saquearía el templo, pero él temía que los

[166] Es la única mención de este leal servidor de Antígono. Es probable que perteneciera a la aristocrática familia de los Alévadas de Tesalia. De hecho, hay un anterior Torax de Tesalia que, según Heródoto (VII 6; IX 1; IX 58), durante las guerras médicas fue *tágos* (comandante) de las fuerzas de esta región.

[167] El acuerdo es el siguiente: Casandro se quedó con Macedonia y Grecia, Lisímaco con Tracia y Asia Menor, hasta el Tauro; Seleuco añadió Frigia, Capadocia, Armenia y Mesopotamia a sus dominios en Babilonia; y, finalmente, Tolomeo incluyó Celesiria, un territorio reclamado por Seleuco, en su reino de Egipto. Este último punto será un continuo motivo de conflicto entre ambos reinos y se enfrentarán militarmente a lo largo de varios siglos en las llamadas guerras sirias. Tras la batalla de Ipso del 301 a. C., Demetrio sólo conservó algunos puestos importantes en el mar como las Cícladas, Tiro, Sidón Chipre y algunas ciudades de Asia Menor (como Éfeso, Lámpsaco, Clazomene, Mileto) y Grecia (como las recientes conquistas de Corinto, Mégara), pero no tenía realmente un gran poder territorial. *Cf.* Diod., XXI 1, 2-5; Just., XV 4, 21-23.

[168] Allí, en la ciudad, estaba en manos de un hombre de su confianza, Diodoro, aunque luego cedió la ciudad a Lisímaco y Éfeso pasó a llamarse Arsinoeia, en honor a su esposa Arsínoe. *Cf.* Polieno, IV 7, 1-4. Según Diodoro (XXI 1 4b), en su huida siguió otro itinerario: hubo una etapa en Cilicia, donde recogió a su madre Estratónice, y luego se dirigió a Salamina, la capital de Chipre.

soldados hicieran esto[169], por lo que partió apresuradamente y
puso rumbo a Grecia, donde las esperanzas que le quedaban resi-
3 dían en Atenas. En efecto, precisamente allí había dejado naves
con su mujer Deidamía y sus riquezas y pensaba que, dadas las
circunstancias, no habría lugar más seguro que su aliada Atenas.

4 Sin embargo, a su paso por las Cícladas[170], le salieron al en-
cuentro unos embajadores de Atenas diciéndole que se alejara,
porque el pueblo había decretado que no se recibiera a ninguno
de los reyes en la ciudad[171], y que, por ello, habían enviado a Mé-
gara a Deidamía con la escolta y los honores apropiados. Se en-
fadó ante tal desaire; y eso que había asimilado razonablemente
5 bien su desgracia y no se había humillado o se sentía abatido,
ahora que se veía débil y a pesar de haber sufrido tal revés. Sin
embargo, al sentir defraudadas las esperanzas depositadas en los
atenienses y al ver que la supuesta devoción de éstos, a la hora de
6 la verdad, se había esfumado, se sintió dolido.

En efecto, para los reyes y los gobernadores lo exagerado de los homenajes que reciben es una gran prueba, al parecer, de la volubilidad del favor del pueblo. Si su prestigio reside en la intención de los que lo reciben, el miedo le quita todo lo que tenga de sincero, ya que los mismos honores se pueden votar con

[169] En relación con este pasaje, se ha de traer a colación la actitud que tuvieron los galos mercenarios al servicio de Pirro, cuando invadieron Macedonia y se apoderaron de la ciudad de Egias. No respetaron ni tan siquiera las tumbas reales de los monarcas antiguos y las profanaron. *Cf.* PLUT., *Pirro* 26.

[170] La llamada Liga de las Islas fue fundada en el 314 a. C. con capital en Delos y estaba integrada por las islas del Egeo, a excepción de Cos, Melos y quizá Egina, que estaban en manos de Tolomeo. Era aliada de Antígono el Tuerto y de Demetrio. Al igual que en el caso de la Liga de Corinto, éste era un instrumento político-militar para controlar los territorios occidentales del imperio que intentaban construir. Entre los años 287-284 a. C., esta liga pasó a manos de Tolomeo II.

[171] Aunque los atenienses, tras la derrota de Ipso, ya habían entrado en contacto con otros reyes, como Lisímaco y Casandro. *Cf.* *SIG*[3] 362 y 374.

miedo o por devoción. Por ello, los prudentes no ponen su atención en las estatuas, ni en los escritos, ni en los espectáculos, 7
sino más bien en los hechos y en las obras, ya sea para fiarse de esas honras, o para desconfiar de ellas, por ser obligatorias, porque, en efecto, los pueblos muchas veces con las propias honras 8
muestran su odio a los que sin medida, llenos de orgullo y sin contar con su voluntad, los han dominado.

Demetrio entonces, incapaz de poder vengarse de lo que él 31
creía que era una terrible afrenta, mandó una embajada a los atenienses para reclamarlos cortésmente a su presencia, con la petición de que le devolvieran sus naves entre las que también se encontraba su triere de trece remos. Una vez devueltas, navegó hacia el istmo y aunque le iban las cosas mal (pues por to- 2
das partes habían caído sus guarniciones y todos se habían pasado al enemigo), dejó a Pirro a cargo de Grecia y él mismo navegó hasta el Quersoneso donde arrasó en los dominios de Lisímaco para su provecho y mantuvo a su ejército unido mien- 3
tras empezaba a recuperarse y a ser de nuevo considerable. Ninguno de los otros reyes se lamentó de la suerte de Lisímaco, porque creían que él no era en absoluto más moderado que aquél, sino que era incluso más poderoso y terrible. 4

No mucho después, Seleuco le propuso un pacto de familia y pidió en matrimonio a Estratónice, la hija de Demetrio y de Fila, aunque incluso él tuviera igualmente un hijo de la persa Apama, llamado Antíoco; pero tenía la convicción de que sus dominios eran suficientes para más de un sucesor y se veía en la necesidad de buscar una compensación a una nueva situación, ya que había visto a Lisímaco tomar para sí a una de las hijas de Tolomeo y a otra para su hijo Agatocles[172].

[172] Lisímaco se casó con Arsínoe II (316-270 a. C.; la que luego se casaría con su hermano Tolomeo II Filadelfo) y Agatocles se casó con Lisandra. Ambas eran hijas de Tolomeo I Soter, pero la segunda era hija de Eurídice, la hija

6 Fue un impagable golpe de suerte para Demetrio el poder unirse mediante vínculos matrimoniales con Seleuco, así que tomó consigo a la joven y navegó con todas sus naves hasta Siria. Sin embargo se vio obligado a fondear en un territorio que no era suyo y desembarcó en Cilicia, un dominio de Plistarco,
7 zona que le habían entregado los reyes tras la guerra con Antígono. Era Plistarco hermano de Casandro[173] y sintió que Demetrio cometía una ilegalidad en su territorio al desembarcar allí y, por ello, acudió ante su hermano para presentar su queja, porque, además, Seleuco había hecho las paces con el enemigo por su lado, independientemente del resto de los reyes.

32 Nada más enterarse de esto, Demetrio se movilizó desde el mar hasta Cinda[174], fue a buscar los mil doscientos talentos que
2 le quedaba de sus tesoros, se los llevó y se alejó rápidamente. Se unió su mujer Fila a su comitiva en Roso[175], le salió al encuentro Seleuco y sellaron el pacto de una manera sincera, sin engaño y de un modo digno de los reyes: primero Demetrio fue a visitar a Seleuco a la tienda en el campamento, para cenar con
3 él, y luego Seleuco, a su vez, fue a visitarlo a aquél en su barco de trece remos. Pasaron varios días juntos, entre todo tipo de pasatiempos y conversaciones, sin guardias ni armas cerca, hasta que Seleuco se llevó a Estratónice y se volvió a Antioquía
4 con un espléndido cortejo[176]. Demetrio permaneció en Cilicia y

de Antípatro y hermana de Casandro, y la otra era hija de Berenice, noble macedonia del séquito de Eurídice, que conquistó el corazón del rey de Egipto.

[173] Plistarco había participado en la campaña contra Antígono. *Cf.* Diod., XX 112.

[174] Esta localidad era una plaza fuerte de Cilicia, donde había sido transferido el tesoro real de Susa. Tras la muerte de Eumenes, este tesoro había quedado en manos de Antígono, el padre de Demetrio. *Cf.* Diod., XVIII 62, 2; XX 108; Plut., *Eum.* 13.

[175] Ciudad sobre la costa septentrional de Siria.

[176] Este pacto matrimonial fue anunciado por todo el mundo griego. Nicá-

envió a Fila, su mujer, a ver a su hermano Casandro[177], para que rebatiera las acusaciones de Plistarco; y, mientras tanto, Deida-
mía vino desde Grecia en barco para encontrarse con él, pero no 5
mucho tiempo después de su encuentro murió enferma. 6

Firmó otro pacto de familia con Tolomeo, gracias a su parentesco con Seleuco, en virtud del cual se acordó que la hija de Tolomeo, Tolemaida, fuera tomada como esposa[178]. Pero hasta
aquí llegaron las relaciones cordiales con Seleuco, porque éste 7
reclamó a Demetrio que entregara Cilicia a cambio de dinero, y como no le convenció, pidió que le devolviera, lleno de furia, Sidón y Tiro. Mostró que era violento y capaz de cometer barbaridades y, aunque ya tuviera bajo su mando todo un territorio desde el Indo hasta Siria, estaba tan necesitado de poder y era tan miserable, que por dos simples ciudades era capaz de hostigar a un hombre desgraciado que había sufrido tales reveses de la fortuna[179]. Con ello ofrecía un estupendo ejemplo de aquel
dicho de Platón[180] que aconsejaba al que quería ser realmente 8
rico que hiciera cesar su avaricia, no aumentar sus posesiones, ya que el que no calmaba su ansia de riquezas, no podía verse libre ni de la pobreza ni de la falta de recursos.

Pero Demetrio no se amilanó, sino que afirmó que, aunque 33
hubiera sido derrotado en otras miles de batallas como la de

---

goras de Rodas, en una inscripción de Éfeso (*OGIS* 10), fue enviado de parte de Seleuco y Demetrio a anunciar la buena nueva del pacto matrimonial.

177 Eran, por tanto, ambos hijos de Antípatro.

178 Aunque este pacto de familia con Tolomeo fue firmado poco tiempo después del matrimonio de Estratónice y Seleuco, Demetrio no se casará de verdad con Tolemaida hasta el 286 a. C., y en circunstancias muy distintas, tanto para Demetrio, como para Tolomeo. Sobre Tolemaida, *cf.* capítulo 46 y nota.

179 Realmente la India no formaba parte del reino de Seleuco. Antes incluso de la batalla de Ipso, Seleuco había firmado un tratado de paz con el rey Chandragupta, con el que se le cedía las satrapías de Alejandro que estuvieran al oeste del río Indo. *Cf.* Estrab., XV 2, 9, pág. 724.

180 Plat., *Leyes* V 736e.

Ipso, no pagaría por ser el yerno de Seleuco, así que reforzó ambas ciudades con guarniciones y él mismo, tras enterarse de que Lácares había logrado imponerse como tirano a los atenien-
2 ses[181], mientras estaban de nuevo inmersos en una revolución, creyó que fácilmente tomaría la ciudad nada más aparecer.

Cruzó con facilidad todo el mar con una gran armada, pero, mientras navegaba por la costa del Ática, se levantó una tor-
3 menta y hundió la mayor parte de sus naves y no pocos de sus hombres perecieron. Sin embargo, él consiguió salvarse y lanzó un ataque contra los atenienses, pero, como no consiguió
4 nada, mandó que acudiera una flota naval que le auxiliara, pasó al Peloponeso y asedió Mesene. En un asalto a las murallas corrió riesgos, porque un proyectil de una catapulta le alcanzó la cara y le atravesó la boca por la mejilla.

5 Una vez curado, conquistó algunas ciudades rebeldes, se marchó de nuevo al Ática, tomó Eleusis y Ramnunte y arrasó la región. Tras apoderarse de una nave con provisiones de grano que se dirigía a Atenas, colgó al marino mercante y al capitán, de tal forma que el resto de los comerciantes, temerosos, se mantuvieron alejados y la ciudad se desesperó por el hambre y la falta de otros
6 recursos: por ejemplo, un medimno de sal se vendía por cuarenta
7 dracmas y una medida de fruta por trescientos. Ciento cincuenta naves que se divisaron en Egina[182] parecieron dar alguna tregua a
8 los atenienses, pues las enviaba Tolomeo para socorrerlos, pero entonces Demetrio recibió otras muchas naves desde el Peloponeso y otras muchas desde Chipre, de tal forma que todas juntas hacían unas trescientas; así que las naves de Tolomeo salieron huyendo y el tirano Lácares escapó abandonando la ciudad[183].

---

[181] La tiranía de Lácares se sitúa cronológicamente en el año 296 a. C. *Cf.* PAUS., I 25, 7.

[182] Isla cercana a Atenas en el golfo Sarónico.

[183] Lácares huyó en el año 294 a. C. de la ciudad de Atenas y se refugió en Beocia. *Cf.* PAUS., I 25, 7; POLIEN., IV 7, 5.

Los atenienses, aunque habían decretado la pena de muerte 34
si alguno hacía la más mínima mención de una paz o una tregua con Demetrio, enseguida abrieron las puertas más cercanas a su campamento y enviaron embajadas, a pesar de que no se esperasen ningún favor de su parte, ya que se sentían apremiados por el hambre. Entre las muchas desgracias que se abatieron sobre ellos a causa de esta carestía, se recuerda especialmente esta 2
historia de un padre y un hijo: estaban sentados sin tener esperanza de su suerte cuando, de repente, cayó un ratón muerto del techo, y éstos, en cuanto lo vieron, se precipitaron ambos a luchar por él. También cuentan que el filósofo Epicuro[184] sobre- 3
vivía con sus discípulos alimentándolos con las habas que iba distribuyendo proporcionalmente. 4

Así de mal estaba la ciudad, cuando Demetrio llegó y ordenó que todos los hombres se reunieran en el teatro. Llenó de guardias la escena y con sus soldados tomó el proscenio y, después, él bajó como hacen los actores de teatro, por la galería superior, para así impresionar aún más a los atenienses. Sin embargo, el inicio del discurso de Demetrio dio fin a todos sus temores, pues, evitando usar una cierta gravedad en el tono de 5
su voz y en sus palabras, les lanzó algunos reproches, aunque dirigidos con cordialidad y mesura, se reconcilió con ellos, les dio cien mil medimnos de trigo[185] e impuso un gobierno que fuera más del gusto del pueblo[186].

[184] Epicuro de Samos se había trasladado a Atenas para fundar su escuela en 307-306 a. C. *Cf.* Dióg. Laerc., X 1.

[185] Se cuenta que durante el discurso que Demetrio pronunció ante los griegos, cometió un barbarismo y añadió, a la cantidad prevista, 50.000 medimnos. *Cf.* Pseud.-Plut., *Máximas de reyes y emperadores* 183 b.

[186] *Cf.* el capítulo 46, en esta vida. La reforma de Demetrio Poliorceta consiste en el nombramiento y control de los arcontes por parte de Demetrio, echando mano especialmente de aquellos atenienses que gozaban del favor del pueblo. En efecto, se sabe, por las inscripciones, que Olimpiodoro fue nom-

6 Dramóclides el rétor, al ver que el pueblo mostraba su gozo a gritos y competían en superar esas alabanzas que desde la tri-
7 buna soltaban los demagogos, hizo la propuesta de que a Demetrio, el rey, se le diera el Pireo y Muniquia. Una vez aprobado este decreto, el propio Demetrio impuso una guarnición en la colina del Museo, para que jamás, si el pueblo se volvía a rebelar, le volviera a dar más problemas para ocuparse de otros asuntos.

35 Tras someter a los atenienses, se propuso seguidamente atacar Lacedemonia. El rey Arquídamo se le opuso en el territorio
2 de Mantinea, pero, tras haberlo vencido y puesto en fuga, invadió la región de Laconia. Llegó incluso a estar delante de la propia Esparta, capturó a quinientos de la formación y mató a doscientos y casi parecía tener en sus manos la ciudad que había
3 permanecido hasta ese tiempo sin capturar[187].

Pero parece que la Fortuna no fue tan súbita y radicalmente mutable con ninguno de los otros reyes como con él, pues en el caso de los demás, en sus proyectos no experimentaban tantas miserias y grandezas y se pasaba de conseguir victorias deslumbrantes a sufrir la humillación, para de nuevo sacar fuerzas
4 de flaqueza. Por ello, también dicen incluso de él que en los peores momentos de su fortuna, Demetrio la conjuraba con este verso de Esquilo:

Tú a veces me alientas y otras me quieres hundir[188].

brado dos veces seguidas arconte entre los años 294-292 a. C. Si Demetrio estuvo detrás de ese nombramiento, esto puede deberse a la imagen que Olimpiodoro tenía de salvador de la patria, pues participó activamente en las guerras contra Casandro. *Cf.* PAUS., I 26, 3; X 18, 7; 34, 3.

[187] *Cf.* también JUST., XIV 5, 6; PAUS., I 13, 4; VI 8, 5; POLIEN., IV 7, 9. Arquídamo IV (300-260 a. C.), rey de la dinastía euripóntida en Esparta, sufrió esta derrota ante Demetrio Poliorceta en el 294 a. C., mientras compartía el poder con Areo I.

[188] Fr. 259 Nauck.

Y, en efecto, justo en el momento en que sus empresas iban 5
tan prósperamente que veía consagrado su poder y su dominio, llegó el anuncio de que Lisímaco primero había invadido las ciudades de Asia que poseía, y que Tolomeo, después, había tomado posesión de Chipre, con la excepción de la ciudad de Salamina, donde estaban refugiados sus hijos y su madre. Pero la
Fortuna era como la mujer que aparece en Arquíloco, a saber, 6

en una mano lleva agua, mas te engaña,
porque en la otra porta el fuego[189];

porque, en efecto, poco después de tener que alejarse del territorio de los lacedemonios, con tan funestas y terribles nuevas, enseguida albergó renovadas esperanzas de acometer nuevas y grandes empresas por esto que voy a contar.

Tras la muerte de Casandro, también murió su hijo mayor 36
Filipo no mucho después[190], tras un breve tiempo en el trono de Macedonia, y los otros dos hijos se pelearon el uno con el otro. El primero de ellos, Antípatro[191], acabó matando a Tesalónica, su madre[192]; y el otro, Alejandro, llamó en ayuda a Pirro desde

---

189 Fr. 86 Diehl.

190 Casandro murió en el año 297 a. C. y también su hijo mayor, Filipo, unos pocos meses después en Elatea. *Cf. FGrHist.* 260, F3 y 5.

191 Antípatro, el hijo de Casandro, estaba casado con su prima, Eurídice II, hija de Lisímaco y de su primera mujer, Nicea (que, a su vez, era hermana de Casandro y de Eurídice I, la primera mujer de Tolomeo I). Por eso, cuando tuvo que huir de Macedonia, Antípatro huyó a la corte de Lisímaco. Allí no encontró el recibimiento que esperaba: fue ejecutado por el propio rey y su esposa fue encarcelada de por vida. *Cf.* JUST., XVI 2, 4.

192 Tesalónica era hija de Filipo II de Macedonia y la tesalia Nicesípolis, con la que se casó Casandro, como una manera de legitimar su poder. Casandro fundó la ciudad de Tesalónica en honor a su mujer. *Cf.* DIOD., XIX 52, 1; JUST., 14, 6, 13; PAUS., IX 73; ATEN., XIII 557 c-d. Se dice que la reina madre, que quedó como regente, favorecía más la causa de su hermano Alejandro y, por eso, Antípatro la mató. *Cf.* JUST., XVI 1, 2.

Epiro y a Demetrio desde el Peloponeso. Pirro no tardó en acu-
2 dir, pero reclamó como pago de su ayuda una gran parte de Macedonia y se convirtió en un vecino temible para Alejandro[193]. Demetrio también acudió en su ayuda nada más recibir la carta
3 y aún más temor sintió el joven Alejandro por el prestigio y la fama que tenía el otro. Le salió a su encuentro en Dión[194], abrazándole y colmándole de bienes, pero le comentó que los asuntos no requerían ya de su presencia y, a tenor de esto, recelaron el uno del otro.

A Demetrio, mientras estaba sentado en la cena por invitación del joven, alguien le comunicó que habían montado un
5 complot para matarlo en ese mismo banquete. Él, en absoluto, se mostró inquieto, sino que retrasando un poco el paso, pidió a los generales que tuvieran su ejército en armas y les pidió a los criados y sirvientes que se encontraban junto a él (que eran muchos más que los que se encontraban junto a Alejandro) que en-
6 traran en la sala principal[195] y que esperaran hasta que él se fuera. Al darse cuenta de este movimiento, los hombres de Alejandro
7 no se atrevieron a actuar. Entonces Demetrio, fingiendo que no sentía bien para beber, se fue pronto.

Al día siguiente se preparó para partir, pretextando que le habían surgido nuevos asuntos y le pidió a Alejandro que le ex-
8 cusara por tener que irse tan precipitadamente, que ya pasarían más tiempo juntos reunidos mejor en otro momento. Se alegró Alejandro de que se alejara de su reino sin sentir rencor, sino

[193] Pirro de Epiro pidió exactamente dos regiones de Macedonia, la Timfea y la Parabea; y, de las regiones conquistadas por Macedonia en territorio griego, Ambracia, Acarnania y Amfiloquia. *Cf.* Diod., XXI 7; Plut., *Pirro* 6.

[194] Ciudad de Macedonia al pie del monte Olimpo y muy cerca del territorio de Tesalia.

[195] Literalmente Plutarco sitúa la escena en el *andron* o la sala reservada para los hombres. Durante los banquetes que allí se celebraban, las únicas presencias femeninas que se permitían eran las de las heteras.

por propia voluntad, y le acompañó hasta Tesalia. Cuando lle- 9
garon a Larisa[196], se mandaron unos a otros cartas para invitarse a un banquete, urdiéndose engaños mutuamente. Pero lo que
sobre todo dejó a Alejandro a merced de Demetrio fue el hecho 10
de que Demetrio no tomara precauciones, para que su oponente no se pusiera en guardia, y mientras éste se demoraba en realizar lo que tenía pensado hacer, no fuera que el otro se le esca-
para, Alejandro sufrió esa suerte que tramaba para Demetrio. 11
Así fue como, tras aceptar su invitación al banquete, Alejandro acudió ante Demetrio y, mientras estaba cenando, Demetrio se levantó y, al mismo tiempo que él, también se levantó Alejandro con miedo y siguió sus pasos hasta la salida. Al llegar a las puertas, Demetrio pasó junto a sus soldados y, al salir, sólo tuvo
que decir: «Herid al que me sigue». Alejandro fue acuchillado 12
junto a los amigos que acudieron en su ayuda. Se cuenta que uno de los heridos exclamó que Demetrio tardaría en seguirlos sólo un día[197].

Esa noche, como es natural, fue ruidosa y agitada, al día si- 37
guiente los soldados macedonios estaban alborotados y recelosos del poder de Demetrio, pero ninguno estaba dispuesto a atacarlo. Más bien, después de que Demetrio mandara mensajeros mostrando su intención de encontrarse con ellos, para excusarse por lo que había pasado, se mostraron más tranquilos y lo recibieron amablemente. Así, en cuanto llegó, a Demetrio no
le hicieron falta dilatados discursos[198], sino que sólo le bastó 2
mentar el aborrecimiento que sentían por Antípatro, el asesino de su madre, y la necesidad de alguien mejor, para que le pro-

[196] La capital de Tesalia.

[197] Demetrio se convirtió así en rey de Macedonia en el 294 a. C. Sobre la muerte de Alejandro, el hijo de Casandro y Tesalónica, *cf.* también, PLUT., *Pirro* 6; DIOD., XXI 7; JUST., XVI 1, 2; PAUS., IX 7, 3.

[198] Existe igualmente una referencia a un discurso ante la asamblea de los macedonios y a su contenido en JUSTINO (*cf.* XVI 18-19).

clamaran rey de los macedonios y, escoltado por ellos, lo con-
dujeran a Macedonia.
3 También los propios macedonios del reino aceptaron este
cambio fácilmente, ya que tenían un detestable recuerdo de las
injurias que Casandro había cometido contra el difunto Alejan-
4 dro[199]. Si había algún recuerdo de la mesura del antiguo Antí-
patro[200], incluso el propio Demetrio sacó partido de esta cir-
cunstancia, pues se había casado con Fila y había tenido un hijo
de ella como heredero del reino, que ya era un jovencito y
acompañaba a su padre a la batalla[201].

38 Después de este feliz golpe de suerte, se enteró de que To-
lomeo había liberado a sus hijos y a su madre, a los que había
cubierto de regalos y honores. Luego se enteró de que su hija,
que se había casado con Seleuco, ahora vivía con Antíoco, el
hijo de Seleuco, y que había sido proclamada reina de los bár-
2 baros de los dominios superiores[202]. Al parecer ocurrió que An-

[199] Se refiere en este caso a Alejandro Magno: Casandro fue responsable del asesinato de Olimpíade, la madre de Alejandro, en el 316 a. C., y, después, del asesinato de sus sucesores, Alejandro IV (junto con su madre Roxana) y de Heracles (hijo de Alejandro y de Barsine, a la que también Casandro asesinó); todo ello para hacerse con el poder y evitar la intervención de los herederos legítimos. *Cf.* Just., XV 2, 1-5; Diod., XIX 105, 2; XX 4; Paus., X 7, 2. Se cuenta incluso que Casandro pudo haber envenenado al propio Alejandro, precipitando con ello la temprana muerte del conquistador. *Cf.* Just., XII 14, 6.

[200] Se refiere al padre de Fila y de Casandro.

[201] Ese joven sería Antígono Gonatas, nacido en 320-319 a. C. y que sería el que le sucedería en Macedonia, inaugurando la dinastía antigónida. Volveremos a encontrarnos a este personaje, ya como rey de Macedonia, en la *Vida de Arato*. Sobre Antígono, *cf.* W. W. Tarn, *Antigonos Gonatas*, Oxford University Press, Oxford, 1913 (2.ª edición, 1969).

[202] Es decir, de los bárbaros que pertenecían a la parte más oriental del reino seléucida. En efecto, Antíoco se casó con Estratónice en 294-293 a. C. y fue nombrado corregente de las regiones al este del Éufrates, cuya capital era Seleucia en el Tigris.

tíoco se había enamorado de la joven Estratónice, la cual, a pe-
sar de ser joven, ya había tenido descendencia de Seleuco[203]; y,
por ello, se encontraba mal y sufría por combatir su pasión.
Pero, al final, lo llevó tan mal que sufría un deseo ardiente, se
encontraba mortalmente enfermo, había perdido la razón, bus-
caba quitarse la vida y consumió su cuerpo despreocupándose
de su cuidado personal, hasta incluso negarse a comer con el
pretexto de una enfermedad.

Tras examinarlo, Erasístrato, el médico, diagnosticó sin di- 3
ficultad su mal de amores, pero era difícil adivinar de quién es-
taba enamorado, así que, para averiguarlo, siempre permanecía
en su habitación y si entraba alguno de los jóvenes o de las don-
cellas en sazón, fijaba su mirada atenta en el rostro de Antíoco
y observaba las reacciones que experimentase su cuerpo, refle- 4
jo de las desventuras de su alma transida. En presencia de otras
personas, no había alteraciones, pero cuando se encontraba Es-
tratónice, que iba y venía mucho por su cuenta y en compañía
de Seleuco, entonces sobre el cuerpo de Antíoco le ocurría lo de
Safo[204], es decir, lo de la falta de voz, el rubor casi de fuego, la
pérdida de visión, el sudor frío, la inquietud y el ruido de las
palpitaciones y al final, vencida el alma por la fuerza del amor,
venía la angustia, el aturdimiento y la palidez. 5

Además de esto, Erasístrato llegó a la lógica conclusión de
que, si el hijo del rey se hubiera enamorado de otra mujer, no
habría guardado silencio hasta la muerte. Él incluso considera-
ba que era difícil confesarlo y hablar de este tema, pero con-
fiando, a pesar de todo, en el afecto que el padre tenía por su

[203] La hija de Seleuco I Nicátor y Estratónice se llamaba Fila, como su abuela materna. En el año 276 a. C. se convirtió en la esposa de su tío, el hermano menor de Estratónice, Antígono II Gonatas, y permaneció en Pella como reina de Macedonia.

[204] Fr. 2, 7 Diehl.

hijo, se arriesgó a revelar que la enfermedad del joven era el
6 amor y que era un amor imposible e incurable. El rey, sorprendido, le preguntó cómo lo había descubierto y Erasístrato contestó: «Porque, ¡por Zeus!, él ama a mi mujer» y entonces dijo
7 Seleuco: «Erasístrato, ¿no le harías entrega de tu esposa, entonces, a mi hijo, si eres mi amigo, si con esto puedes vernos a nosotros por esto sólo contentos?». El otro contestó: «¡No lo harías ni siquiera tú, que eres su padre, si Antíoco amara a Estratóni-
8 ce!».Y repuso Seleuco: «¡Pues, ojalá, compañero, un dios o un hombre pudiera cambiar en ese sentido la situación, porque incluso yo me desembarazaría de mi reino por amor a Antíoco!». Lo aseguraba lleno de pasión y casi deshecho en lágrimas y, en-
10 tonces, Erasístrato le tendió la mano diestra y le dijo que no necesitaba para nada a Erasístrato, porque siendo, en efecto, padre, hombre y rey, él sería el mejor médico de su casa.

Entonces, Seleuco convocó una asamblea general y anunció que era su deseo y su designio que Antíoco fuera nombrado rey de todos sus dominios superiores, que Estratónice fuera su reina y que vivieran juntos el uno con el otro. «Estoy convencido», prosiguió, «de que mi hijo, que siempre me ha obedecido
11 y escuchado en todo, no tendrá ningún inconveniente para casarse; y, si mi mujer pone algún reparo a esta unión tan fuera de lo común, pido a mis hombres de confianza que le instruyan y le hagan considerar que esta decisión es bella, buena y útil para los propósitos del rey.» Dicen que éste fue el motivo del matrimonio de Antíoco y Estratónice[205].

[205] Una versión más amplia se encuentra en APIANO, *Guerra Siria* 59-61. Probablemente, por este amor, Estratónice fue venerada como Afrodita Estratónice en las ciudades de Asia Menor, especialmente en Esmirna, donde su culto aún permanecía en época romana. *Cf.*, por ejemplo, *OGIS* 222, 228, 229, *SIG*^{3} 999. Otra inscripción (*OGIS* 14) pertenece a una estatua que Estratónice erigió precisamente en honor de su «amiga Arsínoe», con una historia familiar aún más extravagante: como dijimos, se había enamorado, sin ser correspondi-

Demetrio, que había incorporado a su territorio Macedonia 39
y Tesalia[206], junto a la mayor parte del Peloponeso, que se encuentra en el interior del istmo, y Mégara y Atenas, de los que ya era dueño, emprendió una expedición contra Beocia. Prime- 2
ro los beocios hicieron alguna tentativa para un razonable tratado de paz con él, pero, después, Cleónimo, el espartiata[207], ata-
có Tebas con su ejército y los beocios se sublevaron, animados 3
a la rebelión por Písidas de Tespias[208] que era de los que más destacaban con fama y gloria entonces.

En cuanto Demetrio llevó a Tebas sus máquinas y sometió a
asedio la ciudad, Cleónimo se retiró lleno de miedo y los beo- 4
cios se rindieron desanimados. Él puso una guarnición en la ciudad, obtuvo mucho dinero como botín y dejó al historiador Jerónimo[209] como supervisor y regidor. Pareció que era bené-

da, de su hijastro Agatocles, se casó con su hermanastro Tolomeo Cerauno y luego acabó casada con su hermano carnal Tolomeo II. Del matrimonio del futuro Antíoco I (a la muerte de Seleuco I) y de Estratónice nacieron Seleuco (ejecutado en el año 268 a. C. acusado de conspirar contra su padre), Antíoco II (el sucesor de Antíoco I, apodado *Theós*), Apama y Estratónice. Esta última hija fue la esposa de su primo Demetrio II, el hijo de Antígono Gonatas y Fila.

[206] En realidad, la región de Tesalia ya estaba en manos de Macedonia en época de Filipo II. *Cf.* ESTRAB., IX 436. Lo que quizá quiere decir nuestro autor, es que Demetrio Poliorceta, que no es heredero legítimo, se va haciendo con el poder siendo aceptado en el reino de Macedonia y en sus dominios, de manera progresiva.

[207] Cleónimo era tío del rey Areo I y fue su tutor durante su infancia. *Cf.* PLUT., *Ages.* 3.

[208] Písidas es identificado como liberador de la ciudad de Opunte en una inscripción.

[209] Se refiere a Jerónimo de Cardia (364-260 a. C.). Su ciudad natal, en Tracia, fue destruida por Lisímaco y encontró refugio en la corte de Demetrio y su hijo, Antígono Gonatas, a los que sirvió como leal cortesano. Su obra historiográfica sobre esta época, lamentablemente perdida, es la principal fuente de consulta en esta y otras vidas; pero los autores que lo consultan le acusan de proporcionar una versión demasiado favorable a los reyes de la dinastía an-

volo especialmente por respeto a Písidas. De hecho, al captu-
5 rarlo, no le hizo ningún mal, sino que incluso le trató bien y
como un amigo y lo nombró polemarco[210] de Tespias.

No mucho después, Lisímaco fue capturado por Dromice-
tes[211]. Al enterarse de esta noticia, el propio Demetrio partió a
6 toda prisa a Tracia, pensando que podría conquistarla, al estar
desguarnecida, pero de nuevo los beocios se rebelaron y llegó
la nueva de que Lisímaco había recuperado su libertad. Rápida-
mente Demetrio se volvió contrariado, para encontrarse con
que los beocios habían sido derrotados en la lucha por su hijo
Antígono y que Tebas de nuevo estaba bajo asedio.

40 Pirro, mientras tanto, había realizado una incursión a Tesalia
y había llegado hasta las Termópilas[212], así que Demetrio dejó a
su hijo Antígono para que siguiera con el asedio, mientras él
2 marchaba contra el otro. Pirro salió huyendo rápidamente, y De-
metrio dispuso en Tesalia a diez mil soldados y mil caballeros y
después regresó a Tebas. Había acudido con su llamada *helépo-
lis*, pero ésta iba avanzando poco a poco, pues, lastrada por la
gran mole que era y por la carga que llevaba, apenas podía reco-
rrer dos estadios[213] en dos meses. Además, los beocios estaban

---

tigónida. *Cf.* PLUT., *Pirro* 17 y 21; *Eum.* 12. Sobre Jerónimo de Cardia y su obra, *Cf.* J. HORNBLOWER, *Hyeronimus of Cardia*, Oxford, 1981.

[210] Los polemarcos eran elegidos por votación popular. De nuevo Demetrio Poliorceta viola las normas de la libertad democrática, a pesar de presentarse como un liberador de Grecia.

[211] Rey del pueblo de los getas, que vivían al norte del Danubio. *Cf.* DIOD., XXI 11-13; ESTRAB., VII 3, 8; PAUS., I 9, 6; *FGrHist.* 434 F5 (MEMNÓN); JUST., XVI 1, 19. En el capítulo 52, nuestro autor mencionará la singular generosidad de trato de este rey para con su prisionero Lisímaco.

[212] *Cf.* también PLUT., *Pirro* 7. La campaña de Pirro fue en la primavera del 291 a. C. y se cebó en una ciudad que ya había sido conquistada y destruida por Alejandro Magno en el año 335 a. C. Su reconstrucción no sería acometida sino sólo diecinueve años después, en el 316 a. C., por Casandro.

[213] El estadio equivale a unos 185 m.

defendiéndose con valentía, por lo que Demetrio continuamen-
te, a causa de su deseo de lograr la victoria, más que por la ne- 3
cesidad, obligaba a sus soldados a luchar y a arriesgarse en la ba-
talla. Antígono observaba con pesar que eran muchos los que
caían en combate, así que dijo: «¿Por qué, padre, permitimos
que éstos mueran de esta manera tan innecesaria?»; y él le con- 4
testó enfadado: «¿Pero tú, por qué te preocupas?, ¿acaso tienes 5
que dar la soldada a los que mueren?». Pero él quiso entonces
demostrar que no sólo exponía sus soldados, sino que incluso él
mismo corría los mismos riesgos que sus combatientes y fue al-
canzado por una veloz flecha en el cuello. A pesar de lo mal que
se encontraba, no se retiró y de nuevo tomó Tebas.

Su entrada en la ciudad hizo albergar todo tipo de temores 6
entre los habitantes de la ciudad, que esperaban de él el castigo
más cruel. Sin embargo, sólo hizo matar a trece hombres, hizo
exiliar a algunos y a los demás los perdonó. Tebas, pues, que
había sido reconstruida hacía sólo diez años, fue tomada en dos
ocasiones en ese período de tiempo. 7

Cuando llegó la época en la que se celebraban los juegos píti-
cos, a Demetrio se le antojó introducir una novedad excepcional: 8
como los etolios dominaban los desfiladeros de acceso a Del-
fos[214], él hizo celebrar los juegos píticos y el festival en Atenas, di-
ciendo que precisamente convenía que fuese venerado el dios que
se decía que había sido el origen de la dinastía y era su protector.

De allí volvió de nuevo a Macedonia, pero incapaz de estar- 41
se tranquilo, y al ver que sus súbditos estaban más de su parte
en las campañas militares, pero que en el reino eran unos intri-

[214] El dominio etolio del santuario de Delfos debió iniciarse entre el 301 y el 298 a. C. y especialmente tuvo su auge en la celebración durante todo el siglo III a. C. del festival de las *Sotería*, un festival que festejaba la liberación de los griegos de las invasiones galas. Estas fiestas recordaban que fueron los etolios los que defendieron el santuario de Delfos. *Cf.* FLACELIÈRE, *Les Aitoliens à Delphes*, París, 1937.

gantes dispuestos a la revolución, dirigió una expedición a Etolia. Tras arrasar totalmente la región, dejó una parte considera-
2 ble de su ejército al mando de Pantauco[215] y marchó contra Pi-
3 rro, a la vez que Pirro iba contra él. Pero no se encontraron, sino que mientras que uno iba saqueando el Epiro, el otro cargó contra Pantauco y trabó combate con él. Estuvieron luchando hasta que Pirro lo hirió y él mismo fue herido, a muchos de los
4 otros los mató y cogió a cinco mil vivos.

Esta derrota perjudicó especialmente a Demetrio. Pues, en efecto, era Pirro tan odiado por lo que había ocasionado, como admirado por lo que había alcanzado por su propio coraje. De esta manera fue grande y renombrada la reputación que consiguió entre los macedonios tras aquella batalla. Muchos de los
5 macedonios incluso se atrevieron a decir que sólo en este rey únicamente podía verse un reflejo del arrojo de Alejandro y decían que en el caso de los otros y, especialmente, en el caso de Demetrio, ellos imitaban, como si fueran actores en un escena-
6 rio de teatro, la majestad y la pompa de este prócer.

A decir verdad, era mucha la teatralidad de Demetrio, no sólo porque estuviera vestido y adornado por las coronas de doble mitra[216] y los vestidos púrpuras con brocados de oro, sino porque incluso calzaba sus pies con unos coturnos bañados en oro, con suelas de una púrpura sin mezcla. Tenía, de hecho, hasta una clá-
7 mide que fue tejida especialmente para él en largo tiempo, un magnífico trabajo que mostraba lo que aparecía en el cielo y los
8 astros. Esta clámide quedó a medias con el cambio que impusieron las circunstancias y nadie se atrevió a usarla, aunque no poco después en Macedonia subieron al poder reyes importantes.

[215] Personaje sólo mencionado por nuestro autor.

[216] La *kausia* era un sombrero de ala ancha propio de los sucesores legítimos de Alejandro Magno en la corte de Macedonia. *Cf.* POL., IV 4, 5; PLUT., *Ant.* 54, 8.

No sólo estos fastos disgustaban a sus hombres, que no ter- 42
minaban de acostumbrarse, sino que causaban un absoluto pe-
sar, tanto el excesivo tren de vida que llevaba como especial-
mente su inaccesibilidad y la dificultad de su carácter: en efecto,
no ofrecía ninguna ocasión en la que diera audiencia y, si la con-
cedía, se mostraba tosco e irritable. Así por ejemplo, una emba-
jada de Atenas la mantuvo en espera durante dos años; ¡y eso 2
que fue el pueblo con el que más trato tuvo de Grecia! Una vez
llegó tan sólo un embajador de Lacedemonia y se enfadó pen-
sando que se le despreciaba. Demetrio le dijo: «¿Y tú, qué dices? 3
¿Tan sólo un embajador han enviado los lacedemonios?»; y el
embajador le repuso astutamente y de una manera propia de los 4
espartanos: «Sí, mi señor, para uno solamente».

Otra vez que parecía que se conducía de manera más gentil y
que estaba más accesible para encontrarse con él, sin que se sin-
tiera molesto, acudieron algunos con sus demandas por escrito. 5
Demetrio las recogió todas, guardándolas en su manto, y los
hombres le siguieron contentos, pero en cuanto llegó al puente
sobre el río Axio[217], abrió su manto y arrojó todas las peticiones 6
al río. Esto causó la furia de todos los macedonios, pues consi-
deraban que se les estaba injuriando, no que se les reinaba.

Se acordaban entonces de Filipo o más bien escuchaban a
aquellos que le evocaban como un hombre moderado y afable. 7
Se contaba, en efecto, que por entonces una vez una anciana
mujer le salía continuamente al paso con la reiterada petición
de que le escuchara, pero Filipo le decía que no tenía tiempo,
así que la otra se puso a gritar y le espetó: «¡Pues no reines en-
tonces!». Afectado profundamente por estas palabras, reflexio-
nó sobre esa respuesta, mientras volvía a su casa, y después
pospuso todo para reunirse con todos los que quisieran encon-

[217] El actual Vardar que discurre cerca de Pela, la antigua capital de Macedonia.

8 trarse con él y puso en primer lugar a aquella vieja y dejó varios días libres[218].

Así nada es tan importante para un rey, como su oficio de otorgar justicia. Pues Ares es un tirano[219], como dice Timoteo[220], y la ley está por encima de todo, como dice Píndaro[221], y
9 Homero afirma que no son naves de casco broncíneo, ni torres de asedio lo que los reyes deben a Zeus, sino leyes que han de venerar y salvaguardar; y llama agente y discípulo de Zeus no al más belicoso, inicuo y sanguinario de los reyes, sino al más jus-
10 to[222]. Sin embargo, Demetrio se regocijaba en adoptar el epíteto contrario al del rey de los dioses: si Zeus recibía el nombre de Polieo o Poliuco[223], él recibía el de Poliorceta[224]. Así fue el mal,
11 en lugar del bien, por efecto de un brutal ejercicio del poder, el que hizo perdurar su fama unido al nombre de la injusticia.

43 Demetrio contrajo una grave enfermedad en Pela[225], y por poco no perdió, en consecuencia, Macedonia, pues Pirro inició raudas incursiones en las que en poco tiempo se puso a las puer-
2 tas de Edesa[226]. Sin embargo, en cuanto Demetrio se hubo recuperado de su enfermedad, lo pudo echar fácilmente y firmó con

---

[218] Una anécdota muy parecida se cuenta del emperador Adriano. *Cf.* Dión Casio, LXIX 6, 3.

[219] Ares es el dios de la guerra. Se quiere decir, por tanto, que el poder ejercido con violencia sólo puede ser definido como absolutismo.

[220] Fr. 6c Diehls. *Cf.* también Plut., *Agis* 14. Timoteo de Mileto (447-357 a. C.) fue un poeta lírico compositor de himnos, odas, ditirambos y nomos. Se conserva parcialmente *Los Persas*, una obra suya, en papiro.

[221] Fr. 169, a 1-2 Snell-Maehler.

[222] *Od.* XIX 179.

[223] Literalmente, «el que sostiene la ciudad», es decir, el que la protege.

[224] Literalmente, «el que asedia la ciudad», para conquistarla y destruirla.

[225] Pela era la capital tradicional del reino de Macedonia, antes de que fuera desbancada por la más prospera Tesalónica.

[226] Edesa, antiguamente Egas, se encontraba al noroeste de Pela y era la necrópolis de los reyes de Macedonia. *Cf.* Plut., *Pirro* 10.

él unos acuerdos de paz, porque no quería tenerlo siempre encima con tantos y tan continuos enfrentamientos y conflictos locales, que le debilitaban para realizar sus proyectos. 3

Tenía en mente un propósito importante: recuperar todo lo que había estado bajo el dominio de su padre. Sus preparativos se correspondían a esta aspiración y a este designio, pues dispuso un ejército de infantería, al que le faltaban dos mil soldados para ser cien mil, y sus soldados de caballería eran poco menos de doce mil. Al mismo tiempo, había mandado cons- 4
truir una escuadra de quinientos barcos y dispuso que se construyeran las quillas en el Pireo, pero también parte en Corinto, Cálcide y Pela. Él mismo iba por todas partes inspeccionando con su supervisión técnica en todo lo que fuera necesario hacer, causando el asombro de todos no sólo por número, sino 5
también por la majestuosidad de sus creaciones: nadie, en efecto, había visto antes ni una triere de quince ni una de dieciséis remos.

Después, Tolomeo Filopator[227] fletaría una nave de cuarenta remeros, de un ancho de doscientos ochenta codos, de una altura hasta la punta del mástil de cuarenta y ocho[228], que podía albergar a cuatrocientos marineros sin contar los remeros, que eran cuatro mil, y podía tener, además de todos estos, a cerca de tres mil soldados en cubierta y en los pasajes. Pero aquella nave 6
de Tolomeo era sólo de exhibición, y se mostraba a la vista un poco como esos edificios varados en tierra firme: servían para aparentar e impresionar, pero no para usarlo, ya que se movía a

[227] Tolomeo IV (221-204 a. C.) de sobrenombre *Filopator* («el que ama a su padre»). Durante su reinado, plagado de extravagancias y excesos con el sobrenombre de Tolomeo-Dioniso (como el que aquí se detalla), habría que destacar el primer contacto de Roma con el Egipto lágida: en efecto, una embajada acudió con presentes para los soberanos a Alejandría, para asegurarse la alianza de Egipto contra Aníbal de Cartago. *Cf.* Pol., V 79.

[228] Es decir, unos 124 y 21 metros, respectivamente.

duras penas y peligraba; pero en el caso de las naves de Demetrio la belleza no actuaba en detrimento de su utilidad, sino que se consideraban más espectaculares la rapidez y la eficacia que la vistosidad de sus dimensiones.

44 Ante tal ejército lanzado contra Asia, como ningún otro ha-
bía desplegado después de Alejandro, los tres reyes, Seleuco,
2 Tolomeo y Lisímaco, se unieron en coalición contra Demetrio.
Después, enviaron una embajada a Pirro, pidiéndole que inva-
diera Macedonia y que no se respetara la tregua, en virtud de la
cual Demetrio había acordado que no lucharía con él, aunque él
3 se guardaba el derecho de emprender la guerra a quien él qui-
siera, y Pirro se mostró de acuerdo.

Demetrio se vio en una gran guerra cuando aún no había co-
menzado los preparativos. Así, a la vez que Tolomeo navega-
ba con una gran tropa y soliviantaba toda la Grecia, Lisíma-
co, desde Tracia, y Pirro, desde el territorio vecino, invadieron
Macedonia en expediciones de saqueo. Demetrio dejó a su hijo
4 a cargo de Grecia y él mismo se movió, para acudir en ayuda
5 de Macedonia contra Lisímaco. Allí se le comunicó que Pirro
había tomado la ciudad de Berea[229].

Esta noticia se expandió rápidamente entre los macedonios
y Demetrio ya no consiguió mantener el orden. El ejército se
llenó de lamentos, lágrimas, insultos e injurias contra él; y los
soldados no querían permanecer a su lado, sino desertar y vol-
verse con el pretexto de regresar a casa, cuando en verdad era
porque querían pasarse al bando de Lisímaco. Por ello, Deme-
6 trio consideró oportuno alejarse del ejército de Lisímaco e ir al
encuentro del de Pirro. El primero (pensó) era su compatriota y,
por diversos vínculos familiares, pariente de Alejandro, mien-
tras que los macedonios no verían a Pirro con buenos ojos, pues
7 él era un extranjero que venía de otro país.

[229] Ciudad macedonia, al suroeste de Pela.

Sin embargo Demetrio no tardó mucho tiempo en ver que había calculado mal, pues, en cuanto llegó Pirro y se encontraron un ejército frente al otro, los macedonios alabaron el deslumbrante prestigio de un glorioso guerrero, diciendo que desde antiguo se tenía la costumbre de honrar como el más digno del poder real al más poderoso en la batalla. Después se enteraron de que Pirro era más clemente con los que eran capturados, así que buscaron por todos los medios apartarse de Demetrio para ir al encuentro,
ya fuera de Pirro, ya de Lisímaco. Al principio, desertaron unos 8
pocos de manera discreta, pero después fue general el movimiento en desbandada que se adueñó del campamento. Algunos incluso se atrevieron a acudir a Demetrio para aconsejarle que huyera y pusiera a salvo su persona, porque ya los macedonios se
negaban a luchar para mantener ese boato suyo. 9

Estas palabras le parecieron comedidas a Demetrio en comparación con la rudeza que se gastaba el resto del ejército en otras, y entonces él se presentó ante su tienda no como un rey, sino como un actor, se despojó de su teatral y ostentoso manto,
para tomar uno oscuro, y se alejó para ocultarse. Después de 10
que el ejército se hubiera dedicado en su mayoría al saqueo y lucharan los unos contra los otros y destrozaran la tienda, apareció Pirro que domeñó y contuvo al ejército en el campamento
con su sola voz. Y entonces se repartió con Lisímaco los terri- 11
torios de Macedonia en su totalidad, tras haber sido regida con mano firme durante siete años por Demetrio[230].

Así, Demetrio perdió su reino y tuvo que huir a Casan- 45
drea[231]. Mientras, su mujer Fila, profundamente afectada por lo que había pasado y no pudiendo soportar que el más desafortu-

---

[230] Los siete años que van desde el año 294 al 287 a. C.

[231] Se refiere a la antigua Potidea, ciudad de la Calcídica, que fue refundada en el año 316 a. C. por Casandro en su honor. *Cf.* Diod., XIX 52, 2-3; Estrab., VII frag. 25.

nado de los reyes, Demetrio, tuviera que verse reducido a ser un simple ciudadano en el exilio, sintió perder toda esperanza y, maldiciendo a la Fortuna que le era más duradera en la adversi-
2 dad que en la buena ventura, se suicidó tomándose un veneno. Demetrio, por su parte, decidido a salvar los restos del naufragio, se dirigió a Grecia y allí congregó a los generales y a sus hombres de confianza.

3 El *Menelao* de Sófocles presenta esta imagen para describir su suerte:

Gira incesante mi destino en la inconstante rueda
de la Fortuna y de naturaleza va cambiando,
cual la mirada de la luna que en dos noches
el mismo aspecto no puede mostrar:
más bien surge al principio de lo oscuro nueva,
preciándose orgullosa de su bella y plena faz,
para después, cuando es mayor el resplandor que ostenta,
menguar para a la nada retornar[232].

4 Esta imagen casaría perfectamente con las gestas de Demetrio, en sus crecidas y menguas, en sus golpes de suerte y sus desgracias, en sus momentos de plenitud y de oscuridad; pues así su poder entonces parecía del todo eclipsado y apagado, cuando de nuevo volvió a resplandecer, ya que consiguió reunir algunas fuerzas en poco tiempo, y renacieron las esperanzas de
5 que nuevo recuperaría su poder.

Al principio, como un simple particular, sin portar esos adornos regios, visitaba las ciudades y alguien al verle en Tebas se sirvió de los versos de Eurípides, no sin razón, para referirse a él:

Cambiando de forma de dios a mortal, se presenta
en las corrientes de Dirce, en las aguas de Ismeno[233].

---

232 Frag. 787 Nauck².

233 EUR., *Bacantes* 4-5.

Pero, en cuanto recuperó sus esperanzas de rehacer el cami- 46
no hacia el poder real, de nuevo adaptó su cuerpo y su aspecto
para el ejercicio del poder, devolvió a los tebanos su constitu-
ción. En cuanto a los atenienses, éstos se rebelaron y a ese Dífi- 2
lo, que había sido designado como sacerdote de los dioses salva-
dores, lo sacaron de la lista de los epónimos y decidieron elegir
los arcontes tal como había sido antes su costumbre. Enviaron
además una embajada a Pirro, que estaba en Macedonia, cuando
comprobaron que Demetrio era más fuerte de lo que creían. Él, 3
por su parte, cargó furiosamente contra ellos y sometió a la ciu-
dad a un inclemente asedio. Crates el filósofo[234], un hombre de
fama e influencia, fue enviado ante su presencia por el pueblo y
Demetrio se dejó convencer, en parte, por algunos de sus ruegos
a favor de los atenienses, pero también entró en razón al hacér-
sele ver cuáles eran sus intereses, y acabó con el asedio.

Luego, reunió cuantas naves tenía consigo, llegando a jun- 4
tar a miles y miles de soldados con sus respectivos caballeros, y
navegó hasta Asia para arrebatarle Caria y Lidia a Lisímaco[235]. 5
Le recibió en Mileto Eurídice, la hermana de Fila, que trajo a su
vez consigo a Tolemaida, su hija habida con Tolomeo[236], y que
había sido prometida a Demetrio en matrimonio, gracias a la
mediación de Seleuco. Demetrio se casó con ella de la mano de 6

[234] Crates de Atenas, del demo de Tría, fue un filósofo que dirigió la Academia de Platón tras Polemón. Dióg. Laerc., IV 21-3. No se trata del otro famoso Crates de Malos.

[235] En el año 286 a. C.

[236] Eurídice, hija de Casandro y hermana de Fila, fue la primera esposa de Tolomeo I. De este matrimonio nacieron Tolomeo Cerauno, Lisandra y Tolemaida. Eurídice fue repudiada y Tolomeo I se casó con Berenice (la madre de Tolomeo II Filadelfo y Arsínoe II), prima de Eurídice, que había estado en el séquito al servicio de la reina como dama de honor. Eurídice emigró a Mileto y casó en el año 286 a. C. a su hija Tolemaida con el marido de su hermana, Demetrio.

Eurídice y nada más celebrarse la boda, se dirigió a las ciudades
de Asia. Unas le recibieron gustosas, aunque otras muchas las
tuvo que tomar a la fuerza. Capturó Sardes y algunos de los ge-
7 nerales de Lisímaco se pasaron al bando de Demetrio, llevándose
dose consigo sus pertenencias y sus tropas.

Pero entonces vino Agatocles, el hijo de Lisímaco, con un
gran ejército, con lo que Demetrio tuvo que retirarse a Frigia,
consciente de que, si se apoderaba de Armenia[237], podría sublevar
la región de Media[238] y así se enseñorearía de los reinos internos,
ya que esta zona ofrecía muchas localidades para escaparse y es-
8 conderse. Pero Agatocles le siguió, se enzarzaron en una lucha y
Demetrio empezó a pasar penurias por la falta de víveres y avi-
9 tuallamiento. Los soldados tenían la sospecha de que los estaban
conduciendo hasta Armenia y Media y, poco después, se extendió
aún más el hambre y un error de cálculo en el estrecho del Lico[239]
ocasionó las muertes de una gran parte de sus hombres, que pere-
cieron arrastrados por la corriente del río. Pero, aun así, los solda-
10 dos no dejaban pasar ninguna ocasión para mofarse de él, como,
por ejemplo, cuando uno escribió delante de su tienda el principio
de *Edipo en Colono*, cambiando un poco el verso:

Hijo del anciano ciego Antígono,
¿a qué tierras nos llevas?[240]

47 Al final, además del hambre, vino luego la enfermedad, como suele ocurrir cuando uno pasa necesidades y debe alimentarse de cualquier cosa. Demetrio perdió en total a no me-

[237] Región del interior de Asia Menor, limítrofe con Capadocia.

[238] Entre el mar Caspio y Mesopotamia.

[239] El Lico se identifica con uno de los afluentes del Iris, al norte de Capadocia. Sobre este episodio, *cf.* POLIENO, IV 7, 12.

[240] *Edipo en Colono* 1-2. Se ha cambiado el vocativo *Antigóne* (Antígona era la hija de Edipo y le había acompañado en su exilio), por el genitivo *Antigónou.*

nos de ochenta mil hombres y se llevó al resto de vuelta. Al
pasar a Tarso, tenía la intención de respetar esta región, en ese
momento bajo la influencia de Seleuco, para así no tener nin- 2
gún motivo de castigo, pero esto fue imposible, ya que esta-
ban los soldados en las últimas y Agatocles cortaba el paso en
el Tauro[241]. Así que escribió una carta a Seleuco, que contenía
un largo lamento por su suerte y lanzaba una petición, donde 3
le suplicaba que, como pariente[242], le concediera su perdón,
pues ya había sufrido bastante como para despertar la compa-
sión de sus enemigos. Seleuco sintió piedad por él y ordenó
por escrito a los estrategos de allí que al propio Demetrio le 4
proporcionarían un séquito digno de un rey y alimento fresco
a su tropa.

Sin embargo acudió Patrocles[243], hombre considerado ami-
go honorable y fiel de Seleuco, y dijo que lo peor no era dar ali-
mento a las tropas de Demetrio, sino que lo terrible era que se
le permitiera al propio Demetrio que estuviera en la región, ya
que, como el más ambicioso y violento de los reyes, se encon-
traba en esa suerte que induce a ser atrevido y a cometer inju- 5
rias incluso a los que son moderados por naturaleza.

Así Seleuco, convencido por este razonamiento, se movili-
zó hasta Cilicia con un gran ejército. Demetrio se sintió sor- 6
prendido por el repentino cambio de actitud de Seleuco y, te-
meroso, se retiró a la parte más abrupta del Tauro y pidió que se
le permitiera ostentar el poder de uno de los reinos autónomos
bárbaros en el que viviría, dando fin a ese peregrinaje en el que
andaba como un fugitivo; y que si no podía ser, que, al menos,

---

[241] Ciudad de Cilicia.

[242] Demetrio era consuegro de Seleuco.

[243] Patrocles era uno de los más influyentes generales de Seleuco, había participado en la batalla contra Demetrio en el 311 a. C., al mando de las tropas de Babilonia. *Cf.* Diod., XIX 100, 5.

se le dejara pasar el invierno allí, para que no cayera en manos de sus enemigos falto de todo e inerme.

48 Pero Seleuco no dio crédito a nada de todo esto y le dejó, como era su gusto, pasar los dos meses de invierno en Cataunia[244], pero con la condición de que le diera a sus más estimados hombres de confianza como rehenes, al mismo tiempo que se le cerraba el paso hasta Siria. Demetrio, sintiéndose enjaulado como una fiera y rodeado por todos los lados y viéndose en
2 la necesidad de atacar, arrasó la región. En los ataques que le lanzaba Seleuco, siempre tuvo las de ganar, como en aquella ocasión en la que los carros falcados[245] se lanzaron contra él,
3 pues él los hizo retroceder y los echó y acabó desalojando a los hombres que custodiaban el paso hacia Siria.

Cuando ya había recuperado sus esperanzas, viendo que sus soldados estaban animados, se preparó a entablar contra Seleuco, que se encontraba en dificultades, una gran batalla. En efecto, de manera inexplicable, Seleuco había rechazado la ayuda
4 que vino de parte de Lisímaco, porque la temía, y él mismo decidió acabar de una vez por todas con Demetrio por sus propios medios, temeroso de ver que su infatigable perseverancia y su variable fortuna le reportaban las mejores ocasiones a partir de
5 las más desesperadas situaciones sin salida.

Pero entonces una grave enfermedad se abatió sobre Demetrio en ese momento y su cuerpo se degradó enormemente, llevándolo todo al traste. De hecho, algunos de sus soldados se pasaron al enemigo y otros abandonaron. Pero en cuanto se recuperó en cuarenta días, tomó el resto del ejército y fue contra
6 todo lo que viera y creyera que era enemigo, hasta llegar a Cilicia. Después, ya por la noche y sin sonido de trompetas, levantó

---

[244] Región de Capadocia, al norte de Cilicia.

[245] Tipo de carro de origen persa, adoptado como arma de guerra por parte de los reyes de la dinastía seléucida. *Cf.* Polibio, V 53, 10.

el campamento y, tomando la dirección contraria, cruzó el Amano[246] y saqueó la región inferior hasta llegar a la Cirréstica[247].

Se presentó después Seleuco y puso los campamentos cerca, 49
pero entonces Demetrio levantó el suyo y marchó de noche
contra él, mientras el otro, ignorando todo este movimiento, es-
taba durmiendo. Sin embargo, hubo algunos traidores que avi- 2
saron del peligro y, asombrado y viéndose emboscado, Seleuco
ordenó que dieran la voz de alarma y, mientras se estaba cal-
zando, se puso a gritar a sus compañeros que estaba siendo ata-
cado por una terrible fiera. Demetrio, ante el estrépito de los 3
enemigos, se dio cuenta de que había sido descubierto y rápida-
mente se alejó.

Al día siguiente, ya Seleuco se dispuso al ataque y Demetrio
envió a uno de los suyos hacia un ala y puso en fuga a los del 4
ala contraria. Entonces Seleuco bajó en persona del caballo y tras quitarse el casco tomó un arma, se fue al encuentro de los mercenarios de aquél, se dio a conocer y les pidió que pasaran a su bando, haciéndoles ver que él había estado retrasando su actuación en consideración a ellos, no a Demetrio. Después todos se abrazaron y se unieron a él llamándole rey.

Demetrio, que había experimentado continuos cambios de
fortuna, comprendió que este que se cernía sobre él era el últi- 5
mo, así que se replegó en la región de las Puertas del Amano[248], se introdujo en un espeso bosque, en compañía de algunos amigos y unos pocos sirvientes, y esperó la noche. Allí intentaría tomar el camino del Cauno[249] y abrirse paso por allí hasta el mar, don-
de tendría alguna posibilidad de encontrar su flota fondeada. 6

[246] Los montes de Amano, frontera natural que separa la región de Cilicia de Siria.

[247] La Cirréstica era una región de la Siria occidental.

[248] La región era un collado, cerca de la cordillera de Amano, que permitía la entrada de Siria a Cilicia y viceversa.

[249] Cauno es una ciudad de Caria, cerca de Halicarnaso.

Sin embargo, en cuanto vio que no tendría víveres ni para
7 aquel día, cambió de estrategia. Hizo venir entonces a Sosígenes,
un compañero suyo, que custodiaba en su cinto cuatrocientas
monedas de oro, pues esperaba que con esto les bastaría para lle-
gar al mar, y fueron, ocultos en la noche, por el paso. Sin embar-
8 go, al ver que las antorchas enemigas resplandecían en su ruta,
abandonaron ese camino y se volvieron al mismo lugar, pero no
9 todos, pues algunos ya habían huido. Los que quedaban no esta-
ban tan animados como antes: incluso hubo alguno que se atrevió
a decir que era necesario que Demetrio se entregara a Seleuco y
Demetrio llegó a tomar su espada para matarse, pero los amigos,
que estaban a su lado y le confortaban, le convencieron para lo
hiciera así. Entonces mandó decir a Seleuco que se entregaba.

50 Al escucharlo Seleuco, dijo que Demetrio no debía a su pro-
pia fortuna su salvación, sino a la de él, que después de tantos
otros beneficios que le había proporcionado, quería ahora tener
2 otro gesto de compasión y bondad. Tras llamar a sus superin-
tendentes, ordenó que se plantara la tienda real y que, por lo de-
más, se preparara todo para un recibimiento y una hospitalidad
espléndidos.

Había un tal Apolónides[250] en la corte de Seleuco que era
3 amigo íntimo de Demetrio. Seleuco envió a este hombre ante la
presencia de Demetrio, para que le fuera todo más cómodo y tu-
viera confianza en ser recibido, como correspondía a un deudo y

[250] La carrera de Apolónides de Cízico se puede trazar entre los años 322-302 a. C., gracias a las inscripciones que se nos han conservado. En sus primeras actuaciones destacó como benefactor de los mercenarios atenienses derrotados en la batalla del Helesponto en el 322 a. C., durante la guerra lamíaca. Sin embargo, es su presencia en la liberación de Atenas del 307 a. C. (se le otorgó la ciudadanía ateniense en el demo del Pireo), en la victoria de Chipre en el año 306 a. C. y en la fundación de la Liga de Corinto, en el 302 a. C., lo que le hace merecedor de un puesto importante en la corte de Demetrio. *Cf.* *IG* II^2 492; *SIG*^{3} 352; *SEG* XVI 58.

pariente suyo. En cuanto se supieron las intenciones del rey, al
principio fueron pocos, pero luego la mayor parte de sus amigos 4
acudieron ante Demetrio, luchando los unos con los otros para
llegar antes, pues tenían la esperanza de verle gozar de la máxi-
ma influencia en la corte de Seleuco. Esto hizo que en el alma de
Seleuco su compasión mutara en odio y dispuso el pretexto para
que los ruines intrigantes conspiraran para acabar con la cle-
mencia del rey, pues ellos le hicieron pensar que, en cuanto este 5
hombre hiciera acto de presencia, surgirían grandes revueltas en
el ejército. Así pues, apenas había llegado Apolónides contento
ante Demetrio, cuando el resto se precipitó lanzando elogios 6
maravillosos de Seleuco, diciendo que tras tal mala fortuna y la
desgracia de Demetrio, si antes parecía que entregar a Demetrio
era algo terrible, ahora eran de distinto parecer, pues tenían más
ánimos y confianza en ciertas esperanzas en el futuro.

Pero entonces llegó Pausanias con unos mil caballeros y ji- 7
netes, rodeando súbitamente con éstos a Demetrio, lo aisló del
resto de su séquito y no le permitió que llegara a la presencia de
Seleuco, sino que lo condujo al Quersoneso sirio[251]. Allí se dis- 8
puso una estrecha guardia a su lado para custodiarlo. Seleuco le
proporcionó un adecuado servicio, le aportó dinero y le dejó man-
tener un rutinario y aceptable modo de vida, permitiéndole te- 9
ner cotos de caza y lugares de paseo y esparcimiento. Obtuvo
también el permiso para que sus amigos le ofrecieran su com-
pañía en el exilio si querían; y, efectivamente, algunos llegaban
de visita, después de ver a Seleuco, trayéndole buenas noticias
que le exhortaban a estar de buen ánimo, porque sería liberado
en cuanto Antíoco llegara en compañía de Estratónice.

[251] Es decir, hasta Apamea en Siria, ciudad de esta región. *Cf.*, para su localización detallada en la desembocadura del Orontes, ESTRAB., XVI 2, 10. Sin embargo, otras versiones cuentan que Demetrio estuvo confinado en Pela. *Cf.* DIOD., XVI 2, 10.

51 Demetrio, viéndose reducido a esta suerte, envió cartas a los oficiales y amigos en Atenas y en Corinto y a su hijo, pidiéndoles que ya no rindieran pleitesía a sus cartas y a su sello, sino que confiaran a Antígono las ciudades y el resto de las poblaciones tal como estaban como si él estuviera muerto. Antígono, al ente-
2 rarse de la captura de su padre, se sintió desolado y se puso el traje de luto, escribió a los demás reyes y a Seleuco con la peti-
3 ción de que todo lo que quedase se le fuera entregado, pues estaba dispuesto a ser rehén en lugar de su padre. Muchas ciudades y muchos reyes se unieron a estos ruegos con la excepción de Lisímaco. Lisímaco, de hecho, había enviado mucho dinero y
4 apremiaba a Seleuco para que matara a Demetrio, pero Seleuco, que ya tenía una mala consideración del otro por diversos motivos, lo creyó un bárbaro impío por esta propuesta. Además, dejaba pasar el tiempo, como para ceder a su hijo Antíoco y Estratónice la gracia de liberar a Demetrio de su prisión[252].

52 Demetrio desde el principio soportó con resignación este nuevo revés de la fortuna que le había caído encima y se adaptó, al parecer, fácilmente a las circunstancias presentes. Primero, de vez en cuando, ejercitaba su cuerpo, empeñado en ejercicios de caza y en carreras, en la medida de lo posible. Sin
2 embargo, después, poco a poco se llenó de hastío hacia estas cosas y de desidia, y se dejó arrastrar por las bebidas y el juego, y pasaba la mayor parte del tiempo disperso en estos entretenimientos, ya fuera para evitar pensar en su suerte estando sobrio,
3 ahogando sus sentidos en el alcohol, ya fuera porque reconociera que por fin había conseguido tener esa vida de la que se había apartado por su insensata y vanidosa ambición, a pesar de haberla deseado ansiosamente desde hacía tiempo. En efecto, muchas locuras había cometido en perjuicio suyo y de los demás, buscando con las armas, los ejércitos y las campañas

[252] *Cf.* Diod., XXI 20.

militares esa felicidad que, ahora, en la inactividad y en la plá-
cida holganza había encontrado sin habérselo buscado. ¿Qué
más allá puede haber de guerras y peligros para aquellos reyes 4
vanos, que se comportan de manera malvada e imprudente, no
porque busquen más el lujo y el placer en vez de buscar la vir-
tud y la belleza, sino porque no saben ni siquiera disfrutar ni vi-
vir en el lujo de una manera plena? 5

Demetrio, tras tres años encerrado en el Quersoneso sirio,
acabó sus días aquejado de una enfermedad causada por la de-
sidia y el exceso de vino y comida, tras haber vivido cincuenta
y cuatro años. Seleuco recibió reproches por su actuación y 6
comprendió entonces que en su desprecio no había tratado de
una manera justa a Demetrio, ya que podría haber imitado a
Dromiquetes que, a pesar de ser un hombre bárbaro de Tracia,
brindó un trato humanitario y digno de un rey cuando retuvo
como prisionero a Lisímaco[253].

Hubo un cierto empaque trágico y teatral en todo lo referente 53
a su sepelio. Su hijo Antígono, en cuanto supo que se llevaban 2
sus restos mortales, salió con sus naves rumbo a las islas a reci-
birlas. Tras serle entregadas las cenizas en una urna de oro, la
depositó en la más grande de sus galeras. Las ciudades por las
que fueron pasando adornaron la urna con coronas o enviaron a 3
hombres para que acompañaran los funerales con un hábito de 4
luto; y, mientras las naves iban navegando hasta Corinto, la
urna se veía claramente desde la proa adornada con una diadema

[253] Dromiquetes era un rey de los getas, un pueblo tracio, contra el que había iniciado una campaña Lisímaco, el rey de Tracia, para defender sus fronteras. La versión de los hechos difiere de una fuente a otra: algunos dicen que fue Agatocles quien fue, en realidad, hecho prisionero, otros que Lisímaco, y, finalmente, otros piensan que los dos fueron prisioneros de los getas. *Cf.* PAUS., I 9, 8; DIOD., XIX 73; XXI 12; JUST., XVI 1, 19. La paz llegó con el matrimonio de Dromiquetes con la hija de Lisímaco y la cesión de los territorios que se encontraban al otro lado del Istro.

y con un manto de púrpura regia, mientras iba custodiado por sol-
5 dados en armas[254]. Antígono estaba sentado cerca de Jenofante,
el más dotado de los flautistas de entonces[255] y éste interpretaba
una de las más sublimes melodías y parecía como si mientras
estuviera acompasado el ritmo, alternándose el movimiento de
los remos, semejante a golpes en el pecho, con el modulado so-
6 nido de la flauta. El propio Antígono, deshecho en lágrimas y
afligido, ofreció el más lamentable espectáculo digno de com-
pasión para el gentío que se congregó a la orilla del mar. Se sol-
7 taron cintas y se lanzaron coronas a la llegada de la comitiva a
Corinto. Finalmente depositaron sus restos en Demetrias, la
ciudad que recibió el nombre de aquél y que había sido forma-
8 da a partir de la unión de las ciudades de alrededor de Yolco[256].

Demetrio dejó como descendencia a Antígono y a Estratónice de Fila; a dos Demetrios, uno, llamado «el Flaco», de una mujer iliria y otro, que gobernó Cirene, de Tolemaida[257]; de Deidamía nació Alejandro, que pasó su vida en Egipto; y se

[254] Probablemente el manto de púrpura sea el que Demetrio mandó tejer y que quedó inacabado. Estratónice, la hija de Demetrio y Fila, consagró en Delos el resto de las riquezas. *Cf. IG* XI2 199B l. 51.

[255] Jenofante de Tebas es reconocido por dos inscripciones de Delos, en las que se detallan los honores que recibió por los recitales que dio allí, y por una corona de oro, que ofreció a Apolo en su templo en la isla. *Cf. IG* XI 2, 106 l. 16; 161B. l. 89.

[256] Esta segunda ciudad no debe ser confundida con la antigua ciudad de Sición. Ésta era una ciudad tesalia fundada por Demetrio Poliorceta en el año 293 a. C. en la península de Magnesia, por un sinecismo de varias ciudades, entre la que se encontraba la mítica patria del argonauta Jasón, Yolco. *Cf.* ESTRAB., IX 5, 1 436c; *IG* IX 2 1109. En época romana todavía seguía en pie y era próspera: TITO LIVIO la llama *urbs valida et ad omnia oportuna* (XXXIX 23, 12).

[257] Este Demetrio, rey de Cirene, se casó con Olimpia, hija de Policleto de Larisa, y de esta unión nació Antígono III Dosón, rey de Macedonia entre los años 229-221 a. C., hasta la mayoría de edad de Filipo V de Macedonia. Sobre este Demetrio, apodado «el Bello», *cf.* JUST., XXVI 3, 3-4.

dice que tuvo un hijo de Eurídice, un tal Corrago[258]. Su linaje se 9
perpetuó por generaciones hasta el último rey, Perseo, al que los romanos le arrebataron Macedonia[259].

Y una vez que hemos representado el drama[260] macedonio,
vamos a proceder, como conviene, con el romano. 10

[258] No se sabe nada más de este Corrago.

[259] La genealogía de los reyes de la dinastía Antigónida en Macedonia es la siguiente: Antígono II Gonatas (278-239 a. C.), Demetrio II (239-229 a. C.), Antígono III Dosón (229-220 a. C., como regente durante la minoría de edad del hijo de Demetrio II), Filipo V (220-179 a. C.) y Perseo (179-168 a. C.), que fue vencido por Emilio Paulo en la batalla de Pidna. *Cf.* PLUT., *Paulo Emilio* 8.

[260] La breve fórmula, que sirve de transición entre una vida y otra, destaca, en efecto, uno de los rasgos comunes que une ambas biografías: la desmesurada teatralidad. Demetrio, a modo de ejemplo, dispone de una cuidada escenografía y aparato en todas sus apariciones por Atenas *(cf.* PLUT., *Demetr.* 8, 10-13, 23, 26, 34) y, por su parte, Antonio celebra fastuosos actos en Alejandría, destacando en concreto la ceremonia de donación de reinos a Cleopatra y a los hijos habidos de ella *(cf.* PLUT., *Ant.* 44). Igualmente son afines a esa teatralidad los personajes que los rodean, como Aristodemo de Mileto (especialmente en su anuncio de la victoria de Chipre; *cf.* PLUT., *Demetr.* 17) o Cleopatra (especialmente en su encuentro en Tarso; *cf.* PLUT., *Ant.* 26); y, por último, también habría que destacar que ambos son imitadores de Dioniso, divinidad asociada al teatro por excelencia y que abundan citas de trágicos y cómicos. Sobre este tema, por ejemplo, *cf.* J. F. MARTOS MARTIEL, *Plutarco. Vidas Paralelas: Demetrio-Antonio*, Alianza, Madrid, 2007, págs. 12-22; y la bibliografía que cita.

ANTONIO

El abuelo de Antonio fue el orador Antonio, al que Mario mandó matar, ya que pertenecía al partido de Sila[1], y su padre, también Antonio, apodado el cretense[2], no fue un hombre precisamente de afamada y prestigiosa carrera política, pero fue, en todo caso, noble y honesto y muy desprendido en sus muestras de generosidad, como podemos comprobar de una anécdota en particular[3]: una vez a este hombre, que, con todo, no poseía un espléndido patrimonio y que, por esta razón, su mujer le impedía mostrarse dadivoso, vino a verle uno de sus conocidos para pedirle dinero, pero él no lo tenía. Entonces ordenó a su esclavo que llenara de agua una tina de plata y se lo trajera. Cuando se lo llevaron, se mojó las mejillas como si se fuera a afeitar, 1 2 3

[1] Su abuelo fue cónsul en el año 99 a. C., censor en el año 97 a. C. y, efectivamente, se conservan algunos fragmentos de su obra como orador. *Cf. ORF* n. 68, 221-37. Para su muerte en el año 87 a. C., *cf.* PLUT., *Mar.* 44; pasaje en el que se comenta que estaba en la lista de los proscritos.

[2] Llamado así porque estuvo encargado, como pretor en 72-71 a. C., de eliminar la piratería cretense en el Egeo. Fue derrotado, con lo que este apelativo estaba usado de manera irónica. *Cf.* LIV., *Per.* XCVII.

[3] Nuestro autor destaca este rasgo de Antonio el Cretense, sirviéndose de él como antecedente de lo mismo que nos vamos a encontrar en la semblanza de Marco Antonio, en el capítulo 4.

pero en cuanto el criado se alejó para atender algún otro asunto, le dio la tina al amigo diciéndole que se sirviera de ella para lo que quisiera. Se pusieron a buscarla entre los criados, y al ver que la mujer estaba ya enojada y quería torturar a cada uno de ellos, confesó y pidió perdón por ello.

2 Su mujer Julia[4], de la casa de los Césares, era capaz de riva-
lizar con las más nobles y más honorables mujeres de entonces.
La educación de su hijo, Antonio, quedó a su cargo tras de la
muerte del padre, y ella después se casó con Cornelio Léntulo,
al que Cicerón luego mandó ejecutar por formar parte de la cons-
piración de Catilina[5]. Se cree que éste fue el origen y la razón
2 por la que Antonio odiaba acérrimamente a Cicerón. De hecho,
Antonio[6] asegura que no les devolvieron el cadáver de Léntulo
hasta que su madre fue a implorárselo a la mujer de Cicerón,
3 pero esto es enteramente falso, porque a ninguno de los que fue-
ron castigados por Cicerón se les negó la sepultura[7].

En su juventud destacaba por su espléndida belleza, pero
4 cultivó la amistad de Curión[8] y se afirma que esta íntima com-
pañía repercutió en él como una peste: Curión, que no era pre-
cisamente un inexperto en placeres, arrojó a Antonio a los ban-

[4] Hija de L. Julio César, cónsul en el año 90 a. C., y de Fulvia, la hermana de Lucio César, personaje del que hablará más en detalle nuestro autor en los capítulos 20 y 32 de esta vida.

[5] P. Cornelio Léntulo Sura, cónsul en el año 71 a. C., fue expulsado del Senado en el año 70 a. C. y fue uno de los protagonistas de la conjura de Catilina. Fue ejecutado en el 63 a. C. *Cf.* PLUT., *Cic.*, 17-22.

[6] *ORF* 473 Malcolm.

[7] El propio Cicerón refuta a Antonio en este aspecto en una de sus *Filípicas*. *Cf.* CIC., *Filíp.* II 7, 17.

[8] C. Escribonio Curión, hijo de Escribonio Curión (cónsul en el año 76 a. C.), el cual, a su vez, en el año 50 a. C., fue tribuno de la plebe. Cicerón habla de una relación erótica entre Antonio y Curión, lo que sería un antecedente de la debilidad del carácter de Antonio, en su relación con sus mujeres, Fulvia, Octavia y, sobre todo, Cleopatra. *Cf. Filíp.* II 18, 44-46.

quetes, a las mujerzuelas, a los dispendios y al lujo, para tenerlo más a su disposición. Como resultado, Antonio contrajo una
deuda importante, incluso para su edad, de doscientos cincuen- 5
ta talentos[9]. Curión se hizo cargo de toda esa suma, pero el padre, en cuanto se enteró, echó a Antonio de su casa.

Después, al poco, Antonio estuvo frecuentando a Clodio[10],
el más bizarro e insolente de los demagogos de entonces, que 6
con sus prácticas promovía la insurrección política. Sin embar-
go, no mucho después, ahíto ya de la locura de Clodio y te- 7
miendo a los que conspiraban contra él, decidió irse de Italia y partió para Grecia[11], donde curtió su cuerpo ejercitándose en
vistas a futuras empresas bélicas, a la vez que estudiaba orato- 8
ria. Usaba el llamado estilo discursivo asianista, que era el que estaba de moda en aquel tiempo y que más se asemejaba a su estilo de vida: pomposo, pretencioso, lleno de una arrogancia sin medida y de una hueca petulancia[12].

---

[9] Cicerón *(Filíp.* II 18, 44-48) afirma que las deudas contraídas por Antonio ascendían a 6 millones de sestercios, cifra que corresponde exactamente a los 250 talentos: un talento equivale a 6.000 denarios, lo que equivale a su vez a 24.000 sestercios.

[10] P. Clodio Pulcro, tribuno de la plebe en el año 58 a. C. (cambió su *nomen* de *Claudius* a *Clodius*, para poder ser elegido para el cargo), fue el principal enemigo político de Cicerón, que confirma *(cf. Filíp.* II 48) que Antonio estuvo relacionado con él en esta época.

[11] También en el año 58 a. C., alejándose del turbulento clima político de la época, así como del agobio de las deudas.

[12] Con «asianismo» nuestro autor se está refiriendo a un estilo florido y recargado, que se opone a un aticismo más plano y seco. En cierto modo, nuestro autor intenta relacionar la forma de hablar de Antonio con la desmesura y exuberancia de su carácter. Suetonio *(cf. Aug.* LXXXVI 2-3 y 5) recuerda que a Augusto le desagradaba ese estilo tan pomposo de Antonio. También Cicerón *(Filíp.* III 9, 22; XIII 18, 38-39; 19, 43, 21, 47) critica su estilo que, de puro cargado de neologismos y falto de armonía, resultaba oscuro. Es poco lo que se conserva de auténtico de Marco Antonio *(cf.* E. G. Huzar, «The Literary Efforts of Mark Anthony», *ANRW* II 30, 1, 1982, 639-657), pero siempre resultó

3 El cónsul Gabinio[13] le quiso convencer para que se integrara en el ejército en su campaña en Siria, pero él dijo que no le
2 acompañaría como simple soldado, sino que sólo se uniría a su ejército si era nombrado comandante del ejército de caballería. En su primera misión fue enviado contra Aristóbulo, que estaba al frente de una revuelta judía. Antonio subió por sus propios
3 medios el primero a la más importante de las fortalezas y echó a Aristóbulo del resto de ellas y, ya en plena refriega, con la escasa tropa de la que disponía, fue capaz de derrotar los soldados de Aristóbulo que eran más numerosos que él, los mató a todos,
4 a excepción de unos pocos, e hizo prisionero al propio Aristóbulo junto con su hijo[14].

Después de esta campaña, Tolomeo[15] pidió a Gabinio que, a cambio de unos diez mil talentos, invadiese Egipto y le restitu-

---

legendaria la fuerza de convicción de sus palabras, especialmente en el discurso del funeral de Julio César.

[13] Antonio Gabinio, cónsul en el año 58 a. C., cuyo padre había estado al servicio del abuelo de Marco Antonio. Aulo Gabinio, cónsul precisamente en el año 58 a. C., se fue como procónsul en la provincia de Siria al año siguiente. Veremos, en el párrafo siguiente, que Tolomeo XII pedirá ayuda a Gabinio para recuperar el trono de Egipto. Por ello, Cleopatra VII, su hija, tratará de llevarse bien con Roma desde el principio. Se sabe, de hecho, que los soldados de Gabinio mataron en Egipto a los hijos de Marco Bíbulo y la reina Cleopatra, tras capturar a los asesinos, los mandó al cónsul. *Cf.* VAL. MÁX., IV 1, 15. Sin embargo, su acción parece que tuvo poca trascendencia.

[14] Aristóbulo se enfrentó en el año 69 a. C. con su hermano Hircano, para convertirse en rey y sacerdote supremo de Judea. Había sido hecho prisionero en el año 63 a. C. por Pompeyo, pero había logrado fugarse de la prisión y estaba en lucha contra su hermano Hircano, para recuperar el trono de Judea. *Cf.* FLAVIO JOSEFO, *Antiguedades judías* XIV 82-87; *La guerra de los judíos* I 160-174.

[15] Se refiere a Tolomeo XII Auletes (el flautista), padre de Cleopatra VII, y gran colaborador de Pompeyo en el año 64 a. C. en la guerra de Judea, que hemos comentado en la nota anterior. Gozó del perdón de César, pero había sido depuesto por sus súbditos en el año 58 a. C., para ser reemplazado por Cleopatra *Tryphena* y la propia hija de Tolomeo XII, Berenice IV. Fue a Roma para

yera el poder real; pero la mayoría de sus generales mostraron su desaprobación y, aunque, en su fuero interno, Gabinio se sentía subyugado por esos diez mil talentos, sin embargo ponía reparos a entrar en liza. Pero Antonio, ansioso de grandes proe- 5
zas y queriendo complacer a Tolomeo, se unió a él para convencer a Gabinio y movilizar su ejército para emprender la expedición. El riesgo de esta campaña estribaba en la vía de entrada de Pelusio, ya que la marcha discurría a través de un de- 6
sierto seco y profundo, sobre todo por entre una depresión del terreno[16] donde se encontraban unas marismas que formaban el lago Serbonio[17], lugar que los egipcios llaman los respiraderos de Tifón, y que parece que es una filtración subterránea del mar Rojo, que se extiende en la parte más estrecha del istmo que lo separa del mar[18]. Pero Antonio, enviado al frente del ejército 7
de caballería, no sólo tomó posesión de los estrechos, sino que incluso llegó a capturar Pelusio, una ciudad de importancia, y las atalayas de alrededor, al mismo tiempo que hacía más seguro el paso de la expedición y más cercana la esperanza de la victoria.

Incluso sus enemigos sacaron provecho del deseo de gloria 8
de Antonio, ya que Tolomeo a su entrada en Pelusio, movido por la cólera y el odio, estaba resuelto a masacrar a los egipcios, pero Antonio se opuso y lo impidió. En las batallas y en los grandes enfrentamientos, que se sucedieron con frecuencia y fueron numerosos, Antonio siempre dio muestras de su gallardía y de una 9
sagacidad propia de un general. Especialmente brillante fue aquella ocasión en la que, con su decisión de cercar y rodear por

pedir ayuda, pero no fue hasta el año 55 a. C. cuando precisamente Gabinio le ayudó a recuperar el poder.

[16] Este canal conectaba el lago con el mar Mediterráneo. *Cf.* Estrab., XVI 760.

[17] El lago Serbonio es el moderno Sabkhat el-Bardawil.

[18] El mar Mediterráneo.

la espalda a los enemigos, aseguró la victoria a los que estaban de frente, con lo que consiguió recompensas y distinguidos honores.

10 Tampoco a sus enemigos se les pasó por alto el trato humanitario que recibió Arquelao[19] a su muerte. A pesar de que en vida había sido su amigo y huésped, Antonio se había visto obligado a combatir contra él, y cuando encontró su cadáver, le
11 honró con un funeral digno de un rey. Antonio dejó tras sí un muy grato recuerdo de su campaña en la mente de los alejandrinos y los soldados romanos que participaron en la expedición le otorgaron esa fama de hombre glorioso.

4 Tenía una apostura noble y digna, una barba cuidada, una espaciosa frente y una nariz aguileña que parecía mostrar un
2 porte viril similar a la figura de Heracles en pinturas y estatuas.
3 Según una antigua tradición, se creía que la familia de Antonio provenía de uno de los Heraclidas, de Antón, hijo de Heracles[20]; y Antonio quería destacar esa tradición, además de con su aspecto físico, que ya he descrito, con la forma de vestir: siempre que se disponía a mostrarse en público, vestía un quitón ceñido hasta la altura del muslo, portaba una gran espada y se cubría con una de sus más pesadas capas.

4 Y, en especial, es extraordinario cuánta simpatía y admiración hacia él inspiraban entre los soldados esos modales suyos que para los demás podían ser vulgares, a saber, sus bravatas, sus groserías, su costumbre de beber en público y de sentarse

---

[19] Arquelao era el hijo de Arquelao, general de Mitrídates del Ponto. Su esposa fue Berenice IV, la reina de Egipto en ausencia de su padre.

[20] Al igual que en el caso de Demetrio Poliorceta y los reyes helenísticos, Marco Antonio, y especialmente tras su contacto con Cleopatra, la reina de Egipto, buscará ennoblecer su linaje con héroes o dioses, como Dioniso, e incluso será divinizado. Sin embargo, también lo hace Octavio: ya como emperador, gustaba de organizar banquetes en palacio, donde los comensales adoptaban los roles de los doce dioses olímpicos; y él, a modo de contraste con el carácter orgiástico de Dioniso, representaba el papel de Apolo. *Cf.* SUET., *Aug.* LXX 1-2.

junto a cualquiera que estuviera comiendo y su costumbre de tomar el rancho militar en la mesa con los soldados. Incluso sus aventuras amorosas provocaban fascinación y con ellas arras- 5
traba al pueblo, que no sólo colaboraba en sus pasiones sino que también motejaba sus proezas amorosas, sin que Antonio sintiera vergüenza por ello. 6

Su liberalidad sin límite y los favores que hacía a soldados y amigos fueron la mejor base de su fulgurante ascenso y, en el momento culminante de su carrera, hicieron que fuera aún más poderosa su influencia, a pesar de los muchos errores que podían ponerla en entredicho. Solamente tomaré como ejemplo de su prodigalidad esta historia: una vez ordenó que se le diera a su 7
amigo la cantidad de doscientos cincuenta mil monedas, una suma que los romanos llaman *decies*[21]. El administrador quedó 8
estupefacto y, para mostrarle la cantidad, arrojó en medio esa cantidad de dinero. Antonio, al pasar por ahí, le preguntó qué era eso. El administrador contestó que era la suma que había 9
mandado entregar y Antonio entonces, comprendiendo la malicia del otro, le contestó: «Pues yo creía que el *decies* era más. Esto es poco, así que añádele otro tanto».

Pero esto ocurrió después. La situación política en la Roma 5
de entonces se había complicado: el partido aristocrático había cerrado filas en torno a Pompeyo, que se encontraba presente en la ciudad, así que el partido democrático mandó llamar a César, que se encontraba en la Galia combatiendo. Curión, el amigo de Antonio, se había cambiado de partido y había en- 2
grosado las filas de César y como él tenía una gran influencia ante el pueblo por su elocuencia y se servía sin límites del dinero que César le brindaba, consiguió que Antonio fuera nombrado tribuno y, poco después, éste formó parte del cuerpo de

---

[21] La fórmula completa es *decies centena milia*, es decir, un millón de sestercios.

3 los arúspices que interpretan según el vuelo de los buitres y que llaman *augures*[22].

4 Antonio, tras la toma de posesión del cargo, fue bastante útil al partido de César. Primero, cuando Marcelo[23], el cónsul, propuso que se hiciera entrega de los soldados ya reclutados a Pompeyo y se le permitiera reclutar a otros, Antonio impuso su veto, decretando que el ejército, que ya estaba listo, navegase a Siria y acudiera en ayuda de Bíbulo en su campaña contra los
5 partos[24], y que las tropas, que Pompeyo había reclutado, no respondieran a su llamada a filas. En segundo lugar, a pesar de que los senadores no querían que se les entregaran, ni se leyeran las cartas de César, él mismo, con el poder que se le había
6 otorgado, las hizo leer e indujo a todos a creer que César, por lo que él había dejado escrito, había hecho unas peticiones razonables y mesuradas.

Por último, se hicieron dos propuestas en el Senado: una, si se creía que Pompeyo debía licenciar sus tropas; y otra, si se creía que César debía hacerlo. La opinión minoritaria consideraba que era Pompeyo quien debía deponer las armas, mientras que la mayoría reclamaba que fuera César el que lo hiciera. Antonio se levantó, entonces, para dar su réplica e hizo esta pro-
7 posición a su vez: que Pompeyo y César dejaran la lucha y de-

---

[22] El ascenso de Antonio depende exclusivamente de su cercanía a César: Antonio había pasado de Alejandría a Marsella en el año 54 a. C., para unirse a las tropas de César. Luego volvió a Italia e intentó ser nombrado cuestor y augur, y participó como testigo en la causa de Milón, que había matado a su amigo Clodio. Fue nombrado primero cuestor en el año 52 a. C. con el patrocinio de César (*cf.* Cic., *Filíp.* II 2, 4; 20, 49), después tuvo que participar en la campaña en las Galias junto a César (*cf.* César, *Gal.* VII 81, VIII 2, 24, 38 y 46-48) y al final del año 50 a. C. fue augur y tribuno en el año 49 a. C.

[23] C. Claudio Marcelo, cónsul en el año 49 a. C.

[24] M. Calpurnio Bíbulo, cónsul en el 59 a. C., era entonces el procónsul de Siria.

pusieran las armas al mismo tiempo. Todos admitieron esta brillante propuesta y, tras aclamarle, pidieron a Antonio que sancionara el decreto.

Sin embargo, los cónsules se opusieron. Entonces los parti- 8
darios de César hicieron otras dos distintas propuestas, que parecían más razonables, pero ante las que Catón[25] mostró su oposición y por ellas Léntulo, el cónsul, acabó expulsando a Antonio 9
del Senado. Éste, al salir de allí, maldijo a sus adversarios y tras tomar el vestido de esclavo y alquilar un carro, partió, en compañía de Quinto Casio[26], para encontrarse con César. Al verlo,
todos empezaron a proclamar que ya no había ningún tipo de 10
orden en la vida política de Roma, que ni siquiera los tribunos de la plebe podían expresarse libremente, sino que todos lo que se venían a defender la justicia se encontraban en peligro y sujetos a ataques[27].

Tras tomar un ejército, César invadió Italia desde allí. Por 6
ello, también Cicerón en las *Filípicas* escribió que si en la guerra de Troya Elena había sido la causa del conflicto, en la guerra civil fue Antonio[28], pero eso es un burdo embuste. Gayo César no era tan manipulable, ni tan voluble en su pensamiento como
para cambiar de planes por puro despecho y declarar la guerra a 2
su patria tan improvisadamente, si no lo hubiera pensado hacer antes, sólo porque viera a Antonio y a Casio pobremente vestidos y obligados a acudir a su lado en un carro de alquiler.

En realidad, esta situación le sirvió como una decente excu-
sa, un pretexto razonable para declarar la guerra. A él en reali- 3

---

[25] M. Porcio Catón de Útica, cuya tenaz oposición a César y a su política lo llevaron al suicidio en el año 46 a. C. *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 51; VEL. PAT., II 49, 3.

[26] Q. Casio Longino era el colega en el tribunado de Marco Antonio.

[27] Todo este capítulo y este encuentro con César también aparecen en PLUT., *Cés.* 32-33.

[28] *Cf.* CIC., *Filíp.* II 22, 55.

dad lo que le guiaba contra todos era un irrefrenable deseo y un
ansia indomable de ser el primero y el más grande, rasgo que ya
había caracterizado antes a Alejandro y antaño a Ciro[29]. Pero
este objetivo no lo conseguiría mientras Pompeyo se interpu-
4 siera. Así que César lanzó su ataque, tomó el poder de Roma y
expulsó a Pompeyo de Italia[30]. Luego decidió movilizarse con-
tra las tropas de Iberia y después, cuando tuvo preparada su es-
cuadra, atravesó el mar para atacar a Pompeyo[31] y dejó Roma
6 en manos de Lépido[32], como pretor, y todo el ejército y el terri-
torio de Italia a Antonio como tribuno de la plebe.

Antonio se ganó enseguida el afecto de los soldados, pues
compartía con ellos los ejercicios de entrenamiento, convivía
con ellos y de su peculio particular les hacía regalos, pero se
ganó el odio del resto de los ciudadanos, porque era negligente
a la hora de impartir justicia, atendía con ira a los que le pedían
7 audiencia y era bien conocida su afición a las mujeres ajenas.
Así fue como, al final, el régimen impuesto por César, que en lo
que a él respecta era cualquier cosa antes que una tiranía, se
hizo odioso por sus amigos, y el más culpable de ellos fue An-
tonio, pues era el que mayor poder había ostentado.

7 Al regresar César de Iberia, no tuvo en cuenta las acusacio-
nes que se hacían contra Antonio, sino que, ya que su carácter
2 era enérgico, valiente y con capacidad de gobierno, se sirvió de
él en la lucha y no se erró en ello. Él, en compañía de unos po-

---

[29] Se refiere a Alejandro Magno y Ciro II, llamado «el Grande», fundador del imperio persa aqueménida.

[30] Pompeyo había salido el 17 de enero del 49 a. C. de Roma y llegó a Bríndisi el 17 de marzo con su ejército.

[31] César había entrado en Roma en marzo y el Senado fue convocado a reunión, a petición de los tribunos Antonio y Casio. Se apoderó del erario público y, posteriormente, inició una campaña en Hispania con buen resultado, en octubre del año 49 a. C. *cf.* PLUT., *Cés.* 33-36 y *Pomp.* 60-63.

[32] En el año 49 a. C., M. Emilio Lépido era pretor.

cos, desde Bríndisi[33] pasó al Jónico y dejó a la retaguardia las
naves con Gabinio y Antonio, con la orden de embarcar sus res-
pectivos ejércitos lo más rápido posible y llevarlas a Macedonia. 3
Sin embargo, Gabinio no siguió esta determinación, temeroso
de una navegación que se planteaba difícil en pleno invierno[34],
así que condujo su ejército en una larga marcha por tierra[35].

Mientras, Antonio, temiendo por César, ya que sus enemi-
gos le acechaban por todas partes, se lanzó contra Libón[36] que
bloqueaba la desembocadura del puerto y rodeó con muchas de
las naves ligeras las trirremes del otro, para luego zarpar, tras 4
haber embarcado en las naves con ochocientos caballeros y
veinte mil soldados de infantería. Fue descubierto por sus ene-
migos que iniciaron una persecución, pero escapó del peligro
que constituían ellos gracias a que un recio viento del suroeste
encrespó tempestuosamente el mar y levantó grandes olas con-
tra las trieres enemigas. Incluso él, arrastrado con sus naves ha-
cia las rocas ásperas de la costa y sus escarpados acantilados, ya
no tenía ninguna esperanza de salvarse. 5

Sin embargo, de repente, empezó a soplar un fuerte viento
del sureste desde el golfo, en dirección inversa, desde tierra fir-
me hasta alta mar, y, alejado del continente, logró continuar su
navegación con seguridad y pudo ver una playa llena de barcos:
en efecto, allí el viento había arrojado las naves que le habían 6
perseguido y no fueron pocas las que se hundieron. Antonio se

---

[33] Volvió de Hispania en diciembre del año 49 a. C. y se proclamó cónsul para el año siguiente, pero apenas once días después de su regreso, partió para Bríndisi.

[34] César había salido de Italia el 4 de enero del 48 a. C. (*cf.* Cés., *Guerra Civil* III 6, 2; Plut., *Cés.* 37; *Pomp.* 65), por lo que nos encontramos en pleno invierno.

[35] Efectivamente, llevó sus ejércitos por una larga marcha por Iliria. *Cf.* Apiano, *Ilir.* 25, 71; 27, 78; *BC* II 58-59; 239-242.

[36] L. Escribonio Libón era un oficial de Pompeyo.

apoderó de muchas riquezas, hizo muchos prisioneros y capturó además a Liso e inspiró a César la mayor confianza, cuando vino en el momento adecuado con tan gran ejército[37].

8 Se sucedieron muchos y frecuentes enfrentamientos, pero en todos ellos él se distinguía; y por dos veces salió al paso de los soldados de César[38], que huían en desbandada, y consiguió la
2 victoria, obligando a los que le huían a darse la vuelta y resistir. Tras César, era él el que gozaba de más estima en el campamento, y, de hecho, César mostraba la consideración que le tenía,
3 pues cuando ya iba a llegar al final de la guerra y parecía que todo se iba a decidir en la batalla de Farsalia, él se reservó el ala diestra del ejército, pero la izquierda quedó al cargo de Antonio, pues era el más preparado para la guerra después de él[39].
4 Tras la victoria, César se proclamó dictador, pero él mismo tuvo que salir en busca de Pompeyo, mientras Antonio era enviado a Roma con la designación de tribuno de la plebe[40]. Ésta es la segunda magistratura más importante cuando en Roma está presente el dictador, pero casi sería la primera en su ausencia y la única, pues el tribunado aún permanece como magistratura, cuando el resto de ellas son suspendidas por el dictador.

9 Era entonces tribuno de la plebe al mismo tiempo Dolabela[41], que era un varón joven, ansioso de novedades, que busca-

---

[37] Liso se encontraba en Iliria. *Cf.* Cés., *Guerra Civil* III 26-29; Plut., *Cés.* 39.

[38] *Cf.* Cés., *Guerra Civil* III 46, 4; 65, 1. En otra obra Plutarco *(cf. Cés.* 39) menciona tan sólo una derrota.

[39] Nuestro autor comenta aquí brevemente el papel de Antonio en la famosa batalla de Farsalia, en Tesalia, tras la que Pompeyo acabó definitivamente derrotado y se vio obligado a huir a Egipto. Para más detalles, *cf.* Plut., *Cés.* 39-46; *Pomp.* 65-72.

[40] *Cf.* Dión Casio, XLII 21, 1. Nuestro autor no sigue aquí la versión de Cicerón *(Filíp.* II 25, 62) que asegura que Antonio fue nombrado *magister equitum* en el año 48 a. C., gracias a César, que se encontraba en Alejandría.

[41] Publio Cornelio Dolabela, yerno de Cicerón, fue tribuno en el año 47 a. C.

ba una condonación de deudas y que instaba a Antonio, que era su amigo y conocía ese carácter suyo tan dispuesto a agradar al pueblo, a que fuera su socio y colaborara en tal medida. Pero Asinio y Trebelio le aconsejaron que hiciera lo contrario[42]. Fue 2
entonces cuando una terrible sombra de sospecha se cernió sobre Antonio, llegando a pensar que Dolabela le había afrentado 3
en su matrimonio. Cuando el asunto llegó a más, echó de su casa a su mujer, que era su prima carnal (pues era hija de Gayo Antonio, que había sido colega en el consulado de Cicerón[43]), 4
se unió al partido de Asinio y luchó contra Dolabela. El otro se había apoderado del Foro como una forma de imponer la ley por la fuerza, pero Antonio, una vez aprobado el decreto senatorial en virtud del cual se le permitía reducir a Dolabela por la fuerza de las armas, trabó combate y aniquiló a los secuaces del otro, a pesar de que llegó a perder alguno de los suyos.

Se ganó el odio del pueblo por esta actuación, pero para los 5
hombres de bien y que eran sensatos tampoco les resultaba agradable Antonio por su modo de vida, sino que, como Cicerón afirma[44], sentían repulsión por sus borracheras continuas, sus excesivos gastos y sus correrías en los gineceos. Por el día dormía, se paseaba confuso para superar su resaca, mientras que, en cambio, por la noche se divertía, asistiendo a representaciones teatrales, coros de comedia, y participando en las bodas de mimos y bufones[45].

Se cuenta que una vez, tras pasar toda la noche en casa del 6
mimo Hipias bebiendo en uno de sus banquetes, cuando en la

[42] L. Trebelio y C. Asinio Polión (el historiador) eran tribunos de la plebe junto con Dolabela.

[43] La segunda mujer de Marco Antonio, Antonia, era hija del propio tío de Antonio, Gayo Antonio Híbrida, cónsul en el año 63 a. C. *Cf.* Cic., *Filíp.* II 38, 99.

[44] *Cf.* Cic., *Filíp.* II 25, 62 y 63. y Dión Casio, XLV 28, 1-2.

[45] Las representaciones mímicas de época romana admitían mujeres y, en algunos casos, se realizaban actos sexuales.

mañana fue convocado en el Foro por la Asamblea, él avanzó
7 tambaleante, vomitando sobre el manto de uno de sus amigos,
que éste le proporcionó[46]. Las personas de mayor influencia
eran el mimo Sergio, uno de los más importantes y reputados de
su época[47], y su amante, Citéride, una mujer de la misma calaña
que estos actores[48], de la que se había enamorado y que, a su
paso por las ciudades, se hacía llevar en una litera escoltada por
no menos servidores que la madre de Antonio. Eran igualmente
8 molestos ese desfile de copas de oro que se llevaba en sus via-
jes, como si se portaran en procesión, y las tiendas que hacía
plantar a lo largo del camino y los suculentos banquetes que dis-
ponía al lado de ríos y bosques sagrados, los leones que ceñía a
9 su carro[49] y el hecho de que se tuviera que alojar en las casas de
los hombres y mujeres de bien a sus prostitutas y arpistas.

Así consideraban intolerable que el propio César estuviera lejos de Italia, luchando, con gran esfuerzo y riesgo, por acabar con los últimos coletazos de la guerra civil, mientras que otros, que estaban en buena situación gracias a él, enojaban a los ciudadanos con la gran vida con la que se homenajeaban.

10 Esta situación parece, por un lado, que condujo a nuevos en-
frentamientos y avivó, por otro, los ánimos entre la soldadesca
2 para cometer violentos actos de rapiña. Por ello, también César a

---

[46] *Cf.* Cic., *Filíp.* II 25, 63.

[47] Sobre este mimo, en concreto, *cf.* Cic., *Filíp.* II 25, 62.

[48] El texto griego dice literalmente «procedente de la misma palestra», es decir, educada en los mismos lugares y de la misma cuerda. El nombre de Citeris (en referencia a Afrodita, la diosa nacida en la isla de Citera y patrona del amor y de las profesionales del amor) es el apodo de la liberta Volumnia. *Cf.* Cic., *Filíp.* II 24, 58; 25, 62; *Cartas a Ático* X 10, 5; 16, 5. Una tradición tardía quiere ver en esta mujer la Licóride del poeta elegíaco Cornelio Galo (el primer prefecto de la provincia de Egipto, tras la conquista), a la que dirigía sus poemas. *Cf.* Serv., *Égl.* X 1. Anónimo, *Sobre los varones ilustres* LXXXII 2.

[49] Al parecer, fue una costumbre que él introdujo en Roma por primera vez. *Cf.* Plin., *Historia Natural* VIII 55.

su vuelta concedió la gracia del perdón a Dolabela y, cuando fue
elegido como cónsul por tercera vez, eligió como colega no a An- 3
tonio, sino a Lépido. Antonio compró la casa de Pompeyo, que ha-
bía sido puesta a la venta, y dicen que se enfadó cuando le recla-
maron el pago[50]. Incluso el propio Antonio afirma que no participó
en la campaña de César en África, por la simple razón de no haber
recibido la recompensa merecida por sus anteriores victorias.

Parece, con todo, que César consiguió eliminar de él mu- 4
chos de sus estúpidos vicios, pues no permanecía impasible
ante la vida licenciosa del otro. De hecho, como medida para 5
alejarse de esa vida disoluta, Antonio se dispuso a casarse y
tomó por esposa a Fulvia, que había estado casada antes con el
demagogo Clodio. Aquélla era una mujer que no circunscribía
sus pensamientos a las simples tareas del hogar, como cardar la
lana, ni se veía digna de domeñar a un simple ciudadano, sino
que tenía designado casarse con un gobernante al que quería
gobernar y un capitán dispuesto al que se le capitaneara[51]. De
esta forma, las lecciones de sumisión que Antonio recibió de
Fulvia, le sirvieron a Cleopatra para tomar posesión de él, ya
que desde el principio estaba amansado y medianamente ins- 6
truido en obedecer a las mujeres.

Sin embargo, Antonio siempre buscó ganarse su sonrisa, al
burlarse y portarse como un chiquillo con ella. Por ejemplo, tras 7
la victoria de César en Iberia[52] muchos fueron a buscarlo y él

---

[50] *Cf.* Cic., *Filíp.* II 26, 64; Dión Casio, XLV 28, 3.

[51] Era el tercer matrimonio para Fulvia. Fulvia había sido primero la mujer de Clodio, pero se quedó viuda, cuando éste fue asesinado en el año 52 a. C. por Milón (Cicerón, en su *Pro Milone*, defendió al asesino del que había sido su enemigo político), y luego se casó con C. Escribonio Curión, que cayó en Útica en el año 49 a. C. Cicerón *(Filíp.* II 37) asegura que Fulvia, en la revuelta época de las proscripciones, vendía su protección, presenciaba las ejecuciones e imponía su influencia sobre su marido.

[52] Se refiere a la batalla de Munda.

también acudió. Pero entonces se corrió la voz de que César es-
8 taba muerto y que los enemigos de César estaban acechando el
país y él se volvió para Roma. Allí adoptó el disfraz de criado y
volvió a su casa de noche. Diciendo que traía una carta para
9 Fulvia de parte de Antonio, fue llevado ante su presencia con la
cara cubierta. Ella, que estaba enormemente angustiada, antes
de coger la carta preguntó si vivía Antonio. Él extendió la misi-
va en silencio y cuando estaba dispuesta a abrirla y leerla, An-
tonio extendió sus brazos y la cubrió de besos. Hemos escogido
esta muestra de los muchos rasgos que conformaban su carácter
10 y que hemos traído a colación a modo de ejemplo.

11 Todos los ciudadanos fueron al encuentro de César, que lle-
gaba de Hispania, cuando aún faltaban muchos días de camino. Y
2 Antonio fue cubierto de honores por él como correspondía. En
efecto, en su camino a través de Italia, portado en un carro, César
tuvo a su lado acompañándolo a Antonio, y detrás a Bruto Albi-
no[53] y al hijo de una hermana suya[54], a Octaviano, que después
sería llamado César y gobernó por mucho tiempo a los romanos.

3 Cuando por quinta vez César fue elegido cónsul[55], al punto
hizo elegir como colega en el poder a Antonio, con la intención
de dejar poco después el cargo y traspasárselo a Dolabela, y
4 esta decisión la expuso ante el Senado. Sin embargo, Antonio
se opuso acaloradamente e insultó a Dolabela, no menos de lo
que, por otro lado, el otro le insultó. Avergonzado por esta acti-
5 tud, César rectificó, pero después insistió en su interés por pro-
clamar oficialmente cónsul a Dolabela. Entonces Antonio em-

---

[53] Décimo Junio Bruto Albino fue designado el heredero de César, aunque luego le traicionó en la famosa conjura de los Idus de Marzo. *Cf.* PLUT., *Cés.* 64 y 66; *Bruto* 12, 5; SUET., *Jul.* 83, 3.

[54] En realidad, la madre de Octaviano, Atia, era hija de Julia, la hermana de César. Por tanto, era sobrino-nieto de Julio César.

[55] Estamos en el año 44 a. C. César ya ha sido designado cónsul en los años 59 a. C., y tras un lapso de diez años, en el 48, el 46 y el 45 a. C.

pezó a decir a gritos que los augurios eran adversos[56], por lo que
César cedió y abandonó a Dolabela, que quedó lleno, a su vez, 6
de resentimiento. Parece que César, por otro lado, aborrecía a
aquél no menos que a Antonio. Supuestamente se dice que, una
vez que uno criticó a ambos por igual delante de él, César repu-
so que no temía a estos hombres gordos de espesa cabellera,
sino más bien a esos flacos y pálidos, en referencia a Bruto y
Casio, por los que había de ser luego asesinado[57].

Antonio, sin querer, les proporcionó a estos dos la más es- 12
tupenda de las excusas en esta ocasión: se celebraba entonces
la fiesta Liceas, que los romanos llaman *Lupercalia*[58], y César,
vestido con la toga sagrada del triunfo y sentado en la tribuna 2
en el Foro, contemplaba las carreras: consistía esto en que los
jóvenes de las familias más pudientes y los magistrados, todos
ungidos con aceite, golpeasen en broma a la muchedumbre que
allí se encontraba con pieles de animales desollados[59]. Se en- 3
contraba también Antonio participando en este rito. Entonces,
éste, mandando a paseo todo tipo de tradiciones ancestrales,
corrió a la tribuna, portando una corona de laurel. Espoleado
por sus compañeros en la carrera, colocó la diadema sobre la
cabeza de César, como ofreciéndole a él el rango de rey, pero
César la rechazó con un gesto de desaprobación, y, por ello, el 4

---

[56] Tal como se dijo, en el capítulo 5 de esta vida, y nos recuerda CICERÓN (*Filíp.* II 32, 80), Antonio formaba parte del colegio de augures.

[57] Se refiere a Bruto Albino y, por otra parte, a C. Casio Longino, que se había casado con una hermanastra de Bruto. *Cf.* PLUT., *Cés.* 62 y *Brut.* 8.

[58] Estas fiestas se celebraron el 15 de febrero del 44 a. C. Plutarco intenta explicar conceptos romanos asemejándolos a los griegos: en efecto, se celebraban las fiestas Liceas (de *lykos*, lobo en griego) en el monte Liceo en Arcadia y la tradición relacionaba estas fiestas con las *Lupercalia* romanas (de *lupus*, lobo en latín), que habrían sido introducidas por el colono arcadio Evandro en Roma, cuando éste colonizó el Palatino. *Cf.* PLUT., *Rom.* 21; LIV., I 5, 1-2.

[59] Estos vestidos estaban hechos con pieles de cabra. *Cf.* PLUT., *Rom.* 21.

pueblo le aplaudió satisfecho. De nuevo Antonio avanzó y de nuevo el otro rechazó el honor y estuvieron así durante mucho tiempo con esta disputa, unos pocos de sus amigos jaleaban a
5 Antonio cuando instigaban a César a portar la corona, pero la mayor parte del pueblo aplaudía a gritos a César cuando éste se negaba a aceptarla[60].

Lo que resulta más sorprendente es que, aunque soportaran de hecho todo lo que es propio de la realeza, sin embargo estos hombres evitaran el nombre de rey como si fuera una amenaza
6 para la libertad. Al final, César se levantó molesto de la tribuna y quitándose la toga desde la garganta gritó ofreciendo su cuello a quien lo quisiera. Algunos tribunos de la plebe propusie-
7 ron que la corona fuera puesta en una de las estatuas. El pueblo los acompañó entre vivas y aplausos, pero César los relevó de su poder[61].

13 Esto reforzó la determinación de Bruto y de Casio. Mientras estaban componiendo la lista de sus compinches a los que iban

---

[60] En otro pasaje, nuestro autor *(cf.* Plut., *Cés.* 61) afirma que pidió que esta corona fuera llevada al Campo de Marte, aunque se elevaran en su honor estatuas que le representaban tocado con esta corona que le habían ofrecido. Sobre este episodio, *cf. FGrHist.* 90 F 130 XX 69 (Nicolás Damasceno); Apiano, *BC* II 118, 449 y 451-453; Dión Casio, XLIV 9-10.

[61] Como nota curiosa, cabe destacar en este momento la discreta presencia de Cleopatra en Roma con su hijo Cesarión, en una villa de César en el Trastévere, que tenemos documentada en otros autores: sabemos que César dedicó una estatua de oro de Cleopatra en el templo de Venus Genetrix (Apiano, *Guerras civiles* II 102; Dión Casio, LI 22), que Cleopatra recibió las visitas de personajes tan notables como Cicerón *(A Át.* XIV 8, 20, 2; XV 15) y que se compusieron versos satíricos criticando a César y Cleopatra en Roma *(cf.* Suet., *Cés.* 52, 49; Dión Casio, XLIII 20). Cicerón, por ejemplo, nunca tuvo una buena opinión de ella, no soportaba el carácter altivo de la reina y de su corte y no parece que lamentara mucho la precipitada huida de Cleopatra, cuando César fue asesinado. En realidad, es imposible saber si Antonio tuvo la ocasión de encontrarse con Cleopatra, ya en Roma, aunque ésta viviera algo recluida en la villa de César.

a comunicar sus planes, se plantearon qué iban a hacer con An-
tonio. El resto de la gente era del parecer de incluirlo en la lis- 2
ta, pero Trebonio[62] se opuso pues decía que ya le había tantea-
do en aquel tiempo en el que César volvía de Iberia y fueron
compañeros de tienda e hicieron el camino de vuelta juntos. Ya
entonces, afirmaba, había tratado de sondear con tacto y calma
el parecer de Antonio y éste había considerado la propuesta,
pero no quería participar. Sin embargo, añadió, Antonio no ha-
bía referido nada de esta conversación a César, sino que había 3
guardado lealmente silencio.

Por esta razón decidieron liquidar a Antonio una vez acaba-
ran con César, pero entonces lo impidió Bruto, que prefería que
este plan, que ya rebasaba los límites de lo justo y apropiado, se 4
encontrara libre de injusticia[63]. Temiendo el poder de Antonio y
el prestigio de su cargo, se las apañaron para que algunos de sus
amigos, en el momento en el que entrara César en el Senado y
estuvieran a punto de pasar a la acción, lo retuvieran y se le en-
tretuviera afuera con algún asunto importante[64].

Llevaron a cabo sus planes, tal como lo tenían acordado, y 14
César murió en el Senado. Entonces Antonio tomó el vestido de 2
un esclavo y se ocultó y, como vio que los hombres no tomaban
represalias contra ninguno más, sino que se reunían en el Capi-
tolio, los convenció para bajar dejando como rehén a su propio
hijo. Él incluso cenó con Casio, mientras que Lépido lo hacía

[62] C. Trebonio había sido *consul suffectus* en el año 45 a. C. Sobre este intento de Trebonio de asociar a Antonio con los tiranicidas, *cf.* Cic., *Filíp.* II 14, 34.

[63] También Bruto pensaba que Antonio recapacitaría y se uniría posteriormente a los conjurados contra César. *Cf.* Plut., *Brut.* 18.

[64] Según una buena parte de las fuentes, fue precisamente Trebonio el encargado de entretener a Antonio. *Cf.* Cic., *Filíp.* II 14, 34; XIII 22; Apiano, *Guerras civiles* II 117, 490; Dión Casio, XLIV 19, 1-3; Plut., *Brut.* 17. Sin embargo, en otras fuentes, es D. Bruto Albino el mencionado para este menester. *Cf.* Plut., *Cés.* 66.

3 con Bruto[65]. Se reunió de nuevo el Senado, y él mismo habló a favor de la amnistía y de la asignación de las provincias a Casio y Bruto[66]. El Senado aceptó estas propuestas y decretaron que no se cambiara ninguna de las disposiciones de César. Antonio
4 salió del Senado como el hombre más ilustre, dando la impresión de que había logrado evitar la guerra civil y una situación difícil y que se produjeran graves revueltas, sirviéndose de un
5 prudente tacto político.

Sin embargo, apoyado por la fama que gozaba entre el pueblo, cambió de planes con la aspiración de ser el primero, qui-
6 tándose de encima a Bruto. Sucedió además que a él le tocó
7 pronunciar el discurso fúnebre ante el cuerpo presente de César, tal como era la costumbre. Cuando vio que el pueblo se sentía especialmente conmocionado y seducido por sus palabras, mezcló en su lamento palabras de elogio y maldiciones por este delito y, al acabar su discurso, extendió el manto del muerto, ensangrentado y hollado por las espadas, tachando de asesinos y desgraciados a los que lo habían hecho. De esta manera, cuan-
8 do el cuerpo de César fue incinerado, juntando los bancos y las mesas de madera, el pueblo sacó tizones del fuego y se fueron a asaltar las casas de los conjurados para quemarlas.

15 Como consecuencia de estos hechos, Bruto y su camarilla tuvieron que huir de la ciudad[67], mientras los amigos de César se reunían en torno a Antonio. Calpurnia, la mujer de César[68],

---

[65] CIC., *Filíp.* II 36, 90; PLUT., *Brut.* 19; DIÓN CASIO, XLIV 34, 6-7.

[66] En esa reunión del Senado que se celebró el 17 de marzo, también Cicerón estuvo a favor de la amnistía para los conjurados contra César. *Cf.* PLUT., *Brut.* 19; *Cic.* 42; DC., XLIV 23-33. Bruto obtuvo Creta y Casio, Libia. *Cf.* PLUT., *Brut.* 19.

[67] Para refugiarse en Accio. *Cf.* PLUT., *Brut.* 21.

[68] Calpurnia era hija de L. Calpurnio Pisón Cesonio, cónsul en el 58 a. C., procónsul de Macedonia entre los años 57-55 a. C. y censor en el 50 a. C. Era la tercera esposa de César. La primera se llamaba Cornelia (hija de Cinna, cón-

con plena confianza sacó de casa y le hizo entrega de la mayor
parte de las riquezas de su patrimonio, cuyo valor ascendía a un
montante de cuatro mil talentos[69]. También recibió los legajos 2
de César (entre los que se encontraban sus *Comentarios*), en los
que daba cuenta por escrito de las decisiones que había tomado 3
y de sus intenciones. Antonio escribió en ellos los nombres que
le plugo y designó a muchos magistrados y a muchos senado-
res, e incluso a algunos que vivían en el exilio los hizo volver,
haciendo creer que ésta era la intención de César[70]. Por esta ra-
zón, los romanos llamaban en broma a todas estas personas los 4
Caronitas[71], pues cuando se encontraban estos procesados judi-
cialmente, recurrían corriendo a invocar la memoria del muer- 5
to. En todo lo demás, Antonio actuaba como dueño absoluto de
todo, él mismo como cónsul y auxiliándose de los hermanos en
su manejo del poder, con Gayo como pretor y Lucio como tri-
buno de la plebe.

En este estado de cosas, llegó el joven César a Roma, que 16
era hijo de la hermana del difunto, como se ha dicho[72], que ha-

sul tres veces entre el 86-84 a. C.) y fue la madre de Julia, la única hija que tuvo César. Cuando Cornelia murió en el año 68 a. C., César se casó con Pompeya, la nieta de Sila. Se divorció de ella en el año 61 a. C. por las sospechas de adulterio con Clodio: el joven Clodio se había introducido en casa de César travestido de mujer, durante la celebración de las fiestas de la Bona Dea, festividad reservada exclusivamente a las mujeres.

[69] En otro pasaje nuestro autor (PLUT., *Cic.* 45) habla de veinticinco millones de dracmas. Cuatro mil talentos equivalen a unos veinticuatro millones de dracmas.

[70] *Cf.* CIC., *Filíp.* V 4, 11-12; SUET., *Aug.* LV 1.

[71] Caronitas, en referencia a Caronte, el barquero del mundo de los muertos, que transportaba las almas por la laguna Estigia. También, según SUETONIO *(Aug.* XXXV 1), se les llamaba *orcini*, por el *Orco* o el mundo de los muertos en latín. Se daba este nombre a los esclavos que habían quedado libres por testamento.

[72] *Cf.* el capítulo 11.

2 bía quedado como administrador de su fortuna, y se encontraba en Apolonia[73] en el momento en el que César había sido asesinado. Éste al momento abrazó a Antonio ya que era amigo de su padre y le recordó que había quedado dispuesto un dinero en depósito. En efecto, según rezaba la última voluntad de César,
3 a cada uno de los ciudadanos romanos se les tenía que dar setenta y cinco dracmas. Antonio, al principio, lo trató con desprecio, ya que lo tenía por un mero muchacho, y le dijo que él no estaba en su sano juicio si, falto de amigos y del talento necesario, aceptaba hacerse cargo de la carga intolerable que constituía el legado de César.

4 Pero el joven Césár no se resignó a aceptar estas razones, sino que continuó reclamando su dinero y Antonio acabó soltando todo tipo de improperios para enojarlo y herirlo. Además, en la ocasión en la que César se presentó al tribunado de la plebe, Antonio se le opuso; y cuando luego, como estaba decreta-
5 do, quiso César dedicar a su padre un trono de oro, entonces Antonio le amenazó con llevarle a la cárcel si no dejaba de agi-
6 tar al pueblo. Pero entonces el joven se pasó al bando de Cicerón y de cuantos odiaban a Antonio, consiguió aposentarse en el Senado a través de aquéllos y puso de su lado al pueblo y a la soldadesca de todas las colonias. Antonio, ya con miedo, le salió al paso para hablar con él en el Capitolio y se reconciliaron.

7 Antonio, mientras dormía esa misma noche, tuvo una inquietante visión: le pareció que su mano derecha era golpeada por un rayo. Pocos días después le llegó el rumor de que César
8 conspiraba contra él. César se defendió pero Antonio no se dejó convencer[74] y de nuevo cobró fuerza la enemistad entre ellos.

[73] La ciudad de Apolonia, en Iliria, había sido el lugar escogido por el joven Octaviano para completar sus estudios. *Cf.* PLUT., *Cic.* 43; DIÓN CASIO, XLV 3.

[74] *Cf.* SUET., *Aug.* X 5.

Recorrieron así ambos Italia, revolucionando con sus grandes
promesas de incentivos la parte del ejército que estaba estable-
cida en las colonias, e intentaron poner de su parte al ejército
que aún se encontraba en armas.

En la ciudad, Cicerón era el personaje más influyente y ata- 17
caba continuamente a Antonio para poner a todos los ciudada-
nos en contra suya. Al final, consiguió que el Senado lo decla-
rara enemigo y que enviara al joven César el cetro y todos los
atributos del cargo de pretor, y que enviaran a Pansa y a Hircio
para echar a Antonio de Italia. Éstos, que fueron designados en-
tonces cónsules[75], abordaron a Antonio en la ciudad de Módena 2
y, con la ayuda de César, ganaron ambos la batalla, pero ambos 3
perdieron la vida.

En la huida[76], Antonio sufrió todo tipo de penurias, pero es- 4
pecialmente el hambre que es la mayor penalidad de todas. Sin
embargo, su naturaleza, asediada por los infortunios, daba lo
mejor de sí misma y en la desgracia se portaba valerosamente
como el que más. ¡Cualquiera se acuerda de la virtud cuando
uno se ve afectado por una desgracia!; sin embargo, sólo algu-
nos imitan lo que veneran y evitan lo que desaprueban en los re-
veses de la fortuna, e incluso algunos caracteres ceden por de- 5
bilidad y quebrantan su propio juicio. Así Antonio ofreció un
incomparable ejemplo a sus soldados, cuando acostumbrado a
tanto lujo y dispendio, sin embargo era capaz de beber en aguas
corruptas sin problemas y alimentarse de frutos silvestres y de
raíces. También, como se cuenta, tuvieron que alimentarse de ani- 6
males que no se habían probado antes y de cortezas de árboles,
mientras iban cruzando los Alpes.

---

[75] C. Vibio Pansa Cetroniano y A. Hircio fueron cónsules en el año 43 a. C.

[76] Antonio huyó el 22 de abril y atravesó los Apeninos, para ir al encuentro de Ventidio. Después, fue por la costa, mientras le iba persiguiendo Bruto, que acabó sus días en la Galia Transalpina.

18 La intención de todo este movimiento era encontrarse con
los ejércitos que se hallaban, al otro lado, al mando de Lépido[77],
amigo de Antonio, y que, gracias a él, había podido conseguir
2 muchos beneficios de la amistad de César. Antonio fue a plan-
tar su campamento cerca del suyo, pero al ver que no se le ha-
cía ningún recibimiento amistoso, decidió arriesgarse: sus ca-
bellos estaban enmarañados, se había dejado crecer una barba
3 hirsuta después de la derrota, cogió un manto de duelo y se acer-
có a la empalizada del campamento de Lépido y empezó a ha-
blarle. Lépido temía que, ante este espectáculo que ofrecía el
estado de Antonio, muchos se sintieran conmocionados y se
emocionaran ante sus palabras, con lo que mandó hacer resonar
4 todas las trombas a la vez, para impedir que se escuchara el dis-
curso de Antonio. Sin embargo, los soldados sintieron una
compasión mayor por Antonio y hablaron secretamente con él,
por mediación de Lelio y Clodio[78], disfrazados de cortesanas,
para pedirle a Antonio que cobrara ánimos y que se atreviera a
atacar la empalizada. Aseguraban que serían muchos los que le
recibirían en el campamento y que incluso matarían a Lépido si
5 era del gusto de Antonio. Pero Antonio no permitió que nadie
se atreviera a tocar a Lépido.

Al día siguiente, intentó atravesar con su ejército el río[79].
Entró él el primero y fue avanzando hasta alcanzar la orilla con-
traria, donde podía ver a muchos soldados de Lépido que de-
rrumbaban la empalizada del campamento y que le extendían
6 sus manos. Antonio entró en el campamento y se apoderó de
todo, pero se comportó de la manera más clemente posible con

[77] Lépido había sido nombrado por César procónsul de la Galia Narbonense y de la provincia de Hispania Citerior.

[78] No se refiere a Clodio, el amigo de juventud de Antonio, que ya había muerto. Tanto de él como de su compañero Lelio no se sabe nada.

[79] *Cf.* Apiano, *BC* III 83, 340-84, 348.

Lépido: en efecto, se dirigió a abrazándolo y llamándolo padre, y, aunque se hizo cargo de todo de hecho en el campamento, de manera nominal dejó el título y los honores propios del comandante supremo al otro. Esto hizo que Munacio Planco[80], que se 7
encontraba no lejos con un considerable ejército, se pasara al 8
bando de Antonio. Así con un gran poder, volvió a cruzar los Alpes y llevó a Italia diecisiete legiones de soldados a su cargo y diez mil caballeros. Además había dejado en la retaguardia en la Galia a seis legiones al mando de un tal Vario, uno de sus amigos y compañeros de juerga, al que llamaban el Cotilón[81].

César perdió interés por Cicerón, al que veía que continua- 19
mente se empeñaba por defender la libertad, así que llamó a Antonio y a Lépido a través de sus amigos para formar el triunvirato[82]. Acudieron los tres a una pequeña isla totalmente rodeada por un río[83] y estuvieron reunidos durante tres días[84]. Lle-
garon en la mayor parte de los asuntos a un acuerdo de manera 2
civilizada y se repartieron todo el poder entre ellos como si se tratara de un bien patrimonial.

Sin embargo, el principal punto de discusión que les presentó las mayores dificultades fue la cuestión de saber qué hom-
bres eliminarían, porque cada uno quería acabar con sus enemi- 3
gos y salvar a sus partidarios. Al final, dejaron a un lado la

---

[80] El procónsul de la Galia Transalpina.

[81] L. Vario Cotila. El juego lingüístico consistiría en poner en relación el *cognomen* con el griego *kotyle* (copa, pero también medida para líquidos), lo que sería una especie de burla a las juergas que compartía con Antonio. *Cf.* Cic., *Filíp.* V 2, 5; VIII 8, 24; XIII 12, 26.

[82] *Cf.* Plut., *Cic.* 46. El consulado quedó vacante tras la muerte de Hircio y de Pansa. Octavio reclamó al Senado ese puesto vacante, pero se lo denegó. Acudió con los soldados y lo consiguió el 19 de agosto de 43 a. C. por la fuerza.

[83] El segundo triunvirato se formó en octubre del 43 a. C. en la isla del río Reno, cerca de Bolonia. *Cf.* Apiano, *BC* IV 2, 4-7; Dión Casio, XLVI 55, 1.

[84] Según Apiano (*BC* IV 2, 4-7) la reunión duró sólo dos días.

honra debida a los parientes y el respeto a los amigos y preva-
leció en ellos la furia que les provocaban la gente que odiaban:
César le concedió a Antonio la muerte de Cicerón, a éste con-
cedió Antonio la muerte de Lucio César, que era su tío por par-
te de madre[85], y Lépido consiguió que muriera su hermano Pau-
lo[86], aunque otros consideran que fue Lépido el que cedió y dejó
4 a Paulo a merced de los otros, pues reclamaban su muerte.

Considero que no habido nada más inhumano y más cruel que este mercadeo: intercambiándose muertes con otras muertes, asesinaban por igual a los que habían sido abandonados a su merced como a los que habían tomado, pero sobre todo la mayor injusticia que cometieron fue con sus amigos, a los que daban muerte sin ni siquiera sentir odio por ellos.

20 Tras la firma de estos acuerdos, los soldados que asistían a
estas sesiones sugirieron que César sellara su amistad con un
compromiso matrimonial, tomando a Clodia[87], la hija de Ful-
2 via, que a su vez era la esposa de Antonio. Una vez ratificado el
acuerdo, en virtud de este tratado fueron ejecutados por ellos
3 unas trescientas almas[88]. Cicerón fue degollado y Antonio or-

[85] L. Julio César había sido cónsul en el año 64 a. C.

[86] L. Emilio Lépido Paulo fue cónsul en el año 50 a. C. Consiguió, a pesar de estos acuerdos, salvar su vida. *Cf.* Dión Casio, XLVII 6, 3.

[87] Clodia era hija de Fulvia, pero no de Antonio, sino de su primer marido, Clodio. Octaviano la repudió rápidamente, sobre todo en cuanto vio que Fulvia deseaba manejarlo por medio de esta alianza matrimonial. *Cf.* Dión Casio, XLVI 56, 3; Suet., *Aug.* 62, 1.

[88] Otra cifra que da nuestro autor es la de 200, más o menos. *Cf.* Plut., *Brut.* 27; *Cic.* 46. Otras fuentes hablan sólo de 130 senadores y muchos caballeros (Liv., *Per.* CXX). La reflexión general de nuestro autor se completa con los detalles que proporcionan otras fuentes, que inciden especialmente en la arbitrariedad de estas ejecuciones y en la oportunidad que aprovechan algunos para ampliar la lista con sus enemigos personales. En estas historias se da pie a lo novelesco, lo milagroso y truculento: familiares y amigos traidores, esclavos que adoptan la apariencia de sus amos para salvarlos, ejecuciones de familias

denó que se le cortara la cabeza y la mano derecha con la que
había escrito esos discursos contra él. Y cuando se los trajeron, 4
se recreó, exultante, en su contemplación y estuvo riendo de
gozo durante largo rato hasta que ya estuvo satisfecho y ordenó
que fueran expuestos estos restos en el Foro en los *Rostra*[89]
como escarnio del muerto, sin darse cuenta de que él injuriaba
su propia fortuna y deslegitimaba su poder[90].

El tío de César fue puesto en busca y captura y se refugió en 5
casa de su hermana. Ella, cuando llegaron los verdugos que pre-
tendían allanar su morada, bloqueó la puerta y, cubriéndola con sus
brazos, gritó: «No mataréis a Lucio César, sin que antes me matéis
a mí, que soy la madre que parió a vuestro general»; y así, con esta 6
desafiante resolución, consiguió ocultar y salvar a su hermano[91].

Los romanos tenían muchos motivos para considerar que el 21
triunvirato era una carga pesada, pero la principal razón era es-
pecialmente Antonio[92], pues aun siendo más viejo que César y

---

enteras, etc. Para más detalles, *cf.* Apiano, *BC* IV 6, 8-11 (el texto de las proscripciones), 12-30 (ejecuciones y asesinatos), 36-51 (salvaciones milagrosas); Dión Casio, XLVII 8-13; Veleyo Patérculo, II 66.

[89] Literalmente «podio» (Plutarco usa *bēma)*, lugar del Foro en el que se exponían los despojos conseguidos en las grandes victorias de Roma, especialmente los espolones de las naves enemigas.

[90] El final de Cicerón, más detallado en otros autores e incluso en el propio Plutarco, en su *Vida de Cicerón*, es de una especial crueldad, incluso más allá de la muerte. Cicerón intentó huir pero fue capturado antes de poder abandonar Italia y fue decapitado. También se cuenta que su mujer, Fulvia, cogió la cabeza del orador, le sacó la lengua y la trinchó con agujas. Otras fuentes dicen que fueron sus dos manos las que se expusieron en los *Rostra*, en pleno Foro, como ejemplo para la ciudadanía.

[91] *Cf.* Dión Casio, XLVII 8, 5.

[92] Ésta es una idea en la que profundiza especialmente la propaganda filoaugustea contra Antonio *(cf.* Plin., *Historia Natural* VII 147; Dión Casio, XLVII 7-8); pero Suetonio *(Aug.* XXVII 1) recuerda que él no estuvo tan exento de culpa en el tema de las proscripciones.

más poderoso que Lépido, sucumbió de nuevo a ese género suyo de vida tan indolente y depravada de siempre, mientras
2 acaparaba todo el poder. Además de esa mala fama, no menos motivo de odio era la casa en la que vivía, que había sido la de Pompeyo el Grande, hombre no menos admirado por su discreto régimen de vida, ajustado a unos parámetros civilizados,
3 como por sus tres triunfos[93]. Se avergonzaban de ver la casa cerrada casi siempre a los reyes, generales y embajadores a los que se les sacaba a la puerta con insolencia, cuando, en cambio, estaba llena de mimos, charlatanes y aduladores borrachos, en los que Antonio derrochaba la mayor parte del dinero que se había apropiado de la forma más terrible y cruel.

4 Los triunviros no sólo pusieron a la venta las posesiones de los que habían matado, pues habían procesado incluso a los familiares y a las esposas de éstos, e impusieron todo tipo de tasas[94]; sino que incluso, al enterarse de que las vírgenes vestales custodiaban en depósito las posesiones de algunos de sus con-
5 ciudadanos, e incluso de extranjeros, entraron a buscarlos[95]. Como nada le bastaba a Antonio, César le exigió que compartiera también el dinero con él. Compartieron también el ejérci-

[93] Pompeyo había triunfado en Oriente, como propretor, el 12 de marzo del año 79 a. C., como procónsul en Hispania, el 29 de diciembre del 71 a. C., y el 28-29 de septiembre del 61 había celebrado su nueva victoria en Oriente. *Cf.* PLUT., *Pomp.* 14 y 45.

[94] El *tributum* había sido recuperado tras la guerra de Módena, pero fueron todo tipo de impuestos arbitrarios los que se impusieron sobre la población de Roma. Respecto a las mujeres, en concreto, se cuenta que los triunviros habían decidido imponer un impuesto especial sobre las pertenencias de éstas, especialmente sus joyas y adornos. Las mujeres decidieron manifestarse encabezadas por Hortensia, que pronunció un discurso en defensa de las mujeres. APIANO, *BC* IV 32-34.

[95] Una buena parte de los santuarios de la Antigüedad también tenían tesoros en los que se acumulaban y se custodiaban las riquezas de ciudades y gobernantes.

to que ambos comandarían contra Bruto y Casio en Macedonia y dejaron a Lépido a cargo de Roma[96].

En cuanto cruzaron el mar, emprendieron la batalla y acam- 22
paron sus ejércitos cerca de sus enemigos, poniéndose el de Antonio contra el de Casio, y el de César contra el de Bruto[97]. No destacó César con ninguna hazaña relevante, pero Antonio, en cambio, fue el vencedor absoluto, imponiéndose en todos los
enfrentamientos. En concreto, en la primera batalla, César fue 2
vencido por el ejército de Bruto, César perdió su campamento y consiguió, por muy poco, escapar de los que le perseguían. Como él escribió en sus *Memorias*[98], gracias a que uno de sus amigos tuvo una corazonada, se apartó de la batalla a tiempo.
Aunque, en efecto, algunos afirman por escrito que no se pre- 3
sentó a la batalla, sino que le acusan de que vino después, en la persecución, lo cierto es que Antonio venció a Casio. Píndaro,
uno de los libertos de su confianza, mató a Casio a petición y 4
por orden suya; no sabía, en verdad, que Bruto había ganado[99].

Pocos días después tuvo lugar una nueva batalla. Bruto, de- 5
rrotado, se suicidó también[100] y Antonio se adjudicó totalmente la gloria de la victoria, porque entonces se encontraba César en-
fermo. De pie, ante el cadáver de Bruto, Antonio soltó algún 6
que otro reproche por la muerte del hermano Gayo, pues Bruto

---

[96] *Cf.* Apiano, *BC* IV 3, 8-9.

[97] La lucha entre Octaviano y Antonio contra Bruto y Casio se trabó en el año 42 a. C. en la ciudad de Filipos, en Macedonia. *Cf.* Plut., *Brut.* 40-49; Apiano, *BC* IV 105, 438-442.

[98] La batalla se inicia en octubre del año 42 a. C. Nuestro autor sigue la versión filoantoniana. En sus memorias, Octavio Augusto (*HRR* II 58-59) cuenta que fue sacado de la batalla porque un amigo suyo, el médico M. Artorio Ascleipades, tuvo una visión durante el sueño.

[99] A causa de la miopía que sufría. *Cf.* Plut., *Brut.* 43.

[100] La batalla tuvo lugar el 23 de octubre. En esta batalla participaron también el hijo de Catón el Joven, que murió, y Horacio, el poeta, que salió huyendo. *Cf.* Hor., *Odas* II 7, 9-14.

lo había matado en Macedonia en venganza por la muerte de Cicerón. Después, diciendo que era más culpable Hortensio[101] que Bruto de la muerte de su hermano, ordenó que se degollara
7 a Hortensio sobre la tumba. Después cubrió el cadáver de Bruto con su valiosísimo manto de púrpura y a uno de sus libertos
8 le ordenó que preparara los funerales. Cuando después vino a saber que el manto de púrpura no se había consumido en la pira con el resto del cadáver y que el liberto había robado muchas de las riquezas del muerto, lo mandó matar[102].

23 Después de la batalla, César fue llevado a Roma, en la creencia de que sucumbiría por su enfermedad en no mucho tiempo. Por su parte[103], Antonio pasó a Grecia, con la intención de recaudar dinero de todas las provincias orientales, llevando consigo además un gran ejército. Habían prometido cinco mil dracmas a cada soldado, con lo que necesitaban intensificar el cobro de los tributos para conseguir dinero[104].

2 Al principio, para los griegos, Antonio no se presentó como alguien inoportuno y molesto, sino que incluso esa tendencia suya a holgar le empujó a escuchar a los oradores, a presenciar espectáculos y a participar en ritos de iniciación[105], era ecuáni-

---

[101] Q. Hortensio era el hijo del famoso orador rival de Cicerón, Q. Hortensio Ortalo. Había sido procónsul de Macedonia en el 44 a. C. y se unió a Bruto. Hortensio acabó con la vida de C. Antonio (*cf.* PLUT., *Brut.* 28), pero otras fuentes afirman que fue C. Clodio quien cometió este acto. *Cf.* DIÓN CASIO, XLVII 24.

[102] *Cf.* VALERIO MÁXIMO, V 1, 11; PLUT., *Brut.* 53.

[103] Se revisaron los términos del triunvirato tras la victoria de Filipos: Lépido se quedó solamente con África, Antonio se quedó con Oriente, pero también con la Galia Transalpina y con la Narbonense y Octaviano, además de Italia y Cerdeña, consiguió Hispania, que había estado en manos de Lépido.

[104] *Cf.* APIANO, *BC* V 3, 11; DIÓN CASIO, XLVIII 2, 2; 24, 1. Estas mismas fuentes (*cf.* APIANO, *BC* IV 120, 507) precisan que los triunviros habían prometido 5.000 dracmas a cada legionario, 25.000 a cada centurión y 50.000 a los tribunos.

[105] Probablemente se trate de los misterios de Eleusis, ya que Antonio se encuentra en Atenas.

me en sus dictámenes y gozaba mucho del apelativo de filohe-
leno, aunque especialmente le agradaba ser proclamado filoate-
niense, ya que, en verdad, había concedido a la ciudad los ma-
yores beneficios[106]. Como, por otra parte, querían también los 3
megarenses, rivales de Atenas, mostrar alguna de sus bellezas,
requirieron su presencia en el buleuterio[107]. Antonio subió al es-
trado, lo visitó y cuando uno le preguntó qué opinión tenía de
éste, contestó: «Pequeño y viejo». Con todo, tomó las medidas
necesarias para acabar el templo de Apolo Pitio, como había 4
prometido al Senado[108].

Antonio dejó a Lucio Censorino[109] al mando de Grecia, pasó 24
a Asia[110] y, dispuesto a echar mano de las riquezas de allí, fue-
ron llamando a su puerta los reyes y sus esposas, rivalizando
unas con otras por recibir sus regalos y mostrarse bellas, acep-
taron incluso prostituirse con él[111]. Mientras que por su lado, en
Roma, César estaba agotado, ocupado en sofocar las guerras y
las sediciones, Antonio gozaba en su tranquilo letargo, con lo 2
que volvió a lo que constituía un hábito en su vida: ceder a sus

---

106 Antonio había concedido a los atenienses las islas de Egina, Iros, Ceo, Esciato y Pepareto. *Cf.* Apiano, *BC* V 7, 30.

107 Palacio del Consejo, efectivamente una de las maravillas de la ciudad. *Cf.* Paus., I 42, 4.

108 Plutarco no especifica cuál es el templo donde se realiza este rito. Podría ser el de Delfos, el de Mégara o probablemente el santuario que se encontraba en Atenas en los márgenes del Iliso.

109 L. Murcio Censorino había sido nombrado procónsul de las provincias de Macedonia y de Grecia.

110 Tras una escala intermedia en Bitinia en la primavera del año 41 a. C. *Cf.* Flavio Josefo, *Antigüedades judías* XIV 301.

111 Se cuenta que hubo una relación de Antonio con una tal Glafira, la madre del pretendiente al trono de Capadocia, gracias a cuya influencia pudo atraer al bando de Antonio a este soberano. *Cf.* Apiano, *BC* V 7, 31. Este episodio fue especialmente utilizado por la propaganda augustea contra Antonio. *Cf.* Mart., XI 20.

pasiones. Citaredos, como Anaxénor[112], flautistas, como Juto, y gente como Metrodoro[113], que era un danzarín, y una gran comparsa de actores de Asia del mismo gremio, superando en lo grosero y en lo grotesco toda esa vida canalla que él traía de Italia[114], irrumpieron en su corte y se apoderaron de él. La situación se hizo insoportable, desde el momento en el que todos su-
3 cumbieron a los mismos excesos. Asia entera, como el dicho de Sófocles, era como aquella ciudad que igualmente se llenaba de efluvios de incienso,

Junto a peanes y lamentos[115].

4 A su entrada en Éfeso, las mujeres desfilaron detrás disfrazadas de bacantes y los niños y los hombres iban como sátiros y panes; la ciudad estaba llena de hiedra, de tirsos, de salterios, de zampoñas, de flautas, haciéndose llamar él mismo Dioniso Cari-
5 sotes y Meliquio. Así sería ciertamente para algunos, pero para la mayoría era Dioniso Omestes y Agrionio[116], pues quitó sus bienes

---

[112] Este citaredo fue nombrado *phorológos*, es decir, el principal recaudador y beneficiario de los impuestos, de cuatro ciudades. *Cf.* ESTRAB., XIV 1, 41 p. 648; *SIG*[3] 766.

[113] Tanto Juto como Metrodoro son desconocidos.

[114] Probablemente se refiera a toda esa tropa de cómicos y danzarines que, en el capítulo 9, acompañaban a Antonio ya en Roma.

[115] SÓFOCLES, *Edipo Rey* 4-5.

[116] Literalmente Dioniso, «el que porta la alegría, el benigno» (Caridotes, Meliquio) y «el carnívoro, el salvaje» (Omeste, Agrionio). Son conocidos epítetos del dios Dioniso, algunos de ellos que inciden especialmente en el aspecto más salvaje del culto de Dioniso. *Cf.* PLUT., *Charlas de sobremesa* I 613d; ATEN., *Banquete de los eruditos* II 78c. Otras fuentes (DC XXLVIII 39, 2) afirman que la divinización de Antonio fue en el 38 a. C., cuando éste se encontraba con Octavia en Atenas. La intención de nuestro autor es clara: busca incidir en el primitivismo de las pasiones a las que sucumbe Marco Antonio, la crueldad con la que trata a los súbditos de Asia y prepara el campo para la entrada triunfal de Cleopatra en los párrafos siguientes.

a los hombres de bien, mientras se dejaba agradar por aduladores 6
y funambulistas. Algunos reclamaron en herencia las riquezas de algunos de los hombres más ricos, haciendo como si estuvieran muertos, cuando aún estaban vivos, y lo consiguieron. También, por ejemplo, la casa de un hombre de Magnesia[117] llegó a dársela a un cocinero, en pago, como se dice, por una sola cena[118].

Al final, cuando Antonio quiso imponer un impuesto por se- 7
gunda vez[119] a las ciudades, Hibreas[120], hablando en nombre de toda Asia, se atrevió a decir públicamente en tono declamatorio, no muy diferente del estilo del gusto de Antonio, lo siguiente: «Si pu-
dieras tomar de cada uno de nosotros dos veces un impuesto, ¿po- 8
drías hacer también que vengan dos veces por nosotros el verano, dos veces el otoño?». Hibreas sostenía enérgicamente y en tono audaz que Asia ya había pagado doscientos mil talentos, y concluyó: «Si esta cantidad no te ha llegado, reclámasela a aquellos que la tomaron de tu parte y, si ya no lo tienen, estamos perdidos».

Este discurso conmocionó enormemente a Antonio, pues
desconocía los detalles de lo que había sucedido, no tanto por 9
liviandad, como fiado de los suyos en su simplicidad[121]. En

[117] En la provincia de Asia hay dos Magnesias: Magnesia del Sípilo (moderna Manisa), al pie del monte del mismo nombre (moderno Spil Dagh) que se encuentra en Lidia, cerca de Esmirna, y Magnesia del Meandro, localidad próspera de Caria, no muy lejos de Éfeso. Es probable que el cocinero fuera de esa segunda localidad.

[118] Otras actuaciones extravagantes de este tipo: Antonino regaló a una citarista famosa cuatro villas de Asia y soldados y al poeta Boeto la ciudad de Tarso entera. ESTRAB., XIV 648 y 672.

[119] En efecto, este tributo obligatorio se impone por segunda vez, porque los libertadores, Bruto y Casio, exigieron el pago de ese tributo ya antes e incluso sometieron a la fuerza a algunas de las ciudades que se negaron a pagarlo.

[120] Famoso orador de Milasa que destacó igualmente en la campaña contra los partos. *Cf.* ESTRAB., XIV 2, 24, p. 659-660.

[121] Antonio redujo, por tanto, la aportación de impuestos que debían dar las ciudades en esa época. Sin embargo, algunas ciudades se beneficiaron del paso

10 efecto, se caracterizaba su carácter por una llaneza y una lentitud de reflejos, pero, cuando se daba cuenta de sus errores, sentía un profundo arrepentimiento y lo reconocía ante los que habían sido perjudicados por él. También había una cierta ejemplaridad en sus recompensas y en sus castigos, pero parece
11 ser que tendía a superar todos los límites, y más en los favores que concedía que en los escarmientos.

La insolencia de sus bromas y chiquilladas encontraba su remedio en ella misma, porque permitía que se le devolvieran las bromas, ya que se divertía tanto si era objeto de esas burlas como si él se reía de los demás. La mayor parte de sus actuaciones quedaron marcadas por este rasgo de su carácter: en verdad,
12 convencido de que los que hablaban con total libertad durante sus bromas no podrían adularlo cuando estuvieran hablando en serio, se dejaba conquistar por los halagos, ignorando que algunos mezclaban la adulación con la franqueza, como si fuera una salsa agridulce, para evitar así importunarlo. De esta manera se las ingeniaban para hacerle creer, con sus audaces conversaciones entre copas, que su sometimiento y su aquiescencia en los asuntos serios no eran por complacerle, sino porque se sentían inferiores en inteligencia.

Si tal era el temperamento de Antonio, el amor de Cleopatra[122] fue el mal que lo remató definitivamente: muchas de las pasiones

---

de Antonio: exentos del pago de estos tributos quedó la ciudad licia de Janto (que había quedado en muy mal estado tras el paso de Casio y Bruto), Rodas tomó posesión de Andros, Naxos y Mindos; y Atenas tomó posesión de Teos, Egina, Icos y Ceos. Apiano, *BC* V 7, 28-31.

[122] En el momento en el que Antonio y Cleopatra se encuentran ella está plenamente asentada como reina de Egipto. Cleopatra VII Thea Filopator («la divina, que ama a su padre», *cf. OGIS* 194; toda una ironía para una reina de la que se decía que incluso había matado a sus hermanos) era la hija mayor de Tolomeo XII Auletes, pero no la única descendiente. Su hermana Arsínoe y sus hermanos menores Tolomeo XIII y XIV también estuvieron conspirando para conseguir el poder, pero ella se apoyó en Roma para asegurarse el trono.

que se guardaban latentes y dormidas en su interior las desató ese amor hasta el paroxismo y, si cobijaba algún sentimiento bueno y saludable su corazón, éste lo destruyó y se esfumó.

Se enamoró de la siguiente manera. Estaba él inmerso en la 2 guerra contra los partos, cuando mandó llamar a esta mujer, ordenándole que acudiera a su presencia y le diera explicaciones de las acusaciones que se vertían contra ella por haber dado dinero a 3 Casio y haberlo ayudado en la guerra[123]. Su enviado Delio[124], en cuanto vio el aspecto de Cleopatra e intuyó su astucia y la fuerza de convicción de sus palabras, comprendió al punto que Antonio jamás haría ningún daño a tal mujer y que sería una poderosa influencia, cuando estuviera a su lado. Por ello, se dispuso a adular a la egipcia y a exhortarla, según ese dicho homérico, «a ir a Cilicia tras ser bien adornada[125]»; y a no temer nada de Antonio, porque era el más benévolo y el más generoso de los generales.

Ella quedó convencida por las palabras de Delio mas, al contar con los atributos de esa belleza suya, que había subyugado antes a César[126] y a Gneo, el hijo de Pompeyo[127], tuvo la esperanza 4

[123] Estas acusaciones debían de ser falsas, porque la mayoría de las fuentes afirman que Cleopatra se negó a ayudar a Casio. *Cf.* APIANO, *BC* IV 61, 262; V 8, 2; DIÓN CASIO, XLVII 30, 4; 31, 5. En todo caso, sí hubo un contingente de ayuda enviado por Serapión, el general egipcio encargado del territorio de Chipre. *Cf.* APIANO, *BC* V 1, 8-9.

[124] Probablemente se refiera a Q. Delio, el historiador, citado en el capítulo 59.

[125] *Il.* XIV 162. Con este verso Hermes se dirige a Hera, que está dispuesta a seducir a Zeus y alejarlo de Troya. Toda una ironía de nuestro autor, en boca de Q. Delio, pues, efectivamente, Cleopatra alejará a Antonio de la lucha y lo entretendrá con sus chiquilladas en su palacio de Alejandría.

[126] Más importante y mejor documentado es el encuentro de César y Cleopatra. Se produjo entre los años 48-47 a. C., cuando Cleopatra tenía sólo veinte años. C. Julio César había sido el garante del testamento de Tolomeo XII Auletes, que disponía que el reino sería regido por su hija Cleopatra VII y el hermano de ésta, Tolomeo XIII. Tras la guerra mandó a restaurar a Cleopatra en el poder, a la vez que la hizo su amante. *Cf.* PLUT., *Cés.* 49.

[127] Nuestro autor es el único en referirse una relación entre Gneo Pompe-

5 de someter a Antonio con facilidad. Aquéllos la habían conocido en su juventud, cuando aún era una chiquilla sin experiencia del mundo, pero ahora ella iba a encontrarse con él en ese momento en el que las mujeres resplandecen en su belleza y su inteligencia está en su apogeo[128]. Así pues, preparó muchos rega-
6 los, dinero y toda esa pompa, de la que conviene envolverse en las grandes ocasiones, y que era propia de un reino próspero como el suyo. Sin embargo, la mayoría de estos adornos los llevaba consigo puestos, depositando sus esperanzas en la mágica fascinación que le proporcionaban sus bien aderezados encantos personales[129].

---

yo y Cleopatra, cuando el que era el hijo mayor de Pompeyo acudió a la corte egipcia en el año 49 a. C., para pedir ayuda contra César. Sobre esta circunstancia, *Cf.* César, *BC* III 4, 4; 5, 1 y 3; 40, 1; 111, 3; Apiano, *BC* II 49, 200-204. De todas formas, la versión oficial, promovida por Octavio Augusto, siempre tachó a Cleopatra de haber tenido muchos amantes. Entre los adjetivos que los poetas y prosistas usan para referirse a la reina, destacan los apelativos de «mujer gastada entre sus propios esclavos; la reina prostituta del incestuoso Cánopo» (Propercio, III 11, 30 y 39); «reina meretriz» (Plin., *Historia Natural* IX 119); «Afrodita insaciable» (Dión Casio, LI 15, 4); «deshonra de Egipto, furia mortífera del Lacio, impúdica para desdicha de Roma» (Lucano, X 59-60), etc. Sin duda, la mayor parte de los casos son exageraciones, como parece ser el caso de Flavio Josefo *(Antigüedades judías* XV 5), que atribuye a Cleopatra un intento de seducción del propio Herodes de Judea, el que era su enemigo político. Sus matrimonios con sus hermanos Tolomeo XIII y XIV y sus amores con César y Antonio, siempre se pueden analizar desde la perspectiva política, que busca consolidar su poder continuamente en peligro. Sobre esta fama literaria de la figura de Cleopatra en la literatura latina y griega, *cf.* I. Becher, *Das Bild der Kleopatra in der griechischen und lateinischen Literatur*, Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Berlín, 1966.

[128] Tenía veintiocho años.

[129] Cleopatra sabía realzar las cualidades de su belleza y se dice, incluso, que ella escribió una obra sobre cosmética. H. Hultsch, *Metrologic. Script. Reliquiae* I 108f. 233.

Se acumulaban las cartas que iba recibiendo de parte del pro- 26
pio Antonio y de los amigos de éste reclamando su presencia,
pero ella se lo tomaba todo tan a la ligera y despreciaba hasta tal
punto a Antonio, que se puso a surcar el Cidno[130] en una embar-
cación con la popa dorada, en el que se encontraban desplegadas
velas de púrpura y hasta los remos tenían broncíneos asidores,
mientras lo envolvía todo una armoniosa melodía de un concier- 2
to de flauta, caramillo y cítara. Ella misma reposaba a la sombra
de un baldaquín bordado en oro, adornada de la misma forma
que Afrodita en las pinturas, mientras dispuestos a ambos lados
unos niños, vestidos también como esos Amores de los cuadros,
le daban aire; asimismo, las doncellas de más destacado porte de 3
su séquito iban vestidas de Nereidas y Gracias, algunas mane-
jando el timón y otras los cabos; y sugerentes aromas, que exha- 4
laban de ricos perfumes, se fueron vertiendo por las orillas. Así,
mientras algunos varones custodiaban la barca desde ambos la-
dos del río, otros salían de las ciudades para contemplar esta ma-
ravilla y fue tanta la gente agolpada en el Foro, que se precipitó 5
fuera a verlo, que, al final, Antonio se vio solo subido al estrado,
a la vez que, por todas partes, se corría la voz de que Afrodita
acudía ante Dioniso por el bien de Asia[131]. 6

---

[130] Río de Cilicia que baña la ciudad de Tarso, ciudad donde se sitúa el encuentro y cuyo foro se menciona un poco más adelante.

[131] Éste es uno de los pasajes más comentados de la *Vida de Antonio*, desde el punto de vista de la pervivencia, pues prácticamente aparece reproducido en la narración de Domicio Enobarbo del encuentro de Cidno en el *Antony and Cleopatra* de SHAKESPEARE (Act II Esc. 2). La cuestión es que probablemente el bardo inglés, que compuso esta obra entre 1606 y 1607 *(editio princeps* en 1623), no conoció directamente el texto griego sino la traducción al inglés de sir Thomas North de 1579, hecha respectivamente a partir de la reciente traducción francesa de Amyot del año 1559. Sobre la relación entre SHAKESPEARE y PLUTARCO, *cf.* especialmente, C. B. R. PELLING, *Plutarch: Life of Antony*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, págs. 37-45; y los pasajes a los que reenvía.

Antonio la mandó llamar para invitarla a cenar, pero ella prefería que fuera él el que viniera a cenar con ella. Queriendo pues tener un gesto de cortesía y caballerosidad con la soberana, cedió y fue a verla. Se encontró con tanta preparación, que era mayor de lo que le habían dicho, y quedó especialmente im-
7 presionado por la cantidad de luces: se cuenta que eran tantas las que pendían en lo alto y estaban en tierra y que resplandecían por todas partes, dispuestas y bien ordenadas, inclinadas o rectas, las unas junto a las otras para formar círculos o rectángulos, que aquel espectáculo fue digno de ver por su belleza como pocos[132].

27 Al día siguiente Antonio le devolvió la invitación, sintiéndose entonces obligado a honrarla superándola en elegancia e ingenio, pero fue inferior y en ambos casos fue ampliamente superado, así que empezó a hacer bromas sobre la sobriedad y rusticidad de su recibimiento. Cleopatra advirtió que había, en
2 su trato, mucho de esa rudeza propia del guerrero, por lo que se sirvió también de ese mismo tono atrevido y socarrón[133].

[132] El banquete está descrito en otras fuentes. *Cf.* Aten., *Banquete de los eruditos* IV 147e-148b = *FGrHist* 192 F1 (Sócrates de Rodas). Lucano comenta que ya con César, «Cleopatra, con aparatosa ostentación, desplegó unos lujos exclusivos suyos, aún no importados a la sociedad romana» y continúa con una digresión con la descripción del lujo del palacio de Cleopatra, durante la celebración del banquete en honor a César *(cf.* X 110-135), y los lujosos vestidos y maquillajes de la reina *(cf.* X 135-155). A Plinio *(Historia Natural* IX 119-121) se debe la famosa historia de la perla disuelta en vinagre: la reina de Egipto se había apostado con Marco Antonio que se gastaría más de seis millones de sestercios en un banquete y trató de ganar esta apuesta, bebiéndose las perlas de sus pendientes, pues costaban más diez millones de sestercios cada una de ellas. Sólo se bebió una de ellas, pues Antonio se dio por vencido, cuando estaba dispuesta a beberse la siguiente perla. La otra, tras la victoria de Accio, fue depositada en el templo de Venus Genetrix en Roma.

[133] Aquí nuestro autor da buena cuenta de la perspicacia de Cleopatra para comprender el carácter de Antonio y su capacidad para adaptarse a su interlo-

Cuentan que, en efecto, la belleza de Cleopatra no era, en sí 3 misma, excesivamente exuberante como para subyugar a primera vista, pero su trato tenía un punto irresistible y su belleza, junto con ese atrayente don de palabra, y su carácter, que envolvía al que la trataba, le proporcionaban una fascinación penetrante como un aguijón[134]. Provocaba placer el simple sonido de su voz y su lengua, como si fuera un instrumento de múlti- 4 ples cuerdas, estaba afinado para expresarse en cualquier idioma en el que ella deseara hablar[135]. En efecto, con pocos pue-

---

cutor. Pero no olvidemos que la entrevista de Tarso era de carácter político: Cleopatra no sólo consiguió justificarse de su actuación en la guerra civil sino que, gracias a Antonio, consiguió deshacerse de su hermana Arsínoe, refugiada en el templo de Ártemis en Éfeso, de Serapión, el gobernante de Chipre que se había puesto al servicio de Casio y se había refugiado en Tiro, y de un impostor que se hacía pasar por Tolomeo XIV en Egipto. Cleopatra se queda, pues, con todo el poder.

[134] Éste es uno de los retratos de Cleopatra más centrados en sus cualidades intelectuales en comparación con otras fuentes (*cf.*, por ejemplo, DIÓN CASIO, XLII 34, 4), que destacan, casi de manera tópica, la extraordinaria belleza de la que gozaba. Aquí no aparece mencionada esa famosa nariz que sí aparece en otros retratos que nuestro autor hace de la reina (PLUT., *Cés.* 48-49; *Pomp.* 74-80) y que inspiró la famosa frase de PASCAL: «Si le nez de Cléopâtre eût été plus court, toute la face de la terre aurait changé» (*Pensées* II 162). Esa nariz aquilina también aparece en las pocas representaciones escultóricas que se consideran auténticas (como el famoso busto del British Museum) y especialmente en las monedas egipcias, acuñadas en Alejandría, Antioquía y Ascalón, durante su reinado, con su imagen. No deja de ser curioso que este rasgo de la nariz sea compartido por Antonio y Cleopatra.

[135] Resulta lógico que Cleopatra, como mucho de los Tolomeos, patrocine las letras desde la famosa Biblioteca de Alejandría y ella misma esté interesada en la cultura. FILÓSTRATO (*VS* I 5) habla sobre el interés filológico de Cleopatra por la lenguas y la llama *philologa*. También CICERÓN, de manera indirecta, relaciona a Cleopatra con el mundo de las letras cuando dice que la reina se ha comprometido a satisfacer algunas de sus peticiones, *quae quidem philologa et dignitatis meae* (CIC., *Cartas a Ático* XIV 20, 2). Probablemente se esté refiriendo a algún ejemplar raro que se podía encontrar en la Biblioteca de Alejandría.

blos bárbaros tuvo que servirse de un intérprete, pues ella mis-
5 ma era la que por sus propios medios daba audiencia, ya fuera a etíopes, trogloditas[136], hebreos, árabes, sirios, medos o partos. Se dice que había aprendido a hablar en muchas lenguas, cuando precisamente los reyes anteriores a ella ni siquiera se habían preocupado de aprender la lengua egipcia, confiando alguno nada más que en su dialecto de Macedonia[137].

28 Tan engatusado estaba Antonio que, mientras su mujer Fulvia luchaba por el patrimonio de su marido ante César en Roma y estaba ya en Mesopotamia un ejército parto, al mando de Labieno, con intención de invadir Siria[138], él se dejó arrastrar por ella a Alejandría y allí, pasando el tiempo en ociosidades y ni-
2 ñerías desperdició ese tan preciado don que, como dice Antifonte[139], es el tiempo. Pues, en efecto, montaron una asociación con el nombre de «los de vida inimitable[140]» y cada día celebraban banquetes en honor de uno y otro, siendo increíble y des-
3 mesurada la cantidad que se gastaron[141].

[136] Pueblo de la vertiente occidental del golfo Pérsico. *Cf.* HERÓDOTO, IV 183; ESTRAB., XVI 775-776; PLUT., *La desaparición de los aráculos* 410a.

[137] La dinastía de los Tolomeos era de origen macedonio y fue fundada por Tolomeo I Soter, uno de los generales de Alejandro Magno, que le acompañó en sus batallas y que en el reparto del imperio alejandrino se reservó Egipto. Sin embargo, además, hay que tener en cuenta la importancia de los lazos familiares con la dinastía de los seléucidas, de origen sirio-macedonio: Cleopatra I, la primera reina de la dinastía en llevar ese prestigioso nombre y esposa de Tolomeo V Epifanés, era hija de Antíoco III el Grande.

[138] Q. Labieno era hijo del legado que había estado con César en la Galia, pero que luego se había pasado al bando de Pompeyo. Q. Labieno había sido enviado por Bruto y Casio para reclamar su ayuda.

[139] Frag. 7 Diels-Kranz.

[140] Dato confirmado por las inscripciones: un miembro de esta agrupación (la palabra usada por nuestro autor, *amimētobíōn*, tiene una connotación religiosa, que se aplica a muchísimas congregaciones religiosas devotas de un dios o un héroe) erigió en Alejandría una estatua en honor de Antonio. *Cf. OGIS* 195.

[141] *Cf.* APIANO, *BC* V 11, 43-44; DIÓN CASIO, XLVIII 24, 2.

A propósito, a mi abuelo Lamprias le contó un tal Filotas[142],
un médico de Anfisa, que en ese momento estaba en Alejandría
aprendiendo su arte[143] y que se había hecho amigo de un coci-
nero del palacio real. Siendo joven como era, había aceptado la
invitación de éste para contemplar los suntuosos preparativos
para el banquete. Metido dentro de la cocina, entre otras muchas
viandas, vio hasta ocho jabalís ya asados, y se admiró de la can- 4
tidad de comensales. Entonces el cocinero se rió y dijo que no 5
eran muchos los que cenaban, sino que eran en torno a unos
doce, pero que era necesario que cada cosa que se sirviera estu-
viera en ese punto en el que es poco lo que falta para que se
pase. Y, en efecto, podía darse el caso de que Antonio pidiera la 6
cena y poco después, por un casual, le diera por pedir una copa
o se entretuviera en una conversación; «por lo que», concluyó,
«no se prepara una, sino muchas cenas, pues el momento de ser-
virlas es imprevisible». Ésta es la historia que contaba Filotas. 7

Tiempo después Filotas acabó siendo el encargado de velar
por la salud del mayor de los hijos que tuvo Antonio con Ful-
via[144]. Filotas frecuentemente era invitado a cenar, en compañía
de sus amistades, cuando el joven Antilo no cenaba con su pa- 8
dre. Ocurrió que, una vez, hubo un joven médico presuntuoso
que resultaba muy molesto hasta para los propios comensales.
Filotas le calló la boca con este razonamiento: «Al que está con
fiebre, por un motivo u otro hay que darle agua fría; todo el que
tiene fiebre, por algo será, así que en todo caso es necesario
que se le dé agua fría al que tiene fiebre». 9

---

[142] A este Filotas se le conoce por un decreto en Delfos: *cf.* *SEG* I 181 = *FD* III 4, n. 58.

[143] Alejandría fue en época helenístico-romana sede de una importante escuela de medicina a la que acudió incluso el propio Galeno. Los importantes avances logrados por esta escuela se basaban especialmente en un conocimiento profundo de la anatomía humana.

[144] Se refiere a Antilo, del que habla más en concreto en el capítulo 71.

Se quedó estupefacto este hombre y callado mientras que el joven se reía encantado y le dijo: «Todo esto te lo regalo a ti, Fi-
10 lotas»; y le mostró una mesa repleta de muchos y muy variados tipos de vasos. El otro le dio las gracias, lejos de pensar que un joven de tal edad pudiera tener la capacidad de hacer tales rega-
11 los, pero poco después uno de los jóvenes criados le trajo en una caja los vasos y le pidió que les pusiera su sello. Al negarse a aceptarlo por temor, el criado le dijo: «Pero ¿por qué vacilas, desgraciado?, ¿no sabes que el que te hace este presente es el hijo de Antonio al que le está permitido regalarte tal cantidad de oro? De todas formas, mejor cámbiamelos por una cantidad
12 de dinero no vaya a ser que eche de menos su padre alguna de estas copas, que son antiguas y apreciadas obras de arte». Mi abuelo me decía que Filotas contaba en cada ocasión esta historia.

29 Cleopatra le dedicaba su zalamera atención, pero no en las cuatro formas que establece Platón[145], sino de muchas maneras y de forma continuada. Ya estuviera en plenos asuntos de Estado, ya estuviera ocupado en otros menesteres, Cleopatra introducía una nueva forma de placer con la que manipulaba a un
2 infantil Antonio, estando siempre a su lado día y noche: jugaba con él a los dados, bebía con él, cazaba con él, asistía como espectadora a sus entrenamientos; y, por la noche, cuando él acudía a las puertas y ventanas del populacho y se entretenía bromeando con los de dentro, ella estaba a su lado, acompa-
3 ñándolo en sus vagabundeos vestida de criada. Aquél incluso llegó a hacer lo mismo[146]; y así a veces, entre bromas, se inmiscuía en alguna reyerta, pero todos se imaginaban quién era. Pero con todo y con eso los alejandrinos gozaban de sus payasadas y se unían a sus bromas con mesura y con gracia, dicien-

---

[145] Dos de esas maneras de lisonjear se refieren al cuerpo (la cocina y el saber vestir) y otras dos al alma (la sofística y la retórica). PLAT., *Gorg.* 464c-465c.

[146] Es decir, se travestía.

do que usaba la careta trágica con los romanos, pero que con ellos usaba la cómica.

Sería realmente una gran estupidez hacer un recuento de las 5
muchas tonterías que hizo. Pero por ejemplo, una vez, estaba él pescando y se sentía molesto al ver que no picaban ya que Cleopatra estaba a su lado. Así que ordenó a los pescadores que se sumergieran escondidos y que colocaran en su anzuelo los peces que había capturado antes. Por dos o tres veces tiró de la caña, pero no engañó a la egipcia. Ella, fingiendo que se queda- 6
ba asombrada, contó a sus amigos la hazaña y pidió al día siguiente que viniera la gente a verlo. Subió mucha gente a las barcas de pescar y cuando Antonio lanzó su caña, Cleopatra ordenó a uno de sus criados que pusiera en su anzuelo un arenque del Ponto. Antonio, en cuanto creyó que habían picado, tiró de la caña y uno se puede imaginar la risa que produjo la situación. 7
Entonces dijo Cleopatra: «¡Mi general! ¡La caña para los de Faro y los del Cánopo[147], que tu caza debe ser de ciudades, reinos y continentes!».

Así, mientras Antonio se entretenía en tales pasatiempos y 30
se comportaba tontamente como un muchacho, se presentaron ante él dos mensajeros. Uno, procedente de Roma, le comunicaba que su hermano, Lucio, y Fulvia, su esposa, estaban en continuo conflicto primero entre ellos mismos, pero que luego habían declarado la guerra a César y que la habían perdido, por lo que se habían visto obligados a huir de Italia[148]. Pero el se-

[147] Faro es una isla, que se encontraba enfrente de Alejandría, con el famoso faro, que se consideraba una de las maravillas del mundo antiguo. Cánopo era una de las localidades, que se encontraban en el delta del Nilo, y tenía fama de ser un apreciado lugar de solaz y esparcimiento.

[148] Plutarco hace una muy breve mención de los graves problemas de Octavio en Italia. Obligado a recolocar a los veteranos en Italia, tuvo que expropiar muchas tierras, creando descontento entre la población, especialmente entre los medianos propietarios. Éste es el trasfondo político de las *Églogas* I y IV

2 gundo mensajero no portaba nuevas más agradables, porque le comunicaba que Labieno, al frente de los partos, había conquistado Asia y que había llegado desde el Éufrates y desde Siria hasta Lidia y Jonia[149].

3 A duras penas, como si se hubiera despertado y salido de su resaca tras una noche de excesos, Antonio se movilizó para enfrentarse a los partos y llegó hasta Fenicia. Pero allí, una carta
4 de Fulvia, llena de lamentos, le indujo a darse la vuelta llevándose consigo veinte naves. Durante su navegación fue recogiendo a los amigos que habían huido y por ellos se enteró de que Fulvia había sido la culpable de la guerra: Fulvia, una mujer de naturaleza temeraria e intrigante, esperaba así arrancar a Antonio de las garras de Cleopatra, si se producía alguna revolución en Italia[150].

5 Sin embargo, quiso el cielo que Fulvia, que navegaba a su encuentro, muriera enferma en Sición[151], por lo que las diferen-

---

de VIRGILIO. *Cf.* también LIV., *Per.* 125; PLUT., *Brut.* 46; APIANO, *BC* V 12-13; DIÓN CASIO, XLVIII 6. Lucio, el hermano de Antonio, que había adoptado el sobrenombre de *Pietas*, por actuar en la defensa de los intereses de su hermano Marco Antonio, y que fue cónsul en el año 41 a. C. (En un áureo de ese consulado se lee la inscripción PIETAS COS. *Cf. RRC* n.° 516/1), y Fulvia, la esposa de Antonio, aprovecharon esta situación y se enfrentaron con Octavio, diciendo que en este reparto se perjudicaban a los veteranos de Antonio. Fueron derrotados en la ciudad de Perugia, tras un largo asedio. El hambre que asoló la ciudad *(perusina fames)* así como la crueldad de las represalias, hasta el punto de llegar a sacrificar a la población en el altar de Divus Iulius *(perusinae arae)* fueron legendarios. Lucio Antonio fue perdonado y enviado a Hispania, donde murió poco después. Sobre la guerra de Perugia y sus consecuencias, *cf.* SUET., *Aug.* 14, 1; LIV., *Per.* CXXVI; PLIN., *Historia Natural* VII 148; APIANO, *BC* V 14, 36-26; DIÓN CASIO, XLVIII 5-15.

149 También, en fases sucesivas, llegó a ocupar regiones de Caria, como Milasa y Alabanda. *Cf.* DIÓN CASIO, XLVIII 24-26. LIV., *Per.* 127.

150 *Cf.* APIANO, *BC* V 19, 75; 59, 250; DIÓN CASIO, XLVIII 28, 3.

151 Según nuestro autor, Fulvia no llega a encontrarse con Antonio, sino que muere antes. Según otros autores *(cf.* APIANO, *BC* V 6, 59; DIÓN CASIO,

cias con César tuvieron una fácil solución. Cuando llegó a Ita- 6
lia, César dejó claro que no tenía ningún problema con él e in-
cluso él mismo reconoció que lo que se le imputaba era en su
totalidad obra de Fulvia[152]. Los amigos no les permitieron exa-
minar las razones aducidas, sino que los reconciliaron a ambos
y éstos se repartieron el poder, poniendo como límite Jonia: la
región oriental quedó en manos de Antonio, Occidente quedó
para Octavio, permitieron que Lépido se quedara con África y
dispusieron que fueran cónsules, cuando no les correspondiera
a ellos el cargo, unos amigos de cada uno por turno.

Estos acuerdos, que parecían ser beneficiosos, necesitaban 31
de una sólida garantía que la fortuna dispuso. Octavia era la
hermana mayor, aunque no de la misma madre, de César, por-
que había nacido ella primero de Ancaria y él, después, de
Atia[153]. Octavio amaba profundamente a su hermana, que, como
se cuenta, era una portentosa mujer. Primero estuvo casada con 2
Gayo Marcelo, pero éste no tardó mucho en morir y se encon-
traba viuda[154]. Antonio también podía considerarse viudo, tras
la muerte de Fulvia; no podía negar, es cierto, que tenía una re-
lación con Cleopatra, aunque iba diciendo por ahí que no era un 3
matrimonio, sino que con esta excusa en realidad luchaba por
conquistar Egipto.

XLVIII 15, 1-4), se produce una entrevista de ambos en Atenas en la que debieron intercambiarse amargos reproches: el ánimo de Fulvia se quebrantó hasta tal punto que, tras este encuentro, murió de rabia poco después.

[152] Era conveniente, desde el punto de vista político, descargar las culpas sobre Fulvia y empezar de nuevo. *Cf.* Dión Casio, XLVIII 28, 3. Sin embargo, Apiano *(BC* V 59, 249-250) reconoce, de todas formas, que Marco Antonio se sintió culpable de la muerte de su esposa y sintió remordimientos.

[153] Nuestro autor confunde a Octavia Minor, la hija de C. Octavio y de Atia, que fue la que realmente se casó con Antonio, con una hermanastra de Augusto que tenía el mismo nombre y que había tenido C. Octavio de un anterior matrimonio. *Cf.* Suet., *Aug.* 4.

[154] C. Claudio Marcelo, cónsul en el 50 a.C., había muerto en el 40 a.C.

4 Todos aprobaron así este matrimonio con la esperanza de que Octavia, que unía a su belleza la sensatez y la dignidad, casada con Antonio, cuyo amor se ganaría como correspondía a
5 tal mujer, sería la garantía de una armonía y una salvación general. Tal como acordaron ambos, volvieron a Roma para celebrar la boda con Octavia, sin que se permitiera, como era la ley, que discurrieran los diez meses que han de pasar desde la muerte del marido[155], antes de celebrar un nuevo matrimonio, pero en virtud de un decreto del Senado les fue permitido hacerlo.
32 Sexto Pompeyo[156] estaba atrincherado entonces en Sicilia y saqueaba repetidamente Italia con numerosas naves piratas, que comandaban el corsario Menas y Menécrates[157]. Sexto Pompeyo impedía la navegación en el mar, creyendo además que le había hecho un favor a Antonio, pues había acogido a su madre que había escapado con Fulvia[158]; así que ambos decidieron re-
2 solver sus diferencias también con él. Por ello, acudieron al promontorio de la colina de Miseno, cerca del cual Pompeyo atracó su escuadra, mientras que Antonio y César alineaban sus
3 tropas de infantería de frente. Llegaron al acuerdo de que Pompeyo se quedaría con Cerdeña y Sicilia, a cambio de que mantuviera el mar libre de piratas y que enviara a Roma una cantidad fija de trigo.

---

[155] Según una ley ancestral establecida por Numa Pompilio. *Cf.* Plut., *Num.* 12.

[156] Hijo menor de Pompeyo el Grande, se había exiliado de Roma y practicaba la piratería en el Mediterráneo. El retrato que se hace de él es mucho menos favorable que el de su padre y se adecúa a su régimen de vida: se le tacha de grosero *(sermone barbarus)* y de poco instruido *(studiis rudiis)*. *Cf.* Vel. Pat., II 73.

[157] Probablemente en ambos casos fueran libertos del padre de Sexto Pompeyo (había luchado victoriosamente contra los piratas en el año 61 a. C.) y que ahora estaban a su servicio.

[158] Tras la guerra de Perugia. *Cf.* Apiano, *BC* V 52, 217-218.

Luego se invitaron mutuamente a cenar y le tocó en suerte a
Pompeyo ser el primero en recibir a los otros. Al serle pregunta- 4
do por Antonio dónde iban a cenar, Pompeyo contestó: «Aquí»; dijo, mientras señalaba una nave principal de seis remos, «ésta es la única casa paterna dejada a Pompeyo[159]». Tales cosas iba diciéndole a Antonio a guisa de reproche porque aquél poseía la
casa que en su día había sido de su padre, Pompeyo. Tras anclar 5
la nave y tender desde la cubierta una pasarela para poder acceder al barco desde el promontorio, los recibió cordialmente.

En el momento de apogeo del encuentro, cuando ya circula- 6
ban los chistes en referencia a Cleopatra y Antonio, el pirata Menas se acercó a Pompeyo, sin que los otros lo advirtieran, y le dijo: «Si así lo mandas, cortaré las amarras del barco y haré que no sólo Sicilia y Cerdeña, sino Roma entera esté en tus manos como dueño y señor». Pompeyo lo escuchó y, tras una bre-
ve reflexión, le contestó: «Tenías que haber hecho esto, sin ha- 7
bérmelo consultado antes, Menas; ahora, contentémonos con lo que hay, que no es mi estilo ser un perjuro». Y así, a su vez in-
vitado, navegó rumbo a Sicilia[160]. 8

Antonio, tras estos acuerdos, envió a Ventidio[161] a Asia para 33
contrarrestar el avance de los partos, mientras que él, por com-

---

[159] Nuestro autor parece recordar aquí las fuentes latinas: «estas son mis naves» *(«hae sunt» inquit «carinae meae»*; FLOR., II 18 (4, 8), 4; VEL. PAT., II 77, 1); haciendo un juego entre la palabra *carinae* (nave) y *Carenes*, el barrio de Roma donde se encontraba la casa de Pompeyo.

[160] Según el acuerdo, firmado con Octavio y Antonio, a Sexto Pompeyo se le concedió el dominio de Sicilia, Córcega, Cerdeña y el Peloponeso y se le prometió el consulado del año 33 a. C. El tratado de paz de Miseno fue básico para que Octavio reforzara su poder en Occidente, pues, en virtud de la amnistía decretada, muchos de los refugiados con Sexto Pompeyo volvieron a Roma y fueron extremadamente útiles para los planes futuros de Octavio. *Cf.* APIANO, *BC* V 67-68; 72-73; DIÓN CASIO, XLVIII 36-38.

[161] P. Ventidio Baso había sido primero pretor, después, *consul suffectus* en el año 43 a. C. y, por último, desempeñaba el cargo de procónsul en Siria.

placer a César, fue nombrado sacerdote del primigenio César[162].
Trataron en armonía y de común acuerdo las grandes cuestio-
nes políticas, pero los pasatiempos en los que se ocupaban para
entretenerse, afligían enormemente a Antonio, porque siempre
2 tenía las de perder ante César.

Había un hombre en la comitiva de Antonio, un adivino de
Egipto de los que examinaban los nacimientos y que, ya fuera
por agradar a Cleopatra, ya fuera porque estuviera diciendo la
verdad, hablaba con franqueza a Antonio y le vaticinó que, aun-
que su estrella era resplandeciente y poderosa, se ensombrecía
ante la de Octavio y le aconsejaba que se mantuviera bien lejos
del joven; «Pues tu genio», aseguraba,«tiene miedo de aquél; y
3 aunque es orgulloso y altivo, cuando se encuentra con él, en
cambio, se convierte bajo su influencia en el más humilde y ras-
4 trero». Así , en efecto, lo que ocurrió testimonia la verdad de es-
tas palabras del egipcio, pues se dice que en las ocasiones en las
que se divertían jugándose a los dados cualquier cosa, Antonio
siempre salía perdiendo, y en las muchas ocasiones en las que
5 él llevaba gallos de pelea y el otro llevaba gallos normales,
siempre vencían los de César[163].

Antonio, contrariado por todo ello y dando más pábulo al
egipcio, se marchó de Italia, dejando sus asuntos privados en
6 manos de César, y a Octavia se la llevó a Grecia, pues había na-
cido una hija de ambos[164]. Mientras estaba pasando el invierno
en Atenas, le fueron comunicadas las primeras victorias de
Ventidio, que había derrotado a los partos y habían matado a

---

[162] Antonio había sido nombrado *flamen dii Iulis* desde el año 44 a. C., cargo que había sido fundado oficialmente tras el acuerdo de Miseno. *Cf.* CIC., *Filíp.* II 43, 100; XIII 19, 41; 21, 47; DIÓN CASIO, XLIV 6, 4.

[163] *Cf.* PLUT., *Sobre la fortuna de los romanos* 319f-320a.

[164] Antonia Maior, que después, como bien dice nuestro autor en el capítulo 87, se casaría con L. Domicio Ahenobarbo. Sobre la estancia de Antonio en Atenas, *cf.* APIANO, *BC* V 76, 322-324; DIÓN CASIO, XLVIII 39, 1-2.

Labieno y a Farnapates, que era el más importante de los gene- 7
rales del rey Hirodes[165]. Por este motivo celebró un banquete en honor de los griegos, él presidió y organizó como gimnasiarca unos juegos para los atenienses y dejando en su casa los emblemas de su poder hegemónico, avanzó con los bastones de los gimnasiarcas, vestido con el manto griego y las sandalias blancas y aferrando del cuello a los jóvenes de la ciudad que quería que compitieran[166].

En el momento en el que se dispuso a salir a la guerra[167], tomó 34
su corona del sagrado olivo[168] y, siguiendo un oráculo, llenó un
vaso con el agua de la fuente Clepsidra[169], y se lo llevó. En esto, 2
Ventidio se encontró con Pacoro, el hijo del rey, que iba con un gran ejército de partos en dirección a Siria, y penetró hasta la Cirréstica y acabó con la vida de muchos. De hecho Pacoro fue
uno de los primeros que cayó[170]. Esta gesta fue una de las más 3
celebradas, pues procuró la mejor venganza a los romanos del desastre de Craso[171] y al punto devolvió a los partos a su terri-

[165] Hirodes II era el que había acabado con Craso en la batalla de Carras. Después, fue asesinado por su hermano Frates que ocupó en su lugar el poder en el reino parto. *Cf.* Plut., *Cras.* 33. Sobre la victoria de Baso, *cf.* Dión Casio, XLVIII 39-41.

[166] Instituyó como gimnasiarca, durante su estancia en Atenas, la celebración de las *Panateneas Antinoeia,* fue proclamado nuevo Dioniso y se celebró una boda sagrada entre él y Atenea-Octavia en la acrópolis. *Cf.* Dión Casio, XLVIII 39, 2; *IG* II /III[2] 1043, 22-23.

[167] Aunque primero pasó por Bríndisi para una entrevista con Octavio, a la que no se presentó el futuro emperador.

[168] El sagrado olivo se encontraba en la Acrópolis de Atenas y había sido plantado por Atenea.

[169] Fuente sagrada que se encontraba cerca de la Acrópolis de Atenas. *Cf.* Paus., I 28, 4.

[160] Pacoro era el cuñado del rey de Armenia, Artavasdes. El enfrentamiento ocurrió en el año 38 a. C. *Cf.* Dión Casio, XLIX 19-20.

[171] Se trata de la derrota y muerte de Craso en Carras el 9 de junio del año 53 a. C. que se saldó con numerosas muertes (entre ellas la del propio Craso),

torio de Media y Mesopotamia tras tres batallas en las que se
4 impuso claramente.

Ventidio renunció a perseguir a los partos más allá, temeroso de la envidia de Antonio, pero atacó a los pueblos que se habían rebelado, los sometió y asedió a Antíoco de Comágene en
5 la ciudad de Samósata[172]. Antíoco ofreció entregar mil talentos y reconocer a Antonio como su señor y ordenó que partieran mensajeros en busca de Antonio. Éste ya estaba cerca, pero no
6 permitía a Ventidio que firmara la paz con Antíoco, porque, en cambio, quería al menos que esta acción portara su nombre, ya que todas las victorias fueron de Ventidio. Pero este asedio
7 duró más tiempo del esperado y los asediados, al ver que no se cerraba el tratado de paz, decidieron resistir. Antonio veía que no conseguía nada, rectificó lleno de vergüenza y deshonor y tuvo que contentarse con firmar una paz de manera voluntaria
8 por trescientos talentos con Antíoco.

Tras ocuparse de otros asuntos de poca importancia en Siria, regresó a Atenas y mandó a Roma a Ventidio, cubierto de los honores que se merecía, para celebrar su triunfo[173]. Éste es el
9 único general que ha celebrado un triunfo sobre Partia, pues, aunque era un hombre de linaje oscuro, se benefició de la amistad de Antonio para poder encumbrarse con grandes hazañas. Así se confirmó lo que se comentaba de Antonio y César: que eran más exitosos en las campañas que llevaban a cabo a través
10 de otros, que en las que dirigían personalmente. Y, en efecto, Sosio, general de Antonio, en Siria realizó grandes empresas, y

---

una considerable cantidad de prisioneros y la captura de las enseñas. *Cf.* PLUT., *Cras.* 24-33.

[172] Antíoco I de Comágene fue atacado por Ventidio y Antonio por haberse aliado a los partos. *Cf.* DIÓN CASIO, XLIX 20, 5-22, 2. Este rey es especialmente conocido por un monumento funerario en Nemrud-Dagh. *Cf. OGIS* 383.

[173] Estamos en el invierno del año 38 a. C. Ventidio celebró su victoria el 27 de noviembre de ese mismo año. *Cf. CIL* I I^{2}, 50.

Canidio, destacado también por él, las logró en Armenia[174] y,
tras vencer a éstos y a los reyes de Iberia y Albania, llegó hasta
el Cáucaso. Gracias a estas victorias, el prestigio y la fama del
poder de Antonio aumentaron entre los bárbaros.

Él, de nuevo enojado por algunas injurias de César, Antonio 35
navegó a Italia con trescientas naves, pero como los de Bríndisi
no quisieron acoger la nave, tuvo que llevar su flota a Tarento. 2
Después, Antonio envió a Octavia (pues iba con él en el barco
desde Grecia) junto a su hermano, a petición suya, ya que esta-
ba embarazada de la segunda hija que tuvo de Antonio[175]. Acu- 3
dió a su encuentro su hermano en compañía de los amigos de él,
Agripa[176] y Mecenas[177], y ella se mostró muy agitada, pidiendo

---

174 Efectivamente, C. Sosio y P. Canidio Craso fueron lugartenientes de Antonio destacados en Oriente. Sosio celebró su triunfo en el año 34 a. C. *(cf. CIL* I I^2, 50) y P. Canidio Craso lo celebró en el año 36, sometiendo Albania y Georgia *(cf.* DIÓN CASIO, XLIX 24, 1). P. Canidio Craso será una de los hombres de confianza más influyentes en la corte de Marco Antonio y Cleopatra, apareciendo de nuevo en los capítulos 34, 42, 56, 63, 67, 68, 71. Destaca en las grandes campañas en Oriente y es el último en abandonar el campo de batalla en Accio. Se conserva un papiro *(P. Berolensis* 25.239) con un decreto de Cleopatra VII del 23 de febrero de 33 a. C. y en ese decreto se especifican, en favor de Canidio, la concesión de privilegios fiscales y de monopolio de importación de grano y vino en Egipto desde Cos. *Cf.* P. VAN MINEN, «An oficial act of Cleopatra (with a subscription in her own hand)», *Ancient Society*, 30, 2000, 29-34.

175 Nuestro autor se equivoca. Según las fuentes directas *(CIL* VI 2028 c) Antonia Minor nació el 31 de enero del año 36 a. C.

176 Marco Vipsanio Agripa fue amigo de la infancia de Octavio y su mano derecha en los momentos clave de su ascenso: estudió con él en Apolonia (SUET., *Aug.* XCV), estuvo a su lado en Roma cuando volvió en el 44 a. C., tras la muerte de César (APIANO, *BC* III 10), luchó en Perugia (APIANO, *BC* V 31-33, 35, 50), y estuvo al mando de una escuadra en la batalla de Accio, como veremos en los capítulos relativos a este suceso, más adelante.

177 Mecenas, por el contrario, más que un hombre de acción, ha de ser considerado un patrono de las letras y principal promotor de la propaganda imperial, cuando Octavio pase a ser Augusto. Entre sus protegidos, estaban Virgilio y Horacio.

con insistencia a lo largo de su coloquio que no permitiera que
4 esta mujer, de ser la más feliz de todas ellas, pasara a ser la más
desgraciada; que las miradas ahora se volvían hacia ella al estar
relacionada con dos generales, del uno como esposa, del otro
como hermano, y afirmaba: «Si llegáis ambos a las manos y se
declara la guerra, no se sabe con certeza a quién de vosotros le
sonreirá la fortuna o perderá, pero en ambos casos mi suerte es
5 aciaga». Conmovido por estas palabras, César acudió en son de
paz a Tarento y ofreció el más bello de los espectáculos a los
presentes, con el despliegue de un ejército de infantería en tierra
firme y una gran flota que tenía varada en los muelles, mientras
que ambos generales con su séquito se dispensaban todo tipo de
muestras de afecto en sus conversaciones.

Antonio primero organizó un banquete en honor de César,
6 ya que César había cedido por su hermana. Después llegaron
César y Antonio al convenio de que César daría a Antonio dos
7 legiones para la guerra de Partia y que Antonio le daría a César
cien naves de espolón de bronce. Octavia, además de estos
acuerdos, pidió a su marido que diera a su hermano veinte na-
ves ligeras y a su hermano, mil soldados para Antonio[178]. Una
vez tomada la decisión, César al punto se marchó para ocupar-
8 se de la guerra con Pompeyo, y Antonio dejó a su cargo a Octa-
via en compañía de los hijos habidos con ella y con Fulvia[179] y
se volvió para Asia.

36 Pero la sombra de esa desgracia que se creía por tanto tiempo conjurada, ese amor de Cleopatra, aunque se creía adormecido y sometido a la fuerza de la razón, sin embargo fue acosándole y le asedió a cada paso que estaba más cerca de Siria. Así, al final, como dice Platón[180], la parte indomable y rebelde

[178] *Cf.* Apiano, *BC* V 95, 396-397.
[179] Los hijos habidos con Fulvia fueron M. Antonio Antillo y Julio Antonio.
[180] *Fedro* 254a.

del alma domeñada bajo el yugo se rebeló, malogrando todo lo 2
saludable y honesto que hubiera en su corazón, y Antonio envió
a Fonteyo Capitón[181] para que trajera a Cleopatra a Siria. En 3
cuanto ella se presentó ante él, por agradarla, le puso a los pies
no un territorio despreciable, sino Fenicia, Celesiria, Chipre y
la mayor parte de Cilicia, y hasta incluso la región de Judea que
produce el bálsamo y la parte de Arabia Nabatea que se extien-
de hasta más allá del mar externo[182].

Este tipo de concesiones causaron gran indignación entre 4
los romanos. En efecto, Antonio complacía a simples particula-
res, quitándoles a otros sus reinos, para concederles tetrarquías
o el dominio de pueblos grandes, como fue el caso de Antígono
de Judea, al que se le hizo decapitar en público, pena a la que
ningún otro rey había sido condenado antes[183]. Sin embargo, lo
peor de todo eran lo impío de los honores que se tributaban a 5
Cleopatra y aumentaron aún más el escándalo, cuando éste re-
conoció a los hijos gemelos de Cleopatra, llamándolos a uno
Alejandro, con el sobrenombre de Helios, y a la otra Cleopatra,
con el sobrenombre de Selene[184].

Sin embargo, hábil como era para disimular sus defectos, 6
decía que, en su opinión, la grandeza del poder de Roma no re-
sidía en los métodos que se usaban para someter a sus pueblos,
sino en las concesiones que hacían para agradar a sus súbditos, y
decía también que un buen linaje se propagaba con numerosos
vástagos y el nacimiento de numerosos reyes. Así, de esta ma- 7

---

[181] C. Fonteyo Capitón fue *consul suffectus* en el año 33 a. C.

[182] Se refiere al mar Rojo, frente al Mediterráneo, que sería el «mar interno». *Cf.* DIÓN CASIO, XLIX 32, 4-5; 41, 3. Cleopatra intenta recuperar los territorios que, en su época, habían pertenecido a Tolomeo I.

[183] Antígono de Judea, hijo de Aristóbulo (*cf.* el capítulo 3), había sido hecho prisionero por Marco Antonio en la captura de Jerusalén. *Cf.* DIÓN CASIO, XLIX 22, 6.

[184] *Cf.* DIÓN CASIO, XLIX 22, 6.

nera, había sido fundada su propia estirpe por Heracles[185], el cual no había constituido su sucesión en un solo vientre, sino que, desafiando las leyes de Solón[186] y los consejos que se prescriben en los embarazos, había dejado que tuvieran su origen según la naturaleza en él muchas casas reales y dinastías.

37 Una vez que Frates, tras matar a su padre Hirodes[187], tomó posesión del poder real, no pocos partos salieron huyendo, entre los que se encontraba Moneses, un hombre preclaro y poderoso, que se refugió en la corte de Antonio. Antonio, que asimilaba el destino de Moneses con el de Temístocles, en un parangón de su propia grandeza y su magnanimidad a la de los reyes persas, le hizo entrega de tres ciudades, a saber, Larisa, Aretusa y Hierápolis[188], la que llamaban en su tiempo Bámbica[189]. Pero el rey de los partos hizo solemnes promesas a Mo-
2 neses[190] de que sería bien tratado, y Antonio lo dejó ir, pero con la idea de engañar a Frates con una supuesta firma de una paz duradera, en la que se pediría la devolución de las insignias reales tomadas a Craso y la liberación de los hombres que perma-
3 necían aún retenidos.

Él mismo volvió a enviar a Cleopatra a Egipto y se marchó a través de Arabia y Armenia, donde se reunieron los ejércitos de él y de los reyes aliados suyos que eran innumerables: el más

---

[185] *Cf.* capítulo 4.

[186] Las leyes de Solón efectivamente condenaban el adulterio y regulaban estrictamente el matrimonio. *Cf.* PLUT., *Solón* 20, 22, 23.

[187] Frates IV recibió el poder de su padre Orodes tras la muerte de su hijo Pacoro. Nada más tomar el poder Frates, no sólo mandó ejecutar a su padre, sino también a sus hermanos y su hijo. *Cf.* PLUT., *Cras.* 33; DIÓN CASIO, XLIX 23, 2.

[188] Nuestro autor completa la información de otras fuentes (*cf.* DIÓN CASIO, XLIX 24, 2).

[189] Según otras fuentes (*cf.* ELIANO, *Miscelánea Histórica* XII 2), la ciudad habría sido rebautizada como Hierápolis por Seleuco I Soter, el fundador de la dinastía seléucida en Asia.

[190] *Cf.* DIÓN CASIO, XLIX 23, 4.

importante era el rey de Armenia, Artavasdes[191], que aportó se-
senta mil caballeros y setenta mil soldados de infantería, y la
formación de caballería de íberos y celtas, que eran unos diez 4
mil, más los demás pueblos, unos treinta mil, juntando caballe-
ros y lanceros. 5

Sin embargo, todo este ejército y este despliegue, que en el
pasado había aterrorizado a los indios de más allá de Bactriana
y había asolado toda Asia, no sirvió para nada por culpa de Cleo-
patra. Dicen que, en efecto, Antonio impaciente por pasar el in- 6
vierno con ella, inició la guerra apresuradamente antes de
hora[192] y llevó todas las operaciones de manera desordenada,
como si no estuviera bien de la cabeza, sino bajo la influencia
de algún tipo de brebaje o embrujo, para que estuviera obligado
a estar siempre con ella, la buscara ansiosamente y siempre es-
tuviera mas preocupado por acudir a su lado antes que ocupar-
se de derrotar a los enemigos.

Lo que primero tenía que haber hecho era pasar el invierno 38
en Armenia y hacer descansar al ejército, agotado por una mar-
cha de ocho mil estadios[193], antes de que salieran de los cuarte-
les de invierno los partos, para, así, tomar Media al comienzo
de la primavera. Sin embargo, no aguardó un tiempo razonable,
sino que al punto condujo su tropa tomando Armenia y, tras in-
vadir la zona de Atropatene, asedió la región[194].

Después, trajo consigo en trescientos carros la maquinaria 2
precisa para el asedio, entre los que también se encontraba un
ariete que era de una anchura de unos ochenta pies. Sin embar-

[191] Además de ser un rey poderoso, Artavasdes de Armenia fue autor de tragedias y de obras de historia. *Cf.* Plut., *Cras.* 19, 21, 22, 33.

[192] En el verano del año 36 a.C.

[193] Unos 1.500 km.

[194] Región septentrional de Media *(cf.* Estrab., XI p. 523), aliada de los partos en la guerra contra Antonio. Su rey se llamaba Artavasdes (como el rey de Armenia) y acudió en ayuda de Frates. *Cf.* Dión Casio, XLIX 25, 1-2.

3 go ninguna de estas máquinas, en caso de avería, podía volver a
ser reparada a tiempo, porque la región superior sólo produce
madera corta y flexible. Con las prisas, las dejó atrás por consi-
derarlas un impedimento y, tras colocar al cuidado de los carros
4 del ejército a Estaciano[195], él mismo se dispuso a asediar la gran
ciudad de Fraata, en la que se encontraban los hijos y las muje-
res del rey de Media[196]. Al punto pudo comprobar el error de
haber dejado atrás las máquinas en cuanto le habrían sido útiles,
ya que para atacar la ciudad tuvo que hacer un terraplén por el
que se subía a duras penas y con dificultad.

5 En ese mismo momento, Frates iba bajando con un ejército
numeroso y en cuanto se enteró de que Antonio había abando-
nado los carros que llevaban la maquinaria, envió a muchos de
sus caballeros a atacar esos carros. Rodeado por ellos, Estacia-
no cayó allí mismo y murieron con él miles de hombres de su
propia cohorte. Las máquinas fueron destruidas por los bárba-
6 ros, nada más caer en sus manos, y capturaron a muchos otros
hombres entre los que se encontraba el rey Polemón[197].

39 Esta derrota hizo cundir una total desazón en los hombres de
Antonio que, de una manera inesperada, se veían así golpeados
al inicio de la campaña. Incluso Artavasdes, el rey de Armenia,
tras traicionar a los romanos, se marchó llevándose consigo su
2 ejército, aunque había sido el mayor responsable de esta gue-
rra[198]. Al ver cómo se defendían esforzadamente los partos de

[195] Opio Estaciano. *Cf.* Dión Casio, XLIX 25, 2.

[196] La ciudad de Fraata (también llamada Fraaspa o Vera) estaba en la región de Atropatene, en la región septentrional de Media, y allí se encontraba la residencia de invierno de los soberanos partos.

[197] Polemón era el rey del Ponto Euxino desde el año 37 a. C. Aunque fue capturado por Frates, fue liberado poco después, tras el pago de un rescate. *Cf.* Dión Casio, XLIX 25, 3-4; Vel. Pat., II 82, 2.

[198] Artavasdes (llamado «el armenio» para poder diferenciarlo del otro rey) había llamado a Antonio para que atacara al rey de Media. Antonio acudió a su

sus atacantes, mientras les lanzaban amenazas para encolerizarles, Antonio, que no quería que, si se quedaban allí y permanecían allí inactivos, cundiera el pánico en el ejército y se hundiera abatida, tomó diez legiones, tres cohortes pretorianas de infantería y toda la caballería, y los sacó de allí para ir en busca de alimento, pensando que así podrían atraer a los enemigos a luchar a campo abierto.

Pero había tan sólo avanzado durante todo un día de camino, 3
cuando vio que los partos le rodeaban en círculo y le acechaban, yendo al ataque mientras estaban en marcha. Plantó en medio de sus tropas la insignia de la lucha armada pero, a la vez, hizo levantar todas las tiendas como si no fuera a luchar sino retirarse, dio la réplica a la disposición del ejército de los bárbaros, disponiendo su ejército en forma de media luna, y, ordenando que, cuando los primeros soldados aparecieran a la vista, saliera la caballería contra ellos. A aquellos partos, que se encontraban 4
dotados de algún sentido común, la colocación de los romanos les pareció más ventajosa y digna de elogio, y los observaban mientras avanzaban sin hacer ruido en formación ajustada y blandiendo sus jabalinas en silencio. En cuanto dieron la señal 5
y los caballeros a su vuelta cargaron alzando su voz, se dispusieron los otros a defenderse, aunque estaban muy cerca para el alcance de las flechas. Pero cuando los legionarios se unieron a la lucha con griterío y estruendo de armas, los caballos se alejaron temerosos y los partos huyeron antes de entrar en acción.

Antonio, en cambio, no dejó de perseguirlos afanosamente 6
con la gran esperanza de ganar con esta batalla la guerra entera 7
o, por lo menos, una buena parte de ella. Pero a pesar de que los soldados estuvieron durante cincuenta estadios persiguiendo a los partos y los caballeros hicieron tres veces esa cantidad,

llamada pero él no le correspondió y no acudió a la campaña que dirigía Estaciano. *Cf.* Dión Casio, XLIX 25, 1 y 5.

echando la cuenta de los enemigos que habían caído o habían sido capturados, descubrieron que los prisioneros eran sólo treinta y los muertos ochenta. Cundió en ellos el desánimo y la desesperación absoluta, pues era terrible pensar que, al vencer, habían conseguido matar a tan pocos, mientras que tras ser de-
8 rrotados se veían tan faltos de cuanto trajeron en los carros.

Al día siguiente, ya listos para partir, avanzaban hacia el destacamento de Fraata. Fueron encontrándose a lo largo del camino primero con algunos de sus enemigos, después con más y al final con todos que los asediaban por todas partes, como si estuvieran frescos y no hubieran sido derrotados. Así, a duras penas y con mucho esfuerzo, pudieron llegar a salvo al campamento. Como los medos, por su parte, habían hecho una expedición en la terraza de tierra y habían conseguido atemorizar a sus defensores, Antonio, lleno de furia, se sirvió del llamado diezmo[199] con aquellos que se habían portado cobardemente. En efecto, tras organizar a la multitud en grupos de diez, mató a uno en suerte de cada uno de esos grupos y al resto ordenó que se les distribuyera cebada en vez de trigo.

40 La guerra estaba muy reñida por ambas partes, pero lo que más se temía era su desenlace. El hambre pendía amenazante sobre Antonio y en efecto, no era posible conseguir alimento si no
2 era con grandes pérdidas con muertos y heridos. Frates, por su parte, era consciente de que los partos eran capaces de cualquier cosa antes de pasar penurias fuera durante el invierno porque tuvieran que pasar la noche a la intemperie; por ello, temía que le dejase su ejército si los romanos resistían y permanecían firmes,
3 pues ya se empezaba el frío, tras el paso del equinoccio de otoño.

Frates maquinó este engaño. Los más destacados de los partos se defendieron más débilmente de los intentos de aprovisionarse de los romanos y en otras ocasiones dejaban que los roma-

[199] Tradición romana. *Cf.* PLUT., *Cras.* 10; POL. VI 38, 2-3.

nos cogieran cualquier cosa y, de una manera lisonjera, alababan la virtud de este pueblo como si fueran los más valerosos hombres, dignos de la justa admiración de su rey. Gracias a esto los partos consiguieron acercarse tranquilamente dejando a un lado 4 los caballos y empezaron a calumniar a Antonio diciendo que, aunque Frates estaba dispuesto a firmar la paz en respeto a tantos y tan bravos varones, él prefería permanecer quieto y exponerse a dos grandes enemigos implacables, el frío y el hambre, lo que haría más difícil la huida incluso con la escolta de los partos.

Fueron muchos los que refirieron este discurso a Antonio, 5 pero éste, aún confiado, no mandó a los partos una embajada antes de preguntar a aquellos bárbaros de tan buena voluntad, si lo que decían era lo que el rey de los partos quería. Ellos res- 6 pondieron que sí y le exhortaban repetidamente a que no tuviera miedo, ni desconfiara. Entonces Antonio envió a algunos de sus amigos para pedir de nuevo que devolvieran las insignias y los prisioneros[200], como no se contentaran simplemente con salvarse y escapar de todo aquello.

El rey parto, entonces, le invitó a ceder en este punto, di- 7 ciendo que concedería la paz y la seguridad y en pocos días, en cuanto se hicieran los preparativos y se dispusieran a levantar el 8 campamento. Sin embargo, aunque Antonio, a la hora de tener que persuadir a su ejército y guiarlo, fuera hábil en hacerlo mediante un discurso, dotado de un estilo más brillante que el de cualquiera de sus contemporáneos, él mismo por vergüenza y desaliento decidió no dirigir ninguna exhortación a su tropa y 9 ordenó a Domicio Ahenobarbo[201] que lo hiciera él. Algunos se

---

[200] Insignias y prisioneros que habían sido capturados a Craso. Sobre estas negociaciones, *cf.* DIÓN CASIO, XLIX 27, 3-5.

[201] Cn. Domicio Ahenobarbo había sido nombrado gobernador de la Bitinia y del Ponto, en lugar del rey Polemón, que había sido capturado por los partos. Fue después cónsul en el año 32 a. C., pero en los últimos días de gloria de An-

enfadaron como si se vieran despreciados, pero la mayoría se mostró conmovida y comprensiva de su actitud. Es principalmente por esta razón por la que creían que era necesario respetar y obedecer aún más a su general.

41 Pero cuando Antonio estaba ya dispuesto a emprender la vuelta por un camino llano y sin árboles, un hombre de raza marda[202], muy hecho a los usos y costumbres de los partos y que se había ganado la confianza de los romanos en la batalla de las máquinas, se acercó a Antonio y le aconsejó que intentara cruzar por la parte derecha de las montañas[203], evitando que tal muchedumbre de soldados de infantería, cargada además, pasara por caminos tan desolados y estuvieran expuestos a una ingente tropa de caballería y arqueros, pues esto era simplemente una estratagema de Frates para levantar el asedio con simples palabras de buena voluntad; que él podría llevarlos como guía por un camino más
2 corto y con más recursos de todo lo que les hiciera falta.

Tras escuchar estos consejos, Antonio razonó: por un lado,
3 ante los partos, no quería dar la impresión de que desconfiaba tras haber firmado la paz, pero, por otro, aprobaba la idea de acortar el camino yendo por aldeas habitadas, así que pidió al mardo una garantía. Éste prometió que estaría a su lado hasta
4 que llevara el ejército hasta Armenia y con este compromiso los

tonio, antes de que éste fuera derrotado en la batalla de Accio, se pasó al bando de Octaviano.

[202] Los mardos eran un pueblo que se encontraba en las montañas de Persia. Otras fuentes (especialmente aquellas que tienden a presentar una versión más favorable a Octavio) aseguran, en cambio, que se trataba de un romano del ejército de Craso, prisionero de los partos y luego huido. *Cf.* VEL. PAT., II 82, 2; FLOR., II 20, 4-5; OROSIO, VII 19, 1. No sería extraño que hubiera sido así, pues Horacio (*Odas* III 5, 5-12) comenta que los soldados supervivientes, tras la derrota de Carras, se establecieron en Media.

[203] Las montañas son las de Kuh-e-Sahand, al este del lago Urmia, cerca de la ciudad moderna de Tabriz.

llevó con toda tranquilidad durante dos días. Sin embargo al
tercero, cuando ya totalmente Antonio se había olvidado de los 5
partos, iba totalmente relajado y se sentía más seguro, el mardo
comprobó que un dique había sido derruido recientemente[204] y
había una gran corriente que discurría sobre el camino por el
que tenían que pasar. Se figuró que esto había sido obra de los
partos, que les habían impedido el camino poniéndoles como
obstáculo el río, para hacer más difícil y más lento el paso del
ejército, así que pidió a Antonio que tuviera cuidado y estuvie-
ra atento porque los enemigos se encontraban cerca.

En cuanto él ordenó que levaran armas y en cuanto con ellos
preparó a los lanceros y honderos listos para el ataque, aparecie- 6
ron los partos y acudieron al galope hasta que rodearon y se ce-
baron por doquier con el ejército. Pero las tropas ligeras carga- 7
ron contra ellos y los partos, tras haber matado a muchos con sus
lanzas, y haber recibido no menos graves heridas con sus flechas
y lanzas, se dispersaron. Después fueron atacados de nuevo has- 8
ta que los celtas se lanzaron a caballo contra ellos y los disper-
saron. Durante aquel día no realizaron ningún otro movimiento.

Después de esto, Antonio vio claro que lo que era necesario 42
hacer era fortificar con lanceros y honderos, no sólo la reta-
guardia, sino también cada una de las alas de su ejército. Lo
condujo en formación de cuadrado[205] y ordenó a los soldados de
caballería que rechazaran a los que les atacasen y que, una vez
puestos en fuga, no los persiguieran lejos. De esta forma los
partos, en los cuatros días siguientes, sufrieron más pérdidas
que las que causaron, fueron menos belicosos y tomaron el in-
vierno como una excusa para la retirada.

---

[204] Un afluente del río Amardos o Mardos, que desemboca en el mar Caspio y que se identifica como el río Sufi Chai.

[205] Esta formación de ataque había sido adoptada en su momento por Craso. *Cf.* Plut., *Cras.* 23.

2 Al quinto día, Flavio Galo[206], hombre de acción y resuelto, puesto en un cargo de mando, se acercó a Antonio y le pidió más tropas ligeras de la retaguardia y algunos de los caballeros
3 de la vanguardia, para lanzar un gran contraataque. Tras concedérselo Antonio, abrió brecha entre los enemigos, pero tras el ataque, no actuó como antes, replegándose enseguida de vuelta
4 hacia la infantería, sino que se mantuvo firme en su puesto y se enzarzó en la lucha más temeraria.

Viendo los generales de la retaguardia que él no se retiraba, fueron a llamarle, pero él no obedeció. Cuentan que Ticio[207], el
5 cuestor, aferrando las enseñas, quiso hacerle volver atrás y acusó a Galo de haber sacrificado a muchos y a muy valerosos hombres. Pero él respondió a sus acusaciones con otras, ordenando a los suyos que permanecieran a su lado. Ticio entonces se alejó. Galo, ocupado en perseguir a los que tenía enfrente, no vio a los muchos enemigos que le acosaban por la retaguar-
6 dia, y cuando se vio cercado por todas partes, llamó solicitando ayuda.

Entre los que comandaban a los soldados se encontraban hombres como Canidio, que gozaba de gran poder al lado de Antonio, y que se le creyó no menos culpable que el otro:
7 cuando, en efecto, tendría que haber hecho volver al ejército de nuevo en masa, le envió en ayuda sólo un pequeño destacamento, y, cuando fueron derrotados, enviaron a otros. Así, sin que se dieran cuenta, faltó poco para que cayera todo el ejército con la derrota o la huida, si rápidamente el propio Antonio
8 no hubiera aparecido en el contraataque al mando de su tropa

---

[206] No se conoce la identidad de este personaje, mencionado tan sólo aquí.

[207] M. Ticio era hijo de L. Ticio, un exiliado de la época de las proscripciones, que había encontrado refugio con Sexto Pompeyo, y sobrino de L. Munacio Planco, que le introdujo en corte de Antonio. Fue cuestor en el 36 a. C. y fue *consul suffectus* en el año 31 a. C.

desde la vanguardia y rápidamente lanzó la tercera legión a través de los enemigos que huían e impidió que la persecución llegara más lejos.

Murieron no menos de tres mil soldados y se llevaron hasta 43
las tiendas de campaña a cinco mil heridos. Galo se encontraba
entre ellos, alcanzado por cuatro flechas enemigas, pero no logró reponerse de sus heridas. Mientras, Antonio iba visitando
a los otros y los cuidaba y los animaba deshecho en lágrimas, 2
extremadamente conmovido. Los más conscientes tomaban su
mano diestra y le pedían que no lo pasara mal por ellos y se
preocupara más de sí mismo, mientras le llamaban «mi general[208]» y decían que estaban a salvo mientras él estuviera vivo. 3

Parece que en esos tiempos de entonces no pudo reunir ningún otro general un ejército más maravilloso como aquél ni en
arrojo, ni en resistencia, ni en vigor, en absoluto. El respeto y la
veneración que tenían a su propio comandante, ese afecto con 4
el que le obedecían todos por igual, dignos e indignos, reyes y
siervos, les llevaba a preferir gozar de la estima y el favor de
Antonio antes que salvarse y encontrar refugio, lo cual no encontró parangón ni entre los romanos de antaño. La causa de 5
esto fueron, como hemos dicho[209], principalmente su prodigalidad y su exuberancia, su nobleza de casta, la fuerza de convicción de su discurso, su sencillez, la afabilidad que mostraba en 7
sus bromas y en sus conversaciones; compartía el dolor y los sufrimientos de los afligidos y se trasladaba allí donde alguien lo necesitase, reconfortando en grado sumo a los que estaban enfermos y tullidos en comparación a los sanos.

Hasta tal punto la victoria exaltaba a los enemigos, que ya 44
pensaban en dispersarse cansados y hasta tal punto desprecia-

[208] Aunque, oficialmente, el título de *imperator* sólo se concedía tras una victoria militar.

[209] *Cf.* capítulo 4.

ban a los romanos que incluso de noche permanecían en el cam-
pamento, acechando las ya desiertas tiendas de campaña, dis-
puestos a robar las riquezas en cuanto emprendieran la huida.
2 Al día siguiente, se congregó un número aún mayor, y se dice
que no serían menos de cuarenta mil, pues el rey había incluso
enviado a los que formaban parte de su guardia personal, ya que
consideraba la victoria más segura y definitiva. Pero él mismo
no se presentó en ninguna batalla.
3 Antonio, por su parte, quiso entonces arengar a sus soldados
y pidió el manto oscuro para que se le viera en un estado que
inspirara compasión. Sin embargo, los amigos no estuvieron de
acuerdo con esta decisión así que él, vestido con la púrpura del
general, se dirigió al pueblo alabando a los vencedores y mos-
4 trando su desprecio por los que habían salido huyendo. Los pri-
meros le pedían que se animara, los otros presentaban sus dis-
culpas, y que, si era su voluntad, se ofrecían para ser diezmados
o para sufrir cualquier castigo, pues sólo ellos pedían que cesa-
se de sentirse afligido e irritado. Ante esas palabras, Antonio
extendió sus manos y pidió a los dioses que si alguna venganza
debía caer sobre su cabeza por su buena fortuna, que recayera
sobre él exclusivamente, pero que concediera a lo que quedaba
de su ejército la salvación y la victoria.
45 Al día siguiente, avanzaron pertrechando aún mejor sus po-
siciones, y los partos se encontraron con una gran sorpresa en
2 cuanto salieron en busca de ellos. Se creían, de hecho, que más
que acudir a la lucha, iban dedicarse al pillaje y al saqueo, pero
en cuanto se vieron cubiertos en una lluvia de proyectiles y vie-
ron que los romanos estaban de nuevo frescos, exultantes y lle-
nos de valor, se dejaron otra vez vencer por el desánimo. Cuando
3 los romanos descendieron por la pendiente de ciertas montañas
los atacaron los lanceros y les hostigaron con sus proyectiles,
aprovechando que había bajado el ritmo de la marcha. Entonces
los soldados armados con largos escudos cerraron filas en la

formación e hincando en tierra la rodilla extendieron sus escu-
dos como protección los de vanguardia[210], al mismo tiempo que
los que estaban por detrás alzaban los suyos y lo mismo hicie-
ron los otros. Tal formación, que era semejante a un techo,
ofreció un espectáculo impresionante y fue la defensa más im- 4
penetrable contra la caída de las flechas. Los partos creían, en
cambio, que los romanos hincaban la rodilla en tierra como 5
consecuencia de la fatiga, así que aferraron sus picas, tras soltar
sus arcos, y decidieron atacar la formación. Los romanos, en- 6
tonces, elevaron su grito de guerra a la vez, de manera impre-
vista se alzaron de un salto y, cuando se acercaron los primeros,
con sus jabalinas los mataron y pusieron en fuga al resto de sus
enemigos. Esta situación se repitió el resto de los días, mientras 7
iban, poco a poco, abriéndose paso[211].

Pero el hambre se abatió sobre el ejército, que debía racio-
nar los víveres conseguidos a base de muchas luchas, e incluso
empezaron a escasear los uniformes y aparejos de guerra. La
mayoría de las monturas, en efecto, habían quedado atrás, las
bestias de carga, en buena parte, habían ya fenecido y los que
aún estaban en pie, malheridos o enfermos. Se dice que una 8
quénice ática[212] de grano costaba ya cincuenta dracmas y que el 9
pan de cebada se vendía a precio de oro.

Los soldados entonces recurrieron a las raíces y a las hierbas,
pero encontraron muy pocas de las que ya hubieran probado, así
que se vieron obligados a alimentarse de aquellas hierbas que no
habían probado antes, y comieron una hierba que, de hecho, les 10
provocaba la muerte tras haberlos enloquecido. El que la comía
no reconocía a ninguno de sus compañeros, ni se acordaba de

---

[210] Se trata de la formación defensiva de la *testudo* (en griego *synaspismós*), ampliamente descrita en otras fuentes. *Cf.* DIÓN CASIO, XLIX 28, 4; OROSIO VI 19, 1.

[211] *Cf.* DIÓN CASIO, XLIX 29, 2-30; FLORO, II 20, 6-7.

[212] Equivalente a 1,08 litros.

11 nada, y no hacía otra cosa más que voltear y hacer rodar las piedras, como si se tratara de una importante tarea. La llanura se llenó de hombres hundidos en tierra que excavaban alrededor de las piedras y las ordenaban; pero al final vomitaban bilis y les
12 alcanzaba la muerte, porque les faltaba el único antídoto, el vino[213]. Al ver que eran muchos los que perecían y que los partos no se retiraban, se cuenta que Antonio gritaba con frecuencia: «¡Ay, los Diez Mil!», expresando su admiración por los compañeros de Jenofonte, que se habían salvado después de haber recorrido un camino más largo que el suyo desde Babilonia y tras haber tenido que combatir contra más numerosos enemigos[214].

46 Los partos, incapaces de dispersar el ejército y romper su formación, salieron derrotados en muchas ocasiones o se vieron obligados a huir, con lo que empezaron a tener un acercamiento más pacífico a los romanos que intentaban buscar alimento o grano. Tras señalar las cuerdas de sus arcos sin tensar[215] dijeron
2 que ellos se volvían para casa y que ponían fin a la lucha, y que unos cuantos medos les seguirían durante dos días más de camino, pero no con ánimo de molestarlos, sino para proteger las ciudades más alejadas. A estas palabras añadían saludos y sig-
3 nos de amistad, de tal forma que los romanos se sintieron más aliviados y Antonio, puesto al corriente de todo esto, decidió ir por la llanura porque se decía que en el camino a través de las montañas no había agua.

4 Mientras estaba preparándolo todo, llegó al campamento uno de los hombres del ejército enemigo, de nombre Mitrídates, primo de aquel Moneses que se había refugiado con Antonio y que había recibido tres ciudades como presente. Pues bien, este

---

[213] Sobre las propiedades curativas del vino. *Cf.* PLUT., *Cés.* 40-41; *Charlas de sobremesa* III 52e.

[214] Las tropas de Antonio sólo tuvieron que recorrer 2.400 estadios, mientras que las tropas de Jenofonte recorrieron 18.600 (*cf.* JEN., *Anáb.* V 5, 4).

[215] En señal del fin de las hostilidades.

hombre pidió que se le acercara alguno que supiera hablar la
lengua parta o la siria. Se acercó Alejandro de Antioquía[216], 5
compañero de Antonio, y el otro se identificó y aclaró que traía
un recado de Moneses y le preguntó a Alejandro si veía a lo le-
jos altas colinas y picos. El otro le contestó que sí, que las veía,
y entonces le contestó Mitrídates lo siguiente: «Al pie de estas
colinas, los partos os están preparando una emboscada con todo 6
su ejército. Sobre las grandes llanuras se ciernen, en efecto, es-
tas colinas y ellos esperan que vosotros, engañados por ellos, os
dirijáis allí, abandonando el camino que va por los montes. Éste
es un camino fatigoso y conlleva esa sed, a la que, por otra par- 7
te, estáis acostumbrados, pero si Antonio escoge el otro cami-
no, sabed que va a correr la misma suerte que Craso».

Dicho esto, se marchó y Antonio, turbado ante lo que había 47
escuchado, convocó a sus amigos y a su guía, el mardo, que era
del mismo parecer que Mitrídates. En efecto, el mardo sabía por
experiencia que aunque no hubiera enemigos, los tortuosos e 2
impracticables caminos de la llanura no eran despejados y eran
difíciles de seguir; mientras que en el caso del otro camino, con
ser duro, la única dificultad que presentaba era la falta de agua,
que sería por un solo día[217]; así que Antonio se decidió por este 3
camino y emprendió la marcha de noche, después de haber
dado la orden de que se aprovisionaran de agua. Sin embargo,
la mayor parte de los soldados carecía de recipientes para trans-
portarla, por lo que unos llevaron sus cascos repletos de agua y
otros cargaron botas de piel.

Antonio ya estaba de camino, cuando los partos se enteraron 4
de sus planes. Contrariamente a lo que suelen hacer, salieron en
su persecución cuando aún era de noche y, al salir el sol, los sol-

[216] Personaje desconocido.

[217] Se trata de agua potable, como luego veremos en los capítulos siguientes. A pesar de que en las pendientes del Kuh-e Sahand hubiera corrientes de agua, éstas eran de agua salada. *Cf.* Dión Casio, XLIX 28, 3; Floro, II 20, 8.

5 dados alcanzaron a los soldados de la retaguardia, totalmente
agotados por la falta de sueño y el esfuerzo de haber recorrido
doscientos cuarenta estadios[218] en una sola noche. La rápida e in-
tempestiva llegada de los enemigos produjo una desazón terrible
en ellos porque, además de que la sed se acrecentaba con la lu-
cha, debían igualmente defenderse a medida que avanzaban.

6 Los que estaban en la vanguardia llegaron a un río de agua
fresca y limpia, pero era salada y venenosa. Cuando se bebía
esta agua, enseguida ésta provocaba unos terribles dolores en el
7 vientre y acrecentaba la sed como si quemara. De esta circuns-
tancia ya les había avisado el mardo, pero los soldados se zafa-
ban de aquellos que deseaban impedírselo y bebían. Antonio
iba dando vueltas y les pedía que resistieran un poco más de
tiempo, pues no se encontraba lejos otro río con agua potable y
les aseguraba que, además, el resto del camino era tan áspero e
impracticable para la caballería, que seguramente los enemigos
se retirarían. Al mismo tiempo llamó a aquellos que estaban lu-
8 chando y les dio una señal para que acamparan y al menos los
soldados pudieran estar a la sombra.

48 Mientras se plantaban las tiendas, repentinamente los partos
se alejaron, como acostumbraban a hacer, pero entonces llegó
Mitrídates de nuevo y pidió a Alejandro que se acercara. En-
tonces aconsejó que tras haber hecho una breve parada de des-
canso, enseguida se pusiera en marcha el ejército y que se die-
ran prisa en llegar al río, porque los partos no lo cruzarían sino
2 que llegarían tan sólo hasta ese punto[219]. Tras haber comunica-
do este consejo a Antonio, Mitrídates recibió en recompensa de
su parte numerosas copas y cuencos de oro, se llevó las que
3 pudo esconder bajo sus ropas y se fue.

[218] Unos 44 km.

[219] El río Araxes era el límite natural del reino parto con el reino de Armenia, nombrado dos capítulos después.

Era todavía de día cuando los romanos levantaron el cam-
pamento y se pusieron en marcha. Esta vez los enemigos no les
molestaron, sino que fueron ellos mismos los que procuraron
que esa noche fuera la más terrible y penosa de todas: algunos 4
soldados mataron a sus compañeros que tenían plata y oro y
todas las riquezas, que venían siendo transportadas por las bes-
tias de carga, las saquearon; y, al final, hasta incluso metieron
mano dentro del propio equipaje de Antonio y se repartieron a
trozos las copas y mesas de gran valor que él tenía. ¡Grande era
el desorden en el que estaba sumido el ejército entero dedicado
al pillaje, pues creían que los enemigos habían caído sobre ellos 5
y se había producido una derrota total!

Entonces, Antonio llamó a uno de sus libertos de nombre
Ramnón[220], que formaba parte del cuerpo de su guardia perso-
nal, y le hizo jurar que a una orden suya le traspasaría con la es-
pada y le cortaría la cabeza, para que no fuera capturado vivo
por los enemigos y no reconocieran su cadáver. Sus amigos em-
pezaron a llorar por su suerte, pero el mardo le rogó que se ani- 6
mara, porque el río ya se encontraba muy cerca, pues en efecto,
un frente húmedo hacía correr una brisa fresca que facilitaba la
respiración. Además, decía que efectivamente el tiempo que 7
habían invertido en recorrer el camino correspondía a lo que él ha-
bía previsto y que no les quedaba más que esta noche. Al mis-
mo tiempo, llegaron unos que le anunciaron que la confusión
había sido causada por la ambición y la maldad de algunos sol-
dados contra sus compañeros. Por ello, Antonio decidió dar la
señal de plantar la tienda, con la intención de poner de nuevo al
ejército en formación tras la confusión y la desbandada.

Ya despuntaba el día y el ejército empezaba a estar más 49
tranquilo y guardar la calma, cuando, de repente, empezaron a
llover sobre los soldados de retaguardia las flechas de los par-

[220] Era un gladiador, tal como sabemos gracias a FLORO (II 20, 10).

tos, así que las tropas ligeras recibieron la señal de emprender
la lucha. Los soldados de infantería de nuevo, al igual que an-
tes, empezaron a cubrirse los unos a los otros con los escudos y
2 resistieron ante el ataque de los enemigos, pues más cerca los
otros no se atrevían a ir. La vanguardia fue avanzando lenta-
mente hasta que se divisó el río y Antonio entonces colocó a la
caballería contra los enemigos a lo largo de la orilla y dejó pa-
sar primero a los enfermos. Poco después, ya incluso los que es-
3 taban luchando podían beber con más facilidad y sin peligro,
pues, en cuanto los partos vieron el río, destensaron las cuerdas
de los arcos y animaron a los romanos a que lo atravesaran sin
temor, alabando la valentía que habían demostrado tener[221].
Tras haber pasado tranquilamente, tomaron aliento y, a conti-
nuación, continuaron su marcha, aunque no se fiaban del todo
4 de lo que les habían dicho los partos.

Cinco días después, tras esta última batalla, llegaron al río
Araxes, un río que está en el límite de Media con Armenia y
que resulta difícil de atravesar por la fuerza de la corriente y por
la profundidad de sus aguas. Además se corrió la voz de que allí
les acechaban los enemigos para tenderles una emboscada
5 mientras cruzaban el río. Pero después comprobaron que ha-
bían pasado a Armenia sin que hubiera habido ningún contra-
tiempo y, como si fueran marineros que hubieran divisado tie-
rra desde el océano, se postraron en tierra para besarla y se
6 abrazaron entre lágrimas de alegría los unos a los otros[222]. Aho-
ra que iban avanzando por una región llena de riquezas, se sir-

[221] El discurso directo de los partos lo ofrece Floro (II 20, 7), en una versión muy filorromana: «Ea romanos, id en paz; con razón la fama os considera vencedores de pueblos a vosotros, que habéis conseguido escapar a las flechas de los partos».

[222] Parecida imagen es la que nos presenta Jenofonte (*Anáb.* IV 7, 20-27) en la célebre expedición de los Diez Mil, cuando los griegos, tras un largo camino desde Cunaxa, llegaron finalmente a las costas del Egeo.

vieron sin mesura de todo, tras las privaciones que habían sufrido, y cayeron enfermos de hidropesía y disentería.

Antonio se puso allí a hacer un recuento de su tropa. Calcu- 50
ló que habían muerto veinte mil soldados de infantería y cuatro
mil soldados de caballería, pero no todos a manos de sus enemigos, sino que habían muerto enfermos más de la mitad[223].
Había realizado desde Fraata una marcha de veintisiete días[224]
e, incluso, habían obtenido de los partos dieciocho victorias, 2
pero esas victorias no repercutieron en un duradero resultado,
puesto que éstas eran victorias menores que no se resolvían en
algo serio y definitivo. Gracias a esto, se vio muy claro que la
actuación de Artavasdes el armenio había impedido que Anto- 3
nio llevara a buen término la guerra: si hubieran permanecido 4
los dieciséis mil soldados de caballería que él trajo desde Media, bien equipados como los partos y acostumbrados a luchar contra ellos, los romanos habrían puesto en fuga a sus contendientes y aquéllos, vencidos, no habrían podido recuperarse de la derrota y hostigarles en tantas ocasiones.

Todos clamaron furiosos que Antonio castigara ejemplar- 5
mente al armenio, pero él, con cierta prudencia, no le reprochó su traición ni depuso su acostumbrada cortesía y respeto hacia él, pues se encontraba débil ante un ejército sin recursos. Fue más tarde, en aquella ocasión en la que emprendió una nueva
incursión a Armenia, cuando, tras haberlo convencido con mu- 6
chos ruegos y promesas para que se pusiera en sus manos, lo tomó prisionero y lo llevó encadenado a Alejandría, donde ce-
lebró su triunfo. De esto se quejaron mucho los romanos, pues 7

[223] Otras fuentes filoaugusteas presentan cifras mayores, para exagerar la derrota de Antonio. *Cf.* VEL. PAT., II 82, 3; FLOR., XX 10.

[224] Recorrieron, según testimonia LIVIO *(Per.* CXXX), trescientas millas romanas (unos 482 km). Un mapa del itinerario desde Fraata hasta el río Araxa en PELLING, *Plutarch...*, 230, Mapa 2.

uno de los más gloriosos y venerables triunfos que correspondía a su patria, se lo había ofrecido a los egipcios por agradar a Cleopatra. Pero esto ocurrió después[225].

51 En aquel momento, apremiados por un ya largo invierno en el que nevaba sin cesar, Antonio decidió continuar su camino a
2 marchas forzadas y perdió a ocho mil. Él mismo descendió al
3 mar con poca escolta, en una localidad que se encontraba en medio de Beirut y Sidón, llamada «la Villa Blanca[226]», y allí esperó a Cleopatra. Se consumió tanto de pesar y angustia por su tardanza que acabó entregándose rápidamente a la bebida hasta la embriaguez y, sin poder controlarse, se puso de pie entre todos los que bebían con él, bailando muchas veces a la vista de todos y saliendo a ver si ella llegaba. Al fin, Cleopatra desembarcó,
4 trayendo con ella muchos vestidos y riquezas para los soldados. Sin embargo, alguno hay que asegura que él recibió tan sólo un traje, mientras que el dinero salió de las pertenencias de Antonio y lo distribuyó como si fuera ella quien se lo había dado[227].

52 Entre el rey de los medos y Frates, el parto, se originó un conflicto, por lo que dicen, a cuenta del botín de los romanos, pero que indujo al medo a sospechar y temer que le privaran del
2 poder. Por ello, mandó llamar a Antonio, comunicándole que iba a ayudarle con su propio ejército[228]. Esta noticia llenó de ex-

[225] La captura de Artavasdes se produjo en el año 34 a. C. Antonio envió a Delio a la corte de Armenia con la propuesta de un matrimonio entre su hijo Alejandro Helios y la hija del rey de Armenia y, cuando lo atrajo a su corte, lo hizo prisionero y celebró un triunfo que consistió en una procesión dionisíaca. Artavasdes estuvo prisionero hasta su ejecución. *Cf.* Dión Casio, XLIX 39-40; L 1, 4; LI 5, 5; Vel. Pat., II 82, 3-4; Orosio VI 19, 3. En el año 32 a. C., Antonio acuñó una serie de monedas con el emblema de ARMENIA DEVICTA.

[226] Algunos consideran que se refiere a la ciudad vieja de Beirut, que se encuentra al sur de la ciudad.

[227] *Cf.* Dión Casio, XLIX 31.

[228] El rey de Media, Artavasdes, envió en el año 35 a. C. una embajada a

pectativas a Antonio, a quien le parecía que tan sólo lo que le 3
había faltado para dominar a los partos, esto es, el ir bien pertrechado con muchos caballeros y arqueros, se le ofrecía, y más que sentir que se estaba concediendo un favor, daba las gracias. Se preparó, entonces, para acudir a Armenia de nuevo para ir al encuentro del medo en los alrededores del río Araxes y emprender así la guerra.

Mientras tanto, en Roma[229], Octavia solicitó permiso para 53
embarcarse y reunirse con Antonio, y César se lo concedió, pero no, como afirman algunos, por agradarle a ella, sino para que supuestamente el ultraje y el desprecio que se le infligiera proporcionaran una razonable excusa para la guerra. Nada más llegar ella a Atenas, recibió unas cartas de parte de Antonio que
le comunicaban el resultado de su expedición y le instaban a 2
quedarse allí. Sin embargo, ella que, en su suspicacia, barruntaba que le contestaba con meras evasivas, le escribió a su vez, preguntándole dónde quería que le enviara lo que le había traí-
do, pues llevaba mucho equipaje para los soldados, muchas 3
bestias de cargas, dinero y regalos para sus generales amigos; y, aparte de todo esto, llevaba a dos mil soldados escogidos bien equipados con espléndidas armaduras y listos para integrarse en
las cohortes pretorianas. Un tal Nigro, amigo de Antonio[230], fue 4
su emisario de parte de ella y sazonó su discurso con todo tipo de elogios sobre los méritos y la dignidad de Octavia.

Se dio cuenta Cleopatra de que Octavia estaba dispuesta a lu- 5
char decididamente y temió que, haciendo valer la dignidad de

---

Alejandría, liderada por el rey Polemón del Ponto, para ofrecerle esta alianza y planear juntos la invasión de Partia. *Cf.* Dión Casio, XLIX 33-34.

229 Octavio se había hecho con el poder de todo Occidente, después de haber derrotado definitivamente a Sexto Pompeyo en el 3 de septiembre del año 36 a. C. y tras el exilio de Lépido.

230 No se conoce el nombre completo de este amigo de Antonio. *Cf.* Münzer, F. s.v. *Niger* 2 RE XVII 1 (1936) coll. 199-200.

sus modales y el poder de su prestigio, como hermana de César,
además del placer de su conversación y de las atenciones que le
dirigía a Antonio, ella fuera invencible y controlara totalmente a
6 su marido. Así, ella exageró las muestras de su pasión por Antonio: adelgazó haciendo una estricta dieta, hacía que su mirada
7 estuviera en éxtasis, cuando él venía hacia ella, y lánguida y triste, cuando se alejaba; se las apañaba para que la viera llorar para
rápidamente enjugarse las lágrimas y ocultarse, como si no quisiera que él se diera cuenta; y así se comportó, mientras Antonio
se preparaba para partir desde Siria a Media.

8 También los aduladores, prestos a defender la causa de Cleopatra, reprochaban a Antonio que fuera cruel e insensible hasta
9 el punto de condenar a muerte a una mujer que sólo vivía por él;
10 porque, claro estaba, Octavia se había casado por razones de Estado y a sugerencia de su hermano, mientras que Cleopatra, aunque era la soberana de tantos hombres, tenía que rebajarse a ser
pregonada como la amante de Antonio; pero ella no rehuía de
11 ese título ni lo consideraba indigno, si podía verle y vivir a su
lado; y es que, apartada de él, no sobreviviría por más tiempo.

¡Tanto asediaron a este hombre y doblegaron su voluntad
con el miedo de que Cleopatra se quitara la vida, que, al final,
se volvió a Alejandría y Antonio retrasó la campaña de Media
para el verano, aunque se dijera que los partos estaban divididos por una guerra civil! Incluso, internándose en Siria, firmó
12 un acuerdo rápido con el medo, llegando incluso a tomar a uno
de los hijos que tuvo de Cleopatra para casarlo con una de las
hijas del otro soberano, que era todavía muy joven[231]; y así se
volvió con la mente puesta en la guerra civil.

---

[231] Las fuentes afirman que el primer compromiso, el de Jotape y Alejandro Helios, se celebró en el año 34 a. C. tras la conquista de Armenia y la captura de Artavasdes, y que el segundo se celebró un año después, cuando Antonio se encontró con el rey de Media y tomó consigo a su hija. DIÓN CASIO, XLIX 40, 2; 44, 2.

César, visto el ultraje que había sufrido su hermana Octavia, 54
le ordenó, al volver de Atenas, que se mudara a una casa de su
propiedad; pero ella no sólo le contestó que no abandonaría la
casa de su marido, sino que le pidió que, si no tenía otra razón 2
distinta por la que luchar contra Antonio, le dejara quedarse en
su casa, que no sería nada agradable el tener que escuchar que
de los dos más grandes generales, uno había provocado la gue-
rra civil entre los romanos por el amor de una mujer y el otro
por el excesivo celo en defensa de otra. Dicho y hecho: siguió
viviendo en la casa de él como si él estuviera presente, cuidaba 3
bien y apropiadamente no sólo a sus propios hijos, sino también
a los hijos habidos con Fulvia, y siguió recibiendo a los amigos 4
de Antonio que acudían por algunas cuestiones o deberes cívi-
cos de parte suya, ayudándoles a conseguir lo que necesitaban
de César. Ella, sin querer, denigraba a Antonio, pues se ganó la
antipatía de todos al injuriar a tan gran mujer. 5

Con todo, lo que hizo que el odio se convirtiera en general
fue la ceremonia del reparto de territorios a favor de sus hijos en
Alejandría, que pareció pomposa, teatral y claramente desagra-
dable a ojos de Roma: Antonio, tras abarrotar el gimnasio[232], 6
colocó sobre el altar de plata dos tronos de oro, uno para él y
otro para Cleopatra, y luego otros más pequeños para sus hijos;
después, nombró a Cleopatra reina de Egipto, Chipre, Libia y
Celesiria[233], actuando como corregente Cesarión, el hijo que se
decía había tenido con César[234] y que Cleopatra parió como hijo
póstumo; a continuación, aclamó a los hijos de él y de Cleopa- 7

[232] Otras fuentes afirman que esta ceremonia se celebró en presencia de la asamblea. *Cf.* DIÓN CASIO, XLIX 41, 1-3.

[233] Chipre y Egipto ya formaban parte del territorio de Cleopatra y Celesiria ya había sido concedida en el año 36 a. C., como recuerda nuestro autor en el capítulo 36. En cuanto a Libia, otras fuentes afirman que quien la recibió fue la hija de Cleopatra y Antonio, Cleopatra Selene. *Cf.* DIÓN CASIO, XLIX 41, 1-3.

[234] Desde el año 44 a. C., Cesarión había sido asociado al trono con el nom-

tra con el título de rey de reyes[235] y a Alejandro le dio Armenia,
8 Media[236] y los territorios partos cuando fueran conquistados, y a Tolomeo[237] le dio Fenicia, Siria y Cilicia; y, finalmente, presentó a Alejandro al pueblo, vestido con un traje persa con el gorro y la tiara recta[238], y a Tolomeo, adornado con los coturnos, la clámide y el sombrero macedonio de alas anchas que iba rematado con una diadema[239] (el primer traje había sido heredado de los reyes sucesores de Alejandro, y el otro de los reyes
9 medos y armenios), y, tras bendecir a los hijos de sus hijos puso, al lado de uno, la guardia armenia y, al lado del otro, la guardia macedonia. Por su parte, Cleopatra también a partir de entonces ante la presencia de su pueblo se presentó con una estola de Isis y se hizo proclamar «Nueva Isis»[240].

55 César comunicó al Senado estas acciones y lanzó tantas
2 acusaciones ante la asamblea, que acabó poniendo al pueblo en contra de Antonio. Envió Antonio, por su parte, también a hom-

---

bre de Tolomeo XV César. Sobre el supuesto hijo de Cleopatra y César, *cf.* Plut., *Cés.* 49.

[235] Según otras fuentes (Dión Casio, XLIX 41, 1), este título pertenecía realmente a Cesarión; Cleopatra era «reina de reyes».

[236] En virtud de su matrimonio con Jotape, la hija del rey de Armenia.

[237] Tolomeo Filadelfo, nacido en el año 36 a. C. *Cf.* Dión Casio, XLIX 41, 3.

[238] La tiara recta, en forma de gorro acabado en punta, era el tocado tradicional de los reyes persas. *Cf.* Jenofonte, *Anáb.* II 5, 23; Arrian., *Anáb.* III 25, 3; *FGrHist.* 81F 22; 137 F 5; Plut., *Art.* 26. Una imagen de bronce de un niño, vestido y tocado con estos trajes y adornos tradicionales y que se identifica con el joven Alejandro Helios, se encuentra en el British Museum (Department of Greek and Roman Art, n.° 49.11.3). El propio Antonio aparece en algunas de las monedas, especialmente tras sus campañas en Oriente y la conquista de Armenia, tocado con esa tiara. *Cf. RRC* n.° 539.

[239] *Cf.* Plut., *Demetr.* 41.

[240] *Cf.* Dión Casio, L 5, 3. Como burla de la divinización de la reina Cleopatra, los poetas augusteos la imaginaban enfrentándose a las tropas de Octavio portando el sistro, uno de los objetos sagrados de la diosa Isis. *Cf.* Virgilio, *En.* VIII 696; Propercio, III 11, 43.

bres para contraatacar con otras acusaciones a su vez. Las más importantes acusaciones que Antonio vertía contra Octavio eran las siguientes: en primer lugar, le reprochaba que, tras recuperar Sicilia de las manos de Pompeyo, no le hubiese dado parte de la isla a él; segundo, que no le hubiera devuelto esas naves suyas que le había pedido para hacer la guerra; tercero,
que, tras desbancar del poder a Lépido, su colega, y declararlo 3
un proscrito, él mismo había usurpado la región y las atribuciones que le habían sido otorgados al otro y se había quedado con su ejército; y, como remate, había hecho que toda Italia quedara en manos de sus soldados, sin dejarle nada a los de aquél.

De todo esto César se defendió, argumentando que había re- 4
levado de su cargo a Lépido, porque abusaba de su poder; que lo que había conseguido en la lucha, lo había compartido con Antonio, mientras que Antonio, a su vez, no había compartido Armenia con él; y que no tenían ningún derecho sobre Italia sus soldados, cuando ya poseían ellos Media y Partia, las regiones que habían sido ganadas para Roma, tras luchar victoriosamente junto a su comandante.

Antonio se enteró de todo esto mientras estaba en Armenia y 56
al punto ordenó a Canidio que bajara al mar con dieciséis legiones. Él mismo se llevó consigo a Cleopatra y se fue a Éfeso y allí
congregó una escuadra de todas partes, compuesta de ochocien- 2
tas naves de combate, incluidas las mercantes, a las que Cleopatra añadió otras doscientas, junto a veinte mil talentos y provisiones para nutrir a todo el ejército durante el combate.

Antonio, por consejo de Domicio[241] y algunos otros[242], pi-
dió a Cleopatra que volviera de nuevo a Egipto y allí esperara 3

[241] Domicio Ahenobarbo. Cónsul en el año 32 a. C., había dejado ese mismo año Roma junto con su colega en el cargo, C. Sosio, y trescientos senadores, para apoyar a Antonio. *Cf.* Dión Casio, L 2, 6-7. Octavio nombró en su lugar a otros dos *consules suffecti* favorables a él.

[242] Ticio y Planco, a los que hace referencia en el capítulo 58.

4 el fin de la guerra. Pero ella, temerosa de que de nuevo se ma-
nifestara en él la influencia de Octavia, sobornó con una gran
suma de dinero a Canidio, para que hablara a Antonio en su fa-
vor y sobre cómo no era justo que alejara a su mujer de la gue-
rra cuando ella le había proporcionado tales fuerzas, que no era
conveniente que se desairara a los egipcios, cuando eran una
5 gran parte del ejército; cómo, además, veía que ella podía pa-
rangonarse a cualquiera de los reyes en inteligencia, pues por
largo tiempo ella sola había gobernado tan vasto reino y, des-
pués, él mismo, tras un considerable período de estrecha con-
vivencia, la había instruido en la administración de las grandes
6 cuestiones políticas. Con todas estas razones, acabó imponién-
dose, pues la Fortuna disponía que el poder quedara en manos
de César.

Reunidos los dos ejércitos, navegaron ambos hasta Samos
7 donde pasaron el tiempo divirtiéndose. Como había sido orde-
nado, los reyes y dinastas y tetrarcas y pueblos y ciudades todas
entre Siria, la Meótide[243] y Armenia e Iliria enviaron sus tropas
o efectuaron sus levas para la guerra. También se obligó a todos
8 los integrantes del gremio de Dioniso[244] que acudieran a Samos.
Así cuando por casi toda la ecúmene resonaban los trenos y la-
mentos, en una sola isla durante muchos días sonó la flauta y se
expandieron los cánticos, llenándose los teatros de coros en
9 competición. Cada una de las ciudades envió a sacrificar una
vaca y los reyes rivalizaron los unos con los otros en muestras
de reverencia y dones. De esta manera, se iban preguntando
cómo serían las celebraciones tras la victoria, si con tanta opu-
10 lencia festejaban los preparativos de la guerra.

---

[243] Se refiere a la laguna Meótide que es el actual mar de Azov.

[244] Es decir, actores, que eran los que propiamente se encontraban bajo la advocación de Dioniso y en este pasaje, por extensión, todos aquellos que tuviesen algo que ver con el mundo del espectáculo.

Al final de todo este festival, Antonio donó Priene[245] a los ac- 57
tores, para que hicieran de él su casa, y después él mismo tomó
rumbo para Atenas donde de nuevo se entretuvo en festejos y es-
pectáculos. Cleopatra, celosa de la veneración que se tenía por 2
Octavia en la ciudad (Octavia era claramente la preferida del
pueblo ateniense), se atrajo a la población con su liberalidad y
ellos, decretando a su vez privilegios para ella, enviaron a su
casa a unos embajadores para portar el decreto, entre los que se 3
encontraba Antonio, en calidad de ciudadano ateniense[246], quien
ante ella pronunció un discurso en nombre de la ciudad. 4
A continuación, envió a Roma una delegación para echar a
Octavia de su casa[247]. Dicen que ella sacó a todos los hijos que
tuvo con Antonio, a excepción del mayor de los de Fulvia (pues
éste se encontraba con su padre[248]) mientras lloraba afligida,
como si creyera que ella era una de las razones que habían lle-
vado a Roma a la guerra civil. Los romanos se compadecieron
no tanto por ella como por Antonio y especialmente aquellos 5
que habían visto a Cleopatra y que decían que no estaba a la al-
tura de Octavia ni en belleza ni en lozanía.

César se inquietó, al enterarse de la grandeza y la celeridad 58
de los preparativos de Antonio, pues creía que se vería forzado a
luchar aquel mismo verano[249]. Y, en efecto, como se encontraba 2
falto de muchas cosas, cubrió de impuestos al pueblo, causando

245 Localidad cercana al cabo Mícale, entre Jonia y Caria, cerca de Samos.

246 A Antonio se le había concedido la ciudadanía ateniense en 42-41 a. C., en su primer viaje a Atenas, al que se refiere nuestro autor en el capítulo 23. Entre los honores que se otorgaron, se encuentran las estatuas de Cleopatra y Antonio elevadas en la acrópolis. *Cf.* Dión Casio, L 15, 2.

247 *Cf.* Livio, *Per.* CXXXII; Dión Casio, L 3, 2; Eutropio, VII 6, 1; Orosio, VI 19, 4.

248 El que se llamaba Antilo y es luego mencionado al final de esta vida en los capítulos 71 y 81.

249 El verano del año 32 a. C.

el descontento entre la población, pues los ciudadanos se vieron
obligados a dar una cuarta parte de sus rentas y los libertos tu-
vieron que entregar una octava parte de sus posesiones. Por ello
3 le increpaban y toda Italia entera quedó afectada por tales desor-
denes a causa de esta medida[250]. De ahí que, entre los más im-
portantes errores de Antonio, haya que considerar que retrasara
el comienzo de la guerra, porque así le dio tiempo a César para
prepararse y disolver las algaradas de esos hombres, pues, en
4 efecto, cuando debían pagar los impuestos, se alzaban en armas,
pero una vez pagados y satisfecha la cantidad, se tranquilizaban.

Por otra parte, Ticio y Planco, amigos de Antonio entre los
consulares[251], se habían convertido en el blanco de los insultos
de Cleopatra (pues se habían opuesto a la presencia de ésta en
la mayoría de sus acciones), así que le traicionaron, se pasaron
al bando de César y se convirtieron en delatores de la última vo-
5 luntad de Antonio, pues conocían su testamento. Este testamen-
to estaba depositado en la casa de las vestales, pero ellas no se
6 lo dieron a César a pesar de sus repetidas peticiones: si quería
tomar posesión de él, le pidieron que fuera personalmente; así
que fue a recogerlo.

---

[250] Tras largos años de proscripciones e impuestos, estas nuevas medidas sentaron lógicamente mal a la población de Italia. Dión Casio (L 9 10, 4-5) comenta, en concreto, que Octavio exigió a los libertos, cuyo patrimonio ascendiera a cincuenta mil denarios, una octava parte de sus bienes, como mínimo. Esto provocó la protesta armada y, por compensación, se les exigió a los ciudadanos la cuarta parte de su patrimonio.

[251] Ambos personajes se pasaron al bando de Octavio en el año 32 a. C. *Cf.* Dión Casio, L 3, 1-3; Vel. Pat., II 83 1-2. Munacio Planco fue cónsul en el año 42 a. C. y Ticio, su sobrino, había sido destacado con el rango de comandante en la batalla contra Sexto Pompeyo (Apiano, *BC* V 134, 555-559) y había sido el responsable de su ejecución. Nuestro autor comete un error al llamar a Ticio senador, en este pasaje, porque fue *consul suffectus* sólo cuando se pasó al bando de Octavio en la guerra civil, no cuando estaba en el bando de Antonio.

Primero, él por su cuenta en privado comenzó a leer las car-
tas e incluso hizo algunas anotaciones en algunos pasajes incri-
minatorios; y, después reunió al Senado y leyó su contenido en-
teramente, para disgusto de la mayoría de sus integrantes[252]. 7
Parecía extraño e inadmisible que se pidiera responsabilidades
en vida a alguien de lo que había hecho constar como su volun-
tad para su propia muerte, pero César sobre todo insistió en lo 8
que Antonio dispuso sobre su forma de enterramiento, pues so-
licitaba que su cuerpo, si moría en Roma, fuera llevado en pro-
cesión por el Foro y después fuera escoltado hasta Alejandría
para entregar su cuerpo a Cleopatra.

Pero fue Calvisio, un compañero de César[253], quien, por aña-
didura, formuló estas otras acusaciones contra Antonio en rela- 9
ción con Cleopatra: que él le había hecho la donación de la bi-
blioteca de Pérgamo, en la que se encontraban doscientos mil
volúmenes[254]; que durante un banquete y ante la presencia de mu-
cha gente, se había levantado y liberado los pies de ella de cual- 10
quiera atadura o ligadura que tuviera, lo que constituía un códi-
go secreto entre ellos; que había permitido a los efesios que ante 11
su presencia reconocieran cortésmente a Cleopatra como su so-

---

[252] *Cf.* SUET., *Aug.* XVII 1-2.

[253] C. Calvisio Sabino había sido cónsul en el año 39 a. C. y había sido uno de los defensores de Julio César en los Idus de Marzo. Era pues un fiel integrante del bando de Octavio.

[254] La biblioteca de Pérgamo fue fundada por Eumenes II (197-160 a. C.) y fue construida para ser la rival de la de Alejandría, en la nueva Atenas que la dinastía atálida quiso construir en esta ciudad. Los restos se encontraban en la acrópolis de la ciudad, cerca del palacio real de los atálidas, donde también había una importante colección de originales de escultura griega arcaica y clásica. Dominaba la sala de lectura una estatua de Atenea, que imitaba el estilo de la Atenea de Fidias, y al parecer, aún estuvo en funcionamiento hasta el siglo IV d. C. Otra biblioteca se encontraba en el Asclepeion, el santuario del dios de la medicina, a las afueras de la ciudad, un santuario curativo que ejerció como lugar de encuentro de la clase alta del Alto Imperio.

berana; que en medio de las numerosas audiencias que se concedía en los tribunales a tetrarcas y reyes, leía las cartas de amor escritas en ónice y cristal que había recibido de ella[255]; y que mientras estaba hablando Furnio[256], que era un reputado y experto orador entre los romanos, Antonio vio que Cleopatra era portada en una litera por el Foro y que Antonio se levantó de un salto y abandonó la sesión para acercarse a la litera y acompañarla.

59 Aunque parece que la mayoría de estas calumnias eran una
2 pura invención de Calvisio, los amigos de Antonio tenían que ir dando vueltas por Roma suplicando al pueblo en su favor y enviaron a uno de ellos, a Geminio[257], con la petición a Antonio de que tomara en consideración que él podía ser depuesto de su
3 cargo y declarado enemigo de Roma. Geminio navegó hasta Grecia, lo que resultaba sospechoso para Cleopatra, que pensaba que lo estaría haciendo por ayudar a Octavia. Por ello, fue continuamente vejado en los banquetes y deshonrado hasta el
4 punto de rebajarlo a la más indigna categoría. Sin embargo, él esperó que llegara la ocasión de hablar con Antonio y fue en un banquete, cuando tras pedírsele que dijera por qué acudía a él, contestó que habría otras cuestiones que sólo se podían discutir estando sobrio, pero ya estuviera sobrio o ebrio, pensaría
5 únicamente una sola cosa: que todo estaría mejor si estuviera Cleopatra lejos. Ante esto, Antonio se enfadó, pero Cleopatra dijo: «Bien hiciste, Geminio, al confesar la verdad, sin haber tenido que ser torturado». Y en pocos días Geminio se marchó de vuelta para Roma.

---

[255] Están, efectivamente, testimoniadas unas *epistulae ad Cleopatram lascivae*. *Cf.* SÉNECA, *Suasorias* I 7.

[256] C. Furnio fue procónsul de Asia entre el año 36 y el año 35 a. C. Destacaba además por su dominio de la oratoria. *Cf.* CIC., *Ad. fam.* X 26, 2.

[257] No se sabe a ciencia cierta quién es este Geminio, aunque se suele identificar con G. Geminio, cónsul en el año 36 a. C. *Cf.* Münzer, F. s.v. *Geminius*, 3, *RE* VII 1 (1912) col. 1024.

Los aduladores de Cleopatra echaron a otros muchos ami- 6
gos de Antonio, que no podían soportar tanta alegre vanidad y tanto exceso, entre los que se encontraba Marco Silano[258] y Delio el historiador[259]. Éste cuenta que temía ser víctima de un complot de Cleopatra, como así se lo había asegurado el médi- 7
co Glauco, y que cayó en desgracia con Cleopatra porque en el 8
banquete dijo que era vinagre lo que se les servía allí, mientras que Sarmento seguramente bebía en Roma vino de Falerno[260]. Sarmento[261] era uno de los esclavos compañeros de juegos de César, de esos que los romanos llaman *deliciae*[262].

En cuanto César tuvo todo convenientemente preparado, 60
decretó que se declarara la guerra a Cleopatra[263] y que se le re-

---

[258] Marco Julio Silano fue gobernador de la provincia de Acaya hasta el año 32 a. C., coincidiendo con la visita de Antonio. *Cf.* Münzer, F., s.v. *Iunius*, 172, *RE* X 1 (1917) coll. 1.095-1.096.

[259] Delio el historiador, principal fuente de nuestro autor para la guerra en Partia, se pasó al bando de Octavio más tarde, en el año 31 a. C. Dión Casio, L 13, 8; 23, 1 y 3; Vel. Pat., II 84, 2.

[260] El vino de Falerno es uno de los más apreciados vinos itálicos.

[261] Sarmento era un bufón etrusco, liberto de Mecenas. En una de las odas que Horacio dedicó a Delio, Sarmento aparece bebiendo el vino de Falerno, vino al que parece que debía estar muy acostumbrado. *Cf.* Hor., *Sátiras* I 5, 52; *Odas* II 3, 6-8.

[262] Es Suetonio *(Aug.* 68-71) el que se recrea en este aspecto del carácter de Octavio. Se le tachaba de ser un afeminado en su juventud, y hasta de haber conseguido ser nombrado heredero de César, tras haberse entregado a él. Está claro que es el propio Antonio (al que nombra explícitamente Suetonio) el que está detrás de estos rumores, argüidos en defensa de la mala fama que tenía por el matrimonio con Cleopatra. Pero ni siquiera sus amigos podían ocultar los múltiples adulterios de Octavio y el emperador, incluso en edad avanzada, no pudo desprenderse del morboso placer de desflorar doncellas, en busca de las cuales su propia mujer iba por todas partes.

[263] Octavio trata de presentar la guerra contra Antonio, un romano como él, que además había estado casado con su hermana, como un *bellum iustum*, no una guerra civil. Por eso declara formalmente la guerra sólo a la extranjera, a Cleopatra, representante de un asianismo decadente en oposición a la *gravitas*

tiraran a Antonio las atribuciones que le correspondían, porque
las había cedido a una mujer[264]. Así, sostenía César que Anto-
nio no estaba en su ser, debido a las pócimas de Cleopatra y que
eran el eunuco Mardion y Potino[265] e Ira, la peluquera de Cleo-
2 patra, y Carmión quienes llevaban las riendas del poder.
Se cuenta que antes de la guerra se sucedieron las siguientes
señales: Pésaro, ciudad que Antonio había fundado como colonia
militar a orillas del Adriático[266], quedó destruida por unas grietas
3 que se abrieron en medio de ella; también cuentan que de una de
las estatuas de mármol de Antonio, que se encontraban en Al-
ba[267], brotó como un sudor y que estuvo así durante muchos días
4 sin parar, aunque algunos enjugasen ese líquido; que en Patrás,
mientras él estaba allí, el *Heracleion*[268] quedó reducido a cenizas
por los rayos y que en Atenas[269], vacilante ante las corrientes de
aire, la estatua de Dioniso de la representación de la Gigantoma-
5 quia se precipitó sobre el teatro[270]. Este último presagio concer-

romana. De esta manera procura asegurarse la fidelidad de las provincias occidentales antes de atacar. *Cf.* AUG., *Res Gestae* 25.

264 Es decir, Antonio fue depuesto del cargo de cónsul, cargo para el que había sido designado en el año 31 a. C., y se disolvió el triunvirato.

265 Un eunuco llamado Potino ya formaba parte de la corte de Cleopatra cuando Julio César la visita por primera vez, pero este eunuco murió en el año 47 a. C. y, por tanto, no es éste al que se refiere nuestro autor. *Cf.* PLUT., *Cés.* 49. Probablemente se refiera al otro eunuco que se suicidó tras la muerte de Cleopatra. *Cf.* DIÓN CASIO, LI 14, 3.

266 La colonia militar de Pésaro ya existía antes, pero Antonio la engrandeció con el envío de un nuevo contingente de soldados. Tras la batalla de Accio fue de nuevo refundada entre el 31 y el 27 a. C. con nuevos colonos cesarianos.

267 Se refiere a la ciudad de Alba Longa, al sureste de Roma y que había sido fundada por Eneas. Por tanto, este prodigio se interpreta como un rechazo de los ancestros de Roma a Antonio, su «traidor». *Cf.* DIÓN CASIO, L 8, 6.

268 Templo de culto a Heracles.

269 Era una pintura mural que se encontraba en la acrópolis y que fue encargada en el año 201 a. C. por Átalo I. *Cf.* PAUS., I 25, 2.

270 Se refiere al teatro de Dioniso, en las faldas de la Acrópolis.

nía especialmente a Antonio que se hacía descender de Heracles
y, por imitación, como se dijo[271], se hacía proclamar el «Nuevo
Dioniso». La misma tormenta derribó, hasta tumbarlas en el sue- 6
lo, tan sólo, entre las muchas estatuas del ágora, las de Eumenes
y Átalo en las que estaban inscritos los homenajes que le rindie- 7
ron a Antonio los atenienses[272]. La escuadra de Cleopatra que se
llamaba la «Antonia» también ofreció un terrible presagio: unas
golondrinas hicieron su nido bajo la popa y cuando otras aves
distintas llegaron, las echaron y mataron sus crías[273].

Cuando se reunieron para la guerra, las naves de lucha que 61
disponía Antonio no eran menos de quinientas[274], entre las que
se encontraban muchas de ocho remos y de diez remos, adorna-
das ricamente como para ir en procesión. Había cien mil solda- 2
dos de infantería y casi doce mil caballeros. Los reyes vasallos
que participaron en la lucha fueron Boco el Libio[275] y Tarcon-
demo[276] de la Cilicia Superior, Arquelao[277] de Capadocia, Fila-

---

[271] *Cf.* caps. 4; 24 y 36; y, además, DIÓN CASIO, XLVIII 39, 2; VEL. PAT., II 82, 4.

[272] Se refiere a los reyes de Pérgamo Eumenes I (263-241 a.C.) y Átalo I (241-197 a.C.). Este último celebró su victoria ante los galos en Asia Menor con una serie de ofrendas en el muro sur de la Acrópolis de Pérgamo, en Delfos y Atenas. No es extraño esa reutilización de monumentos de época helenística para honrar a romanos. En la entrada de la Acrópolis ateniense, la estatua ecuestre de Eumenes II pasó a honrar a Agripa, la mano derecha de Augusto en las batallas y posteriormente su yerno.

[273] Son otros los presagios que se narran en otras fuentes. *Cf.* DIÓN CASIO, L 8 y 15.

[274] Otras fuentes (FLORO, II 21, 5; OROSIO, VI 19, 9) hablan de una cantidad inferior, que no llega a las doscientas naves.

[275] *Cf.* también APIANO (*BC* V 26, 102-104) comete el mismo error que nuestro autor. En realidad era rey de Mauritania y se llamaba Bogude. El hermano de este rey, llamado efectivamente Boco, murió en el 33 a.C.

[276] *Tarcondímoto* en DIÓN CASIO, XLI 63, 1; L 14, 2.

[277] Arquelao Sisina, nombrado rey de Capadocia en el año 41 a.C. por el propio Antonio.

delfo[278] de Paflagonia, Mitrídates[279] de Comágene y Sadales de
3 Tracia. Éstos estaban a su lado en la lucha, pero Polemón envió desde el reino del Ponto un ejército, y así también lo hizo Malco[280] de Arabia y Herodes de Judea[281] y Amintas de Licaonia y Galatia. Había también una tropa auxiliar enviada por parte del
4 rey de Media[282].

Las naves de César dispuestas para la lucha eran doscientas cincuenta[283], había ocho mil soldados de infantería, y un número de soldados similar a la de los enemigos. Antonio, pues, es-
5 taba al frente de los territorios que se extendían desde el Éufrates y Armenia hasta Jonia e Iliria, mientras que César tenía desde Iliria hasta el océano Atlántico y desde este océano a su
6 vez hasta el Tirreno y el mar siciliano. César, además, extendía sus dominios desde las regiones de Italia, Galia, Hispania hasta las columnas de Hércules. En cambio, el territorio que va desde Cirene hasta Etiopía estaba totalmente en manos de Antonio.

62 Estaba Antonio tan sometido a esta mujer que ciertamente, por causa de Cleopatra, aunque la fuerza de los soldados de infantería fuera superior, se decidió que la victoria fuera de la flota; y eso, a pesar de ver que, por orden de los capitanes de las trieres y por la falta de equipaje, se llevaba desde Grecia, «la que mucho había sufrido[284]», viajeros, jumentos, segadores y

[278] Deyotaro Filadelfo, rey de Paflagonia desde el año 37 a. C.

[279] Mitrídates II hijo de Antíoco I, rey de Comágene del 36 al 20 a. C.

[280] Malco I, rey de Nabatea del 50 al 28 a. C., un reino cuyo territorio había quedado reducido por las donaciones que hizo Antonio a Cleopatra.

[281] Herodes el Grande.

[282] Artavasdes.

[283] Las fuentes no coinciden en el número de naves que acuden a Accio. OROSIO (VI 19, 8) habla de 260 naves, pero FLORO (II 21, 5) habla de más de cuatrocientas naves.

[284] La expresión esta tomada de EURÍPIDES *(Heracles* 1250) y es un tópico recordar los sufrimientos de una Grecia despoblada, especialmente tras la con-

efebos, y así se iban llenando las naves, pero la mayoría de las
no podían viajar cómodamente desguarnecidas como estaban. 2
Por su parte, César no tenía tanto afán de ostentar unas na-
ves altas e imponentes, así que trató de reunir en Tarento y
Bríndisi una escuadra, rápida, fácil de maniobrar y completa-
mente bien equipada, y envió a Antonio la petición de que no
perdiera el tiempo y que acudiera con sus ejércitos, que él mis- 3
mo dejaría libre su tropa en puertos de amarre y que se alejarían
con el ejército por la playa hasta llegar a tierra firme a una dis-
tancia de una carrera de un caballo, donde poder luchar.

Ante esta propuesta, Antonio le contestó desafiante, retán- 4
dole a una batalla singular, aunque fuera mayor que él; pero si
rehuía, pedía luchar con los ejércitos de tierra, como en Farsa- 5
lia en su tiempo lo hicieron Pompeyo y César. Llegó primero
César, mientras Antonio desembarcaba en Accio, al lugar don-
de ahora está la colonia de Nicópolis[285], atravesó el mar Jónico
y se apoderó de una fortaleza del Epiro que se llamaba Tori- 6
ne[286]. Ante la inquietud de las tropas y del propio Antonio, ya
que llegaba su ejército de tierra con retraso, Cleopatra en broma
preguntaba por qué era tan terrible que César se hubiera senta-
do sobre una cuchara[287].

---

quista de Filipo II, con Macedonia como amenaza continua durante toda la época helenística. Sin embargo, no está de más el recordar que esa dolorosa situación también es consecuencia del dominio de Roma. Corinto fue destruida en el año 146 a. C. y se creó la provincia romana de Acaya, Sila diezmó y destruyó ciudades griegas que habían apoyado a Antíoco III, Augusto hizo lo mismo con las que habían apoyado a Antonio y despobló ciudades y santuarios para sus nuevas fundaciones, como Nicópolis en Accio, etc. En cierto modo Grecia y, especialmente, Atenas no vivirían un nuevo período de esplendor hasta Adriano.

[285] Nicópolis fue la ciudad fundada por Augusto para conmemorar la victoria sobre Antonio. Sobre la disposición de las tropas en el golfo de Ambracia en Accio, *cf.* PELLING, *Plutarch...*, 279, Mapa 3.

[286] Ciudad de la Tespróside (Epiro).

[287] Juego de palabras intraducible entre el nombre propio de ciudad *Toryne*

63 Cuando, al día siguiente, los enemigos emprendieron el ataque, Antonio, temeroso de que cogieran las naves sin combatientes, hizo colocar los remeros a los que había armado sobre la cubierta de los navíos, para que estuvieran a la vista; y tras reunir y desplegar toda la hilera de remos de ambos lados de las naves, como alas, los colocó en el cabo de Accio con las proas ante los enemigos, como si estuvieran listas para atacar. César, enga-
2 ñado por esta estratagema, se alejó. Antonio parece que también actuó con habilidad cuando taponó la fuente de la que bebían los enemigos, para que se vieran privados de ese líquido elemento, ya que la región de alrededor apenas tenía agua y ésta era mala.

También Antonio se mostró muy generoso con Domicio[288],
3 a pesar del parecer contrario Cleopatra. Domicio, en pleno delirio por su fiebre, se subió a una pequeña embarcación y se pasó al bando de César. Antonio se sintió acongojado cuando se enteró de esta defección, pero, a pesar de todo, envió todo su equipaje junto con sus criados y amigos. Domicio murió poco
4 después de haber traicionado a Antonio, como si hubiera sido por el efecto de haber visto descubierta su defección y su traición. También se produjeron defecciones entre los reyes Amin-
5 tas[289] y Deyotaro[290], que también se pasaron al bando de César.

Antonio, al ver que su escuadra salía mal parada en todo tipo de encuentros y llegaba tarde a prestar su ayuda[291], se vio

---

y el nombre común *toryne* (cuchara de palo). *Cf.* PELLING, *Plutarch...*, 271-272; que ve un sentido obsceno en la expresión e indica, con la cita de la bibliografía correspondiente, que en jerga esta palabra designa al miembro viril masculino. Una posibilidad, a la hora de identificar esta plaza, es la moderna Parga, a muy poca distancia de Accio.

[288] Se refiere a Domicio Enobarbo. *Cf.* VEL. PAT., II 84, 2; DIÓN CASIO, L 13, 6.

[289] *Cf.* VEL. PAT., II 84, 2.

[290] *Cf.* DIÓN CASIO, L 13, 5.

[291] Agripa, principal lugarteniente y apoyo eficaz en la política de Octavio, había conseguido apoderarse de la isla de Léucade y de los puertos de Patrás y

obligado a volver a pensar en las tropas de infantería. También
Canidio, el comandante de las tropas de infantería, cambió de 6
parecer ante el peligro que corrían y aconsejó a Antonio que enviara de vuelta a Cleopatra y que se retirara a Tracia o a Macedonia donde se decidiría la guerra en una batalla en tierra firme.
De hecho Dícomes, el rey de los getas[292], le estaba esperando 7
dispuesto para acudir en ayuda con una numerosa tropa. Añadió, además, que no sería vergonzoso, si cedían el dominio del mar a César, pues estaba curtido con la guerra de Sicilia, pero sería terrible, si Antonio, que era todo un experto en batallas en tierra firme, no aprovechaba la fuerza y la preparación de se-
mejantes soldados de a pie y se decidía por dispersar su ejérci- 8
to repartiéndolos en las naves. Sin embargo, se impuso la obstinada idea de Cleopatra de llevar la guerra por mar, pues ya pensaba ella en la fuga y disponía sus fuerzas, no donde habrían sido más útiles para conseguir la victoria, sino donde hubiera sido más fácil retirarse, cuando todo se hubiera perdido.

Había unos largos muros que se extendían desde el campa- 9
mento hasta la rada, por donde Antonio acostumbraba a pasear- 10
se despreocupadamente y un siervo informó a César que era posible capturarlo mientras él bajaba por las murallas. César
envió, entonces, a unos hombres para prepararle una embosca- 11
da, y estuvieron a punto de conseguirlo pero, en su precipitación, capturaron a uno que iba por delante de Antonio, mientras que éste salía corriendo para salvarse.

En cuanto se decidieron a luchar por mar, Antonio hizo que- 64
mar el resto de las naves egipcias, a excepción de sesenta, y lle-

Corinto, expulsando las fuerzas navales que Antonio había colocado en ese lugar. *Cf.* VEL. PAT., II 84, 1.

[292] No se sabe nada de este personaje. Probablemente estuviera al mando de este contingente de getas a los que de manera imprecisa se refiere DIÓN CASIO (LI 22, 7-8), como aliados poco eficientes de Antonio.

naron hasta los topes las mejores y más grandes naves, desde
2 naves de tres hasta diez filas de remeros, haciendo embarcar a veinte mil soldados de infantería y dos mil arqueros.

Allí dicen que uno de los centuriones al mando de un destacamento de infantería, que había estado luchando en muchas
3 batallas bajo las órdenes de Antonio y que tenía su cuerpo cubierto de cicatrices, al ver pasar a Antonio empezó a llorar y a decir: «¡General!, ¿por qué desprecias estas heridas y esta espada y tu esperanza la depositas en estos viles leños? ¡Deja a los egipcios y los fenicios que luchen en el mar!, sólo danos una tierra sobre la que podamos morir ante nuestros enemigos
4 o podamos vencerlos». Antonio no dio ningún tipo de respuesta, sino que se limitó a hacerle una señal con la mano y con el rostro, como pidiéndole a este hombre que se animara lo más que fuera posible, y pasó de largo. Aunque él no tenía grandes esperanzas, incluso llegó a obligar a darse la vuelta a los jefes que querían abandonar sus puestos y permanecer en ellos, diciéndoles que era necesario que no se escapara ninguno de los enemigos que huían.

65 Aquel día y durante los tres siguientes, impidió la lucha un mar encrespado por la violenta tormenta, pero ya al quinto, cuando se impuso una calma absoluta y cesó el viento, pudo dar comienzo el combate. Por un lado estaban Antonio y Publícola[293], con la escuadra a la derecha, y Celio[294], al frente del de la izquierda, y en medio Marco Octavio y Marco Istenio[295].
2 En el lado contrario, César puso a Agripa al frente del ala izquierda, mientras que él se reservo la de la derecha. En cuanto
3 a las tropas de tierra, Canidio, uno de los hombres de Antonio,

[293] L. Gelio Publícola fue cónsul en el año 36 a. C.

[294] Otras fuentes mencionan en vez de Celio a Sosio, ya mencionado en el capítulo 34. *Cf.* VEL. PAT., II 85, 2.

[295] De estos dos últimos personajes no se sabe nada más.

y Tauro[296], otro de César, se mantenían en sus puestos firmes,
sin moverse, colocados el uno frente al otro a lo largo de la cos- 4
ta. Mientras, Antonio supervisaba a los propios generales, yen-
do por todas partes con una barca, a la vez que iba, por un lado,
exhortando a los soldados a que lucharan, confiando en la esta-
bilidad de las naves, tan valientemente como si fuera en tierra
firme, y por otro, ordenando a los comandantes que soportaran
los ataques enemigos en sus naves, sin vacilar ni lo más mínimo,
como si sus naves estuvieran en tierra ancladas, mientras sus
soldados estaban defendiendo el estrecho en la desembocadura. 5
Se cuenta que, en el otro campo, César salió en la noche de
su tienda para hacer una ronda a las naves. En ese momento, se
le acercó un hombre que llevaba un asno y cuando lo vio César
le preguntó por su nombre y el hombre contestó: «Mi nombre
es Eutiquio y el nombre de mi asno es Nicón». Por ello, al ador-
nar después el lugar de la batalla con los despojos, erigió un
monumento de bronce con un hombre y un asno[297]. Tras haber 6
inspeccionado el resto de la tropa contraria, César se hizo llevar
en una barca al ala derecha. Allí se extrañó de ver a los enemi-
gos firmes en el estrecho, pues aparentemente aquellas naves
no habían levado sus anclas. Así, por mucho tiempo estuvo
convencido de que esto era así y mantuvo quietas sus naves y
dispuestas a unos ocho estadios de sus oponentes.

A la hora sexta[298] se levantó una brisa en el mar y los solda- 7
dos de Antonio, impacientes por pasar a la acción en la creen-

[296] Tito Estatilio Tauro fue *consul suffectus* en el año 37 a. C.; fue después procónsul de África hasta el año 34 a. C.

[297] La misma historia aparece en otras fuentes y es posible que sea un elemento de la propaganda augustea, que introduce nuestro autor en la obra. *Cf.* SUET., *Aug.* 96, 5; ZON., X 30. Los nombres de los personajes con los que se encuentra Octavio son un buen augurio para la victoria. *Eutiquios* significa «el de la buena suerte» y *Nikón* significa «victorioso».

[298] Al mediodía, entre las doce y las dos.

8 cia de que la altura y el tamaño de sus naves serían irresistibles, movilizaron la escuadra izquierda. César advirtió con alegría estos movimientos y movilizó su ala derecha hacia atrás, con la intención de atraer a los enemigos fuera del estrecho y del golfo. De esta forma, tras envolverlos con sus naves más ligeras, cayó sobre las otras naves lastradas por el exceso de carga pesada y difíciles de maniobrar.

66 Ya en plena lucha, no se sucedieron las embestidas con los consecuentes hundimientos, pues las naves de Antonio, a causa de su peso, no tenían esa libertad de movimientos que hace que las fuerzas de los golpes de los espolones sean eficaces, mientras que los de César, por su parte, no sólo se habían preocupado de evitar que chocasen sus proas con los espolones de bronce, afilados y resistentes, de las naves enemigas, sino que no
2 tenían ninguna intención de dar golpes al casco de los barcos. De hecho, esas puntas se rompían fácilmente allí donde los barcos se encontraban con naves de quillas sólidas y grandes de
3 madera, bien rematadas con una proa de hierro.

El enfrentamiento era más propio de una batalla en tierra o, para ser más preciso, del asedio de una ciudad amurallada. Tres y hasta incluso cuatro naves se lanzaban a la vez contra cada una de las naves de Antonio, mientras le llovían jabalinas, espadas, lanzas y proyectiles de fuego; mientras que los de Antonio, en cambio, se defendían arrojando proyectiles con catapultas desde sus torres de madera. Cuando Agripa movilizó su
4 escuadra izquierda para rodearlos, Publícola, obligado a presentar batalla, se vio forzado a desplazarse de la zona central.
5 Esta sección se vio envuelta en un desorden, en el que se entremezclaron las naves que se encontraban al mando de Arruncio[299], sin que se pudiera saber cómo acabaría la batalla.

---

[299] Se trata de L. Arruncio, uno de los proscritos del año 43 a. C., que había estado a las órdenes de Sexto Pompeyo y que se había acogido a la amnistía,

De improviso, se vieron las naves de Cleopatra izar las velas para salir huyendo de los que luchaban. Se encontraban colocadas detrás de las naves grandes y, al tener que huir por en medio, causaron una gran confusión. Los enemigos se admira- 6
ban de lo que estaban viendo, al comprobar que, usando la fuerza del viento, se dirigían al Peloponeso. Allí quedó totalmente claro que Antonio se ocupaba de los asuntos no como general, 7
ni como hombre que estuviera en su sano juicio, sino como si estuviera abducido y atrapado por una mujer, pues así se dice, como en broma, que el alma de un enamorado vive en el cuerpo de otro[300]. Él, en cuanto que la nave de aquélla se alejaba, lo 8
olvidó todo, traicionando y abandonando a los que luchaban y morían por él, se subió a una nave de cinco remos con la única compañía del sirio Alexas[301] y de Escelio[302], y salió en busca de la que le había ocasionado su ruina y que ahora le iba a dar el golpe de gracia.

Cleopatra, al reconocerlo, hizo izar una bandera sobre la cu- 67
bierta de la nave. Pero Antonio, aunque pudo acercarse y subió a bordo, no consiguió ver a Cleopatra, ni hacerse ver por la otra, sino que fue a la proa, donde se sentó en silencio cubriéndose la cabeza con ambas manos. En ese momento aparecieron dos naves ligeras de César que salieron en persecución de Antonio. 2
Antonio, tras ordenar que su barco diera media vuelta contra

---

concedida por los vencedores de Sexto en Miseno. *Cf.* P. von Rohden, s.v. *Arruntius*, 7, *RE* II 2 (1896), col. 1262. Según otras fuentes (Vel. Pat., II 85, 2), Arruncio estaba al mando del ala izquierda, no de la sección central.

300 Ésta era una idea que nuestro autor atribuye, en otros escritos, a Catón el Viejo. *Cf.* Plut., *Catón el Viejo* 9.

301 Alexas era de Laocidea, efectivamente, una comarca de Siria-Palestina. Es mencionado también en el capítulo 72.

302 No se conoce la identidad de este *Scellius*, por lo que se ha conjeturado que se trata de una confusión por *Gellius*. *Cf.* F. Münzer, Scellius, *RE* II A 1 (1921), col. 367.

3 ellas, consiguió poner en fuga a todas excepto a la de Euricles[303], el espartano, que llegó con ánimo hostil blandiendo una lanza desde el puente del navío para atacarlo. Antonio se quedó quieto de pie en la proa y dijo: «¿Quién es quien se atreve a atacar a Antonio?»; «Yo», contestó, «Euricles, hijo de Lácares, que con la gloria de César trata de vengar la muerte de su padre». En
4 efecto, Lácares había sido mandado decapitar por Antonio, al ser condenado acusado de piratería[304]. Sin embargo, Euricles no alcanzó la nave de Antonio con su espolón de bronce, sino a la otra que dirigía la escuadra, pues eran dos, y, golpeándola de costado, la hizo volcar y la capturó junto con otra en la que se
5 encontraban los lujosos aparejos domésticos. Se alejó Euricles y Antonio recuperó ese mismo melancólico estado de antes y así, pensativo, durante tres días permaneció en la proa ya fuera porque estaba enfadado con Cleopatra o se sintiera avergonzado.

6 Al fin arribaron a Ténaro[305] y allí las mujeres del séquito de Cleopatra primero los hicieron hablar juntos y, después, les convencieron para que cenaran y durmieran juntos. Algunas de las
7 embarcaciones de transporte y algunas de las tropas se reunieron con ellos, anunciándoles que las naves habían sido aniquiladas, pero que se creía que el ejército de tierra aún se encontraba en su puesto. Antonio envió mensajeros a Canidio, con la orden de

---

[303] Gayo Julio Euricles, tras la victoria de Accio, se convirtió en el gobernador de Esparta con el beneplácito de Augusto, de quien había sido aliado en la lucha. Sin embargo, sus excesivas pretensiones de dominar todo el Peloponeso hizo que cayera en desgracia y acabó en el exilio. Es un personaje muy conocido por numerosos testimonios epigráficos y literarios. *Cf.* PAUS., II 3, 5; III 14, 6; *SIG*³ 787-788; y, en general, B. NIESE, s.v. *Eurykles*, 5, *RE* VI 1 (1909), col. 1.330-1.331. Nuestro autor fue amigo personal de uno de sus descendientes, Julio Euricles Herculano, al que le dedica uno de sus tratados. *Cf.* PLUT., *Sobre cómo percibir los propios progresos en la virtud* 539a.

[304] A Lácares se le conoce por una estatua que le dedican los atenienses. *Cf.* *SIG*³ 786.

[305] Cabo de Ténaro al suroeste de Laconia.

que se retirara lo más rápido posible a Asia por Macedonia. Des- 8
pués, con la intención de pasar a Libia[306] desde el Ténaro, se llevó consigo en una sola nave mercante todos los objetos preciosos de oro y plata provenientes del tesoro real y los compartió con sus amigos, pidiéndoles que se lo repartieran y que después
se pusieran a salvo. A pesar de las negativas de ellos y de sus lá- 9
grimas, logró despacharlos consolándoles con buenas y afectuosas razones, no sin antes escribir a Teófilo, su criado en Corinto, para que salvaguardara y escondiera a sus hombres hasta que
César pudiera ser aplacado. Este Teófilo era el padre de Hipar- 10
co[307], el cual tras haber gozado de una influencia importante en el círculo de Antonio, fue el primero de los libertos que se había pasado al bando de César y se estableció después en Corinto[308].

Ésta era la situación de Antonio. En Accio, durante mucho 68
tiempo, las naves resistieron ante los ataques de César, pero, en su mayoría, fueron dañadas por un tumultuoso mar que se alzaba
sobre las proas y apenas duraron hasta la hora décima[309] en la lu- 2
cha. Los muertos no llegaron a más de cinco mil, pero trescientas naves fueron capturadas, tal como el propio César consigna
en sus escritos[310]. Muchos, sin embargo, no se dieron cuenta de 3
que Antonio se había escapado y a quien se les informaba de la cuestión, les parecía increíble lo que se les estaba contando: que

[306] Es decir, el norte de África, en general.

[307] Teófilo, por lo que podemos inferir del relato de nuestro autor, es un siervo. Su hijo, M. Antonio Hiparco, liberto de Antonio, había prosperado económicamente en el período de las proscripciones. *Cf.* PLIN., *Historia Natural* XXXV 20.

[308] La ciudad de Corinto, destruida en el 146 a.C. por Lucio Mumio (el mismo año en el que Escipión conquistó Cartago), recuperó su población con la colonia que Julio César fundó en el 44 a. C. Resulta lógico que Hiparco acabe en Grecia en una ciudad fundada por el padre del futuro Augusto. En Corinto, Augusto construyó un templo en honor a su hermana Octavia.

[309] Sobre las cuatro de la tarde.

[310] *HRR* II 56.

Antonio se había retirado por las buenas, abandonando diecinueve legiones de soldados imbatibles y unos doce mil caballeros, como si no conocieran los reveses de la fortuna, ni se hu-
4 bieran curtido en miles de batallas y guerras. Los soldados se lamentaban y esperaban verlo aparecer de algún lado de un momento a otro, y tal era la fe y el valor que tenían, que incluso cuando su huida se hizo evidente, estuvieron unidos hasta el sép-
5 timo día, rechazando las propuestas de paz del César. Al final cuando el general Canidio también los abandonó, precipitadamente en la noche, se sintieron faltos de todo y traicionados por sus generales, así que se pasaron al bando vencedor[311].

6 Tras esto, César navegó rumbo a Atenas y, tras reconciliarse con los griegos, redistribuyó el grano que quedaba en las ciu-
7 dades; las cuales estaban en unas condiciones lamentables, ya que habían sido despojadas de dinero, esclavos y monturas. Y a este propósito, contaba mi bisabuelo Nicarco que todos los ciudadanos estuvieron obligados a llevar sobre sus hombros una
8 medida pactada de trigo hacia la costa de Anticira[312], mientras iban siendo hostigados por látigos. Dice que sólo el primer envío llegó así y ya estaba el segundo preparado, cuando se anunció que Antonio había sido vencido. Esto fue lo que salvó a la ciudad, pues al punto los soldados y administradores de Antonio huyeron y ellos se quedaron con el trigo.

69 Antonio, tras tocar tierra en Libia, mandó a Cleopatra desde Paretonio[313] a Egipto, Y él se quedó disfrutando de su soledad imperturbable, paseando errante en la sola compañía de dos de sus amigos, el orador griego Aristocrates[314] y el romano Luci-

---

311 *Cf.* VEL. PAT., II 85, 5; DIÓN CASIO, LI 1, 4.

312 Ciudad de la Fócide al sur de Delfos, que se encuentra en el golfo de Corinto.

313 Localidad de la costa africana, entre la Cirenaica y Egipto, a unos 290 km de Alejandría. En la actualidad, Marsa Matruh.

314 Personaje desconocido, mencionado tan sólo por nuestro autor.

lio. En otra obra nuestra[315], dijimos, sobre este Lucilio, que en 2
Filipos, para que huyera Bruto, se hizo pasar por él y se entregó
a sus perseguidores. Fue salvado por Antonio, el cual, por esta
razón, se ganó el aprecio leal de este hombre que permaneció
inquebrantable hasta sus últimos días.

Cuando incluso el comandante del ejército de Libia, en el
que confiaba, también les abandonó[316], intentó suicidarse, pero 3
se lo impidieron sus amigos y fue llevado a Alejandría donde se
encontró con que Cleopatra estaba resuelta a llevar a cabo un
importante plan: el istmo, que separa el mar Rojo del mar que
se encuentra frente a Egipto[317], es considerado el límite de Asia 4
y África y en ese punto el istmo es mas estrecho y más corto en-
tre los dos mares, en torno a unos trescientos estadios[318]; pues
bien, Cleopatra intentaba sacar las naves fuera del agua y lle-
varlas arrastrando hasta el golfo Pérsico, con muchas riquezas y
un ejército dentro, para escapar de la guerra y la esclavitud. Sin
embargo, los árabes de la ciudad de Petra[319] incendiaron las pri-
meras naves que habían sido así transportadas[320] y como Anto-
nio creía que su ejército de infantería resistía todavía en Accio, 5
Cleopatra cesó en su empeño y se dedicó a salvaguardar los ac-
cesos a Egipto[321]. 6

[315] Es una cita de la *Vida de Bruto (cf.* PLUT., *Brut.* 50) no de esta obra, aunque haya narrado la derrota de Bruto y Casio en Filipos en el capítulo 22.

[316] Se trataba de L. Pinario Escarpo, al mando de las tropas de Cirenaica. *Cf.* DIÓN CASIO, LI 5, 6; 9, 1.

[317] Se refiere al mar Mediterráneo.

[318] Está describiendo el istmo de Suez, donde ahora se extiende el canal que comunica el mar Mediterráneo con el mar Rojo. El cálculo de nuestro autor (unos 55,5 km) no se corresponde con la realidad (161 km).

[319] Eran los árabes nabateos. Recuérdese que su rey, Malcón I, fue aliado de Antonio en Accio, con lo que esta acción constituye otra traición más.

[320] Según algunas fuentes las naves fueron incendiadas por los árabes instigados por Q. Didio, el gobernador de Siria.

[321] Otros de los planes alternativos de Cleopatra (en DIÓN CASIO, LI 6, 3)

Antonio, por su parte, dejó la ciudad y la compañía de sus amigos y se hizo construir un refugio a orillas del Faro, encima
7 de un terraplén de tierra sobre el mar que había mandado disponer y allí se quedó para aislarse del género humano. Afirmaba que ahora admiraba y quería seguir el ejemplo de Timón, ya que ambos habían sufrido la ingratitud y la injuria de sus amigos y, por ello, desconfiaban y odiaban a toda la humanidad.

70 Timón fue un ateniense contemporáneo de la guerra del Pe-
2 loponeso, como podemos inferir de los dramas de Aristófanes[322] y de Platón[323], en cuyas comedias aparece como un huraño misántropo[324]. Aunque declinaba invitaciones y odiaba todo tipo de relaciones, sin embargo abrazaba y besaba con profusión al joven e insolente Alcibíades[325]. Apémanto le preguntó extrañado la razón y él le dijo que apreciaba a este joven porque era consciente de que iba a ser un gran mal para los atenienses[326].

3 En cuanto a Apémanto, éste era el único al que frecuentaba, pues reverenciaba su modo de vida y aspiraba a imitarlo. Sin embargo, una vez, en plena fiesta de los Cántaros[327], los dos juntos estaban celebrando un banquete y, entonces, dijo Apé-

---

era el de dirigirse a Hispania y promover una revuelta en esa provincia que se encontraba en manos de Octavio.

322 *Av.* 1549 y *Lis.* 809.

323 Fr. 218K. Se trata no de PLATÓN, el filósofo, sino otro del mismo nombre que fue contemporáneo de Aristófanes y fue dramaturgo.

324 PAUSANIAS (I 30, 4) vio en su viaje por Atenas la torre en la que vivía enclaustrado Timón aislado del mundo. Timón es un personaje prototípico de la misantropía, al que el propio LUCIANO DE SAMÓSATA, en el siglo II d. C., le dedica uno de sus opúsculos: *Timón o el Misántropo.*

325 Uno de los más importantes demagogos y generales de la guerra del Peloponeso que precipitaron el final de la guerra. Nuestro autor le dedica una de sus *Vidas,* que citamos en la siguiente nota.

326 En otra versión Timón da esta respuesta al propio Alcibíades. *Cf.* PLUT., *Alc.* 16.

327 Se celebra en los primeros días de las Antesterias.

manto: «¡Qué agradable es, Timón, nuestro banquete!»; a lo que respondió el otro: «Así sería, si tan sólo no estuvieras tú».

También se cuenta que durante una asamblea ateniense, al subir al estrado, causó gran expectación y quedaron todos en silen- 4
cio ante lo extraño del hecho y entonces les dijo lo siguiente:
«Tengo un pequeño terreno, atenienses, en donde me ha crecido 5
una higuera y de ella numerosos conciudadanos se han colgado. Ya que tengo la intención de construirme una casa en ese terreno, quería públicamente anunciarlo, para que si alguno de vosotros así lo quiere, se cuelgue de él antes de que tale la higuera[328]». 6

A su muerte, fue enterrado en Halas[329], al lado del mar. La orilla se derrumbó y las olas rodearon la tumba, de tal forma que quedó aislada y no se pudo acceder a ella. Sobre su tumba 7
se lee la siguiente inscripción:

Yazgo aquí tras expirar mi alma sufridora
mas no sabréis mi nombre, miserables,
si una muerte miserable no queréis[330].

Dicen que este verso lo hizo él mismo aún en vida, pero el 8
que es realmente interesante es el siguiente y es de Calímaco:

Yo, el misántropo Timón, descanso aquí, mas vete lejos;
maldíceme si quieres, mas vete lejos sólo[331].

Éstas son algunas anécdotas de las muchas que se cuentan 71
de Timón. Canidio, entonces, vino a anunciar personalmente a Antonio la pérdida de los ejércitos de Accio y, por otra parte,

[328] *Cf.* ALCIFRÓN, II 32, 1.

[329] Región cercana a Atenas, en la costa occidental del Ática, cerca de la actual Voula.

[330] *Cf.* AP, VII 313.

[331] *Cf.* AP, VII 320, 3-4. Estos versos se atribuyen en la antología al poeta Hegesipo. A Calímaco se le atribuiría otro epigrama. *Cf.* AP, VII 317.

llegó la noticia de que el judío Herodes, que tenía a su cargo una legión y algunas tropas, se había pasado al bando de César[332], que el resto de los dinastas le habían abandonado igual-
2 mente[333] y que ya no le quedaba ningún otro aliado aparte de Egipto. No le causó inquietud ninguna de estas noticias, en absoluto, más bien, al contrario, como si estuviera contento, tras haber perdido toda esperanza, así como también toda preocupa-
3 ción, abandonó esa famosa casa junto al mar, que había hecho llamar *Timoneion*, y acogido por Cleopatra en su reino, llenó la ciudad de banquetes, borracheras y juergas.

Allí dispuso por escrito que el hijo de César y Cleopatra quedara registrado en la lista de los efebos[334], y luego donó a Antilo, su hijo habido con Fulvia, su manto sagrado de púrpura[335]. Tras estas disposiciones, sumió a Alejandría durante mu-
4 chos días en banquetes, coros y celebraciones. Después, disolvieron esa congregación de «los de vida inimitable» y fundaron otra distinta, que iba a la zaga de aquélla, en lo que se refiere al lujo, al dispendio y relajo, y que vinieron a llamar la de «los que
5 mueren juntos»; pues allí se registraron los amigos que, como aquéllos, también compartirían la suerte de morir y se unieron
6 gustosamente a la procesión de banquetes a los que iban invitándose los unos a los otros.

---

[332] *Cf.* FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judías* XV 187; *La guerra de los judíos* I 386.

[333] A saber, todos los nombrados en el capítulo 63: Tarcondemo, Arquelao, Polemón, Malco, etc.

[334] La efebía era el período de educación militar y sobre todo cívica que correspondía a todo ciudadano que quisiera considerarse heleno y participar en la vida pública. *Cf.* DIÓN CASIO, LI 6, 1; para este episodio.

[335] En el caso de Antilo el rito es, en cambio, romano: se trata del abandono de la *toga praetexta*, ligado a la infancia, por la *toga virilis*, propia del romano adulto. *Cf.* DIÓN CASIO, LI 6; que, sin embargo, afirma que se le inscribió a la efebía como a su hermano.

Mientras tanto, Cleopatra hacía acopio de todo tipo de poderosos bebedizos mortales, y para probar cuál era el menos doloroso, los testaba en los prisioneros condenados a muerte[336]. 7
Primero comprobó que unas ocasionaban una muerte rápida, pero a través de un dolor severo, y que, en cambio, otras más suaves no eran tan fulminantes; y luego probó también los animales venenosos, para ver personalmente cómo afectaban a distintas personas los diversos tipos de veneno. Esto lo hacía 8
cada día y llegó a la conclusión de que tan sólo la mordedura del áspid ocasionaba un sopor que se abatía sobre el sujeto, como una ensoñación sin espasmos ni dolor, que se acompañaba de un sudor ligero y un dulce letargo de los sentidos, de la que, finalmente, era difícil despertar a las víctimas y llamarlas a la vida, como si estuvieran profundamente dormidas.

Al mismo tiempo, enviaron a César embajadas a Asia: Cleo- 72
patra pedía que dejaran a sus hijos el reino de Egipto y Antonio rogaba que se le permitiera vivir en Atenas como simple ciudadano, si no aceptaba que se quedase en Egipto. Enviaron como mensajero a Eufronio, el maestro de sus hijos, ya que no tenían otros amigos en quien confiar a causa de las deserciones. 2

En efecto, incluso una persona como Alexas de Laodicea[337],
que había sido presentado a Antonio en Roma por Timáge- 3
nes[338], que había sido el griego más influyente de todos, que fue el más firme apoyo de Cleopatra ante Antonio y el destructor de todas las buenas razones que se hubieran podido aducir en favor de Octavia, había sido enviado para impedir a Herodes, el rey, que se cambiara de bando; pero él también había traiciona-

---

336 *Cf.* Dión Casio, LI 11, 2.

337 No se sabe quién es este Alexas.

338 Timágenes de Alejandría. Conducido como prisionero a Roma en el año 55 a.C. se convirtió en liberto y confidente de Antonio. De su obra principal sólo han quedado fragmentos *(FGrHist* 88 F 1-15), pero su obra fue la base de las *Historias Filípicas* de Justino.

do a Antonio, quedándose allí, y aún tuvo el atrevimiento de presentarse ante César, seguro de la protección de Herodes. En nada le pudo ayudar Herodes, pues enseguida fue apresado y
4 llevado a su patria como preso y allí, por orden de César, fue aniquilado[339]. Tal fue el castigo de Alexas por su traición a Antonio, cuando aún este último vivía.

73 César no quiso atender los ruegos de Antonio y, en cuanto a Cleopatra, contestó que sería tratada de manera razonable, pero
2 que tendría que matar o expulsar a Antonio. Mandó con este mensaje de su parte a uno de sus libertos, a Tirso, un hombre nada estúpido y que era capaz de referir lo que tuviera que decir un joven general, de una manera persuasiva, a una mujer de
3 altivo carácter y extraordinariamente orgullosa de su belleza[340]. Este liberto trató con ella más tiempo que los demás y recibió atenciones especiales, lo que despertó las sospechas de Antonio; así que lo hizo capturar, lo flageló, y después lo devolvió a César con una carta en la que le escribió que Tirso lo había encolerizado por su trato despectivo e insolente, sobre todo considerando una situación tan desgraciada como la suya, durante la
4 que se mostraba especialmente susceptible; y como remate
5 dijo: «Y si esto te hace rabiar, te queda mi liberto Hiparco[341]. Cuélgalo y cúbrelo de latigazos, para que estemos en paz».

Ante esta reacción, Cleopatra, para estar libre de culpa y disipar todas las sospechas de Antonio, le procuró todo tipo de atenciones: el propio día de su cumpleaños lo dejó pasar sin casi celebrarlo, en consonancia a las circunstancias presentes. Sin embargo, festejó el de Antonio, con toda pompa y lujo ex-

---

[339] *Cf.* FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judías* XV 197; *La guerra de los judíos* I 393.

[340] Otras fuentes (*cf.* DIÓN CASIO, LI 6, 6; 9, 7) comentan que este Tirso consiguió hacer creer a Cleopatra que Octavio se había enamorado de ella.

[341] *Cf.* el capítulo 67. Cruel ironía de Antonio, al referirse a uno de los libertos que habían traicionado a César.

cepcionales, de tal forma que muchos de los que fueron invita- 6
dos a cenar de pobres que acudieron se fueron ricos. Mientras
tanto, Agripa llamaba continuamente a César desde Roma mediante misivas, porque los asuntos requerían su presencia[342].

Se retrasó entonces el final de la guerra, pero, al llegar el in- 74
vierno, al punto volvió para Siria con sus estrategos a través de Libia[343]. Tras tomar Pelusio, se corrió la voz de que Seleuco la había entregado con el beneplácito de Cleopatra[344], pero ella ofreció a la mujer de aquél y a sus hijos a Antonio para que los
ejecutara. Después, ella misma hizo construir sepulcros y mo- 2
numentos, cerca del templo de Isis, cuya belleza y grandeza era sublime, y lo que era de mayor valor de las posesiones reales Cleopatra lo mandó guardar allí: oro, plata, ébano, marfil, azafrán, perlas, esmeraldas, todo esto lo cubrió con abundante resina para antorchas y estopa, de tal forma que César se mostró
inquieto por esas riquezas y de que ella, en una situación deses- 3
perada, destruyera todo, prendiendo fuego a los tesoros[345]. Por ello, le hacía llegar continuamente alguna que otra noticia esperanzadora, asegurando que con ella se portaría clementemente.

Al mismo tiempo, César introdujo el ejército en la ciudad y 4
acampó en el hipódromo[346]. Antonio se acercó para luchar y, tras

---

[342] *Octavio tuvo que volverse en el año* 31 a. C. *porque, de nuevo, los soldados veteranos estaban revueltos y esta vez al mando de Lépido el joven, el hijo del triunviro que había sido exiliado. *Cf.* VEL. PAT., II 88; DIÓN CASIO, LI 4, 2-8. Sin embargo, otras fuentes (APIANO, BC IV 50) dicen que Lépido fue enviado a Accio para recibir su castigo.

[343] Fue Cornelio Galo el que atacó Egipto desde la Cirenaica y derrotó a Antonio. *Cf.* DIÓN CASIO, LI 9, 1-4.

[344] Seleuco era el comandante de la guarnición de Pelusio, ciudad situada al este del Delta del Nilo. Según otras fuentes (*cf.* DIÓN CASIO, LI 9, 5) fue la propia Cleopatra la que hizo entrega de Pelusio.

[345] *Cf.* DIÓN CASIO, LI 8, 5-6.

[346] El hipódromo de Alejandría se encontraba fuera de la ciudad, al este de la ciudad, a unos 5-6 km. *Cf.* ESTRAB., XVII 1, 10.

un brillante combate, consiguió hacer huir a la caballería de Cé-
sar y lo persiguió hasta el campamento. Crecido por la victoria, se
5 presentó en el palacio y besó, aún en armas, a Cleopatra y ensal-
6 zó al soldado que más coraje había mostrado en la lucha. Como
premio a su valentía, ella le hizo entrega de una coraza y un cas-
co de oro. Con todo, aquel hombre tras haber tomado estas cosas,
desertó y, durante la noche, se pasó al campamento de César.

75 De nuevo, Antonio mandó un mensaje a César, invitándolo
a combatir en duelo, pero él le contestó que Antonio disponía
de otras muchas formas de darse muerte y Antonio, asegurando
que la mejor muerte para él era precisamente en la lucha[347], de-
cidió lanzar un ataque por mar y por tierra.

2 A la hora de la comida, tal como se cuenta, ordenó a los
criados que se acercaran a servirle bebida y comida con más di-
ligencia y prestancia que de costumbre, pues no está claro si
esto lo podrían hacer al día siguiente o tendrían que servir a dis-
tintos señores, mientras él mismo estaba reducido a un esquele-
3 to y a la nada. Viendo a sus amigos deshechos en lágrimas ante
sus palabras, dijo que no les llevaría a ellos a una guerra en la
que esperaba conseguir una muerte digna, más que la salvación
y la victoria.

4 También se cuenta que a medianoche, cuando la ciudad es-
taba sumida en el silencio y el abatimiento, por el ansia ante lo
que podía depararles el futuro, se escuchó, súbitamente, una
mezcla de sonidos de todo tipo de instrumentos y el clamor de
una muchedumbre confusa en medio de cánticos de «evoé» y
5 de danzas a la manera de los sátiros, como si se tratara de un
cortejo que ruidosamente fuera en procesión, y en su camino se
dirigieron desde el centro de la ciudad hasta la puerta exterior
que daba a los enemigos y, allí, el ruido, tras haber repuntado

[347] Nuestro autor pone en boca de Antígono Gonatas una respuesta pareci-da. *Cf.* PLUT., *Pirro* 31.

un poco, cesó. Parecía, en opinión de los que interpretaron esta 6
señal, que el dios al que más habían venerado e imitado en su
vida en sus designios abandonaba a Antonio.

Al alba[348], Antonio colocó sus tropas sobre las colinas que 76
hay enfrente de la ciudad y se quedó observando las naves que
zarpaban al mar y que iban al encuentro de sus enemigos. Allí
esperó a ver qué acción emprendían por su parte, atento y tran-
quilo. Cuando ellos se encontraron cerca, saludaron a las tropas
de César con sus remos, y ante el saludo a su vez de los otros, 2
se cambiaron de bando. Tras formar una sola escuadra, el con-
junto de las naves siguió navegando, poniendo rumbo a la ciu-
dad. Tras haber asistido a esta escena, Antonio fue abandonado 3
por sus caballeros y, cuando fueron derrotadas sus tropas de in-
fantería, volvió a la ciudad mientras insultaba a gritos a Cleo-
patra, diciendo que le había traicionado y que le había puesto en
manos de aquéllos con los que luchaba por su culpa[349].

Ella, temerosa de su furia y su desesperación, huyó a la tum-
ba, hizo bajar las puertas que eran sólidas con sus barreras y 4
trampillas. Luego hizo enviar a Antonio a gente que le anuncia-
ra que estaba muerta[350]. Él se lo creyó y se dijo a sí mismo: 5
«¿Qué va a ser de ti, Antonio? La fortuna te ha robado la única
razón que te quedaba para seguir viviendo»; así que fue a su ha-
bitación y tras quitarse la coraza y guardarla, continuó: «¡Cleo- 6
patra! ¡Ah!, no me duelo de tu pérdida, pues enseguida yo me
reuniré contigo, sino sólo porque un general como yo se mues-
tre inferior a una mujer en coraje».

---

348 El 1 de agosto del 30 a. C., fecha de la caída de la ciudad de Alejandría. *Cf.* Orosio, VI 19, 16 y *CIL* I 1^2, p 323. A partir de entonces y como conmemoración de esta conquista, este mes pasará a llamarse agosto *(Augustus)* en honor a Octavio Augusto, el vencedor de Accio.

349 Ésta es justamente la versión de otros autores. *Cf.* Dión Casio, LI 10, 4.

350 Dión Casio (LI 10, 5-6) sospecha que quería así inducir a Antonio a que se quitara la vida desesperadamente.

Tenía a su lado un fiel criado, de nombre Eros. A éste lo ha-
7 bía hecho prometer desde hacía tiempo que le mataría si fuera
necesario y le hizo cumplir esa promesa en ese momento. Él
tomó su espada y la empuñó como si fuera a atravesarlo con
8 ella, pero en cuanto Antonio se dio la vuelta, Eros se mató a sí
9 mismo. Tras caer éste a los pies de Antonio, dijo: «Bien hecho,
10 Eros, me enseñas a hacer lo que tú no has sido capaz de cum-
plir», y tras infligirse una herida en su vientre, se dejó caer en
su lecho. Sin embargo, su herida no fue mortal de necesidad y,
por ello, cuando comprobó que el flujo de la sangre había cesa-
11 do al poco de tumbarse, pidió a los presentes que lo degollaran.
Pero ellos huyeron de la habitación mientras el otro gritaba de-
batiéndose convulso en la muerte. Y en ese momento, de parte
de Cleopatra, se presentó el gramático Diomedes, con la orden de
traerlo a su lado a la tumba[351].

77 Al saber que estaba viva, ordenó con vehemencia a sus sir-
vientes que levantaran su cuerpo y que lo llevaran en brazos a
2 las puertas de la tumba. Pero Cleopatra no abrió las puertas,
sino que se dejó ver desde unas pequeñas trampillas, desde don-
de descolgó cuerdas y amarras. Tras sujetar el cuerpo de Anto-
3 nio con estas cuerdas, lo alzaron ella y dos mujeres, que fueron
las únicas que aceptó con ella en su tumba[352]. Los testigos pre-
senciales dicen que no hubo ningún espectáculo más lamenta-
ble que éste: Antonio encharcado en sangre y en los estertores
de la muerte tendiendo sus manos hacia ella ansioso, mientras
iba siendo izado.

4 No era precisamente una labor fácil tratándose de una mu-
jer. Cleopatra, asiendo la cuerda con las dos manos, apenas po-

---

[351] No se sabe nada de este gramático Diomedes, pero quizá habría que pensar que Cleopatra no le envió para traer a Antonio, arrepentida de lo que había hecho, sino para comprobar que estaba muerto.

[352] Seguramente eran Ira y Carmión, mencionadas en los capítulos 60 y 85.

día subirlo fatigosamente, mostrando con su cara contraída el esfuerzo, mientras que los de abajo la animaban y compartían
su angustia. Cuando ya se hizo con él, lo tumbó, se inclinó so- 5
bre él, rasgó su peplo sobre el cuerpo de Antonio, mientras se golpeaba y se arañaba el pecho con ambas manos y mojaba su rostro en la sangre de él, mientras lo llamaba su señor, su esposo y su general. ¡Fue poco lo que faltó para que hiciera olvidar
sus desgracias por las de aquél[353]! 6

Antonio hizo cesar su treno y le pidió de beber vino, ya fuera porque estaba sediento, ya fuera porque pensase que así
moriría más rápido. Tras beberlo, le exhortó a que se pusiera a sal- 7
vo ella, si procuraba conseguirlo sin deshonor, a que ella confiara plenamente en Proculeyo[354] entre los amigos de César, y le pidió que no llorara por su suerte en estos últimos momentos, sino que se alegrara de los buenos momentos que habían gozado juntos, pues habiendo sido el más deslumbrante y potente entre los hombres, ahora se veía derrotado como romano de la manera más digna: a manos de un romano.

Apenas hubo expirado, Proculeyo llegó de parte de César. 78
En efecto, en el mismo momento que Antonio, tras haberse malherido, fue llevado ante Cleopatra, un tal Derceteo[355], un soldado de su cuerpo de guardia, había cogido su espada y se había marchado guardándosela y de incógnito había salido apresuradamente para ser el primero en anunciar a César la muerte de Antonio, y le enseñó la espada ensangrentada. En cuanto se enteró, César se retiró al fondo de su tienda y lloró

353 Es posible ver aquí un comentario irónico de nuestro autor ante la exagerada y teatral representación de Cleopatra, si consideramos que su amor no era sincero.

354 *Cf.* Dión Casio, LI 11, 4. El caballero C. Proculeyo es recordado también por Horacio (*Odas* II 2, 5-6).

355 Personaje desconocido. Otras fuentes (Dión Casio, LI 2, 1) dicen que fue la propia Cleopatra la que anunció la muerte de Antonio.

2 por su pariente, su colega en el poder, su compañero en tantas empresas[356]; pero luego tomó las cartas de Antonio y las leyó en
3 presencia de sus amigos para mostrar cuán insolente y con qué ruindad le había respondido por escrito a sus razonables y justas demandas[357].

4 Después de esto, envió a Proculeyo con la orden de que, si era posible, prendiera viva a Cleopatra. Estaba, en efecto, preocu-
5 pado por las riquezas y consideraba que engrandecería su triunfo notablemente portándola a ella. Pero Cleopatra no quiso caer en las manos de Proculeyo, sino que él se acercó a la tumba y hablaron desde fuera por la puerta, que estaba al nivel del suelo y
6 cerrada a cal y canto, pero permitía que se oyera su voz. Y así estuvieron hablando, la una pidiendo para sus hijos el reino y el otro pidiendo que tuviera coraje y que se entregara a César.

79 Proculeyo examinó el lugar y luego informó a César de ello. Galo[358] fue enviado para negociar de nuevo con ella y, al acer-

---

[356] En virtud del matrimonio con Octavia y por haber formado juntos el segundo triunvirato.

[357] Nuestro autor contrapone aquí la reacción de Octavio como persona y su reacción como político. Conservamos un supuesto fragmento de esas cartas (en paréntesis la cruda expresión latina, eufemísticamente evocada en la traducción): «... Escribió también a Augusto como sigue cuando aún le trataba con familiaridad y todavía no se había enemistado abiertamente con él ni llegado a la guerra: "¿Qué te ha cambiado? ¿Qué me acuesto *(ineo)* con una reina?: es mi mujer. ¿Acaso he comenzado ahora o hace nueve años? ¿Es que tú te acuestas *(inis)* sólo con Drusila? Salud si, cuando leas esta carta, no te has acostado *(inieris)* con Tertula, o con Terentila, o con Rufina, o con Salvia Titisenia, o con todas ellas. ¿Importa acaso dónde y con quién sacias tu deseo *(arrigas)*?"» (SUET., *Aug.* LXIX 2. Traducción de Rosa M.ª Agudo Cubas. BCG n.º 167, Gredos, Madrid, 1992, pág. 255.)

[358] Cornelio Galo había comandado las tropas de Octavio en Cirenaica. *Cf.* DIÓN CASIO, LI 9, 1-4. Tras la muerte de Cleopatra se convirtió en el primer prefecto de Egipto (Egipto no se convirtió en provincia proconsular, sino que fue una provincia imperial, cuyo gobernante era designado personalmente por

carse a las puertas, prolongó a propósito una conversación. Du- 2
rante aquella conversación, Proculeyo colocó una escalera y,
subido a ella, pudo pasar por la misma portezuela por la que las
mujeres habían metido a Antonio, y se dirigió raudo, acompa-
ñado de dos sirvientes, a las puertas a través de las que Cleopa-
tra intentaba negociar con Galo. Entonces una de las mujeres,
que se encontraba encerrada conjuntamente con Cleopatra, em- 3
pezó a gritar: «¡Ay, desdichada Cleopatra, que te cogen viva!».
Al darse la vuelta y ver a Proculeyo, éste se precipitó sobre ella
para reducirla, pues tenía ceñido a su cintura uno de esos puña-
les que usan los ladrones e intentaba herirse con él.

Pero Proculeyo acudió raudo y la sujetó con ambas manos y
le dijo: «Cleopatra, te has perjudicado a ti misma y al César, al
haberle privado de una gran ocasión para mostrar su generosi-
dad y haber hecho que el más benevolente de los generales apa-
reciera como un hombre indigno de confianza e implacable».
Al mismo tiempo le quitó su arma y registró su traje por si es- 5
condía algún veneno. César envió también a Epafrodito, uno de 6
sus libertos, al que se le había ordenado que se preocupara es-
pecialmente de que estuviera estrechamente vigilada y con
vida; pero que, por lo demás, dispusiera todo para que fuera
más fácil y agradable[359].

El propio César acudió a la ciudad, conversando con el fi- 80
lósofo Areo[360], al que le tendió su mano en son de paz, para

---

el emperador). Cornelio Galo fue, además de general, poeta y amigo de Virgilio. De este autor se conservan tan sólo algunos de sus versos, de una amplia producción de poesía elegíaca, en un papiro egipcio (*cf.* R. D. ANDERSON, O. J. PARSONS, R. G. M. NISBET, «Elegies by Gallus from Qsae-Ibrim», *JRS* XIX 1979, 125-155), pero su obra se la considera precursora de la producción posterior de Propercio, Tibulo y Ovidio.

359 *Cf.* DIÓN CASIO, LI 11, 4-6.

360 Areo Dídimo era un filósofo ecléctico alejandrino, que había sido instructor de Octavio en su primera juventud. (*Cf.* SUET., *Aug.* LXXXIX 2.)

que éste se ganara el respeto y la admiración de sus conciuda-
2 danos en vista de este especial honor. Tras acudir al gimnasio, subió al estrado que se había allí montado a propósito. Los alejandrinos, paralizados por el miedo, se postraron, pero César ordenó que todos se levantaran ya que exoneraba de toda culpa al pueblo, primero por su fundador, Alejandro, segundo, porque admiraba la belleza de la ciudad y su grandeza, y tercero, porque quería agradar a Areo, su amigo[361]. Tal honor
3 consiguió Areo de César[362].

A otros muchos también les concedió la gracia del perdón, entre ellos, a Filóstrato, el más brillante de los sofistas de entonces en el arte de la improvisación, que pretendía ser miem-
4 bro de la Academia, sin mérito alguno[363]. Como César se sentía molesto por su carácter y no le hacía mucho caso en sus peticiones, Filóstrato se dejó crecer una barba gris, y, vestido con un manto ralo, seguía por todas partes a Areo, repitiéndole siempre el siguiente verso:

---

[361] A pesar del asianismo que se le reprocha a Antonio, también Octavio recibió una importante educación en Grecia (en la ciudad de Apolonia, de donde llegó cuando Julio César es asesinado) y por importantes maestros de Asia Menor como Apolodoro de Pérgamo, Areo y su hijo, Dioniso, de Alejandría. *Cf.* SUET., LXXXIX 1-2.

[362] Como una forma de dejar patente su benevolencia, Octavio dio un discurso en griego para hacerse entender por los alejandrinos, aunque sus biógrafos confirman que no se manejaba con soltura en esa lengua. *Cf.* DIÓN CASIO, LI 16, 3-4; SUET., *Aug.* LXXXIX 1 y también, PLUT., *Consejos políticos* 814d; PSEUD.-PLUT., *Máximas de reyes y emperadores* 207a. Además de este gesto, las fuentes *(cf.* SUET., *Aug.* XVIII 1; DIÓN CASIO, LI 16, 5) comentan que visitó la tumba de Alejandro Magno; pero que cuando se le sugirió hacer una visita a las tumbas regias de los Tolomeos, se negó, diciendo que había venido a ver a reyes, no a cadáveres. En esa visita, al abrir la tumba, Octavio dañó el tabique nasal del cadáver embalsamado de Alejandro Magno.

[363] *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 57. Es uno de los importantes sofistas egipcios en la corte de Cleopatra. *Cf.* FILOSTR., *VS* I 5.

Los sabios a los sabios salvan, si son sabios.

César se enteró de esto y lo perdonó más por liberar a Areo 5
de la envidia de Filóstrato que a Filóstrato de su miedo.

De los hijos de Antonio, Antilo, el hijo que tuvo con Fulvia, 81
fue traicionado por el pedagogo Teodoro y condenado a muer- 2
te[364]. Los soldados cortaron su cabeza y el pedagogo se guardó
en la faltriquera una preciadísima piedra tallada que colgaba de
su cuello. A pesar de negarlo, fue descubierto, procesado y con- 3
secuentemente crucificado. En cuanto a los hijos de Cleopatra,
quedaron bajo la custodia con sus nodrizas y se les respetó su li-
bertad[365]. Cleopatra había enviado a Cesarión, el hijo que se dice 4
que tuvo con César, con muchas riquezas hacia la India a través
de Etiopía, pero otro pedagogo, Rodón[366], que era como Teodo-
ro, lo convenció para que volviera porque, decía, había sido con- 5
vocado por César para ser rey de Egipto. Mientras César delibe-
raba sobre su suerte, se cuenta que Areo dio este consejo:

No está bien que haya muchos Césares[367].

En definitiva, a éste lo mandó matar César más tarde, tras la 82
muerte de Cleopatra[368]. A pesar de que muchos reyes e incluso
generales reclamaban enterrar a Antonio, sin embargo César no 2

[364] No se menciona a este Teodoro, preceptor de Antilo, y su traición en ninguna de las otras fuentes para este período. *Cf.* SUET., *Aug.* XVII 10; DIÓN CASIO, LI 15, 5. Se ha tratado de identificar este Teodoro con el autor de una obra épica en honor a Cleopatra.

[365] Se refiere a Alejandro Elio, Cleopatra Selene y Tolomeo. *Cf.* SUET., *Aug.* XVII 12; DIÓN CASIO, LI 15 6-7.

[366] Personaje desconocido.

[367] Alusión deformada a *Il.* II 204.

[368] Otras fuentes no mencionan a ningún ayo que acompañase a Cesarión y que le traicionara, sino que fue ejecutado mientras intentaba huir. *Cf.* SUET., *Aug.* XVII 11; DIÓN CASIO, LI 15, 6.

le quitó el cuerpo a Cleopatra, sino que Antonio fue enterrado
lujosamente y de una manera regia por las propias manos de
aquélla, disponiendo de todo tal cual fuera su deseo[369]. Consu-
3 mida por tanto dolor y tan gran pesadumbre (pues de tanto gol-
pearse se había inflamado su pecho y estaba desgarrado), cayó
enferma de fiebre y se aferró a esta excusa para rechazar la co-
mida por esta causa y dejar de vivir sin levantar sospechas. Te-
4 nía a su lado a un médico, Olimpo, al que le dijo la verdad, y lo
tomó como consejero y cómplice de su muerte, tal como cuen-
ta el propio Olimpo en un relato de estos hechos. Pero César
5 sospechó de ella, con lo que le amenazó y le inspiró temor con
respecto a sus hijos y ella se derrumbó, como bajo los golpes de
la máquinas de guerra, y así ella dispuso que cuidaran su cuer-
po y que le dieran la alimentación que fuera necesaria.

83 Pocos días después, acudió también el César para hablar con
ella y consolarla. Ella se encontraba míseramente postrada en
un camastro y cuando él entró en la habitación se levantó vesti-
da tan sólo con su manto y se arrojó a sus pies, mostrándole su
terriblemente ajado rostro y sus cabellos revueltos y hablándo-
le con voz trémula y la mirada perdida; y aún eran muchas las
2 laceraciones que poblaban su pecho y daba la impresión de que
su cuerpo no estaba mejor que su ánimo. Sin embargo, el atrac-
tivo y la fascinación que causaba su belleza al contemplarla no
3 se habían desvanecido del todo; más bien, incluso a pesar de
que estaba en esa situación, brillaba desde el interior y salía a
4 relucir desde los gestos de su cara.

César le invitó a tumbarse y él se sentó cerca de ella, y Cleo-
patra inició un discurso de desagravio, como queriendo hacer
creer que lo sucedido era consecuencia de la necesidad y del
miedo que le inspiraba Antonio, pero César refutó cada una de
sus razones y así cambió de estrategia y se puso a buscar su

[369] Había dispuesto ser embalsamado. *Cf.* Dión Casio, LI 11, 5.

compasión con ruegos, como si estuviera aferrada a la vida. Fi- 5
nalmente, Cleopatra le hizo entrega de un inventario de la cantidad de riquezas que poseía. Cuando uno de los administradores, Seleuco, hizo notar que ella escondía algunas cosas y las robaba, ella, violentándose, cogió al otro del cabello y le propinó muchos golpes en la cara. César sonriente calmó a la otra 6
y la otra repuso: «¿No te parece terrible, César, que, cuando tú te has dignado a acudir a mí para hablarme, a pesar de mi estado, mis esclavos me acusen de que me he olvidado de algunos de mis efectos personales de mujer? Esto no es para mí de ninguna manera, desgraciada, sino para hacer un pequeño presente a Octavia y a tu esposa Livia[370], y, por intercesión suya, hacer que seas más compasivo conmigo». César se mostró gus- 7
toso de esta respuesta, al ver que Cleopatra estaba dispuesta a vivir[371] y dijo que podía quedarse con estos ornamentos y, por lo demás, que confiara en recibir un tratamiento espléndido frente a lo esperado. Se marchó, creyendo haberla engañado, cuando precisamente más engañado había sido él por ella[372].

[370] Octavio se había casado en primeras nupcias con Escribonia, la tía de la esposa de Sexto Pompeyo, como una manera de asegurar la paz y usar las conexiones familiares de la familia de Pompeyo. Escribonia fue la madre de su única hija, Julia. Poco después del nacimiento de Julia, Octavio se divorció de su mujer para casarse con Livia Drusila, madre ya de dos hijos varones (Druso y Tiberio), que se había divorciado a su vez de Tiberio Claudio Nerón. *Cf.* SUET., *Aug.* LXII 2; APIANO, *BC* V 53; DIÓN CASIO, XLVIII 39, 1; 44, 46, 1. El matrimonio no tuvo hijos, pero esta unión le procuró muchas conexiones dentro del mundo senatorial.

[371] Ya pensaba en poder llevarla a Roma para pasearla en su triunfo.

[372] Toda esta escena es bastante distinta en DIÓN CASIO. No sin patetismo, Cleopatra se prepara para conquistar el corazón del general Octavio: adornada con sus mejores galas, llena la estancia con imágenes del difunto Julio César y, leyendo la correspondencia amorosa del dictador, lanza miradas seductoras al joven. *Cf.* DIÓN CASIO, LI 11, 6-13, 3.

84 Era Cornelio Dolabela un destacado joven de entre los com-
pañeros de César[373], que se portaba de una manera amable con
2 Cleopatra. Él, por querer agradarle en una de sus peticiones,
mandó que se le enviara un mensaje secreto que decía que el
propio César había decidido retirar su tropa por Siria y que des-
pués, al tercer día, sería ella enviada a Roma en compañía de
3 sus hijos. Al escucharlo, primero pidió a César que le permitie-
ra verter libaciones por Antonio y César le dio su permiso.
Al llegar a la tumba se desplomó sobre el sarcófago con las
mujeres que le acompañaban[374] y exclamó: «¡Ay, Antonio, amor
4 mío!, te enterré ayer a ti con estas manos que eran libres, pero
ahora hago libaciones siendo una cautiva vigilada, sin que me
pueda, ni con golpes ni con lamentos, maltratar este cuerpo es-
clavo, custodiado para engrandecer los triunfos que se celebrarán
5 sobre tu cadáver. No esperes que te ofrezca otras honras, pues
son las últimas con las que te agasajará Cleopatra, antes de que se
la lleven. Mientras vivías, no nos separamos el uno del otro, pero,
6 en la hora de nuestra muerte, vamos a cambiar incluso de país: tú
como romano yaces aquí y yo, desgraciada, estaré en Italia, don-
de una tumba será la única parte de tu tierra que tomaré. Pero si
les queda alguna fuerza, algún poder a los dioses de allí (pues los
7 de aquí nos han abandonado) les pido que no dejen que siga viva
y que no se me desprecie cuando sobre ti se celebre un triunfo;
sino que me cubran contigo y me entierren junto a ti, pues de
cuantos males se han abatido sobre mí no hay ninguno tan terri-
ble y grande, como este breve tiempo que lejos de ti vivo[375]».

---

[373] Probablemente fuera el hijo de P. Cornelio Dolabela, nombrado en el capítulo 9 de esta vida.

[374] Ira y Carmión.

[375] Ninguna otra fuente presenta un discurso como éste de Cleopatra y probablemente fuera una composición de nuestro autor. Se caracteriza por una solemnidad y un patetismo propios de la tragedia, cuyo lenguaje y recursos imita Plutarco. *Cf.* PELLING, *Plutarch...*, 316-318.

Tras haber lanzado estos lamentos y haber cubierto de flores 85
y besado la tumba de Antonio, ordenó que prepararan el baño. Y
una vez que se hubo lavado, recostada celebró un banquete des- 2
lumbrante. Y entonces vino uno del campo llevando una cesta y
al preguntarle los guardias qué era lo que llevaba, tras abrirlo y
apartar las hojas, mostró una cesta que estaba llena de higos. Se 3
admiraron de la belleza y de la grandeza de estos higos, así que
el hombre sonriente les invitó a tomar uno, pero ellos confiados, 4
le ordenaron que los introdujera. Después del banquete, Cleopa-
tra tomó una tablilla, ya escrita y sellada, y mandó que se la hi-
cieran llegar a César[376]. Ordenó a todos que se retiraran, a ex-
cepción de las dos mujeres, y cerró las puertas.

César abrió la carta, en la que pedía con lamentos y súplicas 5
que se le permitiera ser enterrada junto con Antonio y, tras leer-
la, comprendió rápidamente lo que había hecho. Su primer im-
pulso fue acudir a prestar ayuda, pero después envió a unos cuan- 6
tos para que acudieran a toda prisa. Debió de ser rápido el fin de
Cleopatra, pues los enviados de César, al entrar a la carrera, apar-
taron a los guardas que no se habían enterado de nada y abrieron
las puertas, pero la encontraron ya muerta y tumbada en un tricli- 7
nio dorado, adornada como una reina. De las mujeres, la llamada
Ira, yacía sin vida a sus pies, y Carmión, ya desfallecida y con la
cabeza vacilante, adornaba la diadema que ceñía la cabeza de su 8
señora. Al decir uno lleno de furia: «¿Te parece esto bonito?»; ella
repuso: «¡Pues claro que me parece bien y propio de quien es la
última descendiente de una dinastía de prestigiosos reyes!». Pero
no pudo decir más pues cayó allí mismo, al lado del lecho.

Se cuenta que el áspid fue llevado entre aquellos higos, 86
oculto bajo las hojas[377]. En efecto, dicen que así lo mandó Cleo-

[376] Fue Epafrodito, el eunuco, el que hizo llegar este mensaje a Octavio. *Cf.* Dión Casio, LI 13, 4-5.

[377] Dión Casio (LI 14, 1) comenta, en cambio, que la serpiente se encontraba oculta en un jarrón o en un cesto de flores.

2 patra, porque no quería darse cuenta de que el animal se acercaba a su cuerpo, pero, en cuanto quitó los higos y lo vio, exclamó: «¡Oh!, estaba esto aquí»; y dicen que ofreció su brazo desnudo para que lo mordiera. Unos afirman que el áspid se en-
3 contraba dormido en una hidria y que con una varilla de oro lo despertó y lo azuzó hasta que se precipitó en su ataque sobre su brazo, donde quedó enganchado.

Pero la verdad nadie la sabe, pues también se ha sostenido
4 que ella portaba un veneno en un pasador de pelo y que ese pasador quedaba oculto bajo su cabello, pero de su cuerpo no despidió ningún tipo de mancha ni hubo ninguna otra traza de la acción de un veneno; y ni tan siquiera se vio dentro de la habi-
5 tación a la alimaña, aunque algunos dijeron que vieron unos movimientos rápidos en un rincón de la habitación que miraba al mar por donde daban las ventanas; y, finalmente algunos incluso afirman que se vieron en el brazo de Cleopatra dos leves marcas difíciles de ver. Parece ser que se dio fe a esta versión
6 incluso hasta la persona de César, pues en la celebración del triunfo, se portó una imagen de la propia Cleopatra y del áspid enroscado en el brazo. Esto se cuenta que ocurrió[378]. César,

---

[378] Las dos versiones de nuestro autor aparecen sólo en algunas fuentes; *cf.* ESTRAB., XVII 1, 10, p. 795; DIÓN CASIO, LI 14, 1-2. El resto de las fuentes sólo menciona la mordedura. *Cf.* también VEL. PAT., II 87, 1; SUET., *Aug.* XVII 4; FLORO, II 21, 11; OROSIO, VI 19, 18. *Cf.* F. SBORDONE, «La morte di Cleopatra nei medici greci», *Rivista Indo-Greco-Italica*, XIV, 1-2, 1-20. El momento de la muerte de Cleopatra es uno de los más populares en la literatura y en el arte, especialmente en la pintura, que la representa, curiosamente, con una o dos áspides mordiendo sus pechos desnudos desde la Edad Media. El hecho de que aparezcan dos áspides puede ser una interpretación literal del plural poético, común en los vates augusteos: *geminos... anguis* (VIRGILIO, *En.* VIII 696), *asperas... serpentes* (HORACIO, *Odas* I 37, 26-27), etc. Por otra parte, la aparición de los pechos desnudos puede deberse a una contaminación iconográfica medieval con otras figuras, que representaban la misma idea de la lujuria y perversión, al igual que Cleopatra; como, por ejemplo, las Sirenas. Esa mordedura en el seno, de

aunque dolido por el fin de esta mujer, respetó su dignidad y 7
mandó que fuera enterrado su cuerpo con Antonio de manera ilustre y digno de una reina. También incluso las mujeres, por disposición suya, tuvieron un enterramiento digno.

Murió Cleopatra a la edad de treinta y nueve años, tras ha- 8
ber reinado durante veintidós, durante los cuales compartió su poder con Antonio más de catorce[379]. Unos dicen que Antonio había ya alcanzado los cincuenta y tres, y otros los cincuenta y
seis años. Las estatuas de Antonio fueron derribadas[380], aunque 9
las de Cleopatra se respetaron y se quedaron en su sitio, pues se cuenta que Arquibio, uno de sus amigos, dio a César dos mil talentos para que no sufrieran la misma suerte que las de Antonio.

De los siete hijos de sus tres mujeres[381] que componen la 87
descendencia de Antonio, tan sólo el mayor, Antilo, fue ejecu-
tado por César. A los demás, Octavia los tomó bajo su cargo y 2

---

una sensualidad mórbida, aparece muy dignificada en el Barroco con una actitud de éxtasis, siguiendo el modelo de la santa Teresa de Bernini (especialmente en las obras de Guido Reni y el Guercino); pero Cleopatra, en conexión con una civilización en decadencia, espoleaba la imaginación de los pintores del siglo XIX, especialmente los orientalistas. Sobre la iconografía y la pervivencia de la leyenda de Cleopatra, *cf.* S. WALKER, *Cleopatra: from History to Myth*, Princeton University Press, Princeton-Nueva York, 2001.

379 Es un error de nuestro autor. El encuentro de Antonio y Cleopatra en Tarso ocurrió en el 41 a. C. y su muerte es del 30 a. C.

380 Algunas de estas estatuas las menciona nuestro autor en Alba. También se sabe que ningún hombre que se llamase Antonio podía acompañar su nombre con el de Marco. Sobre la *damnatio memoriae* de Antonio, *cf.* PLUT., *Cic.* 49; DIÓN CASIO, LI 19, 3.

381 Se refiere a Fulvia, Octavia y la propia Cleopatra. No menciona nuestro autor en este recuento los dos matrimonios anteriores, que apenas tuvieron repercusión. La primera mujer de Antonio se llamaba Fadia y era la hija del liberto Q. Fadio, con la que Antonio tuvo hijos. *Cf.* CIC., *Filíp.* II 2, 3; III 6, 17; XIII 8, 23. Después estuvo casado con Antonia, su prima, pero la repudió al poco tiempo, como informa nuestro autor en esta vida en el capítulo 9. Tuvo con Antonia una hija que se casó con Pitodoro de Trales.

los crió con los de ella. A Cleopatra, la hija de Cleopatra, se la casó con Juba[382], el más galán y exquisito de los reyes, y Antonio, el hijo de Fulvia, llegó a gozar de un favor tan grande, que si la primera persona que se estimaba de confianza de César era Agripa, el segundo puesto lo ocupaban los hijos de Livia, el tercer puesto lo ocupó el propio Antonio[383].

De Marcelo[384] tuvo Octavia dos hijas y un hijo llamado
3 Marcelo. César adoptó a Marcelo como hijo y le dio a Agripa[385]
como esposa a una de las dos hijas. Cuando Marcelo, recién casado, murió[386] y César ya no confiaba en encontrar otro yerno
4 de valía entre sus amigos, Octavia le hizo la sugerencia de que
Agripa repudiara a su propia hija y casara a Agripa con la hija
5 del propio César. César aprobó el proyecto desde el primer momento y luego lo hizo Agripa. Octavia recuperó a su hija que entregó a Antonio y Agripa se casó con la hija de César[387].

---

[382] Octavio Augusto casó a Cleopatra Selene con Juba II, rey de Mauritania, tras restablecerlo en el trono. *Cf.* Dión Casio, LI 15, 6 y *AP* IX 235 y 752 (Crinágoras de Mitilene. Poemas en honor a Cleopatra Selene el día de su boda). Esta pareja tuvo un hijo, Tolomeo, que ocupó el trono de Mauritania pero murió condenado a muerte por Calígula. *Cf.* Dión Casio, LIX 25, 1; Suet., *Cal.* XXVI 35.

[383] De hecho, Julio Antonio ostentó en el 10 d. C. el cargo de cónsul.

[384] C. Claudio Marcelo, al que nuestro autor ha mencionado en el capítulo 31.

[385] Tras la batalla de Accio, Marco Vipsanio Agripa siguió al lado de Augusto, incluso sustituyendo a Augusto en el ejercicio del poder imperial: durante cinco años, mientras Augusto estuvo enfermo, ostentó la *tribunicia potestas* y portó el anillo del emperador que él mismo le había confiado. *Cf.* Dión Casio, LII 30, 2, LIV 12; Vel. Pat., II 90; Tác., *An.* III 56.

[386] *Cf.* Plut., *Marc.* 30.

[387] Que se llamaba Julia y que era hija de Augusto y de Escribonia *cf.* Suet., *Aug.* 63. El fruto de este matrimonio no fue afortunado: sus dos hijos mayores, Lucio y Gayo César, fueron adoptados por Augusto para que le sucedieran, pero murieron; y el hijo menor, nacido tras la muerte de Agripa (y por ello llamado Agripa Póstumo), fue exiliado por las señales que daba de inestabilidad mental y tampoco tuvo descendencia.

Del resto de las hijas de Octavia y Antonio, una[388] la tomó
Domicio Ahenobarbo y la otra, Antonia, de renombrada belleza 6
y discreción, la tomó por esposa Druso, el hijo de Livia e hijas-
tro de César[389]. De esta unión nacieron Germánico y Claudio, de 7
los cuales Claudio fue emperador. De los hijos de Germánico 8
también gobernó Gayo, aunque no tardó mucho tiempo en ser
asesinado junto con su mujer y sus hijos. Agripina tuvo un hijo
de Lucio Domicio Ahenobarbo y después se casó con Claudio
César. Tras la adopción del hijo de ésta, el hijo recibió el nom-
bre de Claudio Nerón Germánico. Éste fue emperador en mi
tiempo, mató a su madre y poco faltó para que echara a peder el 9
poder de Roma con su demencia y su locura[390]. Se ve que éste
era el descendiente de quinta generación de Antonio[391].

COMPARACIÓN DE DEMETRIO Y ANTONIO

Dado que, en efecto, se han producido grandes cambios de 88
fortuna en la vida de ambos, primero analicemos los de poder y

[388] Llamada Antonia *Maior*, «la Mayor», para diferenciarla de su hermana *Minor*, «la Menor». Se caso con Lucio Domicio Ahenobarbo en el 16 d. C.

[389] Nerón Claudio Druso era hijo de Livia, pero no de Augusto, y era el hermano mayor de Tiberio, el que sucedería como emperador a Augusto. Tiberio fue nombrado emperador como última opción dentro de la familia imperial.

[390] A pesar de que Nerón es recordado positivamente por nuestro autor como el liberador de Grecia (PLUT., *De la tardanza de la divinidad en castigar* 567f), su imperio es juzgado casi siempre de forma negativa. *Cf.* PLUT., *Sobre el amor fraterno* 488a; *Sobre la charlatanería* 505c; *Galba* 1.

[391] Nuestro autor parece dar a entender, con esta frase, que algo tuvo que ver la herencia de Antonio. También Calígula, otro de los emperadores nefastos de la dinastía Julio-Claudia, estimaba aún más a su bisabuelo Antonio que a Augusto y hasta incluso suprimió las celebraciones que conmemoraban la batalla de Accio. *Cf.* SUET., *Cal.* XXIII 2; DIÓN CASIO, LIX 20, 1.

los de prestigio. Así, por un lado, en el caso de Demetrio, el patrimonio paterno ya era excelso, pues incluso antes de que su hijo hubiera llegado a una cierta edad Antígono era el más poderoso de los diádocos, había invadido buena parte de Asia y la
2 había incorporado a sus dominios. Antonio, en cambio, aunque había nacido de un padre, por otra parte amable, pero que no había destacado en la lucha y no le había dejado ninguna reputación derivada de una gloria militar, se atrevió a cuestionar hasta incluso el poder de César[392], al que no tenía derecho por su nacimiento, y él mismo se autoproclamó heredero de cuanto César[393] había obtenido esforzadamente. Y tan alto llegó, apo-
3 yándose en lo poco que tenía, que, dividido el mundo en dos partes, tomó la región más próspera y se impuso a los partos en muchas ocasiones aunque hubiera delegado su poder en superintendentes y generales subordinados[394], y domeñó los pueblos bárbaros del Cáucaso hasta el mar Caspio. ¡Hasta las acusacio-
4 nes que recibió son testimonio de su grandeza!

5 El padre de Demetrio vio con buenos ojos el matrimonio con Fila, la hija de Demetrio, considerada la unión mejor concertada de su tiempo; pero para Antonio el matrimonio con Cleopatra fue denigrante, aunque esta mujer superase en poder y
6 prestigio a todos los reyes de su tiempo, con excepción de Arsaces[395]; y así se hizo tan grande que los demás creyeron que era digno de mejores honras.

89 No se puede echar en cara a Demetrio el designio que guió el ejercicio de su poder, porque aspiraba a domeñar y gobernar a hombres que ya estaban habituados a ser dominados y gober-

[392] Aquí se refiere a Augusto.

[393] Aquí, en cambio, se refiere a Julio César.

[394] En realidad, nuestro autor sólo ha mencionado en los capítulos 33 y 34 al general Ventidio y sus victorias contra Labieno, Franipate y Pacoro.

[395] Título que porta el rey de Partia, como recuerdo del fundador de la dinastía en el siglo III a. C.

nados, pero en el caso de Antonio ese designio era reprensible y con rasgos de tiranía, porque pretendía esclavizar al pueblo de
Roma cuando hacía poco que había conseguido librarse de la 2
dictadura de César. Incluso lo que se considera que es lo más grande y prestigioso de sus hazañas, a saber, la guerra contra Bruto y Casio, fue una lucha emprendida para arrebatar a su patria y a sus conciudadanos la libertad.

Demetrio, antes de verse abocado al infortunio, tuvo como ob- 3
jetivo el liberar Grecia y echar las guarniciones de las ciudades, y no como Antonio, que aniquiló en Macedonia a los libertadores de
Roma y encima lo tenía a gala. Incluso tan sólo en esa sola virtud 4
que se alababa a Antonio, que era su pródiga y desprendida generosidad, en esto tanto le superó Demetrio, que incluso concedía a los enemigos lo que no concedió jamás Antonio ni a sus amigos.
¡Claro que le honra el haber ordenado que se enterrara a Bruto y se 5
le elevara un túmulo; pero es que el otro enterró a todos y cada uno de sus enemigos que habían muerto en la guerra y envió libres de vuelta a Tolomeo a los prisioneros con presentes y dinero!

Ambos fueron soberbios en sus períodos de prosperidad y **90**
dados a lujos y dispendios. Podría decirse, en cambio, que De- 2
metrio incluso en medio de amoríos y fiestas nunca dejó pasar cada ocasión que se presentaba para actuar. Buscaba el placer cuando disponía de tiempo libre y Lamia, como aquélla de las fábulas, era su pasatiempo, con sus juegos y zalemas, para llamar al sueño. Sin embargo, en los preparativos de la guerra no estu-
vo su espada adornada con hiedra, ni exhalaba de su casco un 3
olor a mirra, ni partía saliendo del gineceo florido y esplendoroso, sino que, replegando su tíasos y cesando las fiestas báquicas, se convertía en un siervo del implacable Ares (según la expre-
sión de Eurípides[396]) y no sufrió ninguna derrota por atender a 4
placeres o por pura indolencia.

---

396 Fr. 492.

Sin embargo, Antonio era, como en las pinturas, un Heracles sometido a Ónfale[397] al que se le había quitado la clava y se le había despojado de su piel de león, y así muchas veces Cleopatra, acechándole en la lucha, con sus encantos lo convencía para que dejara de acometer con sus manos grandes empresas y abandonara las necesidades de su ejército y la siguiera para yacer juntos rozagantes en las bahías de Cánopo y Tafosiris[398]. Al
5 final, Antonio se escabullía de la lucha corriendo, como un Paris, para refugiarse en su seno; pero al menos Paris huyo al tálamo porque fue vencido[399]; Antonio, en cambio, salió huyendo en busca de Cleopatra cuando tenía en sus manos la victoria.

91 En el caso de Demetrio, tal como era la costumbre de los reyes de Macedonia, desde los tiempos de Alejandro y Filipo (era lo habitual y no estaba prohibido), tuvo muchas esposas legíti-
2 mas, al igual que Lisímaco y Tolomeo[400], pero mostró gran es-

[397] Ónfale era una reina mítica de Lidia que retuvo en la corte de Sardes durante largo tiempo a Heracles. Tras haberlo seducido, gustaba de humillarlo haciendo que se vistiera con ropas de mujer y poniéndole a cardar lana y otras tareas típicas de una mujer. Como imagen para explicar la relación de Cleopatra y Antonio, que se decía descendiente de Heracles, es muy efectiva, aunque exagerada.

[398] *Taposiris Minor*, localidad costera al noreste de Alejandría. *Cf.* ESTRAB., XVII 799.

[399] *Il.* III 315-462. Se refiere a la batalla singular que se produce entre Paris-Alejandro y Menelao a las puertas de Troya por Helena. Menelao sale vencedor de este encuentro pero cuando Paris está a punto de sucumbir a manos del héroe griego, Afrodita lo salva envolviéndolo en una densa bruma y transportándolo dentro de la ciudad al tálamo de Helena.

[400] En realidad en ninguno de los dos casos parece que hubo tanta poligamia. Lisímaco de Tracia se casó primero con Nicea, la hija de Antípatro, con la que tuvo a Agatocles. Bastante más tarde, en virtud de un pacto de familia, Lisímaco se casó con Arsínoe, la hija de Tolomeo I Soter, mientras que su hijo Agatocles se casaba con otra hija, Lisandra. Tolomeo Soter tuvo dos esposas legítimas: su primera mujer fue Eurídice, la hija de Antípatro y hermana de Fila, a la que repudió a favor de Berenice, una dama del séquito de la reina y

tima por cuantas desposó[401]. Sin embargo, Antonio, aunque en principio sólo tuvo dos mujeres a la vez[402], ésta era una práctica poco común a lo que no se había atrevido antes ningún romano; y, además, después, a su legítima esposa, la que era de su patria, la repudió y se casó con una extranjera con la que convivía ilegalmente. De ahí que el matrimonio no le reportó nada malo a uno, pero al otro le procuró grandes desgracias.

Sin embargó la impiedad no es un rasgo que marque tanto 3
las gestas de Antonio como las de Demetrio. Pues si, en efecto, a tenor de lo que algunos historiadores afirman, en la Acrópolis entera los perros estaban prohibidos especialmente porque más que ningún animal copulan en público, sin embargo, él, en el 4
propio Partenón, se unió hasta con prostitutas, además de envilecer a numerosas ciudadanas. Por ello, incluso aunque alguno 5
podría considerar que estas muestras de vulgaridad y corrupción tienen poco que ver con el vicio de la crueldad, sin embar-

madre del sucesor de Tolomeo I, Tolomeo II Filadelfo. Un caso que quizá se le acerque más es el de Pirro de Epiro, rey greco-bárbaro, que conoce nuestro autor: Pirro se casó primero con Antígona, la hija de Berenice, la segunda esposa de Tolomeo I, y del primer esposo de ésta, Filipo (no el famoso Filipo II de Macedonia, sino otro cortesano del mismo nombre); pero luego se casó también con la hija (sin nombre) de Audeoleon, rey de los peonios; con Bircena, la hija de Bardilis, rey de Iliria; y con Lanasa, hija del rey de Siracusa, Agatocles. Con todas ellas tuvo varios hijos. *Cf.* PLUT., *Pirro* 4-5 y 9.

[401] Las mujeres legítimas de Demetrio fueron cinco. Fila, la hija de Antípatro, con la que se casó en el 320 a. C. (PLUT., *Demetr.* 14); Eurídice la ateniense, con la que se casó en el año 307 a. C., tras la liberación de Atenas (PLUT., *Demetr.* 14); Deidamía, la hermana de Pirro de Epiro, en el 303 a. C. (PLUT., *Demetr.* 25; *Pirro* 4); Lanasa, mujer de Pirro que éste había repudiado, en el 291 a. C. (PLUT., *Pirro* 10); y, finalmente, Ptolemáis, su sobrina e hija de Eurídice y Tolomeo I, con la que se casó en el 286 a. C. (PLUT., *Demetr.* 46).

[402] Octavia y Cleopatra (aunque desde el punto de vista del derecho romano no se podía considerar que Cleopatra fuera su legítima mujer). Las otras o las había repudiado o habían muerto, como fue el caso de Fulvia.

go, es lo que más hay que poner en relación con la sensualidad
de Demetrio, pues permitió o, más bien, obligó al más bello y
digno joven de Atenas[403] a que se suicidara por evitar su des-
6 honra. En conclusión, si Antonio, por su intemperancia, se per-
judicó a sí mismo, Demetrio perjudicó a los demás.

92 Al menos, Demetrio tuvo un comportamiento irreprochable
en todo momento respecto a sus padres. Sin embargo Antonio
2 entregó a su hermano de madre[404] a cambio de conseguir la
muerte de Cicerón; y esto es una acción de por sí cruel e impía
de la que al menos podría ser Antonio exculpado, si la muerte
de Cicerón hubiera sido exigida como pago para la salvación de
3 su tío. Las paces que juraron y las treguas que firmaron, uno las
rompió tomando como prisionero a Artavasdes[405] y el otro ma-
tando a Alejandro[406], pero Antonio tiene una excusa reconoci-
ble: traicionado por Artavasdes, había sido abandonado a ma-
4 nos de los medos. Son muchos, en cambio, los que acusan a
Demetrio de haber aducido falsas razones para justificar sus ac-
ciones y fingir que se estaba vengando de un enemigo, cuando
éste era inocente. Mas, por el contrario, si Demetrio fue el res-
5 ponsable directo de sus logros, en cambio, Antonio consiguió
sus más insignes y sonadas victorias a través de sus generales,
sin ni siquiera estar presente en la lucha.

93 Ambos fueron responsables de su propia ruina, pero no de la
misma manera: uno fue abandonado por los macedonios, que le
traicionaron, y el otro huyó traicionando, sin tenerlos en consi-
2 deración, a los que arriesgaban su vida por él. Así, la perdición
de uno estuvo en ganarse el odio de sus soldados; y el fin del
otro fue el menospreciar la devoción y la fidelidad que inspira-

---

[403] Se refiere a Democles, «el bello». *Cf.* Plut., *Demetr.* 25.

[404] Lucio César. *Cf.* Plut., *Ant.* 19.

[405] Rey de Armenia. *Cf.* Plut., *Ant.* 29.

[406] Alejandro, el hijo de Casandro y Tesalónica. *Cf.* Plut., *Demetr.* 36.

ba. Ninguno de los dos tuvo una muerte digna de alabanza, aun- 3
que quizá la muerte de Demetrio sea la más reprensible, pues permaneció como prisionero, cautivo y se dejó abandonar durante tres años hasta reventar de vino y comida, dejándose domesticar como los animales. Antonio se dio muerte todo lo co- 4
barde, vil y deshonrosamente que se quiera, pero no dejó que su cadáver cayera en manos de su enemigo.



DIÓN-BRUTO

INTRODUCCIÓN

Al presentar la pareja Dión-Bruto, Plutarco no aborda directamente la cuestión de la tiranía, pero es éste, en realidad, el asunto central en torno al cual giran las biografías del siracusano que expulsó a Dionisio el Joven y del romano, más conocido, que estuvo al frente de la conjura contra César. Lo que en el prefacio se presenta como nexo de unión entre las dos vidas es la educación platónica de uno y otro personaje, Dión como discípulo directo del filósofo y Bruto como asiduo de sus doctrinas; también es común al destino de ambos el hecho de haber muerto antes de ver realizados sus propósitos; finalmente, Plutarco resalta el singular episodio que marcó el final de sus vidas: ambos recibieron la visita de un *daímon*, especie de fantasma que les anunció la muerte.

Sin embargo, como decíamos, la tiranía, que no aparece nombrada en este prefacio de Plutarco, o, más bien, la lucha contra ella, es el argumento que articula todo el relato. Por otra parte, más allá de los mencionados factores que el biógrafo señala como presentes tanto en la vida de Dión como en la de Bruto, hay correspondencias más sutiles. Veamos algunas al tiempo que repasamos las vidas cuya traducción presentamos.

Dión de Siracusa fue un ciudadano notable emparentado con el tirano Dionisio el Viejo. Sus relaciones con la tiranía fue-

ron más ambiguas, parece, de lo que Plutarco quiere hacer ver, aunque existen ciertos detalles, en el propio relato plutarqueo, que levantan sospechas sobre una magnificencia y un modo de vida «casi propio de un tirano» *(Dión* 15, 4). Por no hablar del parentesco que lo unía a Dionisio el Viejo al haberse casado con una de las hijas del tirano, Areté, «Virtud». De la otra hija, Sofrosine, «Moderación», Plutarco indica únicamente el nombre, pero Areté aparece con mayor frecuencia, aunque sólo sea como objeto de la política matrimonial, primero de su padre y después de su hermano, Dionisio el Joven[1]. Dión continuó prestando sus servicios a la tiranía una vez muerto Dionisio I y se convirtió en el consejero indispensable de Dionisio II. En su empeño por proveer a este muchacho de la educación de la que su padre le había privado, quiso contar con la ayuda de Platón, que realizó tres infructuosos viajes a Sicilia con ese fin. Plutarco da cuenta de las estancias del filósofo en la corte siguiendo muy de cerca el propio testimonio que el notable protagonista dejó en sus epístolas. Pero ni Platón consiguió convertir al tirano en filósofo ni Dión pudo evitar sufrir el exilio y la pérdida de influencia en la corte. Desde el exterior preparó un ataque contra su antiguo protector y consiguió liberar la ciudad de Siracusa, pero no pudo evitar que su amigo y huésped en Atenas, Calipo, conspirara contra él y terminara con su vida. Dión no ignoraba totalmente esta conjura y las sospechas le llevaron a afirmar en una ocasión que preferiría morir mil veces antes que tener que vivir defendiéndose también de sus amigos *(Dión* 56, 3). Este detalle es uno de los que ponen en relación este relato con el de su par, Bruto, aunque el nexo, en realidad, se establezca entre Dión y César. Así, en el conocidísimo episodio del

---

[1] En la nota correspondiente remitimos al célebre artículo de L. Gernet, «Matrimonios de tiranos», donde se analiza la política matrimonial de Dionisio I y Dionisio II.

asesinato de Julio César, Plutarco cuenta que el dictador se defendió como pudo de las puñaladas, pero que cuando descubrió a Bruto entre los conjurados cubrió su rostro y se abandonó a los golpes *(Bruto* 17, 6). No es difícil ver que César hace, al menos según Plutarco, lo que el mismo Plutarco puso en boca de Dión: elegir la muerte antes que vivir prevenido no sólo de los enemigos sino también de los más íntimos.

Por otra parte, el *daímon* o fantasma que se le aparecè a Dión como presagio de su próxima muerte es comparado en el texto plutarqueo con una Erinia trágica *(Dión* 55, 2), identificación que es tanto o más adecuada para ese fantasma malévolo que le prometió a Bruto salir a su encuentro en Filipos *(Bruto* 36, 7). En efecto, Plutarco no carga en exceso las tintas contra Bruto cuando escribe su biografía, pero cuando compone la de César, sí afirma que el tiranicidio no fue bien visto por los dioses, prueba de lo cual fue ese fantasma que se le apareció al asesino. Shakespeare abandona cualquier ambigüedad y en su tragedia *Julio César* da el nombre de «fantasma de César» a esta aparición que presagia la muerte del tiranicida. Volviendo al relato de Plutarco, la imagen de Antonio *(Bruto* 20, 4) desplegando ante un pueblo encolerizado las ropas ensangrentadas de César podría ser perfectamente el detonante de una tragedia centrada en esa venganza de sangre por cuya ejecución velaría la Erinia.

El hecho es que la acción de Bruto, más allá de sus motivaciones profundas, nunca dejó de despertar un rechazo espontáneo debido a los lazos que lo unían al dictador, de cuya clemencia disfrutó en más de una ocasión según relato del propio Plutarco. Así lo dejó escrito también Quevedo en su *Marco Bruto*: «Luego que vio a Bruto contra su persona, desamparó su defensa. En esto mostró buen conocimiento, aunque tardo, pues se dio por muerto sin remedio cuando vio armada contra sí la ingratitud».

Ambos personajes, Marco Bruto y Julio César, estaban a una gran altura por sus méritos y valor y así lo vieron desde Plu-

tarco, que hizo el elogio del verdugo y de la víctima, hasta Thornton Wilder que, en su famosa novela, *Los Idus de Marzo*, presentó al dictador atento a las conspiraciones que se urdían en torno a él y reflexionando de este modo en su diario: «Pocas dudas me caben de morir, tarde o temprano, a manos de un tiranicida [...] Hay en el mundo muchos hombres mejores que yo, pero todavía no conozco al que pudiera dirigir mejor los negocios del Estado. Si existe, supongo que estará en la actualidad tramando mi muerte [...] *Si yo no fuese actualmente César, sería el asesino de César*».

Y es que, como dejó dicho Plutarco en la comparación entre las vidas de Dión y Bruto, no era lo mismo, por muchos motivos, acabar con la tiranía de Dionisio que acabar con la de César. Dionisio era, sin matices, un tirano, aunque, por no perder esa tradición que hacía de las segundas generaciones de tiranos unos incapaces que echaban a perder la tarea de sus predecesores, no estuvo a la altura de la tiranía de Dionisio I. No por casualidad Claude Mossé, en su obra clásica sobre la tiranía en Grecia, señalaba a Dionisio el Viejo como el «Arquetipo» del tirano y se detenía justamente en aquellos detalles y anécdotas que también Plutarco recuerda: su vida de lujo y festines, su doble matrimonio, su gobierno rodeado de «amigos»[2]. Dionisio el Viejo llevó también al extremo una de las características más recurrentes de la tiranía: la supresión de la libertad de palabra. Según Plutarco, Dión era uno de los poquísimos a quienes se la permitió *(Dión* 5, 8), pero el tirano temía tanto esa libertad como que la educación pudiera llevar a sus súbditos a rebelarse. Sabía que cualquier hombre sensato preferiría ejercer la tiranía a sufrirla y ello le llevó a privar a su propio hijo de cualquier tipo de instrucción o compañía edificante *(Dión* 9, 2). En esta presentación de la tiranía, Plutarco se acomoda a la des-

[2] C. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969.

cripción típica del tirano que podemos leer en cualquier autor clásico. Así, por ejemplo, escribía Eurípides en *Las Suplicantes*, 442-446: «Cuando el pueblo es soberano del país, se complace con los ciudadanos jóvenes que forman su base; en cambio, un tirano considera esto odioso y elimina a los mejores y a quienes cree sensatos por miedo a perder la tiranía[3]».

Curiosamente, en el marco de una de esas anécdotas en las que se recrea Plutarco, el autor relata cómo en una ocasión fue una mujer, Teste, la que con gran admiración de los presentes se atrevió a desafiar el silencio impuesto por el tirano y a dirigirse a él con una inusitada libertad. Así sucedieron las cosas: Teste, hermana de Dionisio el Viejo, estaba casada con un tal Políxeno que, caído en desgracia, tuvo que exiliarse. El tirano llamó a Teste y la acusó de no haberle avisado con tiempo de la huida de su marido, a lo que ella respondió que no estaba al tanto de sus planes ya que, de haberlos sabido, hubiera huido con él, prefiriendo ser conocida como la mujer del desterrado Políxeno que como la hermana de Dionisio (*Dión* 21, 7-9). Y es que, si es necesario decir algo acerca de la virtud de las mujeres, Plutarco, frente a la opinión expresada en el tantas veces citado discurso fúnebre de Pericles, sí que cree oportuno detenerse en anécdotas como ésta, que considera una útil digresión. Es cierto que sus mujeres virtuosas responden, como no podía ser de otra manera, a los tipos esperados y Teste se acomoda a la imagen de la esposa fiel, pero eso no resta valor al hecho de que se enfrentara al tirano para asombro del resto de ciudadanos de Siracusa.

[3] Texto citado en A. IRIARTE, *De amazonas a ciudadanos*, Madrid, 2002, pág. 86. En el capítulo titulado «Del tirano como Esfinge» se puede leer un inteligente análisis de la tiranía a través de determinados textos, sobre todo trágicos, que señalan claras identificaciones entre la figura del tirano y ciertos paradigmas griegos de feminidad, como la Esfinge; entre dichas identificaciones, el recurso a una expresión enigmática, o su carácter de amenaza para los mejores y más jóvenes de los ciudadanos.

En la biografía de Bruto, su esposa Porcia, digna hija de Catón, también desempeña un papel merecedor de elogio y llega a mostrar un valor tal que obliga al propio Bruto a rogar a los dioses que le permitan estar a la altura de su mujer *(Bruto* 13, 11). Al final, en cualquier caso, los dos morirán de una manera bastante ajustada a esa especie de tragedia griega en la que Plutarco ha convertido la vida de su héroe: Bruto se suicida al modo de Áyax, arrojándose sobre su espada, y Porcia pone fin a su vida tragándose unos carbones encendidos que arrebata del hogar, muerte peculiar, pero sin duda femenina. Otra mujer, la madre de Bruto, Servilia, apenas tiene relevancia en el texto de Plutarco si no es como madre del tiranicida y como antigua amante del tirano. En la citada novela, *Los Idus de Marzo*, aparecerá cumpliendo otro de los típicos papeles que la literatura suele reservar para los personajes femeninos: será una activa instigadora del asesinato de César. Si ya Plutarco relataba cómo los mejores de los romanos estaban pendientes de Bruto, Thornton Wilder pone esas palabras en una persuasiva misiva de Servilia a su hijo: «Regresa, Marco, regresa a la ciudad que tiene puestos en ti los ojos. El héroe cuyo nombre llevas alienta en tu ser por el espíritu, si no por la sangre, y su misión pesa sobre tus hombros. Regresa a la ciudad, cuya salvación es tu salvación misma y cuya libertad es tu propia libertad. Los romanos gritan de nuevo el nombre de Bruto y todos los ojos están fijos en ti».

Cuenta Dión Casio que los atenienses acogieron de muy buena gana a Bruto cuando tuvo que huir de Roma tras el asesinato de César y que decidieron erigirle a él y a Casio unas estatuas de bronce para colocarlas al lado de las de Harmodio y Aristogitón, pareja que inauguró la lista de tiranicidas ilustres al enfrentarse a los Pisistrátidas. Plutarco ofrece en el relato de las vidas de Dión y Bruto dos biografías que, en diferente medida, quieren ser un elogio de la libertad y de la lucha contra la tiranía, pero las separa no sólo la distancia temporal y espacial de

los respectivos escenarios sino la propia entidad de los tiranos a los que ambos iban a enfrentarse. Así al menos lo sintieron los pueblos respectivos, el de Siracusa, que se unió a Dión para acabar con Dionisio el Joven, y el de Roma, que obligó a Bruto a huir tras asesinar a César.

Además de las consideraciones en torno a la política, la tiranía y la mejor forma de gobierno, inspiradas en Platón al menos por lo que se refiere a la *Vida de Dión*, estas dos biografías se detienen con mayor detalle que otras del *corpus* plutarqueo en la descripción de preparativos militares y batallas *(Dión* 21-27, donde se narra la expedición contra el tirano; *Bruto* 38-51, batalla de Filipos). También se observa que Plutarco, dentro de cada una de las biografías, se sirve del contraste con algún otro personaje relevante para dar mayor lustre a aquél cuya biografía está desarrollando. Así, utiliza a Heraclides y ofrece de él una visión claramente desfavorable y sesgada para enaltecer a Dión y, en la biografía de Bruto, presenta a Casio como el responsable de todos los excesos que el noble romano pudiera haber cometido.

Señalemos, para terminar esta introducción, que, además de esos curiosos episodios en la vida de ambos personajes, que reciben la visita de un fantasma anunciándoles la muerte, el relato de estas biografías presenta otros numerosos pasajes relativos a presagios, hechos maravillosos e intervenciones de adivinos. Así, la caída de Dionisio el Joven es anunciada por un águila que arrebata la lanza de uno de los guardias de corps del tirano; además, las aguas que bañan la ciudad de Siracusa llevaron durante un día entero agua dulce a las playas y, para terminar, nacieron unos cerdos sin orejas. Estos hechos tan dispares, convenientemente interpretados por los adivinos, presagiaban según Teopompo, fuente en este caso de Plutarco, el fin del gobierno del tirano *(Dión* 24, 5-10). En la *Vida de Bruto* también hay lugar para lo sobrenatural, como en el relato del sueño premonitorio de un tal Cinna, asesinado después por una plebe enloqueci-

da que lo confundió con uno de los conjurados (*Bruto* 20, 8-11), o en la serie de malos presagios que precedieron al desastre militar sufrido por Casio (*Bruto* 39, 3-6).

FUENTES

Para la elaboración de la *Vida de Dión* Plutarco depende de diversas fuentes escritas. Cita con gran frecuencia las cartas de Platón, especialmente la séptima. Esta epístola, dirigida a los amigos de Dión tras el asesinato de éste, es la que parece ofrecer mayores garantías de autenticidad y en ella el filósofo recoge todos los detalles de sus estancias en Sicilia y su relación con el tirano. En general, las epístolas I, II, III y XIII, dirigidas a Dionisio, y las IV, VII, VIII y X, a Dión o a sus amigos, son una fuente de información muy interesante para la política de Siracusa en estos años[4]. El diálogo platónico la *República* también está presente en esta biografía cuando Plutarco, haciendo balance de las intenciones de Dión, habla de los diferentes tipos de constituciones políticas.

Entre los historiadores, Plutarco hace referencias explícitas a Timeo de Tauromenio, Filisto, Teopompo, Timónides de Léucade y Éforo. Timeo de Tauromenio escribió una historia de Sicilia de la que se conservan fragmentos y Plutarco lo cita con relativa frecuencia, aunque no siempre dándole crédito. Otro historiador siciliano, Filisto, comprometido con la tiranía, es al tiempo protagonista y fuente, aunque con muchos matices, de esta biografía. Como quiera que la historia compuesta por Filis-

---

[4] Véase en relación con estas epístolas y los problemas de autenticidad presentados por alguna una de ellas, *Platón, Diálogos VII: dudosos, apócrifos, cartas*, BCG, Madrid, 1992 (introducción a las cartas: J. ZARAGOZA).

to no llegaba más allá del 362 a. C., Plutarco no lo cita en relación con las empresas de Dión, pero conoce su vida, relata su muerte y menciona ocasionalmente su obra. Timónides de Léucade es, como Filisto, actor y relator de los acontecimientos narrados, aunque en su caso militó del lado de Dión y dejó constancia en un escrito de la expedición de éste contra el tirano. En cuanto a Éforo, fuente fundamental de Diodoro, es citado por Plutarco sólo en dos ocasiones. Teopompo, en fin, es mencionado explícitamente en un único pasaje. En la traducción hemos ido remitiendo a la obra de estos historiadores cuando el relato de Plutarco permitía una identificación exacta de los pasajes; del mismo modo, también en las notas se puede consultar la bibliografía específica relativa a este asunto de las fuentes.

La tradición paralela a esta *Vida de Dión* la forman el relato de Cornelio Nepote, integrado en su *De uiris illustribus* y basado en gran medida en Timeo, y diversos capítulos del libro XVI de la *Biblioteca* de Diodoro, que recurre especialmente a Éforo. En nuestra traducción no hemos indicado todos y cada uno de los pasajes correspondientes a estos dos autores en el relato de Plutarco, sino que nos hemos limitado a señalar algunos, especialmente aquéllos en los que las discordancias entre estos autores eran significativas.

En cuanto a la *Vida de Bruto*, Plutarco cita en primer lugar, al hablar de los orígenes del tiranicida, al filósofo e historiador Posidonio de Apamea, pero las fuentes fundamentales de esta biografía son las cartas del propio Bruto y las de Cicerón, el pequeño libro de recuerdos compuesto por L. Calpurnio Bíbulo, hijo de Porcia y de su primer marido, Marco Bíbulo, el filósofo P. Volumnio, a quien sigue Plutarco muy de cerca al relatar la muerte de Bruto y, finalmente, Valerio Mesala Corvino, que combatió en Filipos del lado de Bruto y dejó un relato escrito de los hechos. Puntualmente, Plutarco también menciona unas memorias de Augusto. En fin, el relato de la muerte de la esposa

Porcia, se basa, según el propio biógrafo, en Nicolás Damasceno y Valerio Máximo. De nuevo, como en el caso de la *Vida de Dión*, hemos ido señalando en nota a nuestra traducción todas estas referencias y la correspondiente información bibliográfica.

Estructura de la *Vida de Dión:*

1. Prefacio, 1-2.
2. Dión y Dionisio el Viejo, 3.
3. Primer viaje de Platón a Sicilia, 4-5.
4. Dionisio el Joven, 6-10.
5. Segundo viaje de Platón a Sicilia, 11-13.
6. Exilio de Dión, 14-17.
7. Tercer viaje de Platón a Sicilia, 18-20.
8. Expedición de Dión contra Dionisio, 21-27.
9. Dión entra triunfante en Siracusa, 28-31.
10. Maniobras de Heraclides, 32-34.
11. Muerte de Filisto, 35-36.
12. Huida de Dionisio, 37-38.
13. Retirada de Dión a Leontinos, 39-40.
14. Saqueo de Siracusa, 41-44.
15. Regreso de Dión a Siracusa, 45-49.
16. Dión recupera la ciudadela de Siracusa, 50-52.
17. Muerte de Heraclides, 53.
18. Conjura contra Dión, 54-56.
19. La muerte, 57-58.

Estructura de la *Vida de Bruto:*

1. Orígenes y formación, 1-2.
2. Comienzo de la carrera política, 3.

3. Farsalia, 4.
4. Bruto y la *clementia Caesaris*, 5-9.
5. La conjura contra César, 10-13.
6. Idus de Marzo, 14-22.
7. Bruto abandona Italia, 23.
8. Estancia en Atenas, 24.
9. Preparativos para la guerra, 25-27.
10. En Asia, 28-35.
11. Un fantasma se aparece a Bruto, 36-37.
12. Filipos, 38-51.
13. La muerte, 52.
14. Epílogo, 53.

Comparación entre las vidas de Dión y Bruto: 54-58.

TABLAS CRONOLÓGICAS

Vida de Dión

ca. 409 a. C.	Nacimiento de Dión.
405-367 a. C.	Dionisio I.
388-387 a. C.	Primer viaje de Platón a Sicilia.
367 a. C.	Muerte de Dionisio I, llegada al poder de Dionisio II.
366 a. C.	Segundo viaje de Platón a Sicilia.
366-357 a. C.	Exilio de Dión.
361-360 a. C.	Tercer viaje de Platón a Sicilia.
357 a. C.	Dión marcha contra Dionisio y conquista Siracusa.
355 a. C.	Asesinato de Heraclides.
354 a. C.	Conjura contra Dión. La muerte.

Vida de Bruto

85, 82 o 78 a. C.	Nacimiento de Bruto.
82 a. C.	Dictadura de Sila.
63 a. C.	Nacimiento de Augusto y conjura de Catilina.
60 a. C.	Primer triunvirato: César, Pompeyo y Craso.

58 a. C.	Comienzo de la carrera política de Bruto. Se le encomienda la custodia de los bienes del rey Tolomeo.
49 a. C.	Inicio de la guerra civil entre César y Pompeyo.
48 a. C.	Farsalia. Victoria de César, huida de Pompeyo a Egipto. Bruto se reconcilia con César.
47-46 a. C.	*Legatus pro praetore* en la Galia Cisalpina.
45 a. C.	Regreso a Roma y matrimonio con Porcia.
44 a. C.	Asesinato de César.
43 a. C.	Segundo triunvirato y muerte de Cicerón.
43-42 a. C.	En Asia. Encuentro con Casio. Acontecimientos de Janto y Patara.
42 a. C.	Aparición del *daímon*. Filipos. Muerte de Casio. Muerte de Bruto.

NUESTRA TRADUCCIÓN

Para la preparación de esta traducción hemos seguido el texto de K. Ziegler, de la Biblioteca Teubneriana, Leipzig, 1964. Como en el resto de volúmenes de esta serie de las *Vidas Paralelas*, nos han sido de grandísima utilidad otras traducciones de las que queremos señalar, al menos, las siguientes: en castellano, la de Ranz Romanillos, que, pese a sus limitaciones, resuelve numerosos pasajes difíciles de una manera elegante y muy fiel al texto; la catalana de Carles Riba, publicada por la Fundació Bernat Metge en 1934 (vol. III, *Foció i Cató el Jove, Dió i Brutus)*, con abundantes notas, aunque limitadas, por lo general, a la tradición paralela; la francesa preparada por Robert Flacelière y Émile Chambry para la colección Les Belles Lettres, París, 1978 (tomo XIV, *Dion-Brutus)*, fiel, pero en la que, a veces, sorprende el excesivo parecido con la de Alexis Pierron, reeditada recientemente con la supervisión de Françoise Frazier

y notas de Jean Sirinelli (París, 1996). Capítulo aparte merece la edición italiana publicada en la Biblioteca Universale Rizzoli, Milán, 2000, cuyas notas, obra de F. Muccioli para la *Vida de Dión* y de L. Ghilli para la *Vida de Bruto*, exhaustivas, iluminan casi línea a línea el texto de Plutarco.

Finalmente, quisiéramos acabar con una referencia a la obra, citada más arriba, *Marco Bruto*, de Francisco de Quevedo. Publicada en 1644, abarca solamente la mitad del texto de Plutarco, ya que la muerte sorprendió al autor cuando estaba redactando la parte final. Sigue el texto de Plutarco, intercalando discursos y comentarios en cada pasaje; no se trata, evidentemente, de notas al estilo de las que se introducen en las modernas traducciones, pero las observaciones de Quevedo son acertadas e ingeniosas y con una de ellas terminamos. Más arriba mencionábamos la historia de un tal Cinna que algunos (Plutarco y Quevedo por supuesto) identifican con el conocido poeta y que fue despedazado por el pueblo, tras la muerte de César, al confundirlo con uno de los conjurados que llevaba su mismo nombre. Este que sigue es el comentario de Quevedo, quien establece un oportuno paralelismo entre esta anécdota y otro pasaje de la *Vida de Bruto (Bruto* 22, 3) en el que se menciona la demagógica habilidad de Octavio al tomar el nombre de César: «Aun en el nombre es peligroso comunicar con los malos, y hasta en el nombre es útil comunicar con los buenos. Por llamarse aquel poeta amigo y apasionado de César, Cinna, como el maledicente que dijo mal de César, sin otra culpa que la equivocación del nombre, murió despedazado del furor del pueblo. Y Octavio se llamó César, por ser nombre de Julio, y esto le granjeó el amor, el séquito, las armas y la ciudad».

BIBLIOGRAFÍA

Para una bibliografía general sobre las *Vidas Paralelas*, remitimos al estudio introductorio elaborado por A. Pérez Jiménez en el volumen primero de las mismas, publicado en 1985. Por otra parte, en las notas hemos ido dando las referencias bibliográficas que considerábamos relevantes para documentarse sobre los asuntos más significativos tratados por Plutarco, de manera que reservamos este apartado para dar cuenta, únicamente, de algunos títulos de carácter general en relación con tres aspectos concretos: la tiranía y el tiranicidio, tema presente en ambas vidas, y la historia de Sicilia y la de Roma en relación con los períodos históricos aquí abarcados.

A. Andrewes, *The Greek Tyrants*, Hutchinson University Library, Londres, 1956.

P. Anello, *Dionisio il Vecchio. Politica adriatica e tirrenica*, Palermo, 1980.

H. Berve, *Die Tyrannis bei den Griechen*, I-II, Beck, Munich, 1967.

E. Betti, *La crisi della repubblica e la genesi del principato*, Pontificia Universitas Lateranensis, Roma, 1982.

L. Braccesi, *I tiranni di Sicilia*, Laterza, Roma-Bari, 1998.

L. Brisson, «La Lettre VII de Platon, une autobiographie?», en

L'invention de l'autobiographie d'Hésiode à Saint Augustin, Presses de L'École Normale Supérieure, París, 1993, págs. 37-46.

L. CANFORA, *Giulio Cesare. Il dittatore democratico*, Laterza, Bari, 1999.

C. CATENACCI, *Il tiranno e l'eroe. Per un' archeologia del potere nella Grecia antica*, Mondadori, Milán, 1996.

S. N. CONSOLO, *Siracusa e la Sicilia greca tra età arcaica ed alto Ellenismo*, Società Messinese di Storia Patria, Mesina, 1996.

—, *Un imperialismo tra democrazia e tirannide. Siracusa nei secoli V e IV a. C.*, Bretschneider, Roma, 1997.

L. EDELSTEIN, *Plato's Seventh Letter*, Brill, Leiden, 1966.

R. ETIENNE, *Les ides de mars. L'assassinat de César ou la dictature?*, Gallimard, París, 1973.

M. FINLEY, *A History of Sicily. Ancient Sicily to the Arab Conquest*, Chatto & Windus, Londres, 1968.

C. A. FOLCKE, *Dionysius and Philistus. The Tyrant and the Historian*, Diss., State University at New York, Nueva York, 1973.

J. GAGÉ, *La chute des Tarquins et les débuts de la Republique romaine*, Payot, París, 1976.

G. GIORGINI, *La città e il tiranno. Il concetto di tirannide nella Grecia del VII-IV sec. a. C.*, Giuffrè, Milán, 1993.

P. GRATTAROLA, *I cesariani dalle idi di marzo alla costituzione del secondo triumvirato*, Tirrenia, Turín, 1990.

A. IRIARTE, «Del tirano como Esfinge», en *De amazonas a ciudadanos*, Akal, Madrid, 2002, págs. 78-91.

J. LABARBE, «L'apparition de la notion de tyrannie dans la Grèce archaïque», *Antiquité Classique* 40 (1971), 471-504.

D. LANZA, *Il tiranno e il suo pubblico*, Einaudi, Turín, 1977.

M. LE GLAY, *Rome. Grandeur et déclin de la République*, Perrin, París, 1990.

M. P. Loicq-Beger, *Syracuse. Histoire culturelle d'une cité grecque*, Latomus, Bruselas, 1967.

G. Lozza, «Turannis e deisidaimonia in Plutarco», en I. Gallo, ed., *Plutarco e la religione*, M. D'Auria, Nápoles, 1996, págs. 389-394.

A. Mastrocinque, *Lucio Giunio Bruto. Ricerche di storia, religione e diritto sulle origine della repubblica romana*, La Reclame, Trento, 1988.

Ch. Meier, *Caesar*, Severin und Siedler, Berlín, 1982.

Cl. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique*, Presses Universitaires de France, París, 1969.

C. Oliveira Gomes, *La cité tyrannique*, Presses Universitaires de Rennes, París, 2007.

U. Ortmann, *Cicero, Brutus und Octavian, Republikaner und Caesarianer. Ihr gegenseitiges Verhältnis im Kriegsjahr 44/43*, Habelt, Bonn, 1988.

D. Plácido, «La demokratía de Plutarco», en *Teoria e prassi politica nelle opere di Plutarco*, M. D'Auria, Nápoles, 1995, págs. 383-390.

A. J. Podlecki, «The political significance of the Athenian tyrannicide-cult», *Historia* 15 (1966), 129-141.

E. Rawson, «Cassius and Brutus: the memory of the Liberators», en *Past Perspectives*, Cambridge University Press, Cambridge, Londres-Nueva York, 1986.

L. J. Sanders, *Dionysius I of Syracuse and Greek Tyranny*, Croon Helm, Londres, 1987.

M. Sordi, *La Sicilia dal 368/7 al 337/6*, Bretschneider, Roma, 1983.

K. F. Stroheker, *Dionysios I. Gestalt und Geschichte des Tyrannen von Syrakus*, Franz Steiner, Wiesbaden, 1958.

L. Torraca, *Marco Giunio Bruto. Epistole greche*, Libreria Scientifica, Nápoles, 1954.

M. TURCHETTI, *Tyrannie et tyrannicide de l'Antiquité à nos jours*, Presses Universitaires de France, París, 2001.

F. W. WALBANK, «The Historians of Greek Sicily», *Kokalos* 14-15 (1968-1969), 476-497.

E. WISTRAND, *The policy of Brutus the Tyrannicide*, Kungl. Vetenskaps-och Vitterhets-Samhället, Gotemburgo, 1981.

C. WIRSZUBSKI, *Libertas as a Political Idea at Rome during the late Republic and early Principate*, Cambridge University Press, Cambridge, 1950.

DIÓN

Prefacio

1 Del mismo modo, Sosio Seneción[1], que, según Simónides[2], a los corintios no les tomó odio Ilión pese a haber ido contra ellos cuando acompañaron en su expedición a los aqueos, ya que Glauco de Corinto combatió con ardor del lado troyano, ¿no es esperable que a la Academia[3] no le hagan reproches ni los romanos ni los griegos, ya que obtienen unos y otros el mismo provecho de este escrito que contiene las vidas de Bruto y de Dión[4]? De éstos, uno 2
fue discípulo directo de Platón, el otro se educó en sus doctrinas, de modo que salieron los dos de una misma palestra, por

[1] Ilustre personaje romano al que Plutarco dedica las *Vidas*. Es citado también en *Teseo* 1, 1 (véase la nota correspondiente en el volumen I de las *Vidas Paralelas*, en esta misma colección) y en *Demóstenes* 1, 1 y 31, 7.

[2] Simónides de Ceos, frag. 36 Diehl *Korinthíoisin (Ílion) ou manίei oudè Danaoí*, en referencia a *Ilíada* 2, 570 y 6, 142-211, donde se mencionan, respectivamente, la participación de Corinto en la guerra de Troya y los orígenes de Glauco, descendiente de Sísifo y Belerofonte.

[3] La Academia fue fundada en Atenas por Platón el 387 a. C. y clausurada definitivamente por Justiniano en el 529 d. C.

[4] Para la formación de esta pareja, P. Desideri, «La formazione delle coppie nelle 'Vite' plutarchee», *ANRW*, II, 33, 6, Berlín-Nueva York, 1992, págs. 4470-4486.

3 así decir, hacia los mayores combates[5]. Y habiendo hecho muchas cosas parecidas y como hermanas, no debe extrañar que hayan dado testimonio, ante quien fue su guía en el camino de la virtud, de que es necesario que a la prudencia y la justicia se les unan la fuerza y la fortuna para que las acciones políticas alcancen a un
4 tiempo hermosura y grandeza[6]. Pues al igual que Hipómaco, el instructor de gimnasia, decía que a los que se habían entrenado con él los reconocía de lejos, incluso llevando la carne del mercado[7], así también es normal que el juicio de los que han recibido una educación similar acompañe a sus actos, aportándoles armonía y ritmo junto con un cierto sentido de lo conveniente.

2 Las vicisitudes que atravesaron, que fueron las mismas más por acontecimientos fortuitos que por elecciones suyas, hacen
2 similares las vidas de estos dos hombres. Efectivamente, ambos murieron antes de alcanzar el propósito hacia el que habían dispuesto sus empeños, tras muchos y grandes combates. Y lo
3 más sorprendente de todo es que una divinidad les anunció a los dos su fin, mostrándosele a cada uno, de modo similar, un fan-
4 tasma malévolo[8]. Hay, sin embargo, quienes rechazan cosas tales, en la idea de que a nadie sensato le ha ocurrido ver el fantasma de una divinidad, ni su espectro, sino que los niños, las mujeres y aquellos a los que la enfermedad ha alienado, ya por algún desvarío del alma, ya por debilidad del cuerpo, son los que se imaginan estas historias vacías e inauditas porque está en
5 ellos el genio maligno de la superstición[9]. Pero si Dión y Bruto,

---

[5] Dión fue discípulo de Platón en sus años de exilio, entre 366-357 a. C., y como tal es citado en DIÓGENES LAERCIO, 3, 46. Sobre la formación de Bruto, *cf. infra*.

[6] *Cf.* PLATÓN, *República* 5, 473c y *Carta VII*, 326a.

[7] Anéctoda transmitida por ELIANO, *Historias Curiosas* 2, 6. Del mismo Hipómaco habla también en 14, 8.

[8] *Dión* 55 y *Bruto* 36-37.

[9] Entre los más escépticos frente a la *deisidaimonía*, la superstición, se con-

hombres serios, filósofos, en absoluto vacilantes ni fáciles de seducir por las pasiones, hasta tal punto fueron impresionados por una aparición que se lo contaron a los demás, yo no sé si no deberíamos aceptar la opinión, ciertamente insólita, que tenían nuestros antepasados, de que vulgares y maliciosos demonios, 6
sintiendo envidia de los hombres de bien y obstaculizando sus acciones, les infunden inquietudes y miedos, haciendo vacilar y extraviando su virtud, de modo que, no pudiendo mantenerse firmes ni puros en el bien, no alcancen un destino mejor que el suyo tras su muerte[10]. Pero todo esto lo dejo para otro tratado. 7
En éste, que es el duodécimo de las *Vidas Paralelas*[11], comencemos por el más antiguo de los dos personajes.

Dión y Dionisio el Viejo

Dionisio el Viejo, nada más llegar al 3
poder[12], se casó con la hija del siracusano Hermócrates[13]. Al no estar todavía la tira- 2
nía asentada con solidez, los siracusanos, rebelándose, maltrataron a esa mujer en su cuerpo con ultrajes tan terribles e injustos que, debido a ello, se dio muerte de forma voluntaria. Dionisio, tras retomar el poder 3
y asegurarlo con firmeza, se casó de nuevo con dos mujeres a un tiempo: una de Lócride, llamada Doris, otra de su país, llamada

taban los epicúreos. Para la opinión de Plutarco, véase F. E. Brenk, *In Mist Apparelled. Religious Themes in Plutarch's Moralia and Lives*, Leiden, 1977, págs. 107 ss. para Dión-Bruto.

[10] *Cf. Sobre la desaparición de los oráculos* 414d-422c e *Isis y Osiris* 369d.

[11] Las indicaciones de Plutarco sobre el orden en el que iba componiendo las *Vidas* no se corresponden con aquel en el que han sido transmitidas.

[12] En el 405 a. C.

[13] Figura importante de la resistencia contra los atenienses. Véase B. Caven, *Dionysius I War-Lord of Sicily*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1990, especialmente págs. 39-44.

Aristómaca, hija de Hiparino[14], un hombre principal entre los siracusanos y que fue colega de Dionisio cuando por primera vez éste tuvo el mando al ser elegido estratego con plenos poderes
4 para la guerra[15]. Se dice que se casó con las dos el mismo día, sin que nadie llegara a saber con cuál de ellas se unió primero, y que repartía el tiempo con las dos por igual, acostumbrando a comer
5 ambas con él y turnándose en las noches[16]. Aunque la mayoría de los siracusanos prefería que la que era del país tuviese ventaja sobre la extranjera, ésta tuvo la fortuna de darle la primera un hijo a Dionisio[17], lo que la ayudó en esa desventaja respecto al li-
6 naje. Aristómaca, en cambio, vivió mucho tiempo con Dionisio sin tener hijos, algo que sin embargo él deseaba, hasta el punto de que a la madre de la de Lócride, haciéndola responsable de haber envenenado a Aristómaca, la hizo matar.

Primer viaje de Platón a Sicilia (388 a. C.)

4 Dión, por ser hermano de Aristómaca, gozó al principio de honores gracias a ese parentesco, pero después, tras dar pruebas de sensatez, fue estimado por el tirano por
2 sí mismo[18]. Éste, entre otras cosas, les

---

[14] Padre también de Dión. *Cf.* PLATÓN, *Carta VIII*, 353b y ARISTÓTELES, *Política* 5, 1306a.

[15] Contra los cartagineses en 406-405 a. C.

[16] Sobre este punto, *cf.* CICERÓN, *Tusculanas* 5, 59 y ELIANO, *Historias Curiosas* 13, 10. Para la «política matrimonial» de los tiranos, véase L. GERNET, «Matrimonios de tiranos», en *Antropología de la Grecia Antigua*, trad. cast. Madrid, 1980, págs. 299-312. Gernet presta especial atención al caso de Dionisio el Viejo, tanto por su doble matrimonio, como por los que concertó para sus hijas Sofrosine y Areté, de las que se habla *infra*, capítulo 6, 1.

[17] Dionisio II el Joven, que se hace con el poder tras la muerte de su padre en el 367 a. C.

[18] NEPOTE, *Dión* 1, 2, ofrece una presentación del personaje igualmente amable.

dijo a sus tesoreros que le diesen a Dión lo que pidiera y, una
vez se lo hubieran dado, se lo comunicasen a él en el mismo día.
Teniendo ya de principio un carácter elevado, magnánimo y va- 3
leroso, se sumó por una suerte divina, fuera de todo cálculo hu-
mano, que Platón llegase a Sicilia[19]. Una divinidad, según pare- 4
ce, fue quien, enviando desde lejos un principio de libertad para
los siracusanos y preparando la destrucción de la tiranía, acom-
pañó de Italia a Siracusa a Platón y condujo a Dión al trato con
él. Aunque ciertamente joven, fue el más dócil de todos los dis- 5
cípulos de Platón y el más rápido en inclinarse a la virtud, según
el propio Platón dejó escrito[20] y prueban los hechos. Educado 6
en costumbres vulgares bajo un tirano, acostumbrado y hasta
harto de una vida inicua y temerosa, de la servidumbre de un
nuevo rico y de una molicie desconocedora de lo bello, de un
modo de vida basado en los placeres y excesos[21], tan pronto 7
como probó la razón y la filosofía que conducen a la virtud, se
inflamó su alma rápidamente y convencido, por su propia dis-
posición hacia el bien, con ingenuidad e inexperiencia, de que
Dionisio quedaría igualmente persuadido por los mismos argu-
mentos, se empeñó en hacerle encontrar tiempo libre para estar
con Platón y escucharlo.

Cuando tuvo lugar el encuentro entre ellos, que versó, en 5
general, en torno a la virtud, la mayor parte del tiempo se habló
del valor. Platón afirmó que cualquiera era más valeroso que
los tiranos y, pasando de este asunto al de la justicia, enseñaba
que es dichosa la vida de los justos y desdichada la de los in-
justos. No podía el tirano soportar estos razonamientos, como si 2

[19] 388-387 a. C. NEPOTE, *Dión* 2, 2; 3. PLATÓN, *Carta VII*, 326e 327a.

[20] PLATÓN, *Carta VII*, 327a.

[21] Imagen crítica del ya entonces proverbial gusto «sibarita», según observa acertadamente F. MUCCIOLI, en nota a *Dione*, Biblioteca Universale Rizzoli, Milán, 2000, pág. 163. PLATÓN, *Carta VII*, 326b, también lanza reproches al exceso en los banquetes italianos y siracusanos.

se le acusase, y se molestó con los que estaban presentes y mos-
traban su aprobación a Platón maravillados y seducidos por sus
3 discursos. Finalmente, irritado y encolerizado, le preguntó qué
4 pretendía con su viaje a Sicilia. Al decir Platón que buscaba a
un hombre de bien, Dionisio respondió: «¡Por los dioses que
5 parece que todavía no lo has encontrado!». Dión pensó que la
cólera iría a más y, apresurándose, envió a Platón a una nave
6 que llevaba al espartano Polis a Grecia. Dionisio, secretamente,
le había hecho el ruego a Polis de que, si era posible, matara a
Platón en la travesía y, si no, al menos, que lo vendiera, pues en
absoluto sufriría daño, sino que, como hombre justo que era, se-
7 ría igualmente feliz aunque se convirtiera en esclavo. Por eso,
se cuenta, Polis vendió a Platón después de conducirlo a Egina,
aprovechando que estaban los eginetas en guerra con los ate-
nienses[22] y que existía un decreto por el que cualquier atenien-
se apresado en Egina debía ser vendido[23].

8 Por lo que a Dión se refiere, no disminuyó su consideración
y confianza a los ojos de Dionisio, sino que conseguía muy im-
portantes embajadas, como ser enviado a Cartago, y fue en gran
manera objeto de admiración. Era casi el único del que el tirano
soportaba la libertad de palabra y Dión le decía sin miedo lo
que le venía a la mente, como en la disputa acerca de Gelón[24].

---

[22] El conflicto tuvo lugar entre 389 y 387 a. C. Véase Jenofonte, *Helénicas* 5, 1, 1.

[23] Tanto la responsabilidad del tirano en este episodio como la propia autenticidad del mismo, son objeto de discusión. Para la figura de Polis, véase B. Caven, *Dionysius I War-Lord of Sicily*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1990, especialmente, en relación con estos hechos, pág. 226. Para una visión menos parcial de este primer viaje de Platón a Siracusa, véase L. J. Sanders, «Plato's first visit to Sicily», *Kokalos* 25 (1979), 207-219.

[24] Gelón, muerto en el 478 a. C., se convirtió en tirano de Siracusa en el año 485 a. C. La ciudad gozó de gran prosperidad bajo su dominio y de la popularidad del tirano da testimonio Timeo. Fue sucedido por su hermano Hierón.

Pues siendo, según parece, objeto de burla el gobierno de Gelón 9
y afirmando Dionisio que el propio Gelón había sido la «risa» de Sicilia, los demás simulaban admirar el chiste[25], pero Dión, disgustado, le dijo: «Sin embargo, tú ejerces la tiranía gozando de confianza gracias a Gelón, pero, por tu culpa, ningún otro inspirará confianza». En efecto, Gelón ofreció el más bello es- 10
pectáculo de ciudad regida por un solo hombre; Dionisio, en cambio, el más odioso.

Dionisio el Joven

De los tres hijos que tenía Dionisio 6
con la locria y los cuatro de Aristómaca, dos eran mujeres, Sofrosine y Areté[26]. A Sofrosine la casó con su hijo Dionisio y a Areté con su hermano Teáridas. Al morir éste, Dión tomó por esposa a Areté, que era su sobrina.

Cuando Dionisio, enfermo, daba la impresión de que se iba 2
a morir, Dión intentó hablar con él de los hijos de Aristómaca; pero los médicos, favoreciendo al que estaba a punto de heredar el mando, no le dieron ocasión. Según cuenta Timeo[27], al pro- 3

[25] El juego de palabras se basa en la semejanza entre los términos griegos «Gelón» y «risa», ambos en acusativo en el texto: *Gélōna/gélōta*.

[26] «Moderación» y «Virtud».

[27] *FGrHist* 566 F 109. Es ésta la primera ocasión, en la biografía de Dión, en la que Plutarco cita al historiador Timeo; volverá a hacerlo en 14, 5; 31, 3; 35, 6 y 36, 1. Para una valoración de estas citas, véase el trabajo de F. J. GONZÁLEZ PONCE, «Metodología para una contextualización de la versión plutarquea de Timeo», en *Plutarc a la seva època: paideia i societat*, M. JUFRESA *et al.*, ed., Barcelona, 2005, págs. 595-605. También puede consultarse con provecho, aunque tenga por objeto otra de las vidas plutarqueas, el artículo de J. M.ª CANDAU, «Plutarco como transmisor de Timeo. *La Vida de Nicias*», *Ploutarchos* n.s. 2 (2004-2005), 11-34. Véase, además, el trabajo de L. J. SANDERS, «What did Timaeus think of Dion?», *Hermes* 120 (1992), 205-215. Estudios de conjunto sobre Timeo de Tauromenio son T. S. BROWN, *Timaeus of*

porcionarle el fármaco hipnótico que les pedía, le privaron de
4 los sentidos dándole al tiempo el sueño y la muerte[28]. No obstante, en la primera reunión que tuvo el joven Dionisio con sus amigos, Dión razonó sobre lo que convenía en ese momento de un modo tal que a todos ellos los hizo parecer, en sensatez, unos niños, y unos esclavos de la tiranía en cuanto a libertad de palabra, a ellos, que daban consejos sin honradez y con miedo, casi
5 siempre a gusto del muchacho[29]. Y sobre todo los sorprendió, temerosos como estaban del peligro que suponía Cartago para el imperio, sosteniendo que, si Dionisio necesitaba la paz, él navegaría rápidamente a Libia para arreglar el enfrentamiento en las mejores condiciones posibles; pero que si deseaba la guerra, estaba dispuesto a mantener con sus propios recursos y poner a su disposición cincuenta naves preparadas para hacerse al mar.

7 Dionisio, entonces, admiraba su grandeza de alma y se com-
2 placía con su buena voluntad. Pero los demás, creyéndose en menos por esa magnificencia y humillados por la pujanza de Dión, a partir de aquí no escatimaron palabra con la que creyeran irritar al joven contra él, diciendo que trataba de apoderarse por mar de la tiranía, desviando en las naves el poder hacia los
3 hijos de Aristómaca, sus sobrinos. Las mayores y más claras causas de esta envidia y odio fueron su diferente modo de vida
4 y su perseverancia en no unirse a ellos. Éstos, ya desde el principio, apoderándose a base de complacencias y lisonjas del trato y la compañía de un tirano joven y educado negligentemente, siempre le preparaban amores y entretenimientos dudosos

Tauromenium, Berkeley-Los Ángeles, 1958, G. Mansuelli, *Lo storico Timeo di Tauromenio*, Bolonia, 1958, y R. Vattuone, *Sapienza d'Occidente: il pensiero storico di Timeo di Tauromenio*, Bolonia, 1991.

[28] 367 a.C.

[29] El término *meirákion*, empleado en ésta y en otras ocasiones en referencia a un Dionisio de casi treinta años, parece basarse más bien en el comportamiento inconsciente del tirano que en su edad.

con bebidas, mujeres y otros juegos indecentes. De este modo, la 5
tiranía, ablandada como el hierro, les pareció humana a los que
estaban sometidos a ella y perdió lo que tenía de más feroz, de-
bilitada no por la bondad sino por la negligencia de quien tenía
el poder. Así, la dejadez en torno al muchacho, creciendo y ex- 6
tendiéndose poco a poco, derritió y acabó con las cadenas de
acero[30] con las que Dionisio el Viejo dijo que había dejado edifi-
cada la monarquía[31]. Decían que, cuando empezaba a beber, pa- 7
saba noventa días haciéndolo[32] y que durante ese tiempo el pala-
cio, cerrado e impracticable para hombres y discursos sensatos,
lo ocupaban borracheras, burlas, músicas, danzas y bufonerías.

Dión, como es natural, les resultaba odioso, ya que no se en- 8
tregaba a ningún placer ni a nada propio de la juventud. Por eso,
calumniándolo, daban a sus virtudes convincentes nombres de
vicios, llamando orgullo a su dignidad y arrogancia a su libertad
de palabra y haciendo que cuando daba consejos pareciera le-
vantar cargos y, cuando no caía en sus mismos errores, desde-
ñoso. Es verdad que por naturaleza su carácter tenía cierto orgu- 2
llo y aspereza que lo hacían inabordable en la conversación y
poco sociable. Pues no sólo a un hombre joven y con los oídos 3
acostumbrados a las lisonjas[33] le resultaba difícil y poco placen-
tero estar con él, sino que también muchos que le eran muy cer-
canos y que amaban la honradez y nobleza de su modo de ser le
reprochaban aspectos de su trato, considerando que se mostraba

---

[30] Hay quien ha visto en esta expresión un eco del verso 6 de *Prometeo encadenado*, de Esquilo: *adamantínōn desmōn en arrhḗktois pédais*.

[31] Eliano, *Historias Curiosas* 6, 12. Diodoro, 16, 5, 4; 70, 2. En Plutarco es habitual esta identificación entre monarquía y tiranía, entendidas ambas como ejercicio de un poder absoluto.

[32] Aristóteles, citado por Ateneo, 10, 435d-e, en un pasaje de la *Constitución de los Siracusanos*.

[33] El coro de aduladores de Dionisio II recibía el nombre de *Dionysokólakes*: Ateneo, 6, 249e-250d; 10, 435e.

excesivamente áspero y duro con los que lo necesitaban por
4 cuestiones políticas. Sobre esto Platón, más tarde, como profetizando, le advirtió en una carta que evitase la arrogancia, que
5 suele ser compañera de la soledad[34]. Sin embargo, incluso entonces, pasando por ser el más digno en esas circuntancias y el único o el que mejor podría vigilar y poner derecha una tiranía tambaleante, sabía que era el primero y el más importante no por favor del tirano, sino en contra de su voluntad y por necesidad.

9 Dión, creyendo que la causa de todo esto era la falta de educación del tirano, se afanaba en inclinarlo a una instrucción liberal y en hacerlo tomar gusto por los razonamientos y enseñanzas que forman el carácter, de manera que dejase de temer a la virtud y se acostumbrara a obtener placer con las cosas bue-
2 nas. Pues, por naturaleza, Dionisio no era de los peores tiranos[35], pero su padre, temiendo que si abrazaba la sensatez y se rodeaba de hombres inteligentes conspirara contra él y le arrebatara el poder, lo vigilaba encerrado en casa, privado de otro trato y al margen de cualquier actividad, construyendo, dicen, carritos, lamparitas, asientos y mesas de madera[36].

3 Tan desconfiado era Dionisio el Viejo y receloso con todos los hombres y tanto se protegía por culpa del miedo, que ni se dejaba cortar el cabello con tijeras, sino que cuando el barbero
4 venía le quemaba el cabello con un carbón[37]. A su presencia en

---

[34] PLATÓN, *Carta IV*, 321b-c.

[35] *Cf.* la misma opinión en PLATÓN, *Carta VII*, 328a.

[36] *Cf.* PLUTARCO, *Demetrio* 20, 2-4. F. MUCCIOLI, en nota a *Dione*, Biblioteca Universale Rizzoli, Milán, 2000, pág. 176, invita a reconsiderar esta presentación del aislamiento de Dionisio II teniendo en cuenta el interés de Plutarco en contraponer la vida degradante bajo la tiranía con la vida virtuosa en el magisterio platónico.

[37] DIODORO, 20, 63, 3. CICERÓN, *Tusculanas* 5, 57-63, *De los deberes* 2, 25. VALERIO MÁXIMO, 9, 13. En estos autores se leen las mismas anécdotas con variaciones de detalle. Para una revisión de esta imagen del tirano, véase L.

el palacio ni su hermano ni su hijo llegaban tal como iban vestidos, sino que debían quitarse la túnica y tomar otra, dejándose ver desnudos por los guardianes. Una vez que su hermano 5
Leptines[38], para explicarle la naturaleza de un lugar, hizo su trazado en el suelo tomando la lanza de uno de los guardias de corps, se irritó durísimamente con él e hizo matar al que le había prestado la lanza. Decía que había que vigilar a los amigos, 6
sabedor de que, sensatos como eran, preferirían ejercer la tiranía a soportarla. A Marsias, uno de los que él mismo había pro- 7
mocionado y que desempeñaba un alto cargo, lo hizo matar porque había soñado que degollaba al tirano: sin duda esa visión se le había mostrado en sueños a partir de un plan y un razonamiento concebidos durante el día. Hasta ese punto tenía el 8
alma espantada y llena de todos los vicios de la cobardía el mismo que se había irritado con Platón porque no lo tuvo por el más valeroso de los hombres.

Dión, como ya he dicho, viendo al hijo del tirano echado a 10
perder por la ignorancia y con el carácter corrompido, lo exhortaba a inclinarse al estudio y a rogar al primero de los filósofos que viniese a Sicilia. Le pedía que se presentase ante él una vez 2
hubiera llegado para que, ajustándose su carácter a la virtud gracias a la razón y haciéndose semejante al más divino y hermoso de los modelos, aquel que hace que todo lo que se le somete cambie del desorden al orden[39], así se procurase a sí mismo mucha felicidad y mucha también a los ciudadanos: cuanto ahora hacen a disgusto por la fuerza de la tiranía, eso mismo lo 3
harían bajo un gobierno paternal basado en la sabiduría, la jus-

---

J. SANDERS, «Dionysius I of Siracuse and the validity of the hostile tradition», *SCI* 5 (1979-1980), 64-84.

[38] Sobre este personaje, véase C. SABATTINI, «Leptine di Siracusa. Potere e consenso all' epoca di Dionisio I», *Rivista Storica dell'Antichità* 19 (1989), 7-65.

[39] La idea del Bien presentada por Plutarco coincide con la de la *República* y *Timeo* platónicos.

ticia y la benevolencia, volviéndose él un rey en vez de un tira-
4 no. Pues las cadenas de acero no son, como su padre decía, el miedo, la fuerza y la multitud de naves, ni una guardia de diez mil bárbaros, sino la benevolencia, el afecto y la generosidad que nacen de la virtud y la justicia, cosas que, siendo más blandas que aquellas otras rígidas y duras, resultan más firmes para
5 el mantenimiento del poder. Además, no recibe consideración ni es digno de envidia el gobernante que viste su cuerpo con exceso y hace brillar con esplendor y lujo su casa, pero en el trato y la conversación no es más digno que cualquier otro ni desea tener la regia morada de su alma adornada majestuosa y convenientemente.

Segundo viaje de Platón a Sicilia (367 a. C.)

11 Como Dión le repetía muchas veces estos consejos y los sembraba con palabras del propio Platón, se apoderó de Dionisio un deseo agudo y apasionado de es-
2 cuchar a Platón y frecuentarlo. Al punto salieron para Atenas muchas cartas de Dionisio y muchas exhortaciones de Dión; otras, también, desde Italia, de los pitagóricos[40], aconsejando que se presentase y se hiciese cargo de un alma joven, pero descuidada por una libertad y un poder exce-
3 sivos, y la sometiese con enseñanzas serias. Platón entonces, como él mismo dice[41], sintiendo mucha vergüenza de que pudiera parecer que sólo era capaz de discursos pero que no estaba dispuesto a pasar a los hechos y creyendo además que por

40 La escuela pitagórica se difundió ya a finales del siglo VI a. C. en Crotona. Los pitagóricos a los que aquí alude Plutarco son los que formaban escuela en torno a Arquitas en Tarento. *Cf.* A. MELE, «Il Pitagorismo e le popolazioni anelleniche d' Italia», *AION* (Archeol.) 3 (1981), 61-96.

41 PLATÓN, *Carta VII*, 328c.

medio de la purificación de un solo hombre, el que estaba al
frente del resto, pudiera sanar una Sicilia toda ella enferma, se
dejó convencer.

Pero los enemigos de Dión, temiendo un cambio en Dioni- 4
sio, lo persuadieron de que hiciera venir del destierro a Filisto[42],
hombre también instruido en las letras y conocedor de las cos-
tumbres de los tiranos, para tenerlo como contrapeso de Platón
y su filosofía. Pues Filisto se había mostrado desde el principio 5
muy bien dispuesto al establecimiento de la tiranía y había es-
tado al frente durante mucho tiempo de la ciudadela como co-
mandante de la guarnición[43]. Se contaba también que había te-
nido intimidad con la madre de Dionisio el Viejo, sin que éste
lo ignorase del todo. Pero cuando Leptines, que tenía dos hijas 6

[42] Autor de una *Historia de Sicilia* que llegaba hasta el 363-362 a. C., es elogiado por CICERÓN en *Ad Quintum* II, 11, 4. La idea expresada por Plutarco, la pretensión por parte de los secuaces del tirano de utilizar a Filisto como «contrapeso» de Platón, tiene una clara funcionalidad dentro de los intereses biográficos del autor, pero no encaja con la noticia que sobre este mismo tema ofrece Nepote, que sólo menciona la simultaneidad de la llegada del filósofo a Sicilia y la vuelta del desterrado: *eodem tempore*. Para una crítica de los hechos tal como los presenta Plutarco, en lo relativo a la duración del exilio de Filisto y su regreso a Sicilia, *cf.* F. MUCCIOLI, *Dionisio II. Storia e tradizione letteraria*, Bolonia, 1999, págs. 177-184. Sobre este historiador pueden consultarse también A. GITTI, *Studi su Filisto. Le cause dell'esilio*, Bari, 1953, M. SORDI, «Filisto e la propaganda dionisiana», en *Purposes of History: Studies in Greek Historiography from the 4th to the 2nd. centuries B.C.*, H. Verdin, G. Schepens, E. Keyser, eds., Lovaina, 1990, págs. 159-171; C. SABATTINI, «Una testimonianza dimenticata su Filisto di Siracusa (Dio Chrys. 73, 2)», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica*, 109 (1991), 306-318; G. VANOTTI, «Filisto teorico della tirannide», *Hesperìa* 4 (1994), 75-82; M. SORDI «L'Europa di Filisto», en *Studi sull' Europa antica*, a cura di M. Sordi, 2000, págs. 61-76; F. MUCCIOLI, «La letteratura storiografica tra Filisto e Timeo», en *Storici greci d'Occidente*, a cura di R. Vattuone, Bolonia, 2002, págs. 137-176, y C. BEARZOT, «Filisto de Siracusa», ibíd., págs. 91-136.

[43] La ciudadela de Ortigia, construida por Dionisio el Viejo.

de una mujer con la que se había casado tras seducirla cuando estaba unida a otro, le dio una a Filisto, sin decirle nada a Dionisio, el tirano, irritado, a la mujer [de Leptines][44] la encerró atada con grillos y a Filisto lo hizo salir de Sicilia, exiliado junto a unos huéspedes en el Adriático, donde parece que compu-
7 so la mayor parte de su *Historia* en su tiempo libre. Así pues, no se le hizo volver del destierro mientras vivió Dionisio el Viejo, sino que tras la muerte de aquél, según he dicho, lo trajo la envidia hacia Dión, en la idea de que les sería muy útil a ellos y un apoyo firme para la tiranía.

12 Éste, nada más volver, se adhirió a la tiranía. Otros continuaron con las calumnias y acusaciones contra Dión ante el tirano, afirmando que había tramado la ruina del régimen con Teo-
2 dotes y Heraclides[45]. De hecho, Dión tenía la esperanza, según parece, de aprovechar la presencia de Platón para eliminar de la

[44] La expresión *toû Leptínou*, eliminada por Kurtz, aparece entre corchetes en la edición que estamos manejando. Se trata de un problema más bien histórico que filológico: ¿se refiere Plutarco a la mujer de Leptines, el hermano de Dionisio, o, siguiendo a Kurtz, a la de Filisto, hija de Leptines? Quienes siguen la segunda hipótesis remiten al propio PLUTARCO, *Timoleón* 15, 10, donde se habla de la triste suerte de las hijas de Leptines. Sobre este asunto, véase C. SABATTINI, «Leptine di Siracusa. Potere e consenso all' epoca di Dionisio I», *Rivista Storica dell'Antichità* 19 (1989), págs. 56-57 y nota 203.

[45] Ambos personajes sí tuvieron un trato frecuente con Dión, documentado, entre otros, por el propio PLATÓN, *Carta III*, 318c, a quien también se le acusaría, en su tercer viaje a Sicilia, de ser amigo de estos dos, *Carta VII*, 349e. En cuanto a la figura de Heraclides, Plutarco dará de él una visión muy desfavorable y en claro contraste con Dión, en una especie de «vidas paralelas» de uno y otro dentro de la propia *Vida de Dión*, como ha visto V. RAMÓN PALERM, «El par Dión-Heraclides en la *Vida de Dión* plutarquea», en *Estudios sobre Plutarco. Ideas religiosas*, M. García Valdés, ed., Madrid, 1994, págs. 467-473. Se señalan en este trabajo las tendenciosas discrepancias entre la versión de los hechos por parte de Plutarco y los relatos correspondientes de Diodoro de Sicilia y de Cornelio Nepote. Véase también G. A. LEHMANN, «Dion und Herakleides», *Historia* 19 (1970), 401-406.

tiranía lo despótico y demasiado violento y convertir a Dionisio
en un gobernante medido y justo. Pero si se resistía y no se 3
ablandaba, había resuelto eliminarlo y devolver el gobierno a
los siracusanos[46], no porque aprobase la democracia, sino por-
que la consideraba absolutamente mejor que una tiranía para
los que no aciertan a dar con una aristocracia sana.

Estando así las cosas llegó Platón a Sicilia[47], recibiendo, en 13
los primeros encuentros, una admirable buena disposición y
consideración. Se preparó para él, nada más se bajó de la nave, 2
un carro real adornado con distinción, y el tirano hizo un sacri-
ficio, como si tuviera lugar el acontecimiento más feliz de su
reinado[48]. La modestia de los banquetes, la dignidad de la corte 3
y la apacibilidad del propio tirano en cada una de sus audien-
cias, dieron asombrosas esperanzas de un cambio a los ciuda-
danos. Había como un ímpetu de todos hacia el estudio y la fi- 4
losofía y al palacio del tirano, según dicen, lo invadió una nube
de polvo por la muchedumbre de los que se dedicaban a la geo-
metría[49]. Pocos días después tenía lugar en el palacio un sacrifi- 5
cio al modo antiguo. El heraldo, según era costumbre, hacía vo-
tos para que la tiranía se mantuviera firme durante muchos
años[50] y en ese momento Dionisio, que estaba presente, se dice

[46] Siracusa, después de Gelón y antes de la llegada de Dionisio, había tenido una constitución aristocrática y, después, democrática.

[47] 366 a. C.

[48] Este recibimiento es narrado de manera similar en ELIANO, *Historias Curiosas* 4, 18, y PLINIO, *Historia Natural* 7, 110.

[49] La geometría se estudiaba utilizando, a modo de nuestras pizarras, un suelo cubierto de polvo o arena. Sobre la importacia de la geometría en la Academia y sobre la autenticidad de la famosa expresión que se dice figuraba a su entrada, «Ninguno que no se interese por la geometría debe entrar aquí», véase H. D. SAFFREY, «ΑΓΕΩΜΕΤΡΗΤΟΣ ΜΗΔΕΙΣ ΕΙΣΙΤΩ. Une inscription légendaire», *Revue des Études Grecques* 81 (1968), 67-87.

[50] Al respecto de esta plegaria del heraldo, señala F. MUCCIOLI, en nota a *Dione*, Biblioteca Universale Rizzoli, Milán, 2000, pág. 187, que es bastante

6 que exclamó: «¿No dejarás de maldecirnos?». Esto afligió mucho a Filisto y los suyos, que creían que, si tras una breve convivencia había cambiado y transformado tanto el pensamiento del muchacho, con el tiempo y el trato el poder de Platón iba a ser invencible.

Exilio de Dión

14 Entonces, ya no de uno en uno y secretamente, sino todos y de forma manifiesta injuriaban a Dión, diciendo que no se le escapaba a nadie que hechizaba y envenenaba a Dionisio con las palabras de Platón para que éste abandonase voluntariamente y abdicase, momento en el que él tomaría el poder y lo pasaría a los hijos de
2 Aristómaca[51], de los que era tío. Algunos fingían indignación: si en otro tiempo los atenienses, llegando por mar con grandes recursos navales y terrestres, habían perecido y sido destruidos
3 en vez de tomar Siracusa[52], ahora, en cambio, mediante un único sofista terminaban con la tiranía de Dionisio, persuadiéndolo de desprenderse de sus diez mil guardias de corps, sus cuatrocientas trirremes, sus diez mil jinetes y sus mucho más numerosos hoplitas, para buscar en la Academia un bien silencioso[53] y la ventura en la geometría, abandonando la felicidad del po-

improbable que tanto Dionisio I como su hijo se refiriesen a su gobierno como tiranía *(tyrannís)*, de modo que Plutarco estaría dejándose llevar por una idea, presente ya desde el siglo IV a. C., que hacía de Dionisio I el paradigma del tirano por excelencia.

[51] Hiparino y Niseo.

[52] Alusión a la desastrosa expedición ateniense del 415-413 a. C. durante la guerra del Peloponeso. *Cf.* TUCÍDIDES, VI y VII.

[53] La idea de que en la Academia se conocía un *siōpómenon agathón*, un bien inexpresable, está en la base de un nuevo paradigma hermenéutico, enraizado en la escuela de Tubinga, que consiste en considerar los escritos platóni-

der, los bienes y la vida regalada en favor de Dión y los sobri-
nos de Dión[54].
Por todo esto, nació primero la desconfianza y después una 4
irritación y una hostilidad cada vez más evidentes. Se le hizo
llegar a Dionisio en secreto una carta que había escrito Dión a
los comisarios de los cartagineses, dando órdenes de que cuan-
do tratasen sobre la paz con Dionisio no dispusieran el encuen-
tro sin contar con él, cuya presencia garantizaría que todo se
acordase de manera firme. Dionisio, tras leerle esta carta a Fi- 5
listo y deliberar con él, según dice Timeo[55], engañó a Dión con
una reconciliación fingida: con pretextos muy medidos y di- 6
ciéndole que se había acabado la enemistad, lo llevó a él solo al
pie de la ciudadela, junto al mar, le mostró la carta y lo acusó de
conspirar con los cartagineses contra él. Aunque Dión quería 7
defenderse, no se lo permitió y, rápidamente, tal como estaba,
tras embarcarlo en una pequeña nave, ordenó a los marineros
que lo acompañaran y lo dejaran en las costas de Italia[56].
Tras este suceso, cruel a los ojos de la gente, se apoderó de 15
la casa del tirano el lamento de las mujeres. La ciudad de Sira-

cos como no autárquicos y necesitados de ayudas, distinguiendo en ellos dos lenguajes diferentes: uno explícito y claro, para las cosas que podían ser comunicadas a un número grande de personas; otro, en cambio, fuertemente alusivo y que enviaba mensajes comunicativos sólo a quien estaba al tanto de las doctrinas no escritas aprendidas en las lecciones de la Academia. Para este tema, véanse los trabajos de G. REALE, *Per una interpretazione di Platone. Rilettura della metafisica dei grandi dialoghi alla luce delle «Dottrine non scritte»*, Milán, 1991[10] y «¿En qué consiste el nuevo paradigma histórico-hermenéutico en la interpretación de Platón?», en *Méthexis. Revista Argentina de Filosofía Antigua* 6 (1993), volumen monográfico coordinado por C. EGGERES LAN y dedicado al problema de las enseñanzas orales en Platón.

54 *Cf.* PLATÓN, *Carta VII*, 333c.

55 *FGrH* 566 F 113.

56 *Cf.* PLATÓN, *Carta VII*, 329c, y NEPOTE, *Dión* 4, 1, 2. Una versión diferente en DIODORO 16, 6, 4-5.

cusa estaba inquieta, esperando novedades y un rápido cambio
nacido del revuelo provocado por el asunto de Dión y de la des-
2 confianza del resto hacia el tirano. Al ver esto Dionisio, atemo-
rizado, calmaba a sus amigos y a las mujeres diciendo que Dión
no sufría exilio, sino que estaba de viaje: había querido evitar
verse obligado a algo peor, en un ataque de cólera, si Dión per-
3 manecía allí, dada su arrogancia. Tras entregar dos naves a los
allegados de Dión, les dio instrucciones de cargarlas con cuan-
tos bienes y siervos suyos quisieran y llevarlo todo al Pelopo-
4 neso. Dión tenía una gran fortuna y una pompa y un ajuar en su
casa casi propio de un tirano, todo lo cual sus amigos recogie-
5 ron y le llevaron. También le enviaron muchas otras cosas las
mujeres y sus amigos, de manera que por estos bienes y rique-
za brilló entre los griegos y se dejaba ver a través de la abun-
dancia del exiliado el poder de la tiranía.

16 En cuanto a Platón[57], Dionisio rápidamente lo trasladó a la
acrópolis, disponiendo con astucia para él una guardia bajo pre-
texto de generosa hospitalidad, de modo que no pudiera embar-
2 carse con Dión como testigo de las injusticias sufridas. Pero
con el tiempo y con el trato, como una bestia se acostumbra a la
caricia del hombre, así Dionisio se habituó a soportar la com-
pañía y la conversación de Platón y llegó a amarlo con una pa-
sión tiránica, reclamando ser el único digno de ser correspondi-
do en ese amor y el más admirado por él de entre todos. Estaba
dispuesto incluso a confiarle el gobierno y la tiranía con tal de
3 que no tuviese en más la amistad con Dión que la suya. Pero
para Platón era una desgracia este sentimiento del tirano que,
enloquecido como los que sufren mal de amores por los celos,
lo hacía en poco tiempo víctima de muchos enfados, reconcilia-
ciones y súplicas. Por un lado, mostraba un interés extraordina-

[57] Para este capítulo y la relación entre el filósofo y el tirano en el segundo viaje de Platón a Sicilia, *cf.* PLATÓN, *Carta VII*, 329b ss.

rio en escuchar sus discursos y participar en las disputas filosó-
ficas; a la vez, se avergonzaba ante los que querían apartarlo
como del lado de un corruptor. En esto, habiendo sobrevenido 4
una guerra[58], despide a Platón prometiendo que hará volver a
Dión en la primavera siguiente[59]. No tardó mucho en faltar a 5
esta promesa, aunque le envió a Dión las rentas de sus propie-
dades, pidiéndole a Platón que lo excusara por el retraso debido
a la guerra: en cuanto la paz llegara, haría volver rápidamente a 6
Dión, y le pedía que estuviese tranquilo, no maquinara revuel-
tas y no hablara mal de él entre los griegos.

Platón se esforzaba por cumplir estas órdenes y encaminó a 17
Dión hacia la filosofía acogiéndolo en la Academia. En Atenas, 2
Dión vivía en casa de Calipo[60], uno de sus conocidos, y adqui-
rió, para su recreo, un terreno[61] que, después, tras embarcar de
vuelta a Sicilia, regaló a Espeusipo[62]. De los amigos que esta- 3
ban en Atenas con él era con éste con el que tenía más trato e in-
timidad, ya que Platón deseaba dulcificar el carácter de Dión
templándolo con una compañía provista de encanto y que su-
piera disfrutar, oportunamente, de algún entretenimiento. Así 4
era Espeusipo, y como «bueno para las bromas» lo denominó
Timón en sus *Silloi*[63]. Con ocasión de tener Platón que sufra- 5
grar un coro de muchachos, Dión equipó ese coro y cubrió los

[58] Probablemente la guerra contra los lucanos, habida entre el segundo y el tercer viaje de Platón a Sicilia. *Cf.* F. MUCCIOLI, *Dionisio II. Storia e tradizione letteraria*, Bolonia, 1999, págs. 238-250.

[59] Primavera del 365 a. C.

[60] Sobre este personaje, que desempeñará un papel fundamental en esta biografía plutarquea, véase L. J. SANDERS, «Callippus», *Mouseion* 2.1 (2002), 1-21, que revisa la presentación tan absolutamente negativa hecha por Plutarco.

[61] De lo que se deduce que disfrutaba por decreto del derecho de *gēs kaì oikías égktēsis*.

[62] Sobrino de Platón, del que fue sucesor en la dirección de la Academia hasta su muerte (347-339 a. C.).

[63] Frg. 13 W = F 56 Di Marco. TIMÓN DE FLIUNTE, discípulo de Pirrón, vi-

gastos de su propio bolsillo, permitiéndole Platón una liberalidad con los atenienses que le reportaría más gratificación a Dión
6 que gloria a él mismo. Dión visitaba también otras ciudades y pasaba el tiempo libre y celebraba fiestas con los hombres más ilustres y más duchos en política, sin dejar ver en este trato social ninguna incorrección ni rasgo de tiranía ni debilidad, sino sensatez, virtud, virilidad y una noble aplicación al estudio y la
7 filosofía. De todo ello nació la benevolencia de todos, el fervor
8 hacia él y los honores públicos decretados por las ciudades. Los lacedemonios lo hicieron ciudadano de Esparta, despreciando la ira de Dionisio, que estaba ayudándolos celosamente contra los
9 tebanos[64]. Se cuenta que un día llegó Dión invitado a casa de Pteodoro de Mégara[65]. Era, según parece, este Pteodoro, uno
10 de los hombres más ricos y poderososo y, al llegar, al ver Dión a la puerta una muchedumbre y que sus numerosas ocupaciones dificultaban el paso, se volvió hacia sus amigos, que mostraban disgusto e irritación, y les dijo: «¿Por qué protestamos? También nosotros en Siracusa hacíamos esto mismo».

Tercer viaje de Platón a Sicilia (361 a. C.)[66]

18 Con el paso del tiempo, Dionisio, envidioso y recelando de la benevolencia de que disfrutaba Dión entre los griegos, dejó de enviarle las rentas y entregó sus
2 bienes a sus propios administradores. Quería también acabar con su mala fama entre los filósofos por el asunto de Platón, de modo que reunió a muchos de los que te-

vió en el siglo III a. C. Se burló de muchos filósofos, desde Tales hasta los académicos de su época, en sus *Silloi*, sátiras en hexámetros.

[64] *Cf.* JENOFONTE, *Helénicas* 7, 4, 12.

[65] *Cf.* VALERIO MÁXIMO, 4, 1, *ext.* 3, que lo llama Teodoro.

[66] En todo este capítulo, Plutarco sigue muy de cerca diversos pasajes de las cartas de PLATÓN: *Carta VII*, 338b-e; 339a-d; *Carta III*, 317b.

nían fama de más cultos. Ambicionando superarlos a todos en 3
las disputas, se veía obligado a servirse mal de doctrinas mal
aprendidas de Platón. Volvía a echarlo de menos y se censura- 4
ba a sí mismo por no haber sacado partido de él cuando estaba
y no haber escuchado bien cuanto de bueno le enseñaba. Como 5
tirano, siempre atado a sus propias pasiones y dispuesto a cum-
plir cualquiera de sus deseos, se dirigió de nuevo a Platón y, sir-
viéndose de todos sus medios, convenció al pitagórico Arqui-
tas[67] de que fuera garante de los acuerdos y llamase a Platón; y
es que, gracias a él, había empezado a tener con el pitagórico
tratos de amistad y hospitalidad. Arquitas envió a Arquedemo 6
al lado de Platón y Dionisio envió también trirremes y amigos
que le rogaran; él mismo escribió, de manera clara y en térmi- 7
nos precisos, que no obtendría Dión ninguna gracia si Platón no
se dejaba convencer para ir a Sicilia, pero que si se dejaba con-
vencer, lo tendría todo. También le llegaron a Dión muchas pe- 8
ticiones de su hermana y su mujer, que le rogase a Platón que
obedeciese a Dionisio y no le diese pretextos. Así dice Platón 9
que llegó por tercera vez al estrecho de Sicilia[68],

para recorrer una vez más la funesta Caribdis[69].

Su regreso llenó de gran alegría a Dionisio y, de nuevo, de 19
una gran esperanza a Sicilia, que toda ella hacía votos y tenía la
ambición de que Platón venciera a Filisto y la filosofía a la tira-
nía. Había también un gran afán de las mujeres en torno a él y 2
una extraordinaria muestra de confianza de parte de Dionisio de

[67] Filósofo y gobernante de Tarento. Platón, que lo había conocido en su primer viaje a Italia, le dirige las cartas IX y XII. Véase B. MATHIEU, «Archytas de Tarente pythagoricien et ami de Platon», *Bull. Ass. Budé*, 1987, 239-255.

[68] *Carta VII*, 345e. El tercer viaje de Platón a Sicilia tuvo lugar en el 361 a. C.

[69] *Odisea* XII, 428.

la que nadie más disfrutaba: poder acercarse a él sin ser antes
3 registrado. Como Dionisio le ofrecía a menudo grandes sumas de dinero y Platón las rechazaba, Aristipo de Cirene[70], que estaba por allí, dijo que Dionisio era magnánimo, pero sobre seguro: a los que más necesitaban les daba poco y a Platón, que no aceptaba nada, mucho.

4 Tras las primeras muestras de afabilidad, al empezar Platón
5 a preguntar por Dión, al principio hubo aplazamientos, después, reproches y acusaciones que pasaban desapercibidas a los de afuera, ya que Dionisio disimulaba y se esforzaba con otras atenciones y honores en apartar de su afecto por Dión a Platón, y éste, al principio, tampoco dejaba ver la falta de confianza y suspicacia que le inspiraba el tirano y aguantaba y disimulaba[71].
6 Estando así las cosas entre ellos y creyendo que los demás no se daban cuenta, sucedió que Helicón de Cícico, uno de los íntimos de Platón, predijo un eclipse de sol[72] y, al suceder como él había predicho, quedó muy admirado el tirano y recibió como
7 regalo un talento de plata. Aristipo, bromeando con otros filósofos, dijo que también él podía hacer una predicción asombrosa. Cuando le rogaron que la hiciera, dijo: «Anuncio que en
8 poco tiempo Platón y Dionisio se volverán enemigos». Finalmente, Dionisio hizo vender los bienes de Dión y se quedó con el dinero, y a Platón, que vivía en los jardines en torno al palacio, lo llevó con mercenarios que hacía tiempo lo odiaban y buscaban matarlo por persuadir a Dionisio de abandonar la tiranía y vivir sin escolta[73].

---

[70] Filósofo considerado fundador de la escuela cirenaica.

[71] *Cf.* PLATÓN, *Carta VII*, 345c ss.

[72] El eclipse tuvo lugar el 12 de mayo del 361 a. C. Helicón de Cícico era discípulo del astrónomo Eudoxo de Cnido.

[73] Sobre los mercenarios de Dionisio, *cf.* PLATÓN, *Carta VII*, 345c-347e, 348a-b, 350a. El papel representado por este cuerpo en la Siracusa de la época está bien estudiado en CL. MOSSÉ, «Les mercenaires dans les luttes internes de

Era éste el peligro en el que estaba Platón; cuando se entera 20
Arquitas, envía rápidamente una embajada y una nave de trein-
ta remeros, reclamándole a Dionisio que dejara ir a Platón y re-
cordándole que había ido a Siracusa con garantías de seguridad.
Dionisio se defendía de esas acusaciones de hostilidad con ban- 2
quetes y atenciones para su partida, llegando a decirle esto:
«¿Dirás, Platón, muchas cosas terribles de mí a tus compañeros
filósofos?»; él, sonriéndose, respondió: «Ojalá no haya tal es- 3
casez de argumentos en la Academia que alguno tenga que
acordarse de ti»[74]. Tal fue, dicen, la despedida de Platón; sin 4
embargo, lo que el propio filósofo dice no concuerda mucho
con esto[75].

Expedición de Dión contra Dionisio (357 a. C.)

Dión estaba irritado por este compor- 21
tamiento y, tras poco tiempo, proclamó
una guerra abierta al enterarse de lo de su
mujer, asunto sobre el que también Pla-
tón, de manera oscura, le había escrito
a Dionisio. Se trataba de lo siguiente: tras el destierro de Dión, 2
Dionisio, enviando a Platón, le había encargado que se entera-
se, de forma discreta, de si pondría obstáculos a que su mujer
fuera entregada a otro en matrimonio. Pues corría el rumor, ya 3
fuera verdad, ya una invención de quienes detestaban a Dión,
de que el matrimonio no había sido al gusto de Dión, ni la vida
con su mujer armoniosa. De manera que, cuando llegó Platón a 4

Syracuse au IVe siècle: les témoignages des vies de Dion et de Timoléon de Plutarque», en *Esclavage, guerre, économie en Grèce ancienne: hommages à Yvon Garlan*, Pierre Brulé y Jacques Oulhen, eds., Rennes, 1997, págs. 165-175. También en Cl. Mossé, *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969, págs. 115-116.

[74] Diógenes Laercio, 3, 21.

[75] *Cf.* Platón, *Carta VII*, 349e ss.

Atenas e informó de todo a Dión, le escribe una carta al tirano[76]
que era, en todo lo demás, clara para cualquiera, pero que en
este punto se expresaba de forma entendible sólo para aquél:
que había hablado con Dión de aquel asunto y que había sido
5 evidente que se irritaría si Dionisio lo llevaba a término. Como
había todavía muchas esperanzas de reconciliación, no hizo, de
momento, nada en relación con su hermana y le permitió seguir
6 viviendo con el hijo que había tenido con Dión. Pero una vez
que quedó absolutamente descartado todo arreglo y Platón,
vuelto a Sicilia, había sido despedido de forma lamentable, en-
tonces entrega a Areté, a su pesar, a Timócrates, uno de sus
7 amigos, sin imitar en esto la clemencia de su padre. Pues según
parece, Políxeno[77], que tenía por mujer a la hermana de Dioni-
sio el Viejo, Teste, se había hecho enemigo del tirano y, por
miedo, huyó y se desterró en Sicilia. Dionisio hizo llamar a su
hermana y la acusó de que, conocedora de la huida de su mari-
8 do, no se lo hizo saber a él. Ella, sin mostrar asombro ni, ¡por
Zeus!, miedo, dijo: «¿De manera que te parezco una mujer tan
sin valor y cobarde que, si hubiera sabido con antelación la fuga
de mi marido, no me hubiera embarcado con él y compartido su
suerte? Pero no lo sabía. Hubiera preferido ser conocida como
la mujer del desterrado Políxeno que como la hermana del tira-
9 no Dionisio». Al hablar Teste con tal libertad, se dice que el ti-
rano quedó asombrado, y también asombrados se quedaron los
siracusanos del valor de esta mujer, de manera que tras la caída

[76] La *Carta XIII*, de autenticidad muy discutida.

[77] Plutarco es la única fuente para el exilio de Políxeno. Sobre este personaje, véase B. Caven, *Dionysius I War-Lord of Sicily*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1990, págs. 58, 81, 115, 147-148, 171-172, 239. Según Caven, habría participado junto con Leptines en una conspiración contra Dionisio el Viejo. De otra opinión son F. Mucci, en nota a *Dione*, Biblioteca Universale Rizzoli, Milán, 2000, pág. 205, y C. Sabattini, «Leptine di Siracusa. Potere e consenso all' epoca di Dionisio I», *Rivista Storica dell' Antichità* 19 (1989), pág. 54, nota 194.

de la tiranía le dispensaron honor y trato reales[78] y, una vez
muerta, los ciudadanos la acompañaron, por decisión popular,
hasta la tumba. Es ésta una digresión, pero no inútil.

Dión, desde ese momento, ya pone su mente en la guerra. 22
Platón se mantuvo al margen, tanto por respeto a la hospitalidad
del tirano como por su propia vejez[79]; Espeusipo, en cambio, y
los demás compañeros colaboraban con Dión y lo exhortaban
para que liberase Sicilia, que le tendía las manos y deseaba de
corazón recibirlo. Pues cuando Platón residía en Siracusa, Es- 2
peusipo y los suyos, según parece, compartiendo más tiempo
con la gente, conocían mejor sus opiniones. Al principio temían 3
expresarse con libertad, por si era una trampa que les tendía el
tirano, pero con el tiempo se confiaron. Había un único clamor
de parte de todos: el ruego y la exhortación a Dión para que vol-
viese, aunque fuera sin naves, ni hoplitas, ni caballería, pero
que se embarcase en una nave ligera y prestase su cuerpo y su
nombre a los sicilianos contra Dionisio. Animado por estas in- 4
formaciones de Espeusipo, reclutaba mercenarios en secreto, a
través de otros, para ocultar sus planes. Colaboraban muchos 5
hombres de Estado y filósofos, como Eudemo de Chipre, a pro-
pósito de cuya muerte Aristóteles escribió su *Sobre el alma*[80], y
Timónides de Léucade[81]. También lo acompañó Miltas de Te- 6

[78] Esta afirmación, hecha de pasada, como señala Claude Mossé, es muy importante en la medida en que anuncia las cortes reales de época helenística, *La tyrannie dans la Grèce...*, pág. 118.

[79] El filósofo tendría entonces unos setenta años. *Cf.* PLATÓN, *Carta VII*, 350 b-e. Sin embargo, lo que se dice en esa carta sobre la implicación de Platón en la guerra entra en contradicción con la *Carta IV*, 320a, una prueba, quizá, de la dudosa autenticidad de esta epístola cuarta.

[80] Diálogo perdido del que se conservan fragmentos de tradición indirecta, entre ellos, el pasaje de CICERÓN, *Sobre la adivinación* 1, 53, que es el que aquí sigue Plutarco.

[81] *FGrHist* 561 T 1. Sobre la importancia de este historiador como fuente de Plutarco, véase E. MANNI, «Timonide e la vita plutarchea di Dione», *AION*

salia, adivino, y que estaba entre los que frecuentaban la Aca-
7 demia. De los desterrados por el tirano, no menos de mil, sólo veinticinco[82] participaron en la expedición, los otros, por cobardía abandonaron.

8 La base de las operaciones era la isla de Zacinto, donde se reunieron las tropas, menos de ochocientos[83], pero todos conocidos por muchas e importantes campañas, distinguidos por sus cuerpos ejercitados, con experiencia y audacia incomparables y capaces de encender y empujar con ellos a la lucha a esa muchedumbre que Dión confiaba tener en Sicilia.

23 Éstos, al principio, al oír que la expedición se dirigía contra Dionisio y Sicilia, se asustaron y censuraron el plan: que Dión se arrojaba a empresas desesperadas a causa del delirio o la locura motivadas por la cólera, o a falta de buenas esperanzas, y se irritaron con los comandantes y con los que reclutaban mercenarios porque no les habían dicho de qué clase de guerra se
2 trataba. Pero cuando Dión, en una arenga, les iba mostrando la corrupción de la tiranía y les decía que los llevaba no como soldados sino, más bien, como caudillos de los siracusanos y el resto de sicilianos, preparados ya de hacía mucho para la revuelta, y una vez que, después de Dión, les habló también Alcímenes[84], el primero de los aqueos en reputación y linaje, y que participa-
3 ba en la expedición, se quedaron convencidos. Era entonces el momento de más fuerza del verano[85], los vientos etesios[86] eran

(filol) 11 (1989), 75-79, y F. MUCCIOLI, «Osservazioni sull'uso di Timonide nella *Vita di Dione* di Plutarco», *Ancient Society* 21 (1990), 167-187.

82 DIODORO, 16, 10, 5, dice que fueron treinta.

83 DIODORO, 16, 9, 5, ofrece, de nuevo, una cifra diferente: habla de mil soldados.

84 Representante de la oligarquía aquea, véase G. MARASCO, «La preparazione dell' impresa di Dione in Sicilia», *Prometheus* 8 (1982), 152-176.

85 Agosto del 357 a. C.

86 Viento del norte y nordeste que sopla en el Mediterráneo oriental.

dueños del mar y había luna llena. Tras disponer para Apolo un
sacrificio grandioso, Dión se dirigió en procesión con los solda-
dos, adornados con su panoplia, hasta el templo y, tras el sacri- 4
ficio, los invitó a sentarse a banquetear en el estadio de Zacinto.
Los dejó impresionados con una magnificencia que estaba muy
por encima de una fortuna particular, admirados de las copas y
mesas de plata y oro, y convencidos de que un hombre ya ma-
duro[87] y dueño de tales recursos no acometería empresas peli-
grosas sin una sólida esperanza y sin estar convencido de que los
suyos le proporcionarían allí más y mejores recursos.

Tras las libaciones y las plegarias acostumbradas, la luna se 24
eclipsó[88]. Para Dión no tenía nada de extraño, conocedor como
era de los períodos eclípticos y de que la sombra proyectada so-
bre la luna nacía de la interposición de la tierra entre ella y el
sol. Pero como los soldados, impresionados, necesitaban oír 2
algo que los reconfortase, Miltas, el adivino, colocándose en
medio de ellos, los exhortó a animarse y esperar lo mejor: una
divinidad les está indicando el eclipse de algo que ahora brilla 3
y está muy claro que no hay nada más brillante que la tiranía de
Dionisio, de modo que su brillo se apagará tan pronto como
ellos se apoderen de Sicilia. Esto es lo que Miltas expuso en 4
medio de todos. En cuanto a lo de las abejas, que fueron vistas
en torno a las naves de Dión formando un enjambre en la popa,
les dijo en privado a Dión y a los suyos que temía que sus ac-
ciones resultaran gloriosas, sí, pero que tras un breve floreci-
miento se marchitaran.

[87] En el año 357 a. C. tendría Dión cincuenta y dos años.

[88] Este eclipse tuvo lugar el 9 de agosto del 357 a. C. Plutarco lo recuerda de nuevo en *Nicias* 23, 6, donde contrapone la actitud crédula de éste con los conocimientos científicos del discípulo de Platón. Sobre estos pasajes, véase A. Pérez Jiménez, «Δεισιδαιμονία: El miedo a los dioses en Plutarco», en L. Van der Stockt, ed., *Plutarchea Lovaniensia. A Miscellany of Essays on Plutarch*, Lovaina, 1996, págs. 195-225.

5 Se dice que también a Dionisio la divinidad le envió muchas
6 señales prodigiosas. Un águila, arrebatando la lanza de uno de
sus guardias de corps y llevándola a lo alto, la dejó caer después
7 al mar. Ese mismo mar que baña la acrópolis trajo, durante todo
un día, agua dulce y potable, algo que fue evidente para cual-
8 quiera que la probara. Nacieron unos cerdos a los que ningún otro
9 órgano les faltaba, pero que no tenían orejas. Los adivinos reve-
laban que todo esto era señal de revuelta y desobediencia, de que
los ciudadanos ya no obedecían a la tiranía, que la dulzura del
mar anunciaba a los siracusanos un cambio de unas circunstan-
10 cias tristes y penosas a otras favorables. En fin, el águila es servi-
dora de Zeus, la lanza la señal del mando y el poder, luego el más
grande de los dioses muestra la desaparición y la destrucción de
la tiranía. Así, al menos, lo relató el historiador Teopompo[89].

25 Los soldados de Dión fueron embarcados en dos naves de
transporte, acompañados de otra no muy grande y de dos
2 más de treinta remos. En cuanto a las armas, aparte de las que lle-
vaban los soldados, transportaba dos mil escudos, flechas y lan-
zas en abundancia y una gran reserva de provisiones para el via-
je, de manera que no les faltase de nada mientras navegaban, ya
que iban a estar en todo momento a merced de los vientos y el
mar por temor a la costa, sabedores de que Filisto, fondeado en
3 Yapigia[90], estaba vigilante. Tras navegar doce días con un vien-
to suave y ligero, al decimotercero estaban junto a Paquino[91], un

[89] *FGrHist* 115 F 331. Único pasaje en el que Plutarco cita explícitamente a Teopompo. Véase, al respecto, F. Muccioli, *Dionisio II. Storia e tradizione letteraria*, Bolonia, 1999, págs. 64-68. También pueden consultarse L. J. Sanders, «What did Theopompus think of Dion?», *Scripta Classica Israelica* 16 (1997), 20-31, y R. Vattuone, «Teopompo e la dinastia siracusana», *Hesperia* 9 (1998), 131-140. Un estudio de conjunto sobre este historiador, G. S. Shrimpton, *Theopompus the Historian*, Montreal, 1991.

[90] Recibía este nombre el territorio al sur de Apulia, actual Salento.

[91] Al extremo suroriental de Sicilia.

promontorio de Sicilia. Proto, el timonel, les aconsejó que de- 4
sembarcaran a prisa, ya que si se alejaban de la costa y abando-
naban voluntariamente el promontorio, iban a pasar muchos días
y muchas noches en el mar aguardando en pleno verano un vien-
to del sur. Pero Dión, con miedo de desembarcar cerca de los 5
enemigos, prefirió ir algo más lejos y en su travesía pasó de lar-
go Paquino. En ese momento se desencadenó sobre ellos un 6
fuerte viento del norte que empujaba las naves, con gran oleaje,
apartándolas de Sicilia. Relámpagos y truenos acompañaron la
aparición de Arturo[92], arrojando desde el cielo una violenta tem-
pestad. Profundamente impresionados los marineros por este su- 7
ceso y encontrándose perdidos, ven de pronto cómo las naves
son empujadas por el oleaje hacia Cercina, frente a Libia, por
donde más escarpado y difícil se presentaba el acceso a la isla.
Poco les faltó para ser arrojados y triturados contra los escollos; 8
se mantuvieron alejados con gran esfuerzo empleando pértigas,
hasta que la tormenta remitió y, encontrando por azar una em- 9
barcación, se enteraron de que estaban en lo que se conoce como
«Cabezas de la Gran Sirte[93]». Desanimados por la calma, lleva-
dos sin rumbo, de pronto la tierra les envía una brisa del sur y
ellos ni podían creerse ese viento ni se fiaban del cambio. Des- 10
pués de un poco, como se intensificara e hiciera más fuerte ese
viento, despliegan al máximo las velas e, invocando a las divini-
dades del mar, se alejan de Libia en dirección a Sicilia. Nave- 11
gando ya sin dificultad, en cinco días arribaron al puerto de Mi-
noa[94], pequeña ciudad en Sicilia de dominio cartaginés.

---

[92] Estrella principal de la Constelación del Boyero, frente a la Osa Mayor.

[93] Sirte era el nombre de dos golfos en el Mediterráneo, frente a Libia: la Gran Sirte, actual Sidra, frente a la costa de Trípoli, y la Pequeña Sirte, hoy Gabes, frente a la costa de Túnez.

[94] Heraclea Minoa, en la cosa sudoccidental de Sicilia, entre Selinunte y Agrigento.

12 Estaba al frente de la plaza fuerte el cartaginés Sínalo[95], huésped y amigo de Dión. Como no sabía que se trataba de éste y de su ejército, se dispuso a impedir el desembarco de los sol-
13 dados. Ellos, descendiendo de las naves armados y a la carrera, no mataron, sin embargo, a nadie, pues Dión les había advertido de la amistad que lo unía al cartaginés, pero se lanzaron tras
14 los soldados puestos en fuga y se hicieron con la plaza. Cuando los comandantes se encontraron y saludaron, Dión devolvió la ciudad a Sínalo, sin causarle ningún perjuicio, y Sínalo acogió a los soldados y les proporcionó todo cuanto Dión necesitaba.

26 Les daba mucho ánimo la circunstancia de un viaje casual de Dionisio, que acababa de embarcarse con ochenta naves hacia
2 Italia. Por eso, aunque Dión instaba a los soldados a que permanecieran allí reponiéndose, ya que habían pasado mucho tiempo en el mar en malas condiciones, ellos no se detuvieron, con la esperanza de no dejar escapar la ocasión, y le pedían a Dión que los
3 condujese hacia Siracusa. De modo que, abandonando allí lo que les resultaba superfluo del equipamiento militar y enseres y solicitando de Sínalo que se lo enviase cuando fuera necesario, Dión
4 se marchó hacia Siracusa. De camino se le unieron, en primer lugar, doscientos caballeros de Acragante[96], que estaban estacionados cerca de Écnomo[97], después, los de Gela.

5 Rápidamente se extendió por Siracusa la noticia de la expedición; Timócrates, el que se había casado con la mujer de Dión [la hermana de Dionisio], colocándose al frente de los fieles que el tirano había dejado en la ciudad, envía rápidamente un mensajero a Dionisio que le entregue una carta con la noticia de
6 la llegada de Dión. Él mismo atendió al alboroto y movimientos en la ciudad, ya que, aunque no se movían por la descon-

[95] DIODORO, 16, 9, 4-5, lo llama Páralo.

[96] Actual Agrigento.

[97] Promontorio entre Agrigento y Gela.

fianza y el miedo, estaban todos muy excitados. Al mensajero 7
que había sido despachado con la carta para Dión le aconteció algo extraordinario. Tras pasar por mar a Italia, dejando atrás Regio y apresurándose hacia Caulonia, donde estaba Dionisio, se encontró con un conocido suyo que llevaba una víctima recién sacrificada. Cogiendo un pedazo de carne, siguió adelante rápidamente. Como había pasado parte de la noche de viaje, el 8
cansancio lo obligó a dormir un poco y, tal como estaba, junto al camino, se acostó en medio de un bosque. Se acercó un lobo 9
al olor de la carne y, cogiendo la pieza que estaba metida en el saco, se fue llevándose a la vez con la carne ese saco en el que el hombre llevaba la carta. Una vez despierto, al darse cuenta, 10
dio en vano muchas vueltas sin encontrar lo que buscaba y decidió huir y desaparecer en vez de continuar viaje hacia el tirano sin la carta.

Así pues, Dionisio se enteraría más tarde y por otras vías 27
de la guerra en Sicilia. A Dión, en su marcha, se le unieron los de Camarina[98] y también se le suma una muchedumbre no pequeña de siracusanos que se habían sublevado en el campo. A los 2
de Leontinos[99] y Campania, que custodiaban junto a Timócrates las Epípolas[100], les llega la noticia falsa de que Dión iba a dirigirse en primer lugar contra sus ciudades; ellos se fueron, abandonando a Timócrates, para socorrer a los suyos. Se entera 3
Dión, que estaba acampado junto a Acras[101] y, haciendo a sus soldados levantarse, de noche todavía, llegó al río Ánapo, distante sólo diez estadios de la ciudad[102]. Tras detener allí la ex- 4
pedición, hizo un sacrificio junto al río, invocando al sol en su salida. Al tiempo, los adivinos le anuncian de parte de los dio-

[98] En la costa meridional de Sicilia.

[99] Entre Siracusa y Catania.

[100] Barrio fortificado de Siracusa.

[101] Al oeste de Siracusa, en el interior.

[102] Algo menos de 2 km.

ses la victoria y, al ver a Dión coronado para el sacrificio, los que estaban presentes se coronaron todos ellos siguiendo un
5 mismo impulso. Eran no menos de cinco mil[103] los que se le habían unido en el camino: aunque mal armados, con lo que habían encontrado, suplían con buen ánimo las carencias de su equipamiento, de modo que, animados por Dión, se pusieron a correr y a animarse entre ellos dando gritos en favor de la libertad.

Dión entra triunfante en Siracusa

28 De los siracusanos que se habían quedado en la ciudad, los más notables y respetados, vestidos de gala, salieron a las puertas al encuentro de Dión; la multitud se lanza contra los fieles al tirano y apresan a los llamados delatores[104], hombres impíos y enemigos de los dioses, que iban de aquí para allá mezclándose con los siracusanos, metiéndose en todo y contándole al tirano las opinio-
2 nes y palabras de cada uno. Éstos fueron los primeros en pagar su pena, molidos a golpes por los que los encontraban. Timócrates, al no poder unirse a los que defendían la ciudadela, cogió un caballo y escapó de la ciudad, sembrando en su huida el miedo y la confusión, exagerando la capacidad de Dión, no fuera a parecer que había abandonado la ciudad por temor a un peli-
3 gro pequeño. Entonces llegó Dión, a la cabeza, armado espléndidamente, y junto a él estaba a un lado su hermano Megacles y al otro Calipo el ateniense, coronados todos ellos. De los mer-
4 cenarios, cien escoltaban a Dión como guardia de corps, a los otros los conducían en orden los generales, mientras los siracusanos los contemplaban y recibían como a una sagrada proce-

[103] Diodoro, 16, 9, 6 y 16, 10, 5, da unas cifras mucho más elevadas.

[104] Sobre estos personajes, *cf.* Plutarco, *Cómo distinguir a un adulador de un amigo* 53f ss. y *Sobre el entrometimiento* 522f-523a.

sión religiosa que devolvía la libertad y la democracia a la ciudad tras cuarenta y ocho años[105].

Una vez entró Dión por la puerta Temenítida, haciendo ce- 29
sar el alboroto al toque de la trompeta, se anuncia mediante un
heraldo que Dión y Megacles, llegados para acabar con la tira-
nía, liberan a los de Siracusa y al resto de sicilianos del tirano.
Como Dión quería arengar él mismo a los hombres, emprende 2
la subida por Acradina[106], mientras a los dos lados del camino
los siracusanos colocaban víctimas, mesas y crateras y, según
pasaba junto a ellos, le lanzaban flores y le hacían súplicas
como a un dios. Había, al pie de la ciudadela y de las Pentápi- 3
las[107], un reloj solar muy visible y elevado, obra de Dionisio. A
él se subió Dión para arengar al pueblo y animar a los ciudada-
nos a defender con fuerza la libertad. Ellos, alegres y con ánimo 4
bien dispuesto, los nombraron a ambos estrategos con plenos
poderes y escogieron, a iniciativa y petición suya, a veinte más
que compartieran el mando con ellos, de los cuales la mitad
eran de los que habían vuelto con Dión del exilio. A los adivi- 5
nos, por una parte, les parece un brillante augurio que Dión
haya tenido a sus pies mientras animaba al pueblo el monu-
mento de la ambición del tirano, pero como también ese mismo
reloj solar era el lugar sobre el que había sido elegido estratego,
temían que sus hazañas sufrieran algún rápido giro de la fortu-
na[108]. Después de esto, tomando las Epípolas, liberó a los ciu- 6
dadanos prisioneros y rodeó la ciudadela con un muro.

---

[105] Desde el año 405 a. C., en el que se hizo con el poder Dionisio el Viejo, hasta los acontecimientos que ahora se narran, en el 357 a. C.

[106] Barrio al este de Siracusa.

[107] Literalmente «Cinco puertas», junto al ágora, por donde se accedía de Acradina a la ciudadela.

[108] Como indican R. Flacelière y É. Chambry en su edición de la *Vida de Dión (Plutarque. Vies*, t. XIV, *Dion-Brutus*, París, 1978, pág. 46, nota 3), el aparente giro del sol podía simbolizar las vicisitudes de la vida humana.

7 Una semana después, Dionisio entró por mar en la ciudadela, al tiempo que le llegaban en carretas a Dión las armas que le había dejado a Sínalo. Las repartió entre los ciudadanos y cada uno se equipaba como podía y se mostraban todos como soldados llenos de valor.

30 Dionisio, al principio, envió delegados a título particular a
Dión para sondearlo. Después, como Dión lo exhortase a dialo-
gar en público con los siracusanos como con hombres libres
que ya eran, se recibieron, a través de los delegados, palabras
amables de parte del tirano, que prometía moderación de los
impuestos y suspensión de aquellas campañas militares que
ellos no aprobasen con su voto. De todas estas promesas se bur-
2 laban los siracusanos. Dión respondió a los enviados que Dio-
nisio no podía negociar con ellos si no abandonaba el poder. En
cambio, si abdicaba, él en persona le ayudaría a conseguir la in-
munidad y alguna otra cosa que pudiese dentro de lo razonable,
3 en recuerdo de su parentesco. Cede en esto Dionisio y envía de
nuevo delegados solicitando que algunos siracusanos se trasla-
den a la ciudadela para discutir, para tratar de lo más conve-
niente para la comunidad, cediendo unos en unos puntos y otros
4 en otros. Se le enviaron entonces hombres de la confianza de
Dión y llegó de la ciudadela hasta los siracusanos la noticia de
que Dionisio iba a abandonar la tiranía, y que lo iba a hacer más
5 por su propio placer que por Dión. Se trataba de una fingida ar-
timaña del tirano, una trampa para los siracusanos. Pues lo cier-
to es que a los que le habían sido enviados desde la ciudad los
retuvo encerrados y, al alba, tras haber atiborrado a los merce-
narios de vino puro, los lanzó a la carrera contra las fortifica-
6 ciones que habían levantado en torno los siracusanos. Al ser
una acometida inesperada, esos bárbaros, con mucha audacia y
alboroto, tiraron abajo el muro de separación y se lanzaron con-
tra los siracusanos. Éstos no tuvieron el valor de defenderse y
resistir, excepto los mercenarios de Dión que, al darse cuenta

del alboroto en el primer momento, acudieron al auxilio. Pero 7
tampoco ellos vieron el modo de ayudar ni podían oír nada dado el griterío y desorientación de los siracusanos que huían atropellados y a la carrera. Dión, una vez que nadie oía sus instrucciones, se decidió a mostrar con hechos lo que había que hacer y se lanza el primero contra los bárbaros. Se traba entonces 8
un encendido y terrible combate en torno a él, al que reconocen tanto los enemigos como los amigos. Se lanzaron unos contra otros todos a un tiempo con gritos. Él, aunque ya estaba poco 9
ágil debido a su edad[109] para tales combates, hizo frente y superó con vigor y ánimo a los que se le enfrentaban, hasta que fue herido por una lanza en la mano[110]. De otros proyectiles y de los golpes de la lucha cuerpo a cuerpo lo protegió a duras penas la coraza, pero su escudo fue atravesado por muchas picas y lanzas y Dión terminó cayendo a tierra abatido por todos estos golpes. Los soldados lo levantaron y se puso al frente de ellos como ge- 10
neral Timónides, el cual, rodeando la ciudad a caballo, detenía la fuga de los siracusanos y animaba a los que de entre los mercenarios estaban al frente de Acradina, empujándolos contra los bárbaros, a ellos que estaban frescos contra los que ya estaban agotados, a los que estaban llenos de ardor contra los que ya renunciaban a su empresa. Pues, como habían confiado en hacer- 11
se con la ciudad toda mediante una rápida incursión, al encontrarse después, sin esperarlo, con hombres frescos y de ánimo belicoso, se retiraron a la ciudadela. Viendo que se retiraban, los 12
griegos hicieron todavía más presión, arrinconándolos en su huida tras la muralla. De los que iban con Dión murieron setenta y cuatro, y en mucho mayor número perecieron los enemigos.

Resultando, pues, una victoria brillante, los siracusanos die- 31
ron por corona a los mercenarios cien minas a cada uno, y los

[109] Como ya se ha dicho, Dión tenía en este momento cincuenta y dos años.

[110] O en el brazo derecho, según DIODORO, 16, 12, 4.

2 mercenarios a Dión una corona de oro. Llegaron mensajeros de parte de Dionisio, con cartas para Dión de las mujeres de su casa. Una de ellas tenía escrito por fuera «De Hiparino a su pa-
3 dre», y éste era, efectivamente, el nombre del hijo de Dión. Sin embargo, Timeo[111] dice que se llamaba Areteo por su madre Areté, pero pienso que a quien hay que dar crédito en estas cuestiones es a Timónides, amigo y compañero de milicia de
4 Dión. Las otras cartas, que contenían muchas súplicas y ruegos de las mujeres, fueron leídas ante los siracusanos; la que parecía ser de su hijo no querían que se conociese en público, pero
5 Dión la leyó imponiendo su voluntad por la fuerza. Estaba escrita por Dionisio, que se dirigía, de palabra, a Dión, pero, de hecho, a los siracusanos: bajo la apariencia de un ruego y una justa defensa, estaba compuesta como una acusación contra
6 Dión. Se recordaba en ella cuántas cosas había hecho de buen grado en favor de la tiranía[112] y había amenazas contra los que le eran más próximos, su hermana, su hijo y su mujer, tremendas acusaciones junto a lamentos. Y lo que más lo alteró fue la petición de que no echase abajo la tiranía, sino que se hiciese cargo de ella, que no liberase a hombres que lo odiaban y le guardaban rencor, sino que se asegurase el mando y procurase con ello la tranquilidad de sus amigos y familiares.

Maniobras de Heraclides

32 Tras la lectura de estas cartas, no sucedió, como sería lo justo, que los siracusanos quedaran asombrados de la impasibilidad y grandeza de ánimo de Dión, que dejaba de lado los lazos familiares en fa-
2 vor de lo que consideraba bueno y justo, sino que empezaron a

[111] *FGrHist* 566 F 114.

[112] *Cf.*, además del relato del propio Plutarco, NEPOTE, *Dión* 1, 1.

sentir desconfianza y miedo, como si realmente Dión estuviera en gran medida comprometido con el tirano, y volvieron ya su mirada hacia otros jefes, impresionados sobre todo al saber que Heraclides se había embarcado de vuelta.

Heraclides era uno de los exiliados, un estratega, hombre 3
conocido por el mando que había disfrutado con los tiranos, pero que no tenía convicciones firmes sino que se mostraba voluble, en absoluto de fiar para llevar en común asuntos que comprometieran la autoridad o la gloria. Éste, después de en- 4
frentarse en el Peloponeso con Dión, había decidido ir por mar con una tropa equipada por él mismo contra el tirano y, llegado a Siracusa con siete trirremes y tres naves de carga, encontró a Dionisio sitiado de nuevo y a los siracusanos exaltados. Muy 5
pronto se hizo con el favor de la mayoría, ya que era persuasivo por naturaleza y capaz de movilizar a una muchedumbre que buscaba el halago; se ganó y arrastró más fácilmente a aquellos que, rechazando la gravedad de Dión como algo pesado y contrario a un político y movidos por la audacia y el engreimiento de la victoria, preferían ser dirigidos por un demagogo antes de haberse constituido en verdadero pueblo.

En primer lugar, se reunieron en asamblea por propia inicia- 33
tiva y eligieron a Heraclides como comandante de la flota. Una vez que Dión, tomando la palabra, dijo que entregarle a aquél el 2
mando era quitárselo a él mismo, a quien se lo habían dado antes, ya que no podía seguir siendo general con plenos poderes si otro se hacía con el mando del mar, los siracusanos, contra su voluntad, revocaron el nombramiento de Heraclides. Después de esto, Dión hizo ir a su casa a Heraclides y le reprochó que ni 3
había estado bien ni había sido oportuno que se enfrentase a él por conseguir la gloria justo en un momento en que poco hubiera bastado para llevar todo a la ruina. A continuación, convocando él mismo de nuevo a la asamblea, entregó el mando naval a Heraclides y convenció a los ciudadanos para que le

procurasen una guardia de corps, como él mismo tenía. Hera-
4 clides se mostraba conciliador con Dión de palabra y de apa-
riencia, confesando estar agradecido, y lo acompañaba sumiso
obedeciendo sus instrucciones; pero, a escondidas, corrompía a
muchos de los sublevados y, provocando levantamientos, iba
suscitando revueltas en torno a Dión, colocado en una situación
5 de absoluto apuro: si ordenaba que se dejase ir a Dionisio de la
ciudadela mediante un pacto, lo acusaban de tener clemencia
con él y salvarle la vida; si, por el contrario, no queriendo libe-
rarlo, se conformaba con mantener el asedio, parecería querer
prolongar la guerra para tener el mando durante más tiempo y
atemorizar a los ciudadanos.

34 Había un tal Sosis[113], hombre bien conocido por su maldad
y osadía entre los siracusanos, que consideraban un exceso de
libertad llevar la franqueza de palabra a los extremos a los que
2 él la llevaba. Éste, conspirando contra Dión, en primer lugar,
reunida la asamblea, se puso en pie e hizo muchos reproches a
los siracusanos, diciéndoles que si no se daban cuenta de que se
habían liberado de un tirano pasmado y borracho para caer en
3 manos de un amo espabilado y sobrio. Después, tras declararse
abiertamente enemigo de Dión, se fue de la plaza. Al día si-
guiente fue visto corriendo desnudo por la ciudad, llena de san-
gre su cabeza y su rostro, como si huyera de perseguidores.
4 Irrumpiendo de esta manera en la plaza, dijo haber sido objeto
de las asechanzas de los mercenarios de Dión y mostraba su ca-
beza herida. Consiguió así que muchos se solidarizaran con su
indignación y se rebelaran con él contra Dión, como si éste hu-
biera hecho algo terrible y propio de un tirano, si es que era ca-
paz de suprimir la libertad de palabra de los ciudadanos con
5 asesinatos y amenazas. Sin embargo, a pesar de que la asamblea

[113] Plutarco es la única fuente tanto para este personaje como para la anécdota narrada.

estaba confusa y revolucionada, Dión consiguió defenderse. Demostró que Sosis era hermano de uno de los guardias de corps de Dionisio y que había sido persuadido por aquél para sublevar y soliviantar a la ciudad, ya que no había para el tirano ninguna posibilidad de salvación fuera de sembrar la desconfianza y la discordia entre los ciudadanos. Al tiempo, los 6
médicos de Sosis, examinando con cuidado el golpe, encontraron que era superficial y no producto de un tajo. Pues las heri- 7
das de espada presentan una hendidura en el medio, debido al peso, pero la de Sosis era ligera por todas partes y tenía muchos cortes iniciales, como era natural si, por el dolor, había abandonado y vuelto a insistir varias veces. Llegaron también algunos 8
personajes conocidos trayendo una navaja a la asamblea y contando que, cuando iban de camino, les había salido al paso Sosis, ensangrentado y diciendo que huía de los mercenarios de Dión que acababan de herirle. Al punto iniciaron una persecu- 9
ción sin alcanzar a hombre alguno, pero vieron en una cavidad bajo una piedra una navaja, en el mismo lugar de donde fue visto salir Sosis corriendo.

Muerte de Filisto

Muy mal estaba ya el asunto de Sosis, 35
pero cuando se unieron a estas pruebas las declaraciones de sus esclavos, diciendo que, siendo todavía de noche, había salido él solo con una navaja, los acusadores de Dión se retractaron y el pueblo, votando pena de muerte para Sosis, se reconcilió con Dión. Pero por lo que a sus mercenarios 2
se refiere, no dejaron de estar bajo sospecha, muy especialmente al ser por mar la mayoría de los combates contra el tirano. Y es que Filisto llegó de Yapigia con muchas trirremes para ayudar a Dionisio y, siendo los mercenarios soldados de infantería, se les consideró de nula utilidad para la guerra, debiendo más

bien estar sometidos a quienes eran hombres de mar y tenían la
3 fuerza de las naves. Todavía los animó más la fortuna que tu-
vieron con su victoria naval frente a Filisto, con el que se por-
4 taron cruel y bárbaramente. En efecto, cuenta Éforo[114] que,
apresada su nave, él se suicidó; pero Timónides, en cambio, que
desde el comienzo asistió a estos acontecimientos al lado de
Dión y envió una carta al filósofo Espeusipo[115], relata que Filis-
5 to fue apresado vivo en su nave, encallada en tierra, que prime-
ro los siracusanos lo despojaron de su coraza y, mostrándolo
desnudo, ultrajaron su cuerpo ya anciano, que después cortaron
su cabeza y entregaron el cuerpo a los muchachos, ordenándo-
6 les arrastrarlo por Acradina y arrojarlo a las latomías[116]. Ti-
meo[117], añadiendo más injurias, dice que los muchachos arras-
traron el cadáver de Filisto, atado por la pierna que tenía coja,
por la ciudad, mientras todos los siracusanos se burlaban vien-
do atado de una pierna a aquel que le había dicho a Dionisio que
no había que huir de la tiranía sobre un rápido caballo sino ata-
7 do de una pierna. Sin embargo, Filisto[118] decía que esto había
sido dicho a Dionisio por otro, no por él.

36 Pero Timeo, tomando, no sin razón, como excusa el em-
peño y compromiso de Filisto en favor de la tiranía, se sacia de
insultos contra él[119]. Ahora bien, es quizá perdonable que los
que sufrieron las injusticias de Filisto se mostraran crueles has-
2 ta la ira sobre un cadáver insensible, pero a los que más tarde se
dedicaron a escribir la historia sin haber recibido daño alguno
en vida de aquél y utilizando los testimonios de otros, su propia

---

114 *FGrHist* 70 F 219.

115 *FGrHist* 561 T 3a, F 2.

116 Unas canteras, utilizadas también como cárceles, y donde habían muerto los atenienses apresados en la expedición del 415-413 a. C.

117 *FGrHist* 566 F 115.

118 *FGrHist* 556 F 59.

119 *FGrHist* 556 T 23a.

reputación les aconseja no hacer reproches con insolencia y bufonería por desventuras que ni siquiera el mejor de los hombres está completamente libre de padecer por obra de la fortuna.
Tampoco está en su sano juicio Éforo alabando a Filisto[120] que, 3
aunque habilísimo en disculpar con especiosos razonamientos sus acciones injustas y sus malvadas costumbres y envolverlas con discursos adornados, ni siquiera él mismo fue capaz, con todas sus maquinaciones, de librarse de la acusación de haber sido el hombre más amante de la tiranía y, sobre todo, el que más había envidiado y admirado el lujo, el poder, la riqueza y
los matrimonios de los tiranos. Así pues, por lo que hace a Fi- 4
listo, el que no alaba su proceder ni se burla de su suerte, ése es el más atinado.

Huida de Dionisio

Tras la muerte de Filisto, Dionisio en- 37
vió delegados a Dión ofreciendo la entrega de la ciudadela, de las armas y de los mercenarios y el salario completo de és-
tos correspondiente a cinco meses; para sí 2
mismo reclamaba, mediante un pacto, ser enviado a Italia y, allí instalado, recibir de Siracusa las rentas de la llamada Gias[121], tierra extensa y fértil que se extiende desde el mar hacia el inte-
rior. Dión no aceptó y dio órdenes de que se consultase a los si- 3
racusanos, los cuales, con la esperanza de apresar vivo a Dioni-

---

120 *FGrHist* 70 F 220. Sobre este pasaje, *cf.* L. CANFORA, «Plutarco su Eforo (una nuova testimonianza)», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia di Bari* 12 (1967), 71-75, y C. BEARZOT, «Ancora sul giudizio di Eforo a proposito di Filisto (PLUT. *Dion* XXXVI, 3= *FGrHist* 70 F 220), *Sungraphe* 4 (2002), 125-134.

121 Se trata de un topónimo que nos es conocido sólo por Plutarco y que la mayoría entiende como corrupto. A las lecturas *gýata* y *gýarta*, los correctores han añadido las propuestas de *Gyárēta* y *Gyároton*, sin que ninguna de ellas haya suscitado el acuerdo.

4 sio, expulsaron a los delegados. El tirano, entonces, dejó la ciudadela en manos de Apolócrates, el mayor de sus hijos, y él mismo, aguardando un viento favorable y llevando a las naves las personas y bienes que más apreciaba, se hizo a la mar eludiendo la vigilancia de Heraclides, el comandante de la flota.
5 Éste, al recibir las críticas y la desaprobación de los ciudadanos, indujo a Hipón, uno de los demagogos, a animar al pueblo a un reparto de tierras, diciendo que la igualdad es el comienzo de la libertad del mismo modo que para los pobres, en cambio, su po-
6 breza es comienzo de la esclavitud. Poniéndose de su lado y maquinando contra Dión, que estaba en contra de esta medida, convenció a los siracusanos de votar sus propuestas, suprimir el salario de los mercenarios y elegir a otros estrategos, liberándo-
7 se de la severidad de Dión. Los siracusanos, dispuestos a desembarazarse al punto de la tiranía, como si fuera una gran enfermedad, y a ser independientes antes de tiempo, fracasaron en sus propias empresas y, además, tomaron odio a Dión, que, como un médico, quería mantener a la ciudad en un régimen de vida riguroso y moderado.

38 Mientras estaba reunida la asamblea para elegir nuevas magistraturas, en pleno verano, se sucedieron durante quince días seguidos fuertes truenos y otros malos presagios que hicieron disolverse al pueblo, al que la superstición impedía proceder a
2 la renovación de estrategos. Una vez que, tras aguardar un día despejado, los demagogos iban a concluir la elección, un buey uncido a un carro, un animal que estaba acostumbrado a la multitud, se revolvió por alguna otra razón contra el que lo conducía y, soltándose del yugo, se precipitó a la carrera hacia el tea-
3 tro[122], haciendo de nuevo levantarse y dispersarse al pueblo, que huyó sin ningún orden. El animal se lanzó a la carrera por

[122] No era infrecuente que, en muchas ciudades, la asamblea se reuniera en el teatro.

toda la ciudad, dando brincos y alborotando los barrios que después ocuparían los enemigos. No obstante, los siracusanos, sin 4
hacer caso del presagio, eligieron a veinticinco estrategos, de los cuales uno era Heraclides, y enviaron emisarios en secreto a los mercenarios de Dión invitándolos a hacer defección y unirse a ellos, prometiéndoles hacerlos partícipes de los mismos derechos de ciudadanía. Pero no aceptaron los mercenarios esos 5
ofrecimientos y, con fidelidad y entrega, tomando las armas y colocando a Dión protegido en el medio, lo sacaron de la ciudad, sin hacer daño a nadie, pero echando en cara su ingratitud y cobardía a cuantos se cruzaban con ellos. Los siracusanos, 6
menospreciándolos por ser pocos y por no hacer ademán de atacarlos, y siendo mucho más numerosos, se lanzaron contra ellos, en la idea de que fácilmente podrían vencerlos dentro de la ciudad y matarlos a todos.

Retirada de Dión a Leontinos

Encontrándose Dión por la fuerza de 39
las circunstancias obligado o a luchar contra los ciudadanos o a morir con los mercenarios, mucho les imploraba a los siracusanos, tendiéndoles las manos y mostrándoles la ciudadela llena de enemigos que se dejaban ver sobre las murallas y contemplaban los acontecimientos. Pero el impulso 2
de la multidud era irrefrenable y el viento de los demagogos, como si se estuviera en el mar, sopló sobre la ciudad. Dio entonces órdenes a los mercenarios de que evitasen el ataque, pero que se lanzasen a la carrera con gran griterío y blandiendo las armas: ninguno de los siracusanos aguantó y salieron huyendo por las calles hacia arriba a pesar de que nadie los perseguía, ya que Dión hizo retirarse rápidamente a los mercenarios para conducirlos a Leontinos. Los comandantes de los siracusanos, conver- 3
tidos en objeto de risa por parte de las mujeres y deseosos de li-

brarse de esa vergüenza, hicieron armarse de nuevo a los ciuda-
4 danos y perseguir a Dión. Lo encontraron en el cruce de un río y
lanzaron contra él a la caballería a que atacase con escaramuzas,
pero como veían que ya no soportaba ni dulce ni paternalmente
sus desmanes, sino que con ira hizo volverse contra ellos a los
mercenarios, se retiraron hacia su ciudad en una huida más ver-
gonzosa que la anterior y sufriendo pocas bajas.

40 Los de Leontinos acogieron a Dión con honores espléndidos
y a los mercenarios con pagas y concesión de derechos civiles
y enviaron embajadores a los siracusanos solicitándoles que se
2 comportaran con justicia con los mercenarios. Los siracusanos,
por su parte, enviaron embajadores con acusaciones hacia
Dión. Reunidos todos los aliados en Leontinos y tras intercam-
biar opiniones, consideraron culpables a los siracusanos, pero
3 éstos no acataron lo decidido por los aliados, mostrándose arro-
gantes y orgullosos como para escuchar a nadie y sirviéndose
de los generales como de esclavos temerosos del pueblo.

Saqueo de Siracusa

41 Después de eso, arriban a la ciudad tri-
rremes de parte de Dionisio, en las que
venía Nipsio de Neápolis con grano y di-
2 nero para los asediados. En la batalla na-
val que entonces se entabló, vencieron los
siracusanos y apresaron cuatro de las naves del tirano. Ensober-
becidos por la victoria y, debido a la anarquía en la que vivían,
entregados al placer de la bebida y de los banquetes desmedi-
dos, hasta tal punto se despreocuparon de lo que era de verdad
importante que, cuando ya se creían dueños de la ciudadela,
3 perdieron también la ciudad. Pues Nipsio, viendo que en la ciu-
dad nadie estaba en su sano juicio, sino que la muchedumbre
estaba ocupada en música y borracheras desde el comienzo del
día hasta bien entrada la noche y que los estrategos se divertían

con este espectáculo y no se atrevían a emplear la fuerza con
hombres borrachos, aprovechando de la mejor manera esa opor-
tunidad, atacó la fortificación. Una vez que se apoderó de ella y 4
la destrozó, dio salida a los bárbaros con órdenes de que hicieran
con aquellos que cayeran en sus manos lo que quisieran y pu-
dieran. Rápidamente se dieron cuenta los siracusanos de la des- 5
gracia, pero lenta y penosamente, aterrorizados como estaban,
se dispusieron a prestar algún socorro. Era un verdadero saqueo 6
de la ciudad lo que estaba teniendo lugar: la muerte de los hom-
bres, la destrucción de las murallas, el traslado de mujeres y ni-
ños a la ciudadela en medio de gemidos y la renuncia por parte
de los estrategos a hacerse cargo de la situación, al no poder ser-
virse de los ciudadanos contra los enemigos, confundidos y
mezclados como estaban unos con otros completamente.

Estando así las cosas en la ciudad y acercándose el peligro a 42
Acradina, sólo en un hombre podía apoyarse la esperanza. To-
dos lo pensaban, aunque ninguno lo decía, avergonzados por la
ingratitud e insensatez que habían mostrado hacia Dión. Pero, 2
por la fuerza de la necesidad, surge un clamor de entre los alia-
dos y los soldados de caballería para que se llamase a Dión, pi-
diendo el regreso de los peloponesios de Leontinos. Tan pronto 3
como esto se escuchó y se tuvo el valor de decirlo, los gritos, la
alegría y las lágrimas se apoderaron de los siracusanos, que ro-
gaban a los dioses que apareciera Dión, que deseaban verlo, que
recordaban su fuerza y entrega en los momentos difíciles, que
no sólo él mismo era invencible sino que los hacía valerosos a
ellos y los lanzaba sin miedo contra los enemigos. Rápidamen- 4
te entonces envían a su encuentro, de entre los aliados, a Arcó-
nides y a Telésides, de parte de la caballería, a Helánico[123] y a
otros cuatro. Éstos, recorriendo el camino a caballo y a toda pri- 5

[123] Ninguno de estos personajes, a los que Diodoro no cita, son conocidos por otras fuentes.

6 sa, llegaron a Leontinos cuando ya acababa el día. Bajándose de
los caballos y arrojándose llorosos a los pies de Dión en primer
lugar, le contaron las desgracias de los siracusanos. Se iban
7 acercando algunos de los leontinos y se reunían junto a Dión
muchos de los peloponesios, sospechando, por la seriedad y los
ruegos de esos hombres, que se trataba de algo muy extraordi-
8 nario. Rápidamente entonces los condujo a la asamblea y, lan-
zándose todos a la carrera con gran empeño, Arcónides y Helá-
nico, nada más llegar, expusieron brevemente la magnitud de
las desgracias e instaron a los mercenarios a socorrer a los sira-
cusanos, olvidando el recuerdo de las afrentas, ya que habían
pagado una pena mayor que si se la hubieran impuesto sus pro-
pias víctimas.

43 Una vez hubieron terminado, un gran silencio se apoderó
del teatro[124]. Dión se puso en pie y comenzó a hablar, pero un
fuerte llanto se adueñó de su voz. Los mercenarios lo animaban
2 a recobrar el coraje y se afligían con él. Dión, reponiéndose un
poco de su emoción, dijo: «Ciudadanos peloponesios y aliados,
os he reunido aquí para que deliberéis sobre vosotros mismos.
3 Por lo que mí se refiere, no puedo decidir qué conviene hacer
mientras Siracusa es destruida. Si no puedo salvarla, me iré a
mi patria para ser allí sepultado por el fuego y la caída de la ciu-
4 dad. Pero vosotros, si todavía queréis ayudar a estos desdicha-
dos que tan insensatos han sido con vosotros, mantened en pie
5 la ciudad de Siracusa, obra vuestra[125]; pero si vais a desenten-
deros, molestos con los siracusanos, ojalá, al menos, alcancéis
de los dioses una justa recompensa por vuestro valor y buena
disposición hacia mí en el pasado, recordando a Dión como a
alguien que ni os abandonó a vosotros antes, víctimas de la in-
6 justicia, ni a sus conciudadanos después, en la desdicha». No

[124] Recuérdese que éste era el lugar habitual de reunión de la asamblea.

[125] Alusión al hecho de que Siracusa era colonia de la peloponesia Corinto.

había acabado de hablar y ya se lanzaban los mercenarios con griterío a pedirle que reaccionara y los condujera en auxilio de la ciudad. Los enviados de los sircusanos se arrojaban a abrazarlos, suplicando a los dioses muchos bienes para Dión y para los mercenarios. Apaciguado el alboroto, dio instrucciones 7
Dión para que rápidamente fueran a prepararse y que, tras la cena, se dirigieran con las armas a aquel mismo lugar, decidido a llevar la ayuda durante la noche.

En Siracusa, los generales de Dionisio, mientras fue de día, 44
hicieron a la ciudad todo el daño que pudieron y, llegada la noche, se retiraron a la ciudadela habiendo perdido a muy pocos de sus hombres. Tomaron entonces nuevos ánimos los demago- 2
gos de los siracusanos, esperanzados en que los enemigos se quedarían conformes con lo que habían hecho, e instaron a los ciudadanos a prescindir de Dión y, si venía con los mercenarios, no acogerlo ni ceder ante ellos en valor, como si fueran superiores, sino preservar la ciudad y la libertad ellos mismos y por sí mismos. De nuevo entonces, le fueron enviados emisa- 3
rios a Dión, unos, de parte de los estrategos, disuadiéndolo de ir, otros de parte de la caballería y de los notables, apresurando su marcha. Por esta razón, Dión iba avanzando lentamente y 4
con tranquilidad. Avanzada la noche, los enemigos de Dión to- 5
maron las puertas para cerrarle el paso y Nipsio, de nuevo, desde la ciudadela, lanzando a sus mercenarios en mayor número y con ánimo renovado, destruyó otra vez totalmente el muro de circunvalación y saqueó e hizo rapiña en la ciudad. Ya no se 6
trataba sólo del asesinato de hombres, sino también de mujeres y de niños; el botín era pequeño, pero absoluta la destrucción de todo. Pues ya ⟨el hijo de⟩[126] Dionisio, desesperado de su causa y 7

[126] La precisión de que se trataba del hijo de Dionisio y no del propio tirano no la transmiten los códices, es un añadido prácticamente aceptado por todos los editores.

con un odio terrible hacia los siracusanos, era como si quisiera
8 sepultar la tiranía caída con la propia ciudad. Adelantándose a
la ayuda que llegaba con Dión, apresuraron la ruina y destrucción de todo con el arma más rápida, el fuego, quemando lo que
tenían a mano con antorchas y lámparas y lanzando con arcos
9 dardos incendiarios a lo que les quedaba lejos. Los siracusanos,
en su huida, unos eran asesinados al ser capturados en las calles, otros, refugiados en sus casas, eran echados fuera por el fuego y muchos edificios en llamas se desplomaban sobre los que corrían.

Regreso de Dión a Siracusa

45 Este desastre, sobre todo, abrió la ciudad a Dión, poniéndolos a todos de acuer-
2 do. Él ya no aceleraba su paso, al conocer que los enemigos se habían encerrado en la ciudadela. Pero, al avanzar el día, primero le salieron al paso los de caballería, anunciándole la segunda toma de la ciudad; después, se le presentaron algunos de
3 sus adversarios pidiéndole que se diera prisa. Finalmente, al
agravarse la desgracia, Heraclides envió a su hermano, después a su tío Teodotes, rogándole que los defendiera, que nadie hacía frente a los enemigos, que él mismo estaba herido y que poco le faltaba a la ciudad para quedar completamente destrui-
4 da y abrasada por el fuego. Cuando recibió estas noticias Dión,
todavía estaba a sesenta estadios de las puertas[127]. Pero una vez que anunció el peligro a los mercenarios y los exhortó, ya no condujo al ejército al paso, sino a la carrera hacia la ciudad, mientras se sucedían los que le salían al encuentro pidiéndole
5 que se apresurara. Aprovechando la increíble rapidez y buena
disposición de los mercenarios, se lanzó a través de las puertas,

[127] Unos 12 km.

hacia lo que se conoce como Hecatómpedo[128]. Llegado allí, en- 6
vió a las tropas ligeras contra los enemigos rápidamente, para
que los siracusanos se llenasen de ánimo viéndolos, y él mismo
dispuso en orden a los hoplitas y a aquéllos de los ciudadanos
que corrían a unirse a ellos, formando compañías ordenadas y
separando los mandos, de modo que pudieran atacar por mu-
chos lados a la vez mostrándose así más temibles.

Una vez que dispuesto todo esto y hechas las plegarias a los 46
dioses se le vio por la ciudad conduciendo sus tropas contra
los enemigos, se escuchó entre los siracusanos un alboroto, un
griterío de alegría y de guerra junto con súplicas y exhortacio-
nes, llamando a Dión ⟨padre y⟩[129] salvador y dios, y a los mer-
cenarios, hermanos y conciudadanos. Ninguno era tan egoísta 2
ni estimaba tanto su vida en ese momento que no pareciese es-
tar más angustiado por Dión, y sólo por él, que por todos los de-
más, siendo como era el primero que se había abierto paso ha-
cia el peligro a través de la sangre, el fuego y los cadáveres
caídos por las plazas. También los enemigos inspiraban mucho 3
temor y se mostraban absolutamente feroces apostados junto al
muro de circunvalación, convertido en un lugar de difícil acce-
so y duro de forzar. Pero era la amenaza del fuego lo que más
inquietaba a los mercenarios y hacía penoso su avance. Los en- 4
volvía el resplandor de un fuego que devoraba las casas y, apre-
surándose entre ruinas en llamas, corriendo arriesgadamente
entre edificios que se hundían y avanzando entre nubes de pol-
vo y humo, se esforzaban por mantenerse unidos y no descom-
poner las filas. Cuando se encontraron con los enemigos, sólo 5
pudo entablarse una batalla de pocos contra pocos, debido a la

[128] Literalmente, «de cien pies». No se sabe si era un barrio de Siracusa o, más probablemente, una de las vías que atravesaban la ciudad.

[129] Los códices transmiten bien *patéra*, bien *sōtēra*, siendo la expresión *patéra kaì sōtēra* una propuesta de ZIEGLER casi unánimemente aceptada.

estrechez y desigualdad del terreno. Mientras los siracusanos
daban ánimos, en medio del griterío y con muestras de valor, do-
6 blegaron a los de Nipsio, de los cuales, la mayor parte se salvó
huyendo a la ciudadela, que estaba cerca; a los que se quedaron
fuera, dispersos, los mercenarios los persiguieron y mataron.
7 Pero el momento no era propicio para el disfrute de la recién lo-
grada victoria, ni para el regocijo y los abrazos que convienen a
tan acabada gesta, y se volvieron los siracusanos a sus casas para
durante la noche apagar, con gran esfuerzo, el fuego.

47 Cuando se hizo de día, ninguno de los demagogos se quedó
en la ciudad, sino que huyeron al exilio sabiéndose culpables;
Heraclides y Teodotes se entregaron a Dión, reconociendo ha-
ber obrado injustamente y pidiendo recibir de él un trato mejor
2 del que ellos mismos le habían dispensado. Conviene, argu-
mentan, a Dión, que es incomparable en cualquier otra virtud,
mostrarse, en relación con la ira, superior a aquellos que han
sido unos desagradecidos y que reconocen ahora ser inferiores
a él en esa misma virtud por la que antes se le habían rebelado.
3 Mientras Heraclides le ruega en estos términos, los amigos de
Dión lo animan a no perdonar a hombres tan viles y maledicen-
tes, a entregar a Heraclides a los soldados y a desterrar de la
vida pública esa búsqueda de la popularidad por medios viles,
furiosa enfermedad no menos funesta que la tiranía. Pero Dión,
4 apaciguándolos, les decía que en el caso de otros estrategos, su
instrucción había sido sobre todo en armas y en guerras, pero
que él se había entrenado largo tiempo en la Academia para
5 vencer la ira, la envidia y cualquier asomo de rivalidad. Prueba
de esas enseñanzas no es la mesura hacia los amigos y bienhe-
chores, sino, cuando alguno ha sido objeto de injusticias, mos-
trarse blando a las súplicas y suave con los que se han equivo-
6 cado. Que prefería, decía, vencer a Heraclides no en fuerza e
7 inteligencia cuanto en bondad y justicia. Pues en eso estaba,
verdaderamente, la superioridad. En cuanto a los éxitos en la

guerra, si no algún hombre, al menos la fortuna puede disputar-
los. Si Heraclides, pues, ha sido desleal y malvado por envidia, 8
no tiene por qué Dión echar a perder su virtud por la ira. Pues
tomar venganza de una injusticia recibida es visto por la ley
como más justo que ser el primero en cometer la injusticia,
pero, en su naturaleza, ambos comportamientos se originan en
una misma debilidad. Pues la maldad de un hombre, por dura
que sea, no es tan salvaje ni intratable que no pueda cambiar en
gratitud, vencida por quienes repetidamente le hacen el bien.

Tras estas palabras, Dión dejó ir a Heraclides y Teodotes. 48
Preocupándose ahora de la muralla, ordena que cada uno de los 2
siracusanos, cortando una estaca, la dejara cerca y, empleando
a los mercenarios por la noche mientras los siracusanos descan-
san, protegió con una empalizada la ciudadela sin que nadie se
percatara, de manera que al día siguiente, contemplando la ra-
pidez y el trabajo, se admiraron todos, los ciudadanos y los ene-
migos. Tras enterrar a los siracusanos muertos y conseguir la li- 3
bertad de los prisioneros, no menos de dos mil, reunió a la
asamblea. Heraclides tomó la palabra para proponer que Dión 4
fuera elegido general con plenos poderes por tierra y por mar.
Lo aceptaron los nobles y pidieron que se votara, pero la tropa 5
marinera y el pueblo bajo armó un alboroto, molestos porque
Heraclides hubiera perdido el mando del mar y considerando
que, si en todo lo demás no valía nada, al menos era más del
pueblo que Dión, en todos los sentidos, y más manejable por la
mayoría. Dión les concedió esto y entregó el mando del mar a 6
Heraclides, pero se opuso a sus decisiones sobre el reparto de
tierra y casas y los disgustó anulando lo que antes habían vota-
do sobre estos asuntos. Tomando de ahí un nuevo pretexto, rá- 7
pidamente, Heraclides, reuniendo en Mesina a los generales y
marineros que habían navegado con él, los sedujo y azuzó con-
tra Dión. Lanzaba la insidia de que iba a convertirse en tirano
mientras era él mismo el que hacía pactos a escondidas con

8 Dionisio por medio de Fárax[130] de Esparta. Una vez sospecharon esto los nobles siracusanos, se produjo una división en el
9 ejército y, de ahí, incertidumbre y carestía en Siracusa. De modo que Dión dudaba de todo y oía cómo sus amigos lo criticaban por haber hecho crecer contra él mismo a Heraclides, el más difícil de manejar de los hombres y el más corrompido por la envidia y la maldad.

49 Fárax acampaba junto a la ciudad de Neápolis de Acragante[131]. Dión, al frente de los siracusanos, quería plantarle batalla en otro momento, pero ante la acusación de Heraclides y los marineros de que pretendía que la guerra no se decidiera en un combate para perpetuarse en el poder, obligado, se lanzó a
2 la batalla y fue vencido. Como no fue una derrota grave, sino más bien motivada por ellos mismos, alterados a causa de la sedición, Dión se prepara para combatir de nuevo y ordena la
3 tropa persuadiéndoles y dándoles ánimos. Pero, al entrar la noche, se le anuncia que Heraclides ha levantado su tropa y navega hacia Siracusa, determinado a tomar la ciudad y a dejar-
4 lo a él fuera con su ejército. Reuniendo rápidamente a los más fuertes y valerosos, cabalgó durante la noche y a la tercera hora[132] del día siguiente ya estaba ante las puertas, tras recorrer
5 setecientos estadios[133]. Heraclides, con las naves, como aun esforzándose llegó más tarde, se hizo de nuevo a la mar y, va-

---

[130] En cuanto a este personaje, que también aparece en *Timoleonte* 11, 6 y *Paulo Emilio-Timoleonte* 2, 5-6, no hay acuerdo sobre si se trata de un representante oficial de Esparta, habida cuenta de la buena relación de esta ciudad con los tiranos de Siracusa, o si se había lanzado a esta empresa a título personal.

[131] Única mención de una Neápolis de Acragante. Véase G. Castellana, «La Neapolis nella chora acragantina e la colonizzazione dionisiana della Sicilia», *La Parola del Passato* 39 (1984), 375-383, que entiende que se trata de una colonización de Dionisio I.

[132] En torno a las nueve de la mañana.

[133] Unos 130 km.

gando sin propósito, se encontró con Gesilo de Esparta, que le
dice que navega desde Lacedemonia para servir de general a
los sicilianos como antes hizo Gilipo. Recibiendo con alegría 6
a este hombre y colgándoselo, por así decir, como amuleto
contra Dión, lo presentó a los aliados y, tras enviar un
heraldo a Siracusa, ordena a los ciudadanos que acojan al es-
partano como general. Dión responde que los siracusanos ya 7
tienen bastantes generales y que si la situación requiriese im-
periosamente un espartano, él mismo lo era por adopción. Ge-
silo renunció al mando y, navegando hacia Dión, lo reconcilió
con Heraclides, que juraba y daba plenas garantías por las cua-
les el propio Gesilo se comprometió por juramento a vengar a
Dión y castigar a Heraclides en caso de que éste tramara algu-
na injusticia contra él.

Dión recupera la ciudadela de Siracusa

Después de esto, los siracusanos li- 50
cenciaron la flota, pues ya no había nece-
sidad de ella y eran muchos los gastos
ocasionados por los marineros y los pre-
textos de sedición para sus jefes. Se dedi-
caron a sitiar la ciudadela tras levantar un muro de circunvala-
ción. Ninguno socorría a los sitiados, se habían acabado las 2
provisiones y los mercenarios se maleaban. El hijo de Dioni-
sio, renunciando a la causa y pactando con Dión, le entregó la
ciudadela con las armas y el resto del material; él, por su parte,
recogiendo a su madre y hermanas y equipando cinco trirre-
mes, embarcó para reunirse con su padre, dejándolo Dión par- 3
tir con garantías y no queriendo ninguno de los siracusanos
perderse el espectáculo: llamaban a gritos a los que no estaban,
que no dejasen de ver este día y el sol que se levantaba sobre
una Siracusa libre. Todavía ahora, cuando se ponen ejemplos 4
de los cambios de la fortuna, el más claro y mayor es el exilio

de Dionisio[134], ¿qué alegría debemos pensar que fue la de los siracusanos y qué gran orgullo no tendrían habiendo destruido la mayor de las tiranías hasta entonces con tan débiles recursos?

51 Una vez embarcado Apolócrates y dirigiéndose ya Dión a la ciudadela, no tuvieron paciencia las mujeres ni esperaron a que entrase, sino que corrieron hacia las puertas, Aristómaca, llevando al hijo de Dión, mientras Areté la seguía llorando y dudando cómo saludaría y se dirigiría a su marido, estando unida
2 a otro[135]. Una vez que él saludó primero a la hermana y después a su hijo, Aristómaca, acercando a Areté, dijo: «Hemos sido
3 desgraciados, Dión, en tu destierro. Tu llegada y tu victoria han puesto fin a las tristezas de todos nosotros, excepto a las de una sola, a la que he visto, desgraciada de mí, obligada a vivir con
4 otro estando tú vivo. Cuando la fortuna te ha hecho dueño nuestro, ¿cómo juzgas esta obligación que se le impuso?, ¿debe sa-
5 ludarte como a su tío o como a su marido[136]?». Al decir tales cosas Aristómaca, Dión, con lágrimas, atrajo a sí cariñosamente a su mujer y, tras entregarle a su hijo, le ordenó ir a su casa, donde él mismo ya vivía tras haber puesto la ciudadela en manos de los siracusanos.

52 A pesar del éxito de sus empresas, no juzgó oportuno disfrutar de la presente fortuna antes de dar las gracias a sus amigos, repartir beneficios a los aliados y, especialmente, dar alguna muestra de amabilidad o algún honor a sus más allegados, de la ciudad o mercenarios, superando sus posibilidades con su gene-
2 rosidad. Él vivía sencilla y sensatamente con lo que tenía, causando asombro porque, mientras no sólo Sicilia y Cartago, sino

---

[134] *Cf.* PLUTARCO, *Timoleonte* 13, 10, donde también se da cuenta del triste final de los familiares del tirano.

[135] *Cf. supra* 21, 6.

[136] Areté, la esposa de Dión, era hija de Dionisio el Viejo y de Aristómaca, hermana de Dión.

toda la Hélade admiraba el éxito que había tenido y pensaban que no había nada más grande ni se manifestaba de manera más clara en otro general el valor y la fortuna, él se mostraba en su 3
modo de vestir, en el servicio que lo acompañaba y en la mesa tan moderado como si estuviera compartiendo mesa con Platón en la Academia y no viviendo entre capitanes de mercenarios y soldados a sueldo para los que los banquetes y goces de cada día son un alivio de las penalidades y peligros. Platón le escribió que 4
ahora los ojos de todos estaba atentos sólo a él[137], pero él, al parecer, miraba hacia un único sitio de una única ciudad, la Academia, y sabía que los espectadores y jueces que estaban allí no se asombraban ante las hazañas, el valor o la victoria, sino que únicamente atendían a si se servía de su fortuna con prudencia y sensatez y si se conducía con moderación en tan elevadas circunstancias. Porfiaba, por su parte, en no ceder ni relajar en nada 5
su dignidad en el trato y su firmeza con el pueblo, aun cuando las circunstancias requerían de su benevolencia y Platón se lo censuraba, como ya hemos dicho, escribiéndole que la arrogancia es compañera de la soledad[138]. Pero parece que, por naturaleza, ha- 6
cía uso de la persuasión con bastante dificultad, y prefería refrenar a los siracusanos que eran en exceso disolutos y muelles.

Muerte de Heraclides

Heraclides, de nuevo, estaba contra él. 53
Primero, no quería ir cuando se le llamaba al Consejo. Pues, siendo un particular, alegaba, participaba en la asamblea con el resto de los ciudadanos. Después acusaba 2
a Dión: que no atacó la ciudadela y no permitió al pueblo, que estaba dispuesto a ello, abrir la tumba de Dionisio y arrojar su

[137] PLATÓN, *Carta IV*, 320d.

[138] *Cf. supra* 8, 4, PLATÓN, *Carta IV*, 321c.

cadáver, y que hacía venir de Corinto consejeros y colegas en el
3 gobierno despreciando a los ciudadanos. En realidad, Dión había hecho venir a los corintios con la esperanza de, con su presencia, establecer con más facilidad el modo de gobierno que
4 imaginaba. Imaginaba abolir la democracia pura, como si fuera no un modo de gobierno sino un bazar de constituciones, como decía Platón[139], y, combinando el sistema lacedemonio y el cretense, la democracia y la monarquía, con una aristocracia al frente que dirigiese las cosas más importantes, ése era el modo de gobierno que quería establecer y organizar, viendo que también los corintios se gobernaban más bien con una oligarquía y
5 no sometían al pueblo demasiadas cosas de interés público. Entonces, como le pareció que Heraclides, muy especialmente, se opondría a este plan y que era, por lo demás, violento, amigo de los cambios y sedicioso, dejó vía libre a aquellos que hacía tiempo deseaban matarlo y a los que él hasta entonces se lo había im-
6 pedido. Presentándose en su casa lo mataron. Mucho afligió su muerte a los siracusanos. Sin embargo, como Dión le preparó unos funerales espléndidos y acompañó el cadáver con el ejército en comitiva y después los arengó, lo perdonaron, en la idea de que no era posible que la ciudad abandonara su estado de agitación si Heraclides y Dión estaban a la vez en la vida política.

Conjura contra Dión

54 Tenía Dión un amigo, Calipo el ateniense[140], al que dice Platón[141] que había conocido no en relación con sus estudios sino en las iniciaciones a los misterios y en la camaradería habitual. Participó en la

[139] *Cf.* PLATÓN, *República* 8, 557d.
[140] *Cf. supra*, 17, 2.
[141] PLATÓN, *Carta VII*, 333e.

expedición y alcanzó honores, de modo que fue el primero de
los amigos en entrar en Siracusa coronado. Había estado bri-
llante en los combates y se había distinguido, pero una vez que 2
a los primeros y mejores amigos de Dión se los había llevado la
guerra y Heraclides estaba muerto y vio Calipo al pueblo de Si-
racusa yermo de jefes y a los soldados de Dión fiados absoluta-
mente en él, volviéndose el más malvado de los hombres, ente- 3
ramente esperanzado de conseguir Sicilia como premio de
matar a su huésped, como dicen algunos, y aceptando veinte ta-
lentos como pago de su crimen de parte de los enemigos, co-
rrompió y preparó a algunos de los mercenarios contra Dión,
dando comienzo a su tarea de la manera más perversa y astuta.
Le llevaba siempre palabras de los soldados en su contra, di- 4
chas de verdad o inventadas por él, y de este modo consiguió
una autoridad tal, basada en la confianza, que podía encontrar-
se secretamente y hablar con toda libertad con quienes quería
en contra de Dión, incluso a instancias suyas, para que no se es-
capase ninguno de los que tenían contra él sentimientos y áni-
mo desafecto. Gracias a eso resultó que Calipo encontró y puso 5
de acuerdo rápidamente a malvados y corruptos, y si alguno re-
chazando sus palabras y su proyecto se lo contaba a Dión, éste
ni se alteraba ni se irritaba con él, como si Calipo estuviera
cumpliendo lo que se le había ordenado.

Mientras sigue en marcha la conjura, se le aparece un fan- 55
tasma a Dión, grande y monstruoso. Estaba sentado en el atrio
de su casa, al atardecer del día, solo con sus pensamientos. Sú- 2
bitamente se oyó un ruido al otro lado del pórtico y, volviendo
su mirada, pues era todavía de día, vio a una mujer grande, por
su ropaje y rostro en nada diferente a una Erinia trágica[142], lim-
piando la casa con una escoba. Terriblemente asustado y espan- 3

[142] Diosas de la venganza, bien conocidas en la escena trágica por la obra de ESQUILO, *Euménides*.

tado, hizo venir a sus amigos y les contó la visión; les rogó que se quedaran con él y pasaran allí la noche, ya que estaba absolutamente fuera de sí y temía que, de nuevo, se le presentase a la vista estando solo ese monstruo. Esto no llegó a suceder,
4 pero después de unos pocos días, su hijo, apenas un niño, por una pena y un enfado que había nacido de un motivo mínimo e infantil, se arrojó del tejado, de cabeza, y se mató[143].

56 Mientras Dión pasaba por este trance, Calipo se aferraba aún más a su plan y lanzó entre los siracusanos el rumor de que Dión, habiéndose quedado sin hijos, había decidido llamar al hijo de Dionisio, Apolócrates, para hacerlo su sucesor, ya que
2 era sobrino de su mujer y nieto de su hermana. Ya se iba apoderando de Dión y de las mujeres de su casa la sospecha de lo que estaba tramándose y de todas partes surgían los indicios.
3 Pero Dión, según parece, afligido por lo de Heraclides, no era capaz de sobrellevar aquel asesinato, como si fuese una mancha sobre su vida y sus obras, y, apesadumbrado, dijo que estaba dispuesto a morir mil veces y ofrecía su cuello a quien quisiera degollarlo, si es que tenía que vivir cuidándose no sólo de los
4 enemigos sino también de los amigos. Calipo, viendo que las mujeres estaban investigando minuciosamente el asunto, asustado, fue hasta ellas, negándolo todo y llorando, dispuesto a
5 darles las pruebas de fidelidad que demandaran. Ellas determinaron que hiciese el gran juramento. Consistía en lo siguiente: el que hacía el juramento bajaba al recinto sagrado de las divi-

[143] NEPOTE, *Dión* 4, 3 y 6, 2, cuenta esta historia de un modo diferente, atribuyendo el suicidio del muchacho a su incapacidad para soportar la severidad de Dión tras haber sido malcriado y echado a perder por el tirano durante el exilio de aquél. Por otra parte, también se ha apuntado la posibilidad de que la noticia de esta muerte hubiera sido sacada de una fuente anecdótica posterior, ya que en la epístola séptima de Platón se menciona la intervención del hijo de Dión en la política siracusana.

nidades Tesmoforias[144] y, tras realizar algunas ofrendas, se colocaba el manto púrpura de la diosa y, cogiendo una antorcha encendida, juraba. Calipo, tras hacer todo lo requerido, pronun- 6
ció el juramento, burlándose de las diosas hasta el punto de esperar la festividad de la divinidad por la que había jurado y llevar a cabo su crimen en las fiestas de Core, aunque quizá sin atender a que era el día de la diosa, ya que hubiera sido absolutamente impío, también en cualquier otro momento, que el iniciador en los misterios degollase al iniciado por él[145].

La muerte

Eran muchos los que estaban de 57
acuerdo en la conjura y, un día, mientras estaba Dión en una sala de su vivienda en la que había triclinios, con sus amigos, unos rodearon la casa y otros se apostaron en las puertas y las ventanas. Los que iban a atacarle, unos de la 2
isla de Zacinto, se presentaron sin puñales, con simples túnicas. A un mismo tiempo, los que estaban afuera tiraron de las puertas y las cerraron, y los otros cayeron sobre Dión intentando estrangularlo y ahogarlo. Como no lo conseguían, pidieron un pu- 3
ñal. Pero nadie se atrevió a abrir las puertas. Aunque estaban dentro muchos de los amigos de Dión, cada uno de ellos pensaba que si lo abandonaba a él se salvaría a sí mismo, y así ninguno se atrevió a socorrerlo. Como la cosa se alargaba, Licón el 4
siracusano le pasa a través de la ventana a uno de los de Zacinto un puñal con el que degollaron a Dión como a una víctima sacrificial a la que ya tenían dominada y asustada. Inmediata- 5
mente llevaron a prisión a su hermana y a su esposa, que estaba

[144] Se trata de Deméter y Core, cuyo lugar sagrado fue hecho edificar por Gelón en el 480 a. C.

[145] Calipo, ateniense, había iniciado a Dión en los misterios de Eleusis.

encinta, y la mujer, que tuvo que parir de la manera más miserable en prisión, dio a luz a un varón, al que se dispusieron a criar tras persuadir a los guardianes, ya que la situación de Calipo empezaba a complicarse.

58 Pues al principio, tras haber matado a Dión[146], era un personaje brillante y gozaba del mando en Siracusa. Incluso envió una carta, pese a haber cometido tal crimen, a la ciudad de Atenas, a la que, después de los dioses, más obligado estaba por respeto y
2 temor. Pero se dice, parece que con verdad, que aquella ciudad produce a los mejores de los hombres que son excelentes por su virtud, pero también a los peores de entre los que son despreciables por su maldad; de la misma manera que de su tierra nace la
3 mejor miel y la cicuta más mortífera. Pero no dio pie durante mucho tiempo Calipo a la acusación de que la fortuna y los dioses se muestran indiferentes ante un hombre que a partir de una tal impiedad se había hecho con el poder y el mando. Pronto
4 pagó la pena debida. Pues queriendo apoderarse de Catania, perdió al punto Siracusa: se dice que él mismo afirmaba haber perdido una ciudad y ganado un cuchillo para el queso[147]. Al dirigir
5 su ataque contra Mesina, perdió a la mayoría de sus soldados, entre los que estaban los asesinos de Dión. Como no quería acogerlo ninguna ciudad en Sicilia, odiado y rechazado por todos,
6 llegó a Regio. Allí, en condiciones míseras y manteniendo apenas a los mercenarios, fue muerto por Leptines y Poliperconte, que, por un azar, utilizaron el mismo puñal con el que dicen que
7 habían acabado con Dión. Fue reconocido por el tamaño (pues era corto, como los de Esparta) y por el tipo de técnica, trabajado fina y magníficamente. Así pagó su pena Calipo.

---

[146] En junio del 354 a. C.

[147] Se trata de un juego de palabras basado en el hecho de que en Sicilia llamaban *katánē* al utensilio para cortar el queso, denominado habitualmente *tyróknēstis*.

A Aristómaca y Areté, cuando fueron liberadas de la pri- 8
sión, las tomó con él Hícetes de Siracusa, que había sido uno
de los amigos de Dión, y que parecía tratarlas con lealtad y
bondad. Pero, después, convencido por los enemigos de Dión, 9
dispuso para ellas una nave, como si fuera a enviarlas al Pelo-
poneso, y ordenó que las degollasen en la travesía y las arroja-
ran al mar. Otros dicen que fueron arrojadas vivas al mar, y el
niño con ellas. También a Hícetes le llegó un justo castigo por 10
lo que se había atrevido a hacer, pues él mismo murió, apresa-
do por Timoleonte, y los siracusanos mataron a dos hijas suyas
para vengar a Dión: sobre estas cosas se ha escrito en la vida de
Timoleonte[148].

---

[148] PLUTARCO, *Timoleonte* 33, 1-3.

BRUTO

Orígenes y formación

Marco Bruto era descendiente de Junio Bruto[1], a quien los antiguos romanos habían levantado una estatua de bronce en medio de los reyes en el Capitolio empuñando una espada desnuda, como quien había destronado a los Tarquinios con firmeza[2]. Pero el Bruto aquel, como las espadas templadas en agua fría, dotado de un carácter duro por naturaleza y que no se había ablandado con la educación[3], entró en una deriva que lo llevó a matar a sus pro-

1 (margin: 1 beside "Marco Bruto era descendiente de Ju-"; 2 beside "había destronado a los Tarquinios con firmeza. Pero el Bruto")

---

[1] L. Junio Bruto fue el fundador de la República y el primer cónsul de Roma junto con L. Tarquinio Colatino. Las fuentes antiguas en relación con este hecho son abundantes: CICERÓN, *Cartas a Ático* 13, 40, 1; SUETONIO, *César* 80, 3; PLINIO, *Historia Natural* 33, 9; 34, 22-23; TÁCITO, *Anales* 1, 1. Se contaba que había conseguido pasarle desapercibido a Tarquinio y librarse de sus iras, que ya había hecho asesinar a su padre y a su hermano, haciéndose pasar por *brutus*, «tonto», sobrenombre del que después no pudo librarse. Sobre esta figura debe consultarse A. MASTROCINQUE, *Lucio Giunio Bruto. Ricerche di storia, religione e diritto sulle origine della repubblica romana*, Trento, 1988.

[2] Quienes atribuyen la expulsión de Tarquinio el Soberbio y el establecimiento de la República a Junio Bruto, fijan los hechos en el 509 a. C.

[3] Se trata de la habitual oposición, en las biografías plutarqueas, entre la naturaleza *(phýsis)* o inclinación natural y el carácter *(ēthos)* más moldeable y susceptible de perfeccionarse con la educación. Sobre este asunto, A. PÉREZ JI-

3 pios hijos por odio a la tiranía[4]. En cambio, este otro, del que escribimos ahora, había moderado su carácter con la educación y el estudio de la filosofía y había movido su naturaleza, que era seria y afable, hacia empresas prácticas, de modo que pareció haber completado la mezcla más armoniosa en vistas al bien.
4 Por eso, incluso los que lo detestaban por la conjura contra César, si algo noble trajo consigo este hecho, a Bruto se lo atribuyeron, y, en cambio, la parte más desagradable de lo sucedido, a Casio, que era familiar y amigo de Bruto[5], pero que no se le parecía en ese carácter de una pieza y puro.

5 Servilia, su madre, remontaba su origen a Servilio Ahala. Éste, cuando Espurio Melio se disponía a constituirse en tirano y soliviantaba al pueblo, escondiendo un puñal bajo el brazo, se presentó en el Foro y, colocándosele muy cerca, como si fuese a decirle algo, en el momento en el que este Espurio Melio se
6 inclinó hacia él, lo hirió de muerte[6]. Sobre sus orígenes por el lado materno, hay acuerdo. Por lo que se refiere al linaje paterno[7], algunos, mostrando odio y mala voluntad hacia Bruto por el asesinato de César, niegan que su estirpe se remonte a aquel que expulsó a los Tarquinios: que ninguna descendencia le quedó a quien mató a sus propios hijos. Esta familia, plebeya y con

MÉNEZ, «Precisiones a la teoría del carácter en Plutarco», en M. García Valdés, ed., *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas*, Madrid, 1994, págs. 331-340.

[4] La historia aparece también en POLIBIO, 6, 54, 5; VIRGILIO, *Eneida* 6, 817-823, LIVIO, 2, 5, 6-8. El propio Plutarco vuelve sobre ella en *Publícola* 6, 1-6.

[5] Gayo Casio Longino, el otro cabecilla de la conjura contra César, estaba casado con la hermana de Bruto. Había sido tribuno de la plebe en el 49 a. C. y pretor en el 44 a. C.

[6] Aunque el relato de los hechos es ligeramente distinto en TITO LIVIO, 4, 14, también allí se presenta a este Gayo Servilio Ahala, jefe de caballería, como salvador de la República.

[7] El padre de Bruto, M. Junio Bruto, fue tribuno de la plebe en el 83 a. C.

el mismo nombre de los Brutos, hacía muy poco que había alcanzado las magistraturas, decían. El filósofo Posidonio[8] dice 7
que murieron los hijos ya mayores de Bruto, como cuenta la historia, pero que quedó un tercero, el pequeño, del que viene
la familia. Y que, en su tiempo, algunos de los hombres más 8
ilustres de esa casa reclamaban una semejanza en el aspecto con la estatua de Bruto. Pero sobre este asunto ya basta.

Servilia, la madre de Bruto, era hermana de Catón el filóso- 2
fo[9], al que Bruto emuló, de entre todos los romanos, muy especialmente, y que era tío[10] suyo y después se convirtió en su sue-
gro[11]. De los filósofos griegos no había ninguno, por decirlo de 2
una vez, al que no hubiera escuchado o que le fuera extraño, pero sobre todo se había aplicado a los platónicos. Sin sentir de- 3
masiado apego ni a la Nueva ni a la llamada Academia Media, se había vinculado a la Antigua y perseveraba en su admiración por Antíoco de Ascalón[12]. Hizo amigo y compañero suyo a un

[8] Posidonio de Apamea, filósofo estoico de la segunda mitad del siglo I a. C. Fue autor de una *Historia* que continuaba la de Polibio. Plutarco, a quien se debe la conservación de muchos fragmentos suyos, se refiere aquí al recogido en *FGrHist* 87 F 40.

[9] Catón de Útica, o Catón el Menor, cuya dedicación a la filosofía es el aspecto de su vida que Plutarco quiere destacar en este momento, al presentarlo como el objeto de la *aemulatio* de Bruto. Es protagonista de otra biografía de Plutarco, emparejada con la de Foción. Su bisabuelo fue Catón el Viejo, o Catón el Censor, cuya vida también narró Plutarco junto con la de Arístides.

[10] Plutarco parece querer solucionar, con esta insistencia en el tipo de parentesco que unía a Catón y a Bruto, la falta de precisión que el término griego *theîon*, que sirve tanto para el tío paterno como para el materno, presenta frente al latín, que distingue perfectamente entre *auunculus*, hermano de la madre, y *patruus*, hermano del padre. Con el primero, con el tío materno, se establecía una relación mucho más estrecha.

[11] Al casarse Bruto con Porcia, la hija de Catón, en el 45 a. C.

[12] Filósofo inclinado al estoicismo que llegó a dirigir la Academia en los años 70 a. C. Cicerón se refiere a él en numerosas ocasiones. Véase W. J. Ta-

hermano de éste, Aristón[13], un hombre inferior a muchos filó-
sofos por su capacidad oratoria, pero comparable a los primeros
4 en moderación y afabilidad. También Émpilo, del que él mismo
en sus cartas[14] y sus amigos recuerdan con frecuencia que vivía
con él, era rétor, y dejó un tratado, pequeño pero no baladí, so-
5 bre la muerte de César, titulado *Bruto*. En latín, Bruto se había
ejercitado bastante en discusiones y debates; en cuanto al grie-
go, cultivaba la brevedad sentenciosa, laconia, como se ha se-
6 ñalado en ocasiones en sus cartas[15]. Como cuando, estando ya
metido en la guerra[16], escribe a los de Pérgamo: «Oigo que ha-
béis dado dinero a Dolabela[17]. Si se lo habéis dado voluntaria-
mente, reconoceréis vuestra falta; si ha sido a vuestro pesar,
7 mostradlo dándomelo a mí voluntariamente». Y, de igual ma-
nera, a los de Samos: «Vuestros consejos son descuidados,
8 vuestras ayudas lentas, ¿cómo pensáis que acabará esto?». Y en
otra carta dice así: «Los jantios, despreciando mi favor, han he-
cho de su patria la tumba de su locura; los patareos, en cambio,

---

TUM, «Plutarch on Antiochus of Ascalon: Cicero 4, 2», *Hermes* 129.1 (2001), 139-142, y N. HORIANOPOULOS, «Antiochus of Ascalon and the philosophical influences on the Neoplatonic thought», *Skepsis* 13-14 (2002-2003), 181-186.

[13] Con quien también Cicerón tuvo trato, *Tusculanas* 5, 22.

[14] Las cartas escritas por Bruto son citadas con frecuencia por Plutarco. Véase, al respecto, J. MOLES, «Plutarch, Brutus and Brutus' Greek and Latin letters», en *Plutarch and his intellectual world: essays on Plutarch*, Judith M. Mossman, ed., Londres, 1997, págs. 141-168.

[15] Las opiniones sobre el estilo de Bruto están recogidas en M. L. CLARKE, *The noblest Roman. Marcus Brutus and his reputation*, Londres, 1981.

[16] Contra Antonio y Octaviano, finalizada en Filipos, el 42 a.C., donde Bruto encontrará la muerte, véase *infra*.

[17] P. Cornelio Dolabela, discípulo y yerno de Cicerón. Véase J. H. Collins, «Tullia's engagement and marriage to Dolabella», *CQ* 47 (1952), 164-168, y J. JACOBS, *P. Cornelius Dolabella in der Korrespondenz Ciceros in den Jahren 49 bis 45 vor Christi Geburt*, Coblenza, 1984.

confiándose a mí, administran todas sus cosas en libertad. Así, podéis elegir entre la decisión de los patareos, o la suerte de los jantios[18]». Tal era el estilo de sus cartas destacables.

Comienzo de la carrera política

Siendo todavía joven, se fue de viaje 3
con su tío Catón, enviado a Chipre[19] con-
tra Tolomeo[20]. Tras el suicidio de Tolo- 2
meo, y viéndose obligado Catón a perma-
necer en Rodas, envió éste a Canidio[21], uno de sus amigos, a
custodiar el tesoro, pero, temiendo que no resistiera a la tenta-
ción del robo, le escribió a Bruto para que navegase rápida-
mente a Chipre desde Panfilia, pues allí estaba, recuperándose
de una enfermedad. Éste se hizo a la mar de muy mala gana, 3
tanto por respeto a Canidio, que estaba injustamente atemoriza-
do por Catón, como por el hecho de no parecerle tal encargo y
asunto de administración ni liberal ni propio de él, todavía jo-
ven y dedicado al estudio. Con todo, se esforzó en la empresa y 4
recibió las alabanzas de Catón; convertidos en dinero los recur-
sos y haciéndose con la mayor parte de esos fondos, navegó ha-
cia Roma.

[18] Janto y Pátara eran dos ciudades de Licia, de modo que la carta iría dirigida a alguna otra ciudad de la región.

[19] Los detalles están relatados en *Catón el Menor* 34, 1-5.

[20] Se trata del hermano menor de Tolomeo Auletes, rey de Egipto. A la muerte de su padre los dos hermanos se habían repartido el reino dividiéndolo entre Egipto y Chipre.

[21] Este personaje no ha sido identificado con claridad. Puede tratarse del Publio Canidio, citado por Veleyo Patérculo, 2, 45, 4, o del Lucio Caninio Gallo, tribuno de la plebe en el 56 a. C. *Cf.* J. Geiger, «Canidius or Caninius?», *Classical Quarterly* 22 (1972), 130-134.

Farsalia

4 Cuando empezó la disensión, Pompeyo
y César ya en armas y estando en peligro el
imperio, era de presumir que tomaría par-
tido por César, pues su padre había sido
muerto, hacía tiempo, por orden de Pompe-
2 yo[22]. En cambio, considerando mejor anteponer el interés común al
personal y creyendo que la causa de Pompeyo para la guerra era
3 más justa que la de César, se puso del lado de aquél. Sin embargo,
antes, cuando se lo encontraba, ni lo saludaba, juzgando un gran
sacrilegio hablar con el asesino de su padre. Ahora, en cambio, ha-
biéndose puesto a sus órdenes como jefe de la patria, navegó a Ci-
licia como lugarteniente de Sestio[23], a quien se le había encomen-
4 dado la provincia. Como allí no había nada importante que hacer y
Pompeyo y César estaban a punto de entablar el combate definiti-
vo, se fue a Macedonia a fin de implicarse voluntariamente en el
5 peligro. En esa ocasión dicen que Pompeyo, contento y admirado,
se levantó al llegar él y lo abrazó, como a hombre poderoso, ante
6 los ojos de todos. En la campaña, el tiempo que no estaba con
Pompeyo, lo empleaba en los libros y el estudio, y no sólo todo el
7 tiempo anterior, sino la misma víspera de la gran batalla[24]. Era ple-
no verano[25], hacía mucho calor y estaban acampados en terreno
pantanoso, pero los que llevaban la tienda para Bruto se retrasaron.
8 A pesar de su agotamiento por todo ello, a mediodía apenas se un-
gía con un poco de aceite y comía algo, y mientras los otros dor-
mían o se preocupaban con disquisiciones sobre el futuro, él, hasta
vísperas, escribía componiendo un epítome de Polibio.

---

[22] En el 78 a. C. *Cf.* PLUTARCO, *Pompeyo* 2, 7 y 16, 4-8.

[23] P. Sestio, cuestor en el 63 a. C., tribuno de la plebe en el 58 a. C. y pretor en el 54 a. C., recibió la Cilicia a principios del 49 a. C., en el reparto de las provincias según la *Lex Sempronia de prouinciis consularibus*. CICERÓN compuso en su defensa el famoso discurso *En defensa de P. Sestio*.

[24] Farsalia.

[25] Agosto del 48 a. C.

Bruto y la Clementia Caesaris

Se cuenta que tampoco César se des- 5
interesó de Bruto y que dijo a los oficiales
que estaban a sus órdenes que no lo mata-
sen en la batalla, sino que le perdonasen
la vida, que se lo llevasen si se entregaba
voluntariamente y si oponía resistencia a ser apresado que lo
dejaran ir y no le hicieran violencia[26]. Se dice que hacía esto
para agradar a Servilia, la madre de Bruto, pues, según parece, 2
había tenido intimidad, siendo joven, con ella, que estaba loca
por él. Y, como quiera que Bruto había nacido justo en la épo-
ca en la que aquel amor ardía, tenía cierta sospecha de que era
hijo suyo[27]. Dicen también que, habiendo llegado al Senado el 3
importante asunto de la conjura de Catilina[28], que poco faltó
para que echara abajo Roma, Catón y César, que estaban uno al
lado del otro, tuvieron opiniones encontradas[29]. En esto, se le
entrega a César una pequeña nota, que viene de fuera; él la lee
en silencio y Catón grita que es terrible lo que hace César, acep-
tando peticiones y cartas de los enemigos. Como la muchedum- 4

[26] El favor de César hacia Bruto destaca como un elemento más de aproximación entre esta biografía y la de Dión, que también gozó de la protección del tirano de Siracusa.

[27] La posibilidad de que Bruto fuera hijo de César ya fue descartada por J. Carcopino, *Les secrets de la correspondance de Cicéron*, 2 vols., París, 1947. Las famosas últimas palabras del dictador, en las que se dirige a su asesino como «hijo», recogidas por Suetonio, *César* 82, 3, han dado lugar a muchas interpretaciones, entre las últimas, la de P. Arnaud, «'Toi aussi, mon fils, tu mangeras ta part de notre pouvoir': Brutus le tyran?», *Latomus* 57.1 (1998), 61-71. A favor de la paternidad de César, véase, por ejemplo, D. Porte, «La perle de Servilia: (note sur la naissance de Marcus Junius Brutus)», *Revue des Études Anciennes* 96 (1994), 465-484.

[28] El 5 de diciembre de 63 a. C.

[29] César se oponía a matar a los conjurados y se mostró partidario de una confiscación de sus bienes y una relegación a la ciudad que Cicerón propusiera; Catón, por su parte, defendió la pena de muerte.

bre se alborota, César entrega la nota tal como estaba a Catón,
que lee una carta desenfrenada de su hermana Servilia. Se la
arroja a César diciendo: «Toma, borracho», y vuelve al hilo de
su argumento y discurso. Así de conocida era la pasión de Ser-
vilia por César[30].

6 Tras la derrota de Farsalia y la huida por mar de Pompeyo,
asediado el campamento, Bruto, sin que nadie se diera cuenta,
atravesó una salida que daba a un lugar pantanoso, lleno de
agua y ramas, y, en la noche, llegó sano y salvo a Larisa[31]. Al
2 escribir desde allí una carta a César, éste se alegró de saberlo a
salvo y, tras darle orden de que se uniera a él, no sólo lo liberó
de toda culpa, sino que lo mantuvo a su lado honrándolo como
3 al que más[32]. Como nadie era capaz de decir a dónde había hui-
do Pompeyo y reinaba la perplejidad, César, yendo en una oca-
sión él solo con Bruto por un camino, quiso saber su opinión, y
4 como le pareció, por sus razonamientos, que se hacía una idea
muy clara de la fuga de Pompeyo, abandonando todas las otras
5 pistas, se dirigió a Egipto. Pero a Pompeyo, que como Bruto
conjeturó, había ido a Egipto, allí lo estaba esperando su desti-
6 no[33]. Bruto también había ablandado a César en relación con
Casio. Defendió incluso al rey de los Gálatas, a Deyotaro[34], y,
aunque fue vencido por la magnitud de las acusaciones, tras
7 muchos ruegos y súplicas logró salvarle gran parte del reino. Se
dice que César, la primera vez que lo escuchó hablar, les dijo a

[30] Suetonio, *César* 50, 3, señala a Servilia como la mujer más amada por César y a la que éste regaló una perla de seis millones de sestercios.

[31] Importante ciudad de Tesalia, al norte de Farsalia.

[32] Sobre la *Clementia Caesaris*, a la que se dedicó un templo tras la guerra civil, son numerosos los testimonios de los antiguos.

[33] Pompeyo fue asesinado apenas llegó a Egipto. *Cf.* Plutarco, *Pompeyo* 79.

[34] La familia de Bruto tenía buena relación con Deyotaro, *Cf.* Plutarco, *Catón el Menor* 12, 2; 15. También fue defendido por Cicerón, *En defensa del rey Deyotaro*.

los suyos: «Este joven no sé lo que quiere, pero lo que quiere lo
quiere con vehemencia». Pues su gravedad y el no ceder ni fá- 8
cilmente ni ante cualquiera que le demandase un favor, sino ac-
tuar basándose en la razón y en la elección de lo mejor, hacía
que sus esfuerzos fueran firmes y eficaces a donde quiera que
los dirigiera. Ante demandas injustas era insobornable por me- 9
dio de la adulación y consideraba la derrota ante los que pedían
de manera vergonzosa (lo que algunos llaman falso pudor[35]) un
deshonor para un hombre elevado. Acostumbraba a decir que
los que no saben negarse a nada daban la impresión de no haber
vivido bien su juventud.

Cuando estaba César a punto de ir a Libia[36], a enfrentarse a 10
Catón y Escipión, confió a Bruto la Galia Cisalpina para bien de
la provincia. Pues las otras, por la soberbia y codicia de aqué- 11
llos a los que se les habían confiado, eran saqueadas como bo-
tín de guerra; para aquélla, en cambio, Bruto fue un alivio y un
descanso de las anteriores desgracias y atrajo a César el agrade- 12
cimiento de todos, de manera que cuando éste recorría Italia a
su regreso, pudo contemplar como el espectáculo más placente-
ro las ciudades que estaban al mando de Bruto y al propio Bru-
to, que acrecentaba su gloria y era una compañía agradable.

Como quiera que había muchas preturas, la que tiene la 7
mayor dignidad, llamada urbana[37], era presumible que la obten-
drían o Bruto o Casio. Unos dicen que éstos, enfrentados calla-
damente por antiguas querellas, acentuaron más su desencuen-
tro por este motivo, aun siendo parientes, pues Casio estaba

[35] De este «falso pudor», habla PLUTARCO en *Moralia* 528c ss., *Sobre la falsa vergüenza.*

[36] Aunque en nuestra traducción mantenemos el término «Libia» para el griego *Libýē*, Plutarco se refiere con esta denominación a África, tanto al continente como a la provincia.

[37] El *praetor urbanus* presidía el Senado en ausencia de los cónsules, además de ser el responsable de la administración de la justicia.

2 casado con Junia[38], la hermana de Bruto. Otros, en cambio, dicen
que esta rivalidad era obra de César, que les hacía concebir secretamente esperanzas a los dos para que así de contrariados y
3 exacerbados llegaran al enfrentamiento. Bruto combatía apoyándose en su fama y virtud frente a las numerosas y brillantes proe-
4 zas de Casio contra los partos. César, una vez los hubo escuchado, deliberando con sus amigos afirmó: «Casio da las razones
5 más justas, pero hay que darle prioridad a Bruto». Casio fue designado para otra pretura[39], pero no agradeció tanto lo que recibió como grande fue el resentimiento que mostró por lo perdido.

6 Bruto, en todo lo demás, participaba del poder de César cuanto quería: si lo hubiese deseado, le habría sido posible ser el
7 primero entre los amigos y el más influyente. Pero la facción[40] de Casio lo arrastraba y lo apartaba de César y, aunque todavía no se había reconciliado con el propio Casio por aquella rivalidad que tenían, sin embargo escuchaba a sus amigos, que le recomendaban no dejarse ablandar y seducir por César, sino escapar de las amabilidades y favores con los que el tirano pretendía, no honrar su virtud, sino mermar su valor y minar su ánimo.

8 No dejaba César de tener sospechas y le llegaban acusaciones contra él, pero si había llegado a temer su ánimo elevado, su autoridad y a sus amigos, también es verdad que se fiaba
2 de su carácter. En una primera ocasión, cuando le dijeron que

[38] Era hija de D. Junio Silano, con quien Servilia se había casado tras la muerte de su anterior marido, M. Junio Bruto.

[39] En el 44 a. C., pues, Bruto fue designado *praetor urbanus* y Casio *praetor peregrinus*.

[40] Como señala L. Ghilli en nota a *Brutus*, Biblioteca Universale Rizzoli, Milán, 2000, pág. 441, es muy significativa, en lugar de la expresión más habitual e imprecisa de *hoi perì* que es la que habitualmente emplea Plutarco, la utilización aquí del término *hetaireía*, que hemos traducido por «facción», y que para un oyente griego, ya desde Alceo, si no antes, tenía unas clarísimas connotaciones políticas.

Antonio y Dolabela[41] estaban preparando una revuelta, dijo que no le inquietaban los hombres gruesos y de larga cabellera, sino los pálidos y delgados, en referencia a Bruto y Casio. Otra vez, 3
como algunos acusaban a Bruto y le aconsejaban que se cuidase de él, dijo, tocándose el cuerpo con la mano: «¿Qué? ¿No creéis que Bruto puede esperar el fin de esta carne?», como si después de él a ningún otro más que a Bruto le cuadrase tener tal poder. Y ciertamente parece que habría sido sin duda el pri- 4
mero en Roma si hubiera aguantado un poco de tiempo siendo el segundo tras César y hubiera dejado que se marchitase su potencia y se extinguiese la fama de sus éxitos. Pero Casio, hom- 5
bre fogoso y más enemigo de César por razones privadas que del tirano por razones públicas, lo encendió y lo apremió. Se 6
dice que a Bruto le resultaba insoportable la dictadura y que Casio odiaba al dictador[42], acusándole, entre otras cosas, del robo de unos leones que él se había procurado en vistas a su cargo de edil[43]. Según él, César se los encontró en Mégara cuando la ciudad fue tomada por Caleno[44] y se quedó con ellos. Estas fieras 7
se dice que fueron una gran desgracia para los megareos, pues éstos, estando ya la ciudad tomada, rompieron los cerrojos y soltaron las cadenas, en la idea de que las fieras iban a ser un es-

---

41 A Dolabela ya nos hemos referido; en cuanto a M. Antonio, fue tribuno de la plebe en el 49 a. C. y cónsul en el 44 a. C., con César hasta la muerte de éste y después con Dolabella.

42 Este pasaje suele ponerse en relación con aquel otro de PLUTARCO, *Alejandro* 47, 10, donde se dice que Hefestión era amigo de Alejandro *(philaléxandros)* y Cratero amigo de la monarquía *(philobasiléus).*

43 Entre las atribuciones del edil estaba la organización de los *ludi*, los juegos. Véase, al respecto, D. SABBATUCCI, «L'edilità romana. Magistratura e sacerdozio», *Memorie della Classe di Scienze morali e storiche dell' Accademia dei Lincei* 6, Ser. 8 (1954), 255-333.

44 Q. Fufio Caleno, cónsul en el 47 a. C. Como *legatus pro praetore* de César en el 48 a. C. se le había encomendado ganarse el favor de la provincia de Acaya.

torbo para los atacantes, pero los leones se lanzaron contra ellos y les dieron caza mientras corrían desarmados, de un modo que incluso para sus enemigos resultó un espectáculo lamentable.

9 De manera que dicen que para Casio ésta fue la principal razón que lo movió a la conjura, pero no es verdad. Pues, desde el principio, en la naturaleza de Casio había una cierta malquerencia y hostilidad hacia la raza de los tiranos, como mostró, siendo todavía un niño, cuando iba a la misma escuela que Fausto[45],
2 el hijo de Sila. Se ufanaba éste entre los demás niños alabando el poder absoluto[46] de su padre y Casio, levantándose, le dio un
3 puñetazo. Como los tutores y familiares de Fausto querían castigarlo y llevarlo a juicio, Pompeyo lo impidió y haciendo a los niños presentarse ante él les preguntó a los dos por el asunto. Se
4 cuenta que allí Casio dijo: «Vamos, Fausto, atrévete a decir ante éste aquellas palabras con las que me irritaste, para que de nuevo te rompa la boca».

5 Tal era Casio. En cuanto a Bruto, lo provocaban muchos argumentos de sus compañeros y lo animaban a la acción con mu-
6 chas palabras y escritos los ciudadanos. Pues en la estatua del antepasado de Bruto, el que había derrocado el poder de los re-
7 yes, escribieron: «Ojalá vivieses» y «Ojalá viviera Bruto». La tribuna del propio Bruto, que entonces era pretor, se encontraba cada día llena de frases tales: «Bruto, ¿duermes?» y «No eres,
8 en verdad, Bruto». Los culpables de estas cosas eran los aduladores de César, inventando para él honores que despertaban envidias y colocando en la noche diademas en sus estatuas, queriendo arrastrar al pueblo a llamarlo rey en vez de dictador.
9 Pero sucedió lo contrario, como se cuenta en detalle en la biografía de César.

---

[45] Fausto Cornelio Sila, hijo del dictador Lucio Cornelio Sila y de Cecilia Metela.

[46] La *monarchía*, equiparada a la dictadura.

La conjura contra César

Cuando Casio estaba intentando poner de acuerdo a los suyos contra César, todos se mostraron conformes si Bruto se ponía al frente de la conjura: pues la empresa no necesitaba brazos ni valor, sino la fama de un hombre cual él era, como si la justicia quedara garantizada con su sola presencia, si era él quien daba comienzo al sacrificio y lo sancionaba. 10
En caso contrario, ellos 2
iban a ser los menos valerosos en la ejecución y, una vez llevado a cabo el plan, los más sospechosos, en la idea de que Bruto no habría rechazado la empresa si hubiera tenido una causa justa. Tras meditar sobre estas cosas, se dirigió por pri- 3
mera vez a Bruto después de aquel desencuentro que habían tenido. Hechas las paces y el intercambio de palabras amables, le preguntó si iba a ir al Senado en las calendas de marzo[47], pues tenía noticia de que los de César iban a hacer alguna propuesta sobre su nombramiento como rey. Al responder 4
Bruto que no iba a ir, Casio dijo: «¿Y qué harás, entonces, si nos convocan?», a lo que Bruto contestó: «Mi deber será entonces no callarme sino resistir y morir por la libertad». En- 5
tonces, Casio, enardecido, dijo: «¿Qué romano soportaría que tú murieras por ella? ¿No te conoces a ti mismo, Bruto? ¿O 6
crees que los que escriben en tu tribuna son los tejedores y los comerciantes y no los hombres principales y más poderosos, que de otros pretores reclaman donativos, teatro y gladiadores, pero de ti, como una deuda hereditaria, el derrocamiento de la tiranía, dispuestos a sufrirlo todo por ti, si te muestras cual ellos te consideran y esperan de ti?». Dicho esto, abra- 7
zando a Bruto y besándolo, reconciliados, se volvió cada uno con los suyos.

---

[47] El primer día del mes, aunque el asesinato de César tuvo lugar, finalmente, en los idus, el 15 de marzo.

11 Había un tal Gayo Ligario[48] entre los amigos de Pompeyo, que había sido por ello acusado y al que César había dejado en
2 libertad. Sin mostrar agradecimiento alguno por haber sido absuelto, sino más bien irritado por ese poder que lo había puesto en peligro, se mostraba enemigo de César y muy próximo al en-
3 torno de Bruto. Como se acercó a su casa con motivo de que estaba enfermo, Bruto le dijo: «Ligario, ¡en qué momento te pones enfermo!». Él, inmediatamente, apoyándose en el codo y cogiéndole la diestra, le dice: «Pero si estás tramando algo digno de ti, Bruto, ya he sanado».

12 Desde entonces, tanteando a escondidas entre los más notables de aquellos en los que confiaban, iban poniendo el asunto en común y asociándolos a su empresa; los elegían no sólo de entre los íntimos, sino de entre cuantos juzgaban que eran auda-
2 ces, valerosos y que despreciaban la muerte. Por eso a Cicerón, que era el primero entre ellos por su confianza y buena disposición, se lo ocultaron, por miedo a que, falto de audacia por naturaleza y habiendo adquirido con el paso del tiempo una cautela senil[49], habituado a razonar todo hasta la extrema seguridad, no fuera a debilitar ese punto de audacia en un asunto que precisa-
3 ba rapidez. Además, de los otros amigos, Bruto deja de lado también a Estatilio[50], el epicúreo, y a Favonio[51], el enamorado de

---

[48] Plutarco llama erróneamente Gayo a Quinto Ligario, otro personaje claramente favorecido por la clemencia de César. Acusado de alta traición, fue defendido por Cicerón *(En defensa de Quinto Ligario)*. Las acusaciones estaban probadas y sólo existía la opción de recurrir a una solicitud de perdón a la que César cedió. Véase K. Kumaniecki, «Der Prozess des Ligarius», *Hermes* 95 (1967), 434-457.

[49] Cicerón tenía en estos momentos sesenta y tres años.

[50] Existe un problema para la identificación de este personaje, únicamente mencionado por Plutarco. En esta biografía de Bruto es citado como epicúreo y, aunque no toma parte en la conjura, permanece fiel a Bruto hasta su muerte en Filipos (*cf. infra*, 51, 5-6). En la biografía de *Catón el Menor* (65, 10; 73, 7) vuelve a aparecer, pero sin que exista la absoluta certeza de que se trate del mismo Estatilio.

[51] Marco Favonio, tribuno de la plebe en el 60 a. C., cuestor en el 59 a. C.,

Catón[52], porque, una vez, dejando caer en una conversación y disputa filosófica un asunto similar, Favonio respondió que una guerra civil era peor que una monarquía ilegal y Estatilio, por su parte, dijo que no le convenía al sabio y sensato correr peligros y sufrir sobresaltos[53] por culpa de gente malvada y sin inteligencia. Labeón, que estaba presente, refutó a los dos. Y Bruto en ese 4 momento no dijo nada, como si el asunto fuese complejo y difícil de discernir, pero después le contó el plan a Labeón. Éste, acogiéndolo con la mejor disposición, consideró que había que 5 atraerse al otro Bruto, de sobrenombre Albino[54], que no es que fuera activo ni resuelto, pero sí poderoso por el gran número de gladiadores que mantenía como espectáculo para los romanos, además de gozar de la confianza de César. Casio y Labeón ha- 6 blaron con él, pero no les respondió nada. Ahora bien, cuando él mismo se encontró con Bruto en privado y se enteró de que era él el caudillo de la empresa, accedió a colaborar con el mejor ánimo. De los demás, a la mayoría y a los mejores los atraía la 7 fama de Bruto y, aunque no se comprometieron mediante juramento, ni recibieron ni dieron garantías mediante sacrificios, todos se mantuvieron unidos, lo guardaron en secreto y lo llevaron a cabo de tal manera que la empresa se ejecutó sin que nadie lo sospechara, pese a haber sido anunciada por oráculos, apariciones y presagios durante los sacrificios.

---

edil en el 52 a.C. y pretor en el 49 a.C. También encontrará la muerte en Filipos, después de ser hecho prisionero.

[52] Plutarco utiliza la expresión *erastḕn Kátōnos*, aquí y en 34, 3, para este *Catonis aemulus*, según SUETONIO, *Augusto* 13, 3.

[53] Como señalan R. FLACELIÈRE y É. CHAMBRY en su edición de la *Vida de Bruto* (*Plutarque. Vies*, t. XIV, *Dion-Brutus*, París, 1978, pág. 170), en el verbo *taráttesthai*, «sufrir sobresalto, perturbación», hay una clara alusión a la *ataraxía*, la «imperturbabilidad» buscada por los epicúreos.

[54] D. Junio Bruto Albino había sido tenido en cuenta por César como posible heredero suyo (PLUTARCO, *César* 64, 1).

13 Bruto, pendientes de él los principales de Roma en espíritu,
linaje y virtud, dándose perfecta cuenta de todo el peligro, en
público, intentaba contener y ordenar sus pensamientos, pero
2 en casa, durante la noche, no era el mismo. A veces la preo-
cupación lo sacaba, a su pesar, del sueño; otras, cuando más im-
buido estaba en sus pensamientos y consumido en las preocu-
paciones, no se le escapaba a su mujer, que descansaba a su
lado, que se encontraba en medio de una agitación desacostum-
brada y que daba vueltas consigo mismo a un proyecto difícil
3 de llevar y de explicar. Porcia era hija, como ya se ha dicho, de
Catón, y Bruto, primo suyo, la había tomado por esposa, no
como doncella sino tras haber muerto su anterior marido, sien-
do todavía una muchacha y teniendo, de aquél, un niño peque-
ño llamado Bíbulo del cual se conserva un librito de recuerdos
4 de Bruto[55]. Siendo como era Porcia cariñosa, amante de su ma-
rido e inteligente, llena de sensatez, no intentó preguntar a su
marido sobre sus secretos antes de haberse sometido a la si-
5 guiente prueba. Cogiendo un pequeño cuchillo, con el que los
barberos cortan las uñas, y tras hacer salir de la habitación a to-
das las sirvientas, se hizo un corte profundo en el muslo, de
modo que la sangre fluyó abundante y después de un poco se
apoderaron de ella fuertes dolores y temblores febriles a causa
6 de la herida. Angustiado e inquieto Bruto, ella, en el punto más
7 alto de su dolor, le habló así: «Yo, Bruto, que soy hija de Catón,
fui entregada a tu casa, no como las concubinas, para compartir
sólo el lecho y la mesa, sino como compañera de lo bueno y
8 también de lo malo. En el matrimonio tu comportamiento ha
sido irreprochable, pero, de mi parte, ¿qué demostración o sig-
no de reconocimiento puedo darte, si no se me permite soportar

[55] Estas memorias, obra de Lucio Calpurnio Bíbulo, son, quizá, la fuente de las anécdotas relatadas por Plutarco en este capítulo. Véase FLACELIÈRE y CHAMBRY, *op. cit.*, pág. 86, y GHILLI, *op. cit.*, pág. 463.

contigo tu sufrimiento secreto ni ese desvelo que exige confian-
za? Sé que la naturaleza femenina es considerada débil para so- 9
portar un secreto. Pero, Bruto, una buena educación y una com-
pañía honrada alguna fuerza tienen sobre el carácter. A mí me 10
cabe ser hija de Catón y mujer de Bruto. Antes no me fiaba de-
masiado de eso, ahora sé que yo misma puedo ser invencible ante
el dolor». Dicho esto le muestra la herida y le explica la prueba. 11
Él, impresionado y levantando los brazos, pidió que los dioses le
concedieran éxito en su empresa y poder mostrarse como digno
marido de Porcia. Y después se encargó de curar a su esposa.

Idus de Marzo

Convocado el Senado, al que se espe- 14
raba que César asistiera, decidieron ac-
tuar. En ese momento tenían la posibili-
dad de reunirse un gran grupo sin levantar
sospechas y tener en el mismo lugar a to-
dos los mejores y más notables varones que, llevada a cabo la
gran empresa, inmediatamente abrazarían la libertad. Parecía 2
también que había algo divino en el lugar y a su favor: existía
un pórtico de los que rodeaban el teatro, que servía como lugar
de sesiones, justo en donde se alzaba una estatua de Pompeyo[56],
colocada por la ciudad cuando adornó aquel espacio con pórti-
cos y un teatro[57]. Allí había sido convocado el Senado a media- 3
dos del mes de marzo (los romanos llaman a ese día Idus de
Marzo), de modo que una divinidad parecía conducir a César
hacia la venganza de Pompeyo[58]. Llegado el día, Bruto salió de 4

[56] *Curia Pompeia.*

[57] El teatro de Pompeyo, inaugurado en el 55 a. C., fue el primero que se construyó en piedra en Roma. *Cf.* más detalles en la *Vida de Pompeyo.*

[58] El particular significado del día (coincidente con la fiesta de Anna Perenna y con los *ludi* en honor de los Manes de Pompeyo) y el lugar elegidos para el asesinato de César, están estudiados en N. HORSFALL, «The Ides of

su casa con un puñal oculto, sabiéndolo únicamente su mujer; los otros, reunidos con Casio, condujeron al Foro a su hijo, que
5 iba a tomar la llamada toga viril[59]. Pasando desde allí todos al pórtico de Pompeyo, esperaban la pronta llegada de César al
6 Senado. En ese momento, muy especialmente, alguien que supiera lo que iba a pasar habría admirado la entereza y presencia de ánimo de estos hombres, porque, obligados por su cargo de pretores a conceder audiencia a muchos, no sólo escuchaban amablemente a los que demandaban y a los que se defendían, como si no tuviesen ninguna preocupación, sino que dieron las sentencias más atinadas en cada caso y tras una reflexión, con-
7 siderando los asuntos con cuidado. Una vez que uno, no queriendo asumir su pena, invocaba a César y daba voces y lo ponía por testigo, Bruto, volviéndose a los presentes, dijo: «A mí César ni me impide actuar según las leyes ni me lo impedirá».

15 Sin embargo, sucedieron por azar muchas cosas que los turbaron. En primer lugar y sobre todo, que César, según avanzaba el día, se retrasase, ya que, habiendo recibido auspicios desfavorables, fue retenido en casa por su mujer[60] y los adivi-
2 nos le impedían salir. En segundo lugar, a Casca[61], uno de los que estaban en el asunto, se le acercó un hombre y, tomándolo de su mano derecha, le dijo: «Tú nos escondiste el secreto, pero
3 Bruto me lo ha revelado todo». Se asustó Casca y el otro, rién-

March. Some new problems», *Greece and Rome* 21 (1974), 191-199. *Cf.* también J. Cressey, «Why the Ides of March?», *Liverpool Classical Monthly* 7 (1982), pág. 60.

[59] Los muchachos, al abandonar la *toga praetexta* y tomar la *toga uirilis*, completamente blanca, entre los dieciséis o diecisiete años, dejaban atrás formalmente la infancia y eran conducidos al Foro para ser presentados a la comunidad.

[60] Calpurnia.

[61] Tanto P. Servilio Casca Longo, tribuno de la plebe en el 43 a. C., como su hermano Gayo participaron activamente en la conjura, como veremos inmediatamente.

dose, le dijo: «¿De dónde te has enriquecido tan rápidamente, dichoso de ti, que puedes competir por la edilidad?». Si no hubiera añadido esto, Casca, confundido como estaba, a punto estuvo por el equívoco de contar el secreto. Al propio Bruto y a 4
Casio, un senador, Popilio Lenas, saludándolos efusivamente y en un suave susurro les dice: «Suplico que todo se os cumpla como lo tenéis pensado y os animo a no retrasaros, pues el asunto ya no se calla». Tras decir así, se fue, habiéndoles dejado la sospecha de que el plan se sabía. En esto, corrió hacia 5
Bruto uno, de su casa, anunciándole que su mujer se moría. Pues Porcia, trastornada por lo que iba a ocurrir y no pudiendo 6
soportar la enormidad de su preocupación, a duras penas aguantaba en casa y a cada alboroto, a cada grito, como las poseídas por los delirios báquicos, se lanzaba afuera, preguntaba a cada uno de los que venía del Foro qué hacía Bruto y le enviaba mensajeros continuamente. Finalmente, como pasaba demasiado 7
tiempo, la fuerza de su cuerpo no aguantó y se debilitó y apagó, su alma angustiada por la duda. Y no le dio tiempo ni a entrar en su habitación, sino que le sobrevino, tal como se encontraba sentada en el medio, un desfallecimiento y un estupor sin remedio, se le mudó el color de la piel y perdió completamente el habla. Las sirvientas, ante esta escena, gritaron y, presentándose a 8
la carrera los vecinos en la puerta, rápidamente se corrió el rumor y se dijo que había muerto. Sin embargo, poco después la 9
cuidaban las sirvientas, repuesta y vuelta en sí. Pero Bruto, alterado como es natural por la noticia que le llegó, no abandonó a pesar de ello el interés común ni se entregó, por su sentimiento, a asuntos personales.

Ya se anuncia que viene César[62], llevado en una litera, pues 16
había decidido, desanimado por los presagios, no sancionar

---

[62] Los hechos narrados en estos capítulos, relativos a la muerte de César, están, como es lógico, desarrollados en la biografía correspondiente del dictador.

nada importante ese día y posponerlo con la excusa de una in-
2 disposición. Al descender de la litera, se le echó encima aquel Popilio Lenas que poco antes rogaba que les saliera bien y derechamente el asunto a Bruto y los suyos y habló largo tiempo con él, que se había puesto en pie y lo escuchaba atentamente. Los
3 conjurados —pues este nombre hay que darles[63]—, sin oír lo que decía, pero suponiendo, a partir de sus sospechas, que denunciaba la conspiración, decayeron en su ánimo y se miraron entre ellos, conviniendo por gestos que no había que esperar a ser apresados sino darse muerte rápidamente ellos mismos. Ya
4 Casio y alguno de los otros había echado mano a las empuñaduras bajo el manto y desenvainado los puñales, cuando Bruto, viendo en la postura de Lenas a alguien necesitado de benevolencia y no a alguien que acusa, no dijo nada, porque estaban rodeados de otros ajenos a la conjura, pero con la alegría de su
5 cara dio ánimo a Casio y los suyos. Poco después, Lenas, tras besar la mano de César, se fue, dejando claro que había hecho algún tipo de ruego por sí mismo o por algo que le interesaba.

17 Una vez que se adelantaron los senadores a la sala de sesiones, los conjurados se colocaron en torno al asiento de César,
2 como si fuesen a tratar algo con él. Se dice que Casio, volviendo el rostro a la imagen de Pompeyo, lo invocó como si pudiera oírlo, mientras Trebonio[64], atrayendo a Antonio junto a las
3 puertas y hablándole, lo retenía fuera. A la entrada de César, el Senado se puso en pie y los conjurados lo rodearon en enjambre tan pronto como se sentó, enviando por delante de ellos a Tilio Címber, que le ruega por un hermano en el destierro. Todos su-

---

[63] Plutarco había afirmado más arriba, 12, 7, que los conjurados no se habían intercambiado garantías ni juramento alguno, de ahí que cuando utiliza la expresión *hoi synōmótai*, «conjurados», lo haga con reticencias.

[64] C. Trebonio, legado de César en la Galia desde el 53 a. C., pretor urbano en el 48 a. C. y *consul suffectus* en el 45 a. C.

plican con él, agarrándose de sus manos y besándole el pecho y
la cabeza. Al principio rechazaba estas peticiones, pero, como 4
no lo soltaban, se levantó por la fuerza. Entonces Tilio, con am-
bas manos, le arrancó la túnica de los hombros y Casca, el pri-
mero, pues se había colocado por detrás, sacando un puñal, se lo
clavó junto al hombro, no muy profundamente. César, agarrán- 5
dose a la empuñadura, gritó fuerte en latín: «Casca, maldito,
¿qué haces?»; Casca, dirigiéndose en griego a su hermano, pidió
ayuda. Herido ya por muchos, mirando a su alrededor y que- 6
riendo apartarlos, una vez que vio a Bruto alzando un puñal con-
tra él, soltó la mano de Casca, que tenía dominada, y, ocultando
la cabeza bajo la toga, entregó su cuerpo a los golpes[65]. Los con- 7
jurados, golpeando ya sin contenerse, como empleaban muchas
espadas contra un único cuerpo, se hirieron entre ellos, de ma-
nera que también a Bruto le alcanzó un golpe en la mano, al que-
rer tener parte en el asesinato, y todos se llenaron de sangre.

Muerto así César, Bruto, colocándose en el medio de la sala, 18
quería hablar y retener al Senado para darles ánimos. Pero los se-
nadores, por miedo, salieron huyendo desordenadamente y hubo
altercados junto a las puertas y confusión, aunque nadie los per-
seguía ni apremiaba, ya que se había tomado de manera firme la 2
resolución de no matar a nadie más y convocar a todos a la liber-
tad. Cuando planeaban la conjura, todos los demás eran del pa- 3
recer de matar junto con César también a Antonio, un hombre
partidario de la monarquía, soberbio, hecho fuerte por la conver-
sación y el trato con el ejército y, sobre todo, porque a su natura-
leza impetuosa y dispuesta a grandes empresas había añadido la
dignidad del consulado, compartiendo poder entonces con Cé-
sar. Pero Bruto se opuso a ese plan, en primer lugar, basando su 4

[65] Frente a un César que muere en silencio al descubrir a Bruto entre sus atacantes, Suetonio es el transmisor de esas «últimas palabras» que se han hecho famosas: *Tu quoque, Brute...*

fuerza en la justicia, en segundo lugar, sugiriendo que había es-
5 peranza de un cambio. Pues no renunciaba a que un hombre de
talento y ambicioso, deseoso de fama como Antonio, quitado del
medio César, se implicase en la liberación de la patria, atraído
6 por ellos y emulando su virtud. Así salvó Bruto a Antonio, aun-
que él, en ese momento, en medio del terror, huyó disfrazado con
7 la ropa de un hombre del pueblo. Bruto y los suyos se retiraron
al Capitolio y con las manos ensangrentadas y mostrando los pu-
8 ñales desnudos animaban a los ciudadanos a la libertad. Al prin-
cipio se formó un griterío y las carreras desordenadas que si-
9 guieron al suceso hicieron ese alboroto mayor. Pero como no
hubo ningún otro asesinato, ni se saqueó ninguno de los bienes
que había allí, los senadores recobraron el ánimo y otros muchos
10 del pueblo subieron al Capitolio junto a los conjurados. Cuando
se reunió la multitud, habló Bruto, con un discurso para ganarse
11 al pueblo y acorde con lo sucedido. Como los jaleaban y les gri-
taban que bajasen, se animaron y descendieron al Foro; los otros
en grupo, pero a Bruto, encargándose de él muchos de los más
notables, lo condujeron en medio de ellos con gran pompa desde
12 la cima y lo colocaron en la tribuna rostral. Al verlo, la muche-
dumbre, aunque ruidosa y dispuesta al alboroto, se dispersó tem-
13 blando y esperó a ver qué pasaba en orden y silencio y cuando se
adelantó, todos atendieron a sus palabras tranquilamente. Que no
a todos les había gustado lo sucedido lo mostraron claramente
cuando Cinna[66] comenzó a hablar y a acusar a César; estallaron
en cólera y lo insultaron, de modo que los conjurados se refugia-
14 ron de nuevo en el Capitolio. Allí, Bruto, temiendo un asedio,
hizo volver a los más ilustres de los que habían subido con ellos,
considerando que no era justo que si no habían participado de la
culpa se viesen envueltos en el peligro.

---

[66] L. Cornelio Cinna, pretor en el 44 a. C., no participó en la conjura pero se unió a los cesaricidas a posteriori.

Sin embargo, al día siguiente, reunido el Senado en el tem- 19
plo de Tellus[67], Antonio, Planco y Cicerón propusieron una am-
nistía y la concordia; se resolvió no sólo la inmunidad para los
conjurados, sino también que los cónsules propusieran medidas
para concederles honores. Una vez votado el decreto, se disol-
vieron. Una vez que Antonio envió a su hijo[68] como rehén al 2
Capitolio, se presentaron Bruto y los suyos, que fueron reci-
bidos y saludados por todos sin distinción. Antonio invitó a 3
comer a Casio, Lépido[69] a Bruto, y a los otros el que tenía más
familiaridad o amistad con cada uno. Al amanecer del día si- 4
guiente, vueltos a reunir los senadores, lo primero que hicieron
fue rendir honores a Antonio, como a quien había sabido sofo-
car un germen de guerra civil, después hubo elogios para Bruto
y para los que lo acompañaban de sus amigos y, finalmente,
tuvo lugar la distribución de las provincias. A Bruto se le asig- 5
nó Creta, a Casio Libia, a Trebonio Asia, a Címber Bitinia, y al
otro Bruto la Galia Cisalpina.

Después de esto comenzó a hablarse del testamento de Cé- 20
sar[70] y su funeral. Antonio pidió que la lectura del testamento
fuese pública y que la conducción del cadáver no se hiciera a
escondidas ni sin honores, no fuese a irritar esto al pueblo. Ca-
sio se opuso con fuerza, pero Bruto cedió y fue del mismo pa-
recer que Antonio, con lo que pareció cometer un segundo
error: al perdonar a Antonio se ganó la acusación de haber le- 2
vantado como muralla contra la conjura a un enemigo duro y

---

[67] Se trata del templo de Tellus, consagrado en el 268 a. C.

[68] M. Antonio Antillo, hijo de Antonio y Fulvia.

[69] M. Emilio Lépido fue pretor urbano en el 49 a. C. y cónsul con César en el 46 a. C. La amenazante presencia de sus tropas explica la huida de los conjurados al Capitolio de la que Plutarco acaba de hablar (Dión Casio, 44, 22, 2-3). Posteriormente, tuvo que asumir las medidas conciliadoras de Antonio. *Cf.* L. Hayne, «Lepidus' role after the ides of March», *Acta Classica* 14 (1971), 109-117.

[70] El testamento se abrió el 19 de marzo en casa de Antonio.

difícil de combatir y, ahora, al permitir que el funeral se hiciese
3 al modo que le pareció bien a Antonio, completó su error. Para empezar, como se les concedió en el testamento setenta y cinco dracmas a cada romano y al pueblo los jardines del otro lado del río, donde ahora está el templo de Fortuna[71], se apoderó de los
4 ciudadanos un afecto y una añoranza de él extraordinarios. Después, tras conducir su cadáver al Foro, cuando Antonio pronunciaba el elogio según lo acostumbrado[72], al ver a la muchedumbre conmovida ante sus palabras, las mudó en lamento y, tomando la ropa de César, la desplegó ensangrentada, mostran-
5 do los cortes y los numerosos golpes. Entonces ya se vio que no se podía continuar en orden, sino que unos gritaban que había que matar a los asesinos, otros, en cambio, como en otros tiempos en el funeral del demagogo Clodio[73], arrancando de los talleres los asientos y las mesas, haciendo un montón, levantaron
6 una enorme pira y colocando encima el cadáver lo quemaron en
7 medio de los muchos templos e inviolables lugares de asilo. En cuanto el fuego resplandeció, corriendo de un lado y de otro y llevando antorchas medio quemadas, se precipitaron a casa de los asesinos de César como para quemarlas: pero aquéllos ya se
8 habían protegido bien, repeliendo el peligro. Había un tal Cinna[74], un poeta, que no tenía ninguna culpa, sino que incluso ha-

[71] Se trata del templo a la *Fors Fortuna* levantado a instancias de Tiberio en el 17 d. C.

[72] La *laudatio funebris* que, en su origen, se pronunciaba sobre la tumba, se realizaba ahora en el Foro, antes del entierro. El gesto teatral que Plutarco atribuye a Antonio, desplegando la túnica ensangrentada de César, era, desde luego, la mejor invocación a la venganza, pese a las decisiones que el biógrafo atribuye al mismo Antonio encaminadas a apagar toda chispa de enfrentamiento civil.

[73] P. Clodio Pulcro, conocido sobre todo por el escándalo de la *Bona dea*.

[74] C. Helvio Cinna, tribuno de la plebe. ZIEGLER considera que la precisión *poiētikòs* es el añadido de un glosador que sabía de la existencia del poeta Cinna. A esta opinión se adhieren también FLACELIÈRE y CHAMBRY. Hay, sin embargo,

bía sido amigo de César. Tuvo un sueño en el que invitado por 9
César a comer había rehusado; como aquél insistió y lo obligó,
acabó dejándose llevar cogido de la mano a un lugar inmenso y
sombrío, a donde lo había acompañado contra su voluntad y
con el alma en vilo. A causa de esta visión le sobrevino fiebre 10
durante la noche; sin embargo, al romper el día, dándole ver-
güenza no acompañar la conducción del cadáver, se unió a la
multitud ya enardecida. Al verlo, tomándolo no por el Cinna 11
que era sino por aquel que hacía poco había hablado mal de Cé-
sar ante la asamblea, lo hicieron pedazos.

Temerosos por este suceso, sobre todo tras el cambio de An- 21
tonio, Bruto y los suyos se fueron de la ciudad y se quedaron,
en un principio, en Anzio[75], como para volver de nuevo a Roma
en cuanto se calmase y apagase el odio, algo que pensaban que 2
iba a suceder fácilmente con una plebe arrastrada por movi-
mientos variables y rápidos, con un Senado que les era favora-
ble y que, aunque había permitido que quedasen impunes los
asesinos de Cinna, había buscado y apresado a los que se habí-
an precipitado contra las casas de los conjurados. El pueblo, de 3
hecho, ya estaba disgustado, con Antonio casi instalado en la
monarquía, y echaba de menos a Bruto, al que esperaba ver
asistir a los espectáculos que como pretor le correspondía ofre-
cer. Él, sabedor de que muchos de los que habían combatido a 4
las órdenes de César y recibido de él tierra y ciudades conspira-
ban contra él y se infiltraban en pequeños grupos en la ciudad,
no se atrevió a ir, pero el pueblo contempló, aunque sin contar
con su presencia, unos espectáculos organizados sin reparar en

---

autores que defienden la identificación entre ambos, el tribuno de la plebe y el poeta, *cf.* J. D. Morgan, «The death of Cinna the poet», *Classical Quarterly* 40 (1990), 558-559, que se basa en un pasaje de Ovidio, *Ibis* 539-540. En contra, C. Deroux, «Le *praenomen* du poète (et tribun de la plèbe?) Helvius Cinna: Catulle X, 29-30 et Valère Maxime IX, 9, 1», *Latomus* 61.4 (2002), 971-972.

[75] En el Lacio, a 52 km de Roma.

5 gastos y magníficamente. Había comprado gran número de fieras y ordenó que ninguna se vendiera ni reservara, sino que se utilizaran todas; en cuanto a los artistas de Dioniso, él mismo
6 bajó a Nápoles para tratar con la mayoría. Sobre un tal Canutio, que tenía mucho éxito en el teatro, escribió a sus amigos para que intentaran convencerlo de que fuera; pues no convenía obligar por la fuerza a ninguno de los griegos. Escribió también a Cicerón rogándole que asistiera a todos los espectáculos.

22 Así las cosas, tuvo lugar otro cambio con la llegada del joven César[76]. Éste era hijo de una sobrina de César, hijo y heredero
2 suyo por testamento. Estaba en Apolonia[77] cuando César fue asesinado, siguiendo estudios y esperando por él, que había decidi-
3 do marchar contra los partos. Nada más conocer la desgracia fue a Roma y, tomando el nombre de César como principio de su demagogia y distribuyendo el dinero heredado entre los ciudadanos, se enfrentó a Antonio atrayendo con su prodigalidad y dirigiendo a muchos de los que habían luchado a las órdenes de
4 César. Una vez que Cicerón, por odio a Antonio, se puso del lado de César, Bruto lo atacó con fuerza, escribiendo que no es que Cicerón soporte mal un amo, sino que teme a un amo que lo odie, de modo que practica la política de elegir una esclavitud más humana escribiendo y diciendo que César es un buen hombre: «Nuestros antepasados», escribe, «no aceptaron como amos ni a
5 sus propios padres». En cuanto a él, en ese preciso instante, no tenía determinado de forma clara si luchar o quedarse a la espe-
6 ra, pero una única cosa estaba decidida, no ser esclavo. Le extrañaba que Cicerón, si temía una guerra civil y peligrosa, no temiera una paz vergonzosa y sin gloria y pagase como sueldo de echar a Antonio de la tiranía el colocar como tirano a César.

---

[76] El futuro Augusto.

[77] Ciudad de la costa albanesa, en el Adriático. Era en esos momentos un importante centro cultural.

Bruto abandona Italia

Tal era Bruto en sus primeras cartas. 23
Pero cuando ya se dividen unos en favor
de César y otros del lado de Antonio, ven-
diéndose los ejércitos como en subasta a
quien dé más, completamente desespera-
do de su causa, decidió abandonar Italia por tierra a través de
Lucania y llegó hasta Velia[78], junto al mar. Porcia, que tenía 2
que regresar a Roma desde allí, intentaba ocultar su absoluta
aflicción, pero un cuadro la delató, a ella tan sensata en lo de-
más. Era un tema de poesía griega, la despedida de Héctor y 3
Andrómaca, que recogía al niño de brazos de su marido con los
ojos fijos en él. A Porcia que la contemplaba, esta imagen del 4
dolor la fundió en lágrimas y, volviendo muchas veces al día su
mirada hacia ella, lloraba. Un tal Acilio, amigo de Bruto, reci- 5
taba lo que le decía Andrómaca a Héctor: «Héctor, tú eres para
mí padre y madre soberana, y hermano; tú eres mi floreciente
compañero de lecho»[79]. Bruto, sonriendo, dijo: «A mí, en cam- 6
bio, no me parece bien decirle a Porcia lo de Héctor, "yendo
para casa, cuídate de tus cosas, coge el telar y da órdenes a las
sirvientas"[80], pues si por la naturaleza de su cuerpo es relegada 7
de proezas iguales a las nuestras, en patriotismo muestra un va-
lor semejante». Esto ha dejado escrito el hijo de Porcia, Bíbulo.

Estancia en Atenas

Yéndose de allí, Bruto navega hacia 24
Atenas. El pueblo lo acoge con buena dis-
posición de ánimo, con alabanzas y de-
cretos honoríficos[81]. Allí vivía en casa de
un huésped suyo y asistía a las lecciones

[78] Elea, colonia focense, patria de Parménides y Zenón.

[79] *Ilíada* VI, 429-430.

[80] *Ilíada* VI, 490-491.

[81] Dión Casio, 47, 20, 4, añade que los atenienses decidieron erigir unas

del académico Teomnesto[82] y del peripatético Cratipo[83], filo-
sofando con ellos, y parecía completamente desocupado y
2 ocioso. Sin embargo, preparaba la guerra sin que nadie lo sos-
pechara. Pues envió a Macedonia a Heróstrato, intentando ga-
narse a los ejércitos que estaban allí, y se atrajo y unió a él a los
3 jóvenes de Roma que estudiaban en la ciudad. Entre ellos esta-
ba el hijo de Cicerón[84], al que alaba sobremanera y del que dice
que, tanto si está despierto como si duerme, se admira de que
4 sea tan sensato y con tal odio a la tiranía. Cuando empezó a
manejar el asunto abiertamente, enterado de que unos barcos
romanos cargados de dinero venían de Asia y que iba a bordo,
como general, Apuleyo, un hombre amable y conocido suyo,
5 salió a su encuentro en Caristo. Tras entrevistarse, convencer-
lo y hacerse con los barcos, le preparó un recibimiento brillan-
6 tísimo. Pues era también el día del cumpleaños de Bruto. Lle-
gado el momento de beber, hacían libaciones por la victoria de
Bruto y la libertad de Roma y, queriendo animarlos todavía
más, pidió una copa mayor y tomándola, sin ningún motivo,
recitó este verso: «Me ha matado la Moira cruel y el hijo de
7 Leto»[85]. Y los historiadores añaden que cuando salía a su últi-
ma batalla en Filipos les fue dada de su parte como señal a los
soldados «Apolo». Por eso consideran aquel dicho como un
símbolo de su desgracia.

---

estatuas en bronce de Bruto y Casio para colocarlas al lado de los famosos Harmodio y Aristogitón.

[82] Teomnesto de Náucratis, filósofo académico.

[83] Cratipo de Pérgamo, buen amigo de Cicerón, gracias al cual obtuvo la ciudadanía romana.

[84] Marco, hijo de Cicerón y Terencia.

[85] Palabras de Patroclo moribundo a Héctor, *Ilíada* XVI, 849.

Preparativos para la guerra

Después de esto, Antistio le da quinientos mil dracmas del dinero que él mismo llevaba a Italia y cuantos soldados de Pompeyo todavía andaban errantes por Tesalia se unieron a él voluntariamente. 25
También le arrebató a Cinna quinientos soldados de a caballo que llevaba a Dolabela, en Asia. Llegado por mar a Demetría- 2
de[86], se hizo con las muchas armas que estaban a punto de ser enviadas a Antonio, armas que se habían fabricado para la guerra contra los partos por orden del primer César.

El pretor Hortensio[87] le entregó Macedonia y los reyes y po- 3
derosos del entorno se reunían con él y se sumaban a su causa. Se anuncia entonces que Gayo[88], hermano de Antonio, llegado de Italia, se dirige a toda prisa a las fuerzas que Vatinio tiene en Epidamno[89] y Apolonia. Quiere Bruto adelantarse y hacerse 4
con esas tropas, de modo que pone en marcha inmediatamente a las que tiene con él y, atravesando tierras difíciles y soportando la nieve, dejó muy atrás a los que llevaban las provisiones. Entonces, estando ya cerca de Epidamno, debido al cansancio y al frío sufrió una bulimia. Sobreviene esta enfermedad espe- 5
cialmente a los que, en pleno invierno, se fatigan, ya sean bestias de carga u hombres. Se debe a que el calor, por enfriamiento y condensación, cuando se queda atrapado dentro, consume de golpe todo el alimento; o bien a que una ráfaga aguda y ligera de la nieve al deshacerse corta el cuerpo y destruye el calor que éste emite hacia afuera. Pues parece que los sudores los 6
provoca el calor cuando se mezcla con el frío, que lo apaga

[86] Ciudad de Tesalia fundada por Demetrio Poliorcetes.

[87] Hijo del famoso orador Q. Hortensio Hortalo.

[88] Gayo, hermano de Antonio, sustituyó a Bruto como pretor urbano en el 44 a. C.

[89] Antigua colonia fundada por Corinto y Corcira en el 627 a. C.

cuando sale a la superficie. Sobre esto he hablado largamente en otro lugar[90].

26 Como Bruto desfallecía y en el campamento nadie tenía nada de comer, se vieron obligados los que estaban con él a recurrir a los enemigos y yendo hasta las puertas pedían pan a los
2 centinelas. Éstos, al oír la desgracia de Bruto, se presentaban ellos mismos llevando alimento y bebida. En recompensa, Bruto, cuando tomó la ciudad, los trató humanamente no sólo a ellos sino a todos los demás por causa de ellos.

3 Gayo Antonio, ya en Apolonia, llamaba con él a los soldados que andaban cerca. Pero una vez que vio que ellos se unían a Bruto y se dio cuenta de que también los de Apolonia eran del parti-
4 do de Bruto, abandonó la ciudad y se fue a Butroto[91]. Para empezar, pierde tres cohortes en el camino, masacradas por Bruto. Después, al intentar someter por la fuerza las posiciones ya ocupadas en torno a Bilis y trabando batalla con Cicerón[92], es derrotado. Pues Bruto tenía a aquél como general y le debía muchos
5 éxitos. Al dar con Gayo y su ejército totalmente disperso en unos terrenos pantanosos, no permitió que cayeran sobre él, sino que lo rodeó con la caballería dando instrucciones de que le perdonaran la vida, en la idea de que esos soldados en breve se unirían a él. Así sucedió, efectivamente, pues se entregaron ellos mismos con su general, de manera que ya había congregada en torno a Bruto
6 una gran fuerza militar. Durante mucho tiempo retuvo a Gayo, tratándolo con consideración, y no le quitó las enseñas de su ejército, aunque, dicen, otros muchos, entre ellos Cicerón, le escri-
7 bían desde Roma diciéndole que lo matara[93]. Pero cuando empe-

---

[90] *Charlas de sobremesa* 6, 693ss.

[91] Ciudad del Epiro, en la costa, frente a Corcira.

[92] Se trata del ya mencionado Marco, hijo del orador.

[93] *Cf.* CICERÓN, *Cartas a Bruto* 1, 2, 5. Sobre estas cartas, véase L. CANFORA, «Il *corpus ad Brutum*», *Ciceroniana* 10 (1989), 191-208.

zó a tener conversaciones secretas con los generales y a organizar
una revuelta, lo embarcó en una nave y lo tuvo vigilado. Los sol- 8
dados corruptos se habían retirado a Apolonia y llamaban allí a
Bruto; él les dijo que no era ésta la costumbre de los romanos,
sino que eran ellos los que tenían que dirigirse a su general y pe-
dirle con súplicas que abandonara la cólera contra ellos por sus
errores. Una vez que fueron a él y le rogaron, los perdonó.

Cuando estaba a punto de pasar a Asia, le llegó la noticia del 27
cambio producido en Roma. Pues el joven César, fortalecido
por el Senado contra Antonio, lo había expulsado de Italia. Pero
él mismo ya se hacía temer, pretendiendo el consulado al mar-
gen de la ley y alimentando un enorme ejército que la ciudad en
absoluto necesitaba. Al ver que el Senado se sentía a disgusto 2
por todo ello y que volvía la mirada hacia afuera, a Bruto, y que
por votación lo había confirmado en el gobierno de las provin-
cias, sintió miedo y convocó a Antonio a una alianza. Tras 3
apostar sus fuerzas en la ciudad, tomó el consulado, no siendo
un completo jovencito, pero con sólo veinte años, como él mis-
mo dijo en sus memorias. Inmediatamente llevó contra Bruto y 4
los suyos una acusación de asesinato, ya que habían hecho ma-
tar sin juicio a un hombre que ostentaba las más altas magistra-
turas. Nombró como acusador de Bruto a Lucio Cornificio[94], y
de Casio a Marco Agripa[95]. Fueron juzgados en rebeldía y los
jueces obligados a pronunciar una sentencia. Se dice que cuan- 5
do el heraldo llamó, según era costumbre, a Bruto a juicio des-
de el estrado, el pueblo se lamentó de forma manifiesta mien-
tras los nobles guardaban silencio mirando al suelo y que
Publio Silicio fue visto llorar y por esta causa poco después es-
tuvo entre los condenados a muerte. Tras esto, reconciliados los 6

---

[94] Tribuno de la plebe en el 43 a. C. y cónsul en el 35 a. C.

[95] M. Vipsanio Agripa, que llegará a ser yerno de Augusto, fue pretor en el 40 a. C. y cónsul en el 37, el 38 y el 27 con Augusto.

tres, César, Antonio y Lépido[96], se repartieron las provincias y proscribieron y condenaron a muerte a doscientos hombres[97], entre ellos, Cicerón[98].

En Asia

28 Cuando llegó noticia de todo ello a Macedonia, Bruto se vio obligado a escribir a Hortensio para que matara a Gayo Antonio en venganza de Bruto y de Cicerón, del uno como amigo, del otro como próximo por parentesco[99]. Por esta razón, después, cuando Antonio hizo prisionero a Hortensio en Filipos, lo degolló sobre la
2 tumba de su hermano. Bruto decía que sentía más vergüenza por causa de la muerte de Cicerón que pena por la desgracia y acusaba a sus amigos en Roma. Decía que su esclavitud era más culpa suya que de los tiranos y que toleraban ver y asistir a cosas que ni siquiera deberían soportar oír.
3 Tras hacer pasar el ejército, que ya era espléndido, a Asia, preparó una flota en Bitinia, junto a Cícico[100], y él mismo, por tierra, apaciguaba las ciudades y concedía audiencia a los pode-
4 rosos. Hizo volver a Casio de Egipto a Siria, recordándole que

---

[96] Integrantes del segundo triunvirato, empeñados, formalmente, en la restauración de la República.

[97] En virtud de la *lex Pedia de interfectoribus Caesaris*.

[98] En los sucesos narrados en este capítulo, muy condensados, es fundamental la figura del orador. Puede consultarse tanto la correspondencia del propio Cicerón como la biografía que le dedicó Plutarco.

[99] La ambigüedad de esta frase propicia que pueda entenderse de dos maneras: o bien se trata de la venganza de Bruto, que había perdido en Cicerón a un amigo, y del hijo de Cicerón, que había perdido a su padre (Flacelière y Chambry), o bien Plutarco se refiere a que había que vengar al otro Bruto, Albino, ya citado en 12, 5, muerto también por orden de Antonio, y a Cicerón (Ghilli).

[100] Colonia de Mileto, en la actual Turquía.

no era para hacerse ellos mismos con el poder sino con el fin de liberar a la patria por lo que andaban errantes reuniendo un ejército con el que liquidar a los tiranos. Era necesario, pues, que 5
recuerden y vigilen su propósito de partida, para no alejarse demasiado de Italia, sino dar allí mismo la batalla y ayudar a los ciudadanos. Obedeció y regresó Casio, que le salió al encuen- 6
tro. Se encontraron en Esmirna, por primera vez desde que, separándose en el Pireo, habían salido el uno hacia Siria y el otro hacia Macedonia. Grande fue el placer y el ánimo que sintieron 7
ante las fuerzas que cada uno había conseguido. Pues habiendo salido de Italia como los más despreciables de los desterrados, sin recursos y sin armas, sin una sola nave equipada, sin un soldado, sin una ciudad a su favor, no mucho tiempo después estaban en esta situación, con naves, con infantería, con jinetes y con recursos económicos, preparados para luchar por el mando de Roma.

Quería entonces Casio que tuviesen y compartiesen los mis- 29
mos honores, pero Bruto se le anticipaba, yendo con mucha frecuencia a verlo a él, que lo superaba en edad y que no podía fatigar su cuerpo en la misma medida. Existía la opinión de que 2
Casio era temible en los asuntos de la guerra, duro de carácter, y que se hacía obedecer gracias al miedo, pero muy afable con sus íntimos y proclive a las bromas. Bruto, en cambio, dicen 3
que era apreciado por la mayoría por su virtud, amado por sus amigos, admirado por los mejores, y que ni siquiera los enemigos lo odiaban, porque era un hombre sobre todo amable y generoso, que no se dejaba llevar[101] por la ira, ni el placer ni la am-

[101] Del mismo modo que en 12, 3, en relación con el epicúreo Estatilio, hay una clara alusión a la *ataraxía* epicúrea, que hemos señalado en la nota correspondiente, ahora, en esta caracterización de Bruto, aparece la famosa impasibilidad estoica, la *apátheia*. Plutarco describe así al personaje: *pròs pā́san orgē̃n kaì hēdonḗn kaì pleonexían apathḗs*.

bición, y mantenía su opinión recta e inflexible, velando por lo
4 que consideraba bueno y justo. La confianza en la rectitud de
sus decisiones fue lo que contribuyó más a su fama y a la bue-
na disposición hacia él. Pues ni siquiera de aquel gran Pompe-
yo, si hubiera matado a César, se esperaba que hubiese someti-
do su fuerza a la ley, sino que retuviese el poder, apaciguando
al pueblo con el nombre de consulado, dictadura o alguna otra
5 forma más blanda de gobierno. En cuanto a Casio, un hombre
impetuoso y apasionado y que en muchas ocasiones se apartaba
de lo justo en favor de lo más ventajoso, más bien pensaban que
si combatía y andaba errante y corría peligros, sería para asegu-
rarse para sí mismo algún poder y no por la libertad de los ciu-
6 dadanos. Pues ya desde siempre, los Cinnas[102], Marios[103] y Car-
bones[104], poniendo a la patria como premio y recompensa,
habían luchado casi explícitamente en favor de la tiranía. Pero
7 a Bruto, dicen, ni siquiera los enemigos le lanzaban una acusa-
ción tal; al menos muchos oyeron a Antonio decir que pensaba
que sólo Bruto se había enfrentado a César movido por la glo-
ria y por la belleza de tal acción, mientras que los otros se ha-
8 bían levantado contra él por odio y envidia. Que Bruto estaba
confiado no tanto en la fuerza como en la virtud, es evidente a
9 partir de sus cartas. A Ático le escribió, estando ya cerca del pe-
ligro, que se encontraba en el punto más hermoso de su destino,
pues, o venciendo liberaría al pueblo de Roma o, muriendo, es-

---

[102] L. Cornelio Cinna, cónsul desde el 86 a. C. hasta su muerte en el 84 a. C. Las fuentes antiguas critican la ausencia de legalidad en su mandato. PLUTARCO se refiere a él en *Sila* 22, 1: «en Roma Cinna y Carbón angustiaban con todo tipo de violencias e ilegalidades a los hombres más ilustres». *Cf.* B. R. KATZ, «Studies on the period of Cinna and Sulla», *L'Antiquité Classique* 45 (1976), 497-549 y, especialmente, M. LOVANO, *The age of Cinna: crucible of late Republican Rome*, Stuttgart, 2002.

[103] C. Mario, cónsul siete veces. *Cf.* PLUTARCO, *Mario* 47, 6.

[104] Gneo Papirio Carbone, cónsul con Cinna en el 85 y 84 a. C.

caparía a la esclavitud, y estando todas las demás cosas seguras
y firmes, sólo una era incierta, vivir con libertad o morir. Decía 10
también que Marco Antonio pagaría un justo castigo por su locura, que pudiendo ser contado entre los Brutos, Casios y Catones[105], se entregó a Octavio como un gregario, y si ahora no es 11
vencido con él, poco después luchará contra él. En estas cosas parece haber profetizado bien el futuro.

Cuando se encontraban en Esmirna, le pidió a Casio una 30
parte de las riquezas que había reunido en gran cantidad. Pues había gastado lo que tenía construyendo una flota tal con la que tuvieran bajo su mando todo el Mediterráneo. No permitían los 2
amigos de Casio que se lo diese, diciendo así: «No es justo que lo que tú, economizando, conservas y reúnes ganándote el odio, él, arrebatándotelo, se gane al pueblo y tenga contentos a los soldados». Sin embargo, le dio una tercera parte del total.

Separándose de nuevo, cada uno se dedicó a lo que tenía en- 3
comendado. Casio tomó Rodas, aunque no se portó con moderación, pese a contestar así a los que lo saludaban como rey y señor a su entrada: «Ni rey ni señor, sino el que ha matado y castigado al rey y señor». Bruto, por su parte, reclamaba de los licios dinero y tropas. Una vez que el demagogo Naucrates per- 4
suadió a las ciudades para hacer defección y tomaron unas colinas como para impedir el paso a Bruto, éste envió en primer lugar contra ellos a la caballería, mientras comían, y mató a seiscientos; después, haciéndose con plazas fuertes y ciudade- 5
las, los dejó ir a todos sin pedir rescate, pretendiendo ganarse a este pueblo con la benevolencia. Pero ellos eran orgullosos y 6
sentían cólera por el daño sufrido y desprecio por la moderación y el trato humano; finalmente, arrinconó a los más belico-

[105] Bruto y Casio, asociados interesadamente al recuerdo de Catón, forman con él una tríada de luchadores por la libertad opuesta a la tríada tiránica mencionada más arriba.

7 sos de ellos en Janto y los asediaba. Intentaron huir atravesan-
do a nado el río que corre junto a la ciudad, pero fueron atrapa-
dos mediante redes echadas en lo profundo del vado, cuyos ex-
tremos, con unas campanillas, avisaban rápidamente de que
8 había alguno apresado. Una noche, los jantios hicieron una es-
capada y prendieron fuego a unas máquinas de guerra, pero al
darse cuenta los romanos***[106] los arrinconaron junto a la mu-
ralla. Un viento fuerte lanzó contra los parapetos la llama, al-
canzando algunos edificios vecinos. Bruto, temiendo por la ciu-
dad, ordenó apagar el fuego y llevar socorro.

31 Pero se apoderó repentinamente de los licios una terrible
desesperación, más fuerte que la razón, semejante más bien a
2 un cierto deseo de morir. Con sus hijos y mujeres, libres y es-
clavos y de toda edad, arrojaron proyectiles desde las murallas
contra los enemigos que venían a ayudar a apagar el fuego, y
ellos mismos, cogiendo cañas y palos y todo tipo de combusti-
ble, llevaban contra la ciudad el fuego, prestándole todo tipo de
material, excitándolo y alimentándolo de todos los modos posi-
3 bles. Como la llama, extendida y avivada por toda la ciudad,
brilló con fuerza, Bruto, extremadamente afligido con lo ocu-
rrido, galopaba alrededor deseando ayudar y, tendiendo las ma-
nos a los jantios, les pedía que tuviesen compasión y salvasen la
4 ciudad; pero ninguno le hacía caso. Buscaban su propia muerte
de toda forma posible, no sólo los hombres y las mujeres, sino
también los niños pequeños, con griterío y alaridos: unos se
arrojaban al fuego, otros, desde lo alto de las murallas, se preci-
pitaban de cabeza, otros, a las espadas de sus padres ofrecían
5 las gargantas desnudas y ordenaban que les hiriesen. Destruida
ya la ciudad, fue vista una mujer, colgada de una cuerda, con el
cadáver de su hijo pendiendo del cuello e intentando prender

[106] La concisión del relato, en comparación, por ejemplo, con Apiano, hace suponer a ZIEGLER que hay alguna laguna en este texto.

fuego a su casa con una llama ardiendo. Siendo tan trágico el 6
espectáculo, Bruto no soportó verlo, lloró cuando se lo conta-
ron y prometió una recompensa para cualquiera de los soldados
que lograse salvar a un licio. Pero dicen que sólo fueron ciento
cincuenta los que no se escaparon de salvarse. Los jantios en- 7
tonces, después de mucho tiempo, como si el destino cumplie-
ra un ciclo de destrucción, renovaron con su valor la suerte de
sus antepasados: pues también aquéllos, quemando de igual
modo la ciudad en tiempos de las guerras persas, se dieron
muerte a sí mismos[107].

Bruto, viendo que la ciudad de Patara[108] se resistía contra él, 32
no se decidía a atacar y mostraba dudas, temiendo la misma
desesperación, y dejó ir sin pedir rescate a unas mujeres cauti-
vas. Eran las esposas e hijas de varones notables, que contaron 2
cómo Bruto era un hombre extremadamente sensato y justo y
los convencieron para ceder y entregar la ciudad. A partir de 3
ahí, todos los demás se le unieron, volviéndose hacia él por vo-
luntad propia, encontrándolo honrado y bondadoso más allá de
sus esperanzas. Así era él, al menos, que mientras por ese mis- 4
mo tiempo Casio obligaba a los rodios a entregarle cuanto oro
y plata poseían, del que se recogieron unos ocho mil talentos, e
imponía al erario público una multa de otros quinientos talen-

---

[107] La narración de lo sucedido en Janto es mucho más pormenorizada en DION CASIO, 47, 34, 1-3, y APIANO, *Guerras civiles* IV, 77 ss. Así habla Apiano de esta recurrente historia de los jantios: «Y ésta fue la tercera vez que los jantios se inmolaron a sí mismos por su amor a la libertad. Pues en tiempos de Harpago el medo, general de Ciro el Grande, se suicidaron de igual modo antes que aceptar la esclavitud, y la ciudad fue la tumba de los jantios asesinados por Harpago en aquella ocasión. Igual destino dice que sufrieron en época de Alejandro el hijo de Filipo, no soportando obedecer ni siquiera a Alejandro, que había llegado a ser dueño de un imperio tan grande» (traducción de A. SÁNCHEZ ROYO, BCG, Madrid, 1985).

[108] Ciudad licia a 11 km de Janto.

tos, él reclamó a los licios sólo ciento cincuenta talentos, y sin causarles más daño, se fue hacia Jonia.

33 Muchas hazañas dignas de recuerdo llevó a cabo, con premios y castigos según los merecimientos de cada uno. Contaré aquélla de la que él y los mejores de los romanos sacaron ma-
2 yor placer. Cuando Pompeyo el Grande llegó a Egipto por Pelusio, después de huir tras perder la gran batalla contra César, los tutores del rey, un niño todavía[109], estaban en el consejo con sus amigos y tenían opiniones encontradas. A unos les parecía que tenían que acogerlo, a otros que había que echar a ese hom-
3 bre de Egipto. Un tal Teódoto de Quíos, que vivía con el rey como maestro de retórica a sueldo y al que se consideró digno de ocupar un lugar en el consejo a falta de hombres mejores, mostró que unos y otros se equivocaban, los que decían que se
4 le acogiese y los que ordenaban expulsar a Pompeyo: una única cosa convenía en esas circunstacias, acogerlo y matarlo des-
5 pués. Y añadió, para acabar, que un muerto no muerde. El consejo se adhirió a esta opinión y Pompeyo el Grande se convirtió en ejemplo de lo inesperado e imprevisto, obra de la retórica y habilidad de Teódoto, como el mismo sofista decía vanaglo-
6 riándose. Poco después, con la llegada de César, los otros miserables murieron miserablemente pagando su culpa; en cuanto a Teódoto, al que la fortuna concedió un poco más de tiempo para una vida sin gloria, sin recursos y errante, no se le escapó a Bruto cuando llegó a Asia: llevado a su presencia y castigado, tuvo más renombre por su muerte que por su vida[110].

---

109 Tolomeo XIV Filopator.

110 El rétor Teódoto, que figura entre los preceptores del joven rey y que tuvo un papel crucial en la muerte de Pompeyo, aparece también en el relato de Apiano, aunque con alguna variante: se dice que era de Samos y que fue Casio el encargado de ejecutarlo una vez que se lo encontró en Asia (APIANO, *Guerras civiles* II, 84 y 90).

Bruto llamó a Casio a Sardes y salió a su encuentro rodeado de amigos; todo el ejército en armas los aclamó a los dos como *imperatores*[111]. Cual suele suceder en los grandes acontecimientos y cuando son muchos los amigos y generales, tenían acusaciones y reproches que hacerse, de manera que, antes de emprender ninguna otra cosa, inmediatamente después del viaje, se retiraron a una estancia con las puertas cerradas y, sin ningún testigo, empezaron por lanzarse reproches seguidos de insultos y acusaciones. Pasando de ahí a las lágrimas y a una apasionada sinceridad, estaban asombrados sus amigos de la dureza y el tono de esta disputa y temían que fuera a más, pero tenían prohibida la entrada. Marco Favonio, el amante de Catón, filósofo más que por la razón por un calor y una pasión obsesivas, quiso entrar donde ellos, pero se lo impedían los esclavos. No era, sin embargo, tarea fácil contener a Favonio cuando se lanzaba a algo, pues era impetuoso en todo y muy expeditivo. Toda vez que no tenía para él ninguna importancia su rango de senador romano, solía pulir la aspereza de sus intervenciones con el cinismo propio de la libertad de palabra y su inoportunidad acababa siendo aceptada entre bromas. Se abrió paso, pues, por la fuerza entre los presentes y cruzó las puertas recitando con voz fingida las palabras que Homero hizo decir a Néstor: «Escuchadme, que los dos sois más jóvenes que yo»[112], y lo que viene después. Al oírlo, Casio se rió, pero Bruto lo echó fuera llamándolo verdadero perro y falso cínico[113]. No obstante, esto puso término a la disputa y rápidamente se reconciliaron. Casio ofrece una cena y Bruto invita a

---

[111] La concesión de ese título por aclamación suponía el reconocimiento del ejército a los méritos de sus generales.

[112] Así se dirige Néstor a Aquiles y Agamenón en *Ilíada* I, 259.

[113] Se trata de un juego de palabras entre *haplókyna*, «completo perro, verdadero perro», y *pseudókyna*, «falso cínico, falso *perro*», en la medida en que «cínico», *kynikós*, deriva de «perro», *kýōn*.

sus amigos. Ya estaban sentados cuando se presentó Favonio, recién salido del baño. Protestando Bruto porque se presentaba sin haber sido invitado, ordenó que lo llevasen al asiento más elevado, pero él, por la fuerza, se abrió paso y se reclinó en el del medio[114], y el simposio adquirió una alegría no carente de gracia ni impropia de un filósofo.

35 Al día siguiente, Bruto juzgó condenándolo públicamente a
un romano que había sido pretor y se había ganado su confian-
za, Lucio Ocela[115], a quien los de Sardes acusaban de concu-
2 sión. Este asunto afligió sobremanera a Casio, pues él mismo,
pocos días antes, había amonestado en privado a dos amigos su-
yos acusados de las mismas faltas, absolviéndolos en público y
3 manteniéndolos a sus órdenes. De ahí que acusara a Bruto de
estar excesivamente pegado a las leyes y a la justicia en un mo-
4 mento que requería de política y humanidad. Bruto le instaba a
recordar aquellos Idus de Marzo, cuando mataron a César no
porque él robase a todos, sino porque daba la oportunidad de
5 que otros lo hicieran. Si hubiese alguna buena excusa para des-
cuidar la justicia, mejor hubiera sido aguantar a los amigos de
César, decía, que disculpar a los que delinquen entre nosotros,
6 pues en aquel caso hubiéramos ganado fama de cobardes[116],
mientras que ahora, encima de los peligros y trabajos sufridos,
hubiéramos pasado por injustos. Tales eran, pues, los principios
de Bruto.

[114] La disposición de los asistentes a un simposio tenía que ajustarse a unas ciertas normas protocolarias. El propio PLUTARCO trata de este asunto en *Quaest. conv.* 1, 1-3, 615c-620f, donde menciona, precisamente, que entre los romanos el puesto de honor era el del medio.

[115] El nombre de este personaje se debe a una corrección propuesta por C. CICHORIUS, *Romische Studien*, Leipzig, 1922, pág. 254.

[116] Pasaje dudoso en los parágrafos 4 y 6.

Un fantasma se le aparece a Bruto

Cuando estaban a punto de regresar de 36
Asia, se cuenta que Bruto tuvo un gran
presagio. Era, por naturaleza, un hombre 2
que dormía poco y había reducido el tiempo dedicado al sueño con la disciplina y la templanza, no durmiendo nada por el día y, en la noche, sólo el tiempo en el que no tenía nada que hacer ni nadie con
quien hablar, mientras todos descansaban. En aquel momento, 3
ya en guerra, como tenía entre manos los asuntos de los que todo dependía y la mente dirigida a lo que iba a ocurrir, daba alguna cabezada al atardecer tras la cena y ya pasaba el resto de
la noche dedicado a los asuntos urgentes. Y si acababa pronto y 4
terminaba con esas ocupaciones, leía un libro hasta la tercera guardia, momento en el que acostumbraban a reunirse con él
los centuriones y tribunos. Estando, pues, a punto de hacer pa- 5
sar el ejército desde Asia, era la noche muy profunda, su tienda la alumbraba una luz no muy clara y todo el campamento esta-
ba en silencio. Él, envuelto en sus razonamientos y reflexiones, 6
creyó sentir que alguien se acercaba. Girando la vista a la entrada, ve una imagen terrible y singular, de un cuerpo extraño y temible, colocado en silencio a su lado. Tomando ánimo, dijo:
«¿Quién, hombre o dios, eres?, ¿qué quieres de mí?». El fantas- 7
ma respondió con voz baja: «Bruto, soy tu mal *daimon*[117]; volverás a verme en Filipos». Y Bruto dijo, sin turbarse: «Te veré».

Desaparecido el fantasma, llamó a sus esclavos, que afirma- 37
ron que ni habían escuchado voz alguna ni visto ninguna imagen; entonces continuó su vigilia. Pero tan pronto como se hizo
de día, dirigiéndose a Casio le contó la visión. Éste, que cono- 2

---

[117] Este *malus genius* que se le aparece a Bruto y le anuncia su muerte en Filipos puede asimilarse a una Erinia o divinidad vengadora. En *César* 69, 6, Plutarco dice, refiriéndose a esta aparición, que venía a demostrar que el asesinato de César no había sido bien acogido por los dioses.

cía las doctrinas de Epicuro y tenía la costumbre de discutir con Bruto sobre ellas, le dijo: «Es opinión nuestra, Bruto, que no todo lo que percibimos o vemos es verdadero, sino que la percepción es algo fluctuante y engañoso y que nuestra inteligencia es muy rápida en moverse y desplazarse hacia cualquier
3 idea sin necesidad de una base real. En efecto, la imagen que se plasma en la cera se imprime desde fuera, pero el alma del hombre, que contiene ella misma la capacidad de modelar y lo modelado, fácilmente puede por cuenta propia moverse y adornar-
4 se de diversos modos. Lo prueban las diferentes formas de los sueños mientras dormimos; la fantasía las elabora a partir de un ligero impulso y las convierte en sensaciones e imágenes de
5 todo tipo. Su naturaleza es estar siempre en movimiento y ese movimiento es la fantasía o el pensamiento. En tu caso, tu cuerpo fatigado, naturalmente, tiene en suspenso el juicio y lo lleva
6 de un lado a otro. No es verosímil que existan fantasmas ni que, si existieran, tuvieran figura humana, o voz, o la capacidad de acercarse a nosotros. Yo, por mi parte, querría que existieran, para que no sólo con hombres armados, jinetes y naves, sino también con la voluntad de los dioses adquiriéramos coraje, ya que estamos al frente de acciones sagradas y hermosas». Con
7 tales palabras calmaba Casio a Bruto[118]. Al embarcar el ejército, dos águilas, lanzándose a la vez contra los primeros estandartes, se dejaron llevar y, alimentadas por los soldados, los acompañaron hasta Filipos. Allí, un día antes de la batalla, emprendieron el vuelo alejándose.

[118] Sobre este pasaje, F. E. BRENK, «Cassius' 'Epicurean' explanation of Brutus' visions in Plutarch's *Brutus*», en *Relighting the Souls: Studies in Plutarch, in Greek Literature, Religion, and Philosophy, and in the New Testament Background*, Stuttgart, 1998.

Filipos

Bruto había conseguido que se le sometieran la mayor parte de los pueblos vecinos. Y si alguna ciudad o algún soberano se había quedado al margen, ahora, sumándolos a todos, llegaron hasta el mar frente a Tasos. Allí estaba acampado Norbano[119] en un lugar llamado Desfiladeros, junto al monte Símbolo; rodeándolos, los obligaron a retirarse y abandonar el lugar. Y poco les faltó para hacerse con el ejército, habiéndose quedado César atrás por enfermedad, si no se hubiera presentado en su auxilio Antonio con una velocidad pasmosa que Bruto no se podía creer. Llegó César diez días después y acampó frente a Bruto; Antonio, frente a Casio. A la llanura que está en medio de los campamentos los romanos la llaman Campos de Filipo. Y se enfrentaron entonces entre ellas las mayores potencias romanas. En número eran no poco superiores las de César, pero en el orden y el brillo de las armas, el ejército de Bruto se mostró impresionante. De oro y plata gastados despreocupadamente eran la mayor parte de sus armas, aunque en todo lo demás Bruto tenía acostumbrados a sus generales a un género de vida moderado y severo. Pero pensaba que la riqueza que se llevaba en las manos y en torno al cuerpo aportaba algo de orgullo a los que amaban los honores y a los que amaban el lujo los hacía combativos, como si abrazaran sus armas como un tesoro.

Bruto había conseguido que se le so- 38
metieran la mayor parte de los pueblos
vecinos. Y si alguna ciudad o algún sobe-
rano se había quedado al margen, ahora,
sumándolos a todos, llegaron hasta el mar
frente a Tasos. Allí estaba acampado Norbano[119] en un lugar 2
llamado Desfiladeros, junto al monte Símbolo; rodeándolos,
los obligaron a retirarse y abandonar el lugar. Y poco les faltó 3
para hacerse con el ejército, habiéndose quedado César atrás
por enfermedad, si no se hubiera presentado en su auxilio An-
tonio con una velocidad pasmosa que Bruto no se podía creer.
Llegó César diez días después y acampó frente a Bruto; Anto- 4
nio, frente a Casio. A la llanura que está en medio de los cam-
pamentos los romanos la llaman Campos de Filipo. Y se en- 5
frentaron entonces entre ellas las mayores potencias romanas.
En número eran no poco superiores las de César, pero en el or-
den y el brillo de las armas, el ejército de Bruto se mostró im-
presionante. De oro y plata gastados despreocupadamente eran 6
la mayor parte de sus armas, aunque en todo lo demás Bruto te-
nía acostumbrados a sus generales a un género de vida modera-
do y severo. Pero pensaba que la riqueza que se llevaba en las 7
manos y en torno al cuerpo aportaba algo de orgullo a los que
amaban los honores y a los que amaban el lujo los hacía com-
bativos, como si abrazaran sus armas como un tesoro.
César, tras hacer una lustración en su campamento, distribu- 39
yó un poco de trigo y cinco dracmas por persona para el sacri-
ficio. Bruto, censurando esta pobreza o cicatería, comenzó, 2
como es costumbre, por purificar el ejército al aire libre; una
vez que distribuyó cantidad de víctimas sacrificiales entre los
escuadrones y cincuenta dracmas a cada soldado, la tropa
aumentó su buena disposición y valor. Sin embargo, a Casio le 3

[119] C. Norbano Flaco, cónsul en el 38 a. C.

pareció durante la lustración que había un presagio funesto,
4 pues el lictor le presentó la corona del revés. Dicen que antes
una Victoria áurea de Casio se cayó en un espectáculo proce-
5 sional al ser transportada, al resbalar el que la llevaba. Todavía
más: muchas aves carroñeras se acercaban cada día sobre el
campamento y se vieron enjambres de abejas formar grupo en
6 un lugar dentro del campamento[120]. Los adivinos aislaron ese
sitio, para conjurar la superstición que lentamente arrastraba al
propio Casio de las doctrinas epicúreas y tenía completamente
7 acobardados a los soldados. Por esa razón no estaba resuelto a
que se decidiese en ese momento un cambio por medio de una
batalla, sino que le parecía mejor prolongar la guerra, ya que en
recursos eran fuertes, pero en armas y soldados eran inferiores.
8 Bruto, en cambio, buscaba desde el principio decidir con rapi-
dez por medio de un combate decisivo: o devolver la libertad a
la patria o apartar los males de todos aquellos que se veían ago-
biados por los gastos, las campañas militares y las restricciones.
9 De modo que, viendo que su caballería tenía éxito y vencía en
los combates preliminares y escaramuzas, su ánimo se enarde-
ció; por otra parte, algunas deserciones hacia el campo enemi-
go y acusaciones y sospechas de que podía haber más, movie-
10 ron a muchos del entorno de Casio a la opinión de Bruto. Uno
solo de los amigos de Bruto, Atelio, se opuso, aconsejando es-
perar al invierno. Preguntándole Bruto en qué piensa que las
cosas estarán mejor al cabo de un año, dice: «Si más no, al me-
11 nos habré vivido más tiempo». Ante esto, Casio se irritó y Ate-
lio enojó a otros de forma desmedida. Se decidió entablar com-
bate al día siguiente.

---

[120] Otro prodigio relacionado con las abejas aparece en 48, 2. En *Dión* 24, 4, el adivino Miltas interpretaba la aparición de enjambres de abejas en torno a las naves de Dión como un mal augurio, señal de que sus éxitos se marchitarían pronto.

Y Bruto, tras cenar en medio de bellas esperanzas y con- 40
versaciones filosóficas, se fue a descansar. Pero Casio, dice
Mesala[121], cenó junto a él, con unos pocos de sus íntimos, y se
le vió reflexivo y silencioso, contra lo que era su naturaleza. Al 2
acabar de cenar, tomando su mano con fuerza, le habló así,
como solía cuando quería ser afectuoso, en lengua griega: «Te 3
pongo a ti por testigo, Mesala, de que me siento como Pompe-
yo Magno, obligado a jugar en una sola batalla la suerte de la
patria. Tengamos, sin embargo, buen ánimo, fijando los ojos en
Fortuna, de la que no es justo desconfiar aunque nuestra deci-
sión sea la equivocada». Afirma Mesala que con estas últimas 4
palabras Casio se despidió de él abrazándolo. Y que lo invitó al
día siguiente a cenar, ya que era su cumpleaños. Al amanecer 5
del día siguiente, se elevó en el campamento de Bruto y Casio
una túnica púrpura, símbolo de la batalla[122], y ellos dos se en-
contraron en medio del campamento. Así dice Casio: «Que la 6
victoria sea nuestra, Bruto, y que después tengamos una vida de
éxito juntos. Pero como los más importantes de los asuntos
de los hombres son también los más inciertos y, si la batalla se de-
cide de manera diferente a la esperada, no es fácil que nos vea-
mos de nuevo, ¿qué piensas sobre la huida y sobre la muerte?».
Bruto respondió: «Cuando era joven, Casio, y sin experiencia, 7
no sé cómo, dejé escapar una afirmación atrevida en una con-
versación filosófica: acusé a Catón de haberse suicidado[123], en
la idea de que no era religioso ni propio de un hombre retroce-

[121] M. Valerio Mesala Corvino. Fue cónsul en el 31 a. C., político y escritor. Véase R. Hanslik, «M. Valerius Messala Corvinus», *RE* XV (1955), 131-157. Sus *Memorias* están entre las fuentes de Plutarco para la narración de la batalla de Filipos.

[122] Una túnica o estandarte púrpura se levantaba ante la tienda del general como señal de combate. *Cf. Fabio Máximo* 15, 1.

[123] El suicidio de Catón es narrado en detalle en Apiano, *Guerras civiles* II, 98-99.

der ante su *daimon* y huir en lugar de aceptar sin miedo lo que
8 nos toque. Ahora, en cambio, en estas circunstancias, me sien-
to diferente, y si un dios decide que las cosas no vayan bien, no
necesito tener nuevas esperanzas ni planes, sino que me libera-
ré, alabando a la fortuna porque tras dar mi vida a la patria en
aquellos Idus de Marzo, gracias a ella viví otra de libertad y
9 fama». Casio sonrió ante estas palabras y abrazando a Bruto
dijo: «Vayamos con esa idea contra el enemigo. Pues, o vence-
remos, o no tendremos miedo a los vencedores».

10 Después de esto, tuvieron una discusión sobre el orden de la
batalla en presencia ya de otros amigos. Bruto le pidió a Casio
ponerse él mismo al frente del ala derecha, lo cual por expe-
riencia y por edad más bien pensaban que le correspondía a Ca-
11 sio. Sin embargo, Casio se lo concedió y ordenó que se coloca-
ra también a la derecha Mesala, que estaba al frente del batallón
12 más belicoso. Bruto, rápidamente, condujo a la caballería, equi-
pada brillantemente, y puso en orden de combate a la infantería
sin tomarse más descanso.

41 Estaban los de Antonio haciendo fosos desde el terreno pan-
tanoso junto al que había acampado hasta la llanura, para cortar
2 todos los caminos de salida al mar a Casio. César acechaba, no
él mismo, que no estaba presente debido a enfermedad, pero sí
sus fuerzas, que en absoluto esperaban que los enemigos traba-
ran combate sino más bien que hicieran incursiones contra las
obras y entorpecieran a los que cavaban los fosos con proyecti-
3 les ligeros y alboroto. Como no prestaban atención a los que te-
nían enfrente, se extrañaron del griterío en torno a los fosos,
4 que era ininteligible pero muy fuerte. Entre tanto iban llegando
notas de Bruto a los generales en las que estaba escrita la orden
y él mismo pasa a caballo entre las tropas animándolas. Unos
pocos se adelantaron a escuchar la orden de palabra, pero la ma-
yoría, sin esperar, de un impulso y con un grito de guerra, se
5 lanzó contra el enemigo. Esta carga inesperada provocó la alte-

ración y dispersión de las legiones. En primer lugar la de Mesala y después las que estaban unidas a ella sobrepasaron el flanco izquierdo de César. Entraron un poco en contacto con las úl- 6
timas filas y, sin matar a demasiados hombres, pasando de largo, se lanzaron contra el campamento. El propio César, se- 7
gún él mismo cuenta en sus memorias[124], por un sueño que tuvo uno de sus amigos, Marco Artorio, de que César se alejara y saliera del campamento, había hecho que lo retiraran un poco y llegó a creerse que había muerto, porque atravesaron su litera, 8
entonces vacía, con dardos y jabalinas. Se produjo en el campamento una matanza de prisioneros y dos mil lacedemonios que hacía poco habían llegado como auxiliares fueron despedazados con ellos.

Los que no rodearon a los soldados de César, sino que se les 42
echaron encima, pusieron fácilmente en fuga a un ejército sobresaltado y mataron en combate a tres legiones; se precipitaron al campamento tras los que huían, movidos por el ímpetu de la victoria y llevando con ellos a Bruto. Pero lo que los vence- 2
dores no vieron, se lo mostró la gravedad del momento a los vencidos. Se lanzaron contra la parte desarmada y desbaratada de la falange opuesta, de la que se había separado el ala derecha para lanzarse a la persecución, y no pudieron expulsar a los que estaban en el medio, que resistieron en duro combate, pero pusieron en fuga al ala izquierda, que estaba en desorden y no sabía lo que pasaba. Persiguiéndolos hasta el campamento los aniquilaron sin que estuviera presente ninguno de sus generales. Pues Antonio, según dicen, evitando el primer ataque, se 3
había retirado a la zona pantanosa y a César no se le veía en ningún lado, sacado fuera del campamento; pero algunos le ense-

---

[124] *HRR*, II, 58. Es ésta la segunda vez que Plutarco cita las memorias de Augusto *(cf.* 27, 3). Se trata de un *Sobre su vida* en trece libros sobre el que informa SUETONIO, *Augusto* 5, 2.

ñaban espadas ensangrentadas a Bruto, como que lo habían ma-
4 tado, describiéndole su aspecto y edad. Ya el grupo del medio
había rechazado masacrándolos a los que se les habían enfren-
tado y parecía tan clara la victoria de Bruto como la derrota de
5 Casio. Una sola cosa echó a perder su proyecto: que Casio no
recibió ayuda, creyéndolo Bruto vencedor, y que él mismo
no esperase a Bruto, creyéndolo muerto. Mesala ofrece como
prueba[125] de la victoria que han arrebatado tres águilas y mu-
6 chas enseñas a los enemigos, y ellos ninguna. Retirado ya Bru-
to, tras destruir completamente el ejército de César, se extrañó
de no ver la elevada tienda de Casio, como acostumbraba a
mostrarse, visible alrededor, ni tampoco las otras en su lugar.
Pues habían sido la mayoría abatidas y echadas abajo al irrum-
7 pir los enemigos. Los que, de entre los compañeros, tenían la
vista más fina, le cuentan que ven cantidad de brillantes cascos
8 y escudos de plata rodando por el campamento de Casio, pero
que no parecía ser ni el número ni el armamento de los que ha-
bían quedado como guarnición. Sin embargo, tampoco se veía
más allá cantidad de cadáveres, como sería lógico si hubieran
9 sido derrotados tal cantidad de escuadrones. Esto inspiró a Bru-
to la idea de un desastre y dejando una guarnición en el campa-
mento de los enemigos, reunió a los que perseguían a los fugi-
tivos y con ellos corrió en ayuda de Casio.

43 Así habían ido las cosas del lado de Casio: ni vio con com-
placencia la primera carga de las tropas de Bruto, que se había
hecho sin esperar la señal convenida y sin dirección, ni, cuan-
do al vencer se lanzaron rápidamente al saqueo y pillaje, olvi-
dándose de rodear y envolver al enemigo, le pareció bien su
2 actuación. Así, él mismo, dando las instrucciones más con
cierta vacilación y demora que con buen ánimo y cálculo, se
vio rodeado por el ala derecha de los enemigos; la caballería,

[125] *HRR*, II, 66.

rápidamente, separándose huye hacia el mar y, viendo a la in-
fantería entregada, intentaba retenerlos y llamarlos con él. Tras 3
arrebatar la enseña de uno de los abanderados que huía, la cla-
vó a sus pies, pero ya no resistían con ánimo ni los que estaban
formados a su lado. Así, obligado, se retiró con unos pocos a 4
una colina desde donde se vigilaba la llanura. Pero él mismo
no vio nada, o apenas el campamento saqueado (pues era cor-
to de vista) y los que estaban con él veían un cuerpo de caba-
llería al galope. Era Bruto quien lo había enviado, pero Casio 5
imaginó que eran los enemigos lanzados a su persecución. Sin
embargo, envió a uno de los que estaban con él, a Titinio, a en-
terarse. No le pasó éste desapercibido a la caballería y cuando 6
vieron a un amigo y hombre de confianza de Casio, gritando de
alegría, sus íntimos lo abrazaban y le daban la mano bajándo-
se de los caballos; los demás, cabalgando en círculo a su alre-
dedor con gritos de triunfo y estruendo, provocaron el mayor
mal por el exceso de su alegría. Pues Casio creyó que, en rea- 7
lidad, Titinio era apresado por los enemigos y, tras decir: «Por
amor a nuestra propia vida hemos soportado ver a un amigo
capturado por los enemigos», se retiró a una tienda vacía,
arrastrando consigo a Píndaro, uno de sus libertos, al cual, des-
pués de la desgracia de Craso, tenía consigo preparado para
una necesidad como la presente. De los partos había escapado, 8
pero ahora, echándose la clámide sobre la cabeza, desnudando
su cuello, lo ofreció para ser cortado. Se encontró, efectiva-
mente, su cabeza separada del cuerpo. A Píndaro ninguno lo
vio después de esta muerte, de donde a algunos les surgió la
sospecha de que había matado a su amo sin serle ordenado.
Poco después los de a caballo aparecieron a la vista y Titinio, 9
coronado por ellos, se dirigía a donde Casio. Cuando por el la-
mento y los gritos de los amigos que lloraban y se desespera-
ban conoció la desgracia y el error de su general, sacó la espa-
da y, reprochándose su lentitud, se cortó el cuello.

44 Bruto, conocida la derrota de Casio, marchó hacia él a caballo
2 y supo de su muerte ya cerca del campamento. Tras llorar sobre su cadáver y llamarlo el último de los romanos, que ya no sería posible que la ciudad tuviera a un hombre tan noble, lo envolvió y envió a Tasos, para que las honras fúnebres no causaran
3 allí mismo un desorden. Él, reuniendo a los soldados de Casio, los consolaba y, viéndolos privados de todo lo necesario, les prometió dos mil dracmas a cada uno en recompensa por lo
4 que habían perdido. Recobraron ellos el ánimo con sus palabras y se maravillaron de la generosidad del regalo; cuando se iba lo escoltaron con gritos de guerra, aclamándolo como el único de
5 los cuatro generales no vencido en el combate. Y los hechos dan fe de que con razón esperaba triunfar en la batalla, pues con unas pocas legiones puso en fuga a todos los que se le enfrentaron
6 y si se hubiese servido de todas sus fuerzas para el combate y la mayoría de los soldados no hubiera descuidado a los enemigos por lanzarse contra las posesiones de esos mismos enemigos, se podría pensar que no hubiera quedado sin ser derrotada ni una parte de ellos.

45 De los suyos, habían caído ocho mil, con sus siervos armados incluidos, a los que Bruto llamaba Briges[126]. De los enemigos,
2 dice Mesala que piensa que más del doble. Por eso aquéllos estaban más abatidos, hasta que un siervo de Casio, llamado Demetrio, se presentó junto a Antonio esa tarde misma llevando la clámide y la espada que había arrebatado del cadáver. Tomaron ánimo a la vista de estas cosas, de modo que con el nuevo día conducen sus fuerzas equipadas para la batalla.
3 Pero como los dos batallones de Bruto se agitaban con inseguridad (el suyo, lleno de prisioneros, necesitaba una estricta vigilancia; el de Casio no llevaba bien el cambio de general y

---

[126] Los *Bríges* son los *Phrýges*, frigios. *Cf.* PLUTARCO, *Aet. Gr.* 9, 292e: «los macedonios emplean la β en el lugar de la Φ».

además había en ellos, vencidos, algo de envidia y odio hacia
los vencedores), éste decidió armar al ejército, pero rehuyó el
combate. En cuanto a los prisioneros, a la masa de esclavos 4
mezclada de manera sospechosa entre los soldados, ordenó que
los mataran; de los libres, dejó ir a algunos, diciendo que habían
sido capturados por los enemigos más que por ellos mismos,
que con aquéllos serían prisioneros y esclavos y con él libres y
ciudadanos. Como vio a sus amigos y a los generales con pos- 5
turas irreconciliables hacia ellos, los salvó ocultándolos y de-
jándolos escapar.

Entre los prisioneros había un tal Volumnio, mimo, y Sacu- 6
lión, un bufón, en los que Bruto ni se había fijado y que sus
amigos llevaron ante él acusándolos de que ni siquiera ahora
dejaban de hablar y de burlarse de ellos con insolencia. Una vez 7
que Bruto callaba, ya que tenía otras preocupaciones, Mesala
Corvino decidió que fuesen castigados con azotes en el campa-
mento y entregados desnudos a los generales de los enemigos,
para que supiesen de qué comensales y compañeros necesita-
ban en campaña. Algunos de los presentes se rieron, pero Pu- 8
blio Casca, el que le había dado el primer golpe a César, dijo:
«No está bien que llevemos a cabo los sacrificios en honor de
Casio muerto entre bromas y risas. Tú, Bruto», dijo, «mostrarás
de qué manera guardas el recuerdo del general, o castigando o
salvando a los que se burlarán o hablarán mal de él». A lo que 9
Bruto, muy enojado, respondió: «¿Por qué me preguntas, Cas-
ca, y no hacéis lo que os parezca bien?». Ellos, tomando esta
respuesta por un consentimiento en relación con aquellos des-
graciados, se los llevaron y ejecutaron.

Dio entonces la recompensa a los soldados y, tras un peque- 46
ño reproche porque se habían lanzado sobre los enemigos sin
esperar a la señal convenida, de forma caótica y sin orden, les
prometió a los que se portaran bien en el combate dos ciudades
para que las saquearan y tomaran botín, Tesalónica y Lacede-

2 món[127]. Ésta, en la vida de Bruto, es la única acusación que no
tiene disculpa, aunque Antonio y César pagaron a sus soldados
con premios mucho más terribles que éste sus victorias, expul-
sando casi de toda Italia a sus antiguos pobladores para que se
adueñaran aquéllos de unas tierras y ciudades que no les perte-
3 necían[128]. Pero para ellos mandar y dominar era el fin de la gue-
rra, mientras que para Bruto, con su fama de virtud, ni vencer ni
salvarse le estaba permitido a los ojos del pueblo a no ser con
honor y de acuerdo al derecho, y más una vez muerto Casio,
que tenía fama de haber empujado a Bruto a alguna de sus ac-
4 tuaciones más violentas. Pero como en la navegación, si se
rompe el timón, se intenta pegar y ajustar otro pedazo de made-
ra, haciendo las cosas no bien, pero obligados por la necesidad,
así Bruto, en medio de tales fuerzas y con la situación en sus-
penso, sin otro general adecuado, tuvo que servirse de los que
tenía y hacer y decir muchas cosas de las que a ellos les pare-
5 cían bien. Y aprobaba cuanto pensaba que iba a hacer mejores
a los soldados de Casio, ya que eran difíciles de manejar, enva-
lentonados en el campamento por la anarquía y acobardados
frente a los enemigos por la derrota.

47 No era mejor la situación de César y Antonio, que tenían las
provisiones justas y esperaban un invierno penoso por la situa-
2 ción del campamento, en un lugar bajo. En efecto, atrapados jun-
to a unos pantanos, con las lluvias de fines de otoño que siguie-
ron a la batalla, habían visto llenarse las tiendas de fango y de

---

[127] Es posible que Lacedemón sea otra ciudad de la Macedonia, como Tesalónica, ya que Esparta está demasiado lejos de Filipos. Se ha propuesto una corrección, sustituyendo este nombre por el de la ciudad de Larisa, pero lo cierto es que en 41, 8 también se habla de ciudadanos lacedemonios ejecutados y que en Apiano, *Guerras civiles* IV, 118, se mencionan estas mismas dos ciudades.

[128] Se trata de la distribución de tierras entre veteranos propiciada por la *Lex Titia*, de noviembre del 43 a. C., la misma que dio legalidad al segundo triunvirato.

agua que inmediatamente se congelaba por el frío. Estando en 3
estas circunstancias, les llegó la noticia de la desgracia sufrida
por el ejército en el mar: las naves de Bruto se habían lanzado,
destruyéndolo, sobre un gran refuerzo enviado desde Italia por
orden de César; los poquísimos que habían escapado del enemi-
go sobrevivían comiendo velas y cuerdas debido al hambre. Al 4
oír estas cosas, buscaban con afán que todo se decidiese en una
batalla, antes de que Bruto se enterara de cuánta fortuna había te-
nido. Pues en un solo día había tenido lugar el combate decisivo, 5
por tierra y por mar; pero más por un acaso que por la maldad de
los comandantes de las naves, Bruto ignoró su éxito hasta veinte
días depués. De hecho, no se hubiera lanzado a una segunda ba- 6
talla, ya que su ejército estaba provisto de todo lo necesario para
una larga temporada e instalado en una buena posición, de ma-
nera que su campamento no sufriera el invierno y fuese difícil de
atacar para los enemigos; además, habiendo asegurado su poder
en el mar y habiendo vencido en tierra los soldados a su mando,
se había llenado de grandes esperanzas y confianza. Pero como 7
la situación, según parece, ya no podía ser manejada por muchos
sino que requería una monarquía[129], la divinidad, queriendo
apartar y retirar al único que podía ser un obstáculo para ese po-
der absoluto, mantuvo apartada aquella noticia, aunque estuvo
muy cerca de ser conocida por Bruto. Pues estando a punto de 8
trabar combate, el día antes, al caer la tarde, un tal Clodio, tráns-
fuga de los enemigos, llegó anunciando que César y los suyos,
conocedores de la destrucción de la flota, se apresuraban a plan-
tar batalla. Pero no se dio crédito a sus palabras ni llegó a pre- 9
sencia de Bruto, completamente despreciado, como quien ha
oído algo insensato o anuncia mentiras por halagar.

Aquella noche dicen que de nuevo se le presentó el fantas- 48
ma a Bruto, con el mismo aspecto, pero que se fue sin decir

[129] De nuevo la identificación por parte de Plutarco entre monarquía y tiranía.

2 nada. Publio Volumnio[130], filósofo y desde el principio compañero de campañas de Bruto, no menciona este portento, pero
3 dice que el águila de la primera legión iba llena de abejas y que el brazo de uno de los capitanes, de manera espontánea, exhaló un perfume de rosas y que aunque muchas veces lo restregaron
4 y limpiaron, en absoluto se iba el olor; que antes de la propia batalla dos águilas, lanzádose la una contra la otra, se enfrentaron en el espacio entre los dos campamentos, y que un silencio incrédulo era dueño de la llanura, todos contemplando el portento, y que retrocedió y huyó la que estaba del lado de Bruto.
5 Y se hizo famoso el etíope que, al abrirse la puerta, se tropezó con el que llevaba el águila y fue destrozado con cuchillos por los soldados que lo consideraron un mal augurio.

49 Tras haber llevado adelante la falange y colocarla frente al enemigo, esperó largo tiempo. Pues sospechas y denuncias contra algunos llegaron a sus oídos mientras pasaba revista a las
2 tropas y veía a los jinetes comenzar la batalla sin ánimo, espe-
3 rando el trabajo de la infantería. Entonces, de repente, un gran soldado que había recibido muchos honores por su valor, sale al galope del lado de Bruto y se pasa a los enemigos. Se llamaba
4 Camulato. Viendo esto, Bruto sintió mucho dolor y, en parte por ira, en parte por miedo a un cambio y una deserción mayores, condujo a su ejército contra el enemigo a la hora nona,
5 cuando el sol se ponía. Por el lado que estaba bajo su propio mando, se impuso y avanzó, apremiando al ala izquierda del enemigo, que se puso en fuga; también los jinetes corrieron en su ayuda, lanzándose junto con la infantería contra un enemigo
6 desbaratado. Pero el otro flanco, haciendo los generales que saliese adelante para no ser cercado, ya que era inferior en número, se deshizo por el medio y, debilitado, no pudo hacer frente a

[130] Esta figura es una fuente fundamental para el relato de los últimos momentos de Bruto.

los enemigos y fue el primero en huír. Los enemigos abrieron 7
camino por ahí y rápidamente rodearon a Bruto, que mostró, en
el peligro, cuanto valor puede mostrar un general y un soldado
con su mano y con su cerebro en favor de la victoria. Pero lo
que le hizo ganar en aquella primera batalla fue lo mismo que
ahora le acarreó la derrota. Pues aquella vez, el ala enemiga 8
vencida fue destruida al instante y perecieron pocos de los de
Casio que habían huido; ahora, los salvados, temerososó por la
anterior derrota, llenaron de desánimo y confusión a la mayor
parte del ejército. Allí también Marco, el hijo de Catón[131], si- 9
tuado entre los mejores y más sensatos de los jóvenes, no retro-
cedió agotado ni huyó, sino que agitando sus brazos, diciendo
quién era y nombrando su linaje, cayó en medio de muchos ca-
dáveres de los enemigos. Cayeron también los mejores del otro 10
bando, lanzándose al peligro por ayudar a Bruto.

Había un tal Lucilio entre sus amigos, un hombre valeroso. 50
Éste, viendo que algunos jinetes bárbaros en su persecución no
hacían ningún caso de los otros sino que se lanzaban en torren-
te contra Bruto, decidió, asumiendo un riesgo, frenarlos. Que-
dándose un poco atrás dice ser él mismo Bruto y se mostraba 2
convincente pidiendo ser llevado ante Antonio, porque temía a
César y tenía confianza en aquél. Ellos, saludando su hallazgo 3
y pensando que tenían una suerte pasmosa, se lo llevaron ya en-
trada la noche enviando por delante unos mensajeros a Antonio.
Éste, lleno de alegría, salió al encuentro de los que lo traían y, 4
de los demás, los que se habían enterado de que Bruto era con-
ducido vivo, corrieron también, unos considerando digna de la-
mento su suerte, otros creyéndolo indigno de su fama, conver-
tido en botín de los bárbaros por amor a su propia vida. Una vez
que estuvieron cerca, Antonio se detuvo, dudando sobre cómo 5
debía ser recibido Bruto; Lucilio, conducido hasta él, con toda

[131] Marco Porcio Catón, hijo de Catón de Útica.

la audacia, dijo: «A Marco Bruto, Antonio, no lo ha hecho prisionero ningún enemigo, ni podría hacerlo: y que no esté nunca
6 tan por encima de la virtud la fortuna[132]. Vivo, o tal vez yaciendo muerto, se le encontrará digno de sí mismo. Yo llego tras haber engañado a tus soldados y sin rechazar mediante súplicas sufrir
7 lo que sea a causa de ello, incluso lo irremediable». Habiendo hablado así Lucilio y estando todos asustados, Antonio, después de mirar a los que lo habían acompañado, dijo: «Seguramente os sentís mal, soldados, por vuestro error, y os parece haber sido ul-
8 trajados. Pero sabed bien que habéis hecho una captura mejor que la que buscabais, pues buscando un enemigo habéis traído a un amigo para nosotros. Yo no sé, por los dioses, cómo trataría a Bruto si estuviera aquí, vivo, pero a hombres tales, ojalá los
9 tenga yo por amigos y no por enemigos». Así diciendo, tras abrazar a Lucilio, lo confió entonces a uno de sus amigos y, después, lo tuvo con él como alguien de quien podía fiarse y estar seguro en todo.

51 Bruto, por su parte, tras atravesar el cauce de un río, de riberas boscosas y escarpadas, entrada ya la noche, no siguió adelante, sino que en un lugar hundido, donde había una gran roca saliente, sentándose, siendo ya pocos sus generales y amigos, levanta sus ojos al cielo lleno de estrellas y grita a lo alto dos versos, de los cuales uno fue recogido por Volumnio: «Zeus, no se te escape quién es el culpable de estos males[133]».
2 Del otro dice que no se acuerda. Después de un poco, nombrando a cada uno de los compañeros que habían caído por él en la batalla, se lamentó sobre todo con el recuerdo de Flavio y Labeón. Labeón era su legado y Flavio estaba al frente de los

[132] La oposición entre Fortuna *(Týchē)* y Virtud *(Aretḗ)* es un tópico en la obra plutarquea.

[133] EURÍPIDES, *Medea* 332. Sin mencionar a Volumnio, APIANO, *Guerras civiles* IV, 130, repite este mismo verso y añade que Bruto pensaba en Antonio.

ingenieros. En éstas, uno, teniendo él mismo sed y viendo que 3 Bruto estaba igual, cogiendo un casco, bajó al río. Al oírse un ruido del otro lado, Volumnio se acercó a mirar, y con él Dárdano, el escudero. Volviendo tras un poco, preguntaron por el 4 agua. Bruto, sonriendo de forma muy característica, le respondió a Volumnio: «Se ha bebido, pero se os traerá más». El mismo de antes fue enviado de nuevo y corrió el riesgo de ser apresado por los enemigos, consiguiendo salvarse herido y con mucho esfuerzo. Pareciéndole a Bruto que no había perdido 5 muchos hombres en la batalla, Estatilio se ofreció para atravesar las líneas enemigas (pues no había otra manera) para inspeccionar el campamento y, tras alzar una antorcha si lo encuentra todo a salvo, volver de nuevo con él. La antorcha se 6 alzó, habiendo llegado Estatilio al campamento, pero como no volvía tras pasar mucho rato, Bruto dijo: «Si Estatilio está vivo, llegará». Sucedió sin embargo que en el camino de vuelta cayó en manos de los enemigos que lo mataron.

La muerte

Avanzada la noche, inclinándose sen- 52 tado como estaba a un esclavo, Clito, le habló. Clito permaneció en silencio y llorando y Bruto, volviendo a llamar al escudero Dárdano, le dijo unas palabras en privado. Finalmente, le recuerda a Volumnio en griego sus es- 2 tudios y ejercicios y le pide que le ayude con su mano a empuñar la espada y a asestarse el golpe. Rehusando Volumnio y 3 también los otros y diciendo uno que no había que quedarse allí sino huir, poniéndose en pie, afirmó: «Desde luego que hay que huir, pero con las manos, no con los pies». Y, muy sereno, es- 4 trechando la mano de cada uno de ellos, dijo sentir un gran placer porque ninguno de sus amigos lo había traicionado. En cuanto a la fortuna, la acusa por lo que hace a la patria, pero 5

piensa que él es más dichoso que los que han vencido, no sólo ayer ni más atrás, sino también ahora, dejando tras sí fama de virtud, que no la dejan ni con armas ni con dinero los vencedores, que parecen gobernar de manera inopinada habiendo mata-
6 do ellos, malvados e injustos, a hombres justos. Pidiéndoles y rogándoles que se salven, se retira lejos con dos o tres, entre los que estaba también Estratón, que era íntimo suyo por los estu-
7 dios de retórica. Colocándose muy cerca de él, aferrando con las dos manos la espada desnuda por la parte de la empuñadura
8 y dejándose caer encima, murió. Algunos dicen que no fue él sino Estratón, vencido por las súplicas de Bruto, quien mantuvo firme la espada apartando la vista, y que aquél, lanzando el pecho con ímpetu y atravesándolo inmediatamente, murió[134].

Epílogo

53 Mesala, amigo de Bruto, una vez reconciliado con César, en un momento de asueto presentó a este Estratón a César y, llorando, dijo: «Éste es, César, el hombre que a mi querido Bruto le prestó la última
2 ayuda». César lo acogió y lo tuvo a su lado en las dificultades, especialmente en la batalla de Actium, como uno de los griegos
3 que le fueron más fieles. Cuentan que el propio Mesala fue después alabado por César porque, aunque en Filipos había sido muy enemigo suyo a causa de Bruto, en Actium se había mostrado muy valeroso: «Yo», dijo, «César, siempre he estado del lado de lo mejor y lo más justo».

4 Antonio, una vez hubo encontrado a Bruto muerto, ordenó que cubrieran el cadáver con la más rica de sus túnicas púrpura. Después, enterado de que la túnica había sido robada, hizo matar al ladrón. Sus restos los envió a Servilia, madre de Bruto.

---

[134] Esa versión es la que sigue APIANO, *Guerras civiles* IV, 131.

En cuanto a Porcia, la mujer de Bruto, escriben Nicolás el filósofo[135] y Valerio Máximo[136] que, como quería morir y no se lo permitía ninguno de los familiares, sino que estaban a su lado y la vigilaban, cogió unos tizones del fuego, se los tragó y, manteniendo la boca bien cerrada, así murió[137]. 5
Sin embargo, circula una carta de Bruto a sus amigos, haciéndoles reproches y lamentándose por Porcia que, olvidada por ellos y presa de la enfermedad, había perdido la vida. Parece que Nicolás ignora la cronología de los hechos, pues el sufrimiento y el amor de esta mujer y la manera en que murió la refiere esta carta, si es que es auténtica. 6

COMPARACIÓN DE DIÓN Y BRUTO

Superioridad de Dión

Así pues, estos hombres tuvieron enormes méritos, entre los primeros, el haber llegado a ser grandes desde unos comienzos muy pequeños y, en el caso de Dión, esto es lo más hermoso. 54
Efectivamente, no tuvo en este punto a un rival, como fue para Bruto Casio, un hombre que no era de fiar como él en cuanto a la virtud y la fama, pero que para la guerra no ofrecía pruebas menores de valor y de un 2

[135] Nicolás Damasceno, nacido en el 64 a. C. *FGrHist* 90 F 99.

[136] Valerio Máximo, 4, 6, 5.

[137] La muerte de Porcia tiene todos los elementos necesarios para convertir a la heroína en *exemplum* de amor conyugal. Sobre esta escena, véase A. Martinengo, «La muerte de Porcia, ¿un recurso retórico? (De Plutarco al *Marco Bruto* de Quevedo)», en J. P. Étienvre, ed., *Littérature et Politique en Espagne aux Siécles d'Or*, París, 1998, págs. 409-422. Para la fortuna del personaje en la literatura española, con un repaso de los testimonios antiguos en Plutarco, Valerio Máximo, Apiano, Dión Casio, Cicerón y Marcial, véase P. Andrés Ferrer, «Porcia, un personaje de Plutarco en la literatura española», *Espéculo. Revista de estudios literarios* 39 (2008).

3 comportamiento admirable; al menos, algunos le atribuyen la ini-
ciativa de toda la empresa, afirmando que fue el caudillo de la
conspiración contra César mientras Bruto permanecía a la expec-
4 tativa. Dión, en cambio, está claro que consiguió él mismo las ar-
mas, los barcos y la fuerza militar, así como amigos y colabora-
5 dores para la empresa. Por otra parte, mientras que Bruto obtuvo
riqueza y poder de la propia situación y de la guerra, Dión, al con-
trario, aportó para la guerra su propio dinero, agotando en favor de
6 la libertad de los ciudadanos los recursos de su destierro. Es más,
Bruto y Casio, expulsados de Roma, no podían permanecer inac-
tivos, condenados como estaban a muerte y perseguidos, y se re-
fugiaron por obligación en la guerra, confiando su vida a las ar-
mas y arrostrando peligros más por ellos mismos que por los
7 ciudadanos. Dión, en cambio, llevando una vida más segura y plá-
cida en el exilio que la del tirano que lo había desterrado, afrontó
voluntariamente tales peligros por salvar Sicilia.

55 Y en absoluto era lo mismo liberar a los siracusanos de Dio-
2 nisio que a los romanos de César. Pues el uno no negaba ser un
tirano y había llenado Sicilia de mil desgracias; en cambio, el
gobierno de César, al establecerse, planteó no pocos problemas
a sus opositores, pero una vez que lo aceptaron y se dejaron go-
bernar, se les mostró sólo como un nombre y una apariencia,
pero no salió de él ninguna acción cruel ni tiránica, sino que pa-
reció que, como el médico más suave, él mismo había sido en-
viado por una divinidad[138] ante una situación necesitada de mo-
3 narquía[139]. Por eso, el pueblo de Roma echó de menos a César
enseguida, hasta el punto de mostrarse cruel e inexorable con
los asesinos; en cambio, a Dión sus conciudadanos le reprocha-

[138] *Cf. Dión* 4, 4, donde, de manera semejante, se le atribuye a una divinidad *(daímōn)* la responsabilidad de los hechos.

[139] Última alusión en esta obra a la identificación entre la *monarchía* y la dictadura o poder absoluto.

ron muchísimo el haber dejado ir de Siracusa a Dionisio y no haber destruido la tumba del anterior tirano.

En cuanto a las propias acciones militares, Dión fue un ge- 56
neral sin tacha, que manejó de la mejor manera posible los planes que él mismo había concebido y, los que fallaban por culpa
de los demás, los tomaba a su cargo y enderezaba. Bruto, en 2
cambio, no parece haber arrostrado con prudencia la última batalla, en la que se jugaba todo, ni haber encontrado una solución una vez derrotado, sino que desistió y abandonó toda esperanza y ni siquiera tuvo el atrevimiento de Pompeyo ante la fortuna[140]: y
eso cuando todavía le quedaba mucha esperanza en las armas 3
y dominaba de manera segura todo el mar con sus naves.

El mayor de los reproches que se le hacen a Bruto es que, des- 4
pués de haber sido salvado él mismo por gracia de César y de haber salvado a cuantos quiso de los que fueron apresados con él, después de haber sido tenido por un amigo y recibido honores por encima de todos los demás, se convirtió en asesino de quien le ha-
bía salvado, algo que no podría decirse de Dión. Al contrario, 5
como pariente y amigo de Dionisio, le ayudó a mantener derechamente su poder y a conservarlo y sólo cuando fue expulsado de la patria y ultrajado en la persona de su mujer y cuando perdió sus bienes, emprendió abiertamente una guerra legítima y justa.

Superioridad de Bruto

¿O será este argumento el primero al 6
que puede dársele la vuelta? En efecto, lo que parece la mayor alabanza para estos hombres, su odio a los tiranos y su rechazo de la maldad, eso mismo es manifiesto y puro en el caso de Bruto, pues no teniendo personalmente re-

[140] Pompeyo huyó tras su derrota en Farsalia mientras Bruto, lo hemos visto, optó por el suicidio.

7 proches que hacerle a César, arrostró un peligro por la libertad común. El otro, en cambio, si no hubiese él sufrido la injusticia, no habría plantado batalla. Y esto queda claro en las cartas de Platón, de las que resulta evidente que acabó con Dionisio una
8 vez que fue rechazado por la tiranía, no después de haberla rechazado él. Es más, el interés común hizo a Bruto amigo de Pompeyo, al que odiaba, y enemigo de César, al tener como principio
9 de sus amistades y enemistades únicamente lo justo; en cambio Dión, por ganarse su favor, llevó derechamente muchos asuntos de Dionisio mientras gozó de su favor, pero una vez perdida su
10 confianza, por odio, le hizo la guerra. Por esto, no todos sus amigos se fiaron de que, una vez derrocado Dionisio, no fuera a asegurarse el mando para sí mismo, seduciendo con un nombre más
11 dulce que el de la tiranía a los ciudadanos. Por el contrario, respecto a Bruto, incluso a los que le odiaban se les oía decir que era el único de entre quienes se habían levantado contra César que se había marcado un solo objetivo desde el principio hasta el final: devolver a los romanos su antiguo gobierno[141].

57 Aparte de esto, la lucha contra Dionisio no era en absoluto
2 comparable a la lucha contra César. Pues a Dionisio no había ninguno de sus allegados que no lo despreciase por pasar la mayor
3 parte de su tiempo entre borracheras, dados y mujeres. En cambio, concebir la idea de matar a César sin temer la habilidad, la fuerza y la fortuna de aquel cuyo nombre quitaba el sueño a los reyes de los partos y de los indios era propio de un espíritu sobrehumano cuya fuerza no se doblegaba ante la idea del miedo.
4 Por eso, a Dión, nada más que se dejó ver en Sicilia, se le unieron no pocos miles de hombres contra Dionisio; en cambio, la fama de César, incluso muerto, sostuvo a sus amigos y su nombre elevó al que lo llevaba hasta el punto de convertirlo, de un niño sin recursos, en el primero de los romanos rápidamente, como si fue-

[141] La República.

ra un amuleto colgado al cuello contra la potencia y el odio de
Antonio. Y si alguien dice que Dión expulsó al tirano con gran- 5
des batallas mientras que César estaba desarmado y sin escolta
cuando Bruto lo mató, eso mismo fue lo más admirable y estraté-
gico del plan, sorprender sin armas ni escolta a un hombre rodea-
do de tal poder. Pues no lo mató echándosele encima de repente, 6
ni él solo, ni con unos pocos, sino con un plan muy elaborado y
con muchos cómplices de los que ninguno lo traicionó: acaso eli-
gió a los mejores o, al elegirlos, hizo buenos a aquéllos de los que
se había fiado. Al contrario, Dión, eligiendo mal, se fio de hom- 7
bres malvados o bien él los volvió malvados por el modo en que
se sirvió de ellos: cualquiera de las dos cosas son inapropiadas en
un hombre sensato. Platón le reprochó haber elegido como ami-
gos a hombres tales que acabaron matándolo[142].

Una vez muerto Dión, nadie se apareció para vengarlo. Pero 58
a Bruto incluso Antonio, uno de sus enemigos, le dispensó las
convenientes honras fúnebres, y César veló por su honor. En
efecto, se le había erigido una estatua de bronce en el Mediola- 2
num[143], en la Galia Cisalpina, y César, al verla, muy parecida a
él y muy trabajada, primero pasó de largo, pero después se dio la
vuelta, llamó a los magistrados y, en presencia de muchos testi-
gos, dijo haber sorprendido a la ciudad en flagrante delito por
haber roto los tratados de paz, ya que guardaba en ella a un ene-
migo. Al principio, como es natural, lo negaban y se pregunta- 3
ban qué querría decir mirándose unos a otros. César entonces,
volviéndose hacia la estatua, frunció el ceño y dijo: «¿No es ene-
migo nuestro éste que está aquí en pie?». Todavía atónitos, los
magistrados callaban. Él, sonriendo, felicitó a los galos por per- 4
manecer fieles a sus amigos, incluso a los que sufrieron el infor-
tunio, y ordenó que la estatua permaneciese en su sitio.

---

[142] Platón, *Carta VII* 351 d-e.

[143] Actual Milán.



ARATO-ARTAJERJES-GALBA-OTÓN

INTRODUCCIÓN

LAS BIOGRAFÍAS DE ARATO, ARTAJERJES, GALBA Y OTÓN

Estas cuatro vidas que se presentan no forman parte de la serie de *Vidas Paralelas*, sino que se consideran muestras aisladas de la primera producción del autor, aunque suelen quedar relegadas al último lugar en las ediciones más recientes. Estas vidas tampoco parecen haber gozado de la estima de los traductores españoles, frente a otras biografías más populares (como la de Alejandro Magno y César): en español las *Vidas de Arato, Artajerjes, Galba y Otón* forman parte, junto con otras, del volumen IV de la traducción decimonónica de las *Vidas Paralelas* de Ranz de Romanillos (y aun éstas se suelen omitir en las sucesivas reimpresiones que se han hecho de esta obra); y de los años cuarenta es la traducción al catalán de Carles Riba, pero su popularidad es aún menor que la traducción de Romanillos. Esta situación justifica el intento de ofrecer una nueva traducción de estas biografías sin paralelo que, prologada y anotada, fuera más accesible al lector moderno.

Es cierto que en estas cuatro vidas la cultura literaria de Plutarco, con el amplio catálogo de citas con las que suele adornar sus reflexiones éticas, apenas se deja entrever, pero las muestras recorren todo el espectro de la historia de la literatu-

ra griega: dos hemistiquios de la *Ilíada* de Homero *(Arat.* 45 y *Galb.* 19) un hexámetro de *Trabajos y Días* de Hesíodo *(Galb.* 16), dos versos del poeta lírico Arquíloco de Paros *(Galb.* 27), un verso de la *Pítica VIII* de Píndaro *(Art.* 1), un trímetro yámbico de una tragedia perdida de Sófocles *(Art.* 28) y dos refranes de los paremiógrafos Dionisiodoro de Trecén y el filósofo estoico Crisipo *(Arat.* 1) constituyen las únicas citas literales en estas cuatro vidas; pero a éstas habría que añadir las referencias indirectas, como a los poemas de Simónides de Céos *(Arat.* 45), a las *Bacantes* de Eurípides *(Galb.* 27), o a la *República* de Platón *(Galb.* 1).

También es cierto que el retrato de los personajes principales parece menos acabado y rotundo, en comparación con los de las *Vidas Paralelas.* Esto es debido no sólo a la brevedad de estas composiciones, que proporciona menores ocasiones para dibujar los rasgos del carácter de los protagonistas, pero también a una nota común a todos ellos: no poseyeron la fuerza de carácter suficiente como para no acabar siendo desbordados por los acontecimientos. En el caso de Artajerjes es evidente, ya que su benévolo carácter queda anulado por las intrigas de la corte, que le impiden ejercer como soberano; pero también Galba es débil para decidirse a tomar las riendas del poder y su impopularidad se incrementa con los manejos de sus libertos; y Otón, a pesar de sus intentos de contentar a todos, sucumbe ante la primera reacción opuesta que encuentra en Vitelio. Incluso Arato prefiere refugiarse en la diplomacia o en el ataque sorpresa, más que en la lucha abierta, en lo que sus críticos consideran que es una muestra de cobardía. Sin lugar a dudas, la postura adoptada por cada uno de estos personajes quedará, en parte, justificada por la complejidad de las épocas en las que vivieron y en las que profundizaremos en las páginas que siguen.

ARATO

A pesar de que esta biografía se presenta aislada dentro del conjunto de las *Vidas Paralelas*, no hay dudas sobre su autenticidad. La *Vida de Arato* está encabezada por una dedicatoria a un amigo íntimo, Polícrates de Sición, descendiente de Arato, al que se le identifica con Tiberio Claudio Polícrates, que aparece en algunos de los diálogos del propio Plutarco en conexión con Delfos y su renovada prosperidad en el reinado de Adriano[1]. Por otra parte, la forma escogida para presentar esta obra, la de una carta dirigida a un personaje en concreto, aparece ya ensayada en algunos opúsculos de sus *Moralia* de contenido doctrinal o político[2]; y el fin último de esta obra, el de basar la conducta en el plano ético en el ejemplo de los antepasados, concuerda con las preocupaciones típicas de su época, en la que el culto al pasado era uno de las rasgos más definitorios.

En la introducción a la *Vida de Demetrio*, en este volumen, habíamos discutido la importancia del texto de Plutarco para la historia de Grecia a finales del siglo IV a. C. y el provechoso papel de Atenas en la defensa de la libertad democrática en Grecia, en el río revuelto de la lucha de los diádocos. En la historia de la Atenas cortejada por los reyes lágidas y seléucidas en su sempiterno enfrentamiento con Macedonia, destacaban adalides de la libertad como Leóstenes y Olimpiodoro, gobernadores promacedonios moderados como Demetrio de Falero y demagogos tiranos, como Lácares, que acababan traicionando a la ciudad. Sin embargo, en el siglo siguiente, y especialmente, tras la eficaz respuesta del mundo griego a la invasión gala

[1] Y que aparece en una inscripción de Delfos como heladarca. Sobre Polícrates *cf.* nota en *Arat.* 1. A pesar de todo, el conjunto de todas estas referencias no nos puede ayudar a establecer una datación cronológica de esta biografía.

[2] Como los *Consejos Políticos*.

de Delfos (278 a. C.) y hasta la conquista de Grecia por Roma (146 a. C.), la iniciativa en la lucha por la independencia de Grecia partirá de dos nuevas potencias federalistas: la Liga Aquea y la Liga Etolia.

Estas dos nuevas potencias plantearon un nuevo modelo de convivencia, frente a la ciudad-estado ateniense, en zonas que históricamente habían quedado relegadas en el período clásico. Por un lado, la Liga Etolia ya entre el 338 y el 260 a. C. se había apoderado de un vasto territorio que incluía zonas de la Acarnania y de la Fócide, pero su prestigio como poder heleno les llegó con el dominio político de Delfos y la Anfictionía, la organización de la *Soteria* («la fiesta de la liberación»), en conmemoración de la victoria sobre los galos en el 278 a. C., y sus generosas ofrendas con las que fueron poblando el santuario de Delfos en época helenística. La Liga Aquea, originalmente formada a principios del siglo III a. C. por ciudades de la costa de Acaya (Patrás, Dime, Faras, Tritea, Egio, Bura, Cerinia, Egira, Pelene, Leontio), se engrandeció con la entrada en el año 251 a. C. de la ciudad doria de Sición y la aparición de la figura de Arato (271-213 a. C.), libertador de esa ciudad, que dirigirá esta formación desde el 245 a. C. hasta su muerte.

Pero estas dos nuevas potencias en suelo griego no aunaron sus fuerzas, sino que incluso se enfrentaron por su interés de dominar una Grecia unificada exclusivamente bajo su égida, y la política de Arato de Sición tuvo que integrarse en el complicado mapa de una Grecia convertida ya, como hemos visto, en un disputado trofeo para los distintos reyes helenísticos, por el valor estratégico de su territorio en el Mediterráneo. El reino de Macedonia seguirá siendo una presencia cada vez más constante en el sur de Grecia, especialmente dominante en su plaza fuerte de Corinto, controlando otras plazas fuertes o practicando una sutil manipulación política al favorecer a demagogos afines a su poder en el resto de Grecia.

Así Arato, por un lado, buscará contrarrestar el creciente poder de Antígono II (Gonatas), hijo de Demetrio Poliorceta, en Macedonia, y de la Liga Etolia, en el resto del norte de Grecia, acudiendo a la corte de Tolomeo II (Filadelfo) y III (Evérgetes) en Egipto; y, por otro lado, organizando campañas militares que derroquen los tiranos dispuestos por Macedonia en las ciudades griegas. Con todo, el engrandecimiento de la Liga se debió, salvo en el caso de Corinto, a logros diplomáticos: ése fue el caso de la Atenas del tirano Diógenes, la Megalópolis regida por el tirano Lidiadas, o el caso de Argos en manos de Aristómaco II, que entraron voluntariamente y no tras los largos y planeados ataques de Arato (como fue el caso de Argos con Aristómaco I).

La política de Arato tomará un nuevo sesgo con la entrada de Lidiadas de Megalópolis, una ciudad de Mesenia en la Liga Aquea y la revolución de carácter populista de Cleómenes III de Esparta, que había encontrado simpatizantes en Argos y Corinto. Las ansias de Cleómenes de expansión por el Peloponeso hacen peligrar la estabilidad de la Liga Aquea. De esta manera Arato se ve obligado a buscar el apoyo de Antígono III Dosón (229-221 a. C.) y Filipo V de Macedonia (221-179 a. C.) para mantenerse en el poder. La amenaza que constituyen las guerras cleoménicas está en el origen de otra de las grandes personalidades de la Liga Aquea. En el año 223 a. C. Cleómenes conquista Megalópolis y se inicia a Mesenia un éxodo de su población. Entre ellos se encuentra Filopemen (253-183 a. C.), un personaje de la alta aristocracia megalopolitana que participa en la batalla de Selasia en el 222 a. C. como caballero entre las tropas organizadas por Antígono Dosón, el protector de la Liga Aquea. Hasta el momento de su muerte por el envenenamiento preparado por Filipo V, la Liga Aquea dependerá del poder de Macedonia y eso será uno de los grandes reproches que se le hagan a Arato y del que intentará defenderse con sus propias *Memorias*.

La *Vida de Arato* es una fuente principal para el conocimiento de la historia de Grecia en el siglo III a. C. que se completa con la instructiva lectura de la *Vida de Cleómenes* y la *Vida de Filopemen*, la otra biografía sobre un dirigente de la Liga Aquea que Plutarco escribió. Es interesante comparar ambas vidas y las estrategias usadas para engrandecer su memoria. Frente a la diplomacia usada por Arato entre los tiranos y los cortes helenísticas y sus discretas campañas militares (se le acusa repetidamente de cobardía), Filopemen acomete una reforma del ejército, lo que será la base de los posteriores triunfos sobre Esparta en Mantinea (205 a. C. y 200-194 a. C.) y en Gitio (194 a. C.). Cuando Filopemen muera en una campaña contra Mesenia (que intentaba separarse de la Liga Aquea) en el año 183 a. C., durante su octava estrategia, sus cenizas serán transportadas solemnemente de Mesenia a Megalópolis, recibiendo paralelas honras a las que recibió Arato de Sición a su muerte. El mundo romano consideró a Filopemen de Megalópolis el último de los griegos benefactores de Grecia, pero con esta *Vida de Arato*, Plutarco quería igualmente demostrar la importancia de Arato en esa experiencia federal en Grecia que fue la Liga Aquea.

Teniendo en cuenta que nos encontramos ante un relato encomiástico, las principales fuentes que usa son favorables al personaje principal. Entre esas fuentes para la *Vida de Arato* destacan las largas *Memorias* autobiográficas *(FGrHist.* 231) en treinta libros, en que defendía su política al frente de la Liga Aquea (en especial su relación con Antígono II Dosón y Filipo V de Macedonia) y que nuestro autor cita cuatro veces en esta biografía *(Arat.* 3, 32, 33, 38), para incluso, a veces, desmontar la propia versión de Arato. Datos más generales sobre la Liga Aquea, sus instituciones, junto a reflexiones más ponderadas sobre el carácter de Arato y su actuación política las encontró en abundancia en la obra histórica de Polibio de Megalópolis. Entre las fuentes claramente hostiles a Arato se encuentra Fi-

larco *(FGrHist.* 81), más favorable, en cambio, a Cleómenes III de Esparta. Nuestro autor lo cita una sola vez *(Arat.* 38) para denunciar precisamente el pretencioso efectismo de esta fuente que anula cualquier crítica dirigida contra Arato. Otras fuentes secundarias que pudo tener a mano Plutarco son Dinias de Argos *(FGrHist.* 306. *Cf. Arat.* 29), Polemón de Ilión *(FGH.* III págs. 108-148. *Cf. Arat.* 13) y Mírsilo de Metimna *(Arat.* 3).

Estructura de la *Vida de Arato:*

a) Introducción.
Carta a Polícrates, 1.
b) Infancia Arato en Sición y juventud como exiliado en Argos, 2-3.
c) La liberación de Sición.
La tiranía de Nicocles en Sición, 4.
Reunión secreta de Arato con los exiliados Ecdelo, Aristómaco y Senocles, 5.
Precauciones inútiles de Nicocles, 6.
Invasión nocturna de Sición y liberación, 7-9.
d) Sición y Arato en la Liga Aquea.
Sición entra en la Liga Aquea e historia de Acaya, 9.
Retrato del estadista Arato, con virtudes físicas y morales, 10-11.
Viaje accidentado de Arato a la corte de Tolomeo II, con pinturas de Sición, 12.
Excurso sobre la pintura de Sición, 13.
Apoyo económico de Tolomeo II al triunfo de Arato e intrigas de Antígono II, 14-15.
e) La campaña de Corinto.
Arato estratego, por primera vez, al mando de tropas en Lócride y Calcedonia, 16.

Corinto en manos de Antígono II, 17.
Arato entra en contacto con los guardianes de Corinto, los sirios Diocles, Egias y Ergino, 18-19.
Tecnón, criado de Arato, confunde a Ergino con su hermano Dioniso, al que revela todo el plan, 20.
Lucha encarnizada en Corinto y liberación de la ciudad, 21-23.

f) El engrandecimiento de la Liga Aquea como poder independiente.
Campañas de conquista en Mégara, Trecén y Epidauro, 25.
Campaña contra el tirano Aristipo en Argos, 26-29.
Campaña contra el tirano Lidiades de Megalópolis, que se une voluntariamente a la Liga Aquea, 30.
Campañas contra la Liga Etolia, en defensa de Pelene, 31-32.
Campañas de conquista en el Ática, mientras Demetrio II de Macedonia defiende su reino de los bárbaros, 33-34.
Entrada de Fliunte y de Argos en la Liga Aquea, 35.

g) Las guerras cleoménicas.
Cleómenes de Esparta ataca Megalópolis, donde muere Lidiades, 36-37.
Arato ataca Orcómenos y vence pero rechaza la estrategia de la Liga Aquea, 38
Cleómenes conquista Mantinea, Pelene, Feneo, Pentelio, 39.
Los corintios entregan la ciudad a Cleómenes, 40.

h) Arato en la corte de Antígono III (Dosón).
Arato busca, en vano, la ayuda de la Liga Etolia y de Atenas, mientras Cleómenes asedia Sición, 41.
Arato se entrevista con Antígono III (Dosón) en Pegas, 42-43.
Batalla de Arato y Antígono contra Cleómenes en Selasia, 44.
Grecia de nuevo sometida a Macedonia, 45.

i) Arato en la corte de Filipo V.
   Filipo V, rey de Macedonia, ayuda a los griegos, 46.
   Filipo V defiende el Peloponeso de los ataques de la Liga Etolia, 47.
   Arato en la corte de Filipo V desata la envidia de los cortesanos, 48.
   El carácter malévolo de Filipo V se revela en la conquista de Mesene, 49-50.

j) Muerte de Arato.
   Arato se aleja de Filipo V, 51.
   Filipo V envenena a Arato, 52.
   Funerales de Arato, 53.
   La estirpe de Arato y de Filipo V, 54.

ARTAJERJES

En el mismo año 404 a. C. en el que Artajerjes II (Longímano) sube al trono de Persia, el rey espartano Lisandro conquista Atenas y se destruyen sus famosos Largos Muros y se impone el nuevo régimen oligárquico de los «Treinta Tiranos». El fin de la fratricida guerra del Peloponeso acabó con el principal valedor de la independencia griega y, como consecuencia, las ciudades retrocedieron a la situación anterior a Salamina, Platea y Mícale. Pero la fuerza del imperio persa no se encontraba en su poderío militar sino en su capacidad de intriga, incitando la división de los griegos tras la guerra del Peloponeso, como podemos ver con los sucesos que desembocaron en la llamada «paz de Antálcidas» del 387 a. C., también llamada «paz del Rey».

En principio, Esparta había salido beneficiada del conflicto, pero pronto se produjo una clara ruptura cuando los espartanos prestaron un secreto apoyo a una conjura organizada contra Artajerjes II por su hermano Ciro. La historia del grupo de los

«Diez Mil» mercenarios griegos, al mando de Clearco, que partieron desde Sardes en la primavera del 401 hacia Babilonia, y la batalla de Ciro y Artajerjes II en Cunaxa, conforman un núcleo importante del relato de Plutarco que se basa en la *Anábasis* de Jenofonte. En cierto modo, la experiencia de los «Diez Mil», que lograron volver a sus casas a pesar de haberse internado en territorio enemigo, demostró la debilidad de los persas, justo en el momento en el que el rey de reyes parecía ejercer un mayor influjo sobre los destinos de Grecia. Así se justifica que, cuando el sátrapa Tisafernes inicie una campaña de represalia en el 394 a. C. contra los griegos de Jonia, que habían apoyado a Ciro, los espartanos, al mando de Agesilao II, sean capaces de derrotar al sátrapa cerca de Sardes.

Gracias al oro persa, se llega a crear un frente antiespartano en Grecia que obliga a Agesilao a dejar Asia Menor. Agesilao logró vencer a las tropas coaligadas de Grecia en una batalla en Queronea en el 394 a. C., pero el ateniense Conón había acabado con la marina espartana en Egospótamos. A su regreso a Atenas, Conón fue acogido como un nuevo Temístocles y mandó reconstruir las murallas de Atenas con ayuda del resto de los aliados griegos. Esparta observa con pánico cómo su vieja enemiga se recupera. Sólo una sombra se cernía sobre la dicha general: las nuevas murallas de la libertad de Grecia se habían levantado con ayuda del oro persa. Por ello, cuando el rey persa y su sátrapa de Jonia creyeron que era el momento de inclinar la balanza de nuevo a favor de Esparta, detuvieron a Conón y firmaron un tratado de paz con el espartano Antálcidas, en virtud del cual todas las ciudades griegas de Asia Menor pertenecían al rey y dejaba el resto de Grecia libre, pero bajo el control de su aliada Esparta.

El acercamiento de Plutarco a este período histórico se realiza desde el punto de vista persa, con una biografía dedicada al rey Artajerjes II Memnón. Con la lectura de esta biografía observamos que, a pesar de que el imperio persa se erigía como el

principal árbitro de las disputas helenas, recibiendo a sus embajadores en la corte, ésta se veía afectada no sólo por las revueltas de los griegos, fascinados por el oro persa, sino también por las ambiciones de los sátrapas, lejos de la tutela directa del soberano, y por las intrigas de la propia corte en Babilonia (especialmente a la hora de designar al heredero del trono), ante las que el soberano de turno quedaba totalmente desbordado. Artajerjes II simbolizaba, con su debilidad de carácter, la propia debilidad del imperio persa que sucumbiría, años después, ante el empuje de Alejandro Magno.

Esta breve biografía resulta curiosa dentro de la producción de Plutarco porque su contenido es netamente narrativo, ya que apenas se encuentran noticias sobre la juventud o la educación del personaje y, ante las intrigas de corte, su personalidad queda totalmente apagada. Plutarco subraya de manera destacada la dulzura de su débil carácter, patente en el amor que sentía por su mujer Estatira (*Art.* 2, 19), en su respeto ante la venerable presencia de su madre, incluso aunque ésta acaba siendo la responsable de la muerte de su mujer (*Art.* 19 y 23), en su valeroso comportamiento en la guerra (*Art.* 24), en la clemencia o la forma cercana de tratar a sus súbditos (*Art.* 25).

Pero, en verdad, la generosidad de Artajerjes II (supuestamente inspirada en la proverbial clemencia de su antepasado, Artajerjes I) queda degradada a una infantil y ridícula ostentación de poder, como en el caso de la entrega de mil dáricos y una copa de oro a un campesino que le ofreció agua de sus manos (*Art.* 5), o en el caso del regalo de cuarenta vacas lecheras y una litera al griego Timágoras, por su traición (*Art.* 22). También, aunque desea ser clemente y juicioso, sus rasgos son poco dignos de su regio poder: la envidia por el coraje de su súbdito Mitrídates, que había matado a Ciro (*Art.* 11 y 15), o el celo con el que guarda a una de sus concubinas favoritas, Aspasia (*Art.* 26), o el deseo incestuoso por su hija Atosa (*Art.* 23) que le enemista con

sus cortesanos. Y en todos sus movimientos encuentra atenta a su madre Parisatis, dispuesta a manipular con su cinismo y su falta de escrúpulos a su hijo para acabar con sus enemigos políticos. Porque es a su hijo, al que sigue viendo como un niño, y no a su soberano, a quien Parisatis se atreve a dar esta respuesta, tras la ejecución de Masabates: «¡Qué divertido y gracioso eres! Te enfadas por un desgraciado y viejo eunuco y yo, en cambio, que he perdido a los dados mil dáricos, me callo y me resigno».

Lo que en él, como hemos visto, se revela como capricho y ostentación, en los demás es ansia de lujo, tráfico de influencias y ambición de un poder, por el que no dejan de luchar madre (Parisatis), hermanos (Ciro), hijos (Oco), esposas (Estatira) y eunucos. Así, Artajerjes II sucumbe a las manipulaciones de su entorno y, finalmente, convierte su reinado en un amplio catálogo de crueles suplicios, descritos con minuciosidad, como los que sufre el hombre caunio *(Art.* 14), el soldado Mitrídates *(Art.* 16), el eunuco Masabates *(Art.* 17), la sirvienta Gigis *(Art.* 19), el sátrapa Tisafernes *(Art.* 23) y el propio hijo de Artajerjes II, Darío *(Art.* 29). Así pues, el mundo que rodea a Artajerjes muestra aún más la inconveniencia de su manipulable carácter para actuar como gobernante.

Así pues, Plutarco, que destacaba la dulzura de Artajerjes al comienzo de la obra, tras la genealogía *(Art.* 2, 4), lo hace de nuevo a la muerte del soberano, en la recapitulación final *(Art.* 30). Sin embargo, la última línea hace referencia al reinado de Oco y la afirmación de que él fue el «que superó a todos por su crueldad sanguinaria» *(Art.* ibíd.) resulta reveladora. Y es que, en realidad, lo que Plutarco recrea en esta vida son hechos que, irónicamente, no revelan compasión, virtud, valor o grandeza de ánimo, sino todo lo contrario.

Entre las principales fuentes de Plutarco una de las más interesantes es Ctesias del Cnido *(FGrHist.* 688), por ofrecer en lengua griega un detallado relato de la historia, la vida y las cos-

tumbres del imperio persa desde sus orígenes hasta su época en sus *Persiká*. Tras ser hecho prisionero de guerra, acabó siendo médico de la corte de Artajerjes II y de su familia hasta el año 398 a. C., año en el que volvió a su patria. La lectura de lo que resta de su obra, los veintitrés libros de las *Persiká*, muestra que su relato histórico estaba plagado de digresiones etnográficas, curiosidades pseudocientíficas, fantasías orientalizantes, juicios tendenciosos y exageraciones literarias. El mismo Plutarco *(Art.* 1, 13, 18) reprocha a Ctesias esa tendencia, pero es inevitable pensar que ese atractivo clima de intriga palaciega, que domina en el relato, deriva del profuso uso de Ctesias.

Plutarco intenta rebajar las exageraciones literarias y errores de Ctesias con la consulta de otros autores. Para la campaña de Ciro contra su hermano Artajerjes II la fuente más importante es, sin duda, la *Anábasis* de Jenofonte que, como testigo desde el lado griego de la lucha (engrosó como mercenario las tropas de Ciro), da una versión mucho menos novelesca. Dinón de Colofón, que también escribió unas *Persiká (FGrHist.* 690), aunque vivió con posterioridad a los eventos que narra Plutarco, es igualmente una fuente muy citada para completar o corregir el relato de Ctesias. Como fuentes secundarias para algunos detalles, nuestro autor cita a Heraclides de Cumas *(FGrHist.* 689) para hablar de los matrimonios de Artajerjes II con sus hijas Amestris y Atosa *(Art.* 23).

Estructura de la *Vida de Artajerjes:*

a) Genealogía de Artajerjes II y el ejemplo de Artajerjes I, 1.
b) Antecedente de la expedición de Ciro contra Artajerjes II.
   Distintos caracteres de los hermanos Ciro y Artajerjes, 2.
   Complot contra Artajerjes II en la coronación
      en Pasargade, 3.

GALBA Y OTÓN

Emprendo un relato cuajado de desgracias, de batallas atroces, de sedición y revueltas; un tiempo en que hasta en la paz fue terrible. A hierro perecieron cuatro emperadores, hubo tres guerras civiles, aún muchas más en el exterior y a menudo éstas se combinaron[3].

Así comienza Tácito, en sus *Historias*, el relato del convulso período de los cuatro emperadores que se suceden en el año 69 d. C., tras la muerte de Nerón, el último representante de la dinastía Julio-Claudia; y éste es el contexto histórico en el que se insertan estas dos breves *Vidas de Galba y Otón* de Plutarco. Se cree que nos encontramos con lo que ha sobrevivido de una serie más amplia de *Vidas* de emperadores desde Augusto hasta Vitelio que fueron escritas antes del año 96 d. C., formando parte de la primera producción de nuestro autor[4]. Lo cierto es que se tiene la impresión de encontrarnos ante el fragmento de una obra de mayor envergadura: la brevedad de estas dos biografías (de hecho, la *Vida de Otón* es la mas breve, con sus dieciocho capítulos, de todo el corpus plutarqueo), la anómala estructura y disposición del material biográfico (por ejemplo, la semblanza de Otón se ofrece en la *Vida de Galba*, de tal forma que la *Vida de Otón* comienza con su ascenso al poder), o las referencias a la *Vida de Nerón* y la *Vida de Vitelio* (anterior y

[3] TÁCITO, *Hist.* II, 1.

[4] De las biografías citadas por el *Catálogo de Lamprias* (Augusto, Tiberio, Gayo, Claudio, Nerón, Galba, Otón y Vitelio, *cf.* n.° 26, 27, 29-33), sobre la cronología, *cf.* C. P. JONES, *Plutarch and Rome...*, págs. 72-80. Entre lo transmitido por los manuscritos, se conservan algunos apotegmas de Augusto, pero la autoría de Plutarco es dudosa. *Cf.* PSEUD.-PLUT. *Máximas de reyes y emperadores*, 206F-208A.

posterior en la serie de vidas imperiales[5]), nos hacen pensar en un relato continuado del que, efectivamente, nos faltan partes.

A pesar de todo, el texto de Plutarco tiene su interés, tanto literario como histórico. Lo que revela la lectura de estas biografías sobre la crisis del año 69 d. C. es, sobre todo, la ruptura de ese equilibrio del principado de Augusto, sustentado entre el Senado, el emperador y su familia, salvaguardada por la guardia pretoriana, con la entrada de nuevos poderes. Una burocracia estatal, nutrida principalmente de libertos imperiales con amplísimo poder, el manipulable pueblo de Roma, y, sobre todo, el ejército y sus generales, que se veían encumbrados con cada campaña victoriosa en las provincias y que, en sus deseos de alcanzar el poder supremo, demostraban que los emperadores podían llegar de fuera de Roma y al margen de la dinastía Julio-Claudia. Plutarco ha captado muy bien ese ambiente y, por ello, su relato se enriquece con la caracterización de los libertos Tito Vinio o Nimfidio, ante los que se anulaba el carácter de Galba; o con las importantes intervenciones del ejército, que presionaba a sus dirigentes para impulsarlos a la lucha o reclamaba obcecadamente incentivos salariales; o con la evocación de la plebe de Roma, que se agolpaba en el Foro, aclamando a cada candidato al trono.

Así, Galba y Otón son dos actores más en este contexto. Los esfuerzos de cada uno de los personajes para adaptarse al agitado clima político se contraponen en el relato de Plutarco: Galba, procedente de la Tarraconense, donde había alcanzado ya la edad de setenta y tres años, se encontraba regido por la más tradicional austeridad patricia, y no logró hacer calar su proyecto político de restaurar un principado de espíritu senatorial; el joven Otón, procedente de la Lusitania (donde había sido enviado

---

[5] *Cf.* PLUTARCO, *Galba* 2 *(Vida de Nerón)* y *Otón* 18 *(Vida de Vitelio).* Tan sólo conservamos algún fragmento dudoso de la *Vida de Tiberio* en fuentes tardo antiguas (FOCIO, *Biblioteca* n.° 242).

por Nerón en el año 58 d. C.), intentó contentar a todos con la restauración de la memoria de Nerón y su legado (tranquilizando al Senado con la promesa de restablecer el orden y el equilibrio), pero no pudo hacer nada ante las tropas germanas al mando de Vitelio, ante las que sucumbió en la batalla de Bedríaco, pocos meses después de su ascenso al poder.

La lucha por el poder continuaría en la lucha de Vitelio y Vespasiano. Vespasiano, legado en Judea desde el año 67 d. C., fue proclamado emperador en julio del 69 d. C. por el prefecto de Egipto, Tiberio Alejandro, y el gobernador de Siria, Licinio Muciano. Tan sólo con la triunfal entrada en Roma al año siguiente, Roma alcanzaría una estabilidad. La labor reformadora de un miembro conservador y tradicional de la burguesía municipal itálica (Vespasiano procedía de Reate, en la Sabina) consolidó el régimen imperial y la autoridad absoluta del emperador y de la nueva dinastía Flavia, recompuso el Senado, admitiendo a miembros de la burguesía y la élite provincial, e inició una ambiciosa política de construcción monumental en Roma y, sobre todo, en las provincias, para integrarlas firmemente en el imperio.

Bastante dudosa es la identificación de las fuentes para la composición de estas dos vidas. Lo cierto es que, como hemos dicho y también revelamos en nuestras notas al texto de Plutarco, estas dos vidas constituyen un interesante contrapunto griego a las versiones latinas de Tácito *(Historias* I-II) y Suetonio, pero es bastante improbable (básicamente, por cronología) que Plutarco tuviera a mano la obra de estos dos historiadores. Normalmente, se suele considerar el nombre del historiador Cluvio Rufo, ya que Plutarco lo menciona en relación con los hechos *(Otón* 3) y Tácito lo cita explícitamente como fuente para el reinado de Nerón[6].

---

[6] *Cf.* TÁCITO, *An.* 13, 20 y 14, 2.

Sin embargo, nuestro autor también combina las fuentes escritas con la exploración del teatro de los acontecimientos y el uso del testimonio de aquellos que participaron en las luchas por el poder imperial tras la muerte de Nerón. Por ejemplo, Plutarco visita Bedríaco, campo de batalla donde sucumbe Otón y en donde se encuentra su tumba *(Otón* 14 y 18), se hace acompañar en esa visita por su amigo Lucio Mestrio Floro *(Otón* 14); e incluso cita la autoridad de Julio Secundo *(Otón* 9), un orador al servicio de Otón como secretario personal[7]. Toda esta información de primera mano hace que, indudablemente, el relato se enriquezca con vívidos detalles que singularizan la aportación de Plutarco.

Estructura de las *Vidas de Galba y Otón:*

Vida de Galba

a) Introducción.
Muerte de Nerón, 1.
Elección de Galba como sucesor, 2.
b) Carácter y carrera de Galba.
Familia ilustre, conexión con el Palatino, campañas en Germania, procónsul en Hispania, 3.
Revuelta de Vindex, Galba se proclama emperador, 4-5.
Virginio Rufo vence a Vindex y Galba se aísla en Clunia, 7.
Icelo da la noticia de la muerte de Nerón, 8.
c) Galba emperador de Roma.
Galba es manejado por el liberto Vinio y Nimfidio Sabino. Caracteres y actos. Nimfidio intenta proclamarse emperador, 8-14.

[7] *Cf.* C. P. JONES, *Plutarch and Rome...*, pág. 76.

Galba pierde el favor del pueblo: ejecuciones y crueldad en el sofoco de revueltas, 15.
Fracaso en la devolución de las propiedades expropiadas por Nerón, 16.
Impunidad de Tigelino, 17.
Racanería de Galba ante los soldados, 18.

d) Caída de Galba y ascenso de Otón.
Carácter de Otón, manejos para congraciarse al ejército y a Vinio, 18-20.
Revuelta de Vitelio en Germania, 21.
Galba, sin hijos, decide adoptar al joven Pisón, 22.
Conjura de Otón en el Foro y asesinato de Pisón y Galba, 23-27.
Otón se hace con el poder, 28.

e) Conclusión. Balance final del reinado de Galba, 29.

Vida de Otón

a) Otón en Roma.
Promesas tranquilizadoras al Senado, 1.
Ejecución de Tigelino, 2.
Revuelta del ejército en Ostia contra el Senado, que Otón sofoca en Roma, 3.

b) La guerra contra Vitelio.
Configuración de los frentes, reproches entre Otón y Vitelio, prodigios antes de la guerra, 4.
Vitelio invade Italia, movilización de tropas a Brescello, 5.
Lucha de Espurina, general de Otón, en Piacenza, 6.
Lucha de Cecina, general de Otón, en Cremona, 7.
Otón celebra un consejo de guerra en Betríaco, deciden presentar batalla sin esperar al ejercito aliado de Misia, en un error fatal, 8-9.

Otón vuelve a Brescello, 10.
Batalla de Betríaco, con el testimonio directo de Mestrio Floro, 11-14.
c) Muerte de Otón.
Otón, ante la noticia de la derrota, 15.
Se despide de la tropa en un discurso, 16.
Se suicida, 17.
Tumba de Otón en Brescello. Balance final, 18.

NUESTRA TRADUCCIÓN

Para la elaboración de la traducción de estas cuatro vidas hemos tenido en cuenta básicamente el texto de K. Ziegler, citado en la bibliografía, así como los textos bilingües de Flacelière-Chambry (francés), de Manfredini-Orsi-Antelami (italiano) y Perrin (inglés) y sus comentarios para la corrección de la traducción y la elaboración de las notas; aunque siempre intentando completar la lectura de Plutarco con la lectura, principalmente, de otras fuentes antiguas que allí se citaban. Respecto a la traducción de los fragmentos poéticos y los contenidos de las notas, se aplican los mismos criterios que habíamos enunciado en las *Vidas de Demetrio y Antonio*.

TABLAS CRONOLÓGICAS

Vida de Arato

279 a. C.	Invasión céltica de Grecia y Asia Menor.
271 a. C.	Nacimiento de Arato.
264 a. C.	Asesinato de Clinias y exilio a Argos.
278 a. C.	Los etolios vencen a los galos en Delfos. Independencia griega sustentada por la Liga Etolia.
277 a. C.	Antígono II, rey de Macedonia. Victoria en Lisimaquea contra los galos.
274 a. C.	Pirro ataca Macedonia y vence a Antígono II.
272 a. C.	Pirro ataca el Peloponeso y muere en Argos.
265 a. C.	Batalla de Cos. Victoria macedonia ante Egipto.
263-262 a. C.	Antígono II ataca Atenas y domina el Egeo.
251 a. C.	Arato libera Sición. Viaje de Arato a la corte de Tolomeo II.
245 a. C.	Reformas del rey Agis IV en Esparta. Arato, elegido estratego de la Liga Aquea.
243 a. C.	Arato, estratego por 2.ª vez, toma el Acrocorinto. Corinto, Mégara y Trecén entran en la Liga Aquea.

242 a. C. Campañas de Demetrio II contra los bárbaros.
241 a. C. Arato, estratego por 3.ª vez.
Aristómaco, tirano de Argos, es sucedido por Aristipo tras su asesinato. Agis IV, rey reformador de Esparta, es condenado a muerte.
240 a. C. Demetrio II, rey de Macedonia.
239 a. C. Arato, estratego por 4.ª vez.
Alianza entre la Liga Aquea y la Etolia.
237 a. C. Arato, estratego por 5.ª vez.
235 a. C. Arato, estratego por 6.ª vez.
Cleómenes, rey de Esparta.
233 a. C. Arato, estratego por 7.ª vez.
Batalla de Filacia.
231 a. C. Arato, estratego por 8.ª vez.
229 a. C. Arato, estratego por 9.ª vez.
Argos, Hermíone, Fliunte se unen a la Liga Aquea.
228 a. C. Antígono III (Dosón), rey de Macedonia.
Cleómenes ataca la Argólide.
227 a. C. Arato, estratego por 10.ª vez.
Victoria de Cleómenes en Ladoceia.
Alianza de Arato con Antígono III (Dosón).
226 a. C. Batalla de Hecatombeo.
225 a. C. Aratos, estratego autocrátor.
Cleómenes conquista Argos y se le entrega Corinto.
Alianza con Antígono III (Dosón).
224 a. C. La Liga Aquea recupera Argos y Corinto.
223 a. C. Toma de Mantinea, refundada como Antigoneia.
222 a. C. Batalla de Selasia.
220 a. C. Arato, estratego por 14.ª vez.
Alianza con Filipo V, rey de Macedonia.
219 a. C. Muerte de Cleómenes en Egipto.
Etolia y Esparta se alían contra la Liga Aquea.
218 a. C. Operaciones en Laconia de Filipo V y la Liga Aquea.

217 a. C.	Arato, estratego por 16.ª vez.
213 a. C.	Arato, estratego por 17.ª vez.
	Muerte de Arato envenenado.
197 a. C.	Flaminio derrota a Filipo V en Cinoscéfalas.
196 a. C.	Flaminio declara la libertad de Grecia.

Vida de Artajerjes

404 a. C.	Fin de la guerra del Peloponeso. Muere Darío II de Persia y Artajerjes II sube al poder.
403 a. C.	Trasíbulo derroca a los Treinta Tiranos en Atenas.
401 a. C.	Campaña de Ciro contra Artajerjes II.
	Batalla de Cunaxa.
400 a. C.	Vuelta de los Diez Mil. Esparta contra Persia.
399 a. C.	Sócrates es condenado a muerte en Atenas.
398 a. C.	Agesilao II, rey de Esparta.
396 a. C.	Agesilao II invade Frigia.
395 a. C.	Agesilao II invade Sardes. Derrota de Tisafernes.
	Tebas, Corinto, Argos y Atenas contra Esparta.
394 a. C.	Regreso de Agesilao II. Victoria en Queronea.
	Victoria de Conón en Egospótamos.
393 a. C.	Conón reconstruye las murallas de Atenas.
392 a. C.	Embajadas griegas a Persia.
387 a. C.	Paz de Antálcidas.
386 a. C.	Campaña espartana contra Corinto y Argos.
	Conquista de Mantinea.
382 a. C.	Conquista espartana de Tebas.
380 a. C.	Campaña espartana contra la Liga Calcídica.
379 a. C.	Pelópidas libera a Tebas del yugo espartano.
371 a. C.	Batalla de Leuctra. Victoria tebana.
370 a. C.	Campaña tebana contra Lacedemonia.
369-367 a. C.	Campañas tebana contra Tesalia y Macedonia.

366 a. C.	Campañas tebanas contra Acaya.
364 a. C.	Batalla de Cinoscéfalas. Muerte de Pelópidas.
362 a. C.	Batalla de Mantinea. Muerte de Epaminondas.
361 a. C.	Campaña de Agesilao contra los persas.
358 a. C.	Muerte de Artajerjes II.

Vidas de Galba y Otón

3 a. C.	Nacimiento de Galba.
9 d. C.	Nacimiento de Vespasiano.
12 d. C.	Nacimiento de Vitelio.
32 d. C.	Nacimiento de Otón.
58 d. C.	Otón, gobernador de Lusitania.
60 d. C.	Galba, gobernador en la Tarraconense.
67 d. C.	Vespasiano, enviado como general a sofocar las revueltas en Judea.

68 d. C.

2 de abril	Galba se une a la revuelta de Vindex.
9 de junio	Suicidio de Nerón.
15 de octubre	Galba entra en Roma.

69 d. C.

1 de enero	Consulado de Galba y Vinio.
2 de enero	Vitelio, proclamado emperador en Germania.
10 de enero	L. Calpurnio Piso, designado sucesor de Galba.
15 de enero	Asesinato de Galba en el Foro.
14 de marzo	Movilización de tropas otonianas a Cremona.
12 de abril	Consejo de guerra de Otón en Brescello.

14 de abril	Batalla de Betríaco. Derrota de Otón.
15 de abril	Sucidio de Otón.
1 de julio	Vespasiano, proclamado emperador en Oriente.
17 de julio	Vitelio entra en Roma.
24 de octubre	Batalla de Cremona. Derrota de Vitelio.
19 de diciembre	Incendio del Capitolio por tropas vitelianas. T. Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, muere. Domiciano se salva de la masacre.
21 de diciembre	Vespasiano, proclamado emperador en Roma.
22 de diciembre	Muerte de Vitelio en Roma.
70 d. C.	Vespasiano entra triunfalmente en Roma. Se reconstruye el templo de Júpiter Capitolino.

BIBLIOGRAFÍA

a) Ediciones, traducciones y comentarios

B. CASTER, *Plutarchs Vitas des Artaxerxes: ein historicher Kommentar*, De Gruyter, Berlín, 2008.

R. FLACELIÈRE, E. CHAMBRY, *Plutarque. Vies,* t. XV, *Artaxerxes-Aratos, Galba et Otho*, Les Belles Lettres, París, 1979.

E. G. HARDY, *Plutarch's Lives of Galba and Otho*, Sonnenchein, Londres, 1890.

A. J. KOSTER, *Plutarchi Vitam Arati. Editio, prolegomenis, commentarioque*, Brill, Leiden, 1937.

D. LITTLE, CH. EHRHARDT, *Plutarch's Lives of Galba and Otho. A Companion*, Bristol, 1994.

M. MAFREDINI, D. P. ORSI, V. ANTELAMI, *Plutarco, le Vite di Arato e di Artaserse*, Fondazione Lorenzo Valla, Milán, 1987.

B. PERRIN, *Plutarch's Lives, t. XI, Aratus Artaxerxes, Galba and Otho*, Cambridge University Press, Cambridge (Mass.)-Londres, 1975[2].

W. H. PORTER, *Plutarch's Life of Aratus, with Introduction, Notes and Appendix*, Cork University Press, Dublín-Cork, 1937.

A. RANZ DE ROMANILLOS, *Vidas Paralelas, t. IV (Foción y Ca-*

tón el Menor, Agis y Cleómenes, Tiberio y Cayo Graco, Demóstenes y Cicerón, Demetrio y Antonio, Dión y Bruto, Artajerjes, Arato, Galba y Otón), Iberia, Barcelona, 1944.

C. RIBA, *Plutarc Vides Paral·leles, vol. III part 2a, Pirros i Mari, Aratos, vol. III, part 3a, Artxerxes, Agis i Cleomenes, Tiberi i Gaius Grac*, Fundació Bernat Metge, Barcelona, 1930-1932.

Ch. F. SMITH, *A Study of Plutarch's Life of Artaxerxes*, Metzger and Wittig, Leipzig 1881.

W. P. THEUNISSEN, *Ploutarchos' Leven van Aratos, met historisch-topographisch Commentaar*, diss. Nijmegen, 1935.

K. ZIEGLER, *Plutarch, Grosse Griechen und Römer, Band VI (Pyrrhos und Marius; Aratos und Artaxerxes; Agis und Kleomens und die Gracchen; Philopoimen und Titus, Galba und Otho)*, Artemis-Verlag Zürich-Stuttgart, 1955.

—, CL. LINDSKORG, *Plutarchi Vitae Parallelae 3, 1. ed. correctiorem cum addendis cur. Hans Gärtner*, Teubner, Stuttgart-Leipzig, 1996.

b) Monografías y obras generales

1. *Arato*

A. AYMARD, *Les assemblées de la Confédération achaienne*, Féret et Fils, Burdeos, 1938.

M. DUBOIS, *Les ligues Étolienne et Achéenne, leur histoire et leurs institutions, nature et durée de leur antagonisme*, E. Thorin, París, 1885.

R. M. ERRINGTON, *Philopoemen*, Clarendon Press, Oxford, 1969.

W. S. FERGURSON, *Hellenistic Athens*, Mac Millan & Co, Londres, 1911.

A. FERRABINO, *Il problema dell' unità federale nella grecia antica. I. Arato di Sicione e l'idea federale*, Le Monnier, Florencia, 1921.

R. FLACELIÈRE, *Les Aitoliens à Delphes*, De Boccard, París, 1937.

P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria (vols. I-II)*, Clarendon Press, Oxford, 1972.

J. GABBERT, *Antigonus II Gonatas: a political biography*, Routledge, Londres-Nueva York, 1997.

P. GREEN, *Alexander to Actium. The Hellenistic Age*, Thames and Hudson, Londres, 1990.

A. GRIFFIN, *Sykion*, Clarendon Press, Oxford, 1982.

N. G. L. HAMMOND, F. W. WALBANK, *A History of Macedonia (vols. I-III)*, Clarendon Press, Oxford, 1988.

G. NACHTERGAEL, *Les Galates en Grèce et les Sôteria de Delphes: recherches d'histoire et d'épigraphie hellénistiques*, Palais des Académies, Bruselas, 1977.

W. W. TARN, *Antigonos Gonatas*, Clarendon Press, Oxford, 1913.

CH. H. SKALET, *Ancient Sicyon, with a prosopographia Sicyonia*, John Hopkins Press, Baltimore, 1928.

F. W. WALBANK, *Aratos of Sicion*, Cambridge University Press, Cambridge, 1933.

—, *Philip V of Macedon*, Cambridge University Press, Cambridge, 1940.

—, *A Historical Commentary on Polybius (vols. I-II)*, Clarendon Press, Oxford, 1957-1967.

2. *Artajerjes*

G. BARBIERI, *Conone*, Signorelli, Roma, 1955.

P. BRIANT, *Histoire de l'Empire Perse: de Cyrus à Alexandre*, Fayard, París, 1996.

P. Cartledge, *Agesilaos and the crisis of Sparta*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1987.

A. Christensen, *L'Iran sous les Sassanides*, Levin & Murksgaard, Copenhague, 1944.

J. M. Cook, *The Persian Empire*, Dent & Sons, Londres, 1983.

M. A. Dandamaen, *A Political History of the Achaemenid Empire*, Brill, Leiden, 1989.

R. N. Frye, *The History of Ancient Iran*, Beck, Munich, 1984.

Ch. D. Hamilton, *Agesilaos and the failure of Spartan hegemony*, Cornell University Press, Ithaca, 1991.

E. Herzfeld, *The Persian Empire*, F. Steiner, Wiesbaden, 1968.

M. A. Levi, *Grecia Persia: fino ad Alessandro Magno*, Unione Tipografico Editrice Torinese, Turín, 1981.

D. M. Lewis, *Sparta and Persia*, Brill, Leiden, 1977.

G. Matila, *Vida y costumbres de los persas*, Edimat Libros, Madrid, 2007.

D. More, *Clash of East and West: the Persians and Imperial Greece*, Cassell, Londres, 1980.

A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire*, University of Chicago Press, Chicago, 1948.

J. Pascual González, *Grecia en el siglo IV a. C.: del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia*, Síntesis, Madrid, 1997.

O. Picard, *Les Grecs devant la menace perse*, Société d'Édition d'Enseignement Supérieur, París, 1980.

3. *Galba y Otón*

L. Bessone, *L'anno più lungo dell'impero*, Turín, 1974.

A. del Castillo, *The Emperor Galba's assumption of power: some chronological considerations*, Franz Steiner, Wiesbaden, 2002.

E. FABRICOTTI, *Galba*, L'Erma di Brestschneider, Roma, 1976.
P. A. L. GREENHALGH, *The year of the four emperors*, Barnes and Noble Books, Nueva York, 1975.
L. HOMO, *Vespasien: l'empereur du bon sens (69-79 ap. J.-C.)*, Albin Michel, París, 1949.
G. MANFRÉ, *La crisi politica dell'anno 68-69 d.C.*, Londres, 1974.
G. MORGAN, *69 A.D. The year of the four emperors*, Oxford University Press, Oxford-Nueva York, 2006.
CH. I. MURISON, *Galba Otho and Vitellius: careers and controversies*, Olms, Hildesheim-Nueva York, 1993.
B. LEVICK, *Vespasian*, Routledge, Londres, 1999.
J. SANCERY, *Galba ou l'armée face au pouvoir*, Les Belles Lettres, París, 1983.
K. WELLESLEY, *The Long Year, A.D. 69*, Bristol Classical Press, Bristol, 1974.
P. ZANCAN, *La crisi del principato nell'anno 69 d.C.*, CEDAM, Casa editrice dott. A. Milano, Padua, 1939.

ARATO

Querido Polícrates[1]: 1

El filósofo Crisipo[2] cita un proverbio antiguo, aunque no de la manera apropiada, sino como él creía que era mejor, porque temía, a mi entender, que hubiera algo ofensivo en ella:

¿Quién alabará al padre, si no tiene hijos que sean afortunados?

Dionisodoro de Trecén[3], refutándole, indicó a su vez cómo 2
era de verdad este refrán:

¿Quién alabará al padre, si no tiene hijos que sean desgraciados?

---

[1] Tiberio Claudio Polícrates, ciudadano romano (probablemente nombrado en una inscripción de la época *SIG*[3] 846), descendiente de Arato y ciudadano de Argos y amigo personal de nuestro autor, al que también nombra en el capítulo 54 de esta vida y en *Del oráculo Pitio,* 409B (asociado a Petreo de Hipata en la reconstrucción del santuario délfico en época de Adriano), y en *Cuestiones Convivales*, 667C-671B (como uno de los interlocutores del banquete).

[2] *Cf. SVF*, III, pág. 202. CRISIPO (280-206 a. C.) es un filósofo estoico, sucesor de Cleantes que también había seguido las lecciones de Arcesilao de Priene, impulsor de la Academia Media. La cita pertenece a la obra *Sobre los refranes* (DIÓGENES LAERCIO, VII 200).

[3] *Cf. Paremiógrafos griegos* I pVIII Schneidewin. DIONISODORO DE TRECÉN era un gramático del círculo de Alejandría, discípulo de Aristarco. Tam-

Y afirma que, con este refrán, se tapa la boca a los que no tienen ningún mérito por ellos mismos y se escudan en las virtudes de sus ancestros, deshaciéndose en excesivos elogios por aquéllos.

3 Sin embargo, «al que por naturaleza su linaje resplandece desde sus antepasados» (tal como lo dice Píndaro[4]), como es tu caso, y busca conformar virtuosamente su existencia a partir de los ejemplos de su propia casa, le resultará grato recordar a los hombres más excelsos de su linaje, escuchando continuamente
4 hablar de ellos. Así, su fama no depende de las alabanzas de otro al faltarles virtudes propias, sino que relacionan las virtudes de sus antepasados con las suyas propias y los celebran como fundadores de su estirpe y rectores de su propia existencia.

5 Por esta razón, te envío este escrito con la vida de uno de tus compatriotas y bisabuelo tuyo, Arato, de quien no eres indigno ni por la fama que corre en torno tuyo, ni por el poder que ostentas; pero no lo hago porque te haya faltado interés, desde un principio, por conocer sus hazañas con la mayor exactitud que los demás, sino para que tus hijos, Polícrates y Pitocles, se eduquen con el ejemplo de la familia. Que de esta forma escuchen o lean lo que más les conviene imitar, pues siempre es propio de
6 quien se ama demasiado a sí mismo y no la virtud el juzgarse mejor que cualquiera.

2 La ciudad de Sición[5], desde el momento que se derrocó un

bién cita este refrán Cicerón *(Ad. Att.* I 19, 10). Plutarco tuvo un especial interés por los refranes, pues entre las obras perdidas que no han llegado hasta nosotros se encuentran dos libros de *Refranes* y un libro titulado *Sobre los refranes alejandrinos*.

[4] *Cf.* Píndaro, *Píticas* 8, 44-45.

[5] No es la primitiva Sición, sino la ciudad nueva de época helenística, *Demetrias Sykion*, fundada por Demetrio Poliorceta en el 303 a. C. Demetrio conquista la antigua Sición y traslada la población cuatro kilómetros al interior en una ciudadela, una localización que se mantendrá hasta época romana (Pausa-

gobierno puramente de aristócratas filoespartanos[6], pasó a quedar sometida a las facciones y a la rivalidad de los demagogos, como si se tratara de una armonía desestabilizada, y no cesó de estar enferma y agitada, cambiando de un tirano a otro, hasta que mataron a Cleón y eligieron a Clinias y Timóclides como arcontes, hombres muy honrados y con influencia entre los ciudadanos[7]. Pero cuando ya parecía que el gobierno había alcan- 2
zado cierta estabilidad, Timóclides murió y Abántidas, el hijo de Paseas, se hizo con el poder como un tirano, mató a Clinias, y mató o desterró a los amigos y familiares de éste.

Hizo lo posible también por matar a Arato, el único hijo de Clinias que quedaba, de siete años[8], pero en medio de la confu- 3
sión que se había creado en su casa, el chico se escapó con aquellos que huían, errando por la ciudad sin que nadie le amparara y aterrado, hasta que, por casualidad, penetró, a escondidas, en la casa de una mujer que resultó ser la hermana de Abantes, de

---

NIAS habla de «la ciudad moderna». *Cf.* II 7, 1), aunque se pierda el nombre. Sobre *Demetrias*, *cf.* DIOD., XX 102, 2-4; ESTRAB., VIII 6, 25; PLUT., *Demetr.* 25; POLIENO, IV 7, 3. Veremos más casos de refundaciones de época helenística en el caso de *Arsioneia-Metana* y *Antigoneia-Mantinea*.

[6] El gobierno oligárquico impuesto por Esparta en el 417 a. C. (TUCÍDIDES V 81, 2) fue derrocado en el año 368 a. C. por Eufrón, que se convirtió en tirano de la ciudad, según cuenta JENOFONTE *(Hel.* VII 1, 44-46; VII 3, 4-5), pero fue expulsado en el año 336 a. C. por un partidario de Filipo de Macedonia, Arístrato.

[7] Omite Plutarco todos los hechos anteriores a la tiranía de Cleón, tras la caída del régimen oligárquico, y deja episodios tan importantes como la toma de Sición por parte de Tolomeo I Soter en el 308 a. C. (DIOD., XX 37, 1-2) y la supuesta liberación de Sición en el 303 a. C. por Demetrio Poliorceta. Según PAUSANIAS (II 8, 1-2) a la muerte de Clinias se habrían convertido en tiranos Eutidemo y Timóclides. El pueblo acabó con ellos y subió al poder Clinias, el padre de Arato, que en PAUSANIAS (II 10, 7) es recordado como el constructor de un gimnasio.

[8] Clinias murió el año 264 a. C. por lo que, según los cálculos, nació en el 271 a. C.; pero PAUSANIAS (II 8, 2) considera que Arato se exilió de forma voluntaria, junto con aquellos familiares que fueron desterrados por Abántidas, lo que sería inverosímil si sólo tenía siete años.

4 nombre Soso, que se había casado con Profanto, el hermano de
Clinias[9]. Esta mujer era de carácter generoso y lo escondió den-
tro, con la convicción de que por una gracia divina el niño había
acudido a ella, y luego lo mandó a Argos de noche.
3 Arato, siendo así como se vio seguro y libre de peligro, sin-
tió de esta manera nacer y desarrollarse un tenaz y ferviente
odio hacia los tiranos. Él creció en libertad en casa de unos ami-
gos paternos de Argos y, viendo que su cuerpo se iba desarro-
llando alto y robusto, se consagró a ejercitarse en la palestra
hasta el punto de participar en el pentatlón[10] que consiguió ga-
2 nar. Destaca en las estatuas[11], por lo demás, un cierto porte atlé-
tico y los rasgos de su rostro no disimulan del todo su buen
3 comer y su paso por el gimnasio[12]. De ahí que dedicara menos
esfuerzos a la oratoria de lo que necesita y conviene a un hom-
bre dedicado a la política, aunque parece que era de dicción más
elegante de lo que algunos infieren de sus *Memorias*[13], que son

[9] Soso es por tanto la tía de Arato y es un conflicto familiar, no un levantamiento popular, dirigido por Abántidas, lo que echa del poder a Clinias.

[10] Competición consistente en cinco pruebas: salto, carrera, lanzamiento de disco, lanzamiento de jabalina y lucha libre. Arato también participó en Olimpia (PAUS., VI 12, 5), donde consiguió ganar una carrera de carros.

[11] Varias son las estatuas elevadas en honor a Arato: Plutarco menciona la estatua de bronce erigida por los exiliados de Sición una vez que la ciudad fue liberada, cuyo dístico lee Plutarco, y una estatua en Corinto. *Cf.* caps. 9, 14 y 45. PAUSANIAS menciona una estatua de él en el teatro de Sición (II 7, 5) y en Olimpia (VI 12, 5-6), elevada esta última por los corintios tras una victoria de carros. En el 146 a. C., tras la toma de Corinto por Lucio Mumio, POLIBIO (XXXIX 3, 10) pidió que se devolvieran estatuas a Grecia, entre ellas las de Arato.

[12] Literalmente Plutarco menciona el *scaphéion*, una azada con la que, según cuenta ATENEO (*Banquete de los eruditos* XII 518d), se aprestaba el suelo del gimnasio para prepararlo antes de los ejercicios. Por metonimia, Plutarco alude a un aparato del gimnasio para referirse a la impronta de la actividad física en el cuerpo de Arato.

[13] Las *Memorias* de Arato son citadas en los capítulos 32, 33 y 38 como

un documento compuesto de manera ocasional y muy deprisa,
con las primeras palabras que se le ocurrían.

Poco tiempo después, Abántidas murió a manos de Dinias[14] 4
y Aristóteles el dialéctico[15]: Abántidas gustaba de asistir y de
participar en aquellas discusiones que tenían lugar en el ágora,
así que ellos, animándole a que disfrutara de una de esas char-
las, organizaron allí un complot y lo mataron. Tras matar tam-
bién a Paseas, el padre de Abántidas, que había tomado el poder
después, Nicocles se proclamó tirano[16]. Dicen que este último
era muy parecido en su aspecto a Periandro, el hijo de Cipse- 5
lo[17], de la misma forma que el persa Orontes[18] se parecía a Alc-

---

una de las principales fuentes de Plutarco. *Cf.* también. Plut., *Ag.* 15, *Cleóm.* 16. También las conoce Polibio. *Cf.* I 3, 2; II 40, 4; 47, 11; 56, 1-2; IV 2-1. Esas *Memorias*, cercanas en el género a los *Comentarii* cesarianos, fueron escritas en los últimos años de su vida y en defensa propia ante las acusaciones de haber negociado con los reyes macedonios. Su relato llega hasta el 220 a. C., poco después de la batalla de Selasia. A pesar de que matiza su actuación en muchas situaciones embarazosas para él mismo, sin embargo era una fuente mucho más apreciada que Filarco para este período.

[14] Es probable que este Dinias sea el historiador de la ciudad de Argos (autor de *Argoliká*; *FGrHist* 306) que aparece citado en el capítulo 29 de esta vida, aunque esta identificación no es del todo segura.

[15] Aristóteles apodado «el dialéctico» no sería el famoso Aristóteles el Estagirita, sino un amigo argivo nombrado a continuación en el capítulo 44 de esta vida. Pausanias (III 8, 2) dice que los asesinos de Abántidas eran de Sición, no de Argos, lo que dificulta esta identificación.

[16] El período convulso en el que se produce la muerte de Abántidas, la subida al poder de su padre Paseas y la muerte de éste a manos de Nicocles, que se convierte, a su vez, en tirano, se sitúa en torno a 252-251 a. C. *Cf.*, sobre este período, Paus., II 8, 3 y Pol., X 22, 3.

[17] Periandro fue el tirano de Corinto a finales del siglo vii a. C. y está considerado como uno de los Sietes Sabios de Grecia.

[18] Oronte podría ser identificado con un sátrapa persa de Jonia y Lidia que se sublevó contra el rey de Persia en 349-348 a. C. y que se alió con Atenas. *Cf.* *IG*, II-III^2, 207.

méon, el hijo de Anfiarao[19], y un joven laconio a Héctor[20], que, según cuenta Mírsilo[21], fue pisoteado por una turba de curiosos cuando ellos creyeron reconocerlo.

4 Durante los cuatro meses en los que Nicocles fue tirano causó tantos males a la ciudad que estuvo a punto de perderla ante las intrigas de la Liga Etolia[22]. Por su parte, Arato, ya hecho un jovencito[23], se encontraba dotado de una deslumbrante reputación por su buena casta y su grandeza de ánimo, que no mostraba ni un ápice de bajeza o desidia, sino una gravedad atemperada con un entendimiento más recio que el habitual para alguien de su edad.

2 Los exiliados tenían puestas sus esperanzas en él y, por ello, Nicocles no se desentendía de lo que estaban tramando, sino que lo seguía de cerca de manera discreta y vigilaba sus movimientos, pero no porque tuviera miedo de que se llevara a cabo alguna temeridad o una empresa tan audaz, sino más bien por-

---

19 Alcmeón, el hijo de Anfiarao, comandó la expedición de los Epígonos (los sucesores de los Siete) contra Tebas en época mítica.

20 El conocido héroe troyano de la *Ilíada*, hijo de Príamo, hermano de Paris y esposo de Andrómaca.

21 *Cf. FGrHist* 477 F13. Fragmento de Mírsilo de Metimna (Lesbos), paradoxógrafo del siglo III a. C.

22 Primera mención de «los etolios», organizados en la llamada Liga Etolia que alcanzó su máxima cota de poder en el siglo III a. C., entrando en competencia con la Liga Aquea, como veremos. La Liga Etolia extendió su imagen de poder y su prestigio por todo el Mediterráneo gracias a la administración de Delfos en su territorio, especialmente con la organización de las *Soteria*. Este festival internacional fue instaurado para celebrar la defensa etolia de Grecia y Delfos frente la invasión gala del 279 a. C. Sus instituciones eran parecidas a las de la Liga Aquea, aunque el estratego podía ser elegido en años consecutivos. Sobre la Liga Etolia, *cf.* R. FLACELIÈRE, *Les Aitoliens à Delphes. Contribution à l'histoire de la Grèce centrale au IIIe siècle av. J. C.*, París, 1937.

23 POLIBIO (II 43, 3) muestra que en el momento en el que Arato libera Sición, en el 251 a. C., éste sólo tiene veinte años. De ahí que el resto de los exiliados desconfíen de los planes de una persona tan joven.

que sospechaba que Arato estaba en contacto con los reyes, que
habían sido amigos y huéspedes de sus padres. En efecto, es 3
cierto que Arato se había decidido a considerar esa opción, pero
Antígono[24], aunque le había hecho promesas, no las cumplía y
le daba largas y, como eran cada vez más lejanas las esperanzas
de recibir ayuda desde Egipto por parte de Tolomeo[25], decidió
que destruiría al tirano por sus propios medios.

Primero reveló su plan a Aristómaco y Ecdelo. El primero de 5
ellos era un exiliado de Sición[26] y el otro, Ecdelo, era un arcadio
de Megalópolis, filósofo y hombre de acción[27] que había fre-
cuentado la Academia de Arcesilao en la ciudad[28]. Tras aprobar 2
animados estos planes, Arato se reunió con el resto de los exilia-
dos, aunque sólo unos pocos de ellos, que eran los que se aver-
gonzaban de haber perdido toda esperanza, participaron en sus
planes. La mayoría intentó disuadir a Arato, pues pensaban que
se había atrevido a realizar esa empresa sólo por su inexperien-
cia. Pero él tenía la intención de tomar posesión de alguna región
de Sición, para desde allí poder llevar la guerra contra el tirano. 3

Entonces llegó un hombre a Argos procedente de Sición que
se había escapado de la cárcel. Era uno de esos exiliados y her-

[24] Se refiere a Antígono Gonatas, que tomó el poder de Macedonia en el año 277 a. C. y reinó hasta su muerte en el 239 a. C., imponiendo la dinastía de los Antigónidas en Macedonia.

[25] Se refiere a Tolomeo II Filadelfo, hijo de Tolomeo I. Tolomeo II fue llamado así porque se casó con su propia hermana Arsínoe II. Reinó del 285 al 247 a. C.

[26] Quizá un Aristómaco hijo de Sosandro de Sición mencionado en una inscripción. *Cf. SIG*[3], 458.

[27] Ecdelo es mencionado por POLIBIO (II 22, 2-4; con la variante Ecdemo), PLUTARCO en la vida de Filopemén (*Filop.* 1) y por PAUSANIAS (VIII 49, 2) junto con su compatriota Demófanes, como los ciudadanos que liberaron a Megalópolis de la tiranía de Aristodemo.

[28] Arcesilao de Pítane (316-240 a. C.) es, según DIÓGENES LAERCIO (IV 28), el fundador de la Academia Media.

mano de Jenocles. Después de que Jenocles se lo presentara a Arato, dijo que una parte de la muralla, un poco en el interior, por la que había saltado para salvarse, estaba casi cerca del suelo, aunque se encontraba construida en una zona pedregosa y alta, y que la altura de la parte exterior era salvable con escale-
4 ras. En cuanto Arato lo escuchó, envió junto a Jenocles a dos criados personales suyos, Seuta y Tecnón, para inspeccionar la muralla, pensando que, siendo un simple ciudadano, si se podía, era mucho mejor arriesgarlo el todo por el todo con un plan secreto y con un solo golpe, que enfrentarse al tirano en una guerra prolongada y con continuos combates.

5 Llegó la comitiva de Jenocles poco después, tras haber tomado las medidas de la muralla, e informaron de que el lugar no era de difícil acceso ni impenetrable. Aseguraron, en cambio, que no podrían pasar inadvertidos con facilidad si se acercaban, a causa de los perros de un jardinero que, aunque pequeños, eran bastante salvajes e implacables. Así se pusieron manos a la obra.

6 Entonces era algo habitual el tener armas a mano, cuando entonces por decirlo de alguna manera, todos practicaban el saqueo y se atacaban los unos a los otros[29]. Eufránor, el artesano, construyó las escaleras a la vista de todos, pues nadie podía te-

---

[29] El siglo III a. C. es una época de inestabilidad general en Grecia en la que destaca el carácter precario de la libertad personal y los bienes particulares, lo que exige el uso de las armas. Piénsese en la Comedia Nueva y en esos argumentos que combinan piratas, esclavitud, niños raptados, largos viajes y familias rotas. A esa situación se llega, en efecto, por la presión de los reinos helenísticos (especialmente Macedonia), pero también Grecia se las tuvo que ver con la piratería y bandas de ladrones ilirios, cretenses, con los galos, que llegaron hasta Delfos en el 279 a. C. y que siguieron saqueando ciudades y templos de Grecia y Asia Menor, y sobre todo con la piratería etolia. De los etolios, a los que POLIBIO acusa de ser los más entregados a este tipo de prácticas (*cf.* IV 3, 1; 16, 4), se conservan incluso inscripciones, que testimonian el cobro de un impuesto para salvaguardar a las poblaciones de los ataques de sus compatriotas. Muchos de estos piratas eran mercenarios en los ejércitos reales.

ner sospechas de lo que hacía por su profesión, aunque también era precisamente uno de los exiliados. Cada uno se presentó con 2
diez hombres, entre los pocos amigos que tuvieran en Argos, y Arato armó a treinta de sus propios sirvientes. Se contrataron a unos cuantos mercenarios a través de Jenófilo, que era el jefe de una banda de ladrones, pero a ellos se les contó que salían al ataque para apoderarse de la caballería real en Sición[30]. También fueron enviados muchos por separado hacia la torre de Polignoto[31] con la orden de que permanecieran allí. También envió a Cafisias, con armamento ligero, en compañía de otros cuatro: te- 3
nían que presentarse al jardinero y decir que eran viajeros, y luego, tras entrar, tenían que encerrarlo a él y a los perros, pues no había otra forma de pasar. Enviaron las escaleras desmontables escondidas en unos carros y metidas en grandes cestas.

En ese tiempo, algunos de los espías de Nicocles se encon- 4
traban por Argos y se decía que estaban de incógnito al acecho y que vigilaban a Arato. Arato al alba se mostró a la vista de todos en el ágora, tratando con sus amigos, se ungió de aceite en el gimnasio[32] y se volvió a casa, tras llevarse consigo a algunos jóvenes de la palestra con los que solía banquetear y conversar. Poco después se vio recorriendo el ágora a uno de sus sirvientes que portaba coronas, a otro que compraba antorchas y a otro que estaba hablando con las mujeres encargadas de animar las fiestas, mientras iban tañendo los instrumentos.

---

[30] Se refiere a una quinta que Antígono Gonatas poseía en la región de Sición, según cuenta ATENEO *(Banquete de los eruditos* V 219a).

[31] No se sabe con certeza dónde se encuentra esa torre en el camino de Argos a Nemea.

[32] Hay en Sición dos gimnasios que describe PAUSANIAS: uno es el antiguo que se encuentra en el ágora en honor a Heracles, con una estatua de este héroe esculpida por Escopas (II 10, 1), que es donde probablemente se desarrolla la escena. Sin embargo, también hay un gimnasio de Clinias (II 10, 7), llamado así por el padre de Arato, su constructor, que aún en época romana funcionaba. Se encontraba cerca de la puerta sacra de la ciudad.

5 Los espías, al ver todo este espectáculo, quedaron completamente engañados y se dijeron entre sí: «Pues va a ser cierto que no hay nadie con más miedo que un tirano, si incluso Nicocles con un ejército tan grande y señor de una ciudad tan poderosa, teme a un jovenzuelo que se dedica a derrochar el dinero que le queda en su exilio en placeres y en banquetes continuos».

7 Así confiados, se volvieron. Poco después de la comida, Arato salió en busca de sus soldados, que estaban junto a la torre de Polignoto, y los condujo a Nemea, donde por primera vez expuso su plan a la mayor parte de ellos, mientras los animaba e iba reali-
2 zando promesas. Tras hacer una ofrenda a Apolo Hiperdesio[33], se fue de camino a la ciudad, siguiendo el ritmo del movimiento de la luna, es decir, acelerando la marcha o retrasando el paso, para que se pudiera ver con la luz la senda, y estuviera la luna ya poniéndose para cuando llegaran a la muralla cerca del jardín.

3 Pero entonces Cafisias le salió al encuentro, diciendo que no había conseguido apaciguar a los perros, pues se le habían escapado, pero que el jardinero estaba encerrado. Arato dio coraje a la mayoría de ellos, que estaban desanimados y que le sugerían que desistiera, y les dijo que sólo se retirarían si los
4 perros les molestaban en exceso. Al mismo tiempo mandó por delante a los que llevaban las escaleras, que estaban bajo las órdenes de Ecdelo y Mnasiteo, y él mismo los siguió sigilosamente. A pesar de que los perros se pusieron a ladrar alto y perseguían al grupo de Ecdelo, llegaron al muro y colocaron sin inconvenientes las escaleras.

5 Mientras iban subiendo los primeros, el guardián que relevaba al otro guardián de la primera hora de la mañana estaba haciendo la ronda con una campana y los que lo acompañaban

[33] Apolo «victorioso» o «propicio» para conceder la victoria a Arato de Sición. Apolo era una de las principales divinidades de Sición según PAUSANIAS (II 7, 8-9; 10, 2).

en la ronda hacían mucho ruido y portaban muchas antorchas. Pasaron inadvertidos ante ellos sin dificultad agazapándose, tal y como estaban allí, subidos a las escaleras. Sin embargo, hubo un momento de peligro extremo, cuando se acercó la guardia del otro lado. A pesar de ello, también en esta ocasión consiguieron evitar que esta guardia les viera, cuando pasó a su lado. 6
Después, subieron primero Mnasiteo y Ecdelo, y luego, bloqueando las entradas de cada lado de las murallas, enviaron a Tecnón a Arato, pidiéndole que se diera prisa.

No era mucha la distancia que había desde el jardín hasta la 8
muralla y la torre, en la que estaba de guardia un perro grande de caza, pero este perro no se dio cuenta del asalto a la muralla, ya fuera porque era perezoso por naturaleza, ya fuera porque estuviera agotado tras la jornada[34]. Lo cierto es que, aunque los perros del jardinero le estaban ladrando desde abajo, sólo respondió con un gruñido sordo y apenas audible.

Fue cuando ellos pasaron por delante, cuando él se puso a ladrar más fuerte. Los ladridos resonaban tanto en el lugar que 2
el centinela que estaba al otro lado le preguntó a voz en grito al otro que a quién estaba ladrando tanto el perro, y que si no le parecía que estaba pasando algo muy raro. Pero el otro guardián 3
le contestó desde la torre que no había nada que temer, que el perro estaba ladrando excitado por la luz que portaban los guardianes de la torre y el ruido de las campanas. Esta respuesta reconfortó extremadamente los ánimos de los hombres de Arato, al creer incluso que el guarda de los perros los intentaba esconder, porque estaba de acuerdo con ellos, y que había muchos otros en la ciudad que colaboraban con ellos.

Ahora bien, a pesar de haber llegado a la muralla, la empre- 4
sa requería su tiempo y era peligrosa, puesto que las escaleras

[34] Los perros eran ampliamente usados para vigilar fortalezas. *Cf.* POLIENO, II 25; IV 2, 16.

vacilaban si no se iba subiendo de uno en uno y con cuidado. El
tiempo apremiaba, ya que comenzaban a cantar los gallos y es-
taban por llegar al ágora aquellos que tenían la costumbre de
venir del campo con sus productos. Por eso, Arato se dio prisa
5 en subir, pero antes de él sólo habían subido cuarenta. Tras es-
perar todavía a algunos de los que se encontraban abajo, se di-
rigió a la casa del tirano y al cuartel general del ejército, pues
era allí donde los soldados mercenarios pasaban la noche. Ca-
yendo de improviso sobre ellos los capturó a todos, sin que nin-
guno resultara muerto, y después mandó que cada uno de sus
amigos saliera de sus casas.

6 Cuando todos salieron, el día comenzaba ya a relucir. El tea-
tro se llenó enseguida de gente, pero incluso entonces esa mu-
chedumbre no sabía que hacer: los rumores no eran nada claros
y no sabía nadie a ciencia cierta qué era lo que pasaba. Entonces
el heraldo llegó anunciando que Arato, el hijo de Clinias, con-
vocaba a todos los ciudadanos para que reclamaran su libertad[35].

9 Así, convencidos de que había llegado el momento que des-
de hacía tiempo llevaban esperando, se precipitaron en masa a
la casa del tirano para prenderla fuego. El resplandor que surgía
de la casa en llamas era tan grande, que era visible hasta Corin-
to. Por ello, los corintios, extrañados, acudieron enseguida en
2 ayuda. Mientras Nicocles salía de incógnito por unos conductos
subterráneos y huía de la ciudad, los soldados, por su parte, so-
focaban el fuego con ayuda de los sicionios y saqueaban la
casa; y esto no sólo no lo impidió Arato, sino que puso a dispo-
sición de los ciudadanos lo que quedaba de las riquezas de los

[35] Descripciones del teatro de Sición se encuentran en otros autores: PAUS., II 7, 5 (donde dice que se encontraba una estatua de Arato); POL., XXIX 25, 2. Habría que plantearse si, por otra parte, la población realmente reclamaba una liberación o si la tiranía de Nicocles era tan represiva, sobre todo a juzgar por su llegada al ágora, como si fuera un día normal, y partiendo del hecho de que estén sorprendidos y no sepan realmente cómo reaccionar ante lo que ha pasado.

tiranos. No murió nadie ni fue herido absolutamente nadie ni 3
entre los atacantes, ni entre los enemigos, sino que la Fortuna procuró que el plan fuera puro, sin que se contaminara con la sangre de los conciudadanos.

Arato hizo volver de su exilio a los que habían sido expulsa- 4
dos por Nicocles, que eran ochenta, y a los que habían sido proscritos por los tiranos en general, que no eran menos de quinientos y que habían estado exiliados por unos cincuenta años[36]. La 5
mayoría volvían pobres, por lo que querían recuperar cuanto antes lo que les había pertenecido. Ellos, con su vuelta a sus tierras y a sus casas, provocaron que Arato se enfrentara a una situación muy delicada: si, por una parte, veía que la ciudad , ahora que se veía libre, estaba amenazada desde fuera y era muy codiciada por Antígono[37]; también por otra, Sición estaba debilitada por los conflictos internos que surgían entre ellos mismos. De ahí 6
que, considerando que esto era la mejor solución ante las circunstancias, decidiera que la ciudad se uniese a la Liga Aquea[38].

Aunque eran de raza doria, los sicionios adoptaron de buena gana el nombre y la constitución de la Liga Aquea, una organización que no tenía ningún prestigio ni era una gran potencia[39].

---

[36] La mayoría llevarían exiliados desde el 303 a. C., año en el que Demetrio Poliorceta había conquistado la ciudad de Sición, entonces en manos de Tolomeo I. *Cf.* Diod., XX 102; Plut., *Demetr.* 25, 1; Polieno, IV 7, 3. Este episodio de los exiliados, al parecer, se encontraba narrado en las *Memorias* de Arato de Sición que cita Cicerón *(Sobre los deberes* II 81), diciendo que fueron seiscientos los exiliados durante esos cincuenta años.

[37] Está hablando desde el punto de vista estratégico, porque Antígono Gonatas dominaba poblaciones costeras y puertos como Corinto, Atenas y el Pireo y Calcis, que eran consideradas como las «llaves de Grecia», con las que se controlaba el comercio marítimo.

[38] Unión producida en el año 251 a. C.

[39] Primera mención de «los aqueos» que forman parte de una federación, llamada la Liga Aquea. Será Arato el que impulse a la Liga Aquea con su diplomacia, para luego convertirse con Filopemén (el otro gran personaje de la

Sus integrantes eran en su mayoría ciudadanos de poblaciones minúsculas y poseían unas tierras de escaso valor que no eran fértiles; vivían de hecho en la costa pero sin puertos, pues por lo común el mar llegaba hasta el continente a través de escollos[40].

7 Sin embargo, la Liga Aquea es una muy buena demostración de que el poder de los helenos ha sido invencible en aquellos momentos en los que ha encontrado el orden y ha estado unida en armonía al mando de un caudillo sensato. Pues si bien los aqueos, por decirlo de alguna manera, no eran más que una pequeña parte de esa antigua gloria de los helenos y en ese momento todas esas ciudades juntas no tenían ni el poder de una sola ciudad, con su buen hacer y en concordia (porque no mostraban envidia por aquel que destacaba por su virtud, sino que le obedecían y seguían sus ordenes), no sólo consiguieron mantenerse libres en medio de ciudades, de ejércitos y de tiranos poderosos, sino que también consiguieron que casi la mayor parte de Grecia fuera independiente y estuviera a salvo.

10 Tenía Arato las formas de un político: magnánimo, más diligente para atender los asuntos públicos que los intereses privados, enemigo implacable de los tiranos, atento a lo que fuera de interés de Estado como criterio para sus alianzas y enemista-

---

Liga Aquea) en una potencia militar considerable que llegó a enfrentarse a Roma. La Liga Aquea nace en 281-280 a. C. y sólo forman parte de ella ciudades de la costa de Acaya como Patrás, Dime, Tritea y Farás, y posteriormente Egio, Bura e Isea. *Cf.* Pol., II 41, 12-5; Estrab., VIII 7, 5; Paus., VII 6, 1; 23, 4; 25, 12. En principio, eran ciudades todas de segundo orden, como bien cuenta Plutarco. La Liga Aquea será disuelta junto con el resto de federaciones griegas en el 146 a. C., tras la destrucción de Corinto. Sobre la Liga Aquea, *cf.* A. Ferrabino, *il problema dell'unità nazionale nella Grecia antica, 1. Arato de Sicione e l'idea nazionale*, Florencia, 1921; A. Aymard, *les asamblées de la conféderation achaienne*, Roma, 1967.

[40] Según revelan algunas fuentes (entre ellas Pol., II 41, 7; Diod., XV 848, 3; y Paus., VII 24, 6), una de estas ciudades costeras, Hélice, fue efectivamente destruida por un terremoto.

des. Por ello, se le consideraba tanto un aliado cabal como un
enemigo generoso y pacífico, aunque vacilase de un lado a otro 2
en su política según las circunstancias. No obstante, las nacio-
nes y las ciudades en su conjunto y de mutuo acuerdo, en las
asambleas y en el teatro declaraban todos a una que Arato era
tan sólo amante de la virtud como ningún otro y, aunque se
mostrase privado de confianza y sin fuerza en la lucha y en la
batalla, en realidad era el más hábil en conseguir ventajas, ma-
nipulando discretamente a ciudades y tiranos.

Por ello, aunque había conseguido muchas victorias impensa-
bles, cuando él se arriesgaba, sin embargo no menos parece que 3
dejó escapar por temor algunas otras victorias más fáciles. Pues,
en efecto, parece que del mismo modo que la vista eficaz de al- 4
gunos animales en la oscuridad se ciega por el día, al no poder
aguantar la luz, por la sequedad que afecta a la delicada hidrata-
ción de sus ojos, también es posible que la fuerza de un hombre
y su inteligencia se vean perturbadas en campo abierto y en las
guerras declaradas, y, en cambio, cobren fuerza en las acciones
secretas y calladas. Una falta de formación filosófica de las cua- 5
lidades naturales provoca esta anomalía, generando una virtud
sin ciencia, como si fuera un fruto nacido espontáneamente y sin
cultivar; pero todo esto lo tengo que demostrar con ejemplos[41].

Después de haber incorporado e integrado su ciudad en la 11
Liga Aquea, consiguió el aprecio de los comandantes por su
obediencia: aunque había hecho entrega de grandes dones,
como, por ejemplo, eran su propia fama y el ejército de su pa-

---

[41] El mismo retrato lo encontramos en la obra de POLIBIO (IV 8, 1-11), utilizando incluso imágenes parecidas. Respecto a las empresas arriesgadas que Arato llevó a cabo Plutarco se está refiriendo a la liberación de Sición en el año 251 a. C. (*cf.* caps. 7-8; y también POL., II 43, 3) y la toma del Acrocorinto en el 243 a. C. (*cf.* caps. 20-22; y también POL., II 43, 4), la toma de Pelene (*cf.* cap. 31; y también POL., II 57, 2), o la toma de Mantinea en el 227 a. C. (*cf.* cap. 36; y también POL., IV 8, 4).

tria, se sumó al ejército de caballería, tal cual si fuera uno cualquiera de los que allí se encontraban, y ofrecía sus servicios al que ostentara en su momento el cargo de estratego de la Liga Aquea[42], ya fuera de Dime, ya de Tritea[43] o de cualquier ciudad
2 pequeña. También, una vez, llegó de parte del rey como presente la cantidad de veinticinco talentos[44]. Arato los aceptó, pero, tras tomarlos, se los donó a sus conciudadanos que estaban faltos de recursos y especialmente para la liberación de prisioneros y para otras finalidades.

12 Pero llegó un momento en el que los exiliados se pusieron tercos, molestando a los que ahora tenían sus posesiones, y la ciudad estaba a punto de sublevarse, por lo que Arato, viendo como única esperanza la generosidad de Tolomeo, se dispuso a embarcarse e ir a pedir al rey que le proporcionase dinero para resolver la crisis.

2 Salió desde Motone[45], navegando sin detenerse por el cabo

[42] Al principio y hasta 255-254 a. C., eran dos los estrategos y había un secretario de Estado. Después todo quedó en manos de uno solo. El cargo de estratego era el cargo político-militar más importante de la Liga, como comandante de las tropas federales y presidente de la confederación. Ostentaba el cargo desde mayo y mantenía su puesto hasta el año siguiente. *Cf.* POL., II 4, 1-2.

[43] Ciudades miembros fundadores de la Liga Aquea (POL., II 41, 8).

[44] Se considera que es Antígono Gonatas, pues ha comprendido el prestigio que ha alcanzado Arato y que intenta convertirlo en un tirano a su servicio. Véase que la táctica de Arato consiste en ser ambiguo con Macedonia y Egipto (los dos reinos cuya influencia se disputan en Grecia) pudiendo llegar a aceptar favores de ambos, pero para poder conseguir no depender, en realidad, de ninguno.

[45] *Motōne* en Plutarco, así como en PAUSANIAS (IV 35, 1; pero *Metōne* en TUC., II 25; DIOD., XI 85) es una ciudad costera en el suroeste del Peloponeso, en Mesenia. Sin embargo A. J. KOESTER *(Plutarchi vitam Arati*, Leiden, 1937, pág. 59) considera que Plutarco se refiere a la ciudad de Metana, ciudad situada entre Epidauro y Trecén, dominando la península del mismo nombre (TUC., IV 45, 2; PAUS., II 34, 1) y que solía ser confundida (así lo destaca ESTRAB., VIII 6, 15, pág. 374) con Motone, ya en la Antigüedad. En cierto modo, sería una interesante opción, si tenemos en cuenta que Metana había sido refundada por To-

Malea[46], pero, al tener que ceder al fuerte viento y las grandes olas que venían del mar, Arato se tuvo que dejar llevar, hasta alcanzar con dificultad Hidria[47], que era territorio enemigo. En efecto, Hidria estaba en manos de Antígono y tenía puesta una guarnición. Allí desembarcó Arato y, antes de que fuera descubierto, tras dejar la nave se fue lejos del mar, en compañía de uno de sus amigos, Timantes[48], e introduciéndose en un lugar rodeado de maleza pasaron una noche penosa. Poco después, el comandante de la guarnición llegó en busca de Arato, pero lo engañaron los siervos de éste, a los que se les había indicado que dijeran que Arato se había escapado rápidamente y que se había embarcado para Eubea. El comandante declaró como botín del enemigo el barco, lo que contenía y los sirvientes, y tomó posesión de todo. 3 4

No muchos días después, Arato, que se encontraba ya en dificultades, tuvo la buena suerte de que pasara una nave romana por el lugar en donde a veces él subía a inspeccionar y otras ve- 5

lomeo II Filadelfo como *Arsínoe-Metana* (en honor a su hermana-esposa Arsínoe II), refundación que conocemos a través de inscripciones y monedas de los siglos III-II a. C. Sin embargo, desde Metana no es necesario pasar por el cabo Malea.

[46] Es el cabo que se encuentra en el extremo sur de Lacedemonia. El camino más lógico y más usual en la Antigüedad era pasar por Corinto a través del *diolcos*, el camino habilitado por tierra para transportar los barcos a ambos lados del istmo. El cabo Malea era conocido como un peligroso paso en el que los barcos solían naufragar, pero Corinto estaba todavía en manos de Antígono. No es de extrañar que tenga Arato un sufrido viaje.

[47] Hidria es una isla al sur de la Argólide. Tras pasar el cabo Malea, en vez de continuar a Egipto hacia al sur, el oleaje habría empujado el barco de nuevo hasta las costas de Grecia, donde se encontraría primero con esta isla. El manuscrito, sin embargo, presenta *Adrias*, corregido como *Hydrias*. Otros, como A. J. Koester (*Plutarchi...*, Leiden, 1937, pág. 60) y W. H. Porter (*Plutarch's Life of Aratus*, Nueva York, 1979, pág. 56), leen, en cambio *Andrias*, entendido como «la región de Andros», la isla de las Cícladas muy cercana a Eubea, que estaría en el área de influencia de los Tolomeos.

[48] Probablemente el pintor que menciona Plutarco en el capítulo 32.

ces se escondía. El barco navegaba rumbo a Siria y Arato subió y convenció al capitán para que le llevara a Caria[49], pero en el
6 viaje por mar no pasaron menores peligros que en el primer viaje. Desde Caria tardó mucho tiempo en llegar a Egipto, pero allí se encontró con que el rey le era favorable y estaba complacido por las pinturas y los cuadros que se le habían enviado desde Grecia, pues Arato, que no tenía mal gusto estético, había conseguido reunir e iba adquiriendo continuamente las más representativas obras maestras de artistas, como Pánfilo y Melanto, para enviárselas a Tolomeo[50].

13 En efecto, se encontraba en su apogeo la fama de la academia de pintura de Sición, pues se consideraba que la pintura era el único arte que tenía una belleza imperecedera, de tal forma que incluso el famoso Apeles, que ya era admirado[51], se fue a Sición y se puso de aprendiz de estos hombres por un talento, aunque más para beneficiarse de su fama que para aprender la técnica.

2 Por ello, Arato, que no tardó mucho en destruir las imágenes de los tiranos al liberar la ciudad, estuvo durante bastante tiempo dudando delante del retrato de Arístrato, pintor que había alcan-

[49] Tolomeo II Filadelfo tuvo bajo su poder durante la primera mitad del siglo III a. C., importantes zonas como Cirene, Siria-Palestina (una zona que siempre estará en disputa con el reino seléucida) la costa de Licia y Caria, y una buena parte de las islas del Egeo. La importante derrota que sufrió Tolomeo II en la guerra cremonídea (apoyaba la revuelta de Atenas y Esparta contra Antígono Gonatas) y la derrota de Tolomeo III en Cos y luego en Andros en el 246 a. C. a manos de una coalición de Macedonia y Rodas, debilitó las posiciones del reino de Egipto en el Mediterráneo.

[50] Pánfilo de Sición según PLINIO EL VIEJO *(NH* XXXV 36, 75-77) y su alumno Melanto fueron dos de los más destacados pintores del siglo IV a. C. en la ciudad. Pánfilo fue uno de los primeros que creó, en el mundo griego, un «taller» en el que se enseñaba el oficio de la pintura.

[51] Fue el pintor más importante del siglo IV a. C. Fue también alumno de Pánfilo de Sición y, según Plutarco (PLUT., *Alej.* 4), el principal retratista de la corte de Alejandro Magno.

zado en época de Filipo su mayor gloria[52]. Habían retratado a
Arístrato los miembros del taller de Melanto, de pie sobre un ca-
rro que portaba una victoria y, según cuenta Polemón el Periege-
ta[53], había colaborado en la realización de esta pintura el mismo
Apeles. Ésta era una obra tan admirable, que Arato se sintió se- 3
ducido por su arte, pero, llevado por su odio contra los tiranos,
ordenó que se lo llevaran enseguida y que lo destruyeran.

Cuentan que el pintor Nealces, un amigo de Arato[54], le rogó 4
entre lágrimas, para lograr convencerlo, diciendo que había que
combatir a los tiranos, pero no todo lo que tuviera que ver con
ellos. «Al menos dejemos el carro y la victoria», decía, «que yo
haré que Aristarco salga de la pintura». Arato dio su aproba-
ción, Nealces borró la figura de Aristarco y en su lugar pintó 5
una palmera, sin atreverse a añadir nada más, pero dicen que ol-
vidó los pies de la figura eliminada de Aristarco, camuflados
bajo el carro.

Con estos presentes Arato consiguió ganarse el aprecio del 6
rey y, después de haberlo conocido el rey, éste lo estimo aún
más y por ello le dio a la ciudad ciento cincuenta talentos. Ara-

---

[52] Arístrato de Sición es mencionado por Demóstenes *(De corona* 18, 48 y 293) como un tirano filomacedonio partidario de Filipo II, el padre de Alejandro Magno, y su intervención en los asuntos griegos.

[53] Polemón de Ilión; *FGH*, III, pág. 120, F17.

[54] Nealces es mencionado por Plinio el Viejo *(NH* XXXV, 142) como uno de los pintores de la corte de Tolomeo, para el que pintó una batalla de persas contra egipcios. Es probable que acabara trabajando en la corte lágida por las buenas relaciones de Arato con Tolomeo II. Arato gustaba de rodearse de pintores: Plutarco ya ha mencionado a Mnasiteo (cap. 7) que participa en la liberación de Sición; pero también a Timantes (cap. 12), que le acompaña en su viaje a la corte de Tolomeo II Filadelfo y luego estará presente en la batalla de Pelene (cap. 27) y a este Nealces. Aunque Arato no guste de las obras de arte relacionadas con los tiranos, no le importará que se le eleven estatuas o le pinte un tal Leontisco (Plin., *Historia Natural* XXXV, 141) triunfante y en compañía de una mujer que toca una cítara.

to llevó consigo de esta cantidad cuarenta talentos y el resto el rey lo distribuyó en lotes que fueron enviados por partes.

14 Fue, en verdad, un gran mérito para Arato el haber proporcionado tan gran cantidad de dinero a sus conciudadanos, cuando con una pequeña parte de esta cantidad los estrategos y los demagogos habían traicionado, esclavizado y arruinado sus propias patrias; pero aún más glorioso fue que, gracias a este dinero, se hubiera conseguido limar las diferencias entre pobres y ricos, además de asegurar la armonía y la paz y la salvación para su pueblo.

Por ello, resulta admirable igualmente la modestia de un
2 hombre que gozaba de un poder tan grande. Había sido, en efecto, nombrado como encargado con plenos poderes para dirimir con autoridad incontestable los asuntos económicos de los exiliados, pero él no quiso ejercer el cargo en solitario, sino que eligió a quince ciudadanos[55] con los que, a base de mucho es-
3 fuerzo y no menores diligencias, conseguir restablecer la paz y el acuerdo entre los ciudadanos. Por esta razón, los ciudadanos, al completo, no sólo le otorgaron los honores públicos que se merecía, sino que incluso los exiliados, a título propio, erigieron una estatua de bronce en su honor y escribieron esta elegía:

4 *De este varón sus designios, su lucha en defensa de Grecia*
llegan incluso a alcanzar las columnas de Heracles.
Por tu virtud y equidad, salvador, elevamos tu estatua,
a nuestra vuelta, que a ti te debemos, Arato,
entre los dioses que salvan; y es que a tu patria dotaste
del orden divino de un pueblo igualado por ti.

15 Por sus logros y con tales méritos, Arato se apartó las envidias de sus conciudadanos. Pero el rey Antígono, que se sentía

[55] CICERÓN (*Sobre los deberes* II 81-82) da más detalles de esta labor de la comisión.

ensombrecido por él, con la intención ya de atraer su amistad totalmente o ya de desacreditarlo ante Tolomeo, le concedía algunos favores, aunque él no se los hubiera pedido, y cuando sacrificaba a los dioses en Corinto enviaba algunas porciones a Arato a Sición e incluso, durante el banquete, en medio de los 2
comensales, tomaba la palabra y empezaba a decir: «Yo creía que este joven sicionio era libre por naturaleza y amante de su ciudad, pero, al parecer, también sabe apreciar la conducta y los 3
actos de los reyes. Antes, es verdad, nos desdeñaba, alimentando sus esperanzas fuera, y admiraba las riquezas de Egipto, oyendo hablar de sus elefantes, de sus flotas, de sus palacios; pero ahora que ya, al mirar tras la escena, ha comprobado que todas esas cosas son farsa y aparato teatral, ahora se vuelve por entero a nosotros. Tomo a este joven bajo mi protección, reconociendo que me serviré de él en cualquier momento y os pido que le consideréis vuestro amigo».

Tomando como pretexto estas palabras la gente que lo en- 4
vidiaba o lo quería mal, competía unos contra otros en enviar cartas a Tolomeo con muchas acusaciones contra Arato, hasta el punto de que él le llamó la atención. Tal era el grado de en- 5
vidia y maldad que acarreaban las relaciones con reyes y tiranos, al ser vividas con una ardiente pasión que parece más propia del amor.

Arato, elegido estratego de la Liga Aquea por primera vez[56], 16
saqueó la Lócride y Calidonia, y al ir a acudir en ayuda de Beocia con diez mil soldados, llegó tarde a la batalla en la que fueron derrotados por los etolios en Queronea y donde cayeron Abeocrito el beotarca[57] junto con otros mil de su ejército.

---

[56] Arato fue estratego por primera vez en 245-244 a. C. *Cf.* Pol., II 43, 4.

[57] *Aboiōcritos* aparece en el texto de Plutarco, pero Pol., XX 4 lo llama *Amaiocritos*, y las inscripciones (*SIG*^{3}, 238 col. II l. 8; *SIG*^{3} 446) lo llaman *Abaiocritos*.

2 Al año siguiente, elegido de nuevo estratego[58], se empeñó en llevar a cabo la conquista del Acrocorinto, pero no porque velase por los intereses sicionios o de los aqueos, sino con la idea de echar la guarnición macedonia, que desde allí dominaba toda Grecia. De la misma forma que Cares escribió una car-
3 ta a los atenienses diciéndoles que, como vencedor ante los generales del rey persa[59], había conseguido una victoria parecida
4 a la de Maratón, Arato les dijo que no se equivocaría el que dijera que esta empresa de ahora era parangonable a la muerte de los tiranos por parte de Trasíbulo el ateniense[60] y Pelópidas de Tebas[61], excepto en el hecho de que esta lucha no era contra griegos, sino contra un poder extranjero e invasor.

5 En efecto, el istmo, que separa dos mares, hace confluir en un solo punto la región, para unirlo con nuestro continente, y el Acrocorinto, una alta montaña que se alza en medio de la Hélade, cuando está ocupada con una guarnición, controla todo el interior del istmo cortando las comunicaciones, el paso y los
6 movimientos y operaciones militares tanto por mar como por tierra. Por ello, el que ocupa la guarnición domina y enseñorea toda la región. Así parece que el joven Filipo no hablaba en broma, sino muy en serio, siempre que decía que la ciudad de Corinto eran «las cadenas de Grecia»[62].

---

[58] En 243-242 a. C. Era imposible ser elegido dos años consecutivos como estratego de la Liga Aquea *(cf.* capítulo 24) por lo que habría que sobrentender un año.

[59] Plutarco no especifica a qué rey se refiere, pero Cares era un general ateniense al servicio del sátrapa Artabazo y derrotó a Artajerjes III Oco en el año 356 a. C. *Cf.* Diod., XVI 22, 1-2.

[60] Trasíbulo liberó Atenas del gobierno de los Treinta Tiranos, impuesto por Esparta, en el año 403. *Cf.* Jenofonte, *Hel.* II 4, 2; Diod., XIV 32-33.

[61] Pelópidas liberó Tebas del dominio espartano en el año 379 a. C. *Cf.* Jen., *Hel.* V 4, 1-12; Diod., XV 25-27; Plut., *Pel.* 7-14.

[62] Según Polibio (XVIII 11, 4-7) y Pausanias (VII 7, 6) el rey macedonio

Éste siempre fue, por tanto, un lugar muy codiciado por parte de reyes y de potentados[63] y el afán que tenía Antígono por conseguir esta plaza no estaba a la zaga de ninguna de las pasiones amorosas más alocadas, ya que continuamente daba vueltas a la manera mediante la cual, con engaños, se lo quitaría a los que lo poseían, porque no tenía esperanzas de poder tomar esa plaza en lucha abierta. 17

Tras la muerte de Alejandro, el que había estado ocupándose de la región (envenado por él[64], tal como se cuenta), se hizo cargo del poder Nicea, la mujer de aquél[65], tomó el poder y se hizo cargo de la vigilancia del Acrocorinto. Entonces Antígono mandó a su hijo Demetrio[66] con dulces promesas de un matrimonio regio en el que compartiría la vida con un joven (lo que no era nada desagradable para una mujer anciana), sirviéndose Antígono de su hijo, como si de un simple cebo se tratara, para 2

Filipo V (220-179 a. C.) decía lo mismo también de Calcis en Eubea y la ciudad de Demetrias en Tesalia. *Cf.* también Liv. XXXII 37, 2, 4; Plut., *Flam.* 10.

[63] Especialmente por los macedonios. Plutarco recuerda, entre ellos, a Filipo II, padre de Alejandro Magno (Plut., *Arat.* 23), a Demetrio Poliorceta, padre de Antígono Gonatas (Plut., *Demetr.* 25, 1) y a Antígono Dosón (Plut., *Arat.* 44-45); pero también estuvo un breve período de tiempo en manos de Tolomeo I (Diod., XX 37, 1 Polieno, *Estrat.* VIII 58), en una época en la que el reino de Egipto y el de Macedonia se disputaban el dominio del continente griego y las islas.

[64] Alejandro era hijo de Cratero, hermanastro de Antígono Gonatas y sucedió a su padre en el gobierno de Corinto, pero se rebeló contra Antígono y se independizó del poder macedonio en el 252 a. C. Murió en torno al 245 a. C. envenenado por Antígono.

[65] Se menciona igualmente a Nicea con relación a un barco en el que viajaba en dirección a Naupacto y que fue capturado por Filopemén. *Cf.* Liv., XXXV 26. En ese pasaje se asevera, sin embargo, que era «mujer de Cratero», aunque se ha supuesto que hay una laguna en el texto y que en realidad se tendría que leer «mujer del hijo de Cratero».

[66] Demetrio II, hijo de Antígono Gonatas, que sucedió a su padre en el año 239 a. C. y murió en el 229 a. C. En el momento en el que se le propuso a Nicea el matrimonio en el 245 a. C. este joven tendría unos treinta años.

3 seducirla. Pero aun así ella no cedió el lugar sino que lo guardaba más celosamente aún.

Antígono, haciendo como que no le daba importancia a este asunto, preparó los sacrificios de boda en honor de los contrayentes en la ciudad de Corinto, ofreció espectáculos y organizó banquetes cada día, como si realmente fuera el que más gozaba y ocupaba su pensamiento en divertirse, transido de placer y alegría. Y cuando llegó el momento oportuno, mientras Ame-
4 beo[67] estaba cantando en el teatro, él mismo acompañó a Nicea al espectáculo en una litera digna de un rey. Ella se sintió halagada por tal honor, lejos de pensar en lo que iba a pasar.

5 Antígono, al llegar a la confluencia del camino que lleva hacia la acrópolis, ordenó que se la llevara al teatro, mientras que él por su lado, olvidándose de Amebeo y las bodas, subió al Acrocorinto desafiando su edad con su esfuerzo[68] y, al encontrarse la puerta cerrada, la golpeó con su bastón ordenando que la abrieran. Los que estaban dentro la abrieron sorprendidos[69].

6 Así, tras haber tomado posesión del lugar, ya no pudo aguantarse, sino que bebía danzando alegremente por las calles en compañía de flautistas y con guirnaldas en la cabeza. Ya siendo un hombre viejo y tras haber sufrido tantos cambios de fortuna[70], vagaba por el ágora saludando y contestando a todos

---

[67] Era un reputado citaredo de Atenas. *Cf.* PLUT., *Sobre la virtud moral* 443A; Según ATENEO (*Banquete de los eruditos* XIV 623d) Amebeo vivía cerca del teatro de Atenas y cada vez que ofrecía una actuación recibía 6.000 dracmas por días.

[68] En el 245 a. C. Antígono Gonatas ya tenía cerca de setenta años.

[69] La misma historia aparece en POLIENO, *Estrat.* IV 6, 1.

[70] Breve referencia a la azarosa vida de Antígono Gonatas. Su padre, Demetrio Poliorceta, consiguió mantener algunas plazas en el Egeo y logró alzarse con el poder de Macedonia y extender su poder sobre Grecia, pero fue expulsado en el año 286 a.C. por una coalición formada por Pirro de Epiro y Lisímaco de Tracia. Demetrio muere poco después en Asia Menor, prisionero de Seleuco I. Antígono se ve sin reino y, mientras, por Macedonia, se suceden

los que le dirigían la palabra. Así es como esa alegría que no va 7
acompañada de cordura conmueve y agita el alma más intensa-
mente que el miedo y el sufrimiento.

Antígono, como se ha dicho, se había apoderado del Acro- 18
corinto y lo custodiaba mediante unos hombres, en los que con-
fiaba plenamente, bajo el mando del filósofo Perseo[71]. Arato, en 2
vida de Alejandro, ya había intentado un plan de ataque para
ocuparlo, pero al firmarse una alianza entre los aqueos y Ale-
jandro, Arato desistió del intento.

Pero a Arato de nuevo se le ofreció una segunda oportuni-
dad para llevar a cabo su designio en esta ocasion: había en Co- 3
rinto cuatro hermanos de raza siria de los cuales uno, de nom-
bre Diocles, servía como mercenario en el cuerpo de guardia.
Los tres restantes, en cambio, tras haber robado el oro del rey, 4
se fueron a Sición ante Egias, un banquero al que el propio Ara-
to acudía para sus asuntos. Entonces depositaron parte del teso-
ro y el resto iba a cambiarlo poco a poco Ergino en frecuentes y 5
sucesivas visitas[72]. Cogió confianza Ergino con Egias y, sacán-
dole la conversación sobre las guardias, dijo que, subiendo a

---

en el poder Lisímaco de Tracia y Tolomeo Cerauno, que muere en el 280 a. C. cuando se enfrenta a los galos. Antígono no tomaría el poder en Macedonia sino hasta el 277 a. C., tras una victoria en Lisimaquea ante, de nuevo, los galos, pero en el 274 a. C. sería expulsado por Pirro de Epiro. No volvería a recuperar el poder hasta el 272 a. C. y durante su reinado tendría que sufrir la guerra cremonídea (266-262 a. C.) y la sedición de Alejandro de Corinto (252-246 a. C.) y el ascenso de la Liga Aquea con la toma de Corinto. Macedonia fue, por tanto, el último reino helenístico en estabilizarse y el primero en derrumbarse ante Roma, tras la derrota de Perseo en Pidna en el 168 a. C.

[71] PERSEO DE CÍCICO (*SVF* I 96-102 = *FGrHist*, 584) era un filósofo cínico discípulo de Zenón de Elea que formaba parte de la corte de Antígono Gonatas y que había llegado en sustitución de Zenón en el 276 a. C. Entre sus obras hay una que lleva el elocuente título de *Sobre la realeza*.

[72] Una operación de «blanqueo de dinero» cambiando el oro del rey por monedas de plata, menos comprometedoras.

ver a su hermano, había observado que en la roca había un corte oblicuo en el que la muralla de la guarnición era más bajo.
6 Egias le dijo en un tono de chanza: «¿Entonces, amigo, es poco el dinero que de las riquezas del rey habéis sacado, cuando habríais podido conseguir en una sola hora mucho dinero? ¿Es que a los ladrones y traidores cuando se les capturan no se les condena a la muerte más que una sola vez?». Ergino se echó
7 a reír y entonces estuvo de acuerdo en que tantearía a Diocles, pues no confiaba demasiado en los otros hermanos. Volvió pocos días después y se dispuso a acompañar a Arato a la muralla, allí donde la altura era más o menos de quince pies[73], y a cooperar juntamente con Diocles en el resto de las cosas.

19 Arato estuvo de acuerdo en dar a aquéllos sesenta talentos, si la cosa salía bien, pero si no tenían suerte y tras ello tan sólo conseguían salvarse, les daría una casa y un talento a cada uno.
2 Sin embargo, era necesario que los sesenta talentos para Ergino fueran depositados en casa de Egias, pero Arato no los tenía él mismo, sino que además tenía que pedir un préstamo, y no quería que nadie se enterara del asunto. Arato entonces tomó la mayor parte de sus copas y las joyas de su mujer y se los dejó en prenda a Egias a cambio del dinero.

3 Tan elevado era de espíritu y tan amante de las grandes obras, que sabía que Foción[74] y Epaminondas[75] tenían la consideración de haber sido los más justos y los más poderosos de los helenos por no haber aceptado regalos y por no haber preferido el dinero antes que su honor. De esta forma él mismo decidió tratar estos asuntos de dinero con la mayor discreción y pre-

[73] 4,5 m.

[74] PLUTARCO en su vida de Foción (18, 21, 30) hace varias menciones a la incorruptibilidad del personaje.

[75] El general tebano que liberó la ciudad de los espartanos junto con Pelópidas. PLUTARCO escribió una vida sobre él (a la que hace referencia en *Filop.* 3), pero se ha perdido.

firió anticipar la cantidad en aquellas circunstancias en las que
él se arriesgaba por todos los demás, que no estaban al tanto de
lo que estaba haciendo.

Pero, ¿quién no admiraría y defendería aún ahora, como en- 4
tonces, la grandeza de ánimo de este hombre, que a tal precio
corría un peligro tan grande, al empeñar lo más valioso de sus
posesiones para ser llevado a luchar a vida o muerte ante los
enemigos en la noche, sin tener a cambio otra garantía que la
esperanza de ser honrado por los suyos?

Sin embargo, un error, cometido por ignorancia al princi- 20
pio, hizo que la acción, que ya de por sí era arriesgada, lo fue- 2
ra aún más: a uno de los criados de Arato, Tecnón, se le envió
para que inspeccionara la muralla en compañía de Diocles,
pero él jamás había visto antes a Diocles, sino que creía tener
una idea de su aspecto y su figura por lo que Ergino le había in-
dicado, ya que le había dicho que era de piel oscura y de cabe-
llo rizado y sin barba.

Tras llegar al punto donde se había acordado el encuentro, 3
delante de la ciudad un poco más allá de un lugar llamado Or-
nis[76], esperó a que llegase Ergino con Diocles. En ese momen- 4
to acertó a pasar por allí el hermano mayor de Ergino y Dio-
cles, cuyo nombre era Dioniso, que era en todo igual a Diocles
pero que no estaba al tanto del asunto ni participaba en él. Tec-
nón, guiado por el parecido de los rasgos de su aspecto, le pre-
guntó a este hombre si tenía alguna relación con Ergino. Al
contestar éste que era su hermano, Tecnón se creyó que estaba 5
hablando con Diocles y, sin preguntarle el nombre, ni esperar

[76] No se sabe exactamente dónde se encuentra este lugar. Fuera de la ciudad, en el lado este, Pausanias (II 2, 4) menciona un bosque llamado Craneo, por lo que se encontraría en el lado oeste. Se ha tratado de identificar con un lugar cercano a la colina de Aetopetra («Roca del águila») donde convergen los caminos que desde Sición y Cleonas llevan a Corinto.

a que se le ofreciera alguna otra prueba, le dio su mano diestra y se puso a hablar sobre lo que habían acordado con Ergino y le hizo preguntas.

6 Aprovechándose astutamente Dionisio de que el otro se hubiera equivocado, dijo que estaba totalmente de acuerdo y condujo a Tecnón de vuelta a la ciudad, conversando con él, sin
7 que levantara sospechas. Cuando ya estaban casi en la ciudad y a punto de arrestar a Tecnón, la suerte quiso que Ergino les saliera al encuentro. Dándose cuenta del peligro y del engaño, le hizo señas a Tecnón para que escapara. Salieron ambos corriendo y llegaron a salvo ante Arato.

8 Sin embargo, Arato no renunció a sus designios, sino que envió enseguida a Ergino con dinero para que le pidiera a Dionisio que guardara silencio. Él así lo hizo y Ergino volvió, trayéndose a Dionisio ante Arato, pero en cuanto llegó, no le deja-
9 ron marchar, sino que lo encerraron en una casa atado y bajo vigilancia. Después, ellos se prepararon para el ataque.

21 Cuando estuvo ya todo preparado, ordenó que una parte del ejército pasara la noche en vela, mientras que él tomaba consigo a cuatrocientos soldados escogidos, pero sin que éstos supieran lo que se iba a hacer, a excepción de unos pocos, y los llevó ante las puertas del llamado Hereion[77].

2 Era la época de más calor en pleno verano en el mes del plenilunio[78], y la noche era clara, sin nubes, de tal forma que tenían miedo de que, con el reflejo de la luna en las armas, los guardianes los vieran. Pero cuando los primeros estaban ya cerca, unas nubes vinieron desde el mar, cubriendo la propia ciudad y dejando a oscuras los alrededores. Entonces, los de-

[77] Este templo de Corinto sería el mismo templo arcaico que menciona HERÓDOTO (V 92) en relación con el tirano Periandro de Corinto, pero del que no queda rastro. Probablemente sea el santuario de Hera Bunea que recuerda PAUSANIAS (II 4, 7).

[78] Julio o agosto del 243 a. C.

más se sentaron para quitarse las zapatillas, para que así, con 3
los pies desnudos, no hicieran mucho ruido ni se tropezasen al
subir las escaleras.

Ergino tomó a cinco soldados jóvenes preparados como
para irse de viaje, se acercaron a la puerta sin ser vistos y mata-
ron al portero y a los que estaban de guardia con él. Al mismo 4
tiempo, colocaron las escaleras y, a toda prisa, Arato subió con
cien hombres, ordenando al resto que acudiera lo más rápido
posible y, tras retirar las escaleras, fue avanzando en compañía
de esos cien en dirección a la ciudadela, satisfecho por haber
pasado inadvertido, tal como había planeado.

Pero, entonces, ven que de lejos les sale al encuentro una 5
guardia de cuatro hombres con antorchas. Ellos no podían ser
vistos, porque precisamente les tapaba la luna, mientras que
ellos sí podían ver a los que venían del lado contrario. Retirán-
dose un poco por entre las casas y las murallas, les tendieron 6
una emboscada a los guardianes y tres de ellos cayeron muer-
tos, pero el cuarto, a pesar de haber sido herido en la cabeza con
una espada, consiguió huir gritando que los enemigos se encon-
traban dentro. Poco después, las trompetas resonaron y cundió 7
la alarma en la ciudad entera por lo que estaba pasando, las ca-
lles se llenaron de gente, que iba de un lado a otro, y muchas an-
torchas relucían ya fuera en la ciudad abajo, ya en la ciudad alta
desde la ciudadela, y un clamor confuso se fue extendiendo por
todas partes.

En ese momento, Arato se afanaba obstinadamente en su- 22
bir por la roca escarpada y al principio iba despacio y con di-
ficultad, ya que no seguía el camino al haberse perdido: en
efecto, se encontraba este camino totalmente hundido en las
rocas y, oculto bajo las sombras alrededor, conducía hasta el
muro por muchos vericuetos y rodeos. Pero se cuenta que fue 2
como un milagro que la luna saliera de entre las nubes e ilu-
minara la parte más difícil del camino, hasta que Arato alcan-

zó la parte del muro por donde tenía que pasar. Después, las nubes se volvieron a juntar y, de nuevo, ocultaron en la oscuridad el camino.

3 Los soldados de Arato, unos trescientos, a los que había dejado fuera de las puertas, cerca del Hereion, se encontraban ya dentro, en la ciudad repleta de luces y agitada por un ruido proveniente de todas partes, pero al no poder encontrar el mismo camino, ni poder seguir la señal que habían dejado los otros a su paso, se precipitaron en masa hacia una cavidad de la roca resguardada a la sombra, pegados los unos a los otros. Permanecieron allí a la espera, no sin estar preocupados e inquietos. Arato y los suyos ya estaban luchando contra los que se encon-
4 traban en la ciudadela, el fragor del combate ya llegaba hasta abajo y el clamor resonaba con el eco por todo el monte, sin que pudiera saberse de dónde surgía.

5 Mientras los que estaban escondidos no sabían hacia qué parte tenían que moverse, Arquelao, el comandante de las tropas reales, subió acompañado de muchos soldados, entre gritos y toques de trompeta, para atacar a las tropas de Arato y pasó cerca de estos trescientos. Éstos, a su vez, como si se
6 tratara de una emboscada, cargaron contra él y mataron a los primeros que les salieron al encuentro, pusieron en fuga a Arquelao y a los demás, que salieron absolutamente despavoridos, y los persiguieron hasta que consiguieron dispersarlos por la ciudad.

7 Nada más conseguir la victoria, Ergino vino de parte de los que estaban luchando arriba, para anunciarles que Arato estaba enzarzado en una lucha con unos enemigos que se defendían valerosamente, que se estaba desarrollando un gran combate cerca del propio muro y que allí se necesitaba de pronta ayuda. Ellos le pidieron que se les llevara enseguida y, mientras iban
8 subiendo, se anunciaron con una voz, para así animar a sus amigos. La luna llena hacía que las armas resplandecieran, por lo

que parecían que eran muchos más en el ancho del camino y el eco que resonaba en la noche hizo creer que sus alaridos procedían de una tropa aún más numerosa.

Uniéndose finalmente al resto, consiguieron vencer al ene- 9
migo, se hicieron dueños de la ciudadela y tomaron posesión de la guarnición, mientras el día despuntaba y el sol sacaba a relucir su hazaña. Entonces se presentó el resto del ejército de Arato desde Sición, mientras los recibían a las puertas los ciudadanos de Corinto, gustosos aquéllos de colaborar en capturar a los soldados del rey.

Y cuando parecía que todo estaba asegurado, Arato bajó 23
desde la ciudadela hasta el teatro[79], mientras la multitud acudía con el deseo de verle y de escuchar las palabras con las que tenía intención de dirigirse a los corintios. Tras colocar en cada 2
una de las entradas del teatro a los aqueos, él mismo avanzó hasta el medio de la escena con la panoplia y con la cara afectada por la fatiga y por la falta de sueño, de tal forma que la alegría y el orgullo quedaban ahogados por el cansancio físico.

Los hombres de la ciudad se deshacían en muestras de gra- 3
titud mientras él iba avanzando y Arato pasó a su mano diestra la lanza y, flexionando un poco la rodilla y apoyando su cuerpo en su arma, se mantuvo en silencio durante mucho tiempo a la vez que escuchaba los aplausos y los vivas del pueblo, que alababa su valor y glorificaba su buena fortuna. En cuanto se 4
quedaron quietos, comenzó él a pronunciar un discurso a favor de los aqueos, tal como convenía a la situación, y convenció a los corintios para que se uniesen a la Liga Aquea y devolvió

[79] El teatro de época helenística (del siglo IV a. C.) ocupa el mismo lugar, al noroeste del templo arcaico de Apolo, que el mismo teatro que conservamos hoy tras la refundación de la ciudad de Corinto en el año 44 a. C. por Julio César, puesto que Corinto había sido totalmente destruida en el 146 a. C. por el general romano Lucio Mumio. Sobre la escena se cierne la mole del Acrocorinto, mientras se desarrolla la escenificación teatral de la liberación de Corinto.

las llaves de la ciudad que aquéllos habían entregado a Filipo en el pasado[80].

5 De los generales de Antígono, Arquelao, que había sido hecho prisionero, fue liberado, e hizo ejecutar a Teofrasto que no quería rendirse. Perseo, una vez tomada la ciudadela, huyó a Céncreas[81]. Se cuenta que Perseo después, conversando con
6 uno que opinaba que sólo un sabio podía ser un buen general, le contestó: «Por los dioses, si precisamente esta frase era la que a mí más me gustó en su momento de las enseñanzas de Zenón, pero ahora he cambiado de opinión, pues me ha hecho entrar en razón este joven sicionio». La mayoría cuenta esta historia de Perseo[82].

24 Arato, a continuación, tomó posesión del Hereion[83] y del Lequeo[84] y además se hizo dueño de veinticinco naves reales y puso en venta a quinientos caballos y cincuenta sirios. Los aqueos dejaron el Acrocorinto al cuidado de cuatrocientos hoplitas y cincuenta perros con sus correspondientes cuidadores, mantenidos en la guarnición.

2 Sin duda, los romanos, llenos de admiración por Filopemén, lo consideraron el último de los griegos, como si des-

---

[80] Es probable que se esté refiriendo a Filipo II de Macedonia y que fuera este rey el que ocupó el Acrocorinto tras la batalla de Queronea. Sin embargo, nuestro autor es el único que lo menciona.

[81] Puerto de Corinto en el golfo Sarónico.

[82] La versión de Plutarco se encuentra confirmada por Ateneo *(Banquete de los eruditos* IV 162d); pero existen otras versiones, como la que da Pausanias (II 8, 4; VII 8, 3), que cuenta que Perseo fue ejecutado por Arato.

[83] No se trata de ese otro templo dedicado a Hera que ha mencionado en anteriores capítulos. Es un promontorio sobre el golfo de Corinto sobre el que se elevaba un templo de Hera Acraia, frente a Sición, entre el puerto del Lequeo y la ciudad de Pegas. *Cf.* Livio, XXXIII 23, 10; Estrabón, VIII 6, 22.

[84] Puerto de Corinto en el golfo del mismo nombre, comunicado con el puerto de Céncreas por tierra a través del *diolchos*, comunicándose así el Tirreno con el Egeo.

pués de aquél no hubiesen encontrado a ningún gran personaje[85], pero yo más bien diría que fue precisamente ésta la última de las hazañas de los griegos y la más reciente en el tiempo, equiparable a las más ilustres empresas, ya fuera por el arrojo mostrado, ya fuera por la fortuna, como bien demostraron los hechos.

En efecto, los megarenses, puestos en rebeldía contra Antí- 3
gono, se unieron a Arato, y los de Trecén, junto con los de Epidauro, se unieron a la Liga Aquea[86]. En una primera expedición invadieron el Ática y pasaron a Salamina para dedicarse a saquearla, como si los aqueos tuvieran una fuerza liberada de una prisión de la que pudieran servirse para cualquier decisión que 4
tomaran. Devolvió a los atenienses a los hombres que eran libres sin pedir un rescate, para proporcionarles motivos con los que poder rebelarse[87], e hizo que Tolomeo se convirtiera en aliado suyo, haciendo que quedara a su cargo la dirección de la Liga Aquea en la guerra por tierra y por mar[88].

Fue tal la influencia de la que gozaba en la Liga Aquea que, 5
aunque no podía ser estratego cada año consecutivamente, se le elegía a él todos los años alternos y mantuvo siempre su influencia con su acción y su buen criterio. Así fue como comprobaron que ni la riqueza, ni la fama, ni la amistad de los reyes, ni nada que fuera ventajoso para la ciudad estaba en su

---

[85] Esta idea en referencia el general aqueo Filopemén aparece en el propio PLUTARCO *(Filop.* 1 y 8) y PAUSANIAS (VIII 52, 1).

[86] *Cf.* también POLIBIO (II 43, 5; XX 6, 8) ESTRABÓN (VIII 7, 3) y PAUSANIAS (II 8, 5), que relatan el mismo proceso del engrandecimiento de la Liga Aquea en manos de Arato.

[87] La rebelión era contra Antígono Gonatas, al que sólo le quedaba en Grecia el Pireo, Muniquia, Salamina y Sunio; puertos marítimos en los que mantenía una guarnición. *Cf.* PAUS., II 8, 6.

[88] La alianza de Tolomeo II y Arato de Sición se firmó en 251-250 a. C. *Cf.* PAUS., II 8, 5.

pensamiento por delante de cualquier cosa que pudiera engrandecer a la Liga Aquea.

6 Arato creía que las ciudades, que eran débiles cuando actuaban por su cuenta, se podían salvar ayudándose las unas a las otras, como si estuvieran ligadas por un interés común. Era como si fueran las diferentes partes de un cuerpo, que viven y respiran gracias a la unión de las unas con las otras, pero que cuando son cortadas y se separan, se atrofian y se pudren. Así, de manera análoga, las ciudades se arruinan en manos de aquellos que causan la disensión en la comunidad, pero se engrandecen, en cambio, gracias a la ayuda mutua, cuando están unidas las partes de esa gran totalidad por un común designio.

25 Como veía que los principales pueblos vecinos eran independientes, Arato se sentía disgustado porque Argos estaba sometida a la esclavitud, así que decidió acabar con su tirano, Aristómaco[89], para también, al mismo tiempo, devolver la libertad a la ciudad e integrarla en la Liga Aquea, como una manera de agradecer la educación que había recibido allí.

2 Se encontraron hombres dispuestos a hacerlo, entre los que destacaba Esquilo y el adivino Carimenes, pero no poseían ninguna espada, porque estaba prohibido su uso por el tirano, y sus poseedores se enfrentaban a grandes multas. Por ello, Arato hizo que en Corinto se fabricaran para ellos unos pequeños puñales, los escondió en unas albardas y las mandó para Argos, transportadas en bestias de carga que llevaban otros objetos de escaso valor. Pero Esquilo y sus compañeros se enfadaron e hicieron las cosas por su cuenta, dejando de lado al adivino Cari-

---

[89] Aristómaco I era el hijo de Aristipo, el tirano que había estado a favor de Antígono en el 272 a. C. y se convirtió en tirano, una vez que Pirro murió en Argos. *Cf.* PLUT., *Pirro* 30. Los hijos de Aristómaco I son Aristipo (240-235 a. C.), que sucedió a su padre (y del que Plutarco en el capítulo 29 hace una semblanza como prototipo del tirano) y su hermano Aristómaco (235-229 a. C.), que tomó el poder tras la muerte de su hermano.

menes, porque éste había implicado en la empresa a otro hombre. Llevado por el enojo cuando se enteró, Carimenes denunció a sus compañeros cuando ya se encontraban en marcha contra el tirano. De ellos, la mayor parte consiguieron huir a tiempo del ágora y se refugiaron en Corinto. 3

4 Pero no mucho tiempo después, Aristómaco murió a manos de sus esclavos y se apresuró a tomar el poder Aristipo[90], un tirano aún más dañino que el anterior. Arato tomó a cuantos aqueos encontró en edad militar para acudir presto en ayuda de la ciudad, esperando encontrarse con el apoyo de los argivos. Pero como ocurrió que la mayoría de ellos se había acostumbrado a la idea de tener un tirano y ninguno parecía querer pres- 5 tar su ayuda, Arato tuvo que retirarse, teniendo que responder la Liga Aquea a la acusación de haber provocado una guerra en tiempos de paz[91]. Fueron a juicio por esta razón ante los mantineos, juicio al que Arato no se presentó. Ganó la causa Aristipo, que era el denunciante, y se dictaminó como condena el pago de treinta minas.

6 Aristipo, que temía al propio Arato a la vez que lo odiaba, trataba de aniquilarlo con la colaboración del rey Antígono. Ya tenía casi por todas partes gentes que estaban dispuestas a hacerlo por ellos y que estaban esperando la ocasión propicia. 7 Pero no hay nada que pueda proteger más a un hombre que gobierna que un afecto sincero y fiel, porque, en efecto, cuando precisamente el pueblo y la élite poderosa están acostumbrados a no temer al que manda, sino a estar preocupados por el que les manda, mira con mil ojos, con muchos oídos escucha y se da cuenta de lo que va a suceder con anticipación.

8 Por esta razón, interrumpiendo el relato en este punto, quiero referirme al tipo de vida que llevaba Aristipo, debido a que

[90] Aristipo era hijo del tirano Aristómaco. *Cf.* nota anterior.

[91] Las guerras tenían que declararse formalmente según las leyes griegas.

su tiranía despertaba recelos ante el boato de un poder absoluto
cuya felicidad era renombrada.
26 En efecto, aquél, a pesar de que tenía a Antígono como alia-
do y tenía a su servicio a muchos que defendían la integridad de
su persona, a pesar de que no había dejado vivo ni a uno solo
de sus enemigos en la ciudad, ordenaba a sus guardias y solda-
dos que esperasen fuera en el peristilo, echaba a todos los cria-
dos nada más haber acabado de cenar y cerraba la puerta de
2 dentro del palacio[92]. Luego se retiraba en compañía de su con-
cubina en una pequeña habitación que se encontraba en la par-
te de arriba, que, a su vez, se cerraba con una trampilla sobre la
que dormía, tras colocar la cama encima (aunque dudo que sea
posible que duerma alguien en ese estado de inquietud y de an-
3 gustia) y, finalmente, la madre de la concubina tras retirar la es-
calerita, la guardaba bajo llave en otra estancia. Cuando de nue-
vo llegaba el día, la volvía a poner y llamaba a ese increíble
tirano, que bajaba como un reptil saliendo de la cueva.
4 En cambio Arato, que alguna vez fue señalado como el ene-
migo común para todos los tiranos y cuya estirpe renombrada
continúa hasta el día de hoy en Grecia, él mantuvo un poder
perpetuo no por la fuerza de las armas, sino por la virtud de sus
leyes, vestido con una simple clámide y un manto cualquiera; y
5 es que por mucho que los otros se apoderen de ciudadelas, ten-
gan a su servicio soldados y pongan a salvo la integridad de su
persona con armas, puertas y trampillas, son pocos los que se li-
bran de un golpe mortal, como los conejos; y así, de ninguno de
estos tiranos ha quedado ni una casa, ni un linaje, ni una tumba
digna de ser recordada[93].

---

[92] Esa puerta interior separaba el *mégaron* de los hombres del resto de la casa.

[93] La misma historia aparece en PLUTARCO (*A un gobernante falto de instrucción* 781 d-e), siendo este tirano conocido por el nombre de Aristodemo.

Arato actuó contra Aristipo muchas veces a escondidas, pero 27
también abiertamente, intentando tomar posesión de Argos, pero todo fue en vano: una vez, tras colocar unas escaleras en el muro, intentó temerariamente subir en compañía de unos pocos e incluso mató a los guardias que habían acudido en ayuda a defender la muralla, pero ya estaba haciéndose de día y el tirano cayó
sobre él por todas partes y los argivos, como si esta lucha no fue- 2
ra por su salvación, sino que estuvieran arbitrando los juegos nemeos, se sentaron a contemplar lo que pasaba, como si fueran espectadores justos e imparciales, quedándose totalmente quietos. Arato, mientras luchaba valientemente, recibió un golpe de
jabalina en el muslo, pero mantuvo su posición en los lugares 3
donde se encontraba y no fue expulsado sino hasta la noche, aunque fuera continuamente hostigado por los enemigos. No habría fracasado, si hubiera podido aguantar el combate duran-
te la noche, pues el tirano ya estaba a punto de huir, había man- 4
dado embarcar muchas de sus riquezas, pero como nadie dio aviso de esto a Arato, el agua escaseaba y estaba incapacitado a causa de la herida, se vio obligado a retirar a sus soldados.

Como tuvo que renunciar a esa vía de entrada, invadió 28
abiertamente con su ejército y saqueó la región de la Argólide y, tras haber entablado una fuerte batalla contra Aristipo en las
cercanías del río Cares[94], se le reprochó que hubiera abandona- 2
do la lucha y la oportunidad de la victoria. En efecto, a pesar de que el resto del ejército se estaba imponiendo claramente y había ido ganando mucho terreno en la persecución, no tanto porque él se viese acechado por los enemigos que tenía delante, sino porque ya no confiaba en que pudiera tener éxito y tenía miedo, se alejó precipitadamente al campamento.

Pero cuando los demás estuvieron de vuelta de la persecución, 3
después de haber expulsado al enemigo y haber causado pérdidas

[94] También llamado Caradro. *Cf.* PAUS., II 25, 2.

mucho mayores que las que ellos mismos habían sufrido, viendo que a los vencidos se les permitía elevar un trofeo contra ellos, se encolerizaron tanto que Arato, avergonzado, accedió nuevamente a luchar por ese trofeo y, en el espacio de un solo día, reorgani-
4 zó el ejército. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que las tropas del tirano se iban haciendo más numerosas y estaban prestas a combatir con más ánimo, no se atrevió a luchar, sino que se retiró, tras levantar los cadáveres en virtud de una tregua.

5 A pesar de todo, gracias a su pericia en las relaciones diplomáticas y políticas[95] y por el crédito que tenía, movido por el deseo de reparar esa falta, hizo que Cleonas se uniera a la Liga Aquea y llevó a cabo los juegos nemeos en Cleonas, ya que éstos lo sentían como una fiesta propia de esta nación y muy su-
6 yos[96]. Los celebró también Argos, y fue entonces cuando por primera vez se violó el derecho a la inmunidad y a la protección[97] que se otorga a los participantes en los juegos, porque vendieron como si fueran enemigos a todos aquellos aqueos que, tras haber participado en los juegos en Argos, fueron capturados mientras pasaban por la región: ¡hasta tal punto Arato era terrible e implacable en su odio a los tiranos!

29 Se enteró Arato, poco después, de que Aristipo tenía planeado atacar la ciudad de Cleonas, pero que temía su presencia en Corinto, y así dio la orden de que se reuniera el ejército y se fue

[95] Su capacidad de negociación es un rasgo alabado repetidamente por POLIBIO (IV 8, 5), lo que hizo que Filipo V, rey de Macedonia, le encargara *(cf.* POL., V 103), junto a Taurino (el que luego acabaría con la vida de Arato mediante un veneno, *cf.* cap. 52) la negociación de la paz de Naupacto del 217 a. C. con los etolios.

[96] En efecto, la primera sede donde se celebraron los juegos nemeos en la Antigüedad fue Cleonas en el año 573 a. C. *Cf.* PIND., *Nem.* 4, 27; 10, 79.

[97] Las Nemeas eran juegos panhelénicos en los que, de la misma forma que los juegos olímpicos, se paralizaban todas las luchas durante la celebración de aquéllos.

para Céncreas, disponiendo que llevaran consigo víveres para 2
varios días, para engañar a Aristipo, haciéndole creer que no estaba en Corinto, y así éste atacara Cleonas.

Y esto fue exactamente lo que sucedió: Aristipo se presentó con su ejército desde Argos. Sin embargo, Arato había vuelto
de noche a Corinto desde Céncreas, poniendo guardas en el ca- 3
mino, y guió a los aqueos que le seguían con tanto orden, prontitud y ardor, que no sólo pasaron inadvertidos en su marcha, sino que Aristipo no se dio cuenta de que ya habían entrado en Cleonas y estaban ya dispuestos para la lucha.

En cuanto las puertas de la ciudad se abrieron y resonaron las
trompetas de guerra al despuntar el día, cayeron sobre el enemigo 4
entre gritos de ataque y los puso enseguida en fuga. En la persecución iba recorriendo los caminos por los que más previsiblemente podía huir Aristipo, pues la región tenía muchas salidas. Llegaron en la persecución hasta Micenas, donde el tirano acabó
degollado a manos de un cretense, tal como cuenta Dinias[98], de 5
nombre Tragisco. Del resto del ejército cayeron unos mil quinientos. Sin embargo, aunque Arato había conseguido una bri-
llante victoria y no había perdido a ninguno de sus soldados, to- 6
davía no pudo tomar Argos ni liberar a los ciudadanos de esta ciudad, pues Agias y Aristómaco el Joven[99], habían llegado con el ejército del rey[100] y tenían la situación bajo control.

Al menos esta acción acalló las calumnias, comentarios y 7
chanzas y bromas de mal gusto de aquellos que lisonjeaban a los tiranos y que, para agradarlos, llegaban con la historia de que al estratego de la Liga Aquea se le descomponían las tripas

[98] *FGrHist*, 306, F4.

[99] Aristómaco II era hijo de Aristómaco I y hermano de Aristipo, el tirano que sucedió primero al padre. Por eso es llamado «el joven».

[100] No se trata de Antígono Gonatas, sino Demetrio II, que le sucedió en el 239 a. C., mientras que la muerte de Aristipo ocurrió en el 235 a. C.

cuando iba a luchar, que justo cuando resonaba la trompeta le entraba como un vértigo y le daba un vahído; y que Arato, tras colocar su ejército, dar órdenes y preguntar a los generales a sus órdenes y a su ejército si había la necesidad de que estuviera presente (pues la suerte estaba echada), se alejaba para ver lo que pasaba desde lejos.

8 Estas historias estaban tan extendidas que incluso los filósofos, cada vez que en sus lecciones querían discutir sobre si era signo de cobardía el hecho de que palpitara el corazón, cambiara uno de color y se le removieran las tripas; y si esto venía causado por una mala complexión del cuerpo y cierto sudor frío, nombraban siempre a Arato como el ejemplo de alguien a quien le pasaban esas cosas en la batalla, a pesar de que era un buen general.

30 Nada más eliminar a Aristipo, tomó la decisión de atacar a
2 Lidiades de Megalópolis, que era tirano de su propia patria. No
era de los carecía de una nobleza de espíritu ni de un aprecio
por el honor, ni, como ocurre con la mayoría de los monarcas
absolutos por su desmesurada ambición, había sucumbido a la
injusticia, sino que simplemente lleno de deseo de gloria y por
su juventud, se había dejado seducir por estas falsas y huecas
razones que hablan de la tiranía como el más feliz y el mejor es-
tado, y por tanto se había entregado a esa gran idea de una ma-
nera insensata, proclamándose tirano, y rápidamente se encon-
tró ahíto por la carga de un poder absoluto.

Como envidiaba que Arato prosperase tanto como temía sus
3 intrigas, Lidiades puso su empeño en la virtuosísima empresa
de cambiar de actitud: primero, se liberó del odio, del miedo, de
los guardianes, de sus tropas y se convirtió, después, en el evér-
geta de su patria. Mandó llamar a Arato, le hizo entrega de su
4 poder y entregó la ciudad a la Liga Aquea. Los aqueos le col-
maron de honores por estas acciones y lo eligieron estratego,
5 pero Lidiades, con el deseo de superar la fama de Arato, envió

el ejército a Lacedemonia y realizó otras muchas acciones que se consideraban que no eran necesarias[101].

Arato, que se puso en su contra, parecía que le envidiaba y es que Lidiades fue elegido estratego una segunda vez, a pesar 6
de que Arato se opuso abiertamente e hizo todo lo posible para que dieran el cargo a otro distinto, ya que, como se ha dicho, él podía ostentar el cargo en un año alterno[102]. Lidiades gozó del favor del pueblo hasta su tercera estrategia, ostentando ese car- 7
go en años distintos, en alternancia con Arato[103]. Pero como Lidiades se había declarado claramente su enemigo y muchas veces lo había increpado ante los miembros de la Liga Aquea, consiguió que lo despreciaran y lo dejaran de lado, dando a entender que, con su aparente ética, Lidiades se estaba enfrentando a una verdadera virtud sin tacha. Además, así como de la misma forma que Esopo cuenta que el cuclillo preguntó a los polluelos por qué huían de él y ellos contestaron que porque al- 8
gún día sería un gavilán[104], también parece que acompañaba a Lidiades la sombra de la sospecha de la tiranía, que se cernía sobre la sinceridad del cambio que se había producido en él.

Arato también se vio honrado con sus acciones contra la 31
Liga Etolia, en el momento en el que la Liga Aquea estuvo obligada a presentar batalla enfrente de la Megáride, pues el rey de

---

[101] Lidiades de Megalópolis, personaje del que también hablan POLIBIO (II 44, 5) y PAUSANIAS (VIII 27, 12), mostrando una semblanza parecida, dejó de ser tirano en el año 235 a. C. y fue estratego de la Liga Aquea por primera vez en 234-233 a. C.

[102] Es decir, Arato intentó, ostentando el cargo de estratego en 233-232 a. C., que Lidiades no fuera estratego al año siguiente.

[103] Fue estratego de nuevo en el 230-229 a. C., entre la octava y la novena estrategia de Arato.

[104] La fábula de Esopo (198 Halm) está basada en la creencia popular *(cf.* ARISTÓTELES, *HA* VI 7, 563b) que sostenía que los cuclillos se podían transformar en halcones.

2 los lacedemonios, Agis[105], había llegado con su ejército y reclamaba a la Liga Aquea en el combate. Arato, mostrando su oposición, tuvo que soportar muchos insultos y muchas bromas y chistes sobre su debilidad y su falta de coraje, pero a él no le importó parecer vil ante lo que de verdad era conveniente, así que permitió a los enemigos que cruzasen Gerania[106] sin luchar, hasta llegar al Peloponeso.

3 Pero cuando ellos, al llegar, se apoderaron de improviso de Pelene[107], Arato cambió de actitud y no estuvo dispuesto a tener paciencia y esperar a que las tropas acudieran a reunirse en ese mismo lugar desde distintas partes, sino que enseguida, en compañía de los que estaban ya allí, atacó a los enemigos que precisamente, tras haber vencido, eran más débiles por su indisci-
4 plina y la excesiva confianza. En efecto, justo en el mismo momento que entraban en la ciudad, los soldados se encontraban dispersos por las casas, discutiendo los unos contra los otros y peleándose por las riquezas, mientras que los comandantes y los oficiales andaban por allí dando vueltas, repartiéndose las mujeres y las hijas de los de Pelene como botín: quitándose sus yelmos, se lo ponían a ellas para que no las cogiera ningún otro, sino para que con el casco quedara claro quién era el dueño de cada una de ellas.

5 Así, a éstos, mientras estaban en aquel estado y cometiendo tales tropelías, se les anunció de repente que Arato estaba a pun-

[105] Se refiere a Agis IV, rey de Esparta, que intentó imponer una serie de medidas de reparto de tierras. A su muerte será sucedido por Cleómenes III, rey casado con la viuda de Agis y que le incitará a seguir el ejemplo de su difunto marido en su empeño en llevar a cabo esas reformas sociales. Plutarco les dedica dos vidas, poniendo en paralelo sus reformas con las llevadas a cabo por los Gracos en Roma.

[106] Monte sobre el istmo de Corinto.

[107] Localidad muy cercana de Sición, de ahí que Arato tenga una reacción tan violenta, como si fuera una afrenta personal.

to de caer sobre ellos. Fue tal el espanto, como es natural que surja en tal desorden, que, antes de que todos fueran advertidos del peligro, los primeros que huyeron se encontraron por las puertas y los suburbios con los aqueos y, una vez vencidos, hicieron cundir la desesperación entre los que acudían en su ayuda.

En medio de todo ese movimiento, una de las cautivas, her- 32
mana de un hombre de fama, llamado Epigeto, y que también despuntaba por su belleza y la prestancia de su físico, se encontraba precisamente sentada en el templo de Ártemis[108], donde la había dejado el jefe de las tropas en el reparto del botín, quien la había elegido a ella para sí y le había puesto su casco de triple penacho.

Enseguida ella acudió corriendo hacia donde estaba el rui- 2
do y cuando ella se puso de pie delante del templo y se quedó mirando desde arriba a los que luchaban, con ese casco de triple penacho puesto, se apareció ante sus conciudadanos, como si se tratara de una visión de una soberana majestad que se les hubiera presentado bajo forma humana, mientras que los enemigos, que creyeron ver una aparición divina, se quedaron presos del terror y el pánico, de tal forma que nadie pensó en acudir al combate.

Los propios habitantes de Pelene cuentan que no se permite 3
tocar la imagen de la diosa y que cuando la saca la sacerdotisa en procesión, nadie la mira de frente, sino que todos retiran su mirada, pues no sólo para el hombre es una visión terrible y peligrosa, sino que incluso hace que los árboles se vuelvan estériles
y no den ya fruto comestible. Por ello, también dicen que enton- 4
ces la sacerdotisa sacó la estatua y puso su rostro de cara a los etolios, volviéndolos locos y haciéndoles perder la razón[109].

---

108 Este templo es recordado por PAUSANIAS (VII 27, 2).

109 Este episodio también se encuentra en POLIENO (VIII 59), pero habla, no de una estatua de Ártemis, sino de una estatua de Atenea.

5 Arato, por su parte, no menciona nada de esto en sus *Memorias*, sino dice que, cargando contra los etolios que huían de
6 la ciudad, los arrojó violentamente y que mato a setenta[110]. Esta hazaña ha pervivido como una de las más grandes y Timantes el pintor representó esta batalla en un cuadro de una manera muy expresiva[111].

33 Como había muchos pueblos, reyes y soberanos que estaban en contra de la Liga Aquea, Arato enseguida trató de negociar con los etolios y, gracias a la colaboración de Pantaleón, el hombre más influeyente entre ellos, no sólo firmó la paz, sino también un tratado de alianza entre la Liga Aquea y la Etolia[112].

2 Sin embargo, el hecho de que Arato se empeñara en liberar a los atenienses le granjeó las críticas y los reproches de los miembros de la Liga Aquea, pues intentó apoderarse del Pireo,
3 cuando incluso habían firmado una tregua con Macedonia y estaba vigente ese pacto. Arato, que niega estos hechos en las *Memorias* que nos ha dejado, echa la culpa a Ergino, con el que precisamente había llevado a cabo la toma del Acrocorinto, asegurando que lo que pasó fue que aquél atacó por su propia cuenta y riesgo el Pireo y que, al romperse la escalera, en la persecución llamó muchas veces a Arato por su nombre como si estuviera presente y que, engañando de esta forma a los enemigos, consiguió escapar[113].

4 No me parece que ésta sea una excusa convincente, pues no es verosímil de ninguna manera: a Ergino, un hombre particular y de Siria, no se le habría ocurrido semejante empresa, si no hubiera tenido a Arato como jefe y él le hubiera proporcionado

---

[110] *FGrHist* 231 F2.

[111] Sobre la grandeza de esta hazaña ya habla Polibio (IV 8, 4). Timantes es el amigo de Arato que Plutarco ha mencionado en el capítulo 12.

[112] La alianza se firmó en el año 239 a. C. después de la muerte de Antígono Gonatas. *Cf.* Pol., II 43, 9-44, 1.

[113] *FGrHist* 231 F3.

el ejército y la ocasión para atacar. Es más, Arato lo deja claro él
mismo con sus ataques al Pireo, que no fueron dos, ni tres, sino
muchos, mostrando un comportamiento propio de aquellos aman- 5
tes rechazados que, sin dejarse abatir ante las adversidades, van
cobrando ánimos, porque por muy poco y siempre teniéndolo
todo muy cerca, se habían visto frustradas sus esperanzas. In-
cluso, una vez, se dislocó la pierna mientras iban huyendo por
Triasio[114] y tuvieron que practicarle muchas incisiones para po- 6
der curarle, por lo que durante mucho tiempo tuvo que dirigir
las batallas transportado en una litera.

A la muerte de Antígono le sucedió Demetrio en el poder[115], 34
y aún más perseveró Arato en sus proyectos respecto a Atenas
y fue absoluto ya su desprecio por Macedonia. Por ello, cuando
fue vencido en la batalla de Filacia[116] por Bitis, un general de 2
Demetrio, y se expandió el rumor de que había sido capturado o
que incluso había muerto, Diógenes, el jefe de la guarnición del
Pireo[117], envió una carta a Corinto, ordenando a los aqueos que
abandonaran la ciudad porque Arato estaba muerto.

Ocurrió precisamente que las cartas llegaron justo cuando 3
Arato se encontraba en Corinto y los mensajeros de Diógenes
tuvieron que volverse, después de que sirvieran de mofa y es-
carnio. Incluso el propio rey había enviado desde Macedonia la

[114] Triasio es un demo del Ática cerca de Eleusis al noreste, según PLUTARCO *(Tem.* 15).

[115] Demetrio II (239-229 a. C.) es el hijo de Antígono Gonatas, que no ha de confundirse con su abuelo Demetrio Poliorceta, llamado así por la cantidad de ciudades que asedió y rindió. Durante el reinado de Demetrio II, Macedonia estuvo más amenazada que nunca, no sólo por la alianza de la Liga Aquea y Etolia, sino también por pueblos balcánicos como los ilirios y los dárdanos.

[116] Filacia está localizada en Arcadia. La batalla es del 233 a. C.

[117] Los atenienses dedicaron a este Diógenes un culto. *Cf. IG*, II-III^2 1011, l.14. Su nombre fue dado también a unas fiestas, llamadas *Diogeneia*, y a un gimnasio, el *Diogeneion*. Una muestra clara de esa adulación propia de los atenienses que tanto les reprocha Arato en este pasaje.

4 nave en la que se traería a Arato encadenado y los atenienses, superando los límites de la frivolidad en su forma de adular a los macedonios, se habían puesto coronas en cuanto se anunció que Arato estaba muerto. Por ello, Arato, absolutamente enfadado, salió enseguida al ataque contra ellos y llegó hasta la Academia, pero después, ya más calmado, no les infligió ningún daño.

5 Los atenienses, que tenían en gran estima su virtud, en cuanto estuvieron dispuestos a luchar por su libertad después de la muerte de Demetrio, lo llamaron y él, aunque ya no estaba en-
6 tonces al frente de la Liga Aquea[118] y encima guardaba cama a causa de una grave enfermedad, de todas formas, haciéndose llevar en litera, respondió a las necesidades de la ciudad y convenció a Diógenes, el que era el jefe de la guarnición, para que entregara el Pireo, Muniquia, Salamina y Sunio a los atenienses por ciento cincuenta talentos, suma de la que el propio Arato proporcionó a la ciudad veinte.

7 Poco después se unieron a la Liga Aquea Egina[119] y Hermíone[120] y la mayor parte de Arcadia. Como los macedonios se encontraban ocupados en conflictos con algunos pueblos vecinos y naciones colindantes[121] y contaban con la alianza de la Liga Etolia, la influencia de la Liga Aquea se expandió a lo largo y ancho de Grecia.

35 Arato, queriendo retomar su antiguo proyecto y soportando de mala gana la tiranía de la ciudad de Argos vecina a ellos, mandó una embajada para proponer a Aristómaco que entregara la ciudad a la Liga Aquea diciéndole que, tomando como

[118] Lidiades fue estratego en el 230-229 a. C.

[119] Egina quedó en manos de Atenas entre las posesiones que manejaba Diógenes. *Cf. IG*, II-III^2, 1225.

[120] Donde, según Polibio (II 44, 6) y Estrabón (VIII 7, 3 pág. 385), había sido tirano Jenón.

[121] Los dárdanos atacaron Macedonia al final del reino de Demetrio II y sólo Antígono Dosón, su sucesor, pudo acabar con ellos. *Cf.* Justino, XXVIII 3, 14.

ejemplo a Lidiades, sería mejor ser un estratego en la Liga por conseguir el respeto y la honra de tan gran pueblo, que ser un tirano amenazado y odiado en una sola ciudad. Aristómaco escu-
chó la propuesta[122] y le pidió a Arato que le enviara cincuenta 2
talentos para poder pagar y disolver su ejército.

El dinero fue enviado, pero Lidiades que aún era estratego 3
ese año y quería que este acto político pasara como suyo a ojos de la Liga Aquea, acusó a Arato ante Aristómaco de estar siempre a mal y de manera irreconciliable con los tiranos, así que le convenció para que dejara ese asunto en sus manos y Lidiades presentó a este hombre ante la Liga Aquea. Fue precisamente en este momento cuando los componentes de la asamblea de la
Liga Aquea dejaron muy claro el afecto que le tenían a Arato y 4
la confianza que depositaban en él, porque en cuanto él se opu-
so vehementemente a Aristómaco, rechazaron su propuesta, 5
pero cuando de nuevo habló en persona favorablemente de su propuesta, todos votaron rápidamente a favor y aceptaron en la Liga a Argos y a Fliasia[123] y al año siguiente[124] eligieron a Aristómaco como estratego.

Él, al gozar de la consideración de la Liga Aquea, quiso in- 6
vadir Lacedemonia y llamó a Arato desde Atenas. Arato le contestó por carta, intentando disuadirle de mandar un ejército, ya que no quería implicar a los aqueos en esta lucha contra Cleómenes, porque él era una persona audaz cuyo poder había crecido inesperadamente. Pero como Aristómaco quería atacar, Arato se puso totalmente a sus órdenes y estuvo de su lado en la expedición[125]. Arato, en el momento que Cleómenes estaba cer-

[122] En 229 a. C.

[123] Cleónimo, el tirano de la región había abdicado. *Cf.* Pol., II 44, 6.

[124] En 228-227 a. C.

[125] Sin embargo, el propio Plutarco dice en otro lugar que la guerra contra Cleómenes había sido iniciada, antes, en 229-228 a. C., precisamente por Ara-

ca de Palantio, fue acusado por Lidiades de haber impedido a
7 Aristómaco que presentara batalla, ya que estaba en juego, al concurrir los dos, el cargo de estratego. Pero Arato ganó en la votación y fue elegido por duodécima vez estratego.

36 Estando al mando como general tuvo que huir, al ser derrotado por Cleómenes cerca del Liceo[126], y como había escapado
2 de noche, parecía que había muerto y se expandió el rumor de su muerte entre todos los griegos. Pero él, que estaba a salvo y reorganizando a sus soldados, no se contentó con haber escapado sano y salvo, sino que aprovechando esta ocasión de la mejor manera, sin que nadie se lo esperase ni pudiera imaginarse
3 lo que iba a pasar, cayó de improvisó sobre los mantineos, que eran aliados de Cleómenes y, tras capturar la ciudad, puso una guarnición[127] y concedió la ciudadanía a los metecos. Así, consiguió él solo, con la derrota de los aqueos, lo que no habría sido fácil conseguir aunque hubieran sido vencedores.

4 Poco después, los lacedemonios atacaron Megalópolis[128], y

---

to, pero que él no había podido terminar la campaña. Arato intentaba unir todo el Peloponeso bajo el mando de la Liga Aquea, iniciando campañas contra Arcadia, Elea y Esparta. *Cf.* PLUT., *Cleóm.* 3-4.

[126] Esa derrota también está narrada en la *Vida de Cleómenes. Cf.* PLUT., *Cleóm.* 4-5; y también POL., II 51, 1-4. No se trata, en efecto, del famoso Liceo, la sede de la escuela de Aristóteles en Atenas, sino de una montaña al sureste de Andrianitsa en Arcadia, en la frontera con Mesenia. Este monte es el actual Diaforti. Pausanias, que describe este monte y sus monumentos, templos y estatuas pormenorizadamente (VIII 28, 2-10), comenta que desde el altar de Zeus Liceo, en la cumbre, se puede divisar todo el Peloponeso.

[127] La guarnición aquea, según POLIBIO (II 58, 1-2), no fue una imposición, sino una petición de los propios mantineos. Los mantineos posteriormente acabaron con esa guarnición para pasarse al bando de Cleómenes.

[128] En uno de esos ataques que sufrió Megalópolis Cleómenes llegó a conquistar la ciudad. Filopemén tenía entonces treinta años y aunque no consiguió evitar la catástrofe, consiguió escapar junto con toda la población hasta Mesene. Cleómenes ofrece a los ciudadanos el territorio y sus casas, pero Filopemén

Arato, que había acudido en ayuda de esta ciudad, dudaba en si tenía que ceder ante Cleómenes, que lo provocaba con escaramuzas, o debía oponerse a los megalopolitanos, que le obligaban a presentar batalla, pues, además de que para la lucha cuer- 5
po a cuerpo no estaba bien dotado por naturaleza, Arato se encontraba en inferioridad numérica para oponerse a un hombre audaz, joven. Además, ya sus fuerzas estaban en declive y su ambición más atemperada. Por otra parte, creía que debía procurar salvaguardar prudentemente su prestigio, cuando el otro buscaba con audacia precisamente el conseguirlo, ya que aún no lo tenía.

Sin embargo, aunque en su ataque las tropas ligeras habían 37
conseguido rechazar a los espartanos hasta su campamento y se iban metiendo por las tiendas de campaña, ni siquiera así Arato los hizo avanzar, sino que plantándolos en medio de un desfiladero, impidió a los hoplitas que pasaran. Lidiades, que se indig- 2
naba ante lo que estaba pasando y maldecía a Arato, mandó llamar a su lado a los caballeros, pidiéndoles que se pusieran al frente de los que seguían al enemigo y que no dejaran escapar la victoria ni le abandonaran a él que combatía en pro de la patria. Alentado por los muchos y valerosos soldados que se reunieron 3
allí, cargó contra el flanco derecho y los persiguió poniéndolos en fuga, pero se aventuró, por su ardor y por un ansia irrefrenable de gloria, por zonas difíciles y llenas de árboles frondosos y anchos barrancos, entre los que se encontraba escondido Cleómenes, y Lidiades cayó, después de haber luchado valerosamente en la más hermosa de las batallas, a las puertas de su patria[129].

---

se niega a aceptar el dominio de Esparta y Cleómenes arrasa la ciudad y sus edificios. Es entonces cuando Filopemén decide participar en la batalla de Selasia. *Cf.* Pol., II 55, 1-9; Plut., *Filop.* 5; *Cleóm.* 24; Paus., II 9, 1-2; IV 29, 7-8; VIII 27, 15-6; 28, 7; 49, 4.

[129] La misma valerosa muerte se encuentra narrada en Pausanias (VIII 27, 12 y 15). El lugar según Polibio (II 51, 3) se llamaba Ladoceia. Cleómenes

4 El resto de la caballería, en su huida hacia la falange, sembró la confusión entre los soldados y cubrió el ejército entero de
5 vergüenza. Arato fue muy criticado, al dar la impresión de que había abandonado a Lidiades, y se vio obligado a acompañarlos a Egio escoltado por los insultos de los aqueos que se retiraban airados[130]. Allí reunidos votaron que no se le daría más dinero a Arato y que no se le financiaría más el mantenimiento de los mercenarios y que si él creía que era necesario seguir luchando, que lo pagara de su bolsillo.

38 Ante tal rechazo, Arato tomó la determinación de devolver enseguida el sello y dejar el puesto de estratego, pero después de haberlo meditado bien, permaneció en el cargo, llevó a los aqueos a Orcómeno, presentó batalla contra Megistonoo, padrastro de Cleómenes, consiguió imponerse, mató a trescientos
2 hombres y capturó vivo a Megistonoo[131]. Pero cuando le llegó el turno de ser estratego, pues era costumbre que él lo fuera en años alternos, renunció a ser designado para el puesto y en su lugar fue elegido como estratego Timoxeno[132].

3 El resentimiento que le inspiró su pueblo fue la excusa que se adujo para negarse al nombramiento, razón poco convincente,
4 porque la verdadera causa fue, en cambio, la situación por la que

---

vistió el cadáver de púrpura y le puso una corona en la cabeza, honrándolo como un rey antes de dejarlo las puertas de la ciudad de Megalópolis. *Cf.* PLUT., *Cleóm.* 6.

[130] Egio es una ciudad de la costa de Acaya en la costa del golfo de Corinto, sede de la asamblea de la Liga Aquea.

[131] La batalla tuvo lugar en el 226 a. C., cuando Arato era todavía estratego y Cleómenes estaba inmerso en la reforma de las instituciones espartanas. Megistonoo estaba casado con la madre de Cleómenes, Cratesiclea. Aunque no se hace mención específica de esta batalla en la *Vida de Cleómenes*, sí que se hacen bastantes referencias a este personaje. *Cf.* PLUT., *Cleóm.* 7, 11, 19, 21.

[132] Timoxeno, que era amigo de Arato (POL., IV 82, 8; PLUT., *Cleóm.* 15), accedió a ser estratego de la Liga Aquea en 225-224 a. C.

atravesaba la Liga Aquea: ya Cleómenes no avanzaba como antes, con calma y paso a paso, ni sufría las injerencias de los magistrados de la ciudad, sino que había conseguido detentar el poder independientemente, tras eliminar a los éforos[133], distribuir el territorio y otorgar la ciudadanía a muchos metecos[134], y se dirigía entonces contra los aqueos en busca de un poder hegemónico.

Por ello, reprochan a Arato que, en un momento de tormen- 5
tosa agitación para el Estado, por así decirlo, hubiera dado el puesto de mando para dirigir la nave a otro y se retirara, cuando hubiera sido mejor que hubiera seguido al mando, aunque no
quisiera, para salvar a la Liga. Si ya daba por perdido el poder 6
político de la Liga Aquea, hubiera sido mejor que hubiera cedido ante Cleómenes, pero no que permitiera que de nuevo el Peloponeso quedara en manos bárbaras con guarniciones de macedonios, se llenara el Acrocorinto de tropas ilíricas y galas[135], ni que se introdujeran nuevos soberanos en las ciudades con el nombre de aliados, cuando había sido a éstos a los que él mismo había dominado militar y políticamente en la práctica y en sus *Memorias* vilipendiaba[136].

---

[133] Sólo sería tras la masacre de los éforos en el 227 a. C. (exactamente mató a cuatro, pero el quinto parece ser que llegó a salvarse), cuando Cleómenes pudo llevar a cabo su programa de reformas inspiradas en las leyes de Licurgo. *Cf.* Plut., *Cleóm.* 4, 5 y 7-11.

[134] En realidad eran periecos, no metecos, como correctamente luego Plutarco comenta (Plut., *Cleóm.* 11).

[135] Contingentes de soldados ilirios y galos participaron en la batalla de Selasia como mercenarios en las tropas de Antígono Dosón (Pol., II 65, 2; Plut., *Cleóm.* 28, 3); lo que no resulta extraño, si tenemos en cuenta que Antígono Gonatas usó tropas sirias para la defensa del Acrocorinto.

[136] *FGrHist* 231 F4. Además de todo esto, Antígono Dosón consiguió instaurar en el 224 a. C. la Liga Helénica, una liga de ligas bajo la presidencia del rey macedonio, que agrupaba junto con Macedonia la mayoría de las ciudades y las federaciones de Grecia central y del Peloponeso. Sólo quedaron excluidas de este nuevo pacto la Liga Etolia, Esparta, Atenas, Élide y Mesenia.

7 Si Cleómenes era —y así se le ha de considerar— un tirano sin escrúpulos, sin embargo sus padres eran Heraclidas y su patria era Esparta, en donde el ciudadano más indigno y más carente de renombre podía ser mejor jefe que el primero de los macedonios, si se tenía en alguna consideración la raza helena[137]. Y así, en efecto, Cleómenes reclamaba el poder de la Liga
8 Aquea como si fuera a conseguir grandes ventajas para las ciudades a cambio de ese cargo y de ese título.
9 Antígono[138], sin embargo no aceptó ser nombrado jefe supremo del mar y la tierra[139], si antes no obtenía como recompensa el dominio del Acrocorinto, imitando claramente al cazador
10 de Esopo[140]. En efecto, no se montó a la grupa de los aqueos, aunque le hicieran rogativas y se rebajaran mediante embajadas y resoluciones, si antes no se sometían y, como poniéndoles unas bridas, aceptaban una guarnición y se le hacía entrega de rehenes.
11 Es verdad que Arato se deja la voz poniendo como excusa la necesidad[141], pero Polibio afirma que, mucho antes de que esta necesidad se manifestara, Arato, temeroso del arrojo de Cleómenes, había entrado en negociaciones secretas con Antígono

---

[137] Cleómenes gustaba de hacer recordar esos orígenes que remontaban hasta Heracles (PLUT., *Cleóm.* 13), incluso en las monedas que se acuñaron en su reinado. Su sobriedad era proverbial: había sido una persona formada por un filósofo llamado Esfero de Borístenes, alumno del más conocido Zenón, el fundador de la escuela estocia. *Cf.* PLUT., *Cleóm.* 2. Por ello, algunos aqueos (PLUT., *Cleóm.* 16) veían justo que fuera Cleómenes el que organizara de nuevo Grecia. Es probable que esta defensa de Cleómenes provenga del historiador FILARCO.

[138] Antígono III Dosón (229-220 a. C.), primo de Demetrio II, regente de Macedonia como tutor de Filipo V, el hijo de Demetrio II, que entonces era menor de edad.

[139] Título que antes había ostentado Tolomeo III.

[140] 175 Halm. ESTESÍCORO DE HIMERA (ARIST., *Ret.* II 20, 1393b) cuenta un apólogo cambiando el jabalí por un ciervo.

[141] *FGrHist* 231 F4 a.

Gonatas y que había mandado antes a los de Megalópolis, los cuales habían pedido a los aqueos que llamaran a Antígono[142]. Éstos, ciertamente, se llevaron la peor parte en la guerra, porque Cleómenes solía atacarlos y saquearlos continuamente.

Del mismo modo, Filarco habla sobre este tema, al que no 12
se le daría crédito si no fuera por el testimonio de Polibio, porque nada más tratar el tema de Cleómenes queda traspasado por el entusiasmo y en su *Historia*, como si se encontrara en un juicio, a uno no hace más que acusarlo y al otro no para de defenderlo[143].

Los aqueos perdieron Mantinea, pues Cleómenes la recon- 39
quistó, y fue tan impresionante la derrota que sufrieron en una gran batalla celebrada cerca de Hecatombeo, que mandaron una embajada para que Cleómenes viniera a Argos y tomara el po-
der[144]. Pero cuando Arato se dio cuenta de que estaba de cami- 2

---

142 Plutarco resume a POLIBIO (II 48-50) que nos informa que los primeros contactos entre Arato y Antígono son del 227 a. C. y el inicio del 226 a. C. Arato tenía especialmente miedo de una posible alianza entre la Liga Etolia y Cleómenes de Esparta, que presionara a la Liga Aquea. Esos contactos se realizan secretamente a través de Nicófanes y Cércidas de Megalópolis, amigos de Arato.

143 *FGrHist* 81 F52. Ésta es la única mención de FILARCO en esta vida, una fuente que también Plutarco usa en la *Vida de Cleómenes* y la *Vida de Pirro*. Escribió una obra titulada *Historias*, que narra en 28 libros la historia del siglo III a. C., desde la invasión de Pirro del Peloponeso hasta la muerte de Cleómenes. Es muy criticado por POLIBIO por su sensacionalismo, que atenta a la verdad y que sólo busca crear la emoción en el lector. Lo que nos queda de él, en efecto, son fragmentos sobre curiosidades etnográficas, *mirabilia*, mitología y costumbres de los gobernantes, pero sin casi ningún valor histórico.

144 Hecatombeo se encontraba en el territorio de Dime, que a su vez encontraba en el oeste de Acaya, vecina a la Élide. La batalla tuvo lugar en el 226 a. C. Según PLUTARCO (*Cleóm.* 15) Cleómenes fue invitado a Lerna, donde se encontraba reunida la Liga, y no a Argos. Allí Cleómenes no llegó a hablar porque tras una fatigosa marcha tomó agua muy fría, salió sangre de su garganta y se quedó sin voz. *Cf.* también POL., II 3-4; PLUT., *Cleóm.* 15 y 17; PAUS., II 9, 1-2.

no y que se encontraba ya en Lerna con su ejército, le envió aterrorizado una embajada para pedirle que viniera con trescientos hombres, entre amigos y aliados, y que, si no se fiaba, que tomara rehenes[145].

3 Cleómenes le contestó que esta propuesta era un ultraje y que se estaba burlando de él y se retiró, tras haber escrito una carta a la Liga Aquea llena de acusaciones e insultos contra Arato. También Arato escribió unas cartas contra Cleómenes y se estuvieron zahiriendo e injuriando hasta el punto de llegar, en sus insultos, a hacer referencia a sus matrimonios y a sus mujeres. Cleómenes envió después un heraldo para anunciar la
4 guerra contra los aqueos[146] y por poco no tomó la ciudad de Sición a traición, pero con un pequeño desvío se dirigió contra la ciudad de Pelene y tomó posesión de ella, una vez que el estra-
5 tego de la Liga Aquea se rindió. Poco después tomó la ciudad de Feneo y Penteleion[147], y enseguida los argivos se unieron a él y los de Fliunte entregaron su guarnición. En suma, la Liga Aquea no mantenía ya ninguna de sus conquistas con seguridad y súbitamente Arato se sintió absolutamente angustiado al ver el Peloponeso entero amotinado y las ciudades sublevadas por todas partes por los revolucionarios.

40 Nadie estaba tranquilo ni estaba conforme con el presente estado de cosas. Incluso llegó a descubrirse que los propios sicionios y muchos de los corintios habían entablado conversaciones con Cleómenes y que desde hacía bastante tiempo actuaban pérfidamente contra la Liga con deseos de obtener el

[145] Arato no permitió que llegara más allá del gimnasio de Cilarabis, que se encontraba en las afueras de la ciudad. *Cf.* PLUT., *Cleóm.* 17.

[146] Según las *Memorias* de Arato (PLUT., *Cleóm.* 17), la embajada fue enviada a Egio, la sede principal de la Liga Aquea, y no a Argos.

[147] En el año 225 a. C., cuando era estratego de la Liga Aquea Timoxeno. Feneo es una ciudad arcadia al suroeste de Pelene y Penteleion es una plaza fuerte situada en la montaña entre Pelene y Feneo.

control. Arato, investido de un poder sin límites contra ellos[148], mandó ejecutar a los que halló corruptos en Sición, pero al in- 2
tentar investigar e imponer un castigo a los corintios, causó la furia de este pueblo, porque la mayoría ya estaba vendida y sentía como un estorbo el poder impuesto por la Liga Aquea.

Los corintios acudiendo a toda prisa al templo de Apolo[149], 3
mandaron a buscar a Arato pidiendo que se le eliminara o se le capturara antes de que traicionara a la Liga. Él llegó con su ca- 4
ballo cogido de las bridas, como si no sospechara nada o no tuviera idea de nada, mientras la masa se agolpaba para insultarlo y acusarlo. Con una voz tranquila y un gesto sereno les pidió que se sentaran, en vez de gritar ahí delante de pie desordenadamente, e invitó a pasar adentro a los que estaban a las puertas. Así hablando se retiraba despacio, como si fuera a hacer entrega del caballo a alguien.

De esta manera, es decir, zafándose de la gente, hablando a 5
los corintios que le salían al paso sin perder la compostura, pidiéndoles que fueran al templo de Apolo, fue como se escapó, pues, en cuanto se acercó a la ciudadela, subió al caballo y a Cleopatro, el comandante de la guarnición, le ordenó que sometiera el lugar a una estrecha vigilancia y salió al galope en dirección a Sición acompañado de treinta soldados, pues el resto se habían dispersado y lo habían abandonado.

Al darse cuenta los corintios, poco después, de que había 6
huido, salieron en su busca, pero no lo capturaron y mandaron traer a Cleómenes y le hicieron entrega de la ciudad a él, el cual consideró que no recibía de ellos tanto como lo que habían per-

[148] Arato fue nombrado estratego con un poder omnímodo en 225-224 a. C. tras la estrategia de Timoxeno.

[149] Según el mismo PLUTARCO *(Cleóm.* 19), la reunión tuvo lugar no en el templo sino en la asamblea del buleuterion. El templo de Apolo es el famoso templo dórico arcaico que domina el ágora al sur y que describe PAUSANIAS (II 3, 6).

dido al escapárseles Arato. Entonces, una vez que llegaron a su
7 presencia los que habitaban la región denominada Acte y le hicieron entrega de sus ciudades[150], Cleómenes hizo cercarla con una empalizada y fortificó el Acrocorinto.

41 Sin embargo, la mayor parte de los aqueos fue al encuentro de Arato en Sición y, tras convocar una asamblea, Arato fue elegido como estratego con plenos poderes, pero tuvo que rodearse de una guardia personal compuesta por sus propios con-
2 ciudadanos. Había estado cerca de treinta y tres años dirigiendo los destinos de la Liga Aquea, después de haber destacado como el que más por su fuerza y su prestigio ante los helenos. Ahora estaba solo y sin recursos, zarandeado y vacilante en medio del peligro y la tempestad, como si su patria se estuviera yendo a pique. Ni siquiera los etolios respondieron a sus peticiones de auxilio[151] e incluso a la ciudad de Atenas se le impi-
3 dió darle ayuda por consejo de Euriclides y de Mición[152], a pesar de que la ciudad estaba de parte de Arato.

4 Aunque Arato tenía sus posesiones en Corinto y allí tenía su casa, Cleómenes no tocó nada de esto, ni permitió a nadie que lo hiciera; antes bien, hizo venir a sus amigos y a los administradores de Arato y les ordenó que se encargaran de todo eso y que lo conservaran como si tuvieran que rendir cuentas a
5 Arato. A título personal, envió ante Arato a Trípilo y a Megis-

[150] Acte está en la costa oriental de la Argólide. Según Polibio (II 52, 1-2) y Plutarco *(Cleóm.* 17-19) bajo el radio de influencia de Cleómenes se encontraban, antes de la campaña de Antígono Dosón, Mantinea, Tegea, Feres, Dime, Lasión, Pelene, Feneo, Penteleion, Cafias, Argos, Fliunte, Cleonas, Epidauro, Hermíone, Trecén y Corinto.

[151] Recuérdese que se había firmado una alianza entre la Liga Aquea y la Liga Etolia que hasta el año 220 a. C. se mantuvo vigente. *Cf.* Pol., IV 15, 10.

[152] Euriclides Mición y su hermano Mición *(cf. SIG*3 491 l. 1-35) eran los políticos más influyentes de Atenas en el 217 a. C. y adoptaron una política de neutralidad. *Cf.* Pol., V 106, 6-8.

tonoo[153], su padrastro, después, con el ofrecimiento, entre otras muchas cosas, de una asignación anual de hasta doce talentos, el doble de lo que recibía él de Tolomeo (ya que, en efecto, cada año enviaba el rey a Arato seis talentos[154]), pero también le pedía que fuera reconocido como jefe de la Liga Aquea y, además 6
de eso, le pedía el dominio del Acrocorinto.

7 Ante la respuesta de Arato, que le contestó que Cleómenes no dominaba los asuntos de la Liga Aquea, sino que incluso él estaba bajo el control de aquélla[155], él creyó que se estaba burlando de él, por lo que atacó a la ciudad de Sición, la saqueó, la destruyó y estuvo durante tres meses delante de la ciudad[156]; mientras, Arato aguantaba, dudando en si tendría que aceptar la ayuda de Antígono, a cambio de hacerle entrega del Acrocorinto, porque de otra manera él no estaba dispuesto a prestar su ayuda.

42 Los aqueos, reunidos en Egio, llamaron a Arato para que acudiera allí. Era peligroso el camino, pues Cleómenes había colocado su campamento justo enfrente de la ciudad. Los ciudadanos intentaban retenerlo, rogándole y diciéndole que no se expusiera ante los enemigos tan cerca, le acosaban incluso las mujeres y los niños, abrazándole entre lágrimas, como si se tra-

[153] Según otras fuentes (PLUT., *Cleóm.* 19) la primera sería la de Megistonoo y la segunda de un tal Tritímalo de Mesene, mencionado en lugar de Trípilo. Plutarco no lo comenta, pero si Megistonoo había sido capturado en Orcómeno, como cuenta Plutarco en el capítulo 38, el padrastro de Cleómenes había tenido que ser liberado poco después.

[154] Detrás de Cleómenes estaba Tolomeo III Evérgetes que, en realidad, ya había dejado de dar a Arato ese dinero que recibía con Tolomeo II Filadelfo. Tolomeo III veía en Esparta un mejor aliado que Arato para defender sus intereses en Grecia ante Antígono Dosón. A cambio de su apoyo económico, la madre de Cleómenes, Cratesiclea, y los hijos del general espartano fueron conducidos a Egipto como rehenes. POL., II 51, 3; PLUT., *Cleóm.* 22.

[155] Esta misma respuesta aparece en PLUT., *Cleóm.* 19, donde Plutarco menciona como fuente las *Memorias*.

[156] En los primeros meses del año 224 a. C.

2 tara del padre de todos y fuera su común salvador. Pero él, dándoles ánimos y reconfortándolos con sus palabras, salió a caballo en dirección al mar con diez amigos y su hijo, que ya era un joven[157], y allí donde ya estaban armadas unas naves se embarcaron y fueron hasta Egio para acudir a la asamblea. En esta
3 sesión se tomó la resolución de llamar a Antígono y hacerle entrega del Acrocorinto y Arato envió a Antígono incluso a su hijo junto a otros como rehenes, pero esta decisión los corintios se la tomaron a mal, le expropiaron sus riquezas y su casa se la entregaron a Cleómenes.

43 Mientras Antígono se iba acercando ya con su ejército —comandaba un ejército de dos mil soldados macedonios y mil trescientos jinetes— Arato, en compañía de los demiurgos[158], iba por mar hasta Pegas para encontrarse con él, sin que sus enemigos se dieran cuenta, pero no se fiaba mucho ni de Antígono ni de los macedonios. La cuestión era que su gloria perso-
2 nal había dependido de los males que él les había ocasionado, y que la primera y la más importante base de su política había sido su odio contra el viejo Antígono[159]; pero ahora se veía obligado, por una necesidad imperiosa y por esas circunstancias por las que están sometidos incluso los que parecen gobernar, a avanzar hacia un terrible peligro.

3 Sin embargo, en cuanto Antígono supo que se estaba acercando Arato, entonces él atendió cortésmente a los otros, pero de una manera ordinaria; sin embargo, a Arato, en esa primera entrevista, lo recibió con honores excepcionales y al sentir, entre otras cosas, que estaba ante un hombre virtuoso y con sentido común, lo admitió entre su círculo más íntimo. En efecto,

---

157 También llamado Arato.

158 Los demiurgos federales eran elegidos anualmente, como el estratego, en un número de diez por la Liga Aquea.

159 Antígono Gonatas.

Arato era no sólo una persona útil en los asuntos políticos más 4
importantes, sino que era extremadamente agradable para el rey
en su tiempo libre. Por ello, Antígono, aunque fuese joven[160], 5
vio que la naturaleza de este hombre no tenía tantos reparos en
cultivar la amistad de un rey y gozó de su compañía continua-
mente con preferencia entre todos los que formaban parte de su
séquito, no sólo aqueos, sino también macedonios.

Hubo una señal que el dios ofreció en las vísceras de las víc- 6
timas, pues se dice que, no mucho antes, con ocasión de un sa-
crificio que celebraba Arato, se le presentaron en un hígado dos
vesículas de bilis resguardadas bajo una misma capa de grasa, y
el adivino dijo que muy pronto compartiría una estrecha amis-
tad con quien más odiaba y era su enemigo más encarnizado.
Pero entonces Arato no hizo caso a lo que se le decía, porque no 7
daba ningún crédito a las adivinaciones y las profecías, sino que
actuaba de manera racional.

Pero, después, Antígono, con la buena marcha de la guerra, 8
organizó un banquete en Corinto en el que recibió a muchos in-
vitados, e hizo sentar a Arato sobre él[161]; poco después pidió un
manto y le preguntó a Arato si también a él no le parecía que
hacía frío, a lo que contestó diciendo que, efectivamente, esta-
ba helado. Antígono le pidió que se pusiera más cerca y los
criados cubrieron a ambos con una alfombra que había manda-
do traer. Entonces, a Arato le entró la risa, porque se acordó del 9
sacrificio y le contó al rey lo de la señal y la predicción. Pero
esto ocurrió tiempo después.

Tras haberse prestado mutuamente un juramento de fidelidad 44
en Pegas, se fueron enseguida contra los enemigos. La lucha se
concentraba en Corinto, porque Cleómenes se había atrinchera-

[160] Antígono Dosón, nacido en 263-262 a. C., murió a los cuarenta y dos años a causa de una enfermedad, momento en el que Filipo V accedió al poder.

[161] Es decir, sobre su propio lecho.

do allí muy bien y los corintios se defendían animosamente[162].
2 En ese momento, Aristóteles de Argos, amigo de Arato, fue enviado en secreto a su presencia para decirle que él pondría en re-
3 beldía a la ciudad si mandaba soldados con él. Tras dar Arato parte a Antígono, se dirigió a toda prisa desde el istmo hasta Epidauro por mar con mil quinientos hombres, los argivos vueltos en rebeldía atacaron a los soldados de Cleómenes y los encerraron en la ciudadela y Cleómenes, al enterarse de esto y temiendo que los enemigos, al tomar Argos, le cortaran el paso para volver a casa, acudió en ayuda de sus soldados de noche, dejando el
4 Acrocorinto. Después se presentó en Argos e hizo huir a algunos de los enemigos, pero en cuanto llegó Arato y apareció Antígono con todo su ejército, huyó en dirección a Mantinea.

5 Tras esto, todas las ciudades de nuevo volvieron a reunirse en la Liga Aquea, Antígono tomó posesión del Acrocorinto y Arato, elegido por los argivos como estratego, les convenció para que entregaran a Antígono las posesiones del tirano y de
6 los traidores. Torturaron a Aristómaco y arrojaron su cuerpo al mar a la altura de Céncreas, hecho que se le reprocha especialmente a Arato, pues él había permitido que fuera asesinado ilegalmente un hombre que no era malvado, sino alguien con el que había tenido trato e incluso al que había convencido para que depusiera su poder y entregara la ciudad a la Liga Aquea[163].

45 Pero también le estaban echando las culpas a Arato de otro tipo de cosas, como, por ejemplo, del hecho de que hubiera en-

---

[162] Sobre la batalla de Corinto, *cf.* POL., II 52, 5, y PLUT., *Cleóm.* 20.

[163] Sobre Aristómaco y los traidores que colaboraron con Cleómenes *cf.*, también, POL., II 59-60; V, 16, 6. Entre los que más criticaron a Arato por esta actuación se encuentra FILARCO, mencionado por POLIBIO. *Cf.* II 59-60 = *FGrHist* 81 F54. POLIBIO, sin embargo, considera justa la muerte de Aristómaco porque, como aliado de Cleómenes, había mandado ejecutar a ochenta ciudadanos de la ciudad, y critica el gusto de FILARCO por el sensacionalismo al recrearse en detalles como los gritos espeluznantes de agonía de Aristómaco.

tregado la ciudad a Antígono como si se tratase de una aldea cualquiera y, en el caso de Orcómeno, que se le hubiera permitido instalar una guarnición macedónica tras haberla saqueado[164]; también de que se hubiera tomado la resolución de que no se es- 2
cribiera a ningún rey o se enviara ninguna embajada sin el consentimiento de Antígono; o, asimismo, de que se estuviera obligado a pagar un sueldo y a alimentar a las tropas macedonias, y de que se celebraran sacrificios y procesiones y juegos en honor a Antígono[165], empezando por los conciudadanos de Arato que 3
habían recibido en la ciudad a Antígono, siendo, a su vez, alojado en casa de Arato.

De todo esto le acusaron, pero ignoraban que Arato, al ha- 4
berle entregado las riendas del poder al rey, también él había sido arrastrado por el ímpetu de la autoridad real y no era dueño de ninguna otra cosa salvo de su propia voz y ésa aún era peligrosa cuando era usada con libertad. Estaba claro que Arato 5
sufría por muchas de las cosas que se hacían como era el caso de las estatuas: Antígono volvió a colocar las estatuas de los tiranos de Argos que habían sido retiradas y las estatuas de los que habían tomado el Acrocorinto, que se encontraban allí, las derribó, con la excepción de una, la de Arato. Pero por más que le hizo muchas referencias a este tema, Arato no le convenció.

También parece que la actuación de la Liga Aquea en Man- 6
tinea no se llevó a cabo de una manera digna de un griego, pues al capturarla con la ayuda de Antígono, mataron a los primeros y más ilustres ciudadanos de la ciudad, y en cuanto al resto, a unos los vendieron y a otros los enviaron prisioneros a Macedonia, sus hijos y sus mujeres fueron reducidos a la esclavitud

164 La guarnición macedonia y el saqueo de Orcómeno sucedieron después de la conquista de Arato de esta ciudad, pero poco después fue recuperada por Cleómenes. *cf.* POL., II 54, 10-11; IV 6, 5-6; PLUT., *Cleóm.* 23, 1.

165 Las *Antigoneia* o las fiestas en honor del rey macedonio están testimoniadas en POL., II 70, 5; XXVIII 19, 4; XXX 29, 3, y en PLUT., *Cleóm.* 16.

y, tras reunir todo el dinero, se quedaron ellos mismos con la tercera parte, mientras que las dos restantes se la dieron a los
7 macedonios[166]. Claro que esto es lo que tiene la ley de represalia[167], pues, aunque es terrible tratar así con saña a los de una misma raza y de una misma sangre, sin embargo en momentos de necesidad este rigor es dulce, como dice Simónides, si así a un alma doliente e inflamada se la alivia y se la cura[168].

8 Sin embargo, de lo que se le hizo después a la ciudad de Mantinea, no se puede excusar a Arato en base a una supuesta causa honrosa o una necesidad, pues, cuando los aqueos tomaron la ciudad, la recibieron de Antígono como un presente suyo y decidieron repoblarla, Arato fue elegido como fundador de la colonia y, siendo estratego[169], hizo decretar que la ciudad ya nunca más se llamase Mantinea sino Antigoneia, nombre que
9 hasta hoy es el que tiene[170]. Fue por su culpa, al parecer, por la

[166] Esta crítica de la actitud de la Liga Aquea con Mantinea, que Plutarco luego trata de justificar, deriva de FILARCO. POLIBIO (II 56-8) denuncia especialmente el tratamiento dramático y sensacionalista que hace de esta toma de la ciudad. *Cf.* también PLUT., *Cleóm.* 23, 1; POL., II 54, 11-12.

[167] POLIBIO en su larga crítica a FILARCO (II 56-8 = *FGrHist* 81 F54) aclara un poco más el sentido de esa represalia que menciona el texto. Los mantineos habían traicionado continuamente a la Liga Aquea, entregando su territorio ya fuera a la Liga Etolia, ya fuera a Cleómenes. Cuatro años antes de la campaña de Antígono Dosón, Arato había ocupado la ciudad, pero de una manera pacífica con una guarnición y después de invitarlos a unirse de nuevo a la Liga Aquea. Los mantineos poco después acabaron con los soldados de esa guarnición. Polibio *(loc cit. infra* en esta nota) juzga esa acción como «la mayor impiedad», «el más atroz y más grande acto de traición» con el que «violaron las leyes más reconocidas por los hombres».

[168] Fragm. 266 Bergk.

[169] Por undécima vez en el año 224-225 a. C.

[170] El desastre de Mantinea y la fundación de *Antigoneia-Mantinea* están narrados con más detalle en POLIBIO. *Cf.* II 56, 6; 58, 4-15. PAUSANIAS, sin embargo, dice que fueron los propios mantineos los que quisieron adoptar ese nombre. *Cf.* VIII 8, 11. Plutarco escribe esta vida en época de Trajano. Según

que el nombre de la «querida Mantinea» [171] fue por todas partes abolido, perpetuándose, sin embargo, el nombre de los que la destruyeron y acabaron con sus ciudadanos.

A continuación, Cleómenes, derrotado en una gran batalla 46 en los alrededores de Selasia[172], abandonó Esparta y navegó rumbo a Egipto[173]. Antígono, por su parte, después de haberse comportado de una manera justa y generosa con Arato, se volvió a Macedonia, y allí enfermó y, enviando enseguida al Pelo- 2 poneso al sucesor al trono, Filipo, que aún no era más que un muchacho[174], le instó a que escuchara sobre todo a Arato y que, a través de aquél, tratara de ganarse las ciudades y el reconocimiento de la Liga Aquea. Arato, tomando bajo su cargo a Fili-

PAUSANIAS (VIII 8, 11-12) no recuperaría el nombre de Mantinea hasta época de Adriano, en el 125 d. C. *Cf.* también PLIN., *Historia Natural* IV 6, 20.

[171] Un epíteto homérico. *Cf. Ilíada* II 607.

[172] Selasia se encontraba en Laconia, a orillas del río Eunte, afluente del Eurotas, en un valle entre las dos colinas del Evas y el Olimpo. Selasia era una importante vía de comunicación entre Tegea, Argos y Esparta. La batalla se celebró en el 222 a. C. y fue el fin de Cleómenes, que tuvo que dejar Esparta a manos de Antígono. Si apenas hace referencia Plutarco a esta batalla tan importante es porque Arato apenas participa. Sí lo hace, y destacadamente, el otro héroe de la Liga Aquea, Filopemén: durante esta batalla fue herido con una lanza que le atravesó ambos muslos, pero se obligó a seguir caminando y rompió esa lanza. Su coraje le valió el aprecio del rey Antígono Gonatas. *Cf.* POL., II 65-69; PLUT., *Cleóm.* 27-29; *Filop.* 6; PAUS., II 9, 2; III 10, 7; VI 29, 9; VII 7, 4; VIII 27, 15-16.

[173] Cleómenes salió desde Gitión, el puerto más cercano de Esparta, y se dirigió a Egipto donde fue acogido por Tolomeo III Evérgetes que le prometió ayuda, pero, poco después, en el 221 a. C., este rey muere. Tolomeo IV Filopator sucedió a su padre y recluyó a Cleómenes acusado de conspiración. Consigue escapar y, en un intento desesperado, incitó a la población de Alejandría a rebelarse. No tuvo éxito y en el 220 a. C. decidió suicidarse junto con sus amigos. Su madre, sus hijos y el resto de sus familiares y amigos fueron ejecutados poco después. *Cf.* PLUT., *Cleóm.* 32-38.

[174] En el 221 a. C., momento en el que sucede a Antígono Dosón, tenía sólo diecisiete años. *Cf.* POL., IV 5, 3.

3 po, lo trató de tal manera que se volvió para Macedonia guardando mucho cariño hacia él y lleno de admiración y pasión por los asuntos de Grecia.

47 A la muerte de Antígono[175], los etolios, que despreciaban a los aqueos por su indolencia —pues decían que los aqueos teníanla costumbre de estar a salvo gracias a otros que les echaban una mano y que, al ir al abrigo de las tropas macedónicas, iban con mucha desidia e indisciplina[176]—, se metieron en los asuntos
2 del Peloponeso[177] y en su camino aprovecharon para saquear Patrás y Dime[178] y después atacaron Mesenia y acabaron con ella.
3 Como Arato estaba preocupado por la situación y veía que el que era entonces estratego de la Liga Aquea, Timoxeno, vacilaba y dejaba pasar el tiempo porque estaba a punto de terminar su mandato como estratego, él mismo, al ser designado para sucederlo, tomó posesión del cargo cinco días antes para poder
4 ayudar a los mesenios[179]. Pero aunque reunió a los aqueos, al no estar éstos entrenados ni tener la mente puesta en la guerra, cayó derrotado en Cafias[180].
5 A pesar de haber dado la impresión de que llevaba las operaciones militares con extremada pasión, sin embargo después se apagó su fuerza y abandonó hasta tal punto la empresa y sus esperanzas que él, incluso aunque los etolios ofrecieron la oca-

[175] Poco después de enfermar, en el mismo año.

[176] El mismo juicio en POL., IV 7, 6-7.

[177] Es la llamada «guerra de los aliados», pues anteriormente la Liga Aquea y la Liga Etolia habían sido aliadas. Las relaciones entre ambas no eran muy buenas: recuérdese que no habían colaborado con Arato contra Cleómenes, pero tampoco incluso facilitaron a Antígono Dosón, que acudía en ayuda de Arato, el paso por el desfiladero de las Termópilas. *Cf.* POL., II 52, 8.

[178] POLIBIO (IV 7, 2) menciona Patrás y Feras.

[179] El mismo detalle de los cinco días aparece en POL., IV 7, 10.

[180] Cafias era una ciudad en el norte de Arcadia. Esta derrota también está narrada por Polibio. *Cf.* POL., IV 11-12.

sión de atacar, se quedó quieto y les permitió que pasaran al Pe-
loponeso, como si estuvieran en una fiesta, con mucha audacia
e insolencia. Los aqueos, extendiendo enseguida sus manos a 6
Macedonia, llamaron a Filipo y le pidieron que se ocupara de
los asuntos griegos con la esperanza de que, por su buena rela-
ción con Arato y la confianza depositada en él, fuera más fácil
de trato y más manipulable.

Al principio, como Apeles, Megaleo[181] y algunos otros cor- 48
tesanos[182] calumniaban a Arato, el rey sostuvo convencido el
partido contrario al de Arato e indujo a la Liga Aquea a que eli-
giera a Eperato como estratego[183]. Pero como los aqueos despre- 2
ciaban totalmente a aquel otro[184], al no estar ya Arato ocupado
en asuntos de Estado, no salía nada de provecho, por lo que Fi-
lipo reconoció que se había equivocado completamente. Se vol-
vió de nuevo al lado de Arato, se puso por entero al servicio de 3
él, y viendo que sus asuntos prosperaban en poder y reputación,
se hizo absolutamente dependiente de este hombre, como si sólo
a través de él hubiera prosperado y aumentado su gloria.

El parecer de todos era que Arato no sólo era un buen maes- 4
tro para la democracia, sino que también había sido un buen pre-
ceptor para la monarquía, pues su buen criterio y su carácter en-
contraban un esplendoroso reflejo en las acciones del rey. En 5
efecto, la moderación que mostró el joven ante los lacedemonios
que eran culpables[185], el trato que tuvo con los cretenses, me-

---

[181] Según Polibio (IV 76, 1 y 87, 8-9) Apeles era uno de los tutores de Filipo V de Macedonia y Megaleas era su secretario. Ambos eran enemigos de Arato.

[182] Otros tutores que conformaban un consejo de regencia eran un tal Leoncio (Pol., IV 87, 8), Crinón (V 15, 7) y Tolomeo (V 25, 1).

[183] Eperato fue elegido estratego en 218-217 a. C. *Cf.* Pol., IV 82, 8.

[184] Coincide en ese juicio negativo con el propio Polibio. *Cf.* V 1, 7; 30, 1.

[185] Esparta había sido conquistada por Antígono Dosón en 222 a. C., pero intentó liberarse del yugo macedonio con ayuda de la Liga Etolia en el año 220 a. C. *Cf.* Pol., IV 22-24.

diante el cual se ganó la amistad de toda la isla en pocos días[186], la campaña militar contra los etolios que se llevó a cabo con admirable energía[187], hicieron que fuera famosa la obediencia de Filipo a Arato y el buen criterio de este último en sus consejos.

6 Los cortesanos, que por esta causa sentían envidia de él, pero no podían conseguir nada intrigando contra él mediante secretas conspiraciones, se pusieron a insultarlo públicamente y a vilipendiarlo en los banquetes con mucha sorna e insolencia. Una vez
7 incluso llegaron a perseguirle lanzándole piedras tras un banquete, hasta que llegó a su tienda. Filipo, indignado por este suceso, les multó con veinte talentos y después, al ver que malograban sus propios asuntos y alborotaban en exceso, los mandó matar[188].

49 Sin embargo, en cuanto Filipo se vio encumbrado con una suerte favorable a sus asuntos, crecieron en él sus muchas y grandes pasiones y su innata maldad, pues destruyó y se arrancó la máscara que ocultaba su verdadera naturaleza, y poco a poco desnudó y reveló cuál era su verdadero carácter[189]. Primero, en pri-
2 vado, ultrajó al joven Arato quitándole a su mujer y durante mucho tiempo ocultó la relación, pues él estaba en su casa, como su

---

[186] Se trata de un enfrentamiento que dividió la isla de Creta en dos bandos distribuidos en torno a la ciudad de Cnosos y la ciudad de Lito. La Liga Etolia apoyaba a Cnosos y Lito buscó el apoyo de la Liga Aquea. Filipo V actuó de intermediario y consiguió llenar la isla de mercenarios para dominarla. *cf.* Pol., IV 53-55; VII 11, 9.

[187] Arato fue el que animó a Filipo (Pol., V 5, 8) para que emprendiera esta campaña en el 218 a. C. Se trata de la «guerra de los aliados» que duró tres años (220-217 a. C.) y que Polibio narra en los libros IV y V. Filipo V llegó hasta Termo, la capital federal de la Liga Etolia, y la destruyó.

[188] Plutarco puede que se esté refiriendo a la llamada «conjura de Apeles», una crisis del consejo de gobierno causada por la mayoría de edad de Filipo V. Filipo consiguió imponerse y los condenó a muerte; *cf.* Pol., V 15-16; 25-28.

[189] Un parecido retrato de Filipo V se encuentra en Polibio, X 26; destacando especialmente la lubricidad de este personaje que luego causará disgustos al propio hijo de Arato.

huésped[190]. Después, se mostró rudo con las ciudades griegas y entonces ya se vio claro que se quería librar de la tutela de Arato.

Las primeras sospechas surgieron con lo que ocurrió en Me- 3
senia: mientras ellos se encontraban, en efecto, sumidos en un conflicto, Arato llegó tarde en su ayuda, mientras que Filipo,
yendo un día antes, se puso a indisponer a los ciudadanos unos 4
contra los otros, yendo por un lado a preguntar por separado a los estrategos de los mesenios si no tenían leyes con las que someter al pueblo, y por otro lado preguntando, de nuevo separadamente, a los representantes del pueblo, si no tenían manos con las que lanzarse contra los que los estaban tiranizando. Como consecuencia de esta actuación, totalmente desatados,
los arcontes quisieron emprenderla contra los demagogos, pero 5
aquéllos, lanzándose al ataque unidos al pueblo, mataron a los arcontes y casi a otros doscientos[191].

Ante este escandaloso comportamiento de Filipo, pues ha- 50
bía conseguido enfrentar aún más a los mesenios los unos contra los otros, Arato, en cuanto llegó, mostró claramente su enfado y no impidió a su hijo que lanzara amargos reproches e
injurias contra Filipo[192]. Pero el jovencito, que al parecer ama- 2
ba a Filipo, le dijo entonces que por lo que él había hecho ya no le parecía tan bello, sino que era el más feo de todos los hom-

---

[190] Ya vimos al joven Arato como rehén en la corte macedónica. La mujer de Arato el Joven se llamaba Policratia y pertenecía a la familia de Polícrates, uno de los ciudadanos más nobles de Argos. Fue seducida y consintió en ser llevada a Macedonia con la esperanza de convertirse en reina, aunque fueron muchas otras las mujeres víctimas de la lujuria de Filipo V. *Cf.* Pol., V 64, 6 y también Liv., XXVII 31, 8; XXXII 21, 24. Arato también participó en política, al lado de su padre, siendo estratego de la Liga Aquea en 219-218 a.C., *cf.* Pol., IV, 37, 1.

[191] Esto ocurrió en el año 215 o el 214 a. C. y se encuentra narrado por Polibio (VII 10-14).

[192] *Cf.* Pol., VII 12, 9.

3 bres. Filipo no le contestó, aunque se le escuchaba gruñir de cólera mientras el otro hablaba, y a Arato padre, para dar a entender que soportaba tranquilamente sus palabras y era alguien por naturaleza más civilizado y tranquilo, se lo sacó del teatro[193] cogiéndolo de la mano diestra, y se lo llevó en dirección a Itome, para hacer un sacrificio a Zeus[194] y examinar la zona.

4 Este lugar, ciertamente, no estaba menos fortificado que el Acrocorinto y, si además estaba en manos de una guarnición, era un lugar de difícil acceso e inexpugnable para las poblacio-
5 nes de alrededor. Tras subir y hacer el sacrificio, el adivino se presentó con las vísceras del buey. Filipo las tomó con ambas manos, se las mostró a Arato y a Demetrio de Faros[195], mientras se iba inclinando de un lado a otro hacia cada uno de ellos y les iba preguntando qué era lo que podían ver en las vísceras, sobre si se apoderaría de la ciudadela de Mesenia o se la devolvía a
6 los mesenios. Demetrio dijo entre risas: «Si tienes el valor de un adivino, deja el lugar, pero si tienes el valor de un rey, coge el toro por los cuernos», refiriéndose al Peloponeso, como si, al juntar Itome con el Acrocorinto, ya estuviera todo el territorio de Grecia totalmente en sus manos y a su servicio.

7 Arato se mantuvo callado durante mucho tiempo y después, ante la insistencia de Filipo de que declarara su parecer, contestó: «Muchas son, Filipo, las montañas de Creta y muy grandes; muchas las ciudadelas que se encuentran en Beocia y que tam-

[193] El teatro de Mesenia se encuentra en la pendiente del monte (PAUS., IV 32, 6), por el que se asciende a la acrópolis.

[194] Es el templo de Zeus Itomatas, según cuenta PAUSANIAS (IV 3, 9; 33, 1-2) se encontraba efectivamente en la cima de la acrópolis de Mesenia.

[195] Demetrio de la isla de Faros había colaborado con los romanos en la Primera guerra ilírica, pues el territorio de la isla había quedado en manos de esta tribu (POL., II 11); después se alió con Antígono Dosón para participar en Selasia (POL., II 65, 4; 66, 5) e intentó, contando con esta alianza, atacar el protectorado romano de Iliria. Al ser derrotado, volvió a la corte de Filipo V (POL., III 16-19).

bién pueblan el territorio de Focea; son muchos los lugares que
en Acarnania, ya sea en el interior como en la costa, tienen ad-
mirables fortificaciones, pero tú no has capturado ninguna de
éstas, sino que todas obedecen tus órdenes voluntariamente. 8
Podrá haber ladrones que vaguen por rocas y precipicios, pero
no hay nada más seguro y más sólido para un rey que el afecto
y la confianza que en él se depositan. Es eso lo que te abre el 9
mar de Creta, lo que te abre el Peloponeso, y gracias a esto es
como tú, a tu edad, te has convertido en gobernante de unos y te
has impuesto como el señor de todos ellos». Apenas acabó de
decir esto, Filipo devolvió las vísceras al adivino, y cogiendo de
la mano a aquél, le dijo: «Ea, vayamos pues por ese camino», 10
como si él le hubiera obligado a abandonar la ciudad.

Arato frecuentaba cada vez menos el palacio y, poco a 51
poco, iba dejando de verse tanto con Filipo, como ocurrió en
esa ocasión en la que Filipo pasó al Epiro y le pidió que cola-
borara en la expedición, pero él se negó y no se movilizó por el
temor de ganarse una mala reputación con su participación.
Cuando, en efecto, Filipo se tuvo que volver al Peloponeso, 2
tras perder vergonzosamente todas las naves ante Roma y ha-
ber fracasado por completo en sus empresas[196], trató de apode-
rarse de Mesenia con un engaño pero, al ser descubierto[197], re-
currió sin ambajes a la violencia y saqueó la región. Arato se
desmarcó totalmente de él y se puso en su contra, sobre todo 3
porque ya se había enterado de sus pecados de alcoba y estaba
él mismo afectado por esta situación, pero no le dijo nada a su

[196] Aliado de Aníbal Barca, en el año 214 había intentado atacar el protectorado de Iliria, pero fue derrotado por M. Valerio Levino, quemó sus naves y volvió a Macedonia por tierra. *Cf.* Liv., XXIV 40, 1-17.

[197] En esa tentativa participó Demetrio de Faros y perdió en Mesenia la vida. *Cf.* Pol., III 19, 1; y también, para el saqueo de Mesenia, Pol., VIII 8, 1-2; 12, 11.

hijo, pues no le quedaba otra que, al enterarse, guardarse su enfado, porque no podía vengarse.

4 Parece increíble que sea tan grande y tan inesperado el cambio que tuvo Filipo, pasando de ser un rey prudente y un joven sensato a un adulto disoluto y un tirano funesto. Pero esto no se trata de un cambio de carácter, sino de la forma de expresar su personalidad, ya que ahora se sentía seguro en su impunidad, porque era por miedo por lo que antes se había ocultado.

52 En efecto, su comportamiento con Arato demuestra que el afecto que le tenía a Arato desde un principio estaba acompañado de respeto y temor: aunque estaba decidido a acabar con
2 él, ya que consideraba que no sería un hombre libre mientras él viviera, ni aun como tirano o rey, no lo intentó violentamente,
3 sino que mandó que Taurino, uno de los estrategos y amigo suyo[198], lo hiciera secretamente, preferiblemente con venenos, una vez que él estuviera ausente.

Taurino se convirtió en un hombre de confianza de Arato y le dio un veneno, que no era violento ni fulminante, sino que era de los que al principio provocan en el cuerpo fiebres que debilitan y toses débiles, hasta que así, poco a poco, llevan a la perdición. Sin embargo, no pasó esto inadvertido a Arato, pero
4 como no habría servido de nada denunciarlo, soportó en silencio y con calma el sufrimiento, como si se tratase de una enfermedad común y ordinaria. Sólo ante la presencia de uno de sus parientes en la habitación, cuando le vio preocupado mientras iba expulsando sangre, le dijo: «Esto, Cefalón, es la recompensa por mi amistad con los reyes».

53 Así acabó su vida en Egio, cuando era estratego por decimoséptima vez[199]. Querían honrarlo los aqueos con una tumba

---

[198] Taurino ya en época de Antígono Dosón había sido encargado del control del Peloponeso. *Cf.* Pol., IV, 6, 4.

[199] En 213-212 a.C., aunque, al parecer, Plutarco se equivocaría en su

y un monumento digno de la vida de este hombre. Sin embargo, los sicionios consideraron que era una ofensa que no se enterrara su cuerpo en su tierra natal y convencieron a los aqueos para 2 que enviaran el cuerpo. Pero existía una ley antigua, a la que se añade una creencia popular aún más fuerte que esa ley, que considera que no se debe enterrar a nadie dentro de las murallas de una ciudad, y, por ello, enviaron a Delfos una delegación para que preguntara a la Pitia. Y ella les contestó con este oráculo:

¿Dudas, Sición, en honrar al señor de esta tierra, Arato, 3
con sacrificios y fiestas que tu salvación recompensen?
Pues molestar, como ser molestado por este varón,
es un sacrilegio en el cielo, en la tierra, incluso en el mar[200].

Cuando les llegó el oráculo, todos los aqueos se alegraron, 4 y de una manera especial los sicionios, que cambiando enseguida su pena en gozo, coronaron sus cabezas y se adornaron con blancas vestiduras para llevar a la ciudad el cadáver desde Egio, acompañándolo con una procesión de coros y peanes. Y tras elegir un lugar visible, lo enterraron con los honores de un fundador y salvador de su patria.

Hasta hoy, este lugar se llama *Arateion*, y hacen sacrificios 5 en su honor. Uno de estos sacrificios se realiza en el día en el que liberó a la ciudad de la tiranía, en el día quinto del mes de *Desio*, que los atenienses llaman el mes *Antesterio*[201] y este sacrificio se

---

cálculo considerando que Arato fue estratego de la Liga Aquea por decimoséptima vez.

[200] Se cree que entre el verso segundo y el tercero hay una laguna de consideración. *Cf.* H. W. Parke-D. E. W. Wormell, *The Delphic Oracle I*, Oxford, 1956, pág. 260; *The Delphic Oracle II*, pág. 145.

[201] El mes de *Antesterion* en el calendario ateniense cae entre los meses de febrero-marzo. Por tanto, la referencia al mes *Desio* debe tratarse de una referencia al calendario de Sición, porque el propio Plutarco hace referencia a un

llamaba *Soteria*; y el otro en el mes en el que se cuenta que na-
ció. El primer sacrificio se ofrece por parte del sacerdote de *Zeus*
6 *Soter*[202] y el segundo por parte del sacerdote encargado del culto
de Arato, que lleva una venda no completamente blanca, sino
con una banda de color púrpura. Se cantan canciones con la cíta-
ra por parte de los artistas de Dioniso[203], el gimnasiarca participa
en la procesión guiando a los niños y a los efebos, después vie-
nen los miembros del consejo portando coronas y, luego, quien
quiera del resto de los ciudadanos. Todavía quedan algunos ves-
tigios de esos sacrificios que se hacían en aquellos días, pero
7 ahora la mayoría de estos honores que se le tributaban han que-
dado obsoletos con el tiempo y las circunstancias adversas[204].

54 Así es como vivió el anciano Arato y tal fue el carácter de
2 este hombre, como se cuenta. Al hijo de Arato, Filipo, que era
por naturaleza un criminal cruel y violento, no con venenos
3 mortales, sino con uno que inducía a la locura, le quitó la razón
y le provocó así terribles y extravagantes manías: en efecto de-
seaba con tal pasión cometer acciones disparatadas y vergonzo-
samente funestas, que la muerte para él, aunque era un hombre
joven que se encontraba en la flor de la vida, fue una liberación
de sus males y una salvación, más que una desgracia[205].

---

mes *Desio* para el mes de mayo (*cf.* PLUT., *Cam.* XIX; *Alej.* 16), pero éste es un mes del calendario macedonio.

[202] *Zeus Soter* o «salvador».

[203] Es decir, por actores, que desde época de Alejandro Magno se habían ido profesionalizando y se habían agrupado por gremios bajo la advocación de Dioniso, dios relacionado con las fiestas teatrales.

[204] PAUSANIAS (II 8, 1; 9, 4) describe el *Arateion* y comenta que se le consideraba hijo de Asclepio (II 10, 3; IV 14, 8) y, en efecto, se conserva una inscripción (*IG* IV^2 1, 622) dedicada en su honor en el *Asclepeion* de Epidauro.

[205] Arato el Joven murió en el año 198 a. C., no mucho después de su padre Arato el Viejo. *Cf.* LIV., XXXII 21, 23.

Filipo acabó pagando las ofensas causadas a Zeus protec- 4
tor de los viajeros y amigos, pues, vencido por los romanos, 5
tuvo que rendirse a ellos totalmente, y, además, al entregarles su reino, se vio privado de todas las naves excepto cinco, tuvo que pagar una multa de más de mil talentos, dio incluso a su hijo como rehén y todo eso para que simplemente le permitieran conservar Macedonia y las regiones que dependían de ella[206].

Sin embargo, siguió matando a los mejores y más valerosos 6
de sus súbditos, llenó todo su reino de terror y de odio contra él.
Sólo en una sola cosa entre tantos males había tenido fortuna, y 7
fue en su hijo, que destacaba por su virtud. Pero Filipo, por envidia y celoso por los honores que le tributaban los romanos[207], lo acabó matando[208].

---

[206] Plutarco se refiere a la segunda guerra macedónica (200-197 a. C.) en la que Filipo V fue derrotado en la batalla de Cinoscéfalas por Tito Flaminio, guerra narrada especialmente por TITO LIVIO en los libros XXXI-XXXIII y el libro XVIII de POLIBIO. Además de todo lo que comenta en este pasaje, en el 196 a.C. fue declarada de manera solemne y durante los juegos ístmicos la liberación de Grecia por Flaminio.

[207] Demetrio, el hijo de Filipo V de Macedonia, había estado en Roma como rehén (hecho al que también alude Plutarco en esta vida) desde el año 197 al 191 a.C. y luego fue enviado como embajador ante Roma en el año 184 a.C., donde fue recibido benévolamente. *Cf.* POL., XXII 13-15; XXIII 1-3; LIV., XXXIX 46, 6-48, 1.

[208] PAUSANIAS (VIII 12, 2) informa que Demetrio, el hijo mayor de Filipo, también murió envenenado, aunque dice que fue Perseo el que suministró la pócima. La táctica que utiliza Filipo V para acabar con Arato de Sición y con Arato el Joven es el veneno. Es la táctica favorita de este rey macedonio para acabar con sus enemigos políticos, especialmente en los banquetes. Filipo V intentó matar también a Filopemén de Megalópolis (PLUT., *Filop.* 12; PAUS., VIII 50, 4) y mató también así a Euriclides y Mición de Atenas (PAUS., II 9, 5; VII 7, 5) y ordenó en el año 182 a.C. (POL., XXIII 10; LIV., XL 3-4) la deportación de familias enteras y la muerte de los hijos de sus enemigos políticos a los que también había asesinado.

Perseo, su otro hijo, fue nombrado como su heredero al trono, pero se decía que no era hijo legítimo, sino bastardo, nacido
8 de una cocinera que se llamaba Gnatenión. Emilio Paulo consiguió triunfar sobre él y así terminó la dinastía de los Antigónidas[209]. Sin embargo, la estirpe de Arato aún ha llegado hasta nosotros en Sición y Pelene[210].

[209] Perseo nació en el año 213 a. C., subió al trono en el año 179 a. C. y fue derrocado en el 168 a. C. tras sufrir una derrota en Pidna ante Roma en la tercera guerra macedónica (171-168 a. C.). Perseo murió años después. *Cf.* Diod., XXXI 9, 5; *FGrHist* 260, F3, 18 (Porfirio) Macedonia pasa a ser dividida en cuatro repúblicas independientes hasta el año 148 a. C., en el que se decide, tras la revuelta de Andrisco (un usurpador que se proclamaba hijo bastardo de Perseo), incorporar Macedonia como provincia del naciente imperio romano. La historia de Perseo como hijo de una cocinera argiva (también. Plut., *Em. Paul.* 8) aparece en Plutarco como un elemento difamatorio. Se ha pretendido que Perseo era hijo incluso de Policrateia, la adúltera esposa de Arato el Joven. Al menos, Polibio (XXXIII 3, 7 y 40, 11) asegura que Perseo era hijo legítimo de Filipo V.

[210] Probablemente sea un nieto de Arato el mencionado por Polibio como embajador de la Liga Aquea en el año 180 a. C. ante Tolomeo V y luego como embajador ante Roma. *Cf.* Pol., XXIV 6, 3 y 6; 8, 8. Recuérdese además que la *Vida de Arato* está dedicada a Polícrates, un descendiente de Arato.

ARTAJERJES

El primero en tener el nombre de Artajerjes era hijo de Jerjes y destacó entre los reyes persas por su magnanimidad y su dulzura, recibiendo el sobrenombre de «Longimano», porque tenía la mano derecha más grande que la izquierda[1]. El segundo, del que escribimos esta historia, con el sobrenombre de Mnemón[2], era, en cambio, vástago de la hija de aquél[3]. De Da- 1 2

[1] Artajerjes I reinó del 465 al 424 a. C. y era hijo del famoso Jerjes I que invadió Grecia. Este sobrenombre de «Gran Mano» aparece en otros autores. *Cf.* NEP., *Sobre los reyes* I 3, 4 *(Macrochir* en transliteración del griego al latín); ESTRAB., XV 3, 21; PSEUD.-PLUT., *Máximas de reyes y generales* 173D; AMMIAN. MARC., XXX 8, 4.

[2] «De una buena memoria», sobrenombre que traduce directamente el persa Abiâtaka; *cf.* NEP., *Sobre los reyes* 1, 3, 4; ELIAN., *VH*, 1, 32; PSEUD.-PLUT., *Máximas de reyes y generales* 173f; PLUT., *Mar.* 1, 5.

[3] Plutarco simplifica la cuestión del traspaso de poder de Artajerjes I a Darío II para, lógicamente, entrar lo antes posible en la vida de Artajerjes II y su entorno familiar. En el 465 a. C., subió al poder el heredero legítimo de Artajerjes I, Jerjes II, pero fue asesinado a los cuarenta y cinco días. Tomó el poder su hermanastro *Sekyndianós* (Sogdiano), hijo bastardo de Artajerjes I con la concubina Alogune, que reinó seis meses y catorce días. Oco, que era hijo bastardo de la concubina Cosmartidene y sátrapa de Hircania, organizó un complot con otros sátrapas y eunucos de la corte y destronó a *Sekyndianós*, adoptando el nombre de Darío II. *Cf.* *FGrHist*, 688, F15, 47-59 (CTESIAS DE

río y Parisatis[4], en efecto, nacieron cuatro hijos: el más joven
3 era Artajerjes, Ciro iba después de él y luego los más jóvenes, Ostanes y Oxartes[5]. Ciro tomó el nombre de su antepasado Ciro el Viejo y dicen que aquél lo tomó, a su vez, de la palabra «sol»,
4 pues Ciro es el nombre que recibe el «sol» en persa[6]. Artajerjes se llamó primero Arsaces. Lo cierto es que Dinón[7] dice que se llamaba Oarse, pero no resultaría lógico que Ctesias[8] ignorase el nombre del rey, del que estuvo a su servicio, pues estuvo cuidando de él, de su mujer, de su madre y de sus hijos; aunque, por otra parte, también introduzca historias increíbles y paradójicas en sus libros[9].

CNIDO). Esto es un ejemplo de las crisis de sucesión que eran comunes en Persia y que encontraremos a lo largo de este relato.

4 Parisatis y Darío II eran hermanastros, hijos de distintas concubinas del rey, pero hijos ambos de Artajerjes I. Darío II reinó del 424 a. C. al 405 a. C., rodeado de eunucos que eran sus consejeros (Artoxares, Artibazarnes y Atoos), pero especialmente apoyado por su mujer, que mantendrá su influencia en la corte en el reinado de su hijo. Ctesias del Cnido parece estar muy influido por el testimonio de Parisatis en la composición de sus historias. *Cf. FGrHist,* 688, F15a, 51 (CTESIAS DE CNIDO).

5 JENOFONTE *(Anábasis* 1, 1) sólo menciona a dos hijos de Parisatis y Darío II: Artajerjes y Ciro. Ctesias del Cnido *(FGrHist,* 688, F 15a, 51) los llama, sin embargo, Artostes y Oxendra, pero DIODORO SÍCULO (XVII 5, 5) sí que menciona a Ostanes como el hermano de este Artajerjes y como padre de Darío III. Oxartes se ha identificado con un Osiarte mencionado en ATENEO *(Banquete de los eruditos,* 13, 609 a-b).

6 Esta etimología proviene de CTESIAS DE CNIDO *(FGrHist,* 688, F 15, 49).

7 *FGrHist,* 690, F14.

8 *FGrHist,* 688, F15a.

9 CTESIAS DE CNIDO (siglos V-IV a. C.) y sus *Persiká* es, junto con JENOFONTE y la *Anábasis,* la principal fuente de Plutarco para la vida de Artajerjes. Era hijo de un médico del Cnido llamado Ctesíoco, de la familia de los Asclepiadas (de la que formaba también parte Hipócrates; *cf.* GAL., *In Hipocratis librum de articuli* IV 40). Algunas fuentes (DIOD., II 32, 4; TZET., *Chil.* I 85-9) comentan que Ctesias era un prisionero de guerra que había combatido del lado

Ciro, ya desde su más tierna edad, mostraba su carácter vigoroso y potente, pero el otro hermano parecía que era más débil para todo y de una naturaleza más suave en sus impulsos. 2
Artajerjes tomó una mujer buena y bella, tal como se lo ordenaron sus padres, pero se quedó con ella después, contra el parecer de aquéllos[10]. De hecho, tras haber mandado matar al hermano de su mujer, el rey quería también matarla a ella, pero Arsaces logró convencer a duras penas a su madre, a base de ruegos y muchas lágrimas, para que finalmente no la mataran y no le separaran de su mujer[11]. 2

Sin embargo, la madre tenía como preferido a Ciro al que quería ver como rey[12]. Por ello, cuando el padre se puso enfermo, Ciro, que había sido mandado llamar desde la costa, vino 3

de Ciro y que luego en la corte de Artajerjes II estuvo como médico de la familia real durante catorce años. Su obra trata de las antigüedades persas, desde la época de Nino y Semíramis, época que conoció rebuscando en los archivos reales (Diod., II 32, 4), hasta la época en la que él vivió en la corte de Artajerjes II.

[10] La esposa que tomó Artajerjes II se llamaba Estatira. Plutarco la nombrará después en esta vida.

[11] Plutarco, con su resumen, no aclara en absoluto las circunstancias por las que Darío II y Parisatis casan a su hijo con Estatira y después intentan anular ese matrimonio. La historia es la siguiente: Darío II había hecho un pacto de familia con el noble Idarnes, casando a su hijo Arsaces con Estatira, la hija de Idarnes, y, a su vez, a su hija Amestris con Terituchmes, también hijo de Idarnes. Terituchmes, enamorado de su hermanastra Roxana, mata a Amestris, metiéndola en un saco y haciendo que los soldados lancen sus flechas contra ella. Después organiza un complot con trescientos hombres contra el rey. Udiastes, el padre de Mitrídates (el que acaba con Ciro, *cf.* 11), acaba con la conspiración y mata a Terituchmes, por orden de Darío II, y Parisatis manda ejecutar a Roxana, a su madre y al resto de los hermanos. Sólo se salva Estatira por los ruegos de Arsaces. Estatira apreciará a Mitrídates por haber desaprobado la venganza contra la familia de Idarnes, pero eso sólo le servirá para encender más aún las iras de Parisatis. *Cf. FGrHist,* 688, F 15b, 55-6; F17, 61 (Ctesias de Cnido).

[12] Este mismo hecho aparece destacado en la *Anábasis* de Jenofonte. *Cf. Anáb.* I 14.

4 con la esperanza de que lo designaran heredero del trono gra-
cias a los manejos de ella. Lo cierto es que Parisatis tenía un
brillante argumento (del que se sirvió el anciano Jerjes también,
por consejo de Demarato[13]) que consistía en decir que, cuando
ella parió a Arsaces, Darío era un simple ciudadano y que,
5 cuando parió a Ciro, ya era rey. Sin embargo, Parisatis no con-
siguió convencer a Darío, sino que el mayor fue designado rey,
adoptando el nombre de Artajerjes, y Ciro fue designado sátra-
pa de Lidia y comandante en jefe de los ejércitos de los territo-
rios de la costa[14].

3 Poco después de que muriera Darío, el rey se marchó a Pa-
sargade[15], para que se celebrara, oficiada por los sacerdotes
2 persas, la ceremonia de la coronación. Existe allí un templo de
una diosa guerrera que se asemejaría a Atenea. Es necesario
que el que va a participar en la ceremonia, al entrar en él, se
quite el propio vestido para tomar el mismo manto que llevaba
el antiguo Ciro el Grande antes de ser nombrado rey, y debe,
además, comer un pastel de higo, masticar terebinto[16] y beber

[13] Demarato fue rey de Esparta y, despojado de su poder real, se exilió y se fue a Persia. Demarato le aconsejó a Jerjes que hiciera valer sus derechos ante su hermano mayor, Artobazarnes, ambos hijos de Darío I y Atosa, haciendo destacar el hecho de que él era hijo de Darío I, ya como rey, y que Artobazarnes había nacido cuando aún no lo era. *Cf.* HERÓDOTO, VII 3.

[14] El resto de las fuentes no concuerdan con Plutarco. Ciro había sido designado ya sátrapa de Lidia, antes de que el propio Darío II hubiera muerto en el 404 a.C. (JENOFONTE, *Anáb.* I 1, 2-3; DIOD., I 12, 8; IUST., V 1, 1; 11, 2); y fue el propio Darío el que llamó a su hijo Ciro para expresar su última voluntad (JENOFONTE, *Anáb.* I 1, 1; *Hel.* II 1, 13), mientras que Artajerjes ya estaba presente junto al padre.

[15] La primitiva capital de Persia en la Antigüedad. Allí, según PLUTARCO (*Alejandro*, 69, 3-5), estaba enterrado Ciro el Grande. Ciertas reliquias, como vamos a ver más adelante, se custodiaban allí.

[16] *Terebinto* (o *terminthos* o *termintha*) es, según los escolios al texto, una planta similar al lino.

un vaso lleno de leche ácida[17]. Si son otros los ritos en vez de éstos, lo desconozco.

Artajerjes estaba ya preparado para cumplir con este rito, 3
cuando llegó Tisafernes[18] ante él, junto a uno de los sacerdotes, precisamente el que había sido el encargado de dar a Ciro la educación que se acostumbra a dar a los niños[19] e incluso le había enseñado la magia y parecía que no estaba menos dolido que el resto de los persas, por el hecho de que Ciro no hubiera sido designado rey. Por esta razón se le creyó cuando denunció
a Ciro. Le acusó, en efecto, de querer tender al rey una embos- 4
cada en el templo, para lanzarse sobre él y matarlo, en cuanto se quitara el traje. Unos dicen que se arrestó a Ciro por esta ca-
lumnia, pero otros cuentan que Ciro se había escondido en el 5
templo y que fue descubierto por un sacerdote.

Estando Ciro a punto de ser ejecutado, la madre fue a abra- 6
zarlo, le cubrió con los bucles de sus cabellos, colocó su cuello junto al suyo y, entre muchos lamentos y súplicas, acabó por conseguir la gracia del perdón. Envió a Ciro después a la costa, desde donde él, sin conformarse con el poder que allí ostentaba y siempre teniendo presente no tanto la imagen de su liberación, como la de su arresto, reclamó más lleno de rabia que antes el poder real[20].

---

[17] El término griego *oxugálaktos* es también un término específico para algún tipo de requesón.

[18] Sátrapa de la Jonia.

[19] Sobre la educación en el mundo persa, *cf.* JENOFONTE, *Cir.* I 2, 2-9; *Anáb.* I 9, 3-4.

[20] Fuentes más antiguas como JENOFONTE y CTESIAS (*Anáb.* I 1, 3; *FGrHist*, 688, F16, 57) dicen que Tisafernes atacó a Ciro en la ceremonia de la coronación, porque Ciro, como sátrapa de Lidia y comandante de las tropas de Lidia, perjudicaba los intereses de Tisafernes en esa misma zona. Sin embargo autores como JUSTINO (V 11, 3-4) cuentan que efectivamente Ciro iba a enfrentarse a su hermano Artajerjes en una guerra.

4 Algunos dicen que se enfrentó al rey porque no le bastaba lo que se le daba para alimentarse cada día, pero eso que dicen son tonterías, porque, si no le quedaba otra cosa, tenía a su madre, que le ponía a su disposición sus bienes y le daba todo lo que él necesitara y quisiera tomar.

2 Otra prueba igualmente de su riqueza es su tropa de merce-
narios que mantenía por todas partes gracias sus amigos y sus
huéspedes, tal como Jenofonte dice[21]. No los reunía en masa,
3 sino que, para mantener aún ocultos sus propósitos, tenía en
distintas partes a varios hombres, que con diversas excusas iban
captando mercenarios. La madre estaba fuera de toda sospecha
al permanecer cerca del rey, y el propio Ciro procuraba escri-
birles de manera respetuosa, unas veces pidiéndole cosas a él y
otras acusando a Tisafernes, como si estuviera enfrentado con
él en una rivalidad continua[22].

4 Había también una cierta indolencia en el carácter del rey,
que ante los demás quería verse como templanza. En principio,
parecía querer imitar lo más posible la benevolencia de su ho-
mónimo Artajerjes[23] y así, se mostraba muy dulce al que se le
acercaba, superando en su deseo de otorgar honores y conceder
su gracia los límites de lo adecuado. Dispensaba de cualquier
castigo lo que constituía un ultraje y se mostraba gustoso de re-
cibir muestras de afecto, tanto de los que le daban regalos como
de los que los tomaban de él. También le encantaba mostrarse
5 generoso, porque, en efecto, no había nada que fuera excesiva-
mente pequeño que no aceptara de buen grado; como cuando, al
traerle un tal Omiso una granada de tamaño considerable, dijo:

---

[21] Jenofonte *(Anáb.* I 6-11) nombra entre esos aliados, como el laconio Clearco, al Tesalio Aristipo, al beocio Próxeno, etc.

[22] Según Jenofonte *(Anáb.* I 1, 8) Ciro como gobernador de Lidia buscaba apoderarse de la ciudades de Jonia y se encontraba, en ese preciso momento, en lucha con Tisafernes por la posesión de la ciudad de Mileto.

[23] Artajerjes I, «Longimano».

«Por Mitra[24], este hombre convertiría incluso una ciudad pequeña en una grande rápidamente, si se la confiara[25]».

Una vez, durante un viaje en el que unos y otros le iban ofreciendo regalos varios[26], un campesino, que no encontraba nada para la ocasión[27], corrió al río y le ofreció el agua que había tomado con sus dos manos, Artajerjes complacido le envió una copa dorada y mil dáricos[28]. Incluso a Euclides el laconio, que, 2
muy orgulloso él, le hablaba con excesiva libertad de palabra,

---

[24] Mención del culto de Mitra que ha de ser relacionado con la mención posterior del dios de Sol/Helios, dios al que se le asimila en el mundo persa. *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* IV 5, 14; 5, 35; ESTRAB., XV 3, 13. Está asociado al poder real (PLUT., *Alej.* 30), junto con el culto de Ahuramazda y especialmente el de Anaitis. En sus fiestas, las *Mithrakana* (ESTRAB., XI 14, 9; y también JENOFONTE, *Anáb.* IV 5, 14; 5, 35; pero nombrando a Helios), se sacrificaban caballos.

[25] En otras fuentes (ELIAN., *Miscelánea Histórica* I 32-33; PSEUD.-PLUT., *Máximas de reyes y generales* 174A) esta historia se cuenta sin mencionar el nombre de Omiso y siendo una manzana lo que le regala a Artajerjes. En efecto, siendo el banquete del rey una de las ceremonias más importantes en las que verdaderamente se mostraban las riquezas de los dominios del rey, éste era especialmente generoso con aquellos que le ofrecían nuevos productos para su mesa. *Cf.* ATEN., *Banquete de los eruditos* IV 144a; XII 529d; 539d; 545d.

[26] Los viajes eran frecuentes en la corte persa: pasaba el invierno en Babilonia, la primavera en Susa, el verano en Ecbatana y el otoño en Persépolis. En esos viajes la corte se trasladaba enteramente y se iba anunciando su llegada por las ciudades y poblaciones por las que iban pasando, para que ofrecieran sus regalos y lo prepararan todo para el rey. *Cf.* JENOFONTE, *Cir.*, VIII 6, 22; ESTRAB., XV 1, 6; DIOD., XVII 35, 3; ELIAN., *VH* I 32, 3; ATEN., *Banquete de los eruditos* XII 513f.

[27] ELIANO *(VH* I 32, 3) habla, en efecto, de un *nomos persikos* o de ley persa que obliga a cada uno de los ciudadanos dar lo que podía en la ocasión de la llegada de un rey. El gesto de Omiso se entiende no como adulación, sino como la angustia de quien puede ver arriesgada su vida si contraviene la ley.

[28] El dárico era una moneda de oro con la efigie de Darío I como arquero. *Cf.* PSEUD.-PLUT., *Máximas de reyes y generales* 172B; ELIAN., *Miscelánea Histórica* I 31-32.

mandó que se le dijera por medio de su quiliarco[29]: «Tú puedes decir lo que te plazca, que yo puedo decirlo y además hacerlo».

3 En una cacería, Tiribazo le hizo ver a Artajerjes que su vestido de mangas[30] estaba roto y éste le preguntó qué es lo que podía hacer. Tiribazo le contestó: «Tú ponte otro vestido y a mí dame éste»; y así lo hizo, mientras Artajerjes le decía: «Yo te doy, Tiribazo, este vestido, pero te prohíbo que te lo pongas». Sin embargo, Tiribazo no le hizo caso (pues no era mal hombre,
4 sino más bien algo frívolo y extravagante) y nada más ponerse el vestido de mangas y los abalorios dorados típicos de las mujeres de los reyes, todos se lo reprocharon, pues no estaba permitido. Sin embargo, el rey se rió y le dijo: «Te doy a ti también estas joyas de oro para que las lleves, como si fueras una mujer, y esta estola, para que parezcas un loco».

5 Nadie podía estar sentado en la mesa del rey, tan sólo la madre del rey y la mujer que él había tomado como esposa, que se sentaban, la primera encima de él y la segunda debajo de él. Sin embargo, Artajerjes invitaba también a su mesa a sus hermanos
6 pequeños, a Ostanes y a Oxatres[31]. Con todo, la visión más agradable para los persas era contemplar el baldaquino de Esta-

[29] *Quiliarco*, traducción del termino persa *hazārapotiš* (comandante de una tropa de mil hombres) que, además de sus funciones militares, también estaba encargado de asuntos del palacio como funcionario de la corte. *Cf.* NEP., *Con.*, 3, 2; *azarapatas* en DIOD., XVIII 48, 5; *azabarites* en *FGrHist*, 688, F 15 49 (CTESIAS DE CNIDO). Ese cargo estaba ostentado por Titrauste en época de Artajerjes II. *Cf.* PLUT., *Ag.* 10; NEP., *Con.* 3, 2.

[30] Este tipo de vestido persa se llama *kándys*. *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* I 5, 8; *Cir.* 1, 3, 2.

[31] Artajerjes II rompía con ello el protocolo que hacía del rey un personaje casi intocable que ocupaba la cúspide de la jerarquía. DINÓN *(FGrHist,* 689 F2) afirma que en los grandes banquetes el rey solía comer solo. Podían ser admitidos en todo caso la mujer y miembros de la familia, y algunos parientes, pero siempre en mesas distintas, como el caso de Parisatis y Estatira, y menos lujosas. Una parte de la corte se situaba en otra sala, separada con una cortina que

tira. Ella siempre se presentaba sin cortinajes, lo que permitía que las mujeres del pueblo se acercasen a ella para abrazarla. Por esta razón la reina era amada por todos[32].

Los intrigantes, deseosos de promover un cambio revolu- 6
cionario, reclamaban para los asuntos políticos a un Ciro, un hombre ilustre de alma, buen guerrero y amigo de sus amigos,
ya que la grandeza de un gobierno necesita de un rey que tenga 2
orgullo y ambición[33]. Por ello, Ciro declaró la guerra, confiado no tanto en la población del interior como en las que se encon-
traban bajo su mando, y escribió a los lacedemonios pidiéndo- 3
les que le ayudaran[34] y que le enviaran hombres a los que decía que les daría, si se presentaban a pie, caballos; si venían a caballo, carros; y si aquéllos poseían campos, les daría aldeas; y si poseían aldeas, ciudades; puesto que el sueldo de los que participaran en la lucha estaría estipulado no en una cantidad fija,
sino en proporción[35]. Colmándose de muchos elogios, decía 4
que tenía más arrestos que su hermano[36], que él era más instrui-

---

permitía al rey ver, pero no ser visto y otra gran parte se situaba incluso fuera del palacio.

[32] Artajerjes contravenía la costumbre persa de llevar a sus mujeres en baldaquinos cubiertos. *Cf.* PLUT., *Tem.* 26. Acercarse a una mujer del palacio podía acarrear la muerte. Otras fuentes (PSEUD.-PLUT., *Máximas de reyes y generales* 173F) consideraban que la reina no comparecía ante al pueblo así por propia voluntad sino por mandato de Artajerjes.

[33] *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* I 9.

[34] Ciro podía reclamar la ayuda prestada con anterioridad, pues había tomado resueltamente partido por los espartanos en la guerra del Peloponeso, frente a la política neutral de Tisafernes, lo que acabó decidiendo el final de la guerra. *Cf.* JENOFONTE, *Hel.* I 5, 8-9; III 1, 1-2; DIOD., XIV 19, 4-5.

[35] Se entiende que en proporción a los servicios prestados, cobrando, además de la paga estipulada, una comisión por servicios. Así es como aparece en Jenofonte, donde estas promesas también aparecen formuladas (JENOFONTE, *Anáb.* I 7, 4; 9, 17-18) y se asegura que servir bien a Ciro es claramente ventajoso.

[36] Literalmente el texto dice «que tenía un corazón más grande que su hermano» *(kaì kardían éphe toû adelphoû phoreîn barytéran)*; entendiéndose que

do y era mejor mago[37] y que podía beber mucho vino y tolerarlo, mientras que su hermano por su cobardía y su debilidad no podía ir encima de un caballo en las cacerías, ni podía mantenerse en el trono en los momentos de peligro[38].

5 Los lacedemonios enviaron a Clearco una escítala[39] con la orden de que se pusiera completamente al servicio de Ciro[40] y Ciro, por su parte, marchó contra el rey, con un gran ejército bárbaro y treinta y un mil mercenarios griegos[41], aduciendo excusas, una tras otra, para justificar esa expedición[42].

6 Sin embargo, no lo pudo esconder durante mucho tiempo, pues fue el propio Tisafernes el que acudió ante el rey para anunciárselo[43]. Se produjo un gran revuelo en el palacio, y se llegó a acusar a la reina Parisatis de que se hubiera producido la guerra, llegándose incluso a sospechar y acusar a los amigos de

---

el corazón, desde ya Homero en adelante, se entendía en el mundo griego como el lugar donde residían las pasiones y el pensamiento.

[37] Sobre este discurso de Ciro, *cf.* Pseud.-Plut., *Máximas de reyes y generales* 173E-F; *Charlas de sobremesa* I 620 C.

[38] Estas acusaciones aparecen en Jenofonte *(Cir.* VIII 8, 12). Esta importancia para la mentalidad persa que se da al poder tolerar el vino y no emborracharse está testimoniada en una inscripción supuestamente de la tumba de Darío I, que recoge Ateneo en su *Banquete de los eruditos* (X 434e). De la caza como un elemento básico de la educación de los persas también habla Jenofonte en *Cir.*, I 2, 10-11.

[39] Plutarco *(Lis.* 19) y Aulo Gelio (XVII 9, 6-16) describen este instrumento laconio, una especie de vara, para enviar órdenes y mensajes.

[40] Esta ayuda prestada por los laconios a Ciro está confirmada por Jenofonte *(Hel.* III 1, 1; *Anáb.* I 2, 21; IV 2-3), Diodoro (XIV 19, 4-5; 21, 1-2) y Justino (V 11, 6-7).

[41] Según otras fuentes (Jenofonte, *Anáb.* I 2, 9; Diod., XIV 12, 1-7) fueron once mil hoplitas y cerca de dos mil *peltástai.*

[42] Una de esas excusas, según Jenofonte *(Anáb.* I 2, 4-5), consistía en decir que iba a sofocar a los pisidios que se habían rebelado.

[43] También Jenofonte *(Anáb.* I 2, 4-5) comenta que Tisafernes sospechaba de un ejército de Ciro, demasiado numeroso para luchar contra los pisidios.

ella. A Parisatis la hostigaba sobre todo Estatira, que sufría especialmente con la guerra, y la decía a gritos: «¿Dónde hemos 7
acabado con tus juramentos? ¿A dónde nos han llevado esos ruegos con los que, al liberar al que conspiraba contra su hermano, nos has hundido en la desgracia de una guerra?». Por
esto Estatira acabó provocando la ira de Parisatis y ella, que era 8
por naturaleza de ánimo terrible, bárbara en sus arrebatos y rencorosa, mandó que fuera ejecutada.

Aunque Dinón[44] dice que ella tomó esta determinación du- 9
rante la guerra, Ctesias[45] dice que fue después y así este relato ocupará el lugar que le reservó Ctesias: no es verosímil que Ctesias, como testigo de los hechos, desconozca la cronología ni creo que voluntariamente tenga la intención de cambiar el orden de los acontecimientos, al contar cómo sucedió, aunque su relato muchas veces adolezca de una tendencia a lo maravilloso y a lo dramático y se aleje de la verdad[46].

Mientras Ciro se acercaba, le iban llegando rumores y voces 7
de que Artajerjes no tenía la intención de entrar en batalla enseguida, ni se apresuraría al combate a toda prisa contra él, sino
que esperaría en Persia, hasta que las fuerzas se reunieran allí 2
desde todas partes. Y, en efecto, Artajerjes había hecho cavar una trinchera de diez *órgyon* de ancho y de profundidad, que se

---

[44] *FGrHist*, 690, F15a.

[45] *FGrHist*, 688, F29a.

[46] Ctesias de Cnido es continuamente acusado de ser un mentiroso por los que parecen haberlo leído, especialmente en sus *Indiká* (Aristóteles, *HA* II 2, 736a; III 22, 523a26; VIII 28, 606a8, Luciano, *Historia Verdadera* 1, 2-4; 2, 31; Arriano, *Anáb.* V 4, 2), en donde aparecen historias como que el semen de los elefantes se solidifica para convertirse en ámbar, etc. Respecto a su estilo se le reprochaba, en efecto, su tendencia a lo fabuloso y a lo patético (Focio, 72p 45a5-19), pero también sus repeticiones expresivas que, a veces resultaban tediosas (Dem., *Sobre la elocución* 209-216) y su tendencia a no enumerar los hechos de manera precisa, sino progresiva y alusiva, para mantener en suspenso al lector.

extendía a lo largo de cuatrocientos estadios[47] por la planicie[48], pero él dejó que Ciro lo cruzara por dentro y llegara cerca de la propia Babilonia[49].

3 Pero Tiribazo, según cuentan, fue el primero que se atrevió a decir al rey que no era necesario evitar el combate y retirarse en Persia, abandonando Media junto con Babilonia y Susa, puesto que él tenía un ejército más numeroso que el de los enemigos, con innumerables sátrapas y estrategos que aventajaban en prudencia y valor guerrero a Ciro.

4 Así, el rey se dispuso a luchar sin más dilación contra él: primero, apareciendo repentinamente en compañía de noventa mil de sus soldados, brillantemente dispuestos, impresionó a los enemigos que iban en la marcha dispersos y sin armas, confiados en su orgullosa temeridad, de tal forma que apenas Ciro los podía mantener en su puesto, inquietos como estaban por el ruido y el griterío[50]; y, después, fue llevando su ejército en silencio
5 y lentamente, para admiración de los griegos por esta buena formación de guerra, puesto que esperaban que en tan numerosa gente reinarían los gritos, el desorden, la confusión y la dispersión[51]. Pero bien había dispuesto Artajerjes frente a los griegos
6 la más vigorosa fuerza de sus carros hoceros[52] que iban en la par-

[47] 74 km. La medida persa del *órgyon*, que usa Plutarco para hacer la medición, equivale a 1,776 m, luego son aproximadamente unos 18 m (17,76 m) de ancho y de largo. Otras fuentes (JENOFONTE, *Anáb.* I 7, 14-15; DIOD., XIV 22, 4) dan otras medidas absolutamente distintas. En esto no hay acuerdo.

[48] La planicie que hay entre el Tigris y el Éufrates.

[49] *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* I 7, 15 y 19.

[50] *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* I 8, 1-3.

[51] Justamente lo contrario de lo que Ciro había previsto que ocurriría. *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* I 8, 11.

[52] La descripción de este tipo de carros se encuentra en JENOFONTE y atribuye su invención a Ciro el Grande (*Anáb.* I 8, 10; *Cir.* VII 1, 27). Ciro tenía una veintena de este tipo de carros, mientras que Artajerjes tenía unos doscientos.

te delantera de su falange para que, antes de entrar en combate, rompieran las formaciones griegas por la fuerza de su ataque[53].

Son muchos los que han narrado este enfrentamiento[54], es- 8
pecialmente Jenofonte[55] (que, por cierto, es el único que nos pone los hechos a la vista como si no fueran del pasado, sino como si estuvieran sucediendo en ese momento, y logra mantener siempre en suspenso a un oyente que se siente apasionado e implicado gracias a la energía de su relato), por lo que no tiene mucho sentido que lo vuelva a contar ahora yo, excepto en aquellos detalles dignos de mención que él pasó por alto.

El lugar donde se colocaron frente a frente para la lucha se 2
llamaba Cunaxa y dista de Babilonia quinientos estadios[56]. Cuentan que, a pesar de los consejos de Clearco, previos a la batalla, de que estuviera detrás de la línea de combate y no pusiera en peligro su vida, Ciro dijo: «¿Qué dices, Clearco? ¿Tú me pides a mí, que deseo ser el que ostente el poder real, que sea indigno de él?». Sin embargo, aunque Ciro cometió un gra- 3
ve error al lanzarse temerariamente en medio de la lucha y no guardarse del peligro, no menos se equivocó Clearco, si no más, pues, al no querer poner delante del rey a los griegos, desplegó el ala derecha junto al río, para que no fueran rodeados.

Si, en efecto, él buscaba salvarse por encima de todo y prin- 4
cipalmente volver a casa sin haber sufrido ningún mal, habría sido mejor idea que se hubiera quedado en casa para evitar males; y es que tras caminar diez mil estadios[57] armados, desde el

---

[53] JENOFONTE, *Anáb.* I 8, 10.

[54] La batalla de Cunaxa tuvo lugar el 3 de septiembre del 409 a. C.

[55] *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* I 8 y 10.

[56] 90 km. JENOFONTE *(Anáb.* II 2, 6) dice, en cambio que son sólo 360 estadios desde Babilonia, lo que equivale a unos 70 km. JENOFONTE *(Anáb.* II 2, 6) no pone nombre a la localidad.

[57] 1.900 km. JENOFONTE, *(Anáb.* II 6, en un pasaje, que en todo caso, se considera que es una interpolación) considera que la distancia desde Éfeso a

mar, sin que nadie le obligara, sino sólo para asentar a Ciro en el trono real, Clearco supervisaba la región y la disposición del lugar, pero no aquél desde donde podría salvar a su rey y pagador, sino en el que él podría luchar tranquilamente bien resguardado, y se comportaba de la misma manera que el que, en su miedo por lo que pueda pasar, no tiene en cuenta los planes generales y olvida el objetivo de la expedición.

5 Por todo lo que sucedió, a la vista está que ninguno de los que estaban al lado del rey habría aguantado el ataque de los griegos y que, en cuanto hubieran sido derrotados y el rey hubiera sido puesto en fuga o hubiera caído, Ciro se habría salvado y
6 habría reinado[58]. Por ello, fue más la impericia de Clearco que la audacia de Ciro la causa de que las cosas le fueran mal a Ciro y acabara muerto.

7 Si el propio rey Artajerjes hubiera tenido que buscar un lugar donde colocar a los helenos para que él sufriera el menor daño posible de sus enemigos, no habría encontrado mejor lugar que el más lejano de él y de su séquito, pues ni siquiera desde allí él se dio cuenta de que había sido vencido y de que
8 Ciro había sido muerto antes de que siquiera pudiera disfrutar de la victoria de Clearco. Además, Ciro no ignoraba cuál era la posición más ventajosa y, por ello, ordenó a Clearco que se colocara allí en medio, pero el otro, respondiéndole que ya se preocupaba él de que todo fuese por el buen camino[59], lo echó todo a perder.

Cunaxa son de 16.050 estadios; algo menos es el camino desde Sardes, que es el camino que describe Jenofonte con todo lujo de detalles. *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* I 2, 5-2, 24; IV 1-7, 10.

[58] Según Jenofonte (JENOFONTE, *Anáb.* I 8, 19-20; DIOD., XIV 23, 3-4; 24, 2-6) los griegos habrían salido vencedores sin que se hubiese causado ninguna baja.

[59] La misma respuesta, pidiéndole a Ciro que se meta en sus asuntos, se encuentra en Jenofonte. *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* I 8, 13.

Los griegos, de hecho, vencieron a los bárbaros a voluntad 9
y fueron muy lejos persiguiéndolos. El jefe de los cadusios, Ar-
tagerses[60], que cabalgaba un caballo de raza indomable y fogo-
so, llamado Pasaca, se lanzó contra Ciro, según cuenta Cte-
sias[61], y le dijo: «¡Oh tú, que cubres de ignominia el más insigne
de los nombres persas, Ciro; ¡oh tú, el más impío e insensato de 2
los hombres, que, yendo por un mal camino, te has traído a los
malvados griegos para acabar con todas las riquezas persas, con
la esperanza de matar a tu hermano y señor, a él, que tiene mi-
les de servidores más leales que tú! Pronto lo verás: ¡caerá aquí
tu propia cabeza antes de ver la cara del rey!», y diciendo estas
cosas le arrojó su lanza. 3
Sin embargo la coraza resistió y no hirió a Ciro, pero se tam-
baleó por el fuerte impacto que recibió. Cuando Artagerses se
dio la vuelta con su caballo, Ciro le alcanzó con su jabalina y le
atravesó el cuello por la clavícula. Todos están prácticamente de
acuerdo en reconocer que Artagerses murió a manos de Ciro[62],
pero en lo que concierne a la muerte del propio Ciro, como es un 4
tema del que Jenofonte habla muy sencilla y brevemente[63],
puesto que él no estuvo en persona, nada nos impide repasar lo
que Dinón dice por su parte, así como lo que cuenta Ctesias.
Dice Dinón[64] que, tras la muerte de Artagerses, Ciro, en un 10

[60] Según Jenofonte (Jenofonte, *Anáb.* I 7, 11; 8, 24) Artagerses comandaba la caballería del rey. Los Cadusios son una población de la costa suroccidental del mar Caspio. *Cf.* Estrab., IX 8, 8; Arriano, *Anáb.* III 19, 7.

[61] *FGrHist*, 688, F19.

[62] Plutarco sigue aquí lo que dice Jenofonte (*Anáb.* I 8, 24) que, probablemente, tiene como fuente a Ctesias de Cnido.

[63] Plutarco cita a Jenofonte (*Anáb.* I 8, 27-28) en un pasaje en el que, en efecto, dice que murieron ocho hombres sobre el cadáver de Ciro y se habla de la suerte de un tal Artapates, que fue degollado sobre el cadáver de Ciro por los soldados de Artajerjes y poco más.

[64] *FGrHist*, 690, F 17.

violento ataque contra los que estaban en formación delante del rey, cubrió de heridas el caballo del rey Artajerjes y le hizo caer a tierra. Tiribazo le subió de nuevo a otro caballo rápidamente y le dijo: «Rey, acuérdate de este día. Se merece que no lo olvides». Pero Ciro, lanzando su caballo contra Artajerjes, lo volvió
2 a derribar de nuevo. Al tercer ataque, el rey ya no pudo soportarlo más y, afirmando ante los presentes que era mejor no vivir, se lanzó contra Ciro, que con ciega temeridad se ponía, a su vez, delante de las armas enemigas. Artajerjes lo atacó con su lanza y los demás que estaban a su alrededor también.

3 Cayó Ciro, como algunos dicen, alcanzado por el rey, o, como otros afirman, golpeado por un hombre cario al que el rey, como recompensa de esta hazaña, le concedió el privilegio de ir siempre a la cabeza de la formación del ejército con un gallo dorado sobre su lanza. En efecto, los persas, en referencia a estos penachos con los que adornan los cascos de estos soldados, llaman «gallos» a los de Caria.

11 El relato de Ctesias[65], en un resumen muy sucinto, es tal como sigue: Ciro, tras matar a Artagerses, fue contra el rey a ca-
2 ballo, y él contra aquél, ambos en silencio. Atacó al rey Arieo, un amigo de Ciro[66], pero no lo hirió. El rey no consiguió alcanzar a Ciro con la lanza que había arrojado, pero sí a Satifernes, un valiente hombre de confianza de Ciro[67], al que hirió mortalmente. Ciro, arrojando su lanza contra el rey, atravesó su cora-
3 za y le produjo una herida de dos dedos. Entonces el rey se cayó a causa de esta herida del caballo, lo que provocó la desordenada huida de su séquito[68]. A continuación el rey se levantó y se

[65] *FGrHist*, 688, F20.

[66] Arieo estaba al mando de la caballería y fue el único de los amigos de Ciro que sobrevivió a la batalla. *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* I 8, 5; 9, 31; *Econ.* IV 18; DIOD., XIV 24, 1 y 7 (éste con la variante de Arideo).

[67] No sabemos nada sobre este personaje.

[68] JENOFONTE recoge aquí una noticia de CTESIAS DE CNIDO *(Anáb.* I 8, 26

retiró a recuperar el aliento a una colina que estaba cerca, en
compañía de unos pocos entre los que se encontraba Ctesias[69].

El caballo desbocado de Ciro se lo llevó lejos de las filas del
combate y, como ya era de noche, sus enemigos no le encontra-
ban y sus amigos se pusieron a buscarlo. Ciro, excitado por la
victoria y guiado por un impulso apasionado, iba gritando: 4
«Rendíos, miserables» y mientras iba gritando muchas veces
esto en persa, algunos se inclinaron postrándose ante él. Pero se
le cayó a Ciro la tiara de la cabeza[70] y un jovencito persa llama-
do Mitrídates[71], que pasaba a toda prisa por su lado, le hirió con 5
una lanza en la frente cerca del ojo, ignorando quién era él.

Empezó a salir mucha sangre de la herida y Ciro cayó como
adormecido y desvaneciéndose. El caballo salió huyendo sin
rumbo fijo, pero la montura de fieltro cubierta de sangre se cayó 6
y la recogió uno de los servidores del joven que había golpeado
a Ciro. Enseguida algunos eunucos[72] que estaban allí presentes

= *FGrHist*, 688, F21), que, a su vez, comenta que estuvo en la batalla y que se ocupó personalmente de curar la herida.

[69] A partir de ese momento es Tisafernes, el sátrapa de Jonia, el que se ocupa de llevar la guerra. *Cf.* Diod., XIV 23, 6.

[70] Es posible que se refiera a la tiara que los miembros de la casa real solían llevar, llamado *citaris* según Plutarco (*cf.* 26), y que sin ella hacía que fuera irreconocible.

[71] Jenofonte (*Anáb.* I 8, 27) comenta el episodio sin dar el nombre de Mitrídates y es inmediatamente posterior a la caída de Artajerjes del caballo. Diodoro (XIV 23, 7) da una versión muy parecida a la de Ctesias, pero bastante resumida.

[72] Los eunucos, consejeros en su mayor parte, son muy importantes en la corte real persa que describe Plutarco: entre los eunucos de Ciro, Plutarco habla de uno que se llama Parisca (*cf.* 12) y en la corte de Artajerjes II habla de los eunucos Esparimazes (*cf.* 15-16), Masabates (*cf.* 17) y uno sin nombre (*cf.* 29), que participa en un complot contra Artajerjes II. Quizá la presencia de eunucos y su participación en las intrigas palaciegas sea un rasgo que derive de Ctesias de Cnido, que nombra a los eunucos de Ciro y Cambises (*FGrHist*,

7 intentaron salvar a Ciro y ponerlo sobre otro caballo, a pesar de que estaba muy malherido. Tenían que guiarlo y sujetarlo, pues
8 era incapaz de sostenerse y vacilaba su cuerpo, pero se sabía vencedor y escuchaba a los fugitivos que le proclamaban Ciro, el rey, y que le pedían que tuviera piedad.

9 En ese momento algunos hombres de Cauno[73], de mala vida, sin recursos, que se habían unido al ejército del rey para prestar sus humildes servicios, estaban mezclados por azar con los hombres de Ciro, creyéndolos amigos, pero en cuanto vieron las purpúreas túnicas que cubrían sus corazas (son blancas las que
10 se usan en las tropas regias), se dieron cuenta de que eran enemigos[74]. Uno de ellos se atrevió a atacar a Ciro, sin saber quién era, con una lanza desde atrás, desgarrándole la vena del muslo. Al caer Ciro, se golpeó en la frente con una piedra y murió.

Tal es el relato de Ctesias, que acaba con este hombre poco a poco, de la misma manera que si fuera muerto con un pequeño puñal sin filo.

12 Nada más morir Ciro, Artasira[75], el confidente del rey[76], se

---

688, F13, 9), de Darío I *(FGrHist,* 688, F13, 19), de Jerjes I *(FGrHist,* 688, F13, 20, 27, 29), de Artajerjes I *(FGrHist,* 688, F13, 39, 40 y 53) y los implica en las conspiraciones y atentados contra los reyes o los miembros de la familia real. Uno de los más conocidos eunucos de la corte persa fue Bagoas, al servicio de Artajerjes III Oco *(cf.* 28-30) y Darío III, reyes a los que manejó a su antojo y del que dice Diodoro (XVI 47-50 y 17, 5) que llegó a ser sátrapa.

[73] Ciudad de la costa de Caria, enfrente de la isla de Rodas.

[74] También Jenofonte *(Anáb.* I 2, 16) menciona estas túnicas púrpuras que no se distinguirían de las otras blancas, porque era de noche.

[75] Puede ser que este Artasiras sea el que, durante el reinado de Darío II, sofocó una rebelión comandada por Arsites, el propio hermano del rey. *FGrHist,* 688, F15, 52 (Ctesias de Cnido).

[76] «El ojo del rey» *(ho basiléos ophthalmós),* como dice literalmente el texto, se encuentra encargado de supervisar la labor de los sátrapas y del resto de los administradores, que han de rendir cuentas al rey a través de él. Ya aparece en los textos más antiguos que nos hablan del mundo persa y sus instituciones

acercó casualmente por allí a caballo. Reconociendo a los eunucos en medio de sus lamentos, le preguntó al de más confianza[77] de ellos: «¿Quién es éste, Parisca? ¿Por qué lloráis a su lado?». Y él contestó: «¿No ves, Artasira, que es Ciro el que ha muerto?». Artasira, lleno de asombro, pidió al eunuco que se 2
tranquilizara y que vigilase el cadáver.

Él se dirigió a Artajerjes, que estaba desesperado por la situación y tenía su cuerpo desgastado por la sed y las heridas, y tuvo el placer de comunicarle que había visto con sus propios 3
ojos el cadáver de Ciro. El rey, al principio, quiso ir a verlo personalmente y pidió a Artasira que le condujera enseguida a ese lugar. Pero se decía que los griegos habían salido en persecución y vencían a todos imponiéndose en todas partes, lo que le causaba temor, por lo que le pareció mejor que fuera otra gente a investigar y así envió a treinta hombres con antorchas.

Como el rey estaba casi muerto de sed, el eunuco Satibarza- 4
nes[78] se puso a ir de acá para allá, pidiendo de beber, pero no había agua ni en la región ni en la cercana llanura del combate. Entonces, se encontró, poco después, con uno de aquellos desgraciados caunios que tenía un odre de ocho cotilas[79] de poco valor, con un agua de mala calidad e insalubre, y se lo cogió y 5
se lo dio de beber al rey. Al ver que el rey se lo bebía todo, le

---

como Heródoto (I 114). También otros textos hablan de las «orejas del rey» (Jenofonte, *Cir.* VIII 22, 11) y otros cargos del importante aparato administrativo del imperio persa.

[77] La expresión «de más confianza» *(pistótatos)*; no es una expresión que se refiera a la confianza que pueda inspirar a Artasira el eunuco Parisca, sino que es un término técnico referido a la importancia del eunuco en la corte persa.

[78] Según Ctesias de Cnido *(FGrHist,* 688, F16, 57; F30, 63) Satibazarnes era criado de cámara que gozaba de la confianza del rey Artajerjes y, por ello, enemigo de Parisatis. De hecho, la acusó de haber tenido relaciones con un tal Oronde. Participó en los tratados de paz con los griegos Conón y Evágoras.

[79] Dos litros.

preguntó si no le parecía que lo que bebía tenía mal gusto[80],
6 pero él, en cambio, juró por los dioses que jamás había bebido vino más dulce, ni agua más pura y ligera «Y así», dijo, «pido a los dioses que le hagan a este hombre feliz y más rico, si no puedo encontrarle para recompensarlo».

13 En ese momento acudieron los treinta enviados, resplandecientes y llenos de júbilo, anunciándole este inesperado golpe de la fortuna. Se sintió más animado ante esa multitud que se agolpaba junto a él y descendió del altozano rodeado de muchas antorchas. En cuanto se encontró frente al muerto, al que, según
2 una costumbre persa, se le había cortado la mano derecha y la cabeza[81], ordenó que se la trajeran a su presencia. Y tomando la testa de la cabellera, que era espesa y rizada, se la mostró a
3 aquellos que aún dudaban y que huían. Ellos se quedaron estupefactos y se postraron, de tal forma que en poco tiempo setenta mil hombres se pusieron a su alrededor y se dispusieron a volver de nuevo al campamento.

Fueron a la lucha, según Ctesias[82], cuatrocientos mil, pero aquellos que siguen la versión de Dinón[83] y de Jenofonte[84] di-

---

[80] La pregunta del eunuco Satibazarnes tiene sentido si tenemos en cuenta que el rey de Persia sólo bebía el agua de la región de Coaspes, cerca de Susa. Se ofrecía al rey después de haberse hervido, llevado en copas de plata y transportado en carros de cuatro ruedas hasta la corte. Ctesias dice habérsela ofrecido al rey Artajerjes más de una vez y asegura que su sabor era suave y agradable. *Cf.* HERÓDOTO I 188; *FGrHist,* 688, F37 (CTESIAS DE CNIDO).

[81] Según JENOFONTE, que sigue aquí el relato de CTESIAS DE CNIDO *(Anáb.* X 1 = *FGrHist,* 688, F16 59), Parisatis reclamó el cadáver para poder enterrar al hijo que había sido su favorito en Susa y después trató de vengarse de quien había cortado la cabeza y la mano.

[82] *FGrHist,* 688, F22. También DIOD., XIV 22, 2 (= *FGrHist,* 70 F208; fragmento correspondiente a ÉFORO).

[83] *FGrHist,* 690 F16.

[84] JENOFONTE *(Anáb.* I 7, 10-12) describe la formación de cada ejército: además de los 20 carros, Ciro estaba acompañado de 100.000 soldados persas,

cen que fueron muchos más los que lucharon. Respecto al número de muertos, Ctesias dice que ascienden a unos nueve mil, según la versión de Artajerjes, pero que a él le pareció ver no menos de veinte mil caídos. En esto no hay mucho acuerdo. 4

Sin embargo Ctesias miente flagrantemente cuando asegura que él fue enviado ante los helenos en compañía de Falino de Jacinto y de algunos otros, pues Jenofonte, en efecto, sabía que Ctesias formaba parte de la corte del rey (pues lo menciona y es evidente que él ha consultado sus libros), y no callaría su nombre si hubiera sido uno de los que fue como embajador a tratar estos asuntos, mientras que sí nombra a Falino de Jacinto[85]. 5 6 Además, parece que Ctesias era ambicioso y no era menos favorable a los lacedemonios, especialmente a Clearco. Por ello, se concede mucho espacio de su narración para expresar sus propias opiniones y para elogiar las buenas prendas de Clearco y de Lacedemonia.

Después de la lucha, el rey envió muchos regalos y muy grandes al hijo de este Artagerses, que había muerto a manos de Ciro, y honró destacadamente a Ctesias y a los otros[86]. Tras encontrar a ese caunio del odre, hizo que de ser un hombre sin fama y pobre pasara a ser un hombre honrado y rico. Incluso hubo un cierto interés en castigar a los que eran culpables: por ejemplo, a un medo, un tal Arbaces, que en la lucha se había pasado al bando de Ciro y de nuevo, una vez muerto, lo había traicionado; a este medo, con la acusación de ser un vil cobarde y no por su traición y su maldad, le ordenó que llevara encima de su cuello una prostituta desnuda a horcajadas y fuera paseándose así con ella el día entero por el ágora. En cuanto a otro, que 14 2 3

10.400 hoplitas griegos y 2.500 peltastas; Artajerjes tenía 2 millones de soldados y 60.000 caballeros persas a las órdenes de Artagerses.

[85] Plutarco sigue aquí la versión de Jenofonte, *Anáb.* XII 1, 7-23.

[86] Ellos le habían asistido cuando él estaba herido, durante la batalla. *Cf.* 11.

4 además de haberse pasado al otro bando, luego también había mentido, diciendo que había matado a dos enemigos, ordenó que se le atravesara la lengua con tres agujas[87].

Sin embargo, Artajerjes creía y tenía la intención de hacer
5 creer que él mismo había matado a Ciro y quería que todos los hombres lo dijeran y lo pensasen. Por ello, a Mitrídates, el primero que había atacado a Ciro, le envió regalos y ordenó decir a los que los portaban: «Con estos presentes te honra el rey, porque le hiciste llegar la montura de piel de Ciro que tú te en-
6 contraste». También el cario, con cuya lanzada en el muslo había caído Ciro, pidió por su parte una recompensa y entonces el rey ordenó a los portadores de los presentes que dijeran: «Son estos los presentes que a ti el rey te da por la buena noticia que comunicaste en segundo lugar, porque primero Artasiras y después tú, anunciasteis la muerte de Ciro».

Mitrídates, por su parte, se retiró en silencio, aunque con-
7 trariado, pero a este infortunado cario le sobrevino esa acostumbrada desgracia que acarrea la necedad. Crecido, al parecer, por la felicidad en la que se encontraba y creyendo que
8 podía aspirar a una situación mejor que la que tenía entonces, no contento con guardar esos regalos como pago de su buena noticia, se enfadó y protestaba gritando que a Ciro ningún otro, sino él, lo había matado y que se le quería arrebatar su gloria injustamente.

9 En cuanto el rey se enteró de esto, se enfadó mucho y ordenó que le cortaran la cabeza a este hombre. Pero la madre del rey que estaba presente le dijo «No despaches a este hombre

[87] JENOFONTE *(Anáb.* I 7, 42) menciona un Arbaces, jefe de uno de los contingentes de Artajerjes y podría identificarse con el de Plutarco. Los cambios de bando son especialmente puestos de relieve por parte de CTESIAS DE CNIDO *(FGrHist,* 688, F16, 58) y sobre todo por JENOFONTE *(Anáb.* I 9, 29; *Econ.* IV 18), que destaca que fueron muchos los que se pasaron al bando de Ciro desde las posiciones de Jerjes, pero ninguno del lado de Ciro.

cario de esta manera tan simple, mi rey; deja que de mí obtenga la justa recompensa que se merece por su osadía». Y apartándose el rey, Parisatis ordenó a los verdugos que cogieran a este hombre y que durante diez días lo torturaran, que le sacaran los ojos y le vertieran bronce fundido por los oídos hasta que muriera.

Mal acabó también Mitrídates poco después a causa de esta
misma estupidez. Invitado a una cena, donde se encontraban los
eunucos del rey y de la madre del rey, llegó con el vestido y las
joyas que había tomado del soberano. Cuando comenzaron a 2
beber, le dijo el más influyente de los eunucos de Parisatis:
«¡Pero qué bonito es este vestido que te ha dado el rey, Mitrí-
dates, y qué bellos son tus collares y tus pulseras, pero lo más
valioso es la cimitarra! ¡Con todo esto te ha hecho él a ti afor- 3
tunado y admirado por todos!»; a lo que contestó Mitrídates,
que ya estaba borracho: «¿Qué son estas cosas, Esparamizos?,
pues yo mismo me mostré digno de mejores y más preciosos
dones del rey aquel día».

Y Esparamizos, sonriéndose, dijo: «No tengas ningún repa- 4
ro, Mitrídates; y ya que, como dicen los griegos, en el vino está
la verdad, dime, pues, ¿qué hay más ilustre o más grande que
encontrar la montura que cayó del caballo y llevárselo al rey?» 5
Así dijo, no porque ignorase la verdad, sino porque, como que-
ría poner en evidencia a Mitrídates ante los presentes, deseaba
excitar la vanidad de un hombre al que el vino había vuelto un
charlatán sin medida.

Mitrídates contestó entonces, sin poder ya contenerse: «¡Po- 6
déis decir lo que os dé la gana sobre monturas y arneses, que yo
a vosotros os aseguro en términos precisos que Ciro fue aniqui-
lado por esta mano! Pues, en efecto, no arrojé mi lanza como
Artagerses, sin éxito y en vano, sino que, por poco, yo no le herí
en el ojo, pero logré alcanzarle y traspasarle la frente, tumbé a
este hombre y murió por esa herida».

Algunos, viendo ya la desgracia y el final de Mitrídates, mi-
7 raron al suelo, y uno de los que participaban en el banquete dijo: «Querido Mitrídates, comamos y bebamos ahora, mostrando nuestros respetos al genio del rey[88], y dejemos estos discursos grandilocuentes que hay entre nosotros».

16 De todo esto informó el eunuco a Parisatis, y aquélla al rey. El rey se indignó al quedar en evidencia y privado de lo más glorioso y dulce de su victoria. Quería de verdad convencer a
2 todos los bárbaros y a los griegos de que, tanto en el ataque como en la refriega, atacando y recibiendo golpes, fue herido sí, pero que fue él el que mató al otro.

Ordenó entonces que Mitrídates fuera ejecutado mediante el
3 suplicio de las artesas. Esto del suplicio de las artesas consiste en lo siguiente: se toman dos artesas de tal forma que casen la una con la otra y se introduce tumbado en una de ellas al que se desea castigar; entonces se trae la otra y se coloca de tal manera que la cabeza, las manos y los pies queden fuera y el resto del
4 cuerpo quede cubierto; le dan de comer al condenado y, si no quiere, se le obliga aguijoneándole los ojos. Una vez que ha comido, vierten sobre su boca para que lo beba una mezcla de leche y miel y luego lo derraman sobre su cara; siempre teniendo
5 los ojos mirando hacia el sol, toda su cara queda cubierta por una multitud de moscas que se le acercan.

El hombre hace dentro de la artesa sus necesidades, como
6 pasa en el caso de hombres que han comido y bebido, y las lombrices y los gusanos proliferan atraídos por la corrupción y la podredumbre de los excrementos, de tal forma que, al introducirse en el cuerpo del condenado, lo destruyen. Cuando ya es
7 evidente que el hombre ha muerto, levantan la parte de arriba de

[88] Banquetes en honor del *daímon* del rey aparecen en Teopompo *(FGrHist,* 115 F12 = Aten. *Banquetes de los eruditos* VI 252b), para la época de Artajerjes III Oco.

las artesas y observan la carne deshecha y cómo estos bichos se
alimentan y se desarrollan en las visceras. Así Mitrídates, tras
diecisiete días de suplicio, finalmente murió[89].

Le quedaba a Parisatis un objetivo más de su ira vengativa: 17
el eunuco del rey, Masabates, el que cortó la cabeza y las ma- 2
nos de Ciro. Como él no le daba ninguna oportunidad, Parisatis
llevó a cabo sus intenciones de esta manera: ella era, entre otras 3
cosas, una mujer muy sagaz y extremadamente buena jugando
a los dados. De hecho, ella muchas veces había jugado a los da-
dos con el rey antes de la guerra. Después de la guerra, una vez 4
que ella se reconcilió con él, no sólo no evitó mostrarse amable,
sino que compartía sus diversiones, era confidente de sus amo-
res, los cuales favorecía e incluso presenciaba y, en suma, apenas
dejaba a Estatira que estuviera con él y gozara de su compañía,
porque Parisatis odiaba más que nada a Estatira y lo que más
quería ella era tener influencia sobre Artajerjes.

Una vez, Parisatis encontró a Artajerjes, ocioso hasta el pun- 5
to de aburrirse, y le pidió que se jugasen mil dáricos a los dados.
Ella le permitió que le ganara a los dados y le hizo entrega del
oro. Después, haciendo como que ella estaba molesta y que desea-
ba la revancha, pidió que volvieran a jugar a los dados otra vez,
poniendo un eunuco como prenda y el rey asintió. Llegaron al 6
acuerdo de que cada uno excluiría a los cinco eunucos más fieles
y el derrotado daría el que el vencedor pidiera. Así se pusieron a 7
jugar. Como ella ya ponía más interés, se esforzó por jugar bien
para que los dados salieran a su favor. Ella, al vencer, reclamó a
Masabates, que, en efecto, no estaba entre los eunucos excluidos.

Antes de que el rey se diera cuenta, ella dispuso que los verdugos castigaran a Masabates desollándolo vivo, que su cuerpo

[89] Este suplicio horrendo aparece también narrado en otros autores como CTESIAS DE CNIDO *(FGrHist,* 688, F14, 30), en la *Vida de los sofistas* de EUNAPIO (478b) y en TZETZES *(Chil.* X 883).

lo crucificaran en tres tablas y que colgaran su piel aparte.
8 Como el rey se tomó a mal lo que había pasado y se enfadó con ella, Parisatis le dijo con cierta ironía mientras sonreía: «¡Qué divertido y gracioso eres! Te enfadas por un desgraciado y viejo eunuco y yo, en cambio, que he perdido a los dados mil dári-
9 cos, me callo y me resigno». El rey, aunque lamentaba que se le hubiera engañado, tuvo que callarse, pero Estatira, que ya de antes estaba en contra de Parisatis, se enfadó por el hecho de que ella matara cruel e injustamente a causa de Ciro a eunucos de confianza y próximos al rey[90].

18 Después Tisafernes engañó a Clearco y al resto de los estrategos, traicionando los juramentos que se habían hecho y, tras capturarlos, los trajo cubiertos con cadenas ante el rey. Cuenta Ctesias[91] que Clearco le pidió que le trajera un peine. Señala que una vez que se lo dieron y tras haberse arreglado la cabeza[92],
2 quedó tan agradecido de que se le hubiera hecho este favor, que le dio a Ctesias un anillo como muestra de su amistad ante sus parientes y amigos de Lacedemonia. Añade además que en el sello había un dibujo de unas cariátides que bailaban[93].

---

[90] Esta historia del suplicio del eunuco ya aparece en la fuente de Plutarco, CTESIAS DE CNIDO *(FGrHist*, 688, 16, 59), aunque el eunuco se llama Bagapase.

[91] *FGrHist*, 688, F28 (CTESIAS DE CNIDO). También este episodio lo cuenta JENOFONTE, en *Anáb*. II 5; DIOD., XIV 26, 5.

[92] Según una costumbre impuesta por el legislador espartano Licurgo, los espartanos llevaban el pelo largo, desde el momento en el que se convertían en efebos, y lo cuidaban mucho, especialmente en momentos de peligro, como antes de cualquier batalla, peinándoselo para que estuviera brillante e impresionara al enemigo. *Cf*. HERÓDOTO, VII 208-209; JENOFONTE, *La Constitución de los lacedemonios*, 11, 3 y 13, 8; PLUT., *Lis*. 22, 2; *Máximas de reyes y generales* 189E.

[93] PAUSANIAS en su *Descripción de Grecia* (III 10, 7) cuenta que en Lacedemonia en la ciudad de Carias existe un templo dedicado a las ninfas y a la diosa Ártemis Cariátide, donde se celebraban cada año bailes de doncellas en honor a la diosa. La imagen del anillo podría ser una representación de esta festividad.

Los soldados que estaban en prisión con él confiscaron los alimentos que se habían enviado y los devoraron, dando una pe- 3
queña parte de estos alimentos a Clearco. Informa Ctesias también que él se dolió por esto y que se hizo que se enviara más víveres a Clearco y separadamente se dieran otras cosas distintas a los soldados; y que estos víveres fueron proporcionados con el beneplácito de Parisatis y por voluntad suya. Como se le 4
hacía llegar cada día un muslo a Clearco, junto con otros víveres, Clearco le comunicó a Ctesias su ruego de que le enviara un pequeño cuchillo escondido en el interior de la carne, para así no permitir que su propio final llegara a manos de la crueldad del rey. Pero Ctesias, por temor, no quiso hacerlo[94].

El rey, ante la petición de su madre de que no matara a Clear- 5
co, accedió y juró que no lo haría, pero convencido por Estatira, ordenó matar a todos excepto a Memnón[95]. A causa de esto 6
Parisatis conspiró contra Estatira y preparó un veneno contra ella. Aquí, sin embargo, creo que Ctesias cuenta, en cambio, algo inverosímil, alegando una causa absurda, si es verdad que Parisatis llegó a cometer actos terribles y se arriesgó tanto por Clearco, hasta el punto incluso de matar a la noble esposa del rey que había criado hijos legítimos para el trono real.

Está claro que Ctesias añade detalles conmovedores para 7
honrar la memoria de Clearco. En efecto, dice que, al ser asesi-

[94] Efectivamente según otros fragmentos de la historia de CTESIAS DE CNIDO (*FGrHist* 688, F27, 60) él era entonces el médico de Parisatis, que apreciaba a los griegos que habían estado de lado de Ciro, su hijo preferido. A petición de ella, también Ctesias se ocupaba de curar las heridas de Clearco.

[95] El tesalio Memnón formó parte de la expedición griega al mando de Ciro, pero siempre bajo la sospecha de colaborar con el bando enemigo. JENOFONTE (*Anáb.* II 5, 28; VI 29) dice que, a pesar de obtener el perdón de Artajerjes por mediación de Estatira, estaba dispuesto a traicionar a los griegos (DIOD., XIV, 27, 2) por lo que fue mutilado y sobrevivió sólo un año. CTESIAS DE CNIDO (*FGrHist*, 688, F27, 60) dice que fue gracias a la traición de Memnón que Tisafernes consiguió capturar a los griegos.

nados el resto de los estrategos, fueron alimento de perros y pájaros, mas al cadáver de Clearco lo cubrió una tormenta que levantó un gran montón de tierra y ocultó su cuerpo. Añade que
8 se esparcieron por allí algunas semillas de palmera, y poco tiempo después surgió un admirable bosque que cubrió todo el lugar, de forma que el rey se arrepintió profundamente de haber matado a Clearco, pues lo consideraba un hombre amado por los dioses.

19 Así pues Parisatis se mantuvo firme desde el principio en su odio contra Estatira y sus celos y, al comprobar que su propia influencia se basaba en el respeto y la estima del rey, pero que el amor y la intimidad de la otra era una influencia más fuerte y poderosa, por este motivo, se atrevió a urdir una conspiración, arriesgándole todo por el todo, tal como se cree.

2 Parisatis tenía una criada leal e influyente a su servicio, con el nombre de Gigis, que Dinón[96] asegura que participó en el envenenamiento, pero Ctesias[97] dice que sólo estaba al tanto de ello y a su pesar. Ctesias, a la que puso el veneno, la llama Belitara y Dinón, Melanta. A pesar de las sospechas y las diferen-
3 cias anteriores, Parisatis y Estatira habían retomado de nuevo la costumbre de visitarse y de comer la una con la otra, quizá porque se temían y así se aseguraban que comían los mismos alimentos servidos por las mismas personas.

Hay un pequeño pájaro en Persia que no produce ningún ex-
4 cremento cuyo interior de su cuerpo está íntegramente compuesto de grasa, porque se cree que el animal se alimenta de aire y rocío. Se llama «rintaces». Cuenta Ctesias que Parisatis partió el pájaro en dos partes, sirviéndose de un cuchillo peque-
5 ño. Un lado estaba impregnado del veneno, mientras que lo había retirado de la otra parte. La mitad que estaba sin contaminar

[96] *FGrHist* 690, F15b.

[97] *FGrHist*, 688, F29b.

y pura, según Ctesias, se la llevó a la boca para comérsela y dio
a Estatira la parte que estaba envenenada. Sin embargo, Dinón
señala que no fue Parisatis sino Melanta la que partió para Esta- 6
tira con un cuchillo las partes de las carnes que estaban envene-
nadas. Al sentirse morir esta mujer, entre grandes dolores y es-
pasmos, se dio cuenta de dónde venía su mal y acusó a la madre 7
ante el rey, que ya estaba al tanto de su fiereza y de lo implaca-
ble que era.

Así, el rey empezó una investigación, arrestó a los criados y 8
a los encargados de servir la mesa y los sometió a tortura, pero
Parisatis retuvo a Gigis consigo durante mucho tiempo en su
casa y aunque el rey se lo pedía, no se la entregó. Sin embargo,
una noche, el rey se enteró de que Gigis había pedido volver a
su casa, la capturó en una emboscada que le había preparado y
la condenó a muerte[98].

Según la ley los envenenadores mueren en Persia de esta 9
manera: tras poner sobre una piedra plana la cabeza, los gol-
pean y aprietan con otra piedra hasta que les trituran la cabeza
y el rostro. Gigis murió así y Artajerjes no dijo nada a su madre
ni le hizo mal alguno, pero la envió a Babilonia diciendo que,
mientras ella viviera, él no iría a Babilonia. Esto fue lo que ocu-
rrió en la casa de Artajerjes.

Aunque el rey quería capturar a los griegos que habían ve- **20**
nido en ayuda de Ciro, tanto como vencer a Ciro y conservar el
poder real, no lo consiguió, sino que éstos, incluso a pesar de
haber perdido a Ciro, que era su jefe, y al resto de generales,
fueron casi los únicos que se salvaron del palacio real e incluso
comprobaron y demostraron que en los asuntos del rey y de
Persia había mucho oro, lujo y mujeres, pero, aparte de eso,
todo era vacua ostentación.

---

[98] Según Ctesias de Cnido *(FGrHist,* 688, F27, 61), Gigis fue absuelta por los jueces, pero fue condenada igualmente por el rey.

2 Así toda la Grecia se encorajinó y despreció el mundo bárbaro y, de una manera particular, los lacedemonios consideraron que era terrible no librar a los griegos que vivían en Asia de
3 su esclavitud y dando respuesta a los ultrajes que recibían[99]. Al principio, encargaron la lucha a Timbrón y después a Dercilis, sin conseguir nada digno de mención[100], por lo que después confiaron la dirección de la guerra al rey Agesilao. Este rey, en cambio, en cuanto pasó a Asia con sus naves, enseguida se mostró eficaz y consiguió una gran fama al vencer en batalla a Tisafernes e inducir con ello a muchas ciudades a sublevarse[101].

4 En vista de los hechos, Artajerjes, pensando de qué manera se debía luchar contra aquéllos, envió a Timócrates, el rodio, a Grecia. Llevaba éste mucho oro, con la consigna de ofrecerlo y, con ello, corromper a los más influyentes de las ciudades, para así provocar una guerra que enfrentara a los griegos contra Es-
5 parta[102]. Timócrates no tardó en cumplir esta orden y la mayor parte de las ciudades se aliaron y todo el Peloponeso se vio afectado por la revuelta, por lo que los arcontes mandaron traer a Agesilao desde Asia[103]. Cuentan que, entonces, al tener que

[99] El propio Jenofonte (JENOFONTE, *Hel.* III 1, 3), que participó en la expedición de los Diez Mil, aduce como una de las causas la debilidad de un imperio persa y que los griegos no fueran capturados en su huida. Sin embargo, también se dice que fueron las propias ciudades jonias las que pidieron la ayuda espartana (así en JENOFONTE, *Hel.* I 3; DIOD., XIV 35).

[100] Plutarco es parco en detalles. Tisafernes, sátrapa de Jonia y Lidia en el 400 a. C., quiso someter a todas las ciudades griegas de Lidia y Jonia empezando con un ataque a Cime. Timbrón fue enviado a Asia desde Esparta y contactó con el resto de la expedición de Ciro de los Diez Mil (JENOFONTE, *Anáb.* VI 6, 1); pero en el 399 a. C. le sustituyó Dercilis que en el 397 a. C. se vio forzado a firmar una tregua con Farnabazo y con Tisafernes. *Cf.* JENOFONTE, *Hel.* III 1, 4 y DIOD., XIV 36-38.

[101] *Cf.* PLUT., *Ages.* 6-14.

[102] JENOFONTE *(Hel.* III 5, 1) ofrece una lista de los que fueron sobornados.

[103] *Cf.* JENOFONTE, *Hel.* IV 2, 1 y PLUT., *Ages.* 15.

partir, Agesilao les dijo a sus amigos que por treinta mil arque- 6
ros le habían echado de Asia, y es que la moneda persa muestra un arquero como imagen[104].

Artajerjes echó del mar a los lacedemonios, uniendo al es- 21
tratego ateniense Conón con Farnabazo[105]. En efecto, Conón se había quedado en Chipre tras la batalla naval de Egospótamos, no tanto para estar a salvo, como en espera de que cambiara el orden de cosas, como si en el mar estuviera aguardando el cambio del viento[106]. Al ver cómo sus propios planes necesitaban
un ejército y el ejército del rey necesitaba un hombre hábil, en- 2
vió una carta que explicaba lo que él tenía proyectado hacer y ordenó al que la portaba que prefería que se hiciera llegar esta
carta a través del cretense Zenón o de Policrito de Mindo (Ze- 3
nón era bailarín[107] y Policrito era médico[108]), pero que, si ellos no estaban presentes, que se hiciera a través de Ctesias el mé-
dico. También se cuenta que Ctesias, interceptando la carta, es- 4
cribió, a continuación de lo que había enviado Conón, la petición de que también se enviase a Ctesias ante él, porque le sería útil en

---

104 Se refiere a la moneda de los persas, el dárico. Esta historia también aparece en otras obras de Plutarco. *Cf.* PLUT., *Ages.* 15.

105 Sátrapa de Frigia y Bitinia.

106 Conón pudo salir vivo de la batalla de Egospótamos y refugiarse en Chipre en compañía de ocho naves. *Cf.* JENOFONTE, *Hel.* 2, 1, 29; ISOC., *Fil.* 62-3; *Evág.* 53-55; DIODORO SÍCULO, XIII 106, 6; XIV, 39, 1-2; 81, 5-6; 83, 4-7.

107 ATENEO comenta *(Banquete de los eruditos* I 40p 22c = *FGrHist,* 688, F31) que, después de Ctesias, el bailarín Zenón de Creta era el hombre más apreciado por parte de Artajerjes II.

108 Como Ctesias de Cnido, también es médico POLICRITO DE MINDO. Mindo es una ciudad de la Calcídica. Una posible identificación de este personaje sería la de un historiador de tendencia paradoxográfica *(FGrHist,* 559), del que se conservan algunos fragmentos que pueden relacionarse en contenido con la obra de Ctesias.

las acciones en el mar[109]. Pero Ctesias, por su parte, asegura[110] que fue el rey quien por propia voluntad le encargó el trabajo a él.

5 Cuando con la victoria de Conón y Farnabazo en la batalla naval de Cnido se acabó con el poder marítimo lacedemonio[111], el rey atrajo la atención de toda la Grecia hasta el punto de poder imponer el célebre tratado llamado «paz de Antálcidas».
6 Antálcidas era un espartiata hijo de León[112] que, representando los intereses del rey en la negociación, acordó que los lacedemonios cedieran todas las ciudades helenas de Asia y las islas colindantes, que quedarían sometidas a tributo, firmando con ello una paz; si se puede llamar paz al ultrajante atropello que se cometía contra Grecia en una guerra cuyo fin no pudo ser más innoble para los vencidos[113].

22 Por ello, Artajerjes, que detestaba a los espartiatas y que

[109] Ctesias era de Cnido, lo que parece que sea natural que Conón reclame su presencia como conocedor del terreno.

[110] *FGrHist*, 688, F22.

[111] En el 394 a. C., batalla en la que el general espartano Pisandro murió. *Cf.* JENOFONTE, *Hel.* 4, PLUT., *Ages.* 17, 4, 3, 12.

[112] Antálcidas fue el espartano encargado de unas largas negociaciones con Tiribazo que empezaron en el año 393 a. C., dos años después de la batalla del Cnido. *Cf.* JENOFONTE, *Hel.* IV 8, 12. Sobre su padre León se sabe que fue un importante político de la segunda mitad del siglo V a. C.: participó en la fundación de la ciudad de Heraclea en Tracia en el 426 a. C. (TUCÍD., III 92, 5); fue embajador en Atenas en el 420 a. C. (TUCÍD., V 44, 3) y fue éforo en Esparta en 419-418 a. C. (JENOFONTE, *Hel.* II 3, 10).

[113] La «paz de Antálcidas» fue también llamada «paz del Rey», en referencia a Artajerjes II, porque en realidad no era un acuerdo bilateral, sino una expresión de la voluntad del rey. ISÓCRATES en el *Panegírico* (IV 176) define este tratado como un conjunto de «ordenes, no de acuerdos». Fue firmada en el 386 a. C. Sin embargo, la mayor parte de las fuentes considera que sólo fueron las ciudades de Asia Menor las sometidas al rey persa. *Cf.* ISÓCRATES, IV 175-176; DIOD., XIV 110, 3; PLUT., *Ages.* 23. El mismo juicio negativo aparece expresado por parte de Plutarco en la *Vida de Agesilao*. *Cf.* PLUT., *Ages.* 23. Sin embargo, aquí parece cargar aún más las tintas.

creía, según cuenta Dinón[114] que eran los más desvergonzados de los hombres todos, apreció muchísimo que Antálcidas se hubiera pasado al bando persa. Una vez, cogió una de sus coronas de flores y, bañándola en la mirra más costosa, se la envió en medio del banquete a Antálcidas y todos se admiraron de esta 2
muestra de generosidad[115]. Estaba Antálcidas, como parece, dispuesto a tomar la corona y vivir rodeado de lujos, pues incluso 3
ante los persas había parodiado en una danza a Leónidas y a Calícrates[116]. Parece que entonces Agesilao, cuando uno le dijo: «¡Ay de Grecia, que ya incluso los lacedemonios imitan a los 4
persas!»; le contesto: «¿No será mejor decir que son los medos los que imitan a los espartanos[117]?».

Sin embargo, la pomposidad de sus palabras no eliminó la 5
vergüenza de los hechos, pues aunque sólo tras la derrota de Leuctra los laconios perdieron su hegemonía, la gloria de Esparta ya se había hundido antes por ese tratado. Mientras Esparta mantuvo su primacía, a Antálcidas le hicieron huésped y le 6
reconocían como su amigo, pero en cuanto los lacedemonios fueron derrotados en Leuctra[118] y se vieron necesitados de dine-

---

[114] *FGrHist*, 690 F19. Es la normal reacción de Artajerjes, ya que los espartanos habían sido los aliados de su hermano Ciro.

[115] *FGrHist*, 689 F5 (Heraclides de Cumas en Aten., *Banquete de los eruditos* II 48); Plut., *Pelóp.* 30; *Charlas de sobremesa* 7, 713 y Elian., *Miscelánea Histórica* XIV, 39.

[116] Es decir, había humillado el buen nombre de los más importantes héroes de Esparta. La historia también está en Eliano *(VH*, XIV, 39) con más lujo de detalles, informando de la actividad de Antálcidas como embajador en el 386 a. C. Leónidas es el general espartano que defendió las Termópilas en ese famoso episodio de las guerras médicas y Calicrátides es otro general espartano que, en el año 406 a. C., murió heroicamente en la batalla de las Arginusas contra Atenas, en la guerra del Peloponeso.

[117] *Cf.* Plut., *Ages.* 23; *Máximas de espartanos* 213B.

[118] En el año 371 a. C. los espartanos fueron vencidos por los beocios Peló-

ro, reducidos a la miseria, enviaron a Agesilao a Egipto[119] y Antálicidas acudió ante Artajerjes[120], pidiendo que ayudara a los
7 lacedemonios. Sin embargo el rey se desentendió del asunto, lo echó con displicencia, de tal forma que, al verse caído en desgracia, injuriado ante sus enemigos y temiendo incluso a los éforos, Antálcidas se dejo morir de hambre.

8 Acudieron también ante el rey los tebanos Ismenias y Pelópidas, el vencedor de Leuctra[121]. Sin embargo, este último no hizo nada de lo que tuviera que avergonzarse e Ismenias, ante la orden de que se postrara de hinojos ante el rey, dejó caer a tierra el anillo delante de él y se agachó para cogerlo, fingiendo que le mostraba sus respetos haciendo una reverencia.

9 Otro caso fue el de Timágoras, el ateniense[122], que había enviado a través de su secretario Velurido un mensaje secreto. El rey, satisfecho con el mensaje, le dio mil dáricos y, como Timágoras necesitaba leche de vaca por su enfermedad, acompañó ese presente con ochenta vacas que pudieran ser ordeñadas. Aparte, le
10 envió una cama, mantas y criados que estarían encargados de prepararlo todo (como si no hubiera helenos que supieran hacerlo[123])
11 y porteadores que le llevasen hasta el mar, porque estaba débil. Con Timágoras ya ante su presencia, mandó traer una cena opípara, de tal forma que Ostanes, el hermano del rey, dijo: «Acuérda-

---

pidas y Epaminondas y perdieron su hegemonía en el mundo griego. *Cf.*, por ejemplo, PLUT., *Pelóp.* 20-23.

[119] PLUT., *Ages.* 36-40.

[120] JENOFONTE *(Hel.* VI 3, 12) nos presenta al orador ateniense Calístrato preocupado porque Antálcidas fuese a buscar dinero al rey persa Artajerjes.

[121] Según otras fuentes (JENOFONTE, *Hel.* VII 1, 33-8; PLUT., *Pelóp.* 30) la reunión que hubo en Susa con el rey Artajerjes II en el 367 a. C. sólo contó con la presencia del tebano Pelópidas, sin que se mencione a Ismenias.

[122] Timágoras era el representante de Atenas en la reunión diplomática que hubo en Susa. *Cf.* JENOFONTE, *Hel.* VII 1, 35-8; PLUT., *Pelóp.* 30.

[123] *Cf. FGrHist,* 689 F5 (HERACLIDES DE CUMAS en ATEN., *Banquete de los eruditos* II 48 e-d).

te, Timágoras, de esta mesa, pues está dispuesta para ti no por nada». Esto era un reproche por su traición, más que un recuerdo 12
de la gracia obtenida. Y así, después a Timágoras, por haber aceptado un soborno, los atenienses lo condenaron a muerte[124].

Artajerjes sólo tuvo un buen gesto en correspondencia a to- 23
dos los males que los griegos sufrieron, que fue el hecho de que mandara matar a Tisafernes, el más importante y el más odiado de sus enemigos. Lo hizo ejecutar porque Parisatis apoyaba las calumnias que se dirigían contra él[125].

Lo cierto es que no estuvo el rey enfadado con su madre mu- 2
cho tiempo, sino que se reconcilió con ella e incluso aceptó de nuevo su compañía, al ver que tenía una inteligencia y una prudencia propias de una persona de sangre real, y que no había ninguna razón por la que, estando juntos, tuvieran que recelar el 3
uno del otro y estar continuamente susceptibles. Desde ese momento, la reina colaboró de buena gana en todo con el rey y, al no contradecirle en nada de lo que hacía, tenía gran poder sobre él y consiguió del rey todo lo que quería.

Se enteró de que Artajerjes estaba muy enamorado de Atosa, una de sus hijas, un amor que él escondía por respeto a su madre o, como aseguran algunos, ocultaba su pasión porque ya gozaba secretamente de los favores de la muchacha. Pero Pari- 4
satis, que era muy perspicaz, empezó así a mostrar aún más afecto que antes a su hijo y alababa ante Artajerjes la belleza de

---

[124] Según Jenofonte (*Hel.* VII 1, 38), fue condenado por haber actuado demasiado en interés de los tebanos y no de Atenas. Según Ateneo (Aten., *Banquete de los eruditos* VI 252b), fue acusado de haberse postrado ante el rey. Ya hemos comprobado, en el caso de esta misma vida, cómo era un acto vergonzoso el humillarse como un súbdito ante un rey. Plutarco, en otros pasajes (Plut., *Ages.* 30), abunda en ese lujo que aceptó de buen grado el ateniense Timágoras.

[125] Tisafernes fue decapitado en 396-395 a. C. acusado de traición. *Cf.* Plut., *Ages.* 10; Jenofonte, *Hel.* III 4, 25; Nep., *Con.* 3 y 4, 1; Diod., XIV 80, 6-8; Polieno, VII 16, 1; *FGrHist*, 66, F1 *(Helleniká de oxyrrhinchus).*

la muchacha y el carácter de ella, ilustre y digno de su sangre real, y, al final, consiguió convencer al rey para que se casara
5 con la joven y la declarara su esposa legítima, mandando a paseo las leyes y las costumbres de los griegos, ya que para los persas él era la ley y el que había sido designado por la divinidad para juzgar lo bueno y lo malo.

6 Algunos, entre los que se encuentra Heraclides de Cumas[126], incluso dicen que no sólo se casó con una de sus hijas, sino que Artajerjes se casó también con otra, Amestris, de la que dentro
7 de poco hablaremos[127]. En cuanto a Atosa, el padre amaba tanto la compañía de su hija que, al cebarse la lepra en su cuerpo[128], el rey no sólo por esto se llevó un gran disgusto, sino que incluso pidió por ella a la diosa Hera, la única entre los dioses ante la que se postró, dignándose a tocar con sus manos la tierra, y fueron tantos los regalos que enviaron los sátrapas y sus amigos bajo sus órdenes, que se llenaron de oro plata, púrpura y caballos los dieciséis estadios que separaban el templo del palacio.

24 Hizo la guerra contra los egipcios sin lograr la victoria a causa de las disensiones de Ifícrates y Farnabazo[129]. Él personalmen-
2 te comandó su ejército contra los cadusios, compuesto por trescientos mil soldados de infantería y diez mil caballeros. Como se había metido en una región difícil por su aspereza, brumosa y en

[126] *FGrHist*, 689 F7a; primera vez que Plutarco menciona otra de sus importantes fuentes para la vida de Artajerjes, junto con Dinón y Ctesias, que forman parte de la llamada historiografía trágica. Heraclides escribió unas *Persiká*.

[127] *Cf.* 27. Era bastante normal este tipo de matrimonios persas entre familiares (recordemos que Darío II y Parisatis eran hermanastros), como así lo parece mostrar Ctesias de Cnido. *Cf. FGrHist*, 688, F44 a y b.

[128] Según Heródoto (I 138) el que padecía esta lepra blanca tenía que vivir separado del resto de los persas y expiar una ofensa que había cometido contra el dios Sol. De ahí, el escrúpulo religioso de Artajerjes II.

[129] La campaña de Ifícrates, el general ateniense que comandaba a los mercenarios, y Farnabazo en Egipto tuvo lugar en el año 373 a.C. y de hecho Egipto consiguió la independencia del yugo persa. *cf.* Diod., XV 29; 41-3; Nep., *If.* 2, 4.

la que era imposible sembrar, que alimentaba a hombres belicosos y valerosos con peras, manzanas y otros frutos salvajes similares, no se dio cuenta de que se había metido en grandes dificultades y peligros[130]. No había ninguna posibilidad de coger nada 3
de comida ni traerla de otra parte. Las acémilas eran lo único a lo que se podía recurrir, de tal manera que una simple cabeza de un asno alcanzó el valor de sesenta dracmas. Se dejó de celebrar el banquete del rey[131] y ya quedaban apenas pocos caballos, porque el resto se los habían comido y habían acabado con ellos.

Tiribazo fue quien salvó al rey y a su ejército entonces, un 4
hombre que muchas veces había destacado en primer lugar por su valentía, pero que muchas otras se había dejado llevar por su ligereza, y que entonces había caído en desgracia y era despreciado por todos[132].

---

[130] Los cadusios se rebelaron contra Artajerjes II en el año 385 a. C. La región en la que ellos vivían se encontraba en la costa sur-occidental del mar Caspio. *cf.* DIOD., XV 8, 5; 10, 1; NEP., *Dat.* 1, 2.

[131] La mejor fuente sobre estos «banquetes oficiales» es POLIENO (IV 3, 32), que pretende recoger lo que Alejandro vio como estipulado en un pilar en la corte de Darío III. Se encuentran allí detalladas las cantidades de grano, vacas, carneros, caballos, aves, verduras, frutas, condimentos, frutos secos, leche, aceites, vino, etc. CTESIAS DE CNIDO y HERACLIDES DE CUMAS *(FGrHist,* 688, F39; *FGrHist,* 689 F2) nos informan de que todo esto costaba unos 400 talentos y que el rey solía comer en compañía de 15.000 hombres, entre soldados y comensales del rey, con platos y copas servidas en vajilla de oro. Según CTESIAS DE CNIDO *(FGrHist,* 688, F40), sólo los que habían sido degradados por el rey usaban copas de barro. El personal que se ocupaba de servir esta comida era extraordinario: el servicio de Darío III del que Parmenión (recordado por ATEN., *Banquete de los eruditos* XIII 608a) hace un inventario para Alejandro Magno, cuando éste derrota a Darío III y conquista el imperio persa incluía 46 trenzadores de coronas, 277 cocineros, 29 marmiteros, 13 pasteleros, 17 camareros especialistas en bebidas, 70 filtradores del vino y 14 perfumeros.

[132] DIODORO (XIV 8, 2-5) cuenta que, antes de la expedición contra el pueblo de los cadusios, Tiribazo había sido acusado de traición y que esperaba a ser juzgado, pero que su juicio se había pospuesto a causa de la expedición.

5 Siendo dos los reyes en Cadusio, cada uno de ellos con sus
respectivos campamentos, fue Tiribazo a contarle a Artajerjes
qué es lo que tenía pensado hacer. Después, él mismo en perso-
na fue al encuentro de uno de los reyes de Cadusio, y mandó al
hijo al otro en secreto. Cada uno de esos reyes cayó en el enga-
6 ño de ellos dos, pues Tiribazo iba diciendo a cada uno que lle-
vaba una embajada de parte de Artajerjes, y que buscaba la
alianza y la amistad, pero nada más que con él. Por tanto, decía
que, si sabían lo que se hacían, tenían que comunicarse con el
rey lo antes posible, que él se ocuparía de todo. Con estas pala-
7 bras convencieron a ambos y haciéndoles creer que se adelan-
taban al otro, uno envió una embajada con Tiribazo y el otro la
envió con su hijo.

8 Al ver que tardaban, Artajerjes comenzó a sentirse asediado
por las sospechas y las voces calumniosas que se suscitaban
contra Tiribazo, e incluso el propio rey estaba ya angustiado y
se arrepentía de haber confiado en Tiribazo y haberles ofrecido
9 a los calumniadores la oportunidad de acusarlo. Pero cuando
llegó por un lado Tiribazo y por otro su hijo también, ambos lle-
vando a los cadusios, se firmó una tregua de paz entre ellos res-
pectivamente, y Tiribazo volvió a la corte del rey como un
hombre ilustre y grande[133].

Queda así claro que toda cobardía y debilidad surgen, no de
la vanidad y del lujo (como así la mayoría lo creen) sino de una
10 naturaleza corrompida e innoble que sigue la corriente de los
pareceres perversos; porque a Tiribazo, ni el oro, ni el lujoso
vestido persa, ni ese adorno de doce mil talentos que portaba el
rey, le habían impedido sufrir ni pasarlo tan mal como los que
allí se encontraban, y, sin embargo él mismo, con la aljaba al

---

[133] En efecto, DIODORO (XIV 10-11) nos informa de que Tiribazo volvió a disfrutar del favor real y que se desestimaron las acusaciones que le habían hecho caer en desgracia.

hombro y portando su escudo, había sido el primero en ir por
pasos de montaña y difíciles, dejando atrás su caballo. De esta
forma, los demás se animaban y se sentían aliviados al ver su
arrojo y su aguante, pues, en efecto, recorría cada día doscien- 11
tos estadios o incluso más[134].

Una vez, bajó a una residencia real, donde se encontraban 25
admirables jardines, dispuestos de una manera armoniosa en
una región en la que alrededor no había árboles y estaba seca[135],
y, como hacía frío, permitió a los soldados que sacaran leña
cortando los árboles del jardín, sin que se respetaran ni encinas
ni cipreses. Sin embargo, como estaban admirados y sentían re- 2
verencia ante la belleza y la grandeza de estos árboles, Tiriba-
zo, él mismo, empuñando un hacha, cortó el más bello y más
grande de los árboles que allí había. De esta manera, tras haber
todos cortado madera y haber encendido muchos fuegos, pasa-
ron la noche cómodamente.

Con todo, el rey no consiguió volver sino tras haber perdido a 3
muchos y valientes hombres y casi todos los caballos. Creyéndo-
se despreciado por este fracaso y las penalidades de la campaña
militar, mató a muchos de sus principales dignatarios de los que
sospechaba, más en un arranque de cólera que porque en verdad
temiera algo de ellos. Así sucede con la cobardía, que es el as- 4
pecto más terrorífico de las tiranías, mientras que el coraje es clemente, dulce y confiado. Por ello, los animales salvajes más difíciles de amansar y más terribles son aquellos que son más tímidos y que temen el menor ruido, mientras los que son valientes, porque confían más en su valor, no evitan las muestras de cariño.

---

[134] 38 km.

[135] Este tipo de «paraíso», como son denominados en el texto, eran grandes cotos de caza al lado de residencias reales, donde vivían todo tipo de especies animales y vegetales. Jenofonte *(Anáb.* I 2, 7), por ejemplo, describe el «paraíso» que poseía Ciro en Celenas (Frigia).

26 Artajerjes, ya en su vejez[136], se dio cuenta de que sus hijos
se disputaban el trono entre sus amigos y los dignatarios. Los
que eran más sensatos consideraban más razonable que, de la
misma forma que Artajerjes lo había tomado, así él tenía que
dejar el poder a Darío por ser el mayor. Sin embargo, el más jo-
2 ven, Oco[137], que era de carácter violento y obstinado, y tenía a
no pocos a su favor entre los miembros de la corte, albergaba la
esperanza de influir en su padre a través de Atosa. A aquélla
la engatusaba prometiéndole que la tomaría por esposa y com-
3 partiría el trono con él después de la muerte de su padre. Inclu-
so se contaba que, mientras el rey estuvo vivo, mantuvo una re-
lación oculta con ella, de la que Artajerjes no se enteró. Sin
embargo, de una manera inesperada y como queriendo que Oco
4 viera desilusionadas sus esperanzas de tomar el poder, para que
así no se atreviera a hacer lo mismo que Ciro se atrevió a hacer,
nombró rey a Darío a los cincuenta años de edad y le concedió
el privilegio de portar la llamada «tiara recta»[138].
5 Hay una ley entre los persas que dice que el que va a ser pro-
clamado como rey debe pedir un regalo y que el que lo proclama
rey tiene que darle todo lo que pida, si es posible conseguirlo. Da-
río pidió a Aspasia, la favorita de Ciro, que en ese momento era la
concubina del rey. Era de Focea, de Jonia, había sido criada ade-
6 cuadamente y era de padres libres. En una ocasión en la que Ciro
cenaba la llevaron en compañía del resto de las mujeres, y las otras
se sentaron a su lado. Mientras él las besaba, las tocaba y bromea-
ba con ellas, ellas recibían con gusto sus muestras de cariño. Sin

[136] *Cf.* 30, 9.

[137] Artajerjes II tuvo tres hijos: Darío, Ariaspe y después Ciro. Poco después Plutarco (30, 7) cuenta qué fue de cada uno de ellos.

[138] La *kítaris* o *kídaris* era una especie de tiara que usaban los reyes de Persia como distintivo, hecha de mirra y de una planta poco común no identificada y nombrada tan sólo en Dinón llamada *labizos*. *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* II 5, 23; ATEN., *Banquete de los eruditos* XII 514a; *FGrHist*, 690, F25 (DINÓN).

embargo, Aspasia permanecía de pie al lado del lecho, en silencio, 7
y no obedecía a la orden de Ciro de acercarse. Ante los amagos de
los criados de querer traerla, ella les espetó: «Quien me toque con
sus manos se arrepentirá». Por eso, a ella se la calificó de bestia ca- 8
rente de encanto, pero Ciro al enterarse de lo que pasaba se puso a
reír y dijo al que supervisaba a las mujeres: «Pero ¿es que acaso no
ves que me vienes con esta mujer, que es la única libre e intacha- 9
ble?». De esta forma, empezó a tener más interés en ella, la prefi-
rió a las demás y la llamó sabia. Fue hecha prisionera a la muerte
de Ciro en la guerra, mientras el ejército se dispersaba[139].

Darío causó pesar a su padre al pedir esta mujer. En efecto, el 27
carácter bárbaro es terriblemente celoso en lo que concierne a sus
placeres, de tal forma que no sólo es condenado a muerte el que se
acerca y toca a una concubina del rey, sino también el que simple-
mente, en un paseo, se acerca y se dirige a los carros en los que son
transportadas. Y, en efecto, aunque el rey tenía a Atosa, a la que
había hecho su esposa por amor, contraviniendo con ello la ley, él 2
frecuentaba a trescientas setenta concubinas de excelsa belleza[140].

Ante la petición de Darío él contestó que aquélla era una 3
mujer libre y, por tanto, ordenó que él la tomara si ella estaba de
acuerdo, pero que no se la obligara si ella no consentía. Mandó

---

[139] La historia de Aspasia, la favorita griega de Ciro, es bastante popular entre los autores griegos *(cf.* JENOFONTE, *Anáb.* I 10, 2; JUST., X 2, 2-3; PLUT., *Per.* 24; ATEN., *Banquete de los eruditos* XIII 576d; ELIAN., *Miscelánea Histórica* XII 1), pero Plutarco, en la vida de Pericles (PLUT., *Per.* 24), dice que, en realidad, esa cortesana se llamaba Miltó y que Ciro la llamó Aspasia en recuerdo a la famosa Aspasia de Pericles.

[140] Con ellas, según cuenta JUSTINO (X 1, 1), tuvo ciento quince hijos bastardos. Las concubinas del rey ya las nombra HERÓDOTO como jóvenes compradas (I 135), capturadas en las guerras (VI 19; 32; IX 76) o incluso jóvenes reclamadas entre las hijas vírgenes de las familias del imperio persa (III 159). Según DINÓN *(FGrHist,* 689, F1; F27) dormían de día, porque acompañaban con cantos y bailes los banquetes del rey. La reina tenía que aceptar su presencia a pesar de que las concubinas tenían que postrarse, en señal de respeto ante ella.

buscar a Aspasia y, contra todo pronóstico, ella eligió a Darío, de modo que se la tuvo que dar, obligado como estaba por la ley. Sin embargo, poco después de habérsela dado se la quitó. En efecto, la nombró sacerdotisa del culto de Ártemis de Ecba-
4 tana que se llama Anaitis[141], para que pasara el resto de su vida casta, creyendo así que su hijo sufriría no una afrenta injusta, sino una conforme a cierta medida y mezclada con cierta ironía. Pero él no se lo tomó tan bien, ya fuera porque sufría terrible-
5 mente de amor por Aspasia, ya fuera porque creyera que había sido humillado e injuriado por su padre[142].

6 Cuando Tiribazo se dio cuenta de que él estaba así, todavía le excitó más, viendo reflejados en los sufrimientos de aquél
7 los suyos propios. Se trataba de esto: el rey que tenía muchas hijas, prometió a Farnabazo que le daría como esposa a Apama, Rodoguna a Orontes[143], y a Tiribazo Amestris. A los otros sí les
8 dio sus respectivas esposas, pero a Tiribazo le engañó, porque él
9 se casó con Amestris y, en vez de aquélla, le dio a Tiribazo su hija menor, Atosa. Pero en cuanto el rey se enamoró también de esta última, se casó también con ésta, como se ha dicho[144].

Tiribazo alimentó un odio absoluto contra él, y su carácter

[141] Según JUSTINO (X 2), Aspasia estaría consagrada al culto del dios Sol, dios al que luego Plutarco menciona *(cf.* 29). Precisamente Artajerjes II fue el principal impulsor del culto de Ártemis/Anaitis-Anahita por las principales ciudades del imperio persa. *Cf. FGrHist,* 680, F11 (BEROSSUS). La importancia del centro cultual de Ecbatana se encuentra destacada en autores, como POLIBIO (X 27, 12), pero el culto de Anaitis estaba muy expandido por toda Asia Menor, especialmente en Lidia: por ejemplo, PAUSANIAS (II 16, 8) y TÁCITO (*An.* 3, 62) testimonian el culto de Ártemis Anaitis allí en época romana.

[142] *Cf.*, JUST., X 1, 1.

[143] Orontes era sátrapa de Armenia, al que parece que Plutarco en el capítulo 12 ha mencionado como hijo de Artasira. Se casó con la hija de Artajerjes II en la misma época que Ciro marchaba de expedición contra su hermano. *Cf.* JENOFONTE, *Anáb.* II 4, 8.

[144] *Cf.* 23.

ya no fue de ninguna manera constante, sino anómalo y atolon- 10
drado. Por ello, daba igual que fuera tan feliz como los principales mandatarios o estuviera en desgracia y fuera despreciado, porque no soportaba bien ningún cambio, sino que, si era honrado, por su vanidad era odioso, y, si estaba en desgracia, no se mostraba ni sereno ni humilde, sino iracundo y altivo.

Tiribazo juntó fuego con fuego, asediando al joven Darío[145], y 28
le iba diciendo continuamente que no les era útil la tiara recta que ceñía sus cabezas a aquellos que no intentaban tomar las riendas del Estado por sus propios medios; y que era estúpido, si pensaba que la sucesión era una cosa segura, ya que su hermano estaba en la sombra, luchando por la corona mediante intrigas de gineceo[146]; y que su padre tenía un carácter impresionable y débil, pues, en
efecto, de alguien que había faltado a la ley inmutable de los per- 2
sas por una mujerzuela griega no se podía esperar que mantuviera sus promesas en cuestiones más importantes. También decía que
no significaba lo mismo para Oco no alcanzar el trono como para 3
Darío el verse privado de ese poder, porque a Oco nada le impedía ser feliz como una persona normal, mientras que aquél, al ser nombrado rey, tenía obligatoriamente que reinar o dejar de vivir.

Quizá es enteramente verdad esta frase de Sófocles: 4

Rápida es la persuasión para conducir a los males[147].

Ciertamente el camino es llano y descendente cuando va hacia lo que uno desea[148], pero la mayoría quiere cosas banales

[145] Es una curiosa forma de referirse a Darío, un hombre del que ha dicho que ha cumplido cincuenta años, y resulta algo confusa, pero en ningún momento se está refiriendo a Oco, el hermano menor.

[146] *Cf.* 26, 2-3.

[147] Fr. 786 Nauck.

[148] Posible reminiscencia de un verso de HESÍODO de *Trabajos y Días* (*Op.* 288) que cita Plutarco en otras obras suyas.

por su inexperiencia de la virtud y su desconocimiento de ello.
5 Por ello, no fue ni la grandeza del poder, ni el miedo que Darío tenía a Oco lo que sirvieron de argumentos a Tiribazo, sino el hecho de que se le hubiera quitado a Aspasia, «pues Ciprogeneia[149] no está completamente falta de culpa».

29 Darío confió plenamente en Tiribazo, porque ya eran muchos los conjurados[150], pero un eunuco le descubrió al rey la conspiración y la manera en que se iba a ejecutar, porque sabía exactamente que habían acordado que durante la noche entrarían a matarlo en su habitación mientras él estaba dormido. Le
2 pareció a Artajerjes, mientras lo escuchaba, que era terrible ignorar tan grave peligro y desentenderse de esta denuncia, pero le parecía aún más terrible el hecho de creerlo sin más, sin que hubiera ninguna prueba.

3 Actuó así en consecuencia: ordenó al eunuco que estuviese al acecho y los siguiera, mientras él, derribando la pared de la habitación de detrás de la cama, hacía poner nuevas puertas y
4 esconderlas tras un tapiz. Llegado el momento, pues le había avisado el eunuco del momento acordado, él esperó tumbado en la cama y no se levantó sin antes haber visto la cara de los que le atacaban y reconocer claramente a cada uno de ellos. En
5 cuanto los vio sacar sus puñales y avanzar hacia él, rápidamente alzó la tela, desapareció por un pasadizo interno y cerró las puertas gritando.

6 Los asesinos, que se veían descubiertos y sin haber hecho nada, salieron corriendo por las puertas y le aconsejaron a Tiri-
7 bazo que se alejara porque habían sido descubiertos. Y así, los demás salieron huyendo, pero Tiribazo mató a muchos de los sol-

[149] Literalmente, «la nacida en Chipre», refiriéndose a Afrodita, la diosa del Amor, de la que se creía que allí había nacido.

[150] Según Justino (X 1, 6) los conjurados eran cincuenta de los hijos que Artajerjes II había tenido con sus concubinas.

dados del rey que querían capturarlo, aunque poco después, alcanzado por un asta lanzada de lejos, cayó muerto.

A Darío, en compañía de sus hijos, lo llevó a juicio ante los 8
jueces reales pero sin que él estuviera presente, sino siendo otros
distintos los que formulaban la acusación, y pidió a los sirvientes
que redactaran la decisión de cada uno de los jueces y que luego 9
se lo hicieran llegar. Cuando todos dictaron la misma sentencia
y condenaron a muerte a Darío[151], los sirvientes se lo llevaron
arrestado a una habitación contigua y llamaron al verdugo y éste
acudió, al ser llamado, con el cuchillo con el que iba a cortar las
cabezas de los condenados. Mas al ver a Darío, se quedó sin pa-
labras y se volvió hacia la puerta, porque, decía, que no podría ni
se atrevería a ser el asesino de un rey. Pero fuera estaban los jue- 10
ces que lo impidieron salir y lo presionaron con sus órdenes, así
que dándose la vuelta, con una mano le sujetó del cabello a Da-
río, le bajó la cabeza y le cortó el cuello con el cuchillo.

Algunos dicen que el proceso judicial tuvo lugar en presen- 11
cia del rey, que Darío, al verse implicado por las pruebas, pidió
clemencia suplicante con el rostro en tierra, pero que Artajer-
jes, levantándose y sacando la cimitarra, lo golpeó hasta la
muerte. Después se acercó al palacio, oró por el dios Sol y dijo: 12
«Id en paz, persas, y decid a los demás que Oramasde[152] dio su
castigo a los que habían planeado estas cosas contrarias a la ley
y al orden».

[151] Según Justino (X 2, 6) fueron condenados a muerte igualmente sus mujeres y sus hijos para borrar todo elemento que tuviese relación con la conspiración, probablemente para que ninguno de los descendientes de Darío tomase venganza posteriormente.

[152] Ahuramazda, al que se le invoca igualmente cuando Darío III está a punto de ser derrotado por Alejandro. *Cf.* Plut., *Alej.* 30. Existe un cierto conocimiento del zoroastrismo con cierta profundidad por parte de Plutarco (*Isis y Osiris* 369D-370E), pero desde Heródoto (I 131; VII 40; VIII 115) a esta divinidad se la conocía asimilada a Zeus.

30 La revuelta tuvo este fin, pero Oco, que albergaba aún gran-
des esperanzas, animado por Atosa, ahora temía a Ariaspes[153], el
único que quedaba entre los hijos legítimos, y a Arsames entre los
2 hijos bastardos. Ariaspes, no por ser más viejo que Oco, sino por
ser más moderado, sencillo y humano, lo consideraban los per-
sas muy digno del trono. En cambio, respecto a Arsames, del que
3 se pensaba que era prudente, no se le pasó por alto a Oco que era
precisamente el favorito de su padre. Conspirando contra ambos
de forma astuta y sanguinaria a la vez, se sirvió de su innata
crueldad contra Arsames y de su siniestra vileza contra Ariaspes.

4 Envió, en efecto, a este último a eunucos y amigos del rey
que continuamente le avisaban de que estaba en peligro y de que
circulaba un terrible rumor: supuestamente, el padre había de-
5 cidido inflingirle una muerte cruel e ignominiosa. Ellos, cada
día, como si fueran secretas, daban a conocer estas cosas, di-
ciendo lo que el rey retrasaba su decisión o que estaba a punto
de actuar, de modo que asustaron tanto al joven Ariaspes, le
causaron tal inquietud, miedo y angustia al joven por lo que es-
cuchaba que, preparando uno de esos venenos mortales, lo be-
bió y se quitó la vida.

6 Al enterarse el rey del modo en que había muerto, lloró por
él y sospechó la causa, pero, siendo ya viejo, no podía iniciar
7 una investigación en busca de culpables. Por ello, aún más bus-
có el apoyo de Arsames y dejó claro que confiaba más en aquél
y que era a él a quien le hablaba con la mayor franqueza. Pero
no por ello Oco y sus partidarios cejaron en su empeño, sino
8 que, con la ayuda de Arpates, el hijo de Tiribazo, mataron al
otro hermano[154].

9 Ya entonces la vida de Artajerjes por su avanzada edad
pendía de un hilo. Cuando le llegó la noticia de la muerte de

[153] JUSTINO (X 1, 1) lo llama Ariarato.

[154] Se refiere a Arsames.

Arsames, no pudo soportarlo ni tan siquiera un poco, sino que se consumió por el sufrimiento y la tristeza[155], habiendo vivido noventa y cuatro años[156] y reinado sesenta y dos. Dejó la fama de haber sido benevolente y amado por sus súbditos, gracias especialmente a su hijo Oco, que superó a todos por su crueldad sanguinaria[157].

---

[155] Murió en 359-358 a. C., «habiendo sido más afortunado como rey que como padre» (JUSTINO X 2, 7).

[156] *FGrHist*, 690, F20 (DINÓN). PSEUDO-LUCIANO *(Macrobio*, 15) da, en cambio, la noticia de que Artajerjes murió a la edad de ochenta y seis años.

[157] Oco, que reinó con el nombre de Artajerjes III durante veinte años (358-338 a. C.), acabó muerto a manos de su eunuco Bagoa. *Cf.* DIOD., XVII 5, 3; JUSTINO, X 3, 1.

GALBA Y OTÓN

GALBA

El ateniense Ifícrates[1] quería que un soldado mercenario 1
fuese tan amante de la riqueza y las adulaciones, como para presentarse audazmente a la lucha con el único propósito de satisfacer sus deseos. La mayoría de la gente exige, por el contrario, que el ejército, como si se tratara de un cuerpo unido, jamás se mueva siguiendo un impulso proveniente de cada una de sus partes, sino las órdenes de un estratego. Así, cuentan que Emi-
lio Paulo[2], que se puso al mando de un ejército en Macedonia 2
afectado por la charlatanería y el relajo, como si todos fueran estrategos, prescribió que cada uno tuviera su mano presta y su cuchillo afilado, que él se ocuparía de los demás.

Platón no consideraba que pudiese sacar provecho un buen 3
arconte o un buen general si el ejército era indisciplinado y no estaba enteramente de parte del general. Sin embargo, según su

[1] Ifícrates (siglos V-IV a. C.) fue un general ateniense creador de las tropas militares de *peltástai*, o soldados armados con *péltai*, escudos redondos y lisos. *Cf.* POLIENO., *Estrat.* III 9, 22.

[2] Lucio Emilio Paulo, cónsul romano en el 168 d. C., fue el vencedor de Perseo en la batalla de Pidna. *Cf.* PLUT., *Em. Paul.* 13; *Máximas de reyes y generales* 198A; LIV., XLIV 34, 2-3.

criterio, tanto la virtud de la obediencia, como la capacidad de liderazgo, reclaman un alma noble con un trasfondo filosófico que integre de manera armoniosa una cierta mansedumbre y humani-
4 dad a un carácter valiente y enérgico[3]. Son muchos y variados los ejemplos que confirman que no hay nada más temible que el poder lo ocupe un ejército de soldados que se deje llevar por impulsos irracionales y arbitrarios, pero un caso ejemplar de esto son las penalidades que sufrió Roma tras la muerte de Nerón.

5 Dimades[4], una vez muerto Alejandro, comparaba el ejército de los macedonios con un Cíclope cegado[5], viéndolo moverse en muchas acciones desorganizadas y contradictorias. Así tam-
6 bién el poder romano sucumbió en unas luchas y revueltas similares a la llamada titanomaquia, dividida en muchas facciones a la vez y en la que los ataques se producían desde todas partes; y no tanto por el deseo de gobernar de aquellos que se proclamaban emperadores, como por el ansia de riquezas y la vanidad de un ejército, se iban sucediendo los reyes, como si se quitara un clavo para poner otro.

7 Así también Dionisio[6] a Polifrón de Feras[7], que gobernó en Tesalia diez meses y poco después fue depuesto, lo llamó «tira-
8 no de tragedia», bromeando sobre la rapidez del cambio de su

---

[3] PLAT., *Rep.* III y IV.

[4] Fr. 15 De Falco. La misma anécdota la menciona Plutarco (PLUT., *Máximas de reyes y generales* 181F; *Sobre la fortuna o la virtud de Alejandro Magno* 2, 336 F), pero atribuyéndolo al general ateniense Leóstenes, general de la guerra lamíaca. Dimades era un orador y hombre político ateniense del IV a. C. cuya *deinótes* lo ejemplificaba el rétor Demetrio *(perì hermeneías*, 284) con esta cita. *Cf.* De Falco, V, *Demade oratore. Testimonianza e frammenti*, Nápoles, 1954, 12-18; 26 y 97.

[5] Cegado por Ulises y sus compañeros en su cueva. *Cf. Od.* IX.

[6] Se refiere a Dionisio I, tirano de Siracusa (405-367 a. C.) del que recuerda Plutarco alguno de sus apotegmas. *(Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 175C-176C.)

[7] El nombre de Polifrón es una lectura de Ziegler. Polifrón de Feras forma

fortuna. Pero la casa de los Césares, el Palatino, aún en menos
tiempo acogió a cuatro emperadores[8], y uno entraba en escena
casi al mismo tiempo que salía el otro. Sin embargo, algún con- 9
suelo les quedaba a los que caían en desgracia: no tener que
buscar otro castigo para los culpables más que el de ver cómo
se mataban los unos a los otros. El primero de ellos, que sufrió
el más justo de todos los castigos, fue el que había seducido a
los romanos y les había hecho esperar del cambio de César todo
lo que él se prometía a sí mismo, malogrando a causa del dine-
ro una obra digna de elogio: la revuelta contra Nerón, que de-
generaría en una traición.

En efecto, Nimfidio Sabino, que, como se había dicho[9], era 2
un gobernante del palacio con Tigelino[10], cuando se vio a todas
luces que la situación de Nerón era desesperada y estaba claro
que él huiría a Egipto, convenció al ejército para que eligieran
a Galba como emperador, como si no estuviera presente Nerón
y hubiera huido, y dio como regalo a cada uno de los guardas
del palacio y del llamado pretorio siete mil quinientos dracmas. 2

---

parte de una breve dinastía de gobernantes tesalios. Polifrón era el hermano menor de Jasón de Feras, tirano de Tesalia hasta el año 370 a. C., año en el que fue asesinado. A Jasón le sucedió primero otro hermano, Polidoro, y a la muerte de éste, poco después, tomó el poder Polifrón, que fue asesinado en el 369 a. C. por Alejandro de Feras. *Cf.* JENOFONTE, *Hel.* VI 4, 34; PLUT., *Pelóp.* 29.

[8] Tras la muerte de Nerón (9 de junio del 68 d. C.) le suceden en diez meses Galba (asesinado el 15 de enero del 69 d. C.), Otón (que se suicida en Bedriaco el 14 de abril de 69 d. C.) y Vitelio.

[9] Plutarco no informa de esto en ninguna vida o tratado anterior de los conservados. Probablemente se hablaba del tal Nimfidio Sabino en una perdida *Vida de Nerón* dentro de la *Vida de los Césares* del que se conservan fragmentos (Fr. 5 Sandbalch).

[10] Ofronio Tigelino de Agrigento, exiliado con Calígula, volvió con Claudio a Roma y formó parte del círculo del emperador Nerón como prefecto del pretorio.

En cambio, a los que estaban fuera guerreando les dio dos mil quinientos, porque era técnicamente imposible reunir una cantidad mayor sin que ello ocasionara más males que los que habían sufrido todos los hombres a los que gobernó Nerón.

3 Este gesto acabó costándole la vida a Nerón entonces, pero poco después también a Galba: al primero lo abandonaron los soldados para coger el dinero, pero al otro lo mataron porque no
4 podían sacárselo. De esta manera, buscando a alguien que les diera regalos, sucumbieron ante revueltas y traiciones que acabaron con ellos antes de que pudieran obtener lo que esperaban.
5 Pero aunque el deber de una historia objetiva basada en los hechos es narrar con precisión cada acontecimiento, uno por uno, sin embargo a mí me interesa contar cuanto sea digno de ser contado, en relación con las acciones de los Césares o sus pasiones[11].

3 Se está de acuerdo en que Sulspicio Galba[12] accedió a la casa de los Césares como el hombre que tenía la fortuna privada más importante de todas; y, aunque se tenía en consideración su linaje por pertenecer a la casa de los Servios, él reivindicaba con más orgullo el parentesco con Cátulo[13], un hombre que ha-

---

[11] La *pragmatikḗ historia* es un relato ajustado y documentado de eventos de tipo político y militar, que se diferencia del *bíos* que le interesa a Plutarco, que atiende más a lo particular y anecdótico como revelador de la catadura moral del personaje. *Cf.* PLUT., *Alej.* 1.

[12] Sobre el origen del *cognomen* Galba, que era inusual dentro de la familia de los Sulspicios, Suetonio (SUET., *Galb.* 2, 3) da varias versiones: una cuenta que durante un asedio a una ciudad de Hispania consiguió rendirla con antorchas que estaban impregnadas de *galbanum* (una especie de resina, según PLIN., *Historia Natural* XII 126; XXVI 21); también se dice que recibió ese *cognomen* porque usaba como remedio para sus enfermedades ungüentos untados en vendas de lana llamadas *galbeum*; y finalmente dice que se usaba para referirse a su gordura la palabra gala *galbam*, que significaba gordo.

[13] La familia de Galba era ilustre. La madre de Galba era Mumia Aquea, nieta de Quinto Lutacio Cátulo Capitolino, cónsul con Marco Emilio Lépido en el 78 a. C. *Cf.* SUET., *Galb.* 2-3; PLUT., *Cras.* 13; SUET., *Galb.* 3, 7-8. Sin em-

bía destacado entre los de su tiempo por su virtud y su fama, aunque también delegaba voluntariamente su poder en los demás. También Galba, en cierto modo estaba emparentado con 2
Livia la mujer de César y, por ello, gracias al apoyo de Livia accedió al consulado desde el Palatino[14].

También se cuenta que dirigió con éxito una campaña mili- 3
tar en Germania[15], y que fue alabado como pocos por su labor como procónsul en África[16]. Por la sencillez y la parsimonia de 4
su modo de vida y la moderación de sus gastos se le tachó, al ser nombrado como emperador, de pusilánime, cosa que se lo tomaba como si se tratara de una fama trasnochada de hombre meticuloso y moderado.

Fue luego enviado a Hispania como gobernador por Nerón, 5
cuando aún éste no había comprendido que tenía que temer a

---

bargo, también por parte de madre, entre sus antepasados podía contar con Lucio Mumio Aqueo, cónsul en el 146 a. C., conquistador de Grecia tras derrotar a la Liga Aquea y el supuesto destructor de la ciudad griega de Corinto, en ese mismo año en el que Escipión Africano destruía Cartago. El recuerdo de la hazaña aún perduraba en el nombre de la madre.

[14] Plutarco resume la meteórica carrera política de Galba. Galba es cónsul en el 33 d. C. durante seis meses, sucediendo a L. Domicio, el padre de Nerón y antes del consulado de Salvio Otón, el padre del Otón al que dedica la siguiente vida. Suetonio (SUET., *Galb.* 5, 3) comenta que Livia le tuvo en gran estima y que a su muerte, en el año 29 d. C., le donó cincuenta millones de sestercios, que Tiberio redujo a quinientos mil y que Galba, en todo caso, no aceptó. SUETONIO *(Galb.* 6, 1-2) informa que desempeñó el cargo de pretor y destacó en los juegos florales ofreciendo un espectáculo con elefantes; que luego gobernó la provincia de Aquitania y que pasó a ser cónsul en el año 33 d. C., antes de ser designado gobernador de Germania.

[15] Galba fue nombrado por el emperador Calígula *Legatus Augusti pro praetore* de la Germania Superior, según TÁCITO *(cf. Hist.* I 49, 4).

[16] Galba fue nombrado gobernador de África durante dos años por el emperador Claudio para solventar los conflictos internos de esta provincia. Por su gestión recibió las insignias del triunfo, pero vivió retirado de la vida política hasta que se le ofreció el gobierno de Hispania *Cf.* SUET., *Galb.* 7, 1-2; 8, 1.

los ciudadanos a los que se tenía en gran estima, pero parecía que Galba era pacífico por naturaleza y su vejez hacía confiar en que sería sensato[17].

4 Allí los odiosos gobernadores saqueaban las comarcas de una manera cruel y despiadada, pero él no podía ayudar de otra manera más que conmoviéndose y mostrando sus condolencias, como si estuviera en cierto modo dando ánimos y ofreciendo consuelo a los que de alguna manera estaban oprimidos y marginados; e incluso, en una ocasión en la que surgieron poemas con-
2 tra Nerón, no impidió que fueran circulando y recitándose por todas partes, ni se sentía tan enfadado como los gobernadores, porque gracias a esta licencia sus hombres le respetaban más.
3 Por entonces, ya era el año octavo de su mandato y estaba ya hecho a él, cuando Julio Vindex[18], propretor de la Galia, se sublevó contra Nerón. Se dice que, antes de que esta rebelión fue-
4 ra descubierta, llegaron a Galba unas cartas de parte de Vindex, a las que él no dio crédito. Sin embargo, no denunció a Vindex ni le contó nada a Nerón, como hicieron otros gobernantes: éstos enviaron a Nerón las cartas que también había escrito Vindex y, por su parte, desbarataron este plan; un plan del que después se dijeron partícipes, siendo no menos traidores de lo que fue Vindex.

5 Al contrario, cuando Vindex escribió a Galba, en el momento en el que declaró la guerra abiertamente, pidiéndole que

[17] Galba fue gobernador de la Hispania Citerior (*Legatus Augusti pro praetore Hispaniae Tarraconensis*) desde el año 61 d. C. —y ya tenía la respetable edad de sesenta y cinco años— hasta el 68 d. C., momento a partir del cual actuó en Roma, siempre manteniendo, según TÁCITO (*Hist.* I 49, 8), «ese mismo espíritu de justicia que tuvo en Hispania Citerior». *Cf.* SUET., 8-9, 1-2.

[18] Julio Vindex, de origen galorromano y gobernador de la provincia de la Galia, se sublevó contra Nerón en marzo del 68 d. C. y pidió la ayuda de otros gobernantes, como el caso de Galba. Fue derrotado por las tropas de Germania comandadas por Virginio Rufo.

aceptara el poder y que se ofreciera a este cuerpo fuerte pero ne-
cesitado de cabeza, que era la Galia, ya que poseía diez mil
hombres armados pero ese número podía incrementarse, Galba
pidió consejo a sus amigos. De ellos, unos pensaron que era 6
mejor esperar a ver qué movimiento se producía o qué postura
tomaba Roma ante la rebelión.
Tito Vinio[19], el jefe del ejército pretoriano, en cambio dijo: 7
«Galba, ¿a qué viene esta deliberación? En cierto modo te has
decidido ya a actuar, pues si nos cuestionamos si permanece-
mos fieles a Nerón o no, es porque ya no lo somos. O bien con-
siderando a Nerón un enemigo, debemos conservar la amistad
de Vindex, o se le ha de acusar y se ha de luchar contra él, por-
que quiere que tú gobiernes al frente de los romanos antes que
tener un tirano como Nerón».
A continuación, Galba hizo público en un edicto[20] el día en 5
el que se daría la libertad a los esclavos que así lo pidieran. Las
conversaciones que propagaron esta noticia atrajeron a una
multitud de personas dispuestas a unirse a la rebelión y eso que
no se había aún dejado ver Galba en el estrado, porque ya todos
a una le proclamaban emperador. Mas no aceptó en ese mo- 2
mento el título, sino que acusando a Nerón y lamentándose por
los más ilustres varones a los que él había eliminado, prometió
que iba a consagrarse a la patria en cuerpo y alma, y que él no
recibiría el título de César, ni de emperador, sino de jefe del Se-
nado y el pueblo romano[21].

---

[19] Tito Vinio Rufino es uno de los principales personajes del círculo de Galba (*cf.* PLUT., *Galb.* 12) que, a pesar de haber empezado mal su carrera política, incluso consiguió ser procónsul de la Galia Narbonense. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 48.

[20] En la ciudad de Cartagena. *Cf.* SUET., *Galb.* 9, 4.

[21] La misma escena, narrada con las mismas palabras, aparece en Suetonio (SUET., *Galb.* 10, 1). Este autor además añade, junto a Galba en el estrado, la presencia de un joven romano exiliado por Nerón en las islas Baleares como ejemplo de la maldad del emperador.

3 Que Vindex había llamado a gobernar a Galba de una manera muy bien calculada, es algo que la actitud de Nerón prueba: pues, en efecto, fingiendo que despreciaba a Vindex y que los de la Galia no valían nada, en cambio tiró una mesa cuando se enteró de lo de Galba (justamente se encontraba él, tras tomar un baño, durante un banquete[22]) y, aunque el Senado no había
4 declarado a Galba enemigo, él, que quería bromear y mostrarse seguro de sí mismo ante sus amigos, dijo que no era ésta una mala ocasión para enriquecerse ahora que necesitaba de dinero y que en su momento las riquezas galas, cuando estos fueran do-
5 meñados, pasarían a ser objeto de rapiña, pero que por ahora las riquezas de Galba ya podía expropiarlas y venderlas, ya que se le había declarado enemigo. Así ordenó que se pusieran a la
6 venta las pertenencias de Galba y Galba, al enterarse, anunciando a su vez la venta de las posesiones de Nerón en Hispania, encontró muchos compradores animados a adquirir su fortuna.

6 Mientras muchos traicionaban a Nerón y tomaban claramente partido por Galba, sólo Clodio Macro en África[23] y Virginio Rufo, que era el comandante del ejército germano en la Galia[24], actuaron por su cuenta y no tomaron la misma determinación:
2 Clodio, que por su crueldad y su ambición estaba implicado en robos y asesinatos, no veía claro que pudiera mantener el poder o dejarlo. Sin embargo, Virginio, al mando de la más poderosa

[22] Frente a la reacción violenta que narra Plutarco, Suetonio (SUET., *Ner.* 42, 1) cuenta que Nerón se desvaneció y quedó como muerto ante la noticia de la revuelta.

[23] Clodio Macro era en el 67 d. C. comandante de la *Legio III Augusta* y gobernador en África. Efectivamente fue fiel a Nerón, pero posteriormente bloqueó el suministro de trigo desde Egipto a Roma. *Cf.* TÁC. *Hist.* I 7, 1; SUET., *Galb.* 6, 13; DIÓN CASIO LXIV, 2, 3. Fue, según Tácito (TÁC., *Hist.* I 7, 2), ejecutado por el procurador Trebonio Garutiano por orden de Galba.

[24] Virginio Rufo era en el 67 d. C. *legatus Augusti pro preatore* en la Germania Superior y fue el que derrotó a Julio Vindex en el año 68 a. C., con ayuda de tropas belgas, cuando este último se rebeló contra Nerón.

de las formaciones, una que además muchas veces le había pro- 3
clamado emperador y le había forzado a aceptar ese poder, dijo
que no tomaría el poder, pero que tampoco aceptaría que se lo
dieran a otro que no hubiera sido elegido por el Senado.
Al principio, esto inquietó desmesuradamente a Galba, pero 4
en cuanto los ejércitos de Virginio y Vindex presionaron a sus
jefes de la misma manera que a aquellos aurigas que no son ca-
paces de llevar bien las riendas, éstos se enfrentaron en una
gran lucha en la que cayeron veinte mil galos junto con Vindex,
que se suicidó[25]. Se corrió la voz de que todos querían, por esta
victoria tan importante, que Virginio aceptara el poder o que
éste fuera devuelto de nuevo a Nerón. Entonces Galba, lleno de 5
miedo, escribió a Virginio, pidiéndole que colaborara y que
guardara para los romanos su poder y su libertad. Volviendo
después con sus amigos a la ciudad de Clunia en Hispania[26], se 6
pasó el tiempo arrepintiéndose de lo que había pasado y año-
rando su acostumbrada e innata quietud, más que en hacer lo
que tenía que hacerse.
Era ya verano y antes del anochecer, vino de repente desde 7
Roma, tras siete días de viaje, un liberto llamado Icelo[27]. Infor- 2

[25] Dión Casio (DC LXIII 24, 1) cuenta otra versión más completa: Virginio Rufo ocupó la ciudad de Vesontio (Besançon) y allí acudió Vindex, logrando llegar a un acuerdo con Virginio Rufo tras una entrevista, para que se uniera a la revuelta. Los soldados de Vindex fueron a unirse al ejército de Rufo, pero los soldados apostados en Besançon, no estando al tanto del acuerdo de Vindex y Rufo, atacaron a las tropas galas creyendo, a su vez, que eran atacados.

[26] Ciudad de la Tarraconense situada al norte del Duero, cerca de la actual Coruña del Conde, capital de uno de los *conventus* o distritos jurídicos de la Tarraconense.

[27] Icelo era liberto de Galba y su antiguo amante, pues según Suetonio, Galba era homosexual (Suet., *Galb.* 22, 1) y había sido apresado por Nerón al inicio de la revuelta. A la muerte de Nerón hizo que se respetara el último deseo del emperador, que era el de conservar su cuerpo intacto (Suet., *Ner.* 49). Los mismos privilegios concedidos al liberto Icelo (el anillo sería indicativo de

mado de que Galba estaba a solas reposando, se dirigió directamente a su habitación, abrió las puertas a pesar de la resistencia de los criados de cámara y, presentándose ante él, le anunció que, aunque estuviera vivo Nerón y él no se dejara ver, el ejército, el
3 puebló y el Senado habían proclamado a Galba como emperador. Poco después se anunció que el emperador había muerto, pero Galba contestó que él no confiaba en aquellos que se lo anunciaban, y que sólo se pondría en marcha si veía de cerca el cadáver.

4 Estas noticias exaltaron a Galba y un gran gentío acudió apresuradamente a las puertas de su casa, y entonces el pueblo se sintió muy reconfortado por sus palabras, pues, en efecto, re-
5 sultaba inesperada esa rapidez. Sin embargo, en dos días llegó[28] del campamento en compañía de otros a anunciar lo que había decidido el Senado en detalle. Galba fue honrado con el más alto cargo y el liberto recibió anillos y ya con el nombre de Marciano Icelo, consiguió ser el más poderoso liberto.

8 En Roma, Nimfidio Sabino, no poco a poco y con cautela, sino todo de una sola vez, había asumido el poder concentrándolo todo en él, pensando que Galba, por el hecho de ser viejo, apenas podría desplazarse hasta Roma por su avanzada edad en litera (tenía, en efecto, setenta y tres años[29]) y que él, gracias a

su pertenencia a la orden ecuestre), son también reseñados por Tácito (TÁC., *Hist.* I 13, 1) y Suetonio (SUET., *Galb.* 14, 3).

[28] El personaje que anuncia la decisión del Senado queda oscurecido por una laguna del texto de difícil interpretación, *outitos poll* ***. Las interpretaciones tratan de resolver la laguna hablando de Tito Vinio (*Ouinios Títos*, según una conjetura de Coraes), de un Tito Polión (*Títos Pollion*, según una conjetura de Madvig) o interpretar *outitos* como el adverbio de tiempo *hýsteron* (conjetura de Ziegler).

[29] Suetonio (SUET., *Galb.* 22, 1-2), que retrata a Galba físicamente con más detalle que Plutarco, nos cuenta que además de viejo era bajo, gordo, calvo, con las extremidades deformadas con la gota y con heridas que supuraban en una de sus piernas. No resulta extraño que, por ello, tuviera que ser llevado en litera.

la magnitud de las dádivas había conseguido ser considerado
como el benefactor del ejército de Roma, que desde hacía tiem- 2
po ya era partidario de él y que sólo dependía únicamente de él,
frente a un Galba al que se le consideraba su deudor[30].

Poco después, a Tigelino, con el que compartía el poder, le 3
ordenó que depusiera las armas y organizó recepciones e invitó
a su mesa a cónsules y gobernantes, añadiendo el nombre de
Galba en las invitaciones, con lo que consiguió que la muche-
dumbre dijera en el ejército que era necesario que los enviaran
ante Galba para pedir que Nimfidio fuera cónsul perpetuo *sine
collega*. Las demostraciones que hizo el Senado en su honor y
para el engrandecimiento de su poder (como el llamarle bene- 4
factor y acudir cada día a las puertas de su casa y considerarle
digno de gozar del privilegio de hacer una proposición de ley y
de ratificarla) todavía le hicieron más atrevido, de tal forma
que, en poco tiempo, se convirtió en una persona no sólo odio-
sa, sino incluso temible para los que le obsequiaban.

Los cónsules habían designado a unos esclavos públicos 5
para que llevaran al emperador sus órdenes, portando los lla-
mados *diplomata* sellados, gracias a los que, una vez que los re-
conocen los que gobiernan cada ciudad, se agiliza el viaje de los
mensajeros en los cambios de vehículo. Pues bien, Nimfidio se
enfadó y no poco, ya que los habían enviado sin haber tomado
ni su sello, ni sus soldados, e incluso se dice que se estaba plan- 6
teando tomar medidas contra los cónsules, pero que depuso su
ira ante sus peticiones de perdón y sus justificaciones.

Para agradar al pueblo, no impidió que se moliera ferozmen-
te a palos a los partidarios de Nerón que se encontrasen; y así, el 7

---

[30] Los oficiales les habían prometido que Galba les daría una dádiva más generosa de lo acostumbrado, a lo que Galba respondió con una famosa frase que recuerda Plutarco más adelante. *Cf.* SUET., *Galb.* 16, 2; TÁC., *Hist.* I 5, 4; DIÓN CASIO, LXIII 3, 3.

pueblo, tras capturar a Esciplo[31], el gladiador, lo mataron en el Foro, sepultándole debajo de las estatuas de Nerón que iban siendo derribadas. A un tal Aponio[32], uno de esos delatores, tras tumbarlo en el suelo, le pasaron por encima carros llenos de piedras. A muchos otros los descuartizaron (a algunos incluso sin
8 que tuvieran culpa ninguna) de tal forma que incluso Mauricio[33], considerado un hombre noble y de buena fama, dijo al Senado que temía que se tardara poco en echar de menos a Nerón.

9 Viendo así Nimfidio casi cumplidas sus esperanzas, dejó que
2 se dijera de él que era el hijo de Gayo César[34], el emperador que gobernó tras Tiberio. Al parecer, Gayo, cuando era todavía un adolescente, había tenido una relación con la madre de Nimfidio, hija de una costurera a sueldo y de Calisto, el liberto de Gayo César[35], que no era de aspecto desagradable a la vista. Pero la unión
3 de esta mujer con Gayo había sido, según parece, posterior al nacimiento de Nimfidio, y esto hace que tenga que haber sido hijo del gladiador Marciano, del que se había enamorado Nimfidia[36]

[31] Esciplo era un servidor de Nerón que se había enriquecido con él. *Cf.* SUET., *Ner.* 30, 5.

[32] No se sabe nada de este Aponio.

[33] Junio Mauricio, junto con su hermano Q. Junio Aruleno Rústico, ambos de rango senatorial, formaban parte del círculo estoico que aconsejaba al emperador y que consideraba que el Senado debía ejercer una cierta tutela sobre él. Domiciano ejecutó a Q. Junio Aruleno Rústico en el año 93 a.C. y Junio Mauricio fue enviado al exilio del que no volvió sino con Nerva. El hecho de que nos encontremos con una nota elogiosa de Junio Mauricio podría sugerir que esta *Vida de Galba* (o las *Vidas de los Césares* en general) fue compuesta antes del 93 a. C. y de su caída en desgracia.

[34] Se refiere a Calígula, emperador de Roma del 37 al 41 d.C.

[35] Calisto, esclavo y luego liberto de Gayo, alcanzó aún más poder como administrador de los asuntos de palacio con Claudio.

[36] TÁCITO (*An.* XV 72) cuenta que la madre era algo más que la hija de una simple costurera y que, en verdad, no era sino una prostituta que ofrecía sus favores sexuales a los esclavos y a los miembros de la corte imperial.

por su fama. Resulta más verosímil que él fuera familia de este otro a causa del parecido de su aspecto.

En todo caso, él reconocía que su madre era Nimfidia, pero 4
se atribuyó como obra únicamente suya la caída de Nerón, y no estimaba suficiente que sus esfuerzos por acabar con él se pagaran con honores y riqueza y con el gusto de acostarse con Esporo, el esclavo de Nerón[37], al que mandó traer enseguida de la pira donde se estaba consumiendo el cadáver del emperador. Tratándolo como si fuera su esposa y llamándolo Popea, buscaba así estar preparado para heredar el poder. Él mismo dejó dispuestas algunas cosas en Roma en secreto a través de sus ami- 5
gos y con la ayuda de algunas mujeres y algunos senadores, a Geliano, uno de sus amigos, por otro lado, lo mandó a Iberia, para que vigilara con atención (a Galba) y lo que ocurría allí[38].

Tras la muerte de Nerón, a Galba todo parecía irle bien, aun- 10
que Virginio Rufo suscitaba aún, con su incertidumbre, la preocupación de que él, que comandaba un ejército poderoso y muy combativo, quisiera hacer caso a los que le pedían asumir el poder, tras haber vencido a Vindex y haber dominado una gran parte del imperio romano que estaba desordenadamente revuelta, de hecho, toda la Galia. Ninguno había de mayor renombre, 2
nadie tenía tanta fama como Virginio, puesto que él había sido decisivo en los asuntos de Roma, alejando a un tiempo el peligro de una odiosa tiranía y de las guerras en Galia.

---

[37] Esporo se convirtió en el favorito de Nerón tras la muerte de Popea Sabina, por el parecido con la difunta. Nerón lo emasculó y lo vistió de mujer llamándolo Esporo Sabina (*cf.* SUET. *Ner.* 28, 1-4; DIÓN CASIO, LXIV 8). Tras la muerte de Nimfidio, Esporo pasó a ser propiedad de Otón según cuenta DIÓN CASIO (LXIV 8).

[38] El texto de los manuscritos es bastante complicado en este punto. Hay una laguna tras el verbo «envió» (*épempse* ***, cuyo objeto, por el sentido, debe ser el propio Galba (al que hemos puesto en paréntesis en nuestra traducción); «los asuntos de allí» (*tà ekeî*) es una enmienda al *pareíkei* transmitido por los manuscritos.

3 Sin embargo, aquél se mantuvo entonces con las mismas ideas que había sostenido desde el principio y dejó que el Sena-
4 do eligiera al emperador. A pesar de todo, en cuanto se anunció la muerte de Nerón, la multitud rodeó de nuevo a Virginio y uno de los tribunos que se encontraba en la tienda de campaña de guardia empuñando una espada, ordenó a Virginio que aceptara el poder o se aprestara a recibir esa espada.
5 Cuando Fabio Valente[39], que comandaba una legión, se apresuró a ser el primero en jurar lealtad a Galba y llegaron también cartas desde Roma anunciando lo que el Senado había votado, Virginio consiguió a duras penas convencer a los soldados para que proclamaran a Galba emperador. Recibió des-
6 pués a Flaco Ordeonio[40], al que había enviado Galba como relevo, y haciéndole entrega de su ejército, fue al encuentro de
7 Galba que se acercaba a él, sin mostrar enfado, pero tampoco sin recibir ningún honor especial de él. Galba fue el responsable de lo primero, pues respetaba a este hombre; de lo segundo, lo fueron sus amigos, especialmente Tito Vinio, que, por envidia, no pensaba más que en ponerle obstáculos a Virginio. Pero cometía por su ignorancia el error de ofrecer su colaboración al buen genio de Virginio, pues había logrado tener al hombre lejos de cuantas guerras y males oprimían a los otros generales, lo que le había permitido una existencia sin agitaciones y una vejez pacífica y tranquila[41].

---

[39] Fabio Valente, de familia ecuestre, se había ganado el favor de Nerón por su actuación en los Iuvenalia del año 59 d. C., comenzando una carrera política que le lleva a comandar la *Legio I Germanica* de la Germania Inferior.

[40] Flaco Ordeonio en esta vida muestra que era una persona incapaz de manejar a su ejército, ya fuera a causa de su avanzada edad o por su enfermedad, y acabó asesinado por sus soldados una vez que Vespasiano consiguió la victoria y se hizo con el poder imperial.

[41] El mejor retrato de Virginio Rufo se encuentra en tres cartas de Plinio el Joven (PLIN., *Cartas* II 1; VI 10; IX 19), que fue amigo personal de Virginio y

Los legados que habían sido enviados de parte del Senado 11
en busca de Galba, que se encontraba en la ciudad gala de Narbona, lo saludaron y le pidieron que se mostrara al pueblo, que
deseaba verlo. Galba se mostró amable y accesible en todas sus 2
reuniones y encuentros con ellos y, respecto a los banquetes, aunque tuviese a su disposición todo el servicio y los criados del palacio de Nerón, que Nimfidio había enviado, no hizo uso de ello, sino que se bastó con todo lo suyo. Así se ganó el respeto de todos, mostrándose como un hombre de buen gusto y
alejado de la mediocridad. Sin embargo, rápidamente Vinio 3
hizo notar que toda esa nobleza de apariencia, modesta y civilizada, era simple demagogia indigna de su grandeza, y le convenció para que hiciera uso del patrimonio de Nerón y no escatimara de la suntuosidad regia propia de los actos oficiales. Así,
poco a poco, el anciano dio la impresión de haberse convertido 4
enteramente en una sombra de Vinio.

Era Vinio por entero y, más que ninguno, una persona con 12
ansia de dinero y también estaba sujeto a su pasión por las mujeres. Pues incluso cuando era joven y estaba realizando su pri- 2
mer servicio militar en el ejército de Calvisio Sabino[42], dejó entrar durante la noche al campamento a la mujer del comandante

---

cuya suegra vivía en la villa que fue en su momento de este general. Virginio se refugió en esta villa en Alsium tras retirarse de la vida política (la que él llamaba «el nido de su vejez», *senectutis suae nidulum)* sin recibir los honores que le correspondían por derrotar a Julio Vindex. Tácito pronunció el discurso de su funeral y Virginio fue muy alabado por poetas e historiadores, usando las mismas palabras elogiosas que usa Plutarco, por su preocupación por el pueblo romano. Plinio lamenta que su personalidad cayera en el olvido. Virginio Rufo pidió que este dístico fuera inscrito en su tumba: «Aquí yace Rufo, que, al vencer a Vindex, guardó el poder a su pueblo y no a sí mismo».

[42] Calvisio Sabino, cónsul con Tiberio en el 26 d. C., gobernador de la Panonia hasta el 39 d. C. cuando fue acusado por Calígula de traición junto a su mujer Cornelia *(cf.* DIÓN CASIO, LIX 18, 4; TÁC., *Hist.* I 48, 5) y obligado a suicidarse.

vestida con uniforme militar[43], que era una disoluta, y se unió a
3 ella en el cuartel general, que los romanos llaman *principia*. Por
ello Gayo César lo mandó a prisión, pero a la muerte de aquél[44]
tuvo la buena suerte de ser liberado.

4 Durante una cena en casa de Claudio César, robó una copa de
plata[45]. Éste, al enterarse, le volvió a invitar a cenar al día siguien-
5 te, pero ordenó a los servidores que le trajeran y le ofrecieran todo
en cerámica, no en plata. Gracias a la mesura del César este epi-
sodio se convirtió en algo cómico, y más digno de risa que de en-
fado. Pero lo que hizo para conseguir más dinero, con Galba en
su poder, y cuando ya tenía más influencia, esto proporciona a al-
gunos más la causa, y a otros la excusa, de las grandes desgracias
y de los trágicos acontecimientos que se sucedieron después.

13 Nimfidio, ante el regreso repentino de Geliano, al que había
enviado en cierto modo para ser el espía de Galba, se sintió des-
concertado cuando se enteró de que Cornelio Lacón[46] había
sido designado prefecto del pretorio, que todo el poder estaba
en manos de Vinio y que Geliano no había tenido ninguna opor-
tunidad de estar cerca de Galba, porque todos lo guardaban y lo
2 vigilaban. Tras reunir a todos los generales del ejército, dijo que
Galba era de por sí un viejo moderado y afable, y, como se de-
3 jaba manejar por Vinio y Lacón, las cosas le iban mal. Por ello,

---

43 Probablemente la hermana de Gneo Cornelio Léntulo Getúlico, colega del cónsul Sabino y también muerto en el mismo año 39 a. C., junto con su amigo.

44 En el año 41 d. C. Tras el paso por la prisión, TÁCITO *(Hist.* I 48, 6) nos informa que enderezó su vida y emprendió una carrera política que le llevó a ser apreciado en Roma.

45 TÁCITO *(Hist.* I 48, 6) dice que era una copa de oro *(scyphum aureum)* lo que robó Vinio.

46 Cornelio Lacón era uno de los tres consejeros de Galba en la toma de decisiones, junto con Tito Vinio y su liberto Icelo, llamados los «pedagogos» por lo dependiente que se mostraba de ellos el propio Galba, a pesar de lo corruptos que eran. *Cf.* SUET., *Galb.* 14, 2-4; TÁC., *Hist.* I 6.

antes de que ellos se hicieran de modo oculto con el poder, que antes había detentado Tigelino, se hizo necesario enviar embajadores de parte del ejército que informaran al emperador de que sería incluso más apreciado por todos si prescindiera tan sólo de estos dos amigos suyos.

Sin embargo, no consiguió convencer a nadie con sus pala- 4
bras, sino que dio la impresión de que estaban fuera de lugar y que era extraño que se tuviera que decir a un anciano militar si tenía o no, que hacer caso a sus amigos, como si fuera un muchacho que recientemente gustara del poder. Por ello, sirviéndose de otro camino para conseguir sus propósitos y así atemorizarle, escribió a Galba contándole que, o bien la ciudad se encontraba en una situación delicada y en suspenso, o Clodio Macro le cortaba desde África el suministro de trigo, o que las formaciones en Germania se rebelaban y que se oía que pasaba lo mismo en las tropas de Siria y de Judea.

Como Galba no le prestaba ninguna atención, ni confiaba en 5
él, Nimfidio se decidió a atacarlo antes de nada. Clodio Celso Antioqueo, un hombre sensato, leal con él y de confianza, le quiso disuadir, diciéndole que creía que ni un solo distrito de Roma nombraría a Nimfidio César. Mucho, sin embargo, Mi-
trídates del Ponto[47] se burlaba entre risas de la calva y de las 6
arrugas de Galba, y éste decía que ahora parecía que era alguien entre los romanos, pero que, una vez visto, esos días en los que se hizo llamar emperador habían sido un motivo de vergüenza.

---

[47] No es el famoso Mitrídates VI del Ponto, rey desde el 120 a. C. hasta el 63 a. C., que mantuvo en vilo todo el poder romano con guerras continuas en Asia Menor y Grecia (ya en manos de Roma) hasta que Pompeyo lo derrotó. Se refiere Plutarco a uno posterior, Mitrídates VII, en época imperial. Fue designado rey del Bósforo por Claudio en el año 41 d. C., pero fue depuesto por su hermano Cotis al intentar independizarse del imperio romano. Intentó reconquistar su reino, pero fue hecho prisionero y llevado a Roma en el 49 d. C., donde murió en el año 69 d. C., veinte años después. *Cf.* TÁC., *An.* XII 15 y 21.

14 Se acordó pues que los conduciría en medio de la noche al campamento enemigo para proclamar a Nimfidio emperador.
2 Antonio Honorato fue el primero entre los tribunos que congregó a los soldados que estaban bajo su mando al llegar la tarde, y se acusó a sí mismo y les acusó a ellos de que en tan poco tiempo hubieran cambiado tantas veces de parecer sin ninguna razón y sin elegir a los mejores, sino sólo porque un mal espíritu les había guiado de traición en traición; y les dijo además
3 que, en efecto, al principio tenían como excusa los crímenes de Nerón, ¿pero ahora podían traicionar a Galba? ¿Acusándole de qué? ¿De haber asesinado a su madre y a su esposa? ¿De qué espectáculo musical o teatral del emperador podían sentirse avergonzados?

4 «No por estas razones hemos decidido abandonarlo, sino porque fuimos convencidos por Nimfidio, pues fue él el prime-
5 ro que nos abandonó y huyó a Egipto. ¿Acaso vamos a sacrificar a Galba por Nerón y vamos a haber matado al pariente de Livia para elegir al hijo de Nimfidia como César, de la misma forma que hemos acabado con el hijo de Agripina; o más bien dándole su merecido a él por lo que hizo, seremos los vengadores de Nerón y los buenos y leales partidarios de Galba?»

6 Ante estas palabras que les dirigió el tribuno, todos los soldados se reunieron y sumándose a la tropa le pidieron que per-
7 manecieran fieles al emperador e hicieron cambiar de opinión a la mayoría. Se oyó un grito y Nimfidio, ya convencido, como dicen algunos, de que los soldados lo aclamaban o ya por evitar a toda prisa el ruido y la incertidumbre, avanzó rodeado de muchas antorchas. Llevaba consigo un tratado en un volumen que había sido escrito por Cingonio Varrón[48], en el que se enseñaba cómo dirigirse a los soldados.

---

[48] Tras la muerte de Nerón, Cingonio Varrón fue condenado a muerte por Galba antes de que incluso él entrara en Roma. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 6, 2.

Le entró miedo al ver que las puertas del campamento esta- 8
ban cerradas y que había muchos hombres armados ante las murallas, y, acercándose, preguntó qué querían y al mando de 9
quién se encontraban estas tropas. Todos a una le contestaron que reconocían a Galba como emperador. Yendo hacia ellos se puso a jalear esta decisión uniéndose a ellos. Mientras los que 10
estaban de guardia a las puertas le dejaban entrar en compañía de unos pocos, le arrojaron una lanza, que paró Septimio con su escudo, pero al ver que otros le atacaban con sus espadas desnudas, salió huyendo. Tras ser alcanzado en la tienda de un soldado, fue degollado. Arrastraron el cuerpo en medio del campamento, y al día siguiente lo expusieron ante aquellos que 11
quisieran verlo, rodeando su cuerpo con una empalizada[49].

Galba, al enterarse de que Nimfidio había muerto así, dio la 15
orden de ejecutar a cuantos cómplices suyos no hubiesen muerto con él (entre los que se encontraba Cigonio, el que había escrito el tratado, y Mitrídates del Ponto), pero el hecho de que se hubiera dado públicamente muerte a hombres de prestigio, sin ser juzgados, no pareció que fuera algo legal, aunque incluso se hubiese actuado de acuerdo a la legalidad.

Todos esperaban un cambio de gobierno, pero las promesas 2
formuladas en un principio resultaron vanas y mayor fue el descontento que causó el hecho de que Petronio Turpiliano[50], un procónsul y hombre de confianza de Nerón, hubiese sido condenado a muerte. En efecto, para poder matar a Macro en Libia, 3
a manos de Trebonio, y a Fonteyo[51] en Germania, a manos de

---

[49] La muerte de Nimfidio se menciona en Tácito (TÁC., *Hist.* I 5, 1-2; I 37 6) y en Suetonio (SUET., *Galb.* 11, 2), pero con menos detalles.

[50] Petronio Turpiliano, cónsul en el año 61 d. C., fue comandante en Gran Bretaña en 62-63. En el 68 fue enviado por Nerón contra los rebeldes dirigidos por Julio Vindex. *Cf.* TÁC., *An.* XIV 39 y *Agr.* 16.

[51] Fonteyo Capitón, cónsul en el 67 d. C., era comandante de las tropas de

Valente, se tuvo que poner la excusa de que se les temía en el
4 ejército. Mas nada impedía que Turpiliano, un viejo indefenso
y sin armas, tomase la palabra, si había alguno que estaba dis-
puesto a confirmar con los hechos esa moderación que tanto se
pregonaba. Tales fueron los reproches que se le hicieron a Gal-
5 ba por lo que hizo.

Cuando ya estaba cerca y sólo se encontraba a unos veinti-
cinco estadios de la ciudad[52], se encontró con el ruidoso baru-
llo de los marineros que copaban el camino y se precipitaban
6 de todos lados. Éstos eran hombres a los que Nerón había de-
clarado soldados, reunidos en una sola formación[53], pero a es-
tos, que estaban allí para reclamar su soldada, les impedían
presentarse ante el emperador y que les recibiera en audiencia,
por lo que reclamaban a gritos las enseñas de su formación y
un territorio.

7 Cuando el emperador pidió que pospusieran sus demandas y
que vinieran en otro momento, los soldados dijeron que este re-
traso era una forma de negárselo, se enfadaron y le siguieron sin
8 dejar de gritarle. Pero en cuanto algunos sacaron sus espadas,
Galba ordenó a sus jinetes que atacaran. Nadie quedó en pie,
sino que todos murieron enseguida, unos en el camino, otros
mientras huían, haciendo que no fuera un favorable y feliz
augurio para Galba el hecho de entrar en la ciudad rodeado de
9 una carnicería tan tétrica. Así que, si alguno le había desprecia-
do antes por su aspecto débil y anciano, ahora resultaba espan-
tosamente temible para todos.

16 Por querer ofrecer una gran alternativa al dispendio y la ge-

---

Germania Inferior y colaboró con Virginio Rufo para sofocar la revuelta de Vindex. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 7, 2; I 58; 3, 62.

[52] A unos 4 km.

[53] La *Legio I Clásica Adiutrix*. *Cf.* SUET., *Galb.* 12; DIÓN CASIO, LXIV 3 y TÁC., *Hist.* I 6, 2-4; I 31, 3; 36, 5.

nerosidad de Nerón en sus favores, Galba dio la impresión de
faltar a las reglas del decoro. A Cano[54], en un banquete duran- 2
te el cual estuvo tocando la flauta para él (pues Cano era un
ejecutante reputado), le ordenó, tras haberle alabado, que le
acercara su estuche y tomando algunas monedas de oro suyas,
se las dio a Cano, diciendo que le concedía este regalo de sus 3
propias posesiones, no del erario público. Ordenó que fueran
devueltos los presentes, que hasta entonces Nerón había otor-
gado al mundo de la escena y del gimnasio, a excepción de una
décima parte[55]. Pero como hubo pocas devoluciones e insus-
tanciales, pues la mayoría de los que habían tomado esos pre-
sentes eran vividores y hombres de vida relajada que se los ha-
bían gastado, él se los reclamó a los que los habían comprado
o se los hubieran cogido y se los expropió. Pero al no tener 4
realmente fin esta labor, sino que alcanzaba a muchos y el pro-
blema estaba muy extendido, Galba acabó perdiendo su propio
prestigio.

Mientras, por su parte, Vinio se labró el odio y la envidia de todos, porque si ante todos los demás presentaba al emperador como alguien parco y sin libertad, en cambio él mismo se comportaba de manera miserable, tomándolo todo y poniéndolo en venta.

En efecto, Hesíodo dice que es necesario: 5

que se sacie uno cuando la tinaja está a rebosar y cuando está por acabarse[56].

[54] Este episodio también aparece en Suetonio. *Cf.* SUET., *Galb.* 12. Plutarco comenta que el propio Cano disfrutaba entregándose apasionadamente en sus interpretaciones. *Cf.* PLUT., *Sobre si los ancianos han de administrar el Estado* 786C.

[55] TÁCITO *(Hist.* I 20, 1) informa que Nerón gasto dos mil doscientos millones de sestercios en esos regalos.

[56] HES., *Op.* 368.

Así parece que Vinio, al ver a un Galba viejo y débil, aprovechaba al máximo su suerte, como si, estando por comenzar, igualmente estuviera por acabarse.

17 El anciano se sentía molesto, principalmente porque Vinio administraba mal y discutía o bloqueaba las resoluciones que él había tomado tan acertadamente, como fue el caso de las penas
2 impuestas a los «neronianos». Galba había condenado a muerte a los más culpables, entre los que se encontraban Helio, Policleto, Petino y Patrobio[57]. El pueblo aplaudía la decisión y
3 mientras les llevaban por el ágora, decían a gritos que esta sí que era una procesión bella y que complacía a los dioses, y que los hombres y los dioses lo que reclamaban era al maestro y al pedagogo del tirano, Tigelino.

Sin embargo, aquel noble se había ganado anteriormente a
4 Vinio con espléndidos regalos. Incluso Turpiliano, al que se le odiaba porque no había detestado a un emperador como ése, pero que no había cometido ningún otro delito, acabó muerto. Pero Tigelino, que había conseguido que Nerón fuera digno de ser ejecutado, él, que, una vez que lo hubo convertido en un ser tal, lo había abandonado y lo había traicionado, sobrevivió; lo que es una gran prueba de que nada era ni inviable ni imposible para Vinio, si se le sobornaba.

5 De hecho, ninguna cosa habría deseado más el pueblo romano que ver a Tigelino en el patíbulo, y no cesaban de pedir-

[57] Helio y Policleto eran libertos al servicio de Nerón. Uno fue encargado de la administración de Roma mientras Nerón se encontraba en Grecia en su viaje de 66-67; siendo el otro enviado a Gran Bretaña para sofocar una sublevación en el año 61 d. C. No se conoce a ningún Petino entre los «neronianos», aunque sí se conoce un liberto de Nerón llamado Vatinio que Tácito (TÁC., *Hist.* I 37) conoce como uno de los que se enriqueció con Nerón al poder. Patrobio organizó en Puteoli un espectáculo de gladiadores en honor del rey armenio Tiridates. DIÓN CASIO (LXIV 3) añade al número de condenados a Narciso y a Lucusta, una bruja.

lo por todos los teatros y estadios[58], pero él estaba bajo la pro-
tección de un edicto del emperador en el que se decía que Tige-
lino no estaría mucho tiempo vivo, sino que sucumbiría a una
enfermedad mortal, por lo que se pedía que no le molestaran ni
hicieran creer que su poder había sido una tiranía[59].

Como si estuviera burlándose de un pueblo indignado, Tigeli- 6
no hizo sacrificios propiciatorios para su curación, preparó un es-
tupendo banquete y Vinio, por su parte, se fue a la casa de aquél,
abandonando el banquete del emperador, y se llevó también a su 7
hija que era viuda[60]. Tigelino le dio a ella doscientas cincuenta
mil monedas de plata y ordenó a la principal de las concubinas
que se quitara el adorno que rodeaba su cuello, del que se decía
que valía ciento cincuenta mil, y que se lo diera a ella.

Por esta razón, incluso las empresas llevadas a cabo con 18
moderación por parte de Galba fueron malinterpretadas, como
así ocurrió en el caso de los galos que se sublevaron con Vin- 2
dex: se creyó que habían conseguido la ciudadanía y la exen-
ción de impuestos no por una concesión del emperador, sino
porque se lo habían comprado a Vinio. El pueblo, por esta ra-
zón, mostraba su rechazo al poder. 3

Los soldados, por su parte, sintieron defraudadas sus iniciales
expectativas de recibir sus donativos, si no tantos como se les ha-
bía prometido, sí al menos en la cantidad que Nerón les había
dado. Galba, enterado de sus quejas, hizo este comentario digno de 4
un gran general: «Lo normal es reclutar soldados, no comprarlos».

---

[58] Tácito menciona el circo y los teatros *(in circum ac theatra. Cf.* TÁC., *Hist.* I 72, 2).

[59] Ese edicto de Galba es recordado también por Suetonio (SUET., *Galb.* 15, 4), que menciona también a Halotus como uno de los que se salvaron, junto a Tigelino.

[60] Se llamaba Crispina y habría sido salvada de Nerón por Tigelino, el prefecto del pretorio, lo que sería posteriormente aducido por Vinio como una razón ante Galba para no condenar a Tigelino a muerte. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 47, 4; 72, 2.

Al enterarse los soldados de esto, fue aún mayor y más fie-
ro el odio que sintieron contra él, porque se dieron cuenta de
5 que él no sería ya el único que les iba a negar este dinero, sino que
Galba había sentado un precedente para los emperadores que vi-
6 nieran después. A pesar de todo, entre las tropas de Roma no
había más que un sordo movimiento: el respeto que se tenía a
Galba en su presencia contenía la revuelta y la retrasaba, pues
el hecho de que no se viera ninguna señal clara para el comien-
zo de la rebelión reducía y mantenía latente de alguna manera
su hostilidad.

7 Por otro lado, los que habían estado bajo el mando de Virgi-
nio y que ahora se encontraban con Flaco en Germania, a pesar
de que se habían hecho merecedores de grandes recompensas por
la guerra que habían llevado a cabo contra Vindex, no consiguie-
ron nada. Desobedecían a sus jefes y no tenían en absoluto nin-
8 guna consideración por el propio Flaco, que por un agudo ataque
de gota se había quedado inválido y no tenía ninguna experiencia
militar. Incluso una vez, durante un espectáculo, en el momento
9 en el que los tribunos y los centuriones juraban por la gloria del
emperador Galba, como es la costumbre romana, la masa de es-
tos soldados se apresuró a alzarse ruidosamente y ante los vivas,
que éstos continuaban lanzando, contestaron: «Si lo merece».

19 Como cometían repetidamente otras ofensas del mismo jaez
también las tropas de Vitelio, los procuradores enviaron cartas
a Galba. Él, temiendo ser despreciado no sólo por su vejez, sino
también por la falta de hijos, decidió adoptar como hijo a un jo-
ven de familia ilustre y designarlo como su sucesor en el poder.

2 Había un joven, Marco Otón, un hombre de linaje precla-
ro[61], pero que estaba corrupto por el lujo y los placeres desde jo-

[61] De su familia provenían los favoritos de los emperadores Julio-Claudios. SUETONIO *(Otón* 1) informa que su familia era de origen etrusco, de la ciudad de Feres, y que su abuelo, M. Salvio Otón, hijo de un caballero romano y de

ven como pocos en Roma[62]; y así, como Homero llama muchas veces a Paris Alejandro «esposo de Helena, la de bella crin», porque no tenía otra cosa de la que sentirse honrado ni alabado, sino lo que le venía de su esposa, de la misma manera llegó a ser reconocido Otón en Roma, gracias a su matrimonio con Po- 3 pea. Nerón, por respeto a su propia mujer y por temor a su madre, había ordenado a Otón que sedujera a Popea de la que se había enamorado, cuando ésta estaba aún casada con Crispino.

Nerón trataba a Otón como un amigo y como un compañe- 4 ro de sus excesos y le encantaba escuchar cómo Otón bromeaba con su libertinaje y mezquindad. Se cuenta que una vez que 5 Nerón se había ungido con un ungüento de los caros y que lo había derramado también sobre Otón, Otón, al día siguiente, al recibirlo a su vez, hizo salir súbitamente el ungüento por todas partes desde tubos de oro y plata, como si fuera agua, para que se vertiera sobre él y lo empapara todo.

Otón convenció a Popea para que se divorciara de su marido[63], 6 tras haberla engatusado con promesas de matrimonio y haber gozado de ella antes que Nerón. Aunque la mujer se fue a vivir con 7 Otón como su esposa legítima, no estaba contento con gozar de sus favores, y además le molestaba tener que compartirla, sin que la propia Popea, como dicen, se sintiera preocupada por sus celos[64]. Se cuenta que ella, cuando no estaba presente Otón, daba

una mujer plebeya, había sido favorecido por Livia Augusta, y su padre, L. Otón, había sido favorecido por Tiberio.

[62] SUETONIO *(Otón* 1 y 12) abunda en todo tipo de detalles sobre el carácter y el físico de Otón: bajo, calvo, afeminado (usaba incluso cosméticos y peluca), adorador de Isis y de una rebeldía tal, que le hizo recibir no pocas palizas de su padre.

[63] El esposo de Popea Sabina era Rufrio Crispino, prefecto del pretorio con Claudio, pretor y cónsul. Participó en la conjura de los pisones del 65 d. C. y fue obligado a suicidarse en el 66 d. C.

[64] TÁCITO *(Hist.* I 13, 3), en este mismo relato de la relación triangular Ne-

8 con la puerta en las narices a Nerón, ya fuera porque quisiera evitar que su placer quedara completamente saciado, ya fuera, como dicen algunos, porque le pesara tener que casarse con el emperador y, por su lujuria, no quisiera dejar de servirse de él como
9 amante. Así Otón estaba en peligro de muerte y es paradójico que el que había sido el asesino de su propia esposa y su madre[65] a causa del matrimonio con Popea, hubiese perdonado a Otón.

20 La cuestión es que Otón tenía a Séneca[66] a su favor y, gracias a sus recomendaciones a Nerón y al buen oficio de aquél, fue enviado como pretor de Lusitania, al Océano[67]. Él no se
2 mostró ni desagradable ni odioso a sus súbditos, sino que más bien fue consciente de que el poder que se le había otorgado era una forma de enmascarar y dulcificar su destierro[68].

---

rón-Popea-Otón, es muy explícito y la llama directamente «puta de lujo» *(scortum principalem).*

[65] La primera mujer de Nerón fue Octavia, la hija de Claudio y Mesalina, y la madre fue Agripina, la última esposa de Claudio tras la muerte de Mesalina, que obligó a Claudio a adoptar a Nerón. Se cuenta de Agripina (Dión Casio, LXII 11-12) que, viendo con malos ojos la presencia de Popea y para recuperar el favor de Nerón, incluso intento seducirle ofreciéndole sus favores y que, a su vez, Popea, enterada de ello, hizo que Nerón matara a su madre.

[66] Lucio Aneo Séneca fue llamado por Agripina desde su exilio en Córcega (a donde había sido exiliado por Claudio en el 41 d. C.) en el 49 d. C., para ser preceptor de Nerón. Con Afranio Burro, el prefecto del pretorio, veló por el correcto ejercicio del poder imperial por parte de Nerón desde el 54 d. C. hasta el 62 d. C., año de la muerte de Burro y de la retirada política de Séneca. Fue condenado a muerte y obligado a suicidarse en el año 65 d. C., tras la conjura de Pisón.

[67] En el año 58 o 59 d. C. fue como *legatus Augustus pro praetore,* cargo que mantuvo hasta el final de la vida de Nerón. *Cf.* Tác., *Hist.* I 13, 5; Suet., *Otón* 3, 4.

[68] Fue una forma por la que se intentó tapar la relación secreta de Popea y Nerón, sin tener que recurrir a un castigo más severo, lo que habría levantado las sospechas. A pesar de todo, se cantaron unas coplas que incriminaban a Nerón: «¿Os preguntáis por qué Otón fue al exilio con un cargo de honor? Él (Nerón) se ha convertido en amante de su mujer» (Suet., *Otón* 3, 4).

Cuando Galba inició su revuelta, él fue el primero de los go-
bernadores en sumarse a él, llevó todo lo que él poseía de oro y 3
plata en mesas y copas, se lo dio para que lo fundiese y acuña-
se moneda y le hizo entrega de aquellos criados suyos que esta-
ban adiestrados para servir convenientemente a la vida de un
emperador. En todos los asuntos Otón le era fiel al otro y pare- 4
cía que era más experto que nadie en los asuntos políticos.

Fue acompañándolo todo el viaje, que duró muchos días.
Como Otón buscaba continuamente la compañía de Vinio du- 5
rante el trayecto, le dejó prendado con sus maneras y sus rega-
los, pero sobre todo, cediéndole a él el primer puesto, tuvo, gra-
cias a aquello, la seguridad de tener un puesto de poder tras él,
ya que tenía la ventaja de no ser odiado, mientras iba prestando
todo su apoyo a los que gratuitamente se lo pedían y se mostra-
ba galante y amable con todos[69].

Hizo muchos favores a los soldados y consiguió auparlos 6
hasta los puestos de mando: en algunos casos, como si fuera una
gracia concedida por el emperador, en otros, pidiéndoselo a Vi-
nio o a los libertos Icelo y Asiático[70], pues éstos eran, en efecto,
los que más poder tenían en el palacio. Cuantas veces ofrecía un
banquete a Galba, siempre corrompía al ejército que le acompa- 7
ñaba, distribuyendo una moneda de oro a cada uno, con lo que
hacía creer que honraba a Galba, cuando en verdad manipulaba
demagógicamente al ejército de éste.

Cuando Galba estaba en el momento de tomar una decisión 21
respecto a su sucesión, Vinio intercedió por Otón, aunque no
sin sacar provecho de ello, sino pensando en casar a su hija,
porque habían acordado que se casaría ella con Otón, una vez 2

---

[69] Vinio, en cambio, no buscaba más que sacar provecho de cualquier situación. Otón buscaba deliberadamente mostrarse como una alternativa al odiado Vinio.

[70] Debe ser un error de Plutarco, porque en realidad Asiático era liberto de Vitelio.

que él hubiera sido designado emperador. Sin embargo, Galba claramente anteponía el interés común al propio, no sólo buscando al que le pareciera más agradable a él, sino al que fuera
3 más útil para los romanos; y parece que ni siquiera como administrador de su propio patrimonio habría podido salir elegido Otón, porque sabía que era un calavera y un tarambana cubierto con unas deudas de cincuenta millones. Tras comunicar a Vinio esto, con silencio y con calma, dejó en suspenso su decisión. Con su propia designación como cónsul y con la de Vinio
4 como colega, estaba más que claro que en el comienzo del año sería designado el sucesor. También el ejército prefería que fuera designado Otón antes que cualquier otro.

22 Pero se le vino encima, mientras iba pensando y deliberando, la revuelta de Germania. Todos a una, los soldados se habían
2 unido por su odio a Galba, porque no les daba sus donativos, de modo que tomaron como excusa propia el hecho de que Virginio Rufo hubiera sido expulsado del ejército deshonrosamente, que los galos que lucharon contra ellos hubieran conseguido sus donativos y que hubieran sido castigados cuantos no se habían opuesto a Vindex, pues éste era el único general que gozaba del respeto de Galba y al que honraba una vez muerto y lo recordaba con celebraciones públicas, como si hubiera sido designado únicamente por él emperador de los romanos.

3 Mientras iban circulando sin reservas este tipo de opiniones en el campamento, llegó entonces el primer día del primer mes del año que llaman Calendas de Enero. En el momento en el que
4 Flaco los reunió para prestar el juramento que era costumbre realizar por la salud del emperador, se pusieron a derribar y destrozar las estatuas de Galba y se dispersaron jurando por el Senado
5 y el pueblo romano. Empezaron a preocuparse los generales, pues pensaban que este caos correspondía a una rebelión.

6 Entonces uno de ellos dijo: «¿De qué nos preocupamos, camaradas, si tenemos que elegir a otro jefe y no servimos al que

tenemos ahora, como si evitáramos ya no a Galba, sino a alguien que nos gobierne y el hecho de ser gobernados? Debemos dejar a Ordenio Flaco que no es más que una sombra de 7
Galba y simple fantasma, cuando un solo día de camino nos separa de Vitelio[71], el jefe del otro campamento de Germania cuyo padre era un honrado senador y tres veces cónsul y en cierto modo compañero en el poder de Claudio. Él mismo tiene como ejemplo ilustre de su valor moral y de su grandeza de ánimo la pobreza vilipendiada por algunos. Entonces, venga, 8
eligiendo a éste, mostremos a todos los hombres que somos mejores que los íberos y los lusitanos a la hora de elegir a un emperador».

Unos se sumaron a la propuesta, otros no lo hicieron, y un 9
portaestandarte salió a llevarle la noticia a Vitelio, que en ese momento estaba cenando con muchos a su lado. Al difundirse 10
la noticia entre el ejército, Fabio Valente, general de una formación, fue al día siguiente el primero que saludó a Vitelio como emperador llegando ante él con numerosos caballeros. 11
Éste, en cambio, parece que los días anteriores había rechazado el nombramiento y se resistía, porque temía el peso de esta carga, pero entonces dicen que borracho y ahíto de su comida del mediodía, se presentó ante los soldados y escuchó que le habían otorgado el nombre de Germánico, aunque no aceptó el 12
de César. Al momento las tropas de Flaco, olvidando aquellos hermosos juramentos de fidelidad al Senado de Roma, juraron que obedecerían a Vitelio el emperador.

---

[71] No es el sucesor de Galba y Otón, Aulo Vitelio, sino su padre, Lucio Vitelio, que fue, efectivamente, cónsul en Roma los años 34, 43 y 47 d. C., censor con Claudio, el emperador, colega en el consulado en el año 47-48 d. C., legado y sacerdote del colegio de los Arvales. Su hijo también tuvo una brillante carrera política: cónsul en el año 58 d. C., procónsul en África y comandante en el año 68 d. C. por mandato de Galba, de las tropas de Germania Inferior, las tropas a las que se está refiriendo en el discurso.

23 Así, en Germania, Vitelio fue proclamado emperador. Al
2 enterarse Galba de la rebelión, no pospuso más la adopción. A pesar de que reconocía que algunos de sus amigos estaban de parte de Dolabela[72], pero que la mayoría estaban a favor de otorgar el poder a Otón[73] (aunque a ninguno de ellos Galba los tenía en alta estima), improvisadamente, y sin previo aviso, nombró a Pisón[74], heredero de Craso y Escribonia, a los que Nerón había hecho matar, un joven que por su natural tendencia a la virtud, en lo que más destacaba era en su honradez y su austeridad. A continuación, lo hizo traer al campamento para nombrarlo César y sucesor suyo[75].

---

[72] Se refiere a Cornelio Dolabela, hijo de Lucio Cornelio Dolabela, ex esposo de Petronia, hermana de Petronio Turpiliano, el general que había sido condenado a muerte por Galba. Esta mujer se casó después con Vitelio, el futuro emperador que mandó matar a Dolabela. Plutarco también lo menciona en la *Vida de Otón*. *Cf.* PLUT., *Otón* 5.

[73] El principal partidario de Otón, según Tácito y Plutarco (TÁC., *Hist.* I 13, 2; PLUT., *Galb.* 21), era Vinio, porque deseaba casar a su hija viuda con el futuro emperador, como hemos visto.

[74] Lucio Calpurnio Frugi Pisón Liciniano era hijo de M. Licinio Craso y de Escribonia, no la primera esposa de Augusto (madre de Julia y de la que se divorció para casarse con Livia), sino una pariente suya. Fueron condenados a muerte por Claudio, no por Nerón, en el año 45 d. C. *(cf.* SEN., *Apoc.*, 11, 2) por el potencial peligro que su ilustre familia suponía. Su principal partidario ante Galba era Lacón, según Tácito (TÁC., *Hist.* I 14, 1-2), aunque Suetonio (SUET., *Galb.* 23, 2) comenta que Galba y Pisón ya eran viejos conocidos.

[75] Tácito (TÁC., *Hist.* I 15, 1-16, 4) le hace pronunciar un largo discurso en ese momento, en el que se plantea, en los mismos términos que luego con los Antoninos (compárese con el *Panegírico* de Plinio el Joven dirigido a Trajano), los principios de la monarquía adoptiva, basados en méritos políticos y la dignidad moral del elegido: «Bajo Tiberio, Gayo y Claudio fuimos casi como el patrimonio de una misma familia; ahora será el momento de la libertad, de que podamos elegir: extinguida la dinastía de los Julio-Claudios, la adopción sabrá encontrar al que sea el mejor» (TÁC., *Hist.* I 16, 1).

Sin embargo, graves presagios acompañaron la salida de 3
éste, y mientras comunicaba esta decisión a su ejército, hablando en ocasiones, leyendo en otras, muchas veces tronó y relampagueó, y tal sombra de lluvia se cernió sobre el campamento y la ciudad, que claramente se vio que la divinidad no aceptaba lo que iba a suceder y que la adopción no iba a salir bien. También habría que tener en cuenta la sombría y secreta hostilidad del ejército por no habérsele hecho entrega de sus donativos. 4

Los presentes se quedaron asombrados al ver que Pisón re- 5
cibía un cargo tan importante y que lo aceptaba sin inmutarse, según se veía en su voz y su gesto. En cambio fueron muchas las señales que aparecieron en la cara de Otón de que aceptaba amargamente y dolido esto, al verse defraudadas sus esperanzas de conseguir un poder del que él se sentía digno, como el que más, y que había estado muy cerca de alcanzar. El hecho de no alcanzarlo lo entendió como una muestra de la enemistad y
la deslealtad de Galba con respecto a él. Por ello, no se sentía 6
seguro de su futuro, sino que, temiendo también a Pisón, lanzando reproches a Galba e insultos a Vinio, se alejó lleno de pasiones contradictorias.

No le dejaban abandonar sus esperanzas, ni renunciar a 7
ellas totalmente, los adivinos caldeos que estaban siempre a su lado, especialmente Ptolemeo, que le recordaba muchas veces que le había predicho que no lo mataría Nerón, sino que éste moriría antes, y que él mismo estaba destinado a gobernar a los romanos, mostrando que esto primero era verdad y que sólo
tendría que esperar lo segundo. También aquéllos, que secreta- 8
mente simpatizaban con él y lamentaban con él la injusticia que había sufrido la mayoría de los que habían formado parte del círculo de Tigelino y Nimfidio y habían ostentado cargos, viéndose ahora despojados de ellos y arrinconados, se pasaron a su bando, compartieron su mismo resentimiento y le animaron a rebelarse.

24 Entre esta gente se encontraban también Veturio y Barbio[76],
uno que era *optio*[77] y el otro que era *teserario*[78] (así es como lla-
2 man a estos últimos que están encargados de llevar mensajes y
de explorar). Onomasto, un liberto de Otón[79] que iba con ellos,
corrompió a unos con dinero y a otros con promesas, aunque
ellos ya estaban corrompidos y sólo necesitaban de un pretexto:
3 no habrían sido suficientes cuatro días, cuantos hubo entre la
adopción y la muerte, para acabar con la lealtad de un ejército
que hubiera sido fiel, pues, en efecto, el 15 de enero del año
69 d. C.[80] Galba y Pisón fueron asesinados.

4 Aquel día, por la mañana, Galba estaba realizando un sacrificio en el Palatino en presencia de sus amigos, y el oficiante Umbricio, justo al coger con las manos las vísceras de la víctima y ponerse a vaticinar no a través de enigmas, sino con claro discernimiento, dijo que había señales de que una gran revuelta y un gran riesgo de traición se cernían sobre la cabeza del emperador, faltando sólo que el dios señalase a Otón.

5 Otón estaba precisamente detrás de Galba, atento a lo que
decía y mostraba Umbricio y, como iba mostrando su inquie-
6 tud y cambiaba totalmente de color por el miedo, Onomasto el

---

[76] SUETONIO *(Otón* 5, 4) habla de cinco soldados y TÁCITO *(Hist.* I 24) sólo de dos.

[77] Los *optiones* eran ayudantes personales de los centuriones, elegidos según el parecer del propio centurión a cuyo servicio entraban.

[78] Los *tesserari* eran suboficiales que transmitían las órdenes del día a cada soldado inscrito en una tablilla *(tessera).*

[79] SUETONIO *(Otón* 5, 4) informa que este Onomasto, que servía a Galba, como luego Plutarco afirma, le facilitó un millon de sestercios a Otón, para iniciar la conjura, por haberle conseguido un puesto en el palacio imperial.

[80] El texto griego de Plutarco dice literalmente que fueron asesinados «seis días después, el que los romanos consideran que es el día 18 anterior a las Calendas de Febrero». Son cuatro días después del 10 de enero, fecha de la adopción, pero son seis días según el cálculo inclusivo. También para la cronología, *cf.* SUET., *Galb.* 17 y TÁC., *Hist.* I 27.

liberto que estaba a su lado, le dijo a Otón que ya habían llegado y que le esperaban a él en casa los arquitectos. Ésta era la señal convenida para el momento en el que Otón tenía que encontrarse con los soldados. Tras decir que tenía comprada una vieja casa y quería señalarles sus defectos ocultos a los vende- 7
dores[81], Otón se fue, a través del llamado «palacio de Tiberio», al Foro, donde está alzada una columna de oro, hacia la que confluyen todas los caminos construidos en Italia[82].

Cuentan que los primeros que le aceptaron entonces y le sa- 25
ludaron como emperador no fueron más de veintitrés[83]. Por ello, aunque no era su alma tan medrosa como frágil y afemina- 2
do era su cuerpo (más bien era audaz para los peligros e impasible) sintió miedo. Los que estaban presentes, en cambio, no 3
le dejaron marchar, sino que rodearon su litera con las espadas desenvainadas y ordenaron que lo llevaran, mientras que él iba muchas veces murmurando que estaba perdido e incitaba a los porteadores a que se dieran prisa[84]. Algunos le escucharon y más que preocuparse, se extrañaron por la poca gente que se había atrevido a unirse a ellos.

---

[81] Otras fuentes dicen que se excusó diciendo que tenía fiebre. *Cf.* SUET., *Otón* 6, 5. Puede ser un mensaje en clave y, al menos, la traducción intenta reflejarlo: Galba sería la vieja casa, Otón habría sobornado a los soldados del ejército con su dinero e iba a mostrarles los defectos de Galba para incitarlos a la rebelión.

[82] Se refiere al *miliarium aureum*, una columna erigida en el 20 a. C., cerca del templo de Saturno, que contenía indicaciones sobre las vías italianas con las distancias. Estas distancias se calculaban desde las murallas de la ciudad de Roma en época de Servio Tulio. *Cf.* SUET., *Otón* 6, 3.

[83] No fueron muchos los que se unieron a la conjura contra Galba, en un principio, tan sólo unos treinta, como afirman las fuentes. *Cf.* SUET., *Otón* 5, 6.

[84] SUETONIO *(Otón* 6, 6) cuenta que más bien iba con prisas, pues se bajó de la litera, que además era una litera que se utilizaba para las mujeres, y en su premura perdió una sandalia, sin que pudiera recogerla porque enseguida se vio rodeado de sus partidarios.

4 Mientras lo llevaban hasta el Foro, se presentaron otros sol-
dados y de nuevo se fueron uniendo otros en grupos de tres y de
5 cuatro. Todos juntos se volvieron, llamándolo César y empu-
ñando a su vera las espadas desenvainadas. De los tribunos,
Marcial, el que estaba a cargo del Campo de Marte y que, como
dicen, no estaba al tanto de la conjura, impresionado por esta
6 imprevisible revuelta y temiendo lo peor, los dejó pasar. Ya
dentro, nadie opuso resistencia, porque los que desconocían lo
que estaba pasando habían sido de manera premeditada disemi-
nados, de uno en uno o de dos en dos, por aquellos que cono-
cían y apoyaban la conjura; y, al principio por el miedo y, des-
pués, ya con pleno convencimiento, se unieron a ellos.

7 Llegó la noticia al Palatino a oídos de Galba, mientras esta-
ba aún el arúspice con las vísceras en la mano, de tal forma que
aquellos que no creían ciegamente en estos prodigios se queda-
8 ron de piedra y se admiraron de este prodigio divino. Vinio, La-
cón y algunos de los libertos se opusieron con sus espadas desen-
vainadas al pueblo que acudía en masa desde el Foro, y Pisón se
fue al encuentro de los soldados que custodiaban el palacio[85].
Mario Celso, un hombre de valor, fue enviado para controlar la
9 llamada formación Ilírica, que servía en el llamado pórtico de
Vipsania[86].

26 Galba quería salir, pero Vinio no le dejaba, mientras Celso[87]
y Lacón le animaban a hacerlo, por lo que ellos se opusieron
enérgicamente a Vinio. Mientras, se corrió la voz de que Otón

---

[85] TÁCITO *(Hist.* I 29, 3-30, 12) presenta una larga arenga con la que Pisón logra calmar a los soldados allí congregados.

[86] Era el pórtico de Marco Vipsanio Agripa, yerno de Augusto. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 31, 2.

[87] Celso había sido enviado por el propio Galba al pórtico de Vipsania, con lo que no pudo estar allí presente. H. Nohl (en «Plutarchea», *Hermes*, 15, 1880, pág. 622), propone que se lea, sin embargo, el nombre de Icelo, el liberto de Galba, que sí aparece junto a Lacón en contra Vinio en Tácito. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 33.

había sido asesinado en el campamento, y poco después se vio a Julio Ático, que servía entre los soldados pretorianos y no era
precisamente de los menos conocidos, mientras avanzaba con 2
la espada desnuda, gritando que había matado al enemigo de César[88]. Yendo a través de los que estaban puestos por delante de Galba, mostró a Galba la espada ensangrentada. Galba al
verlo le dijo: «¿Quién te lo ha ordenado?», a lo que el hombre 3
respondió que la fe y el juramento prestado, mientras el pueblo jaleaba «bien», y aplaudía. Galba, entonces, salió de la litera con la intención de hacer un sacrificio a Zeus y mostrarse a los ciudadanos.

Tras entrar al ágora, como un viento que se hubiera cambia- 4
do de dirección, se extendió el rumor contrario: que Otón se había hecho dueño del Campo de Marte. Como sucede en una mu-
chedumbre tan bulliciosa, unos gritan que se dé la vuelta, otros, 5
que se avance, otros que se sea valiente y otros que se desconfíe, y como en medio de una tempestad, era transportada la litera de acá para allá, pero en cuanto aparecieron primero los caballeros y después los hoplitas, que venían por la basílica de Paulo[89], gritaron a la vez que echaran de allí a este ciudadano particular[90].

Salió la masa del pueblo en estampida, pero no para salir hu- 6
yendo, sino para tomar las plazas públicas y los pórticos supe-
riores del Foro y poder ver el espectáculo. Con Atilio Virgilia- 7
no, derrumbando una estatua de Galba, se dio comienzo a una batalla en la que primero atacaron con sus lanzas la litera por to-

---

[88] Se refiere a Otón, que es mencionado explícitamente en esta misma escena por DIÓN CASIO *(cf.* 64, 7).

[89] Se refiere a la basílica de Paulo Emilio construida en el 179 a. C. cerca del Foro y reconstruida en el año 78 a. C. por Lucio Emilio Paulo. Tras ser pasto de un incendio, fue de nuevo restaurada por Augusto.

[90] Se refieren, claro esta, a Galba, que ya no recibe por parte del pueblo la consideración de emperador legítimo, sino de usurpador.

das partes[91]. Sin embargo al ver que no alcanzaban a Galba, se lanzaron con las espadas desenvainadas.

8 Ninguno quiso defenderlo u oponerse, excepto un solo
hombre que veía en Galba al único digno del poder romano en-
tre tantos miles que vieron el sol. Fue el centurión Sempronio
Denso, un simple centurión que no había sacado un provecho
particular de parte de Galba, pero que estaba dispuesto a defen-
9 der el bien y la justicia, el que se puso delante de la litera. Al
principio alzó el látigo con el que castigan los centuriones a los
que merecen esos golpes, gritaba a los que se lanzaban al ataque
10 y les pidió que respetaran al emperador. Después, totalmente
rodeado, desenvainó su espada y se defendió durante mucho
tiempo, hasta que cayó herido en las piernas[92].

27 Voltearon la litera de Galba, cerca del lago llamado Curcio[93]. Galba, cubierto con su coraza, cayó fuera de ella y los soldados corrieron a golpearlo. Él, ofreciendo su cuello, dijo: «Ha-

[91] Según la versión de TÁCITO *(Hist.* I 41, 1) Atilio Vergiliano era el portaestandarte de la cohorte que acompañaba a Galba, arrancó el medallón que portaba el emperador a su cuello y lo tiró a tierra, siendo ésta la señal del comienzo de la batalla.

[92] El gesto heroico de Sempronio Denso aparece también Tácito (TÁC., *Hist.* I 43, 1-2) pero defendiendo a Pisón, no a Galba.

[93] Era un estanque que se encontraba en mitad del Foro pero que en época imperial estaba seco. Varrón (VARR., *Sobre la lengua latina* V 148-150) cuenta que el origen del nombre pudo deberse al sabino Marco Curcio, que luchó contra los romanos en las guerras tras el episodio del Rapto de las Sabinas y que se habría desvanecido en la lucha en un hoyo de fango; o puede referirse a M. Curcio, un joven noble que en el año 362 a. C. se habría arrojado para aplacar a los dioses en ese hoyo, junto con su caballo; o podría ser una referencia al cónsul C. Curcio que en el año 445 a. C. había marcado este lugar tras haber sido fulminado por un rayo. En todo caso, el origen de este lago nos introduce en las leyendas más antiguas de la ciudad de Roma y sus orígenes. El episodio también aparece narrado en otras fuentes. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 41, 2; SUET., *Galb.* 20, 5.

cedlo si esto es lo mejor para el pueblo de Roma[94]». Recibió 2
muchos golpes en sus brazos y en sus piernas, pero quien lo decapitó, como así afirma la mayoría, fue un tal Camurio que formaba parte de la cohorte decimoquinta. Algunos dicen en sus
obras que fue Terencio, otros que Lecanio, otros que Fabio Fa- 3
bulo[95]. También dicen que tras cortarle la cabeza, se la llevaron envuelta en una toga, porque por la calvicie no había por donde asirla. Sin embargo, después, como los que estaban con el ase-
sino no deseaban ocultar el hecho, sino mostrárselo a todos 4
como un acto de valentía, ensartó la cabeza en una lanza y, de esta forma, blandiendo la cabeza de este anciano y honesto emperador, pontífice y cónsul, como si se tratara de «Bacantes», salió a la carrera dando muchas vueltas y agitando la lanza por la que chorreaba la sangre[96].

Dicen que Otón al traerle la cabeza gritó: «Esto no es nada, 5
camaradas, traedme la cabeza de Pisón». Poco después fueron a
por ella, pues el joven herido intentó huir, pero perseguido por 6

[94] Son otras las versiones menos heroicas de lo que Galba dijo en los últimos momentos de su vida, en los que imploró unos días más para poder gratificar como se había prometido a los soldados y quería saber qué es lo que había hecho mal. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 41, 2; SUET., *Galb.* 20.

[95] Camurio, Terencio y Lecanio son mencionados en TÁCITO *(Hist.* I 41), mientras que Fabio Fabulo no.

[96] Es una velada alusión a la escena final de *Las Bacantes* de Eurípides. El soldado que mata a Galba y coge su cabeza ante el coro de soldados, sería una nueva Ágave que aparece en escena orgullosa con la cabeza de su hijo Penteo. Un paralelo con más detalle se encuentra en el propio PLUTARCO en la *Vida de Craso (Cras.* 33): el actor trágico Jasón de Trales en la corte de Hyrodes de Armenia se dispone a cantar la escena final de la obra, celebrando la derrota de las tropas romanas de Craso. Jasón coge la cabeza de Craso, asume el rol de Ágave en trance báquico *(anabakcheúsas)* y canta los versos 1170-1172 con los que muestra su alegría por haber supuestamente matado una bestia salvaje. El coro le pregunta quién lo mató y contesta en el verso 1179 que «suyo fue el honor» *(emoí to géras).*

un tal Murco fue degollado delante del templo de Vesta. También Vinio fue asesinado, aunque dijera que había formado par-
7 te de la conjura de Galba. Gritaba, de hecho, que moría en contra del designio de Otón. Así, tras cortarle la cabeza a él y a
8 Lacón, se las llevaron a Otón, pidiéndole una recompensa.
9 Tal como dice Arquíloco:

Pues si siete fueron los que cayeron muertos atrapados por los pies,
miles somos los asesinos[97]*;*

así también entonces muchos de los que no participaron en la matanza, mojaron en sangre sus espadas y sus manos, las mos-
10 traron a Otón y pidieron su recompensa, dándole prueba escrita de esto a Otón. Se contabilizó a ciento veinte. Después, de acuerdo con estos documentos, Vitelio los hizo buscar, para matarlos.
11 Vino Mario Celso al campo y muchos le acusaban de haber convencido a los soldados para que prestaran ayuda a Galba,
12 pero, aunque el pueblo gritaba que se le matara, Otón no quiso hacerlo. Como tenía miedo de contrariar al pueblo, no dijo que lo mataría con esa prontitud que reclamaban, sino que era necesario que antes se le cubriera de cadenas y se le custodiara y, por eso, se lo entregó a quien tenía más confianza.
28 Convocó entonces la asamblea: era como si se hubieran convertido en otros hombres[98] e incluso fueran otros los dioses; y se reunieron para hacer el juramento de fidelidad a Otón (el mismo que él había jurado y no respetó), y le proclamaron César y Augusto, mientras los cadáveres sin cabeza con los emblemas consulares aún estaban esparcidos en el Foro.
2 Como estas cabezas no servían de nada, la de Vinio se la

[97] Fr. 102 West.

[98] Recuerdo del relato en latín: *alium crederes senatum...* (TÁC., I 45, 3-4). En muchos puntos del relato Plutarco, Tácito y Suetonio parecen seguir las mismas fuentes.

dieron a su hija a cambio de dos mil quinientos dracmas, la de Pisón la tomó su mujer Verania, que la había pedido, y la de Galba se la regalaron a sus esclavos Patrobio y Tigelino[99]. És- 3
tos, tras haberla tomado y haberse ensañado con ella de todas las maneras, la arrojaron allí donde se ejecutaba a los condenados a muerte por el emperador. Este lugar se llama Sesorio. Prisco Helvidio retiró el cuerpo de Galba de allí, con el permi- 4
so de Otón. Lo enterró durante la noche su liberto Argio[100].

Ésta fue la suerte de Galba, un hombre que ni por linaje ni 29
por riquezas estaba por debajo de muchos romanos, sino que, juntando riqueza y linaje, aventajaba a sus contemporáneos; Galba, que había sobrevivido al gobierno de cinco emperadores 2
con honor y fama, de tal manera que por su prestigio, más que por su poder, había acabado con Nerón[101].

De los que entonces se unieron en la conjura, ninguno fue digno de gobernar y otros se juzgaron indignos de hacerlo. Galba fue proclamado emperador y aceptó ser llamado así, avalan- 3
do con su nombre el arrojo de Vindex, e hizo que lo que había sido considerado tan sólo un movimiento de protesta, se convirtiera en una guerra civil, tras encontrar a un hombre que lo dirigiera. Por ello, sin pensar en tomar el poder para su propio 4
provecho, sino más bien entregándose a los asuntos públicos, consideró que tenía que gobernar a los que habían estado en manos de Tigelino y Nimfidio, de la misma forma que Escipión, Fabricio y Camilo, en su momento, gobernaron a los romanos.

---

[99] SUETONIO *(Galb.* 20, 7) dice que Patrobio, el liberto de Nerón, compró esta cabeza por cien piezas de oro.

[100] Argio enterró la cabeza y el cuerpo en el jardín de la villa privada de Galba, que se encontraba en la vía Aurelia. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 49, 1; SUET., *Galb.* 20, 2.

[101] Aquí hay una laguna importante que deja la frase en suspenso tras la mención de Nerón. Seguimos para la traducción la restitución de Ziegler, que sustituye el participio *kathelón*, que concuerda con Nerón, por un infinitivo, *katheleîn*.

5 A pesar de estar mellado por la vejez, en lo que se refiere a las armas y a las tropas fue un gobernante competente y respetuoso de las tradiciones. Pero como confió en Vinio, Lacón y en los libertos que vendían todas las posesiones, de la misma forma que Nerón se había fiado de los que eran más insaciables, hubo muchos que lamentaron su muerte, pero no hubo ninguno que echara de menos su gobierno[102].

OTÓN

1 El nuevo emperador, al despuntar el día, subió al Capitolio para hacer un sacrificio y ordenó que se le trajera a Mario Celso a su presencia. Lo saludó y lo trató de manera amable y le pidió que olvidara la razón de su detención y que recordara mejor la causa de
2 su liberación. Entonces Celso respondió de una manera nada innoble ni desagradecida, sino diciéndole que la acusación era una prueba de su carácter, puesto que se le acusaba de haber sido leal a Galba, del que no obtuvo ningún favor. De esta respuesta se sintieron admirados los testigos de ambas partes y el ejército lo alabó.

En el Senado estuvo departiendo de una manera afable y ci-
3 vilizada, diciendo que el tiempo que fuera a estar en el poder como cónsul, compartiría ese poder con Virginio Rufo, y confirmó en el cargo de cónsul a aquellos que hubieran sido designados con Nerón o con Galba[103]. Los cargos sacerdotales los dis-
4 puso para aquellos que destacaran según su edad y su reputación.

---

[102] Compárese con el mismo retrato final que hace TÁCITO *(Hist.* I 49, 2-4) de una manera muy parecida.

[103] Según otras versiones, él mismo junto con su hermano Ticiano ocupó el cargo de consulado hasta primeros de marzo. Luego compartió, efectivamente, el poder con Virginio junto con Pompeyo Vopisco, para atraerse al ejército germánico. Para el resto del año la disposición es la siguiente: Gneo Aruleno Celio Sabino (pariente de Vespasiano) y Flavio Sabino hasta primeros de julio y

A todos los senadores que se habían ido al exilio con Nerón y habían vuelto con Galba, les devolvió cuantas posesiones pudo encontrar que no habían sido puestas a la venta. Por ello, los que eran los varones principales y los más poderosos albergaron grandes esperanzas para un gobierno que les sonreía, como si no fuera un hombre, sino el espíritu de la justicia o un espíritu vengador el que de repente se hubiera ocupado del Estado[104].

Pero nada les agradó tanto a los romanos, ni atrajo tanta 2
gente a su favor, como lo que ocurrió con Tigelino. En efecto, 2
sin darse cuenta, ya había sido bastante condenado con el simple temor al castigo que la ciudad había reclamado como una deuda pública[105], pero sobre todo tuvo su merecido fin con los males crónicos que padecía su cuerpo: el tener que refocilarse torpe y vergonzosamente con inmundas rameras, con las que incluso a las mismas puertas de la muerte se consumía sucumbiendo a su lujuria, era algo que los más prudentes consideraban que era el suplicio más severo, equivalente a las muchas muertes posibles que se le pudieran dar.

Con todo, le dolía al pueblo quizá que él viera aún el sol 3
mientras que miles y miles de varones por su culpa ya no lo vieran. Mandó Otón a buscarlo en el territorio que se encuentra en Sinuesa[106], donde él vivía y tenía barcos preparados en el puer-

T. Arrio Antonino (abuelo materno de Antonino Pío) y Mario Celso hasta primeros de septiembre. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 77, 3-4.

104 TÁCITO *(Hist.* I 72, 1) cuenta que Otón había mandado a prisión a Mario Celso, el cónsul elegido ese año, para que la turba de los soldados no se precipitara sobre él. Será elegido como uno de los principales dirigentes de la guerra que emprenderá Otón contra Vitelio.

105 Es probable que se refiera a lo que sufrió tras la muerte de Nerón. Además del propio Plutarco en la *Vida de Galba*, TÁCITO *(Hist.* I 72, 2-3) cuenta que Tigelino se salvó con Galba, porque intercedió Vinio.

106 Población latina costera de aguas termales, próxima a la Campania. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 72.

to por si tenía que salir huyendo bien lejos. Tigelino, al presen-
4 tarse, intentó corromper al heraldo con mucho dinero, pero no lo convenció. No obstante, le dio los regalos de todas formas y le pidió que esperara a que se rasurara la barba: se degolló él mismo con el cuchillo de afeitar.

3 Así, el César había complacido al pueblo con el más justo de sus caprichos, aunque, sin embargo, él mismo no quiso vengarse de ninguno por una enemistad personal, sino que, por agradar al pueblo, al principio no miró con malos ojos que lo proclamaran Nerón en los teatros, ni sancionó a los que levantaron públicamente estatuas de Nerón. Cluvio Rufo dice que se lleva-
2 ron a Iberia *diplomata* (documentos con los que mandan a sus correos) que tenían escrito el nombre de Nerón colocado junto al de Otón[107]. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que los hombres principales y poderosos se sentían molestos por ello, dejó de hacerlo.

3 Mas con ser ésta la disposición que había otorgado a su gobierno, los pretorianos le causaron algunas dificultades, al recomendarle que desconfiara de los *optimates* y que se guardara de ellos; no fuera a ser que incluso actuaran en contra suya, ya porque tuvieran verdaderamente miedo del sentimiento de simpatía que inspiraba Otón, o ya porque tomaran esto como excusa para hacer la revolución y empezar la guerra.

4 Envió Otón a Crispino[108] a Ostia para que trajera con él la cohorte decimoséptima, y como quiera que Crispino hiciera

[107] SUETONIO y TÁCITO (SUET., *Otón* 7, 2-3; TÁC., *Hist.* I 78, 2) añaden a todo esto otros detalles que consagran a Otón como el sucesor de Nerón, como, por ejemplo que decidió invertir, nada más tomar el poder, cincuenta millones de sestercios para acabar la *Domus Aurea*, el palacio de Nerón, y que volvió a colocar en su sitio las estatuas de Popea que habían sido derribadas.

[108] Vario Crispino era uno de los tribunos pretorianos, pero no se sabe nada más de él. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 80, 2. La cohorte decimoséptima había sido enviada a Ostia para protegerla de los incendios. SUET. *Claud.* 25.

los preparativos por la noche para cargar el armamento en los
carros, los más atrevidos comenzaron todos a gritar que Cris-
pino no llegaba con sanas intenciones, que el Senado intentaba
tomar el poder mediante una revolución y que las armas venían
contra el emperador, no en su favor. Este rumor encendió has- 5
ta la exasperación a muchos y así unos cogieron los carros y
otros mataron a dos centuriones que los quisieron contener y al
propio Crispino. Todos, una vez hecho los preparativos, y ex-
hortándose los unos a los otros a prestar su ayuda al César, fue-
ron a Roma.

Al enterarse de que en casa de Otón estaban en un banquete 6
ochenta senadores, se dirigieron al palacio, diciendo que ésta
era la ocasión para que todos los enemigos de César fueran ase-
sinados de una vez. En la ciudad, como si fuera sometida a un 7
repentino saqueo, no reinaba más que la confusión, mientras
que en el palacio se sucedían las carreras. Otón se vio ante un
terrible dilema: tenía miedo por los senadores, de la misma for- 8
ma que inspiraba temor a aquéllos, y observaba sus miradas fi-
jas en él, inmóviles y aterrorizados, pues algunos habían acudi-
do al banquete en compañía de sus esposas.

Envió a los oficiales con la orden de que se hablara con los 9
soldados y se les calmara[109], mientras hizo que los hombres que
habían sido invitados al banquete se levantaran y los hizo salir
por puertas distintas. Consiguieron salir poco antes de que los 10
soldados se abrieran paso con violencia hasta la sala del banque-
te y preguntaran qué es lo que había pasado con los enemigos del
César. Entonces Otón, alzándose de su triclinio y lanzando mu- 11
chas peticiones y ruegos, sin que le faltaran las lágrimas, consi-
guió al final a duras penas que se retiraran.

Al día siguiente, volvió al campamento con el ofrecimiento 12

---

[109] TÁCITO especifica los nombres de esos generales que se dirigieron a los soldados: el prefecto Luciano Próculo y Plocio Firmo. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 82, 4.

general de mil doscientos cincuenta dracmas[110] a cada soldado como regalo y alabó a la multitud por su preocupación y su lealtad hacia él, diciendo que sólo algunos no habían procurado su bien, sino que trataban de desprestigiar su moderación y la buena disposición que ellos tenían, y les pidió que los hostigaran y
13 que los castigaran. Como todos le alabaron y le pidieron que lo llevara a cabo, tomó a dos, con cuyo castigo nadie se iba a ofender, y se fue[111].

4 Los que deseaban un cambio y creían en él se sorprendieron por esto, pero otros consideraron que eran decisiones políticas necesarias para la ocasión, puesto que él quería congraciarse con el pueblo a causa de la guerra. Ya se sabía seguro, por entonces,
2 que Vitelio había tomado el poder y la dignidad de emperador y los heraldos iban y venían con frecuencia, diciendo siempre que alguna fuerza se había puesto de parte de Vitelio, aunque otros declaraban que las tropas de Panonia, Dalmacia y las de Mesia estaban de parte del poder de Otón. Pero muy poco después lle-
3 garon cartas favorables de Muciano[112] y de Vespasiano[113]. Uno

[110] Otón prometió mediante estos generales la suma de 5.000 sestercios a cada soldado; *cf.* TÁC., *Hist.* I 82, 4.

[111] Plutarco resume aquí un largo discurso reseñado en estilo directo por TÁCITO *(Hist.* I 83, 2-84, 11) en el que se refiere a estas dos cabezas de turco como «uno o dos perdidos borrachos» y que sólo por tanto «de dos será la pena». Otón se empeña en minimizar los hechos y apelar a la confianza de los soldados.

[112] Se trata de Gayo Licinio Muciano, cónsul en el año 66 d. C., durante los últimos años del reinado de Nerón, en el 67 d. C., gobernador de Siria, y de nuevo cónsul en el 70 y en el 72 d. C. con Vespasiano. En esa última época de su vida se dedicó publicar sus obras, antes de morir en el año 77 d. C. (PLIN.; *Historia Natural,* XXXVI 62): once libros de discursos, tres de cartas (TÁC. *Diál.* 37, 2) y obras científicas de geografía y de historia natural valoradas positivamente por el propio PLINIO EL VIEJO *(Historia Natural,* V 132; VII 159).

[113] El futuro emperador Tito Flavio Vespasiano (del 69 d. C. al 79 d. C.), había recibido de Nerón en el año 66 d. C. el encargo de ponerse al mando de la guerra en Judea. Estuvo allí durante largo tiempo además de ir viajando por

se encontraba en Siria y el otro tenía la mayor parte de sus tropas en Judea[114].

Alentado por estas noticias, escribió a Vitelio exhortándole a 4 que pensara sólo en una alianza, diciéndole que le daría mucho dinero y una ciudad en la que viviría feliz, cómodamente y con tranquilidad. Al principio éste le respondió con calma y en un tono irónico, pero después, irritados, se escribieron cartas llenas de escarnios e insolencias del uno contra el otro; y no es que fal- 5 taran a la verdad, sino que de una manera estúpida y ridícula se reprochaban el uno al otro los vicios que eran comunes en ambos: habría sido, en efecto, una difícil cuestión discernir quién era superior al otro en estupidez, molicie, incompetencia en los 6 asuntos militares y en lo que respecta a la magnitud de deudas que habían contraído al ser pobres[115].

Cuentan que se produjeron muchos prodigios y señales, 7 aunque la mayoría están fundamentados en relatos anónimos y 8 ambiguos: en el Capitolio en una estatua de la Victoria, que estaba erigida sobre un carro, vieron que todas sus riendas esta-

Grecia y Asia Menor, en compañía de la reina Berenice, de la que estaba enamorado, mientras iba recibiendo el favor del pueblo griego y presagios favorables a su ascenso al trono imperial. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 10, 3; 2, 1-7.

[114] Plutarco simplifica el panorama de las provincias y la formación de bandos. Además de las nombradas, Egipto y África, Italia, y las islas de Córcega, Cerdeña y Sicilia, toda Asia Menor y Grecia (provincia por la que estaba de viaje Vespasiano) estaban de parte de Otón. Las provincias que estaban en manos de Vitelio eran Hispania y la Galia, cuyo favor Oton intentó ganarse, concediendo privilegios a las ciudades las cuales Tácito detalla en sus *Historias*, antes de decidirse a iniciar una campaña militar. Mesia se vio afectada por una invasión de los Sármatas, en Asia Menor y Grecia apareció un falso Nerón, que intentó reclamar el poder imperial, y, en Córcega, Otón fue traicionado por su procurador, Decumio Picario. *Cf.* TÁC., *Hist.* I 76-79; 2, 8-9; 2, 16.

[115] Otón, mediante estos mensajeros, le ofreció dinero, favores, un retiro feliz y llegó a sugerirle que podía ser su yerno y compartir con él el poder imperial. Tácito cuenta cómo Otón le escribía unas «cartas afectadas y llenas de lisonjas dignas de mujeres», *cf.* SUET., *Otón* 8, 1-2; TÁC., *Hist.* I 74, 1-2.

ban caídas de sus manos, como si ya no pudiera sostenerlas. En la isla Tiberina se vio una estatua de Gayo César[116], que, sin que hubiera habido un terremoto ni viento alguno, había pasado de
9 mirar a Occidente a mirar a Oriente. Esto es lo que dicen que ocurrió durante esos días, en los que Vespasiano claramente se estaba haciendo cargo del poder político.

10 Incluso la catástrofe causada por el Tíber muchos la vieron como un presagio de mal agüero: ciertamente era la estación durante la que especialmente los ríos están en su crecida; sin embargo, el Tíber no había crecido de esa manera antes, mas entonces acabó con todo y lo dejó en ruinas, extendiéndose desbordado por gran parte de la ciudad, especialmente la zona en la que se vende el grano, de tal forma que hubo una gran escasez durante muchos días[117].

5 Cuando se anunció que Cecina[118] y Valente, generales de Vitelio, ya habían tomado posesión de los Alpes, en Roma, Dolabela, un hombre de la nobleza, hizo sospechar a los soldados que estaba pensando en una rebelión. Otón, ya porque le temiera a él o a algún otro[119], le envió a la ciudad de Aquino[120]

[116] Se trata, tal como cuenta Suetonio (SUET., *Vesp.* 5, 7), de la estatua de Julio César.

[117] Los malos presagios, como el de la crecida del Tíber o el de la estatua de la Victoria y el de César, se repiten en otras fuentes, a los que se añaden otros un buey que se puso a hablar en Etruria, hubo nacimientos mostruosos, etc. *Cf.* SUET., *Otón* 8, 5-6; TÁC., *Hist.* I 86.

[118] A. Cecina Alieno es el ejemplo de la volubilidad de los poderosos en esta época tan agitada: cuestor en la Bética, había estado del lado de Galba tras haberle sido ofrecido el ejército de la Germania Inferior, se pasó al bando de Vitelio, luego al de los Flavios y fue así cambiando de bando, hasta que Tito le acusó de traición y lo mandó ejecutar.

[119] Probablemente por su parentesco con Galba, el anterior emperador. TÁC., *Hist.* I 88, 1.

[120] La actual población de Aquino, en el Lacio, patria de Juvenal y de santo Tomás.

dándole palabras de ánimo. Eligió entre los que estaban desempeñando un cargo político a los que iban a acompañarlo 2
fuera de la ciudad, disponiendo entre ellos a Lucio, el hermano de Vitelio, sin que se le añadiera o se le quitara ninguno de los cargos que ostentaba. Se preocupó de manera especial de la madre y de la mujer de Vitelio[121], para que no temieran por su 3
vida. Dejó a Flavio Sabino, el hermano de Vespasiano[122], como 4
prefecto de la ciudad, haciendo esto, ya fuera porque quisiera honrar a Nerón (pues Sabino con él había conseguido ese poder, pero Galba se lo había quitado), ya fuera porque quería mostrar su buena voluntad y su confianza a Vespasiano, al aupar a Sabino al poder.

Él mismo se quedó en Brescello, ciudad que se encuentra en 5
Italia a orillas de Po[123], mientras que envió como generales de sus ejércitos a Mario Celso y a Suetonio Paulino[124], a Galo[125] y a Espurina[126], varones renombrados, pero a los que no les fue

---

[121] La madre se llamaba Sextilia y la mujer Galeria Fundana. TÁCITO *(Hist.* I 85, 4-5) cuenta que Vitelio había escrito cartas amenazadoras a Ticiano, el hermano de Otón, asegurándole la muerte segura si les ocurría algo. Tácito sugiere que Otón cuidó a la familia de Vitelio más por miedo que por clemencia.

[122] Flavio Sabino, hermano mayor de Vespasiano, era prefecto del pretorio con Nerón, pero fue destituido por Galba, como dice Plutarco.

[123] Antigua *Brixellum,* ciudad que se encuentra a 18 km de Parma, en la ruta de Verona a Mantua. Según TÁCITO *(Hist.* II 33, 1) Otón se retiró allí tras un consejo de guerra celebrado tras la derrota de Bedriaco. Según PLUTARCO *(Otón* 8), ese consejo de guerra se hizo antes de que sucediera el desastre cerca de Cremona, en «los Castores».

[124] Suetonio Paulino, que había conquistado Mauritania en el año 42 d. C. y sofocado una revuelta en Gran Bretaña en el año 61 d. C., fue cónsul con Nerón en el 66 d. C.

[125] Apio Anio Galo, cónsul en el 64 d. C.

[126] L. Vestricio Espurina es distinguido por Plutarco como uno de los más importantes generales de Otón. Consiguió, sin embargo, alcanzar el consulado con Vespasiano y, luego, de nuevo con Nerva y con Trajano, al que anunció su adopción por parte de Nerva. *Cf.* PLIN., *Panegírico* 60, 5; 61, 7, *Cartas* II 7, 1-

posible, por las circunstancias, poner en práctica cuanto habían decidido hacer, según su propio dictamen, a causa del relajo y
6 de la indisciplina de los soldados. En efecto, estos soldados no consideraban digno el obedecer a otros, porque sabían que la autoridad del emperador descansaba en ellos.

7 Tampoco las tropas en la línea enemiga eran totalmente dóciles, ni permanecían sumisas ante sus jefes, sino que más bien por
8 la misma razón eran impulsivos y soberbios. Sin embargo, aún quedaba al menos en aquéllos cierta pericia en la lucha, y no huían del trabajo, ya que estaban acostumbrados, pero éstos eran unos flojos que vagaban ociosamente sin luchar y que habían pasado la mayor parte del tiempo en los teatros y festivales, subiendo a escena incluso. Con su soberbia y su vanagloria querían evitar desempeñar su oficio, como si fuesen seres superiores y no porque, en realidad, fuesen incapaces de soportar el esfuerzo.

9 Espurina, al intentar forzarlos a luchar, estuvo a punto de que se lanzaran sobre él para matarlo. No escatimaron ningún tipo de ofensa o insulto contra él, diciéndole que era un traidor que per-
10 judicaba las oportunidades y las hazañas del emperador. Incluso algunos en estado de embriaguez fueron a su tienda, ya de noche, pidiendo que se les diera la venia para marcharse, porque ellos estaban obligados a acudir ante el César para denunciarle.

6 Por ello a Espurina le resultaron muy provechosas para la situación de entonces las injurias que, a continuación, recibieron
2 los soldados en Piacenza. Los hombres de Vitelio insultaban a los de Otón, que estaban defendiendo los bastiones, mientras asediaban sus murallas, llamándoles comediantes, danzarines, espectadores de los juegos píticos y olímpicos, pero inexpertos en el arte de la guerra y carentes de disciplina militar, que se envalentonaban por haber cortado la cabeza de un viejo inerme (se

2. También un reconocido poeta por parte de Plinio el Joven (PLIN., *Cartas* III 1), con sus composiciones líricas en griego y en latín.

estaban refiriendo a Galba), pero que no tendrían el coraje de bajar a luchar y combatir abiertamente con hombres de verdad.

Así pues, los hombres de Otón, ante estas afrentas, se soli- 3
viantaron tanto y se inflamaron hasta tal punto que se postraron ante Espurina, rogándole que se pusiera al frente y que dispusiera de ellos, ya que no se echarían atrás ante cualquier esfuer-
zo y cualquier peligro. Tras una dura lucha ante la muralla, en 4
la que se usó todo tipo de maquinaria de guerra, ganaron las tropas de Espurina, causando estragos entre sus enemigos, y pusieron a salvo esta destacada ciudad, que no era, por otra parte, de las menos florecientes entre las de Italia.

Por lo demás, incluso eran menos funestos los hombres de 5
Otón que los generales de Vitelio para las ciudades y los hom-
bres particulares. De entre ellos, Cecina no tenía ni una voz ni 6
un aspecto propio de un ciudadano, sino extraño y ofensivo, corpulento, vestido con pantalones y con camisas de mangas anchas de tipo galo[127], e incluso hablaba con señas a los jefes del ejército y siempre iba acompañado de su mujer, que iba ricamente adornada y escoltada por caballeros escogidos[128].

A Fabio Valente, el otro general, ese ansia suya de riquezas 7
no le satisfacían ni los saqueos en campo enemigo, ni los hurtos, ni la corrupción a costa de los aliados, y así parecía que por ello había llegado tarde al anterior combate retrasando su marcha.
Unos, en cambio, a Cecina le acusaron de haberse dado prisa por 8
hacer suya la victoria antes de que llegara, y otros, además de haber incurrido en errores menos graves, le acusaron de no haber entablado el combate en el momento adecuado, ni valientemente, de tal forma que la situación se hizo insostenible.

Al tener que irse Cecina, expulsado de Piacenza, a Cremo- 7

[127] Plutarco usa la palabra *anaxíris* que es un término para un tipo de prenda persa, que se asemeja a lo que en otras fuentes latinas aparece mencionado con el nombre de *bracae* (TÁC., *Hist.* II 20, 1).

[128] Se llamaba, según TÁCITO *(Hist.* II 20, 1), Salonina.

na, otra ciudad próspera y grande, Anio Galo, que había sido el primero en acudir en ayuda de Espurina en Piacenza, en cuanto oyó durante su marcha que los ciudadanos de esta ciudad habían ganado, pero que estaban en peligro los de Cremona, llevó sus tropas allí y colocó su campamento cerca de los enemigos. Después, cada uno de las otras ciudades acudió en ayuda del ge-
2 neral. Pero unos desertores anunciaron a Celso que Cecina había dispuesto muchos soldados en un lugar frondoso y lleno de vegetación, ordenando a los soldados avanzar y, si los enemigos se acercaban, simular una fuga y retroceder poco a poco, hasta llevarlos hasta una emboscada[129].

Entonces Celso llamó a los soldados del campamento, para
3 salir al contraataque con buenos caballeros y, siguiendo la persecución cautelosamente, rodeó las tropas emboscadas y las di-
4 solvió. Parece que si éstos hubieran llegado en el momento adecuado, no habría quedado ninguno de los enemigos, sino que todo el ejército de Cecina habría sido destruido y aniquilado, con tan sólo haber seguido a los caballeros. Ahora bien, Paulino, por su lentitud, al acudir en ayuda tarde, fue acusado luego de no haber emprendido la campaña de una manera más acorde
5 a su fama de cauteloso. La mayoría de los soldados incluso le acusaron de traición y exasperaron a Otón, al jactarse de que ellos habían sido los vencedores y de que la victoria no había sido completa por culpa de los estrategos.

6 Otón no se fiaba de ellos pero tampoco quería dar a entender que desconfiaba. Envió al ejército a Ticiano, su hermano[130],

[129] El lugar donde se desarrolla la batalla se encontraba a 12 km de Cremona, en un lugar llamado «los Castores», probablemente llamado así porque había un templo dedicado a los héroes Cástor y Pollux, el templo que probablemente le enseña Mestrio Floro a su amigo Plutarco. *Cf.* PLUT., *Otón* 14; y también TÁC., *Hist.* II 24, 1-2; SUET., *Otón* 9, 2; OROS., VII 3, 6.

[130] L. Salvio Otón Ticiano era hermano mayor de Otón, fue cónsul en el año 52 d. C. y procónsul de Asia en el año 53 d. C.

y al prefecto Proclo[131], que tenía por poderes toda la responsabilidad, mientras que Ticiano sólo tenía la apariencia. En cuanto 7
a Celso y Paulino ostentaban el nombre de amigos y consejeros, aunque, en realidad, sin tener ninguna autoridad ni ningún poder de decisión en los asuntos políticos. Tan turbulenta era la si- 8
tuación del lado de los enemigos, especialmente entre los que comandaba Valente, que, cuando se supo lo de la batalla de la emboscada, se enfadaron al no haber acudido a prestar ayuda, cuando precisamente fueron tantos los hombres que murieron.
A duras penas y mediante ruegos, consiguió aplacar a los que se 9
habían movilizado para apedrearle y, a continuación, se fue y se unió al ejército de Cecina.

Otón, nada más llegar llegar al campo militar de Betriaco 8
(Betriaco es una ciudad que se encuentra cerca de Verona[132]), reunió un consejo de guerra. El parecer de Proclo y de Ticiano 2
era que, ya que los ejércitos se encontraban pletóricos por la reciente victoria, se debía luchar y no quedarse quietos debilitando el vigor exultante del ejército por aguardar a que Vitelio viniera desde la Galia.

Paulino, en cambio, dijo que, si lo que esperaba era una oca- 3
sión propicia para él a la hora de presentar batalla y no una que favoreciera a los enemigos, ellos ya tenían todo lo que podían reunir para la lucha y no les quedaba nada, pero Otón aún, en ese momento, esperaba un ejército procedente de Mesia y Panonia, no menor del que tenía. Decía que no podría, en efecto, 4
tener un ejército que, aún debilitado por los escasos medios disponibles, se encontrase más animado como entonces, pero que, cuando fuera mayor el número de combatientes, lucharían aún

[131] Licino Proclo era el prefecto del pretorio tras la muerte de Galba.

[132] Ciudad a 32 km al este de Cremona, por donde pasaba la vía Postumia desde los Alpes al Po. Se la llama *Bedriacum* (TÁC., *Hist.* II 23, 2; PLIN., *Historia Natural*, X 135), *Betriacum* (SUET., *Otón* 9, 2; *Vit.*, 10, 1; *Vesp.*, 5, 7) y *Bebriacum* (JUV., 2, 106).

con más vigor; y que, aparte de esto, la demora de tiempo era
5 una ventaja para ellos, que estaban en posesión de todo, y que
los otros, con la tardanza y al estar en un territorio enemigo, se
encontrarían faltos de recursos.

Con este discurso Paulino consiguió la aprobación de Mario
6 Celso y de Paulino. Anio Galo no estaba presente, sino que es-
taba convaleciente de una caída del caballo, pero a una carta
que le escribió Otón, contestó aconsejando que no se dieran pri-
sa sino que esperasen al ejército de Misia, que ya estaba en ca-
mino[133]. Sin embargo, no fue ésta la decisión que adoptaron,
sino que se impusieron en la deliberación los que estaban a fa-
vor de presentar batalla.

9 Se aducen muchas motivaciones, distintas según distintos
autores. Claramente, no se les podía retener a los llamados ge-
nerales pretorianos que tenían la función de dirigir la guardia del
emperador, probaban por entonces lo que era la verdadera vida
militar y, en cambio, echaban de menos su inactividad en Roma,
la vida sin luchar y las fiestas. Estaban impacientes por ir pres-
2 tos a la guerra, como si pensaran que acabarían al primer ataque
con los enemigos. Incluso Otón, él mismo, parecía que no podía
soportar tener que enfrentarse a la incertidumbre y no permane-
cer tranquilo, por no estar acostumbrado por su debilidad a con-
siderar los peligros. Más bien parecía que, asediado por las preo-
cupaciones, se apresuraba a confiar sus asuntos a la suerte, como
3 si se tirara ciego a un precipicio. Esto lo cuenta Segundo el rétor,
que había sido el secretario personal de Otón[134].

4 Por otros autores[135] se puede uno enterar de que ambos ejér-

[133] Tácito *(Hist.* II 33, 1), por el contrario, que era del mismo parecer que el resto de los generales.

[134] Participa en el *Dialogo de los oradores* de Tácito como uno de los interlocutores.

[135] Una misma referencia a unas fuentes indeterminadas se encuentra en Tácito para estas ideas: *invenio apud quosdam auctores...* (Tác., *Hist.* II 37, 1).

citos tenían muchas ganas de unirse en un ejército y sobre todo de llegar a un acuerdo entre ellos mismos para elegir de entre todos los generales presentes al mejor, y si no, forzar al Senado 5
para que se sentara a deliberar y eligiera a un emperador. No es improbable que, al no tener buena fama ninguno de los que habían sido proclamados emperadores, a los prudentes y esforzados soldados de casta les viniera el pensamiento de que sería incluso peor y terrible que ahora tuvieran que soportar las lamentables penalidades que los ciudadanos se infligieron los unos a los otros en su momento (por Sila y Mario primero y, después, por César y Pompeyo[136]), ya fuera por ofrecer el poder a Vitelio, dando pábulo así a su gula y a su pasión por el vino, o a Otón y a su ansia del lujo y su liviandad. Se sospecha que, al estar al corriente de este parecer, Celso había propuesto una 6
tregua con la esperanza de solventar la situación sin luchar y sin esfuerzo, pero que los hombres de Otón, llenos de miedo, se precipitaron a la guerra.

Él de nuevo se volvió a Brescello, cometiendo con esto un 10
error, no sólo porque perdió así el respeto y la admiración que inspiraba con su presencia a los que luchaban ante sus ojos, sino también porque, al tomar para su guardia personal a los más valientes y fuertes de sus caballeros y soldados, de alguna manera desmembró el cuerpo de su ejército.

Sucedió que en aquellos días se libraba la batalla a orillas 2
del Po. Intentaba Cecina unir las orillas con un puente, mientras que los de Otón se oponían luchando con todas sus fuerzas. Como no obtenían ningún resultado, pusieron en el casco de las 3
naves antorchas llenas de brea y pez, pero durante el paso de

[136] Es decir, Plutarco se refiere a la posibilidad de que se vuelva a repetir el período convulso de las guerras civiles que acabaron con la República de Roma. La misma mención de Mario, Sila y Pompeyo se encuentra en Tácito en un contexto parecido. *Cf.* TÁC., *Hist.* II 38, 3-4.

las naves, el repentino viento que se levantó avivó el fuego en la madera que habían preparado contra los enemigos. Al princi-
4 pio, sólo había humo, pero cuando después salieron unas llamas brillantes, saltaron desordenadamente al río, voltearon las naves y sus cuerpos estuvieron a merced de los enemigos, ofreciéndoles un motivo de escarnio. Los germanos que se encon-
5 traron con los gladiadores de Otón en una pequeña isla del río[137], se impusieron y mataron a no pocos de ellos.

11 Ante estos sucesos, los soldados de Otón que se encontraban en Betriaco ardían de ira en ansias de ir a la guerra y se puso al frente de ellos Proclo y los hizo acampar a cincuenta estadios de Betriaco[138], pero de una manera tan incompetente y ridícula, que, aunque había llegado la primavera y todos los campos de alrededor estaban llenos de ríos de un caudal con-
2 tinuo y de numerosos pastos, sufrieron por la falta de agua. Al día siguiente, él quería continuar el camino en busca de los enemigos que no estaban a menos de cien estadios[139], pero los hombres de Paulino no le dejaron, sino que creyeron necesario esperar y no atormentarlos en exceso, ni ponerlos enseguida a marchar a guerrear contra hombres que habían tenido

[137] Esta isla también la menciona TÁCITO *(Hist.* II 35, 1), pero no puede ser claramente identificada. Se ha sugerido que sea la isla que aún se puede ver en la confluencia del Po y el Ada, frente a la población de Espinadesco. Otros sugieren que es la moderna isla de Serafina.

[138] 9 km. Plutarco dice literalmente 50 estadios, que son 6 millas latinas, es decir, 9 km; mientras que TÁCITO *(Hist.* II 39, 2), dice que sólo estaban a 4 millas latinas, que son 6 km. Si Plutarco estuvo en el campo de batalla junto con su amigo Mestrio Floro, como él mismo afirma más adelante (PLUT., *Otón* 14), debió leer mal la piedra miliaria y confundir IV por VI.

[139] 18 km. Plutarco habla de 100 estadios, es decir, 12 millas latinas, que son aproximadamente 18 km; frente a las 16 millas de Tácito (TÁC., *Hist.* II 40, 1), es decir, 24 km, supuestamente en la confluencia del Po con uno de sus afluentes, el Adra. El texto de Tácito, parece ser, plantea problemas de interpretación.

toda la tranquilidad del mundo para armarse y colocarse en sus puestos, cuando en ese preciso momento ellos todavía se encontraban de camino, mezclados con las bestias que portaban la impedimenta.

Mientras los generales estaban inmersos en esta disputa, 3
vino un caballero de parte de Otón, de los llamados númidas, con la orden escrita de que no se quedaran quietos ni se anduviese con largas, sino que salieran enseguida al ataque contra los enemigos. Ellos, tras levantar el campamento, se pusieron 4
en camino y Cecina, al enterarse de que estaban en marcha, se inquietó, dejando a toda prisa su trabajo en el río, y acudió al campamento, donde estaban todos ya armados y recibían las instrucciones de Valente y, al mismo tiempo que las formacio- 5
nes se colocaban en orden de batalla, enviaron lo más escogido de la caballería por delante.

Se expandió por entre las formaciones destacadas de Otón, 12
por una causa desconocida, la idea de que las tropas de Vitelio se habían pasado a su bando, y en cuanto los tuvieron muy cerca, los saludaron amigablemente, llamándolos camaradas. Sin embargo, al ver que los otros no contestaban cortésmente a su saludo, sino que respondían en son de guerra y de manera arro- 2
gante, el desánimo cundió entre los que les habían mandado el saludo y el resto del ejército sospechó que sus compañeros les habían traicionado.

Esto fue lo que, al principio, les inquietó, al sentir a sus enemigos tan cerca. A partir de entonces, no hubo ningún tipo de or- 3
den, sino que las bestias que portaban la impedimenta, al chocar con los soldados, provocaron mucho desorden. El terreno, que estaba lleno de fosas y protuberancias, obligó a los soldados a dispersarse por donde iban, dando rodeos, y les obligaban a enfrentarse con sus enemigos disueltos en pelotones separados. Solamente dos *legiones* (así es como los romanos llaman a sus 4
formaciones), la de Vitelio, que se llamaba *Rapax*, y la de Otón,

que se llamaba *Audiutrix*[140], que se habían adelantado a un terreno plano y abierto, entablaron un combate en toda regla y lucharon mucho tiempo, manteniéndose la falange en formación.

Los hombres de Otón eran robustos y valientes, pero era su
5 primera experiencia en combate, mientras que los hombres de Vitelio estaban curtidos en muchas guerras, aunque ya eran viejos y habían perdido su vigor. Los hombres de Otón los ataca-
6 ron, los espantaron y les quitaron el águila, matando a casi todos los que estaban avanzados en la formación, pero los otros, por vergüenza o por ira, contraatacaron y mataron al legado que estaba al mando de la formación, Orfidio[141], y capturaron muchas insignias.

7 Contra los gladiadores, que tenían su fama de ser los más diestros y osados en los enfrentamientos, Alfeno Varo cargó con los llamados bávaros. Son éstos los mejores caballeros ger-
8 manos, que viven en una isla bañada por el Rin. Pocos gladiadores se les resistieron, sino que la mayor parte huyó al río y cayó ante las tropas enemigas esparcidas por la zona, por las que fueran aniquilados totalmente, sin salvarse ninguno.

9 Los que peor lucharon fueron los generales, que ni aguardaron a que los enemigos se encontrasen cerca, sino que, huyendo a través de las tropas que aún no habían entrado en la lucha, hi-
10 cieron cundir el miedo y la inquietud. A pesar de todo, muchos soldados de Otón habían vencido a los que se habían enfrentado a ellos, se abrieron paso y llegaron hasta el campamento cruzando las líneas enemigas.

13 De los generales, ni Paulino ni Proclo se atrevieron a acompañarlos, sino que abandonaron aterrorizados a los soldados,

[140] La *Legio XXI Rapax* y la *Legio I Adiutrix* son también mencionadas por Tácito *(Hist.* II 43, 1).

[141] El legado Orfidio Benigno es nombrado también por Tácito *(Hist.* II 43; 45, 3) y fue enterrado con todos los honores en el mismo lugar donde cayó.

que echaron luego la culpa a sus generales de todo. Anio Galo 2
acogió en la ciudad a los que iban retirándose de la batalla y procuraba alentarlos, diciéndoles que en una batalla de ambigua victoria ellos se habían impuesto en muchas secciones del
ejército enemigo. Mario Celso reunió a los que estaban en el 3
cargo y les instó a preocuparse por el bien común, porque en una desgracia tan grande y ante la muerte de tantos ciudadanos, ni siquiera Otón, si él era un hombre de bien, tentaría a la suer-
te voluntariamente, sobre todo con el ejemplo de Catón y Esci- 4
pión, que, al no querer tras la batalla de Farsalia rendirse ante César, el vencedor, tuvieron la culpa de que muchos hombres valerosos murieran en África sin necesidad, aunque estuvieran ellos luchando por la libertad del pueblo romano. La fortuna
que, por lo demás, es común para todos, no puede sustraer a los 5
hombres de bien de una sola cosa: el comportarse de manera razonable ante las circunstancias, incluso si han sido derrotados. Con estas palabras convenció a los generales.

Tras tantear a los soldados y darse cuenta de que estaban re- 6
clamando la paz y de que Ticiano, por su parte, iba pidiendo que se enviara una embajada para llegar a un acuerdo, Celso y Galo decidieron acudir a discutir con los que vinieran de parte
de Cecina y Valente. Se encontraron con ellos en su camino 7
unos centuriones que les dijeron que el ejército se había movilizado y que se dirigía a Betriaco, mientras que ellos habían
sido enviados por sus generales para buscar un acuerdo. Celso 8
dio su aprobación y les pidió que se dieran la vuelta para ir con ellos ante Cecina.

Pero, ya cerca, Celso corrió un gran peligro: en efecto, los 9
caballeros que habían sido derrotados antes en la emboscada, avanzaron al ataque y, como divisaron a Celso que se acercaba,
entonces se abalanzaron sobre él gritando. Los centuriones se 10
pusieron delante en su defensa, al tiempo que los otros oficiales gritaban que se le pusiera a salvo. Cecina, enterado de esto, se

acercó y se dispuso a hacer cesar rápidamente el desorden de sus caballeros y, después de saludar amigablemente a Celso, se fueron en compañía de ellos a Betriaco.

11 En ese momento Ticiano se arrepentía de haber enviado una embajada y entonces ordenó que los más resueltos de sus soldados intentaran subir por las murallas e incitó a los demás a que les prestaran su ayuda. En el momento en el que Cecina se
12 acercaba a caballo, con la mano derecha alzada, nadie se opuso a su orden, sino que más bien los que estaban en los muros saludaron a los soldados, y los que estaban a las puertas las abrie-
13 ron para salir y unirse a los que se acercaban. Nadie salió herido, sino que sólo hubo muestras de buena voluntad y abrazos y, al final, todos juraron entonces por Vitelio y se alejaron.

14 Así la mayor parte de los que estuvieron presentes contaron que la batalla fue así, aunque ellos mismos reconocen que no están seguros al detalle de las circunstancias, a causa del desor-
2 den que reinó y del desigual resultado. A mí, tiempo después, mientras paseaba por el campo de batalla, me contó Mestrio Floro[142] (un cónsul de los de entonces que se encontraba de parte de Otón, aunque más por necesidad que por convencimiento), mientras me señalaba un templo antiguo, que, al llegar después de la batalla, era tan alto el montón de cadáveres que llegaban hasta la cima de los frontones.

3 También dijo que, al querer buscar una causa de aquello, ni la encontró él mismo, ni encontró a ninguno que se lo pudiera decir. Es verdad que parece lógico que en las guerras civiles, cuando se consigue un triunfo, sea mayor el número de los que mueren al no hacerse ningún prisionero, pues no es posible ser-

[142] Lucio Mestrio Floro era amigo personal de Plutarco, gracias al cual consiguió la ciudadanía romana. Fue cónsul en el año 75 d. C. y procónsul de Asia en 83-84, antes de acabar en Grecia, probablemente en Queronea, donde entró en contacto con Plutarco y otros de su mismo círculo.

virse de aquellos que han sido capturados; pero ese cúmulo allí
amontonado no tiene una fácil explicación[143].

Al principio a Otón no le llegó una noticia clara, como suele 15
suceder en tales circunstancias. Pero después llegaron algunos
de los heridos de guerra informándole de la batalla. Nadie se ha-
bría sorprendido de que sus amigos no le dejaran ceder, sino que
le animaran a resistir. Sin embargo, la pasión despertada en sus
soldados superó todo lo previsible: nadie se fue, ni se pasó al 2
bando vencedor, ni se vio a nadie buscando su propio provecho,
mientras su general estaba desesperado, sino que todos se agol-
paron sin excepción a las puertas, lo proclamaban emperador y
al salir, se pusieron a suplicarle, le tomaban las manos a gritos y
con ruegos, se arrodillaban, lloraban, le pedían que no les aban-
donara ni los entregara a los enemigos, sino que estuviera al
mando de ellos hasta que por él perdieran el alma y la vida. Rea-
lizaron todos estos ruegos a la vez[144] y un soldado raso extendió
su espada y dijo: «Que sepas, César, que todos están dispuestos 3
a hacer esto por ti» y, a continuación, se mató[145].

Pero nada de esto consiguió doblegar el ánimo de Otón, sino 4
que con un rostro sereno y contenido, ofreciendo su mirada a to-

---

[143] DIÓN CASIO asegura (LXIV 10) que murieron en el campo de batalla cuarenta mil hombres por cada bando.

[144] Según TÁCITO (*Hist.* II 46, 1) el que más vehementemente realizó esos ruegos fue un tal Plotio Firmo.

[145] SUETONIO cuenta con un testigo de la batalla, su propio padre, Suetonio Leto, que formaba parte de la *Legio XIII* como *tribunus angusticlavus* y conocía a Otón bien, como para poder ahondar en la decisión tomada por Otón de suicidarse. Su padre decía que Otón odiaba las guerras civiles y que lamentaba hechos de la historia de Roma como el fin de Craso y Bruto, los asesinos de César (quizá estableciendo un paralelo entre César y Bruto, su hijo adoptivo, y Galba y el propio Otón, que también había sido adoptado por el primero). También cuenta también esta historia del soldado suicida, pero dice que se quitó la vida porque, al anunciar la derrota de Bedriaco, sus compañeros le acusaron de cobarde traidor. *Cf.* SUET., *Otón* 10, 1-3.

das partes dijo lo siguiente: «Camaradas, al veros a vosotros con tal sentimiento y sintiéndome honrado por hombres como vosotros, creo que este día es más feliz que aquél en el que fui proclamado por primera vez emperador. Pero no me privéis de la
5 gran satisfacción de poder morir con honor por tantos ciudadanos y de tal valía. Si yo he sido alguna vez digno de ser emperador de Roma, me debo entregar en cuerpo y alma a mi patria.

6 »Soy consciente de que la victoria de vuestros adversarios no es segura ni estable: anuncian que un ejército proveniente de Misia no está a muchos días de camino de aquí, pues ya está descendiendo por el Adriático. Asia, Siria, Egipto y las tropas que hicieron la guerra en Judea están con nosotros, el Senado está con nosotros y los hijos y las mujeres de nuestros enemigos. Sin embargo, esta guerra por Italia no es contra Aníbal, ni
7 contra Pirro, ni contra los cimbrios, sino que son romanos los que luchan los unos contra los otros, por lo que ultrajamos nuestra patria tanto si somos vencidos como si vencemos, porque la fortuna del que venza será la ruina de la patria.

8 »Tened por seguro que prefiero mil veces poder morir honradamente que gobernar, pues no veo qué mayor bien puedo yo ofrecer a los romanos con mi victoria, cuando al sacrificarme por la paz y la concordia, hago que Italia no tenga que ver otro día como el de hoy[146]».

16 Así habló, ofreciendo resistencia a los que insistían en que fuera fuerte y no cediera. Pidió a sus amigos y a los senadores que estaban presentes que se alejaran y envió a las ciudades car-
2 tas para que los escoltaran con honor y de forma segura[147]. Ha-

[146] Versiones similares de este discurso se pueden leer en Tácito y Dión Casio (Tác., *Hist.* II 47-8; Dión Casio, LXIV 11) mientras que Suetonio (Suet., *Otón* 10, 2) hace un resumen de lo que dijo, pero bastante fiel. Es probable que los tres hayan acudido a una misma fuente.

[147] Se cuenta también en otras fuentes que escribió cartas a su hermana para consolarla de su cercana muerte y a Estatilia Mesalina (la última esposa de Ne-

ciendo que se acercara su sobrino Cocceiano, que era entonces un muchacho, éste le pidió que tuviera coraje y que no tuviera miedo de Vitelio, pues él había cuidado de su madre, de su esposa y de su prole, como si fueran las suyas propias. Después de esto dijo que él había decidido no adoptarlo, sino que había 3
retrasado su adopción, para que, si vencía, fueran colegas en el poder, pero no le acompañara en su caída, si salía derrotado. «Esto, hijo», añadió, «te dejo como última voluntad: no lo olvi- 4
des completamente, pero tampoco recuerdes en exceso que tuviste un tío emperador[148].»

Poco después de esto escuchó ruido y griterío a las puertas. Los 5
soldados amenazaban con matar a aquellos senadores que huían, si no se quedaban y se retiraban abandonando al emperador. De 6
nuevo Otón, preocupado por estos hombres, salió y se mostró a los soldados ya no en actitud de súplica o dulcemente, sino con ira violenta, mirándoles con más enfado a los que más agitación provocaban, y logró que se fueran aplacados y temerosos.

Ya al anochecer, estaba Otón sediento, por lo que bebió un 17
trago de agua. Tomó sus espadas, examinó durante mucho tiempo su filo, dejando uno de ellos, pero estrechando el otro bajo su brazo, y llamó a sus criados. Tratándoles con afecto, les dio la 2
mayor parte del dinero, a uno más, a otro menos, no como si se tratara de los bienes de otro, sino considerando atentamente las cosas en su justa medida. Tras mandar a los criados que se retiraran, descansó durante el resto de la noche, de tal manera que dio 3
la impresión a los criados de cámara de que estaba durmiendo.

---

rón, tras Popea Sabina. *Cf.* SUET., *Ner.* 25, 1), a la que había prometido matrimonio. Las demás cartas comprometedoras fueron quemadas. *Cf.* TÁC., *Hist.* II 48, 1-2; SUET., *Otón* 10, 2.

[148] Silvius Cocceianus en realidad era el hijo de su hermano Ticiano. Silvio Cocceiano no siguió el consejo de su tío de no mostrar demasiado su parentesco con él en el futuro y, tal como cuenta Suetonio (SUET., *Dom.* 10, 5), fue ejecutado por Domiciano porque había celebrado el aniversario de su tío Otón.

4 Al alba, llamó al liberto al que le había pedido que solucio-
nara la cuestión de los senadores y le pidió que le informara.
Tras hacerle saber que a cada uno de los que se habían ido se les
había asistido con lo que requerían, Otón dijo: «Ea pues, tú
también déjate ver ante los soldados, si no quieres morir a sus
manos por haber participado en mi muerte». Tras salir el hom-
5 bre, poniendo recta su espada con ambas manos, se arrojó sobre
ella y sufrió lo justo para soltar un solo gemido de dolor y que
éste fuera advertido por la gente que estaba fuera[149].
6 Ante el lamento de los esclavos[150], al punto se extendió por
todo el campamento y la ciudad el llanto y los soldados, a gri-
7 tos, se precipitaron a las puertas y prorrumpieron en quejas y se
reprochaban el no haber vigilado bien a su emperador y no ha-
8 ber impedido su muerte. Nadie se fue de su lado, aunque los
enemigos estaban cerca, sino que prepararon el cuerpo con
adornos, montaron la pira y lo acompañaron con sus armas, or-
gullosos de alzar y de portar su lecho a hombros.
9 En cuanto a los demás, unos se precipitaban a besar la heri-
10 da del cadáver, otros tomaban sus manos, otros se inclinaban
de lejos. Algunos, tras haber puesto las antorchas en la pira, se de-
gollaron a sí mismos, sin que quede claro la causa, pues no ha-
bían recibido ningún beneficio del muerto, ni les iba a sobreve-
11 nir ninguna desgracia por parte de los enemigos. Pero parece
que ningún tirano o rey ha tenido un deseo tan loco de gobernar
como fue el deseo de aquéllos, que se volvieron locos por ser
12 mandados y obedecer a Otón. Este sentimiento no les abandonó
ni cuando él estaba muerto, sino que permaneció para derivar
en un implacable odio por Vitelio.

[149] La muerte de Otón, rodeado de tantos que deseaban salvar su vida, se asemeja a la muerte de Catón de Útica tras Farsalia, en una comparación que hace Marcial en uno de sus poemas: (Mart., VI 32, 5-6).

[150] Tácito *(Hist.* II 49, 6) informa que el prefecto Plocio Firmo entró con los siervos y los libertos en la tienda y se encontraron con el cadáver.

Lo demás ya tendremos ocasión de decirlo[151]. Cubrieron 18
con la tierra los restos mortales de Oton, y elevaron una tumba
que no podría ser envidiada ni por su grandeza, ni por el orgu- 2
llo de su inscripción. Yo mismo he visto en Brescello, una vez
que estuve allí, la gran tumba y su inscripción, que, traducida,
dice así: «En memoria de Marco Otón».

Murió Otón con treinta y siete años después de haber gober- 3
nado tres meses[152]. Dejó a su muerte personas que alabaron su
muerte, no peores, ni en menor proporción, que aquellos que le in-
sultaron en vida. Aunque es verdad que no vivió de una manera
más moderada que Nerón, sin embargo sí murió más noblemente.

Los soldados, por su parte, se enfadaron, porque Polión, uno 4
de los dos prefectos del pretorio, les ordenó que juraran por Vi- 5
telio. Después, sabiendo que algunos de los senadores estaban
presentes, sin preocuparse de los demás, pusieron en un com-
promiso a Virginio Rufo, al acudir a su casa armados, llamán-
dole y pidiéndole que gobernara o fuese a interceder por ellos. 6
Él, que antes no había querido el poder de los vencedores, pen-
só que era una locura aceptarlo de los vencidos, y, temiendo
presentarse ante las tropas de Germania con una embajada,
pues creía que habían sido obligados a actuar contra su volun-
tad por su culpa, huyó yéndose por la otra puerta. Cuando los
soldados se enteraron de esto, aceptaron prestar los juramentos
a Cecina y se pusieron bajo su mando, consiguiendo su perdón. 7

[151] No se sabe si está refiriendo a otra obra, como una posible *Vida de Vitelio.*

[152] SUETONIO *(Galb.* 11, 2) cuenta que expiró a los treinta y ocho años de edad y a los noventa y cinco días de su reinado. Otón nació el 28 de abril del 32 d. C., y murió el 17 de abril del año 69 d. C., poco antes de cumplir los treinta y siete años de edad, a los noventa y dos días de haber tomado el poder, no a los noventa y cinco, como dice Suetonio.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL